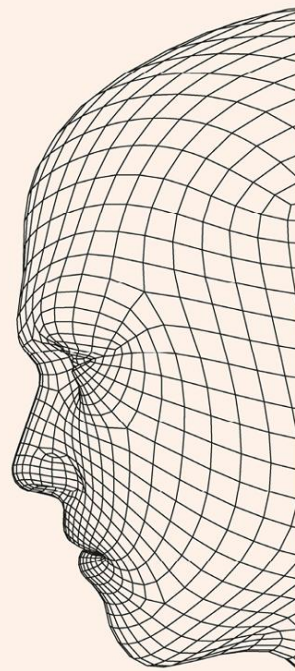
Beatriz Pérez Galán (ed.)

Antropología y desarrollo

DISCURSO, PRÁCTICAS Y ACTORES



Koldo Unceta
Arturo Escobar
Mark Hobart
George M. Foster
Robert Chambers
Majid Rahnema
David Lewis
Kate Gardner
James Ferguson
David Mosse
Clara Murguialday
Guillermo Bonfil Batalla
Andrew Gray
Libia Grueso

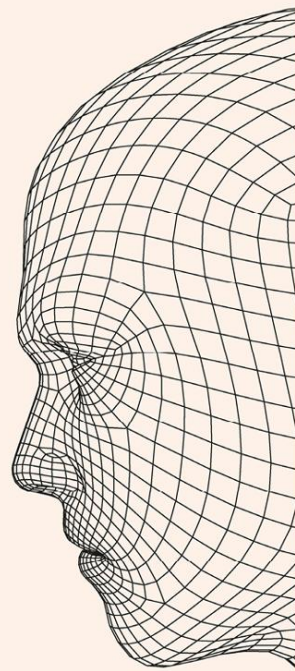
CATARATA

IUDC Instituto Universitario de Desarrollo y Cooperación
UCM Universidad Complutense Madrid

Beatriz Pérez Galán (ed.)

Antropología y desarrollo

DISCURSO, PRÁCTICAS Y ACTORES



Koldo Unceta
Arturo Escobar
Mark Hobart
George M. Foster
Robert Chambers
Majid Rahnema
David Lewis
Kate Gardner
James Ferguson
David Mosse
Clara Murguialday
Guillermo Bonfil Batalla
Andrew Gray
Libia Grueso

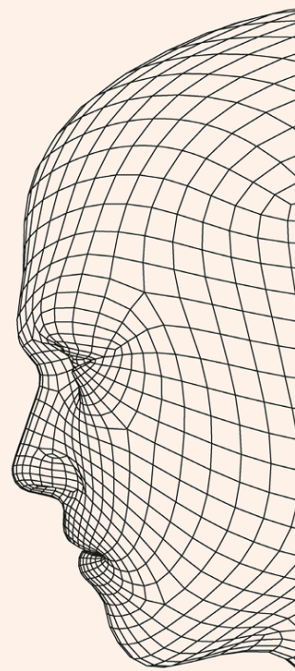
CATARATA

IUDC Instituto Universitario de Desarrollo y Cooperación
UCM Universidad Complutense Madrid

Beatriz Pérez Galán (ed.)

Antropología y desarrollo

DISCURSO, PRÁCTICAS Y ACTORES



Koldo Unceta
Arturo Escobar
Mark Hobart
George M. Foster
Robert Chambers
Majid Rahnema
David Lewis
Kate Gardner
James Ferguson
David Mosse
Clara Murguialday
Guillermo Bonfil Batalla
Andrew Gray
Libia Grueso

CATARATA

IUDC Instituto Universitario de Desarrollo y Cooperación
UCM Universidad Complutense Madrid

Índice

AGRADECIMIENTOS

INTRODUCCIÓN. CONTRIBUCIONES ANTROPOLÓGICAS AL DESARROLLO, por Beatriz Pérez Galán

PRIMERA PARTE. EL CONCEPTO DE DESARROLLO: CRÍTICAS DESDE LA ECONOMÍA Y LA ANTROPOLOGÍA

CAPÍTULO 1. DESARROLLO, SUBDESARROLLO, MALDESARROLLO Y POSDESARROLLO. UNA MIRADA TRANSDISCIPLINAR SOBRE EL DEBATE Y SUS IMPLICACIONES, Koldo Unceta

CAPÍTULO 2. EL DESARROLLO Y LA ANTROPOLOGÍA DE LA MODERNIDAD, Arturo Escobar

CAPÍTULO 3. INTRODUCCIÓN: ¿EL CRECIMIENTO DE LA IGNORACIA?, Mark Hobart

SEGUNDA PARTE. ANTROPOLOGÍA, PARTICIPACIÓN Y DESARROLLO

CAPÍTULO 4. NATURALEZA DE LA ANTROPOLOGíA APLICADA, George M.Foster

CAPÍTULO 5. ACCIÓN PRÁCTICA, Robert Chambers

CAPÍTULO 6. PARTICIPACIÓN, Majid Rahnema

CAPÍTULO 7.LOS ANTROPÓLOGOS DENTRO DEL DESARROLLO, David Lewis y Kate Gardner

TERCERA PARTE. ETNOGRAFIANDO LA INDUSTRIA DE LA AYUDA Y LAS POLÍTICAS DEL DESARROLLO

CAPÍTULO 8. LA MAQUINARIA ANTIPOLÍTIA. DESAROLLO, DESPOLITIZACIÓN Y PODER BUROCRÁTICO EN LESOTO, James Ferguson

CAPÍTULO 9. UNA ETNOGRAFÍA DE LAS POLÍTICAS DE LA AYUDA EN LA PRÁCTICA, David Mosse

CUARTA PARTE. DESAFIANDO EL DESARROLLO Y LA MODERNIDAD OCCIDENTALES. MUJERES, PUEBLOS INDÍGENAS Y MOVIMIENTOS SOCIALES ANTIGLOBALIZACIÓN

CAPÍTULO 10. MIRADAS DEL DESARROLLO A LAS MUJERES Y LAS RELACIONES DE GÉNERO, Clara Murguialday

CAPÍTULO 11. EL ETNODESARROLLO: SUS PREMISAS JURÍDICAS,

POLÍTICAS Y DE ORGANIZACIÓN, Guillermo Bonfil Batalla

CAPÍTULO 12. AUTODESARROLLO: UNA ALTERNATIVA AL ‘IMPASSE’, Andrew Gray

CAPÍTULO 13. REPRESENTACIONES Y RELACIONES EN LA CONSTRUCCIÓN DEL PROYECTO POLÍTICO Y CULTURAL DEL PROCESO DE COMUNIDADES NEGRAS EN EL CONTEXTO DEL CONFLICTO ARMADO EN LA REGIÓN DEL PACÍFICO SUR COLOMBIANO, Libia Rosario Grueso

CAPÍTULO 14. MÁS ALLÁ DEL TERCER MUNDO: GLOBALIDAD IMPERIAL, COLONIALIDAD GLOBAL Y MOVIMIENTOS SOCIALES ANTIGLOBALIZACIÓN, Arturo Escobar

Beatriz Pérez Galán

profesora de Antropología en la Universidad Nacional de Educación a Distancia de Madrid. Ha realizado diferentes trabajos de campo sobre desarrollo y sistemas políticos tradicionales en poblaciones indígenas de México y Perú. Imparte docencia en varios másteres de Cooperación y Desarrollo, así como cursos de extensión universitaria en España y en América Latina. En la actualidad investiga sobre la escenificación de la

cultura en proyectos de turismo indígena.

Beatriz Pérez Galán (ed.)

Antropología y desarrollo

discurso, prácticas y actores

CATARATA

Serie Desarrollo y Cooperación

dirigida por Enara Echart y José Ángel Sotillo

DISEÑO DE CUBIERTA: ESTUDIO PÉREZ-ENCISO

TRADUCCIÓN DE SARA SAMA ACEDO, 2012

INTRODUCCIÓN Y EDICIÓN DE BEATRIZ PÉREZ GALÁN, 2012

© KOLDO UNCETA, ARTURO ESCOBAR, MARK HOBART, GEORGE M. FOSTER, ROBERT CHAMBERS, MAJID RAHNEMA, DAVID LEWIS, KATE GARDNER, JAMES FERGUSON, DAVIS MOSSE, CLARA MURGUIALDAY, GUILLERMO BONFIL BATALLA, ANDREW GRAY, LIBIA GRUESO, 2012

© INSTITUTO UNIVERSITARIO DE DESARROLLO

Y COOPERACIÓN (IUDC), 2012

DONOSO CORTÉS, 65

28015 MADRID

TEL. 91 394 64 09

FAX 91 394 64 14

IUDCUCM@PDI.UCM.ES

© Los libros de la Catarata, 2012

Fuencarral, 70

28004 Madrid

Tel. 91 532 05 04

Fax. 91 532 43 34

www.catarata.org

ANTROPOLOGÍA y DESARROLLO.

discurso, prácticas y actores

isbne: 978-84-1352-312-5

ISBN: 978-84-8319-720-2

DEPÓSITO LEGAL: M-24.155-2012

IBIC: JHMC

este libro ha sido editado para ser distribuido. La intención de los editores es que sea utilizado lo más ampliamente posible, que sean adquiridos originales para permitir la edición de otros nuevos y que, de reproducir partes, se haga constar el título y la autoría.

Agradecimientos

Mi agradecimiento más sincero a Koldo Unceta, Arturo Escobar, Mark Hobart, Robert Chambers, David Lewis, Kate Gardner, James Ferguson, David Mosse, Clara Murguialday y Libia Grueso, autores y autoras del grueso de los textos que se incluyen en esta compilación, quienes han concedido permiso para su publicación o reproducción y traducción. Asimismo, quiero mencionar la buena disponibilidad mostrada por las editoriales Fondo de Cultura Económica-México, Colegio Mexiquense, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales-Costa Rica, Proyecto Andino de Tecnologías Campesinas, Routledge, Pluto Press, Cambridge University Press, Pearson Education y al Grupo Internacional de Trabajo sobre Asuntos Indígenas, a quienes también pertenecen los copyright. Y también al Instituto Universitario de Desarrollo y Cooperación (IUDC) de la Universidad Complutense de Madrid, por apoyar la edición de este libro.

De forma especial me gustaría reconocer el trabajo de Sara Sama, compañera en el Departamento de Antropología Social y Cultural de la Universidad Nacional de Educación a Distancia, que ha realizado pacientemente las traducciones de los capítulos de Hobart, Ferguson, Mosse y Chambers; y de Nancy Konvalinka, por sus anotaciones finales. A Pilar Monreal y Juan Carlos Gimeno, de la Universidad Autónoma de Madrid, por sus valiosas sugerencias en la selección de los textos y su amistad.

Introducción

Contribuciones antropológicas al desarrollo

BEATRIZ PÉREZ GALÁN

Este libro ofrece una visión panorámica de las aportaciones realizadas por la antropología al campo del desarrollo en tanto que discurso y conjunto de prácticas. Para ello se han seleccionado catorce textos que representan distintos enfoques analíticos y distintos momentos por los que ha transitado ese pensamiento en las últimas seis décadas. De los proyectos de comunidad de la antropología aplicada en América Latina (Foster, 1969) a las contribuciones de la economía política, el creciente énfasis en los sujetos y la eclosión de las metodologías participativas (Chambers, 1983), y la más reciente crítica posestructural centrada en el análisis del desarrollo como un discurso cultural que construye la realidad y las formas de conocimiento (Ranhema, 1992; Hobart, 1993; Escobar, 1995 y 2004). En unos casos acentuando el estudio de los efectos políticos de ese discurso (Ferguson, 1990) y su relación con la práctica de los proyectos (Moose, 2004) y, en otros, el de los actores que contestan, resisten o se reapropian del modelo desde sus identidades de género, etnia y clase social (Bonfil, 1982; Gray, 1996; Grueso, 2004; Escobar, 2004; Murguialday, 2012).

La variedad de enfoques y temas que contienen las lecturas recopiladas pretende mostrar asimismo la singularidad de las contribuciones que proporciona la antropología en el estudio del desarrollo. Como trataremos de argumentar, esta no se agota en la disyuntiva moral de tener que elegir entre la denuncia de la naturaleza etnocéntrica del discurso del desarrollo y los problemas que este acarrea (enfoque crítico), o en el trabajo de ingeniería social a menudo reducido a la aplicación de metodologías participativas en los proyectos (enfoque instrumental). Frente al atrincheramiento sin salida en una u otra postura, entre aquellos que trabajan dentro del desarrollo —antropología para el desarrollo — y aquellos que lo teorizan y lo critican —antropología del desarrollo—, son cada vez más los antropólogos que reconocen el

valor de la crítica radical al desarrollo y defienden, al mismo tiempo, que los discursos no son algo estático y por lo tanto se pueden cambiar, tanto por quienes trabajan dentro de los proyectos —al ayudar a cuestionar y escoger ciertas prácticas y ciertos temas — como por los que trabajan fuera —al revelar concepciones alternativas del mundo y otros modelos de cambio sociocultural—. Desde esa perspectiva coincidimos con Gardner y Lewis cuando argumentan que, aunque se repudie filosóficamente el discurso y sus prácticas, los antropólogos pueden proponer formas alternativas de situarse críticamente dentro de ese discurso para impugnarlo y descartar ciertas suposiciones. La crítica antropológica del desarrollo —desde dentro y desde fuera— es una tarea lenta y tortuosa que no se soluciona con lanzar a la inexistencia a las agencias de desarrollo y los miles de millones de dólares que gastan al año insistiendo en que son construcciones ideológicas, por más cuestionables que puedan ser las premisas que las cimientan (Gardner y Lewis, 1996: 48). Parafraseando a Gimeno y Monreal, la contribución del análisis cultural en este campo consiste en una forma crítica de mirar y hacer preguntas acerca de los múltiples significados del desarrollo, sobre la producción del conocimiento y la ignorancia, acerca de quién decide y quién tiene el control sobre el uso de los recursos involucrados en los proyectos, y si ese control es coercitivo o persuasivo (1999: 18).

En ese afán por conectar crítica etnográfica y práctica institucionalizada, conocimiento y acción, esta selección de lecturas pretende contribuir a ilustrar de qué manera la antropología, en diálogo con otras ciencias sociales como la sociología o la economía, aporta herramientas para lograr una reflexión crítica y holística sobre los procesos, las formas de comprensión y las operaciones que rodean y significan la gestión de la pobreza en el llamado “Tercer Mundo y, de ese modo, sugerir opciones que cambien con el tiempo las prácticas del desarrollo” (Gardner y Lewis, 1996: 11).

Precisamente, la crítica al desarrollo es una de las líneas de investigación que ha experimentado un mayor crecimiento en la antropología social española en los últimos veinte años[1]. A ello han contribuido varios factores relacionados. Por un lado, la institucionalización de la disciplina mediante la implantación de los

estudios de grado y posgrado en antropología social en casi una decena de universidades públicas españolas, lo que ha permitido que la antropología del desarrollo se enseñe en las aulas. Y, por otro, la progresiva —aunque lenta— aplicación del conocimiento antropológico a distintos ámbitos profesionales como la salud, la educación y el desarrollo, desde donde se viene demandando gradualmente una mayor participación de antropólogos.

En el ámbito de la producción y difusión editorial, si bien este interés creciente se ha reflejado en la publicación de al menos tres recopilaciones de artículos influidos por la crítica posestructural (Gimeno y Monreal, 1999; Viola, 1999; Bretón, 2011), la elaboración de etnografías centradas en el análisis de procesos de desarrollo y sus transformaciones continúa siendo escasa y, a menudo, se encuentra dispersa en tesis doctorales, libros y capítulos bajo el paraguas más amplio de los "estudios del desarrollo" (Bretón, García y Roca, 1999; Ramírez de Haro et al., 2002; Ibarra y Unceta, 2001; Pérez y Dietz, 2003, entre otros).

Antropología y desarrollo. Discurso, prácticas y actores se une a la estela de compilaciones anteriores en el empeño por difundir entre los estudiantes de antropología una visión panorámica de algunas contribuciones consideradas "imprescindibles" en este campo, varias inéditas en castellano (Robert Chambers, Mark Hobart, James Ferguson, Kate Gardner, David Lewis y David Mosse). A ellas, se suman las de otros autores bien conocidos en el mundo de la antropología latinoamericanista (George Foster, Bonfil Batalla o Arturo Escobar), de la economía del desarrollo (Koldo Unceta), de los estudios de género y la crítica feminista (Clara Murguialday), así como de antropólogos comprometidos con la defensa activa de los derechos colectivos de los pueblos y comunidades indígenas en América Latina (Edward Gray y Libia Grueso).

Además de antropólogos, este libro puede ser de utilidad para investigadores procedentes de otras disciplinas con experiencia en cooperación al desarrollo que, alertados por la creciente importancia otorgada a la cultura en la retórica de planes y proyectos, buscan un complemento en esta disciplina para responder a algunas de las muchas experiencias contradictorias que han experimentado en el campo. A ellos, la lectura de este libro

puede enriquecerles al menos en dos sentidos: primero, por su invitación a huir del pensamiento dicotómico en el que a menudo se plantean los debates sobre el desarrollo ("tradicional vs. moderno", "desarrollo vs. subdesarrollo", "norte vs. sur", "ricos vs. pobres", "local vs. global", "crítica vs. práctica"); y, en segundo lugar, para restituir la perspectiva holística, relacional e interdisciplinar que cualquier debate sobre el desarrollo precisa, como se argumenta en varios capítulos de este volumen.

La distribución de las lecturas recopiladas en cuatro apartados refleja otros tantos temas centrales que han vertebrado el interés de la antropología por el desarrollo: primero, la crítica al concepto de desarrollo identificando teorías, debates y retos a los que se enfrenta tanto desde la economía del desarrollo (Unceta) como desde la antropología (Escobar y Hobart); segundo, la participación de la antropología y de los antropólogos en proyectos de desarrollo (Gardner y Lewis) desde la ofensiva modernizadora lanzada por la antropología aplicada tras la segunda posguerra mundial para facilitar el cambio social y la aculturación de las sociedades consideradas "tradicionales" (Foster), el desarrollo participativo de los años ochenta (Chambers) y la crítica surgida al concepto en los noventa bajo la influencia del posestructuralismo/posmodernismo en antropología del desarrollo (Ranhema); tercero, el estudio de la industria de la ayuda y sus políticas a través de dos etnografías de sendos macro-proyectos, uno en Lesoto (Ferguson) y otro en India (Mosse); y en cuarto y último lugar, las respuestas de los actores locales a los procesos de desarrollo y sus lógicas modernizantes desde sus identidades de género (Murguialday), el reconocimiento de sus derechos étnicos y territoriales como pueblos indígenas (Bonfil) y el estudio de las concepciones locales de desarrollo alternativas al discurso dominante (Gray y Grueso). Cerrando esta recopilación, Arturo Escobar propone explorar y actuar desde la diversidad a través de nuevas epistemologías y modelos de acción colectiva que renuevan el compromiso de los antropólogos con el estudio de los problemas sociales contemporáneos.

El concepto de desarrollo. Críticas desde la economía y la antropología

Desde la década de los noventa, la crítica posmoderna de la antropología al desarrollo se ha abocado de modo sistemático a la deconstrucción del concepto poniendo de manifiesto su enorme poder de representación comparable al de "civilización" en el siglo XIX (Ferguson, 1990; Esteva, 1992), una "creencia religiosa" (Rist, 2002) o una nueva versión del "encuentro colonial" (Escobar, 1997 y 1998). Parafraseando a Bretón, un discurso capaz de aglutinar y hacer converger ilusiones, imaginarios y expectativas tanto de los desarrollados como de los subdesarrollados que, a pesar de los continuos y probados fracasos, no dejan de confiar en sus promesas (2011: 7-8)[2]. Conviene, sin embargo, recordar que la crítica al desarrollo no es nueva ni procede únicamente de la antropología.

Son muchos los autores que argumentan que la antropología en su afán por estudiar el cambio social y cultural ha estado vinculada desde sus inicios con la crítica al desarrollo; en unos casos, mediante el análisis de las intervenciones potencialmente destructivas y, en otros, por el cuestionamiento permanente de afirmaciones y agencias involucradas en los procesos de desarrollo tanto desde la teoría como desde la práctica (Mair, 1984; Bennet y Bowen, 1988; Hobart, 1993; Long y Long, 1992). Por otra parte, la naturaleza interdisciplinar del debate y la centralidad desempeñada por el pensamiento económico se han traducido en un importante volumen de contribuciones críticas procedentes de la economía del desarrollo, fortalecidas en las últimas décadas por la antropología, la sociología y los estudios de género, que no pueden obviarse.

Partiendo de esas premisas, en "Desarrollo, subdesarrollo, maldesarrollo y posdesarrollo […]", Koldo Unceta realiza un recorrido retrospectivo por las corrientes económicas dominantes en su interpretación del desarrollo, asociado a nociones de "progreso", "crecimiento económico" y "bienestar material". Los progresivos fracasos y disfunciones de este modelo, así como sus límites metodológicos y teóricos en la consideración del aumento de las desigualdades, el deterioro del medio ambiente, la desigualdad de género, el respeto a la libertad y los derechos humanos han derivado en dos grandes aproximaciones al debate surgidas en las últimas décadas: de un lado el "posdesarrollo", procedente de la

crítica posmoderna que niega el concepto en sí mismo y conduciría, según el autor, a un callejón sin salida. Y, de otro, los enfoques centrados en las capacidades, el desarrollo humano y la sostenibilidad, sobre todo a partir de las críticas de Amartya Sen, que marcarían el camino para lograr una necesaria reorientación del "maldesarrollo" y de las estrategias necesarias para lograr desarrollos alternativos (p. 56).

El siguiente texto incluido en esta sección "El desarrollo y la antropología de la modernidad", es el primer capítulo de la tesis doctoral del antropólogo colombiano Arturo Escobar (Encountering Development, The Making and Unmaking of the Third World, Princeton University Press, 1995), una de las obras clásicas de la corriente posmoderna y posestructuralista en antropología sobre el debate del desarrollo, del que él es uno de sus exponentes más conocidos.

En este capítulo Escobar presenta el desarrollo como una invención, una experiencia históricamente singular producto de procesos históricos desencadenados desde la segunda posguerra mundial, cuyas raíces se remontan al desarrollo del capitalismo y de la modernidad occidental como mitos originarios. Inspirado en los trabajos de Foucault sobre la relación entre el discurso y el poder (1969 y 1973), profundizada por Said en su concepción de "Orientalismo" (1978), el autor analiza el desarrollo como un discurso hegemónico, una nueva versión del "encuentro colonial" por el que los pueblos del Tercer Mundo han sido y son objetivados, ordenados y controlados desde la segunda mitad del siglo XX:

Un proceso dirigido a crear las condiciones necesarias para reproducir en todo el mundo los rasgos que caracterizaban a las naciones económicamente más avanzadas del mundo: altos niveles de industrialización y urbanización, tecnificación de la agricultura, rápido crecimiento de la producción material y los niveles de vida y adopción generalizada de la educación y de los valores culturales modernos y principios de la modernidad, incluyendo formas concretas de orden, de racionalidad y de actitud individual (p. 73).

Desde estas premisas examina la literatura que analiza el desarrollo

como un régimen de representación de los pueblos del Tercer Mundo y se pregunta por la notable ausencia de la antropología en estos debates. Esta observación trae a primer plano el papel ambiguo que desempeña la antropología en su relación con el desarrollo, presente en varias lecturas de este libro, situada entre el estudio y la defensa del valor intrínseco de la diversidad cultural, por un lado, y el mantenimiento de un modelo etnocéntrico de modernidad colonial-poscolonial mediante su participación en proyectos de desarrollo, por otro (1997).

En la misma línea crítica y reflexiva se ubica el texto introductorio "¿El crecimiento de la ignorancia?", escrito en la década de los noventa por el antropólogo británico Mark Hobart. Partiendo de la relación entre conocimiento, discurso y reproducción del poder, el autor profundiza en el régimen de representación del discurso del desarrollo sobre los "otros", en este caso los pueblos del Tercer Mundo, interrogándose sobre la naturaleza de la relación entre conocimiento científico y local dentro de la práctica del desarrollo.

Hobart argumenta que el conocimiento científico y racional que se emplea en el desarrollo construye a los "expertos" foráneos como agentes y a las personas locales como pasivas e ignorantes. Para ilustrar este punto, revisa algunos de los presupuestos y las formas bajo las que operan los conocimientos locales, haciendo hincapié en el papel otorgado a la agencia y a las prácticas, y los compara con el tratamiento de esos mismos temas dispensado por los dos grandes paradigmas que han construido el subdesarrollo del Tercer Mundo: la teoría de la modernización y la teoría de la dependencia. Desde esta perspectiva, se evidencia que el lenguaje usado para describir el Tercer Mundo lejos de ser neutral refleja y reproduce las desigualdades y la necesidad de mantener la hegemonía.

Frente a los que presuponen la naturaleza homogénea y sistemática del conocimiento local o indígena (Brokensha et al., 1980; Geertz, 1994), Hobart defiende que se trata de algo diverso, dinámico y producido socialmente en contextos políticos y económicos singulares. En ellos, las personas son agentes cuyo conocimiento interactúa en una variedad de formas con el de las agencias de desarrollo. A través de numerosos ejemplos extraídos de las contribuciones que prologa este capítulo, argumenta que lo que

realmente importa en este tipo de conocimientos es la manera en cómo se conocen y se representan las cosas y no tanto en cuáles se conocen: el conocimiento local como actividad práctica y situada, y como perfomance cultural[3].

Antropología, participación y desarrollo

Si bien la historia de la antropología desde sus comienzos ha estado ligada al estudio de los procesos de cambio sociocultural y sus efectos en poblaciones no occidentales, el antecedente más inmediato de la participación de antropólogos en proyectos de desarrollo rural se sitúa en la antropología aplicada de los años cincuenta y sesenta.

La gradual profesionalización de la antropología y la institucionalización del desarrollo después de la Segunda Guerra Mundial llevaron a la creación de oportunidades para que los antropólogos aplicados trabajaran en agencias de desarrollo como asesores y facilitadores en la promoción de la integración socioeconómica y la aculturación de las poblaciones consideradas "tradicionales" en ámbitos diversos tales como la salud, las migraciones, los procesos de urbanización y el cambio agrícola. Inspirados en el paradigma de la modernización, en varios de estos proyectos surgieron interesantes propuestas etnográficas que postulaban nuevas perspectivas y principios metodológicos. Sánchez (2009: 7) se refiere a aquellos basados en "valores explícitos" que invitaban a una mayor implicación y participación del investigador en la sociedad de estudio.

Uno de los ejemplos más conocidos es el proyecto de antropología aplicada "Perú-Cornell"[4], llevado a cabo entre 1951 y 1966 en la hacienda Vicos (Perú), bajo la dirección de Allan Holmberg y reevaluado décadas después por William Stein y varios colaboradores peruanos del proyecto (1987 y 2000). Vicos, típica hacienda de la sierra peruana —esto es, dominada por relaciones semifeudales—, fue arrendada por la Beneficencia Pública de Huaraz a la Universidad de Cornell, que la convirtió en una

cooperativa campesina. Del mismo modo que en otros proyectos de antropología aplicada, bajo valores de igualdad, libertad y democracia, además de promover el aumento de la productividad a través de la modernización tecnológica y la integración al mercado, y la mejora en las condiciones de vida y la salud de los indígenas (a través de la construcción de un centro de salud y programas de atención nutricional), entre los objetivos del proyecto se contemplaba la eliminación de los "obstáculos culturales" al progreso representados en las formas de organización social y política tradicionales (Holmberg, 1955 y 1966). El "ejemplo" vicosino fue replicado en otros lugares de la sierra sur, ejerciendo de antesala a la ola de cambios experimentados por las formas tradicionales de organización que consolidaría institucionalmente el proceso de reforma agraria a partir de 1969 (Pérez Galán, 2004: 80 y ss.).

El fracaso de varios de estos proyectos, así como la acusación de su instrumentalización política por parte del Gobierno de EE UU en pleno contexto de Guerra Fría, contribuyó a enfriar el entusiasmo inicial de la participación de los antropólogos en el campo del desarrollo que se reactivaron varios años después (Viola, 1999: 23-25; Manrique en Stein, 2000: 11 y ss.).

Aplicando la observación participante, la distinción entre emic/etic, la perspectiva orientada a los actores y el enfoque holístico de la vida social, Gardner y Lewis distinguen al menos tres funciones desempeñadas por los antropólogos dentro de los proyectos de desarrollo (op.cit. 41 y ss.), que ilustran varias lecturas recopiladas en este libro:

• Como mediadores entre las comunidades y la Administración Pública, a menudo trabajando en el diseño planificado de los proyectos (Foster, 1964 y 1969; Mair, 1984).

• Participando en todas o alguna fase de los proyectos de desarrollo para mejorar sus resultados, generalmente al servicio de agencias de desarrollo o clientes privados (Cernea, 1995; Chambers, 1984; Gardner y Lewis, 1996).

• Mediante el activismo y el compromiso político con la población local, a través de la lucha legal y la formación de grupos de presión para hacer valer los derechos de la población local sobre el acceso y control de su territorio (Gray, 1996; Grueso, 2004).

En “Naturaleza de la antropología aplicada”, George M. Foster examina el papel del antropólogo como mediador y diseñador del cambio social para la Administración. A partir de su propia experiencia durante los años cincuenta como antropólogo en el diseño de programas de prevención sanitaria en América Latina, de los que él fue uno de sus promotores (Foster, 1952, en Sánchez, 2009: 129-156), así como un conjunto de ejemplos extraídos de otros ámbitos empíricos, el autor destaca la importancia de los conceptos culturales en los programas cambio planificado.

Influido por la perspectiva de la escuela de cultura y personalidad y por la teoría del contínuum folk/urbano de Robert Redfield sobre el tradicionalismo, el individualismo y la resistencia cultural del campesinado al cambio (Monreal, 2003: 68), en este capítulo Foster desgrana las aportaciones de la investigación antropológica aplicada basada en la perspectiva holística y el método comparativo. El cambio cultural dirigido, según plantea, implica modificaciones tanto en el medio ambiente físico como en la conducta de las personas. Las innovaciones tecnológicas son consideradas el corazón del desarrollo y la modernización, mientras que las conductuales —que constituyen la materia propia del antropólogo— determinan la consecución exitosa del proyecto o, lo que es lo mismo, la verdadera mejora para el nivel de vida de la gente. De tal modo, la labor del antropólogo consistiría en facilitar los cambios conductuales necesarios para eliminar la resistencia cultural al cambio de los campesinos, considerados “tradicionales”.

En los años sesenta, bajo el paradigma modernizador, el desarrollo se consolida definitivamente como un discurso y un método, cuya vigencia actual en programas y proyectos, convenientemente adaptada a la retórica contemporánea resulta, a menudo, sorprendente. Algunas de sus directrices incluyen:

• Sustitución de los sistemas de organización social y económica tradicionales por otros modernos (a través de programas de formación y capacitación de líderes, entre otros).

• Capacitación técnica (a través de la introducción de insumos y nuevas tecnologías y cursos de capacitación).

• Concesión de préstamos (a través de sistemas de crédito en distintas formas).

• Cambio de valores (que operan bajo las nociones de derechos humanos, individualismo, mercado y democracia).

En la década siguiente asistimos a una primera crisis significativa del modelo propiciada por el fracaso de los enfoques verticalistas orientados hacia el crecimiento económico, para otorgar una mayor consideración a los factores sociales y culturales en los proyectos de desarrollo. Este cambio de rumbo político se plasma en el giro social del Banco Mundial (bajo la presidencia de Robert MacNamara) al adoptar una política de programas orientados por el enfoque de las Necesidades Básicas y nuevas formas de medición como el Índice de Calidad Material de Vida (ICMV), que incluía aspectos no económicos del bienestar humano, como la esperanza de vida, la tasa de alfabetización o la mortalidad infantil, que reflejasen la distribución de la renta (Todaro, 1988). De lo que se trataba era de dar prioridad a la gente (Chambers, 1983; Cernea, l995; Kottak, 1995). La cultura, que hasta aquel momento había constituido un obstáculo, toda vez que a las sociedades "tradicionales" se las consideraba inmersas en el proceso de modernización, pasó a ocupar un lugar destacado en los análisis. Para garantizar su éxito, los proyectos debían tener contenido social y ser culturalmente compatibles, y esto implicaba tomar en consideración las necesidades y actividades de los "beneficiarios" de un modo sustancial. Mediante la creciente generación y aplicación de metodologías participativas de investigación por parte de antropólogos, en especial en el ámbito del desarrollo rural, la dimensión cultural del desarrollo queda instalada en la retórica y la práctica de las agencias internacionales y nacionales de desarrollo.

Publicada en 1983, Rural Development: Putting the People First, de Robert Chambers, es una de las obras de cabecera para técnicos y planificadores que trabajan en cooperación al desarrollo actualmente. En este texto, el autor sienta las bases de la metodología conocida como "Evaluación Rural Participativa" o "Evaluación Rural Rápida" (PRA/RRA, en sus siglas en inglés), cuyo objetivo es promover la participación de los pobres en una o varias fases del diseño de los proyectos.

Tomando ideas prestadas de la metodología antropológica del trabajo de campo, la RRA es un conjunto de técnicas cualitativas (como la observación participante, entrevistas semiestructuradas o abiertas), realizadas en un corto espacio de tiempo y dirigidas a los planificadores de los proyectos de desarrollo procedentes de cualquier disciplina y, por lo tanto, no familiarizados con la antropología y la perspectiva etnográfica. Todas ellas parten del reconocimiento de la potencialidad del llamado "conocimiento indígena" como aporte a los proyectos[5], de una necesaria flexibilidad e inversión en el aprendizaje de abajo-arriba por parte de los planificadores que deben desplazarse in situ para conocer de primera mano las necesidades de los más pobres. Entre la lista de herramientas participativas útiles para la recogida de información en el terreno se propone la elaboración de mapas conceptuales, diversos juegos, el uso de glosarios de términos locales, el diseño local de cartografías y entrevistas abiertas o semiestructuradas. El repertorio incluye todas aquellas técnicas mediante las cuales el técnico de desarrollo gane empatía con la población beneficiaria (el rapport antropológico), y desvelar así las lógicas del conocimiento local que mejoren la compatibilidad cultural de los cambios inducidos por los proyectos.

El énfasis en el uso de este tipo de enfoques de "abajo-arriba" o "la gente primero" y del modelo de desarrollo participativo en el que se ubican ha sido blanco de las críticas por parte de muchos antropólogos (Cooke, 2003; Williams, 2004; Kapoor, 2005). Entre otras, se argumenta la dificultad de su aplicabilidad en un corto espacio de tiempo (a veces un par de días), su consideración aparentemente ingenua y utilitaria del concepto de "participación" que parece obviar las divisiones internas y las relaciones de poder dentro del grupo o comunidad beneficiada, así como la deriva

neoliberal experimentada por el discurso del desarrollo participativo reducido en los últimos años en gran medida a la gestión de los pobres y de su pobreza. Por su parte, otros antropólogos han ilustrado a través de incisivas etnografías de proyecto cómo la RRA se convierte a menudo en un mero trámite, un "ritual participativo" (Moose, 2005) de moda en los círculos de la ayuda desde el Banco Mundial a la organización de Naciones Unidas que, mientras adoptan estrategias de ajuste estructural y libre comercio, hacen del desarrollo humano su bandera. Se trata de una misma filosofía que está detrás de lemas tan recurrentes en el mundo de la cooperación como el de "ayudar a los pobres a que se ayuden a sí mismos", esto es, los pobres representados como individuos creativos, imaginativos, esencializados culturalmente, al margen de las estructuras económicas y políticas y los contextos históricos causantes de su pobreza[6]. Parafraseando a Gardner y Lewis, en lugar de ser radicales, estas estrategias forman parte de una tendencia general más cercana a las ideologías liberales del individualismo, la autoconfianza y la participación descafeinada que a las ideologías marxistas de revolución o socialismo (op. cit.: 63 y ss.).

Haciendo hincapié en el elevado riesgo de cooptación experimentado en las últimas décadas por gran parte de los términos clave del lenguaje en el que se expresa el desarrollo, el siguiente capítulo de esta recopilación aborda la transformación del propio concepto de "participación".

Majid Ranhema es el autor de esta voz en Diccionario del desarrollo. Una guía del conocimiento como poder, editado por William Sachs en 1992. Este libro es uno de los clásicos de la crítica posestructuralista al desarrollo que surge comprometido con la tarea de contribuir a desnaturalizar el discurso del desarrollo. En palabras de su editor:

Es imposible hablar sobre desarrollo sin referirse a conceptos tales como pobreza, producción, la noción de Estado o de igualdad. Estos conceptos se hicieron visibles durante la historia moderna de Occidente y solo posteriormente han sido proyectados al resto del mundo. Cada uno de ellos cristaliza un conjunto de supuestos tácitos que refuerzan la visión occidental del mundo. El desarrollo ha esparcido tan penetrantemente

estos supuestos que la gente ha sido atrapada por doquier en una percepción occidental de la realidad" (1992: 5).

Con estos antecedentes, Ranhema traza la deriva histórica experimentada por el concepto "participación" en las últimas décadas que, aunque inicialmente resultado de ideas y experiencias del llamado "movimiento popular" en América Latina (Camacho y Menjivar, 1989), que desafiaban la ortodoxia económica, ha sido progresivamente cooptado por las grandes agencias de desarrollo bajo diferentes fórmulas. Probablemente una de las más exitosas es la de "capital social", aplicada por el Banco Mundial desde fines de los noventa en multitud de informes, manuales y publicaciones sobre desarrollo social (Kliskberg y Tomassini, 2000; Durston, 2002), que incide en la importancia de los recursos y las redes sociales basadas en la cooperación mutua para lograr objetivos comunes (Coleman, 1988, 1990). Para Ranhema, sin embargo, el efecto de esta deriva no es sino otro término estereotipado, polémico y polisémico que apuntala el discurso hegemónico del desarrollo.

El autor se propone en este texto ilustrar la contaminación del significado y de la praxis asociada a este concepto, para lo cual distingue al menos tres tipos de participación de la población local en los proyectos de desarrollo: en primer lugar, aquella que involucra una "producción diferenciada de información" del proyecto a los líderes de la comunidad; segundo, en tanto que "mano de obra" de la comunidad necesaria para implementar y mantener el proyecto (generalmente a través de la formación de comités especializados) que, como muestran numerosos ejemplos empíricos (Pérez Galán, 2002), lejos de suponer un mayor control de la población sobre el proceso de toma de decisiones se traduce en una progresiva descentralización y desorganización de las instituciones comunitarias. En ambos casos, la participación tendería a encubrir las diferencias entre estatus y jerarquías (disueltas en la vaga noción de "comunidad"), a obviar las divisiones de clase, género y edad desde las cuales las personas deciden involucrarse o no en un proyecto y cómo hacerlo, acentuando las desigualdades existentes. El tercer tipo de

participación, no marginal ni manipulada, estaría ligada al concepto de agencia que involucra la iniciativa de las personas en todas las fases del proyecto y garantiza la sostenibilidad de cualquier iniciativa. Volveremos sobre esta acepción del término en la última sección del libro.

En el último texto de esta sección, Kate Gardner y David Lewis abordan el papel de los antropólogos que trabajan para grandes agencias de desarrollo como profesionales del "desarrollo social", denominación utilizada para describir los elementos "blandos" del proceso de desarrollo, esto es, aquellos diferenciados de las cuestiones económicas y técnicas, como la educación, la salud o los derechos humanos (Gardner y Lewis, op.cit.: xiii).

A partir de ejemplos extraídos de sus propias experiencias, los autores reflexionan sobre el tipo de aproximación cualitativa y crítica que aporta la antropología, así como algunas de las restricciones y dificultades que implica el trabajo antropológico para grandes agencias. Entre ellas, destacan dos: la escasez de tiempo de ejecución de los proyectos y los dilemas éticos derivados de la participación, como el para quién se realiza la investigación y el destino de la información recogida. Partiendo de un concepto amplio de aplicación, argumentan en contra de la separación radical entre crítica y aplicación y defienden la utilidad de una antropología crítica constructiva desde la práctica del desarrollo, necesaria para avanzar en su reformulación.

Etnografiando la industria de la ayuda y las políticas del desarrollo

Las lecturas recopiladas en esta sección se ocupan de los discursos y las operaciones internas de la "industria de la ayuda", como Gardner y Lewis se refieren al estudio etnográfico de las agencias, los proyectos, las ideologías y las políticas del desarrollo (op.cit.: 68 y ss.). Este enfoque, cuyos antecedentes podemos situar en las aportaciones de la economía política a la antropología de fines de

los años ochenta (Taussig, 1980; Nash, 1979; Roberston, 1984), es retomado en los últimos años utilizando un cambio de perspectiva: en lugar de observar el desarrollo solo como una fuerza externa, una estructura neocolonial que actúa sobre los sujetos que aparecen como meros receptores pasivos del cambio, estas etnografías hacen hincapié en el análisis de las relaciones, no mecánicas ni determinadas, que se establecen entre los actores y las instituciones burocráticas y los procesos políticos dentro de los cuales estas actúan (Long y Long, 1992).

Para ello, en las siguientes dos lecturas extractamos varios apartados de sendas etnografías aplicadas a proyectos de desarrollo: La maquinaria antipolítica. Desarrollo, despolitización y poder burocrático en Lesoto, de James Fergurson (1990), y Cultivando el desarrollo. Una etnografía de las políticas de la ayuda en la práctica, de David Moose (2005). Situados en la crítica posmoderna que estudia el desarrollo como un discurso, en contraste con la perspectiva del desarrollo participativo de la sección anterior, sus autores no están interesados en discutir si el desarrollo es bueno o malo o cómo podría mejorarse, sino que persiguen entender cómo funciona a partir del análisis del campo de relaciones que se establece entre los proyectos y la reproducción de la desigualdad (Ferguson) y la retórica de las políticas y la práctica de los planificadores (Mosse).

A partir de un detallado estudio de caso etnográfico del proyecto Thaba-Tseka, financiado por el Banco Mundial en Lesoto entre 1975 y 1984, James Ferguson analiza en este capítulo el discurso y las prácticas del desarrollo planificado, mostrando los efectos políticos que el aparato del desarrollo tiene en la expansión del poder burocrático del Estado.

Tras situar el ambiente de la industria del desarrollo en Lesoto, el autor se detiene en examinar cómo el discurso del desarrollo “produce” a los países pobres. Para lo cual, analiza el contenido de un informe del Banco Mundial sobre la situación de Lesoto plagado de invenciones y errores asombrosos que presenta al país como “tradicional, aislado, con una agricultura local y una economía estática que opera restringida al ámbito nacional”. Para Ferguson, este discurso, opuesto a la realidad, legitima la necesidad de

intervenciones foráneas que se ocupen de gestionar “temas técnicos” (como hacer carreteras, construir escuelas, hospitales) en lugar de “problemas políticos” que lastran el desarrollo del país, como el constante flujo de mano de obra hacia Sudáfrica y las condiciones de segregación. De tal modo, aún cuando se produzca el fracaso de los objetivos explícitos de los proyectos, sus efectos instrumentales son parte de una maquinaria mayor de poder y control social.

“Una etnografía de las políticas de la ayuda en la práctica”, de D. Mosse (2005), es otro ejemplo de una innovadora y polémica etnografía de un proyecto de desarrollo[7], centrada en dilucidar la relación entre el discurso de las políticas del desarrollo y las prácticas cotidianas de los técnicos de desarrollo —antropólogos y no antropólogos— que trabajan para agencias gubernamentales, tema del que se ha ocupado el autor en los últimos años (Moose, 2011). El ejemplo empírico en este caso es proporcionado por el Proyecto Indo-Británico de Agricultura de secano (IBRFP, por sus siglas en inglés), considerado “bandera” de la agencia de Cooperación al Desarrollo Británica (DFID).

La investigación de Mosse parte de una sencilla y a la vez provocativa pregunta: ¿qué pasa cuando en vez de ser las políticas las que sustentan las prácticas son las prácticas las que definen las políticas? Esto es, la política como legitimadora de procesos y prácticas sociales que, a menudo, son reinterpretados y “ajustados” por los actores a sus intereses. Para él, ni la perspectiva instrumental del desarrollo ni la crítica, estudiadas en trabajos anteriores, aportan una respuesta satisfactoria a esta cuestión. Haciendo uso de su posición privilegiada como consultor del proyecto durante diez años, muestra las tensiones y luchas inherentes al desarrollo participativo, a menudo relegadas frente a otras cuestiones como la crítica a los modelos teóricos y al discurso. En su lugar, se interesa por analizar la complejidad de las políticas, la vida social de los proyectos, las organizaciones, los profesionales del desarrollo y la diversidad de intereses que los mueven “restituyendo la capacidad activa de los actores del desarrollo en cada nivel y, de este modo, dejar atrás la imagen de víctimas engañadas al mismo tiempo que responsables de su situación” (p. 263).

Desafiando el desarrollo y la modernidad

occidentales. Mujeres, pueblos indígenas

y movimientos sociales antiglobalización

Las cinco lecturas que componen la última parte del libro extienden la aproximación analítica al desarrollo centrada en los actores, sus formas de conocimiento y prácticas sociales a la diversidad de género, étnica y de clase.

Desde distintos ámbitos empíricos sus autores exploran en unos casos los debates teóricos que han retado al pensamiento sobre el desarrollo y la modernidad occidentales en los últimos años (Murguialday, Bonfil y Escobar) y, en otros, interpretan modelos locales alternativos basados la reivindicación de derechos colectivos de los pueblos indígenas (Gray y Grueso).

Lejos de formular conclusiones al debate sobre el desarrollo, en conjunto estas contribuciones proponen "lugares más adecuados" desde los que la antropología y los estudios de género pueden contribuir a formular preguntas que amplían el enfoque teórico hegemónico sobre los problemas asociados al subdesarrollo (la pobreza, la injusticia, la insostenibilidad ambiental, la desigualdad de género, entre otros) y la praxis de grupos subalternos. Sus autores comparten una concepción crítica radical, que aboga por el reconocimiento y el análisis de la inequidad y las relaciones de poder implícitas en el discurso del desarrollo, desde la que reivindican la elaboración de nuevos espacios desde los que pensar y experimentar alternativas de cambio.

En la primera lectura de este bloque "Miradas del desarrollo a las

mujeres y las relaciones de género", Clara Murguialday revisa el papel otorgado a las mujeres y a las relaciones de género por el desarrollo y las múltiples respuestas que los enfoques feministas del norte y del sur han aportado a ese debate en las últimas décadas. La incorporación del género a ese debate representa, como propone Monreal (1999: 237), un ejemplo paradigmático de un proceso de desafío, apropiación, cambio y resistencia.

La primera aparición explícita de las mujeres como población destinataria de los proyectos de desarrollo arranca en los años sesenta a partir del enfoque del bienestar centrado en la asistencia a las madres de escasos recursos en tanto que sector vulnerable de la población que, como la infancia, las personas enfermas o discapacitadas, precisa de ayuda en forma de alimentos, educación nutricional y atención sanitaria, principalmente (p. 287).

En la década posterior, la estrategia Mujer en Desarrollo (MED) supone un avance decisivo en el reconocimiento del papel desempeñado por las mujeres en el ámbito de la producción económica, destacando los efectos desiguales del desarrollo económico en hombres y mujeres (Boserup, 1970). La estrategia MED no critica las bases de modernización y crecimiento en las que se basa el modelo de desarrollo, sino que propone hacerlo más eficiente mediante la incorporación de la mujer y, de ese modo, mejorar su estatus y avanzar en la igualdad de oportunidades.

En los años ochenta, aún bajo la influencia del paradigma de la dependencia, los planteamientos críticos de las antropólogas marxistas y feministas suponen una nueva vuelta de tuerca en el proceso de incorporación del género al campo del desarrollo. El foco de análisis se desplaza entonces a los efectos del desarrollo capitalista en las relaciones de género, lo que permite introducir todo un nuevo campo de estudio en la agenda antropológica: la construcción cultural, política y económica de las relaciones entre hombres y mujeres (Pérez, 2003). Desde esa perspectiva se promueve la "desnaturalización" y la crítica radical de conceptos androcéntricos largamente asumidos en antropología, como "modo doméstico de producción", "núcleo familiar" o "jefe de familia", entre otros, y se denuncia el sesgo de las formas de medición del desarrollo basados en tales indicadores (Kaaber, 1988).

En respuesta a la visión productivista y economicista de la perspectiva oficial como a la concepción de la mujer manejada por la estrategia MED, en los años noventa surge un conjunto de enfoques alternativos al modelo de desarrollo hegemónico basados en las experiencias y reflexiones de grupos feministas de América Latina, África y Asia, a los que Murguialday denomina "Miradas desde el sur". Es el caso de la estrategia Género en el Desarrollo (GED), desde la cual se hace hincapié en las consecuencias políticas del género y se otorgan un lugar central a la noción de empoderamiento, central en el diseño de políticas de cooperación y formas de medición de la mayoría de las instituciones internacionales de desarrollo. Desde este enfoque se rechaza la universalidad de la categoría "mujer" y se propone observar a las mujeres en el contexto de una estructura que crea diferencias entre ellas en función de su pertenencia étnica, racial, de clase y de edad (Kaaber, 1988; Moser, 1993; Momsen, 1993). La reivindicación del valor de la diversidad contribuye a crear un fértil campo de reflexión y reformulación tanto a los estudios de desarrollo como a la teoría antropológica (Moore, 1999: 217 y ss.).

El siguiente texto, "El etnodesarrollo: sus premisas jurídicas, políticas y de organización", escrito en 1982 por el antropólogo mexicano Guillermo Bonfil Batalla es, como señala Palenzuela (2007: 137), de todas las propuestas políticas alternativas al modelo hegemónico que comparten un enfoque endógeno la que aborda de forma más integral la relación entre desarrollo y cultura. Fue elaborado por una comisión de intelectuales y dirigentes indígenas latinoamericanos en Costa Rica en 1981[8], en el marco de la "Declaración de San José sobre etnocidio y etnodesarrollo en América Latina", propuesta de gran impacto político en América Latina en décadas posteriores.

A medida que concluían los procesos de reforma agraria en varios países del subcontinente americano y se hacía evidente que ni la reorganización de la tenencia de la tierra, ni la colonización de nuevas fronteras agrícolas ni la introducción de innovaciones tecnológicas habían solucionado los problemas de las poblaciones indias, la dimensión cultural del desarrollo volvió a ocupar un lugar destacado de la agenda indigenista latinoamericana (Arze, 1990: 22).

Definido por el autor “como la capacidad social de un pueblo para construir su futuro, aprovechando para ello las enseñanzas de su experiencia histórica y los recursos reales y potenciales de su cultura, de acuerdo con un proceso que se defina de acuerdo a sus propios valores y aspiraciones” (1982: 133), el etnodesarrollo sienta las bases de una propuesta alternativa al modelo de desarrollo dominante que parte del reconocimiento de la capacidad de estas sociedades para constituir unidades político-administrativas autónomas dentro de los estados nacionales de los que forman parte. Un derecho largamente reclamado por las organizaciones indígenas que está presente en los debates actuales sobre multiculturalismo e interculturalidad en América Latina (Stavenhagen, 1997; Díaz Polanco y Sánchez, 2002).

Uno de las ideas clave del etnodesarrollo es el control cultural del proceso de cambio por parte de las sociedades indias. Sin renunciar a la incorporación selectiva de ciertos recursos externos, siempre que estos sean adaptables al proceso cambio decidido y sometido a la decisión colectiva del grupo, el control cultural, tal y como lo define Bonfil (1988), precisa y se traduce a la vez en el reconocimiento de los grupos étnicos como unidades político-administrativas diferenciadas (autodeterminación política, derecho consuetudinario, formas de organización social), un elevado nivel de conciencia étnica (mediante la capacitación de “intelectuales orgánicos” procedentes del propio grupo capaces de emprender la tarea de descolonización y puesta en valor de la cultura propia), la disolución de los mecanismos de exclusión social y el reconocimiento de derechos colectivos (entre los que se encuentran fuertemente significados el reconocimiento a conservar y practicar la propia identidad cultural, su propio idioma, y el derecho al territorio —tierra y recursos—).

En definitiva, tal y como plantea el etnodesarrollo, tener en cuenta la cultura en los procesos de desarrollo no de forma foclórica ni marginal, sino sustantiva, pasa por el reconocimiento de los derechos de los pueblos indígenas y la modificación de la lógica hegemónica homogeneizante para reconocer de hecho y de derecho la condición pluricultural y multiétnica de los Estados nación en América Latina. Más de tres décadas después, culminados los procesos de reformas constitucionales que reconocen la

plurietnicidad y el multiculturalismo en casi todos los países de la región (Colombia, 1991; Perú, 1993, Paraguay, 1993, Bolivia, 1994, Ecuador, 1998, Venezuela, 1999, México, 2001), estas reivindicaciones siguen constituyendo el cogollo de los debates y los nuevos movimientos sociales aglutinados en torno al reconocimiento a los derechos diferenciales de la población amerindia, nuevas concepciones de ciudadanía, con la participación activa de antropólogos.

Precisamente en esa línea que conecta la reflexión teórica y la participación política se ubican las siguientes contribuciones de Edward Gray y Libia Grueso, respectivamente, dos reconocidos antropólogos por su participación en la defensa de los derechos de los pueblos y comunidades indígenas de América Latina[9].

El texto de Gray "Autodesarrollo: una alternativa al impasse", publicado en 1996, analiza los principales problemas a los que se enfrenta el grupo arakmbut de la amazonía peruana (Madre de Dios) como resultado de la presión ejercida por el mercado para la extracción indiscriminada de oro. Impulsadas por el Estado peruano desde los años setenta, estas iniciativas externas de desarrollo suponen la ampliación paulatina de la frontera de colonización de la selva en beneficio de colonos mestizos y empresas multinacionales y se traducen en un deterioro irreversible del medio ambiente y de las condiciones de vida y las formas de subsistencia tradicionales de este y otros grupos étnicos de la amazonía.

Luego de un debate sobre el modelo de desarrollo, el autor explora la naturaleza y el significado de las categorías indígenas sobre desarrollo y encuentra que, lejos de basarse en el crecimiento económico y la modernización, las propuestas locales de mejora parten de la autosuficiencia y la lucha por el acceso y uso sostenible de sus recursos. En línea con lo señalado por Bonfil, el "autodesarrollo", tal y como es definido por los arakmbut a partir de sus propias necesidades socioculturales, no implica un rechazo a la adopción de ciertos elementos que mejoran el bienestar material de la población (carreteras, escuelas), sino básicamente el control de un proceso endógeno de cambio que garantice su reproducción como grupo y el reconocimiento de sus derechos al territorio:

La manera más cercana en la cual los arakmbut, en su propia forma de

conceptualizar, definen el desarrollo es que quieren ser capaces de mantener alguna estabilidad en sus vidas. Ellos no quieren ser "desarrollados" [...] quieren permanecer y cambiar de acuerdo a la génesis y decadencia de la vida cuando el tiempo pasa (p. 347).

Esta noción choca frontalmente con el modelo de crecimiento hegemónico basado en la extracción de recursos naturales (oro, gas, madera, petróleo, cobre) en manos de empresas transnacionales. En la etnografía de Gray, ese modelo está representado por los intereses de los mestizos colonos, avalados por las políticas desarrollistas neoliberales del Estado peruano. La explotación indiscriminada de los recursos en detrimento de las poblaciones que habitan ancestralmente el territorio, intensificada desde los años noventa hasta la actualidad, ha generado a la par que elevadas tasas anuales de crecimiento del PIB un creciente número de conflictos socio-ambientales protagonizados por comunidades rurales, campesinas y/o indígenas en todos los países de la región. Los estudios realizados muestran que existe una correlación directa entre el deterioro de los recursos naturales, violencia, pobreza y aumento de la conflictividad social (Ortiz, 1999: 5).

En "Representaciones y relaciones en la construcción del proyecto político y cultural del proceso de comunidades negras […]", Libia Grueso presenta otra experiencia de resistencia frente al modelo de desarrollo hegemónico. En este caso se trata del llamado Proceso de Comunidades Negras (PCN), un movimiento social y político que agrupa una red constituida por casi 800 organizaciones de grupos afrodescendientes colombianos, unidos en torno a la lucha por la supervivencia y el reconocimiento constitucional de sus derechos étnicos y territoriales como colectivo.

Con una larga tradición de resistencia que se remonta al siglo XVI, trasplantados como esclavos para la extracción de materias primas de la región, la población afrocolombiana habita una región rica en recursos naturales y reconocida actualmente como una de las cinco zonas de mayor diversidad del planeta. Esta condición de servidumbre, perpetuada en siglos posteriores como campesinos sin tierra y mano de obra de las empresas extractivas, se agudizó al reconocerse su derecho al territorio y a la identidad cultural en la

Constitución de 1991. Desde entonces, las comunidades negras del Pacífico sur colombiano se han convertido en el centro de la represión de todos los actores del conflicto armado en disputa por el territorio que habitan y sus recursos (ejército, guerrilla, grupos paramilitares, Gobierno y empresas extractivas multinacionales), contando con el mayor número de personas desplazadas, perseguidas y líderes asesinados.

Al igual que Gray en el estudio de los arakmbut de la amazonía peruana, Grueso explora las nociones locales de desarrollo de las comunidades negras del Pacífico sur colombiano y las contrapone a las del resto de los actores del conflicto armado. Para las comunidades negras el territorio no es una mercancía, sino el recurso necesario para garantizar su cultura y la biodiversidad sobre el cual están ensayando nuevas formas organizativas alternativas al modelo hegemónico de desarrollo (pp. 379-380). La autora se detiene en ilustrar el contenido de "Territorios de vida, alegría y libertad", propuesta política del PCN orientada a la búsqueda de una perspectiva propia basada en la autonomía cultural y la sostenibilidad ambiental, bajo formas de resistencia cultural a modelos homogeneizantes de sociedad basados en el mercado, el desarrollo y el crecimiento económico. Precisamente, esa misma experiencia será retomada por Arturo Escobar en el capítulo que cierra este libro, como un espacio útil a la hora de pensar el lugar, la diferencia y la globalización.

"Más allá del Tercer Mundo: globalidad imperial, colonialidad global y movimientos sociales antiglobalización" parte de la necesidad de pensar más allá del desarrollo y de la modernidad para enfrentar los problemas actuales. La globalización, según Escobar, no necesariamente debe ser entendida como la culminación de la modernidad eurocéntrica y el desarrollo, sino como un espacio de debate en el que convergen multiplicidad de voces y modelos político-culturales, socioambientales y económicos diversos.

Para dar respuesta a los problemas contemporáneos se plantea la necesidad de una renovación epistemológica y nuevos horizontes analíticos posmodernos como los que proveen: la "pluralización de la diferencia subalterna" (Scott), el "posmodernismo opositor"

(Santos), los nuevos “imaginarios anticapitalistas” (Quijano y Amin) y las perspectivas del “programa modernidad/colonialidad”, del que él mismo forma parte. Estos modelos permiten situarse en una postura crítica que reivindica la agencia social (frente a una “participación descafeinada”) y la experimentación creativa en nuevos espacios e historias locales de lucha basadas en el lugar desde donde superar el mito de la modernidad, del desarrollo y del Tercer Mundo, entre otros. En lugar de persistir en el uso de categorías eurocéntricas “Tercer Mundo” y “desarrollo”, incapaces de responder a los problemas actuales, Escobar propone partir de las políticas de la diferencia (cultural, económica y ecológica) desde la perspectiva de la colonialidad recogidas en el lema “mundos y conocimientos de otro modo” (p. 404).

Más allá de la mutación en los términos teóricos y el hincapié en la necesidad de una renovación del lenguaje, blanco de las críticas a la corriente posmoderna en antropología del desarrollo (Horowitz, 1994; Little y Painter, 1995), Escobar ilustra, a través de la praxis de los movimientos sociales antiglobalización, la existencia de una racionalidad distinta que reta a la globalización neoliberal en muchos planos y propone nuevos horizontes de significado y concepciones alternativas de economía, naturaleza y desarrollo.

De este modo, una vez más, se hace patente que la crítica antropológica al discurso del desarrollo y la modernidad no es solo una pirueta intelectual alejada de la práctica y del compromiso, sino que trata de las condiciones materiales del poder, de la historia, de la cultura y de la identidad y busca proponer alternativas, en sintonía con las luchas a favor del derecho a la diferencia. Parafraseando a Gimeno, una antropología de orientación pública (2010) que contribuya a borrar discusiones estériles sobre la división artificial entre teoría y aplicación que distrae nuestra atención de los debates urgentes sobre la pobreza, la exclusión, el deterioro medioambiental, las violaciones de derechos humanos y la violencia y la inequidad de género. En su lugar, la antropología puede mostrar y desarrollar su capacidad para enfrentarse de manera eficaz a la comprensión de los problemas sociales del mundo contemporáneo, contribuyendo a su discusión pública con la explícita intención de participar activamente en la propuesta y puesta en marcha, incluyendo la evaluación y análisis

de sus consecuencias, de las transformaciones sociales que se están produciendo. Situados desde esta perspectiva crítica, como nos recuerda Santos, la diferencia más notable puede que no radique tanto entre teoría y aplicación, sino entre el uso específico de teoría y aplicación para acciones transformadoras o para acciones que reproducen el statu quo (citado en Gimeno, 2010: 250).

NOTAS

1. Una recopilación reciente de las publicaciones de antropología social española sobre desarrollo y cooperación se encuentra en Martínez y Larrea, 2010.

2. Los efectos perversos de este discurso han sido metafóricamente representados en la dramática imagen de Saturno devorando a sus hijos. Así, Gimeno y Monreal la escogían como portada de La controversia del desarrollo. Críticas desde la antropología (1999), y Víctor Bretón ha recurrido a ella diez años más tarde como título de su libro Saturno devora a sus hijos. Miradas críticas sobre el desarrollo y sus promesas (2010).

3. Gardner y Lewis han criticado a Hobart un cierto grado de esencialización y homogeneización al que somete el "conocimiento occidental" que involucra la racionalidad científica. De la misma manera que sucede con el conocimiento indígena, el conocimiento científico es también un fenómeno mucho más complejo y situado, como la misma relación entre desarrolladores y desarrollados que, según argumentan, no se puede reducir a un conjunto de oposiciones binarias (pensamiento moderno-científico vs. tradicional-indígena): "Los paradigmas dentro de los cuales trabajan los desarrolladores son tan dependientes de su contexto, específicos culturalmente e impugnados como los de los grupos sociales que son su objetivo" (1996: 154).

4. Este proyecto formó parte del Programa Cultura y Ciencias Sociales Aplicadas, implementado por la Universidad de Cornell en cinco lugares habitados por otros tantos grupos étnicos: Bang Chan

(Tailandia); Senapur (India); los Inuit (Canadá); los Navajo (EE UU) y los Quechua (Perú).

5. Para una crítica de este concepto, véase el capítulo de Hobart en este libro.

6. Comunicación personal de Pilar Monreal.

7. Este libro ha tenido un gran impacto en los círculos de la antropología académica británica. En parte por la polémica desatada entre sus propios colegas tras diez años de colaboración en el proyecto en el que basa su análisis, como explica el propio autor en el prólogo del libro, y, en parte, porque contribuye a asentar las bases para una nueva etnografía del desarrollo, alejada de nociones monolíticas (Büscher, 2008).

8. La Declaración de San José sobre Etnocidio y Etnodesarrollo en América Latina fue aprobada al término de una reunión organizada en 1981 por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), con el auspicio de la UNESCO, en la que participaron alrededor de cincuenta líderes indígenas, académicos y funcionarios gubernamentales e internacionales. Esta Declaración se ubica en la tendencia inaugurada en la década de los años setenta por diferentes movimientos etnopolíticos, las dos Conferencias de Barbados (1971 y 1977), las reuniones sobre "Los pueblos indígenas y la tierra" y la apertura en Naciones Unidas a las representaciones indígenas en el Grupo de Trabajo sobre Derechos Humanos (Zolla y Zolla, 2004: 296-297).

9. Edward Gray fue director de IWGIA (International Work Group for Indigenous Affairs). Fundada en 1968 por un grupo de antropólogos alarmados por el genocidio en la selva amazónica, esta organización continúa siendo una de las más activas en la defensa de los derechos humanos de los pueblos indígenas. Libia Grueso recibió en 2004 el Premio Goldman (conocido como el Nobel de Medio Ambiente) por su compromiso con la defensa de los derechos de las comunidades negras de la costa del Pacífico, experiencia que relata en este texto.

Bibliografía

a

rce

, Alberto y l

ong

, Norman (2000): Anthropology, development and modernities, Routledge, Londres.

a

rze,

Oscar (1990): “Del indigenismo a la indianidad. Cincuenta años de indigenismo continental”, en José Alcina Franch (comp.), Indianismo e indigenismo en América, Alianza, Madrid, pp. 18-33.

a

sad

, Talal (ed.) (1973): Anthropology and the colonial encounter, Ithaca, Londres.

b

ennet

, John y b

owen

, John (eds.) (1988): Production and autonomy. Anthropological studies and critiques of development, University Press of America, Lanham.

b

onfil

, Guillermo (1982): América Latina: etnodesarrollo y etnocidio, FLACSO, Costa Rica.

— (1988): “La teoría del control cultural en el estudio de los procesos étnicos”, Anuario Antropológico, nº 86, pp. 13-53.

b

oserup

, Esther (1970): La mujer y el desarrollo económico, Minerva, Madrid.

b

reton

, Víctor (2010): “Introducción: ¿Saturno devora a sus hijos? De hegemonía(s), desarrollo(s), y posdesarrollo(s)”, en V. Bretón (ed.), Saturno devora a sus hijos. Miradas críticas sobre el desarrollo y sus promesas, Icaria, Barcelona, pp. 7- 31.

b

reton

, Víctor;

García,

Francisco y

Roca

, Albert (eds.) (1999): Los límites del desarrollo. Modelos rotos y modelos por construir en América Latina y África, Icaria, Barcelona.

b

rokensha

, D.; w

arren,

D. y w

erner,

O. (eds.) (1980): Indigenous knowledge systems and development, University Press of America, Washington.

b

uscher

, Bram (2008): “Development between nuance and neo-liberalism”, Focaal-European Journal of Anthropology, nº 51, pp.161–68.

c

amacho

, Daniel y m

enjívar

, Rafael (coords.) (1989): Los movimientos populares en América Latina, Siglo XXI, México.

c

ernea

, Michael (ed.) (1995): Primero la gente. Variables sociológicas en el desarrollo rural, Fondo de Cultura Económica [e. o. 1985], México.

c

oleman

, J. S. (1988): “Social Capital in the Creation of Human Capital”, American Journal of Sociology, vol. 94, pp. 95-120.

— (1990): Foundations of Social Theory, Harvard University Press, Cambridge.

c

ooke

, Bill (2003): “A New Continuity with Colonial Administration: Participation in Development Management”, Third World Quarterly, vol. 24 (1): 47-61.

d

ahl

, Gudrun y r

abo,

Annika (eds.) (1992): Kam-ap or take-off. Local notions of development, Stockholm Studies in Social Anthropology, Estocolmo.

d

íaz-

p

olanco

, Héctor y

Sánchez,

Consuelo (2002): México diverso. El debate por la autonomía, Siglo XXI, México.

d

urston

, John (2002): El capital social campesino en la gestión del desarrollo rural: diadas, equipos, puentes y escaleras, Comisión

Económica para América Latina y el Caribe, Santiago de Chile.

c

hambers,

Robert (1983): Rural development. Putting the last first, Longman, Londres.

e

scobar

, Arturo (1988): “Power and Visibility, Development and the Invention and Management of the Third World”, Cultural Anthropology, 3(4): 428-443.

— (1998): La invención del Tercer Mundo. Construcción y Deconstrucción del Desarrollo, Norma [e. o. 1995], Bogotá.

— (1997): “Anthropology and development”, International Social Science Journal, nº 154, pp. 497-515. [Traducción al castellano: UNESCO, 1997].

— (2004): Más allá del Tercer Mundo. Globalización y Diferencia, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Universidad del Cauca, Bogotá.

— (2005): “El ‘postdesarrollo’ como concepto y como práctica social”, en Daniel Mato (coord.), Políticas de economía, ambiente y sociedad en tiempos de globalización, Universidad Central de Venezuela, Caracas, pp. 17-31.

e

steva

, Gustavo (1996): “Desarrollo”, en W. Sachs (ed.), Diccionario del desarrollo. Una guía del conocimiento como poder, PRATEC [e. o. 1992], Lima.

f

erguson,

James (1994): The anti-politics machine: “development, depolicization and bureaucratic power in Lesotho”, Cambridge University Press.

f

oster,

George M. (1974): Antropología aplicada, Fondo de Cultura Económica [e. o. 1969], México.

— (1980): Las culturas tradicionales y los cambios técnicos, Siglo XXI [e .o. 1964], México.

— (2009): “Las relaciones entre antropología teórica y aplicada: análisis de un programa de salud pública”, en R. Sánchez, La etnografía y sus aplicaciones, Ramón Areces [e. o. 1952], Madrid, pp. 129-156.

f

oucault,

Michel (2002): La arqueología del saber, Siglo XXI [1969], Buenos Aires.

— (1973): El orden del discurso, Tusquets [1970], Barcelona.

g

ardner

, Cris y l

ewis,

David (1996): Anthropology, Development and the post-modern challenge, Pluto Press, Londres.

g

eertz

, Clifford (1994): Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas, Paidós [e. o. 1983], Barcelona.

g

imeno

, Juan C. (2010): “Antropología de orientación pública. Asomarse unos centímetros más allá del borde. Ahí donde la perspectiva se amplía ligeramente”, en M. Jabardo, P. Monreal y P. Palenzuela (coords.), Antropología de orientación pública. Visibilización y compromiso de la antropología, Ankulegi, Donosti, pp. 247-275.

g

imeno,

Juan C. y m

onreal,

Pilar (eds.) (1999): La controversia del desarrollo. Críticas desde la antropología, Los Libros de la Catarata, Madrid.

h

obart,

Mark (ed.) (1993): An anthropological critique of development. The growth of ignorance, Routledge, Londres.

h

olmberg

, Allan (1966): “Tenencia de la tierra y cambio social planeado: un caso de Vicos, Perú”, Vicos: método y práctica de la antropología aplicada, Estudios Andinos, Lima, pp. 49-87.

— (2009): “Intervención participante en el campo”, en R. Sánchez, La etnografía y sus aplicaciones, Ramón Areces [e. o. 1955],

Madrid, pp.205-213.

h

orowitz

, Irving (ed.) (1967): The rise and fall of Project Camelot: Studies in the relationship between social science and practical politics, MIT Press, Massachusetts.

h

orowitz,

Michael (l994): “Development Anthropology in the mid-l990s”, Development Anthropology Network, 12 (l y 2): l-l4.

i

barra

, Pedro y u

nceta,

Koldo (coords.) (2001): Ensayos sobre el desarrollo humano, Icaria, Barcelona.

k

abeer

, Naila (1988): Realidades trastocadas. Las jerarquías de género en el pensamiento del desarrollo, Paidós, Barcelona.

k

apoor

, Illan (2005): “Participatory Development, Complicity and Desire”, Third World Quarterly, vol. 26(8): 1203-1220.

k

liksberg

, Bernardo y t

omassini,

Luciano (comps.) (2000): Capital social y cultura. Claves estratégicas para el desarrollo, Banco Interamericano de Desarrollo/ Fondo de Cultura Económica, Nueva York.

k

ottak

, Conrad Ph. (1995): “Cuando no se da prioridad a la gente: algunas lecciones sociológicas de proyectos terminados”, en M. Cernea (op.cit.), pp. 493-530.

l

ittle,

Peter y p

ainter

, Michael (l995): “Discourse. Politics, and the Development Process: Reflections on Escobar’s anthropology and the development encounter”, American Ethnologist, 22(3): 602-616.

l

ong

, Norman y l

ong,

Anne (1992): Battlefields of Knowledge. The interlocking of theory and practice in social research and development, Routledge, Londres.

m

air,

Lucy (1984): Anthropology and Development, Macmillan, Londres.

m

artínez

, Mónica y l

arrea,

Cristina (2010): Antropología Social, Desarrollo y Cooperación Internacional, Universitat Oberta de Catalunya, Barcelona.

m

ohanty,

Chandra; r

usso,

Anne y t

orres,

Lourdes (1991): Third world women and the politics of feminism, Indiana University Press, Indianapolis.

m

omsen

, Janet (1993): Women and development in Third World, Routledge, Londres.

m

onreal,

Pilar (1999): “Mujeres, género y desarrollo. Conceptos y mundos encontrados”, en J. C. Gimeno y P. Monreal (op.cit), pp.213-238.

— (2003): “De campesinos a indígenas. Tierra y cultura en los discursos del desarrollo”, en B. Pérez Galán y G. Dietz (eds.), Globalización, resistencia y negociación en América Latina, Los Libros de la Catarata, Madrid.

m

onreal,

Pilar y. g

imeno,

Juan C (1999): “El poder del desarrollo: antropología de un encuentro colonial”, en J. C. Gimeno y P. Monreal (eds.), La controversia del desarrollo. Críticas desde la antropología, Los Libros de la Catarata, Madrid, pp. 5-24.

m

oser

, Caroline O. (1993): Gender planning and development: theory, practice and training, Routledge, Londres.

m

oore

, Henrietta L. (1999): Antropología y Feminismo, Cátedra, Valencia.

m

oose

, David (2005): Cultivating development. An ethnography of aid policy and practice, Pluto Press, Londres.

— (2011): Adventures in Aidland: The anthropology of professionals in international development, Berghahn, Nueva York, Oxford.

n

ash,

June (1979): We eat mines and the mines eat us: dependency and exploitation in Bolivian Tin Mines, Columbia University Press, Nueva York.

o

rtiz

T. Pablo (ed.) (1999): Comunidades y conflictos socioambientales. Experiencias y desafíos en América Latina, Ediciones Abya-Yala, Quito.

p

alenzuela,

Pablo (2009): “Mitificación del desarrollo y mistificación de la cultura. El etnodesarrollo como alternativa”, Iconos. Revista de Ciencias Sociales, nº 33, pp.127-140.

p

érez

g

alán

, Beatriz (2002): “Dimensiones culturales del desarrollo”, en G. Ramírez de Haro et al. (eds.) (op.cit), pp.241-256.

— (2003): “Género y Desarrollo”, Colección Pedagógica Universitaria, nº 40, pp. 1-11.

— (2004): Somos como Incas. Autoridades tradicionales en los Andes Peruanos, Iberoamericana/Vervuert, Madrid.

p

érez

g

alán

, Beatriz y

Dietz

, Gunther (eds.) (2003): Globalización, resistencia y negociación en América Latina, Los Libros de la Catarata, Madrid.

r

ahnema

, Majid y b

awtree,

Victoria (eds.) (1996): The post-development reader, Zed Books, Londres.

r

amírez

de

h

aro,

Gonzalo et al. (2002): Desarrollo y cooperación en zonas rurales de América Latina y África. Para adentrarse en el bosque, Los Libros de la Catarata, Madrid.

r

ist,

Gilbert (2002): El desarrollo. Historia de una creencia occidental, Instituto Universitario de Desarrollo y Cooperación/Los Libros de la Catarata, Madrid.

r

obertson,

A. F. (1984): The people and the state: An anthropology of planned development, Cambridge University Press, Cambridge.

s

achs

, Wolfgang (ed.) (1996): Diccionario del desarrollo. Una guía del conocimiento como poder, PRATEC [e. o. 1992], Lima, pp. 116-131.

s

aid,

Edward (1990): Orientalismo, Libertarias/Produfi [e. o. 1978], Madrid.

s

ánchez,

Raúl (2010): La antropología y sus aplicaciones, Ramón Areces, Madrid.

s

antos,

B.

de

s

ousa

(2005): El milenio huérfano, Trotta, Madrid.

s

hiva,

Vandana (1998): Abrazar la vida, Horas y Horas, Madrid.

s

kar,

Harald O. (ed.) (1985): Anthropological contributions to planned change and development, Acta Univesitatis Gothoburgensis, Suecia.

s

ogge

, David (1998): Compasión y cálculo. Un análisis crítico de la cooperación no gubernamental al desarrollo, Icaria/Antrazyt, Barcelona.

— (2004): Dar y tomar. ¿Qué sucede con la ayuda internacional?, Icaria, Barcelona.

s

tavenhagen,

Rodolfo (1997): “Las organizaciones indígenas: actores emergentes en América Latina”, en Manuel Gutiérrez Estévez (comp.), Identidades étnicas. Diálogos Amerindios, Casa de América, Madrid, pp. 13-31.

s

tein,

William (1987): “Reflexiones críticas sobre el Proyecto Perú-Cornell”, Revista del Museo Nacional, XLVIII, pp. 287-316.

— (2000): Vicisitudes del discurso del desarrollo en el Perú: Una etnografía sobre la modernidad del Proyecto Vicos, Sur Casa de Estudios del Socialismo, Lima.

t

aussig,

Michael (1980): The devil and commodity fetishim in South America, South Carolina Press, Chapel Hill.

t

odaro

, Michael (1988): El desarrollo económico del Tercer Mundo, Alianza Universidad, Madrid.

u

phoff,

Norman (1996): “Ajustando los proyectos a las personas”, en M. Cernea (op.cit.), pp. 535-581.

v

an

w

illigen

, John (1991): Anthropology in use: A source book on anthropological practice, Westview, Boulder.

v

iola,

Andreu (1999): “Introducción. La crisis del desarrollismo y el surgimiento de la antropología del desarrollo”, en A. Viola (comp.), Antropología del Desarrollo. Teorías y Estudios etnográficos en América Latina, Paidós Studio. pp. 9-64, Barcelona.

w

illiams,

Glyn (2004): “Evaluating Participatory Development: Tyranny, Power and (Re) Politicisation”, Third World Quarterly, vol. 25 (3): 557-578.

w

olf,

Eric (1988): Europa y la gente sin historia, Fondo de Cultura Económica [e. o. 1982], México.

PRIMERA PARTE

El concepto de desarrollo:

críticas desde la economía y la antropología

capítulo 1

Desarrollo, subdesarrollo, maldesarrollo y posdesarrollo. Una mirada transdisciplinar sobre el debate y sus implicaciones*

Koldo Unceta**

Introducción

A lo largo de las últimas décadas, la economía del desarrollo y, más en general, los estudios sobre desarrollo —entendidos de manera amplia como el análisis de las condiciones capaces de favorecer el progreso y el bienestar humanos— atraviesan por una cierta crisis. Frente al vigor y la relevancia de los debates habidos durante la segunda mitad del siglo XX, pareciera que en la actualidad los estudios sobre desarrollo han ido perdiendo importancia en el ámbito de las ciencias sociales, en favor de enfoques centrados en el corto plazo y/o en el análisis coyuntural de realidades particulares. Ello no es ajeno a la complejidad del marco en el que se inscriben actualmente los procesos de desarrollo, caracterizado por la interacción de fenómenos económicos y sociales que operan en diferentes ámbitos y escalas, que van de lo local a lo global, y que abarcan un creciente número de temas.

Tampoco debe pasarse por alto la situación por la que atraviesan las ciencias sociales —y muy especialmente la economía—, cuyas corrientes dominantes han demostrado una notable incapacidad para enfrentar el estudio de no pocos problemas del mundo actual y para integrar en el debate algunos enfoques que han ido surgiendo más recientemente. Es preciso resaltar a este respecto el devastador efecto producido por el reduccionismo conceptual y metodológico que ha ido imponiéndose en ciertos ámbitos académicos, el cual ha dejado a los estudios sobre desarrollo huérfanos de algunas

perspectivas de épocas anteriores y dotados de menos instrumentos para, paradójicamente, tener que afrontar el análisis de fenómenos mucho más complejos[1].

En este contexto, el llamado pensamiento oficial sobre el desarrollo ha dado muestras de algunas limitaciones teóricas y metodológicas para interiorizar algunos de los retos más importantes que en la actualidad condicionan el bienestar de los seres humanos y la proyección del mismo hacia las futuras generaciones, sin que la incorporación de algunas variables haya alterado la raíz del discurso. Sin embargo, y pese a ello, en los últimos tiempos se han ido abriendo paso distintos enfoques que cuestionan ideas y conceptos apenas discutidos con anterioridad. Algunos lo hacen subrayando la necesidad de revisar la relación entre fines y medios para el logro de un objetivo —el bienestar humano— que sigue considerándose como una meta universal, y planteando la necesidad de que el crecimiento económico ceda su supremacía a la consideración de otros asuntos, como el incremento de capacidades o la sostenibilidad. Otras corrientes, sin embargo, defienden la negación del desarrollo como objetivo universal, al tiempo que reclaman la necesidad de analizar la realidad social al margen, o más allá, de las referencias propias de la modernidad. Así las cosas, la que ha venido a llamarse Agenda del Desarrollo se encuentra abiertamente mediatizada por las limitaciones que en la actualidad caracterizan a la propia concepción del mismo.

El propósito de este trabajo es precisamente el de examinar la situación actual del debate para plantear la conveniencia de un esfuerzo teórico orientado a la redefinición del concepto de desarrollo, y para tratar de identificar algunos de los problemas asociados a una empresa de estas características. Ello obliga, necesariamente, a realizar un cierto —aunque breve— recorrido retrospectivo que nos permita situar mejor la encrucijada en la que se encuentran los debates actuales.

El punto de partida: los clásicos y el progreso

La preocupación planteada a finales del siglo XVIII y principios del XIX por conocer los factores capaces de propiciar el progreso humano, por estudiar las claves que pudieran favorecer mayores cotas de bienestar en unos y otros lugares, se encuentra vinculada a dos fenómenos complementarios: de un lado, el universo filosófico asociado a la modernidad y, de otro, los cambios en el sistema productivo derivados de la revolución industrial. Si el triunfo de la razón y del conocimiento científico sobre otros procesos de aproximación a la realidad supuso la consolidación de una forma específica de entender la sociedad y sus relaciones con la naturaleza, las enormes capacidades de transformación surgidas de la industrialización vinieron a corroborar las posibilidades de pensar en términos de progreso universal, desterrando el pesimismo y el conformismo de épocas anteriores, caracterizadas por la escasez y por el dominio de las explicaciones del mundo basadas en la intuición o la religión. La Ilustración vino a romper los límites del pensamiento existentes con anterioridad, reivindicando la emancipación del mismo a través de la razón científica y, por su parte, la revolución industrial terminó con muchas de las limitaciones derivadas de unas técnicas escasamente productivas, abriendo las puertas a la posibilidad de producir todo lo necesario para el logro del bienestar humano.

Cuando Adam Smith escribió La Riqueza de las Naciones, quedó de alguna forma “inaugurado” el debate sobre el desarrollo que ha llegado hasta nuestros días. Con anterioridad, otros pensadores —desde Kautilya en la antigua India hasta Aristóteles en la Grecia clásica o San Agustín en la Europa medieval— habían teorizado sobre la oportunidad o no de determinadas acciones o decisiones a la hora de lograr una mayor prosperidad para ciudades, países y reinos, y para sus habitantes. Sin embargo, no sería hasta el siglo XVIII cuando, de la mano del pensamiento ilustrado, comenzaría abrirse camino una perspectiva racional y universalista sobre estas cuestiones. Con él, no solo se impondría un desarrollo del conocimiento crecientemente emancipado de la religión, sino también una concepción global del mundo capaz de superar las visiones particularistas mediatizadas por creencias locales.

Sin embargo, el surgimiento de una preocupación y un debate con vocación universalista —más allá de inquietudes vinculadas a

realidades ámbitos sociales o geográficos específicos— no puede desligarse de las expectativas abiertas por los logros de la revolución industrial. Solo teniendo en cuenta el crecimiento exponencial de la producción de carbón, de acero, de textiles; solo constatando la multiplicación constante de kilómetros de vías férreas o recordando los masivos desplazamientos de población desde Europa hacia América, fenómenos todos ellos característicos del siglo XIX, puede llegar a comprenderse el optimismo de la época y la fe, casi ciega, en las posibilidades de las nuevas técnicas productivas. Se habían roto muchos de los estrechos límites que durante siglos habían condicionado la capacidad de satisfacer las necesidades de sociedades densamente pobladas, y quedaba inaugurado un nuevo tiempo en el que la humanidad, si se organizaba correctamente —cuestión que daría lugar a otro debate —, podría beneficiarse de "una opulencia generalizada" que se extendería "hasta los estamentos más inferiores del pueblo", según Adam Smith, o de "unas fuerzas productivas más masivas y colosales que las de todas las generaciones anteriores juntas", en palabras de Karl Marx. Quedaba abierta, en definitiva, una época distinta en el debate sobre el progreso y el desarrollo, caracterizada por la emergencia de nuevas referencias filosóficas y teóricas, y por unas expectativas nunca antes contempladas[2]. Pero el advenimiento de la modernidad[3] y de la era industrialista vendría a transformar también la consideración de algunas de las relaciones fundamentales de los procesos económicos, incidiendo decisivamente en la manera de entender el progreso humano y de enfocar los debates sobre el mismo.

La primera de las relaciones radicalmente alterada fue la de los seres humanos con la naturaleza, que pasarían a estar gobernadas de manera creciente por la confianza en el dominio científico-técnico del universo y una menor consideración de parte de los conocimientos empíricos acumulados durante milenios. Como consecuencia, la investigación sobre la naturaleza del progreso y el desarrollo acabaría cortando el cordón umbilical que unía originariamente la noción de producción al mundo físico, elevando el carrusel del sistema económico por encima de las contingencias derivadas de la naturaleza (Naredo, 1987).

Otra relación, la que conecta a los seres humanos entre sí, pasaría a

ser objeto de fuertes debates, si bien desde el reconocimiento casi unánime de algunas ideas de la Ilustración —la libertad de las personas y la igualdad de derechos entre ellas— como inspiradoras de los nuevos tiempos[4]. En este orden de cosas, la discusión no estuvo tanto en los principios defendidos, sino en los medios más adecuados para garantizarlos: para unos, mediante la defensa del interés individual como fundamento del nuevo orden social[5]; para otros, a través de mecanismos capaces de armonizar las necesidades individuales y el interés general sobre la base de la intervención —en mayor o menor medida— de los poderes públicos en la actividad económica[6].

Finalmente, las preguntas formuladas por los pensadores clásicos[7] en torno al progreso —entendido como capacidad de satisfacer las necesidades humanas mediante la innovación y el incremento de la producción— tuvieron que incluir, ineludiblemente, un interrogante que, por otra parte, continuaría acompañando a todos los debates sobre el desarrollo hasta nuestros días: ¿podrían todos los países y todas las sociedades beneficiarse por igual del potencial generado por el capitalismo industrial o, por el contrario, estaríamos ante un juego de suma cero en el que lo que unos ganaran sería, necesariamente, a costa de lo que otros perdieran, como habían sugerido anteriormente los mercantilistas? Frente a este interrogante —y más allá de considerar los negativos efectos que, en el corto plazo, pudo generar la expansión capitalista entre las poblaciones de los países colonizados—, tanto Smith como Marx y otros representantes del pensamiento clásico apostaron por una creciente aproximación de las pautas de desarrollo en unos y otros lugares, bien a través del comercio y la expansión del mercado[8], bien por la acción de las leyes orgánicas del capital[9]. Todo ello, además, en un contexto en el que, como ya se ha dicho, tanto unos como otros confiaban en la posibilidad de una expansión casi ilimitada de la capacidad productiva del sistema.

Como consecuencia de lo señalado, el legado principal dejado por el pensamiento clásico fue la deriva productivista de su consideración del progreso —avalada sin duda por los logros materiales alcanzados durante el siglo XIX—, lo que acabaría constriñendo gran parte de los debates sobre el mismo al seno de una ciencia económica que, a su vez, iba a ir paulatinamente reduciendo el

alcance de su mirada sobre la realidad social.

Entrado ya el siglo XX, el estudio de las condiciones del progreso comenzó a vincularse —de la mano de Pigou— con la idea del bienestar, y este con la posibilidad de ser medido o evaluado. Y aunque el propio Pigou admitió la diferencia entre bienestar total y bienestar económico, circunscribiéndose este último al ámbito de lo considerado como "objetivo" —que a su vez quedaba referido a lo monetizable—, lo cierto es que, poco a poco, dicho bienestar económico —manifestado a través de la contabilidad nacional— acabaría representando por sí mismo la idea de progreso[10]. Se consolidaría así una tendencia según la cual muchos economistas reconocerían las limitaciones de su disciplina —obligada, al parecer, a no traspasar el ámbito de lo cuantitativo— a la hora de abordar el estudio de las condiciones del progreso y el bienestar humanos, a la vez que incrementaban sus esfuerzos por evaluar y medir la corriente de bienes y servicios producidos en cada país como expresión de su potencial de desarrollo, acabando por demarcar —desde dicha visión de la economía— el debate sobre estas cuestiones.

El crecimiento en el centro del debate

y el surgimiento del 'subdesarrollo'

En línea con la tendencia más arriba señalada, la denominada Economía del desarrollo, surgida a mediados del siglo XX —una vez superada la crisis del periodo de entreguerras y recuperada la preocupación por los asuntos del medio y largo plazo—, vino a plantear el debate en términos algo más precisos que lo esbozado hasta entonces[11]. Por un lado, estableciendo sin discusión la magnitud que serviría de referencia para examinar el incremento de la capacidad productiva: el crecimiento económico, expresado como la variación del PIB/hab. a lo largo del tiempo[12]. Y, por otra parte,

tratando de arrojar luz sobre la relación existente entre las tasas de ahorro e inversión y los niveles de crecimiento esperables, a partir de un estadio tecnológico y un nivel de productividad determinados. A este propósito se dedicaron los modelos de crecimiento, que, como el de Harrod-Domar, alcanzarían tanta notoriedad.

Sin embargo, lo anterior fue posible gracias a la adaptación de otro supuesto, heredado en parte de la tradición clásica: la consideración de que el bienestar de las personas dependía, de manera directa, de la riqueza global de los países en los que vivían[13]. Si los países prosperaban, sus habitantes también lo harían, lo que permitía evaluar los avances en términos de desarrollo a partir de agregados y promedios nacionales, dejando en segundo plano las cuestiones relativas a la distribución. De esta manera, la atención quedaba centrada en el Estado-nación no solo como ámbito principal en el que tomaban cuerpo los procesos económicos y sociales, sino también como sujeto mismo del desarrollo. El desarrollo humano, el bienestar de las personas, pasaba a ser considerado así como un subproducto del desarrollo nacional (Sutcliffe, 1995).

Pero la expresión del debate en términos agregados fue, a su vez, la antesala de su reducción a un planteamiento meramente cuantitativo. En ese nuevo contexto, el desarrollo comenzó a ser algo medible, cuantificable, a través del crecimiento económico y de las variables determinantes del mismo, continuando con los estudios sobre la contabilidad nacional iniciados con anterioridad[14]. Los economistas pasaron a contar con un marco conceptual —y unos instrumentos— que, pese a algunas críticas suscitadas, la mayoría de ellos consideraron suficientes para encarar el análisis de la realidad y poder evaluar problemas, avances y retos en los procesos de desarrollo. Todo ello les permitió, además, enfrentarse al estudio del nuevo escenario creado tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, en el que un buen número de países que accedían a la independencia y se enfrentaban al reto del desarrollo en el marco de un nuevo modelo de relaciones norte-sur. Así, estos países pasarían a ser el centro de atención de la emergente economía del desarrollo, lo que se vio favorecido por el éxito alcanzado en el mundo industrializado por las políticas keynesianas: superado el pesimismo del periodo de entreguerras, la preocupación del

desarrollo se trasladaba a los países y las sociedades que, hasta entonces, habían dado muestras de un escaso dinamismo o de una menor modernización. De esta manera, nacían dos categorías distintas de países: desarrollados y subdesarrollados.

En efecto, de la mano de la economía del desarrollo, y de la metodología adoptada por la misma, surgió un nuevo concepto hasta entonces desconocido en la jerga del debate económico: el subdesarrollo. El término vendría a expresar la existencia de países ya desarrollados (cuyo modelo representaba en sí mismo la idea de desarrollo) y otros que se encontraban por debajo de aquellos, en una imaginaria escala por la que todos deberían transitar. Pero, si bien algunos de los más representativos estudiosos del asunto señalaron la variedad de elementos característicos de cada uno de los peldaños de la escalera —la tecnología, la cultura, las instituciones, etc.[15]—, las limitaciones inherentes a la metodología y al instrumental adoptados acabaron por centrar la comparación entre unos y otros países en la observación del crecimiento o de algunas variables asociadas al mismo, como las tasas de ahorro o de inversión. De esta manera, el subdesarrollo vendría a ser, más que cualquier otra cosa, la expresión de una escasa capacidad productiva y de un débil crecimiento económico[16]. Podía haberse aplicado esta noción a diversos aspectos del bienestar humano, elaborándose rankings de países en función de su mayor o menor nivel educativo, de la salud de su población o de la eficiencia de sus sistemas productivos en términos medioambientales. Sin embargo, y pese a las advertencias realizadas por algunos de los más lúcidos teóricos del desarrollo[17], la noción de subdesarrollo aparecería vinculada desde el principio al análisis comparativo de las tasas de crecimiento existentes en unos y otros países.

Paradójicamente, este enfoque cuantitativo no se extendió a la propia definición del desarrollo. Podrían tal vez haberse planteado intentos por calcular el valor de los bienes y servicios per cápita que, en un nivel de precios dado, serían necesarios para considerar que un país había llegado a la meta del desarrollo. Sin embargo, no fue así. Se concluía que un país era subdesarrollado, o gozaba de un menor desarrollo que otro, en función de su PIB/hab., pero, paralelamente, no se establecía un criterio que permitiera explicar el desarrollo en esos mismos términos, quedando esta noción en un

estado de notable imprecisión[18]. En consecuencia, y dado que no existía una meta clara, un punto de llegada a partir del cual ya no fueran necesarios sucesivos incrementos del PIB/hab. para alcanzar el desarrollo, se iba consolidando la apuesta por un crecimiento ilimitado.

Las primeras críticas a esta visión del desarrollo no vinieron a cuestionar la idea del crecimiento como fundamento del mismo. De hecho, es difícil observar diferencias sobre este particular entre las posiciones dominantes de la época y las de los autores que más cuestionaron la corriente oficial[19]. Lo que hicieron los autores estructuralistas y dependentistas[20] fue, sobre todo, señalar algunas limitaciones de dicho planteamiento, subrayando la existencia de diferencias no solo cuantitativas, sino también cualitativas —de carácter estructural— entre países desarrollados y subdesarrollados, diferencias generadoras de relaciones de dependencia, capaces de dificultar, impedir o estrangular el crecimiento económico, pudiendo llegar a bloquear el proceso de desarrollo. La propia noción de subdesarrollo fue paradójicamente adoptada sin mayor objeción por las corrientes críticas, si bien negando que fuera la expresión de un retraso propio de sociedades tradicionales, sino principalmente la consecuencia misma del éxito de los países desarrollados. El subdesarrollo, pese a su inicial connotación cuantitativa, fue adoptado como término para subrayar aspectos cualitativos —las diferentes características estructurales, existentes entre unos y otros países—, hasta el punto de ser considerado por algunos como “la otra cara del desarrollo” (Frank, 1971).

En definitiva, la impugnación de la ortodoxia no vino a cuestionar la cada vez mayor identificación del desarrollo con el crecimiento económico. Como señalara Hirschman (1980), la principal aportación de las corrientes críticas fue la negación de la tesis del beneficio mutuo, aquella según la cual el incremento del bienestar en los países pobres no solo no perjudicaría, sino que fortalecería el de los países ricos. Frente a dicha tesis, estructuralistas y dependentistas vendrían a poner el acento en la necesidad de reformas capaces de modificar el carácter de las relaciones centro-periferia —o bien de una ruptura con el sistema o desconexión del mismo— como condición para hacer posible el desarrollo. Todos ellos subrayaron las dificultades o la imposibilidad para avanzar por

el camino recorrido por los países llamados desarrollados, pero no cuestionaron que el crecimiento económico —acompañado, eso sí, de ciertos cambios estructurales— fuese la principal y casi única herramienta para salir del llamado subdesarrollo.

De la evidencia de los primeros fracasos

a la consideración del 'maldesarrollo'

Habrían de pasar algunos años para que, coincidiendo con el fin de la segunda década para el desarrollo auspiciada por las Naciones Unidas, comenzaran a salir a la luz un conjunto de posicionamientos críticos cuestionando abiertamente la capacidad del crecimiento económico para superar el subdesarrollo y generar desarrollo, entendido este como un incremento en el bienestar de las personas.

En efecto, a finales de los años sesenta y principios de los setenta coincidieron diversos planteamientos que, yendo algo más allá de las controversias habidas hasta entonces entre los sectores oficiales y las corrientes críticas (asunto al que nos hemos referido en el apartado anterior), vinieron a poner sobre la mesa el debate sobre la naturaleza misma de los procesos de desarrollo y su capacidad para dar satisfacción a diversos imperativos relacionados con el bienestar humano.

Un primer campo de críticas fue el relativo a la pobreza y la desigualdad, dentro de lo que algunos denominaron el giro social de los años setenta (Bustelo, 1998). Como señalara Seers (1969), resultaba difícil asumir que el grado de desarrollo hubiera aumentado cuando la pobreza, el desempleo y el subempleo, o la desigualdad, no habían disminuido, pese a los resultados obtenidos en términos de incremento del PIB/hab. Diversos estudios llevados a cabo entre finales de los años sesenta y principios de los setenta

pusieron en evidencia que las elevadas tasas de crecimiento registradas durante más de dos décadas en prácticamente todas las regiones del mundo no habían servido en muchos casos para absorber la pobreza o generar una mayor equidad, por lo que dichas cuestiones comenzaron a considerarse referencias importantes a la hora de evaluar los éxitos o fracasos del desarrollo. Este, tal como había sido concebido, presentaba claras anomalías, lo que planteó la necesidad de nuevas estrategias capaces de corregirlas[21].

La constatación de estos problemas puso de manifiesto otro aspecto de la cuestión: las grandes limitaciones del PIB/hab. —como indicador asociado a un agregado nacional— para evaluar algunos aspectos clave del desarrollo, ya que su impacto específico vendría a depender, en gran medida, de los sectores en los que se hubiera producido. En términos de desarrollo, no podía tener el mismo significado un incremento del ingreso que afectara a unos percentiles u otros de la población. Por otra parte, algunos estudios evidenciaron que no solo no habían disminuido las grandes diferencias internas en muchos países, sino que estas habían aumentado notablemente a escala internacional. Si el subdesarrollo se expresaba y se medía fundamentalmente en términos de un menor ingreso per cápita respecto a los países considerados desarrollados, y si el objetivo de las políticas de desarrollo era el cierre de la "brecha norte-sur" a través del crecimiento, entonces el fracaso había sido clamoroso. No solo no se había reducido la brecha, sino que la misma había aumentado, tanto en términos absolutos —diferencias entre el PIB/hab. de unos y otros países— como relativos —PIB/hab. de unos países como proporción del de otros— (Morawetz, 1977).

A la persistencia de los problemas asociados a la pobreza y la desigualdad, vendría pronto a sumarse un segundo campo de anomalías en el proceso de desarrollo seguido, cuya constatación comenzó a tomar fuerza a finales de los años sesenta del siglo XX: el de un todavía incipiente, pero progresivo, deterioro del ambiente y de los recursos naturales. Si bien algunos científicos ya habían llamado la atención sobre dichos problemas y debatido abiertamente sobre la causa principal de los mismos[22], fue sin duda la publicación de Los límites del crecimiento (Meadows et al., 1972) la que generó un mayor impacto y una mayor toma de conciencia

sobre esta cuestión.

Los asuntos planteados ponían de manifiesto las importantes afecciones negativas del modelo, tanto en el corto como en el medio y largo plazo. A corto plazo, los problemas se manifestaban en forma de nuevas enfermedades y riesgos para la salud humana como consecuencia de la contaminación del aire, de la mala calidad de las aguas o de la congestión y el ruido[23], así como en la creciente preocupación por la destrucción de espacios naturales, todo lo cual dio origen al surgimiento de fuertes movimientos de protesta en algunos países. Por otra parte, la influencia de estas cuestiones se dejó sentir también en el ámbito teórico en forma de algunas aportaciones orientadas a lograr una mayor armonización entre las necesidades del bienestar humano y las derivadas de la conservación de los recursos naturales. En este contexto, cabe enmarcar el surgimiento del concepto de ecodesarrollo[24] a finales de los años setenta, en el cual las necesidades de las personas y la utilización racional de los recursos debían y podían compaginarse en diferentes escalas geográficas, entre las que los ámbitos locales y regionales —las ecorregiones— cobraban una especial relevancia. Una de las particularidades del enfoque sería el énfasis puesto en la participación de la gente como garantía de una racionalidad más próxima a los objetivos planteados.

A medio y largo plazo, los problemas advertidos eran aún de mayor calado: agotamiento paulatino de recursos, pérdida de biodiversidad, desequilibrios ecológicos locales y globales y alteraciones graves en el clima[25]. Así, si en lo inmediato algunos aspectos del modelo de desarrollo generaban problemas para el bienestar de la población, expresados en enfermedades asociadas a la contaminación o al ruido y en nuevas patologías derivadas del modo de vida propio de las grandes urbes, en el medio y largo plazo dicho modelo ponía en riesgo la propia supervivencia de la humanidad. Se trataba, además, de un conjunto de elementos que planteaban dificultades prácticamente insuperables para una economía del desarrollo, cuyo enfoque productivista y cuya metodología resultaban claramente limitados.

La incapacidad del desarrollo realmente habido durante la expansión de la posguerra para incorporar a las mujeres al ideal

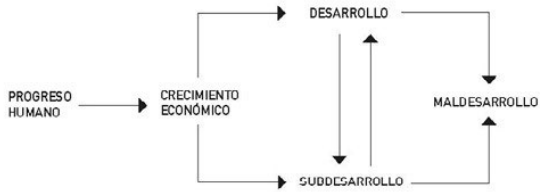
emancipatorio del mismo, y para avanzar en una mayor equidad de género, fue el tercer gran problema planteado a principios de los años setenta. Esther Boserup (1970) señaló que las brechas registradas en la productividad laboral entre hombres y mujeres habían aumentado en los años sesenta, relacionándolo con las estrategias de desarrollo llevadas a cabo, que habían marginado a las mujeres respecto de las actividades productivas. El sesgo masculino de dichas estrategias podía observarse también en otros ámbitos, como el de la educación primaria, comprobándose que los niños habían sido escolarizados antes que las niñas, aumentando así el diferencial técnico y cultural entre uno y otro sexo (Zabala, 2006). Otros asuntos, como la consideración del trabajo en el hogar y la asignación de roles en las distintas actividades económicas y sociales, fueron objeto de atención por distintas autoras, evidenciando el fracaso del desarrollo a la hora de procurar un mayor bienestar para las mujeres, pero también en lo referente a su marginación del proceso. Todo ello estaría en la base del surgimiento del movimiento Mujeres en el Desarrollo (MED), que constituiría la primera expresión de la incorporación de la perspectiva de género a los estudios sobre desarrollo[26].

Finalmente, una cuarta disfunción presente en los procesos seguidos en muchos países fue la no correspondencia entre el crecimiento económico de un lado, y el respeto de la libertad y los derechos humanos de otro. Las denuncias relativas a la ausencia de libertades o a la violación de derechos fueron aumentando paralelamente al incremento del PIB/hab. en no pocos lugares. Ello afectaba, por una parte, a aquellos países en los que el desarrollo económico se había planteado bajo la fórmula del socialismo real, y en los que —en bastantes casos— se habían registrado avances significativos en el plano de la equidad. Pero también tenía que ver con regímenes dictatoriales que habían logrado fuertes tasas de crecimiento en sus respectivos países en base a la explotación abusiva de la mano de obra y la restricción de derechos laborales, e incluso con la aparición de otro tipo de regimenes autoritarios y corruptos —normalmente con un fuerte componente militarista— en numerosos países de África, Asia y América Latina. Se evidenciaba así que la expansión productiva podía caminar de espaldas al incremento de libertades y oportunidades de las personas. Pero no solo eso: en algunos casos, la restricción de las libertades se había justificado,

precisamente, en nombre del desarrollo.

El conjunto de estos fracasos mencionados vino a poner de manifiesto que el desarrollo, tal como había sido concebido por sus estrategas al finalizar la Segunda Guerra Mundial, había derivado en un fenómeno capaz de empobrecer a personas y sociedades, de generarles pérdidas (de capacidades, de identidad, de recursos naturales…), de restringir derechos y libertades y de provocar nuevos desequilibrios y desigualdades. En definitiva, el modelo de desarrollo había, en buena medida, fracasado. Pero, además, dicho modelo había contribuido a consolidar un sistema mundial basado en profundas asimetrías entre unas y otras zonas del planeta, y en un balance de poder claramente favorable a los países llamados desarrollados. Algunos autores (Amín, 1990; Slim, 1998; Tortosa, 2001) han utilizado el término maldesarrollo para dar cuenta de algunos o de todos estos fracasos, que han acabado por afectar, aunque de distinta manera, tanto a países considerados desarrollados como a otros llamados subdesarrollados, así como a la configuración del sistema mundial. La idea de maldesarrollo vendría así a expresar un fracaso global, sistémico (Danecki, 1993), que afecta a unos y otros países y a la relación entre ellos (figura 1). Se trata, pues, de un concepto que va más allá de la noción de subdesarrollo, a la que englobaría, para referir problemas que afectan al sistema en su conjunto y que representan una merma en la satisfacción de las necesidades humanas y/o en las oportunidades de la gente. En el momento presente, la consideración del maldesarrollo cobraría todo su sentido vinculando su análisis al de algunas de las principales fuerzas que operan en la globalización. El mismo afectaría al conjunto de la humanidad, aunque sus expresiones no siempre sean las mismas en unos y otros lugares.

FIGURA 1
DESARROLLO, SUBDESARROLLO Y MALDESARROLLO



El pensamiento oficial en su laberinto

Paradójicamente, y pese a las numerosas señales ya existentes en aquellos años sobre las carencias y limitaciones del modelo impulsado hasta entonces, los sectores más influyentes en la elaboración de estrategias de desarrollo —especialmente en el campo de la economía— optaron por obviar dichas señales y por concentrar su atención en los problemas relativos al crecimiento económico derivados de la crisis surgida en la década de 1970. Y en ese empeño, la corrección de los desequilibrios macroeconómicos constituyó el principal y casi único tema de atención, dando por supuesto que la superación de los mismos restauraría el crecimiento que, a fin de cuentas, representaba el único objetivo a perseguir.

El fin de la expansión económica que había acompañado —y fundamentado— los procesos de desarrollo —o maldesarrollo— habidos en unas y otras partes del mundo entre 1945 y 1970 vino a modificar algunos de los supuestos básicos sobre los que había descansado el debate y la elaboración de estrategias. Y en ese contexto, la enérgica reafirmación de los postulados más ortodoxos —de la mano de la ofensiva conservadora iniciada a principios de los años ochenta— se traduciría en una encarnizada defensa del mercado y en una contundente crítica de la intervención pública en la promoción del desarrollo, la cual habría sido —desde esta perspectiva— culpable de buena parte de los fracasos cosechados[27].

La adhesión, con más o menos matices, a estos postulados por parte

de la mayor parte de los Gobiernos del mundo favoreció un nuevo escenario, caracterizado en general por un crecimiento débil —si exceptuamos casos aislados como el chino, por otra parte con una economía fuertemente dirigida— e incierto —con numerosos episodios de inestabilidad—[28]. Mientras tanto, se iban agravando algunos de los problemas planteados en el apartado anterior como síntomas del maldesarrollo (incremento de las desigualdades, agravamiento de las crisis medioambientales o merma efectiva de los derechos humanos…).

Ello no obstante, la defensa sin apenas matices del mercado y el énfasis en el equilibrio macroeconómico como factor determinante del desarrollo continuaría inspirando la evaluación de los logros y fracasos cosechados por unos u otros países por parte de algunos organismos como el FMI, evaluaciones que, a su vez, condicionarían el apoyo financiero externo otorgado a los procesos de desarrollo.

Sin embargo, las claras limitaciones de la nueva ortodoxia, puestas de manifiesto ya a finales de los ochenta por UNICEF ("Ajuste con rostro humano") o la CEPAL ("Transformación productiva con equidad"), vinieron a plantear la necesidad de un enfoque más amplio, capaz de tener en cuenta la multidimensionalidad de los problemas asociados al desarrollo y el bienestar humano. Desde entonces, la evolución del pensamiento oficial sobre el desarrollo, y más concretamente el representado por las propuestas emanadas del Banco Mundial, ha estado condicionada por una doble tensión: por un lado, la generada por la necesidad de incorporar al análisis muchos de los problemas que iban surgiendo y que no encontraban respuesta en los planteamientos más ortodoxos. Y, por otro, la derivada de las exigencias de cimentar cualquier estrategia de desarrollo sobre el control de determinadas variables macroeconómicas. Como consecuencia de ello se produciría un paulatino regreso a la agenda del desarrollo de algunos temas excluidos de la misma durante la década de 1980, caso de la preocupación por la pobreza y la desigualdad o del papel de las instituciones en el desarrollo.

En este nuevo contexto, tanto en el Banco Mundial como en otras instituciones, comenzó a plantearse la necesidad de considerar otros requisitos del desarrollo tales como la conservación de los recursos

naturales, la calidad de las instituciones, la equidad de género, la importancia del conocimiento o la participación de la población. Ello facilitó el reconocimiento de otros determinantes del crecimiento y el desarrollo más allá de la inversión en capital físico, retomándose el debate sobre el capital humano y ampliándose el mismo a la consideración del capital social e institucional, el capital natural, etc., lo que se expresaría, entre otros, en el Marco Integral del Desarrollo, propuesto por el Banco Mundial en 1998, o en la idea de una Gestión más general de Activos planteada por esta misma institución en 2003.

Pero, por otra parte, la inclusión de estos temas en el debate se produciría sin cuestionar algunos de los principales fundamentos teóricos y metodológicos de la ortodoxia: la identificación del bienestar humano con el crecimiento económico, la evaluación de este en términos agregados, la sola consideración de las actividades monetizables o la prioridad casi absoluta del ajuste macroeconómico sobre otras consideraciones. De esta manera, la evaluación de otros aspectos determinantes del desarrollo quedaba relegada a un segundo plano, bien por la dificultad de ser medida en términos monetarios, bien por la presión ejercida desde los círculos más ortodoxos y/o desde algunas instituciones financieras internacionales en favor de considerar otras prioridades.

La resultante de todo ello ha sido una fluctuante y conflictiva evolución del pensamiento oficial del desarrollo[29], atrapado entre la reconocida necesidad de abrir las puertas a otras perspectivas y la dificultad de sacudirse el dominio de una ortodoxia incompatible con una ampliación del debate planteada con un mínimo de rigor. En el fondo, la historia de los últimos años ha venido a poner de manifiesto las limitaciones de intentar enfrentar los retos del desarrollo planteados en el siglo XXI con las mismas herramientas metodológicas con las que se contaba en el siglo XIX. La perspectiva convencional —lo que algunos han venido a llamar el paradigma dominante— pretende lograr la cuadratura del círculo, al subordinar las necesidades teóricas y metodológicas derivadas de los retos del presente a los procedimientos y recursos de una disciplina —la economía— sometida, a su vez, a un fuerte proceso reduccionista por parte de los sectores más influyentes. Sin embargo, parece difícil que la incorporación de nuevas perspectivas

al diagnóstico y al análisis de los problemas asociados al desarrollo pueda llevarse a cabo con éxito desde dicha subordinación, sin abrir las puertas a un provechoso diálogo interdisciplinar.

Buscando un culpable: crítica de la modernidad

y reivindicación del 'posdesarrollo'

Más allá de los vaivenes operados en el llamado pensamiento oficial, la percepción de los fracasos cosechados por el tipo de desarrollo que había venido impulsándose —así como la constatación de la existencia de numerosas "víctimas" del mismo— vino a plantear un nuevo debate que ya no afectaba solo a la vía más apropiada para alcanzar el desarrollo o a los instrumentos más adecuados para promoverlo en cada lugar, sino que entraba de lleno en el cuestionamiento del propio concepto. En este punto, cabría distinguir dos grandes tipos de aproximaciones al asunto. Por una parte, estarían aquellas dirigidas a reorientar el análisis, a replantear la noción de desarrollo, invirtiendo la tradicional relación entre fines y medios que había condicionado el debate a lo largo de décadas. Desde esta perspectiva, el error estribaría principalmente en haber asumido una relación automática entre crecimiento y bienestar, hasta el punto de hacer del primero la referencia central de la estrategia, dejando en un segundo plano las necesidades e intereses vitales de la gente, así como las exigencias derivadas de la base de recursos existente. Estos enfoques serán comentados en el siguiente apartado.

Pero, por otro lado, se han ido haciendo cada vez más presentes las ideas que consideran dicha relación entre fines y medios como algo consustancial a la propia noción del desarrollo, la cual derivaría de una manera de analizar la realidad en la que el paradigma técnico-científico ha desplazado cualquier otra forma de conocimiento, impidiéndose así una comprensión más ajustada de los deseos y

aspiraciones de las personas. Así las cosas, no habría espacio para redefinir y/o reconducir el desarrollo, ya que este representaría, intrínsecamente, una forma de entender la existencia humana basada en el productivismo, el dominio sobre la naturaleza y la defensa de la modernización occidental con su irremediable secuela de víctimas y de fracasos. En esta línea se sitúan autores diversos (W. Sachs, A. Escobar, G. Rist, S. Latouche…) que, aunque con matices distintos, comparten el rechazo de la modernidad y la existencia de valores universales, a la vez que defienden la necesidad de un análisis posdesarrollista[30].

Los defensores del posdesarrollo parten de constatar no solo los fracasos cosechados a la hora de promover el bienestar a escala universal, sino también la manera en que la idea del desarrollo se ha ido extendiendo como promesa de emancipación a lo largo y ancho del mundo, hasta el punto de convertirse en algo obligatorio e indiscutible. De esta manera, el desarrollo sería a la vez un producto de la historia —la conjunción en Occidente de las ideas de la modernidad y las fuerzas de la industrialización— y una idea capaz de producir historia, condicionando decisivamente la evolución de las sociedades en unas y otras partes del mundo (Rist, 2002).

Uno de los temas recurrentes en la literatura posdesarrollista es el de la destrucción y la marginación generadas por los países occidentales en nombre del desarrollo, insistiéndose principalmente en los aspectos culturales y en los valores de las sociedades sometidas a la expansión forzosa de la modernización. En realidad, algunas de estas cuestiones ya habían sido repetidamente señaladas y denunciadas con anterioridad como propias de sociedades sometidas a los intereses de potencias exteriores o del capital transnacional. Por ejemplo, muchos autores estructuralistas y dependentistas habían apuntado dichos problemas como característicos del subdesarrollo, asociándolos a un modelo centro-periferia excluyente y generador de desigualdades. Pero, desde dichos puntos de vista, el empobrecimiento o la marginación no eran el resultado del desarrollo como tal, sino más bien de su negación en el seno de un sistema mundial regido por relaciones de explotación y/o dependencia.

Sin embargo, los defensores del posdesarrollo se apartan de esta visión de las cosas para denunciar que tanto el desarrollo como el subdesarrollo son nociones que tienen su origen en un mismo tipo de aproximación a la realidad, condicionada por una mirada occidental —y occidentalizadora—, incapaz de comprender los valores de las distintas culturas y civilizaciones y su aportación al bienestar de los seres humanos. Desde esta perspectiva, la destrucción causada por la expansión del capitalismo formaría parte intrínseca de la propia noción de desarrollo[31] y no solo de la forma que este pudiera haber adoptado en términos de explotación o dependencia. En consecuencia, no tendría sentido hablar de subdesarrollo, pues la aceptación de este término implicaría necesariamente la de su contrario —desarrollo—. El subdesarrollo es considerado así como un concepto inventado por los defensores del desarrollo para definir —en una clave abusivamente generalizadora— las características propias y diferentes de un amplio abanico de sociedades. De esa manera, países y regiones del mundo que habían sido anteriormente examinados y descritos desde distintas perspectivas y preocupaciones pasaron de pronto a ser conceptualizados como subdesarrollados[32].

Las corrientes teóricas posmodernas consideran que lo que se conoce como economía del desarrollo no es otra cosa que una construcción intelectual destinada a justificar y promover la expansión de un modelo y unos valores —los occidentales— como necesario revulsivo para superar el supuesto atraso de sociedades caracterizadas por otras referencias culturales y otras formas de organización social y de relación con la naturaleza. Pero la reivindicación del posdesarrollo va más allá de la simple crítica de la economía del desarrollo como expresión de una propuesta teórica basada en la defensa de la modernización y en la expansión de la misma al conjunto del mundo, pues niega también la propia posibilidad de una teoría capaz de explicar los diferentes aspectos que caracterizan el devenir de las sociedades humanas. Frente a ello, surge el rechazo de cualquier idea de progreso que indique una dirección común (W. Sachs, 1992), y la defensa de diferentes discursos y representaciones que no estén mediatizados por la construcción del desarrollo (Escobar, 2005).

La vuelta a los orígenes: crítica del 'maldesarrollo' replanteando la noción de progreso

Sin embargo, como se he planteado más arriba, la crítica de la modernidad y la negación del desarrollo no han sido la única respuesta a la crisis planteada desde los años setenta. Por el contrario, dicho enfoque ha convivido, a lo largo de los últimos años, con un renacer del debate sobre el propio significado del concepto y sobre la posibilidad de elaborar una propuesta sólida, no solo en el plano teórico, sino también desde una perspectiva práctica. En la búsqueda de nuevas orientaciones más fértiles que las anteriores para la elaboración de estrategias de desarrollo han tenido una especial incidencia la nueva consideración del bienestar humano basada en el enfoque de las capacidades, así como las exigencias derivadas de la base de recursos y el bienestar de las futuras generaciones.

En las últimas décadas, la controversia en torno a las necesidades humanas y su contradictoria relación con el crecimiento económico y con los procesos de desarrollo convencionales venía estando en la base de una amplia y variada literatura sobre dichos temas[33]. Pero, sin duda, fue la crítica de Amartya Sen al utilitarismo convencional la que abrió la puerta para una reformulación conceptual de la noción de bienestar que permitiría —y requeriría— otra caracterización del progreso humano[34]. Así, el descontento con los resultados del desarrollo y la reivindicación de un replanteamiento teórico que permitiera relacionar mejor los fines y los medios[35], acercando las estrategias al objetivo del logro del bienestar humano, encontrarían en los postulados defendidos por Sen el cauce y la metodología adecuados para dicho propósito.

Las consecuencias de esta evolución de la noción de bienestar han repercutido en la propia caracterización del progreso humano, con implicaciones fundamentales para la economía del desarrollo. La primera de ellas es la necesidad de revisar los fines y los medios del desarrollo, cuestión que afecta directamente al tratamiento de uno de los pilares de la estrategia seguida —la cuestión del crecimiento —, poniendo de manifiesto la conveniencia de juzgar el mismo en

función de su contribución al bienestar, entendido como incremento de capacidades. La segunda repercusión es la constatación de que el bienestar humano no puede considerarse como mero corolario de un desarrollo "nacional" estimado en términos agregados. La tercera consecuencia es la inadaptación de los indicadores utilizados convencionalmente para evaluar el bienestar, a la hora de plantear estrategias o de analizar avances y retrocesos.

En cuarto lugar, destaca la escasa utilidad de establecer categorías como desarrollo o subdesarrollo en base al análisis del ingreso, dado que este es únicamente un componente —aunque importante, sin duda— del desarrollo[36], y que desde el enfoque de las capacidades el desarrollo se convierte en una asignatura pendiente tanto para países ricos como para países pobres.

Por último, en quinto término, la relectura de la noción de bienestar propuesta por Sen, y la consideración del concepto de agencia, otorga un lugar central al proceso mismo, invalidando la idea del desarrollo como mero resultado. La propuesta de considerar el desarrollo como incremento de las oportunidades de las personas para vivir la vida que deseen, adoptada por el PNUD, trata, precisamente, de reflejar esa concepción.

Sin embargo, la no correspondencia entre el desarrollo realmente habido y el incremento de opciones vitales para la gente —expresado en capacidades y libertades—, no ha sido la única observada y analizada durante los últimos años. En efecto, además de esta perspectiva, las necesidades teóricas derivadas del análisis de la relación entre el bienestar presente y el de las futuras generaciones han planteado otro campo de debate y reflexión sobre el concepto de desarrollo. Si hasta hace relativamente poco tiempo la consecución del bienestar humano había sido concebido partiendo de unos recursos supuestamente ilimitados, la restricción impuesta por la finitud de los mismos y la necesidad de preservar el equilibrio ecológico han venido a plantear una nueva dimensión en el debate: la que se deriva de estudiar y definir el desarrollo también en términos diacrónicos, de manera que el incremento de las oportunidades en el presente no pueda fundamentarse en una merma de las mismas en el futuro. La noción de desarrollo sostenible, ampliamente difundida y utilizada durante los últimos

años, trataría —aunque con escasa fortuna debido a su ambigüedad — de responder a estos requerimientos[37].

Una y otra perspectiva —la del desarrollo humano y la de la sostenibilidad— plantean una importante ruptura conceptual con la manera convencional de entender el desarrollo, reivindicando la necesidad de un nuevo examen de medios y fines, la invalidez de los indicadores utilizados, el análisis en términos de procesos y no solo de resultados, y la consideración de diferentes ámbitos espaciales a la hora de estudiar los diversos aspectos que inciden en el bienestar humano. Todo lo cual exige un replanteamiento de la idea del desarrollo como meta a la que algunos ya habrían llegado, en tanto a otros les quedaría aún mucho camino por recorrer.

¿Tiene sentido insistir en la idea del 'desarrollo'?

De acuerdo con lo apuntado en los apartados anteriores, los estudios sobre desarrollo se debaten actualmente entre tres opciones principales: a) los esfuerzos orientados a ampliar el concepto, pero sin alterar el marco metodológico; b) la negación del desarrollo como noción universal y, en consecuencia, la conveniencia de abandonar la empresa, y c) los intentos encaminados a una reorientación profunda del concepto y de las estrategias de desarrollo (ver figura 2).

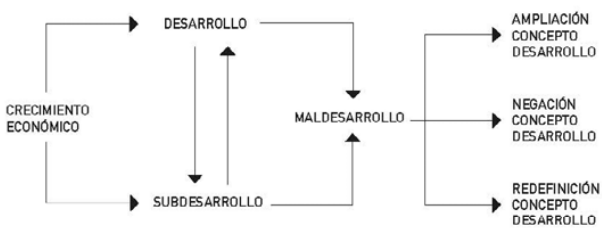
La primera opción —la defensa de una idea de desarrollo basada principalmente en el acceso a un número creciente de bienes y servicios y, por tanto, centrada en el crecimiento económico como proveedor de los mismos y como generador de ingresos— es la que ha ocupado el centro del debate durante casi dos siglos y la que ha servido de fundamento a las distintas estrategias desplegadas. Los intentos recientes por incorporar otras dimensiones al debate —más allá del mero crecimiento económico— chocan, como ya se ha dicho, con las limitaciones propias de la metodología empleada. Ello hace que, por el momento, el balance no sea muy halagüeño, ya que los avances registrados en términos de crecimiento no pueden ocultar la persistencia de la pobreza y la desigualdad, el

deterioro del medio ambiente y de la base de recursos naturales, el claro sesgo masculino del proceso y la restricción de libertades, derechos y opciones vitales de la gente, todo ello en un contexto de creciente violencia e inseguridad humana en el mundo.

La segunda opción, que consiste en la negación de un concepto universal de desarrollo, descansa sobre la necesidad de profundizar en las distintas visiones locales, afirmando la diferencia entre ellas y los valores que, en cada lugar, pueden servir de fundamento para el logro de un mayor bienestar humano. Esta segunda perspectiva no solo rechaza la idea del desarrollo —a la que culpa de todas las calamidades sufridas por la humanidad en los últimas décadas—, sino también la existencia del subdesarrollo, al que considera como una categoría inventada para justificar la expansión de un modelo que responde a los intereses, los valores y las percepciones de la realidad propias de la civilización occidental, y para negar la diversidad social y cultural de las sociedades así caracterizadas. Desde esta perspectiva, el problema no reside en las estrategias seguidas, sino en la propia raíz —la defensa de la modernidad— de un concepto cuya aplicación no podía tener otro resultado[38].

FIGURA 2

AMPLIACIÓN NEGACIÓN Y REDEFINICIÓN DEL CONCEPTO DE DESARROLLO



Finalmente, en tercer lugar, estarían los intentos por revisar el concepto de desarrollo, partiendo, al menos, de tres referencias principales: la necesidad de superar el utilitarismo convencional en la definición del bienestar; los imperativos que se derivan de una base de recursos limitada y finita, y la inexcusable toma en consideración de los fracasos cosechados y de las innumerables víctimas producidas en nombre del desarrollo. Desde la perspectiva

de los dos primeros asuntos mencionados, el nuevo enfoque no puede descansar en la aceptación de la dicotomía desarrollo/ subdesarrollo como expresión de dos realidades, una de las cuales sirve de modelo para la otra —que a su vez representa, casi en exclusiva, los problemas y los obstáculos existentes para el logro del bienestar humano—. Por el contrario, la revisión de la noción de desarrollo exige reconocer la existencia de problemas globales e interdependientes que limitan o impiden el bienestar humano, pese a que su expresión e intensidad pueda ser muy distinta en unos y otros lugares.

Sin embargo, este reconocimiento no debería ocultar la gran asimetría existente en la distribución de las oportunidades en unas y otras partes del mundo, la cual abarca por otra parte a un conjunto de aspectos que desbordan lo que hasta hace poco había sido definido como desarrollo desigual en la literatura dependentista. Dicho de otro modo, existe el riesgo de que la adopción de un enfoque más integral sobre el desarrollo, capaz de dar cuenta de los problemas globales y de los existentes en distintos tipos de sociedades, pudiera llegar a ocultar en parte las grandes limitaciones que se derivan de la mencionada asimetría. En este sentido, la reivindicación de un nuevo concepto de desarrollo, aplicable a unas y otras sociedades, debería acompañarse de cambios profundos en la distribución mundial del poder y de los recursos. Y, al mismo tiempo, la consideración del desarrollo como proceso de ampliación de las opciones vitales de la gente debería contemplar, necesariamente también, la existencia de prioridades diversas, en consonancia con el hecho de que millones de personas no tienen más opción que la lucha diaria por la subsistencia. Esto último supone reconocer que, pese al necesario abandono del crecimiento económico como referencia fundamental y casi única del desarrollo, no puede olvidarse que, en determinados contextos, el incremento de las oportunidades de la gente pasa por la ampliación de las capacidades productivas y la dotación de medios de vida para las personas[39].

Ahora bien, la apuesta por revisar en profundidad el concepto de desarrollo, de manera que el mismo pueda representar una referencia sólida para el diseño de estrategias —perspectiva en la que se sitúa quien esto suscribe— no puede ser el resultado de un

proyecto meramente voluntarista, planteando, por el contrario, algunas exigencias que no pueden soslayarse. La primera es la que se deriva de un elemental principio de realidad, que obliga a considerar las limitaciones existentes de partida, propias de un contexto marcado por el declive de los estudios sobre desarrollo y por las deficiencias teóricas y metodológicas de una subdisciplina que han dado lugar a lo que Berzosa (2006) ha denominado el subdesarrollo de la economía. Y la segunda, la que tiene que ver con la necesidad de vincular el análisis propuesto al estudio de las características propias del sistema económico en el que nos encontramos[40], como aspecto esencial del tema que se desea enfrentar.

Las dificultades de toda índole que plantea una empresa de estas características facilitan que, desde posiciones posdesarrollistas, se insista una y otra vez en que el intento carece de sentido y que lo más fructífero es abandonarlo cuanto antes, tras décadas de reorientaciones y fracasos consecutivos[41]. Los argumentos esgrimidos desde esta perspectiva apuntan a dos asuntos principales: por un lado, al hecho de que gran parte de las nuevas formulaciones sean incorporadas, sin grandes problemas, al discurso oficial, lo que demostraría la ambigüedad de unas ideas que permiten jugar "en distintos tableros" (Rist, 2002); y, por otra parte, a la constatación de que el refinamiento de la teoría ha acabado por convertirse en un ejercicio meramente abstracto sin repercusiones prácticas.

Algunos (de los muchos) problemas en presencia

Así las cosas, el esfuerzo por redefinir el desarrollo se vuelve una tarea compleja que no puede pasar por alto, ni dar la espalda, a algunas cuestiones fundamentales. Dada la magnitud de la tarea, que supera ampliamente las posibilidades de este ensayo, me limitaré a destacar tres de entre ellas que, en mi opinión, resultan más relevantes, a la vez que sirven para resumir otras muchas: ¿qué referencias teóricas? ¿Qué ámbito de análisis? ¿Qué perspectiva

metodológica? Lógicamente, tampoco pretendo dar aquí una respuesta acabada a estas interrogantes, sino plantear algunos elementos que contribuyan a arrojar algo de luz sobre las mismas, apuntando para ello caminos de reflexión o de debate.

En primer lugar, a la hora de plantear algunas referencias básicas que puedan aportar luz a un nuevo impulso de la idea de desarrollo, conviene tener en cuenta la necesidad de diferenciar entre el pensamiento ilustrado, por un lado, y la modernización occidental como proceso histórico global, por otro. De acuerdo con esa perspectiva, las ideas ilustradas sobre el progreso, surgidas en el siglo XVIII, habrían sido incorporadas al proceso modernizador y, al mismo tiempo, marginadas del mismo, especialmente en lo referente al abandono de las pretensiones reguladoras de la razón, de la teleología histórica o de la filosofía del progreso (Del Río, 1997). La manera en que, con el tiempo, ha ido conformándose la vida económica, política, social o cultural no representa, necesariamente, la única plasmación posible de aquellas. De ahí que pueda ser conveniente volver la vista hacia atrás y rescatar algunos aspectos del humanismo ilustrado que fundamenten una nueva percepción del desarrollo, y sirvan a la vez de referencia, tanto frente a quienes pretenden profundizar en el actual modelo como frente a los que, rechazándolo, niegan cualquier tipo de universalidad.

Partiendo de estas preocupaciones, la idea kantiana sobre el ser humano como fin en sí mismo —frente a su consideración como medio para el logro de otros fines más o menos precisos o abstractos— representa un sólido anclaje para una noción de desarrollo centrada en la capacidad real de optar de las personas y de hacerlo sin perjudicar las opciones de otras. En los últimos tiempos, la preocupación por la alteración producida en el tratamiento de medios y fines, y por las consecuencias de la misma, ha constituido una cuestión central de lo que se ha venido a llamar la ética del desarrollo (Goulet, 1999). En esa dirección, la perspectiva del incremento de capacidades y la de la sostenibilidad constituyen un importante punto de partida, por más que su concreción en conceptos como desarrollo humano y desarrollo sostenible plantee más de un interrogante, dado el uso y abuso que se ha hecho de los mismos.

Ambas aproximaciones expresan un rechazo hacia la orientación seguida por la mayor parte de los enfoques convencionales —marcada por una visión reduccionista del bienestar, por un manifiesto productivismo y por desconsideración de la naturaleza y de la base física de recursos—, pero ello no significa que puedan fusionarse de manera automática para dar lugar a un nuevo paradigma. Como ha señalado Sutcliffe (1995), la conveniencia de combinar estos dos conceptos críticos del desarrollo, de estudiar sus relaciones y de promover estrategias que tengan en cuenta los requerimientos de ambos no puede ocultar que, a menudo, los intentos por presentarlos de forma conjunta reflejan más las buenas intenciones que la coherencia analítica. En este contexto, el análisis de los requerimientos que plantea el avance hacia una nueva noción de desarrollo constituye una opción prometedora, en la que pueden converger tanto la perspectiva del desarrollo humano como la de la sostenibilidad[42].

El ámbito de análisis del desarrollo constituye otro de los grandes temas que es preciso dilucidar para poder dar nuevos pasos hacia adelante. Si históricamente el desarrollo fue estudiado y evaluado sobre todo en el marco de los Estados-nación como principal y casi único espacio emancipatorio, hoy en día su examen requiere contemplar procesos que operan e interactúan en diferentes ámbitos y escalas, dando lugar a dinámicas cuyo análisis se hace más y más complejo. Desde esta perspectiva, es preciso considerar, en primer término, los procesos globales como reflejo de la incontestable universalidad del desarrollo en la actualidad. Es cierto que no existe una cultura universal ni la misma percepción de algunos fenómenos en unos y otros lugares. Cierto también que los anhelos de la gente se encuentran tamizados por distintas referencias locales. Pero, más allá de estas consideraciones, la vida de todas las personas se ve afectada por la globalización, por una universalidad fáctica (Corominas, 2007) que condiciona la existencia de los seres humanos a través de una compleja y tupida red de relaciones de interdependencia.

En ese contexto, la apelación al relativismo cultural y la negación de valores universales pueden acabar constituyendo instrumentos para enmascarar los vínculos reales de explotación y marginación existentes en el mundo, y que son el origen del sufrimiento de

millones de seres humanos y de la ausencia de oportunidades para los mismos. Además, la reivindicación de referencias básicas que permitan disponer de códigos compartidos, capaces de asegurar la ampliación de capacidades desde la libertad y la igualdad de derechos, no implica en modo alguno negar la diversidad cultural ni la potencialidad —para el desarrollo humano y la sostenibilidad— de formas locales de organización social compatibles con aquellos[43]. De ahí la importancia de vincular la reinterpretación del concepto de desarrollo al análisis de los mecanismos de regulación globales que permitan el impulso del desarrollo humano y la sostenibilidad en unos y otros lugares; que posibiliten, en suma, que el desarrollo de la globalización no obstaculice la globalización del desarrollo, entendida esta como la universalización del bienestar humano.

Sin embargo, la consideración de unas referencias y un marco globales no puede plantearse en oposición a la diversa realidad de los procesos de desarrollo en unos y otros lugares. A este respecto, son muchas las aproximaciones llevadas a cabo en los últimos tiempos a la nueva realidad del territorio no ya como ámbito, sino también como sujeto mismo de los procesos de desarrollo. La revalorización de los espacios locales y el aprovechamiento de las potencialidades propias de los diferentes ámbitos territoriales constituyen, desde esta perspectiva, pilares de una estrategia capaz de operar en diferentes escalas frente a planteamientos meramente defensivos o particularistas ante el fenómeno de la globalización. Por lo que respecta al ámbito de los Estados-nación, no puede obviarse que los mismos siguen constituyendo una realidad capaz de condicionar aspectos relevantes de los procesos de desarrollo, por más que hayan perdido buena parte de su capacidad de gestión sobre los mismos. Finalmente, es preciso considerar asimismo la articulación entre unos y otros ámbitos, entre unos y otros procesos, lo que tiene que ver con el margen de maniobra existente en los distintos espacios económicos y sociales[44], y también con el diferente rol que las instituciones pueden desempeñar en unos y otros[45].

Por último, y refiriéndonos a perspectiva metodológica, es preciso subrayar que el empeño de redefinir el desarrollo desde una nueva visión acorde con los problemas y retos del momento presente requiere la adopción de un enfoque pluridisciplinar. Frente al sesgo

economicista dominante en los estudios sobre desarrollo a lo largo de varias décadas, los defensores del posdesarrollismo ponen el énfasis en la adopción de un enfoque principalmente antropológico. Sin embargo, tanto la multidimensionalidad de la idea de desarrollo como la interacción y articulación entre los ámbitos del mismo requieren del concurso de distintas aproximaciones que van desde las ya tradicionales —económica, sociológica, política, antropológica— hasta otras hoy imprescindibles como son la ecológica o la relacionada con la información y la comunicación.

Además, los debates teóricos sobre el desarrollo son inseparables de las propuestas concretas que puedan derivarse de los mismos, lo que dificulta la aceptación de cualquier paradigma cuya traducción práctica sea difícil de plasmar. Ello obliga a un especial esfuerzo en el terreno de la evaluación, propiciando la búsqueda de referencias precisas que permitan valorar avances o retrocesos en términos de desarrollo, lo remite al complejo asunto de los indicadores. A este respecto, es preciso considerar no solo la diversidad de los mismos —simples y compuestos, cuantitativos y cualitativos—, sino también sus propias limitaciones como herramientas de apoyo para el análisis de unos procesos en los que siempre existirá un margen para la interpretación y que, como expresión de una realidad social viva, nunca podrán ser reducidos a un número. Pero, además, los intentos por cuantificar aspectos concretos de los procesos de desarrollo requerirán la utilización de magnitudes que normalmente son utilizadas en disciplinas científicas diversas. En ese sentido, la tradicional expresión monetaria de los avances y retrocesos en términos de desarrollo, asociándolos únicamente con variables como el PIB, el consumo, el ahorro o la inversión, resulta completamente insatisfactoria cuando se pretende adoptar un enfoque multidimensional[46]. Ello obliga a contemplar nuevas metodologías de medición y evaluación capaces de abarcar un mayor número de indicadores y de variables expresadas en distintas magnitudes (unidades de energía, años de esperanza de vida, huella ecológica, etc.), así como también otros aspectos cualitativos difíciles de cuantificar, todo lo cual refuerza la necesidad de la reclamada aproximación multidisciplinar.

Epílogo

Para terminar, quisiera subrayar que los esfuerzos encaminados a la revisión del concepto de desarrollo no pueden obviar la trayectoria seguida durante largas décadas por la economía del desarrollo y, más en general, por los estudios sobre desarrollo. No se parte de cero, sino de la consideración y el estudio de una trayectoria anterior —con errores, pero también con importantes aportaciones —, de la que se desprenden algunas enseñanzas fundamentales. Por una parte, la constatación del fracaso asociado a una noción productivista, depredadora de recursos, y muchas veces contraria a los anhelos y aspiraciones de las personas, una forma de entender el desarrollo que, como hemos señalado, ha derivado en maldesarrollo. Pero, por otra parte, es preciso reconocer que dicho fracaso, pese a su alcance mundial y su afectación intergeneracional, ha tenido una diferente plasmación histórica sobre unos y otros lugares, y unas consecuencias bien distintas sobre unas y otras sociedades. Ni el maldesarrollo ha tenido las mismas repercusiones para unos que para otros ni la mayoría de las víctimas han estado —ni están— concentradas en las mismas regiones del mundo. Por ello, la ya manifestada necesidad de superar la dicotomía conceptual desarrollo/subdesarrollo —por no responder adecuadamente a las exigencias de un marco teórico como el que hoy se requiere—, no puede suponer el abandono de la equidad como referencia esencial a la hora de analizar los procesos[47]. Porque el rechazo a utilizar categorías como países desarrollados y países subdesarrollados en los términos en que dichos conceptos han sido planteados hasta hoy no significa obviar una realidad caracterizada por la enorme desigualdad de oportunidades que tienen los seres humanos en unas y otras zonas del planeta y también, de manera creciente, dentro de cada país.

El conjunto de reflexiones planteadas no pretenden reducir el debate a una cuestión meramente conceptual, como si el logro de una mayor precisión teórica sobre el concepto de desarrollo dotase automáticamente a este de alcance práctico, al margen de los intereses en presencia de la relación de fuerzas sociales, en definitiva, al margen de la política. Pero no es menos cierto que la

teoría ha sido muchas veces utilizada como coartada para tomar decisiones políticas, por lo que los avances que puedan plantearse en la interpretación teórica de la realidad social y en la consiguiente mayor precisión conceptual contribuirán, en alguna medida, a restringir el campo argumental de quienes —contra tantas evidencias— se empeñan en mantener viejos postulados, así como a dotar de fundamentos más sólidos a aquellas propuestas orientadas a transformar la realidad con el objetivo de ampliar las opciones vitales de las actuales y las futuras generaciones, es decir, orientadas al desarrollo de las personas y las sociedades.

En ese necesario esfuerzo intelectual y político resulta imprescindible el diálogo entre quienes defendemos la necesidad de un desarrollo alternativo —humano y sostenible, incluyente y universalizable— y quienes se sitúan en el campo del posdesarrollo y niegan la pertinencia de aquel. Algunos teóricos del posdesarrollo plantean lúcidas descripciones de situaciones creadas y de problemas causados por algunos procesos llevados a cabo en nombre del desarrollo, pero luego dan un salto en el vacío y llegan a conclusiones escasamente fundamentadas.

Hace ya muchos años, uno de los grandes representantes de la corriente estructuralista del desarrollo, Celso Furtado, advirtió que "no se introducen innovaciones en una cultura sin suscitar resistencias, y estas, en la mayoría de las veces, se manifiestan a través de conflictos sociales. El conflicto resulta de la búsqueda consciente, por los miembros de una sociedad, de valores que se excluyen entre sí. En la búsqueda de esos valores los individuos o grupos rivales usan las armas más variadas, desde la violencia hasta la persuasión, del terror al ridículo", para más adelante señalar que "las innovaciones introducidas en la superestructura de valores provocan reacciones mayores, y por ende conflictos más agudos que las que penetran en el sistema productivo" (Furtado, 1965).

Hoy en día, casi medio siglo después de que Celso Furtado hiciera esas observaciones, no está de más recordar que los cambios culturales siempre constituyen un asunto complicado. Carece de sentido —y resulta un camino poco prometedor— plantear el futuro de la humanidad cual si el mundo fuera un conjunto de Arcadias inmutables y plenas de armonía. Ello no obstante, es

manifiestamente injusto e innecesario —y por lo tanto debe ser evitado— continuar aumentando el sufrimiento y las desigualdades presentes, a la vez que amenazando la vida de las futuras generaciones, y hacerlo además en nombre del progreso y el desarrollo. Por ello, la crítica de los desastres humanos, sociales, culturales y medioambientales producidos en nombre del desarrollo constituyen un buen punto de partida no para proponer una marcha atrás tan improbable como inviable, sino para afrontar, desde otros fundamentos radicalmente distintos, el debate sobre el futuro del progreso y el bienestar humanos.

Notas

* Este ensayo fue publicado en una versión anterior en Carta Latinoamericana, nº 7, CLAES, Montevideo, 2009.

** Catedrático de Economía del Desarrollo en la Universidad del País Vasco UPV/EHU e investigador del Instituto Hegoa de Estudios sobre el Desarrollo y la Cooperación Internacional.

1. Este problema ya fue apuntado hace casi tres décadas por Hirschman al referirse a la “vuelta a la monoeconomía” en su famoso ensayo Auge y ocaso de la teoría económica del desarrollo (Hirschman, 1980).

2. La cuestión de las expectativas se revelaría, con el tiempo, como un tema recurrente, dando lugar a la alternancia de periodos más y menos fértiles en la literatura sobre el desarrollo, en función de los ciclos económicos y de la mayor o menor preocupación por los problemas del corto plazo.

3. El término modernidad ha estado y continúa estando sujeto a numerosas interpretaciones, por lo que su utilización aquí tiene un significado fundamentalmente histórico y se refiere —de acuerdo con Giddens— a “los modos de vida u organización social que surgieron en Europa desde alrededor del siglo XVII en adelante y cuya influencia, posteriormente, los han convertido en más o menos

mundiales” (Giddens, 1990).

4. Aun reconociendo que no es posible caracterizar el pensamiento ilustrado del siglo XVIII como algo homogéneo, a los efectos que aquí interesan —el debate sobre el progreso y el desarrollo—, nos parece oportuno destacar algunas ideas presentes en la gran mayoría de sus representantes, como el predominio de la razón, el derecho y la libertad de critica, la noción de igualdad entre las personas, la oposición al poder absoluto o el conocimiento como fuente de progreso frente al conformismo y la resignación.

5. La posición a este respecto de Adam Smith es bien conocida, habiéndose citado profusamente el párrafo de La Riqueza de las Naciones en el que dice “Sin intervención alguna de la Ley, los intereses y pasiones privadas de los hombres les conducen naturalmente a dividir y distribuir las reservas de toda la sociedad entre todos los diversos empleos que se llevan a cabo en ella, de manera tan acorde como sea posible con la proporción que más se acerca al interés de la sociedad en conjunto”.

6. Obsérvese que Marx y Engels, en el Manifiesto Comunista, se refieren a la sociedad comunista como “una asociación en la que el libre desarrollo de cada uno condicione el libre desarrollo de todos”.

7. Al hablar del pensamiento clásico sobre el progreso, nos referimos aquí a la literatura, de naturaleza básicamente económica, producida a finales del siglo XVIII y durante el siglo XIX, y dedicada al análisis de las potencialidades y limitaciones del incipiente capitalismo industrial. Dicha literatura está representada, entre otros, en la obra de Smith, Ricardo, Malthus, Marx, Engels o Stuart Mill.

8. Adam Smith escribiría al respecto en La Riqueza de las Naciones: “Nada parece más propicio para establecer una igualdad de fuerzas que la comunicación de los conocimientos y de todo tipo de mejoras que un comercio extenso entre todos los países ocasiona natural y necesariamente”.

9. En Futuros resultados de la dominación británica en la India, Marx se referiría a este asunto en los siguientes términos: “El

periodo burgués de la historia está llamado a sentar las bases materiales de un nuevo mundo. A desarrollar, por un lado, el intercambio universal, basado en la dependencia mutua del género humano, y, de otro lado, a desarrollar las fuerzas productivas del hombre y transformar la producción material en un dominio científico sobre las fuerzas de la naturaleza".

10. "En términos generales, las causas económicas actúan sobre el bienestar económico de cualquier país no de un modo directo, sino mediante la creación y utilización de esa contrapartida objetiva del bienestar económico que los economistas denominan dividendo nacional o renta nacional. Así como el bienestar económico es aquella parte del bienestar total que puede relacionarse directa o indirectamente con una medida monetaria, el dividendo nacional es aquella parte de la renta objetiva de la comunidad, incluida, naturalmente, la renta procedente del exterior, que puede medirse en dinero. Ambos conceptos, bienestar económico y dividendo nacional, están interconectados, de manera que cualquier descripción del contenido de uno de ellos implica una correspondiente descripción del contenido del otro" (Pigou, 1920).

11. La llamada Economía del Desarrollo llegó ser considerada como una subdisciplina dentro de la Economía, cuyo objeto de estudio principal eran los obstáculos que se observaban en determinados contextos (fundamentalmente en los países que, tras la Segunda Guerra Mundial, fueron alcanzando la independencia) para el logro de un crecimiento económico sostenido, y la manera de superar los mismos. Esta subdisciplina —y la mayoría de los autores que formaron parte de la misma— entroncaba con las ideas keynesianas dominantes en la época, y con la consiguiente preocupación por el desequilibrio y la desocupación o subocupación de recursos, presentes en las mencionadas economías. Algunos de sus representantes más conocidos —Nurske, Rosenstein-Rodan, Rostow, Lewis, Myrdal, etc.— serían mencionados como los pioneros del desarrollo (Meier y Seers, 1984; Bustelo, 1998).

12. Como señalaría agudamente Galbraith: "No hay ninguna otra estadística con una autoridad más convincente. Para los economistas y para otras muchas personas, la tasa de crecimiento es la dinámica del capitalismo moderno" (Galbraith, 1994).

13. En el prólogo de La Riqueza de las Naciones, puede leerse: “En las naciones prósperas y civilizadas […] el producto de la totalidad del trabajo de la sociedad es tan grande que a menudo todos se hallan abundantemente provistos y un trabajador, aun de la clase más baja y pobre, si es laborioso y frugal puede disfrutar de más cosas necesarias y convenientes que cualquier salvaje de otro país”.

14. Después de los trabajos de Pigou, una obra clave en este sentido es la de Colin Clark (1939).

15. Es significativa a este respecto la descripción realizada por Rostow (1961) de los obstáculos presentes en cada una de sus famosas etapas y de los recursos que sería necesario poner en juego para superarlos.

16. Como subrayaría J. L. Sampedro refiriéndose críticamente a la estrechez de las visiones convencionales sobre el tema “el subdesarrollo es la carencia de bienes; el desarrollo su multiplicación” (Sampedro y Berzosa, 1996).

17. Es muy significativa a este respecto la posición de Hirschman cuando señalaba: “La economía del desarrollo debe guardarse muy bien de pedir prestado de la economía del crecimiento; como los países subdesarrollados, debe aprender a caminar con sus propios pies, lo cual significa que debe tratar de solucionar sus propias abstracciones” (Hirschman, 1958).

18. Sutcliffe señala a este respecto que entre los especialistas en el tema existía una idea genérica a la hora de caracterizar el desarrollo como algo que sería “aproximadamente similar a la situación que existía en los países desarrollados, razón por la que precisamente se les llamaba así”. (Sutcliffe, 1995).

19. Baste señalar a este respecto que P. Baran, considerado por muchos como el padre del enfoque de la dependencia, señalaba: “Permítaseme definir el crecimiento, o desarrollo, económico como el incremento de la producción per capita de bienes materiales en el transcurso del tiempo” (Baran, 1959).

20. Ambas corrientes, estructuralistas y dependentistas, conformaron algunos de los ejes de oposición más sólidos al

pensamiento oficial sobre el desarrollo a lo largo de casi dos décadas. La línea divisoria entre ambas ha sido objeto de numerosas interpretaciones, especialmente en lo que se refiere a América Latina, en donde la misma no siempre estuvo clara, debido en parte a la eclosión que el pensamiento crítico sobre el desarrollo tuvo en el subcontinente, de la mano de autores tan diversos como Furtado, Sunkel, Pinto, Dos Santos, Faleto, Cardoso, Marini y tantos otros. Un buen análisis de las relaciones e influencias mutuas entre la evolución del estructuralismo latinoamericano del desarrollo —surgido inicialmente en torno a la CEPAL y la figura de Raul Prebisch—, y el enfoque de la dependencia —más entroncado con la relectura marxista del desarrollo capitalista propiciada por Baran — pueden verse en Palma (1987).

21. En se marco se inscribieron los planteamientos del Banco Mundial sobre Redistribución con Crecimiento (Chenery et al., 1976) o los trabajos agrupados en torno al conocido como enfoque de las Necesidades Básicas (Streeten 1981).

22. En los años sesenta se había producido un fuerte debate al respecto entre las posiciones representadas por Barry Commoner, centrando la crítica en la tecnología empleada y el modelo de crecimiento, y las defendidas por Paul Erlich y otros, para quienes el problema principal residía en la superpoblación del planeta y, muy especialmente, en el fuerte crecimiento demográfico de los llamados países en desarrollo.

23. Algunos pretendieron restar importancia a estos fenómenos, comparándolos con otros de similares características que afectaron a la población trabajadora en los inicios de la industrialización y que habían sido descritos, entre otros, por F. Engels en La clase obrera en Inglaterra.

24. La noción de Ecodesarrollo debe su origen a quien fuera Director del PNUMA (Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente), Maurice Strong, quien se refirió a él ya en 1973. Para una mayor profundización en el concepto ver I. Sachs (1981).

25. En 1992, un histórico manifiesto firmado por más de 1.500 científicos —incluyendo cien premios Nobel— alertaba sobre las consecuencias irreversibles del modelo actual de desarrollo. Por su

parte, la Declaración del Milenio de las Naciones Unidas (2000) señalaría que “no debemos escatimar esfuerzos para liberar a toda la humanidad, y sobre todo a nuestra descendencia, de la amenaza de vivir en un planeta irremediablemente echado a perder por las actividades humanas y cuyos recursos ya no serán suficientes para sus necesidades”.

26. Una visión más amplia de la evolución de la perspectiva de género en los estudios sobre desarrollo puede verse en Zabala (1999).

27. La propia economía del desarrollo fue objeto de una fuerte ofensiva desde estas posiciones, como puede verse, entre otros, en Lal (1985).

28. Resulta sumamente ilustrativa a este respecto la perspectiva ofrecida en United Nations (2006).

29. Un buen exponente de ello fue la salida de Stiglitz del Banco Mundial y las críticas y reflexiones planteadas por él mismo, entre otras, en El malestar en la Globalización (2002).

30. El rechazo del concepto de desarrollo se ha formulado desde posiciones no siempre coincidentes, ni en los fundamentos ni en la expresión del planteamiento. Ello ha dado lugar a la utilización de formulaciones y términos distintos como posdesarrollo o más allá del desarrollo. También ha sido utilizado en ocasiones el término antidesarrollo, como expresión de una negación radical de la noción de desarrollo. Por nuestra parte, dado el propósito limitado de este ensayo, y a efectos de una mayor claridad expositiva, utilizaremos de forma genérica el término posdesarrollo por ser el más extendido.

31. Autores posdesarrollistas, como Latouche, se refieren a este asunto de modo contundente: “El desarrollo es un concepto perverso” o “ Lo queramos o no, no podemos hacer que el desarrollo sea diferente de lo que ha sido” (Latouche, 2007).

32. Refiriéndose al discurso de toma de posesión del presidente de los EE UU Harry Truman, en el que este planteó la necesidad de un amplio programa de ayuda al desarrollo, G. Esteva señala: “El

subdesarrollo comenzó el 20 de enero de 1949. Ese día, 2.000 millones de personas se volvieron subdesarrolladas. En realidad, desde entonces dejaron de ser lo que eran, en toda su diversidad, y se convirtieron en un espejo invertido de la realidad de otros" (Esteva, 1992). Insistiendo en esa idea, Rist plantea que "a partir de 1949, más de 2.000 millones de habitantes del planeta van —las más de las veces sin saberlo— a cambiar de nombre […]: ya no serán africanos, latinoamericanos o asiáticos (por no decir bambaras, shona, bereberes, quechuas, aymaras, balineses o mongoles), sino simplemente subdesarrollados" (Rist, 2002).

33. Las aportaciones en este campo han sido muy diversas. Algunas se centraron en el cuestionamiento de la prioridad otorgada al crecimiento sobre la satisfacción de las necesidades básicas (Streeten, 1981); otros criticaron la imposición de una pauta de "necesidades" basada en la supremacía de la producción más que en objetivo del bienestar (Scitovsky, 1976); otras, en fin, se concentraron en la definición de un marco conceptual para la identificación de las necesidades humanas y la satisfacción de las mismas (Doyal y Gough, 1991; MaxNeef, 1993).

34. Los aspectos principales del punto de vista de Sen sobre el tema, que resumen buena parte de las reflexiones realizadas en otros trabajos anteriores, pueden verse en Development as capability expansion, en Griffin y Knight (1990).

35. En realidad, la preocupación por la deriva que estaba tomando la idea de progreso, y por la confusión entre fines y medios, venía siendo señalada y formando ya parte del debate desde hace décadas. Por ejemplo, Galbraith (1967) alertaba ya sobre la evolución adoptada por el capitalismo señalando que "si seguimos creyendo que los objetivos del sistema industrial —la expansión del producto, el aumento concomitante del consumo, el progreso tecnológico, las imágenes públicas que lo sostienen— coinciden con la vida misma, entonces todas nuestras vidas seguirán al servicio de esos objetivos [...] Nuestros deseos y nuestras necesidades se manipularán de acuerdo con las necesidades del sistema industrial […] Al final se tendrá el resultado global de una benigna esclavitud […] no será la esclavitud del siervo de la gleba, pero no será la libertad".

36. Si se tuvieran en cuenta otros factores asociados al incremento de las capacidades humanas (nivel de conocimientos, salud, desarrollo cultural, respeto a los derechos humanos, sociabilidad, etc.), el hipotético ranking de países desarrollados y subdesarrollados sufriría notables cambios. Otro tanto ocurriría si se tuviera en cuenta, por ejemplo, el consumo de recursos o las emisiones de residuos per cápita, pues en ese caso algunos de los países considerados actualmente más desarrollados figurarían en los últimos puestos de la tabla. Algunas de estas paradojas se enmarcarían en lo que Sampedro y Berzosa han denominado el "subdesarrollo de los desarrollados" (Sampedro y Berzosa, 1996).

37. El concepto de Desarrollo Sostenible al que aquí nos referimos fue divulgado por el Informe Brundtland (Comisión Mundial del Medio Ambiente y el Desarrollo, 1987), y en las dos últimas décadas ha sido asumido —casi siempre vaciándolo de contenido— por todo tipo de instituciones. Literalmente, la idea de desarrollo sostenible iría más allá, remitiendo al "mantenimiento de la base de los recursos naturales" (Gudynas, 2002), si bien la noción expuesta en el Informe Brundtland no defiende la conservación como un imperativo absoluto, de carácter biocéntrico, sino referido a las necesidades de la especie humana, es decir, de carácter antropocéntrico. En la actualidad existe un amplio acuerdo sobre la escasa operatividad del concepto —incluso en los términos propuestos por el Informe Brundtland— mientras no se definan con mayor precisión criterios e indicadores que permitan interpretar estrictamente la sostenibilidad de los procesos económicos y sociales. Una interesante reflexión sobre el término desarrollo sostenible puede verse en Naredo (1997).

38. La intransigencia frente a cualquier intento de redefinir la noción de desarrollo lleva a algunos autores posdesarrollistas, como Latouche, a arremeter duramente contra el propio término de maldesarrollo: "Incluso se creó para la ocasión un monstruo antagonista: el mal-desarrollo. Ese monstruo no es más que una quimera aberrante. El mal no puede alcanzar al desarrollo por la simple razón de que el desarrollo imaginario o mitológico es por definición la encarnación misma del bien" (Latouche, 2007).

39. En realidad la necesidad de replantear el debate sobre el

crecimiento y de concretar el mismo en función de las distintas situaciones en presencia viene ya de atrás. Cabe recordar a este respecto las preguntas que formulaba Perroux (1984): "El crecimiento, ¿con qué finalidad, con qué miras?, ¿en qué condiciones el crecimiento es provechoso? Crecimiento, ¿para quién?, ¿para algunos miembros de la comunidad internacional o para todos?".

40. Martínez Peinado señala a este respecto que "los nuevos paradigmas de desarrollo no se escapan del conflicto entre teoría y resultado, entre concepto y medida, porque, en realidad, dicho conflicto es la imposibilidad de una teoría del desarrollo o de un concepto de desarrollo, sin apellidos, sin calificación del modo de producción, distribución y consumo al que encarna" (Martínez Peinado, 2001).

41. Para W. Sachs (1992), "la idea del desarrollo permanece todavía en pie, como una especie de ruina, en el paisaje intelectual [...] Ya es hora de desmantelar su estructura mental". Por su parte, G. Rist plantea que "las luces que hacían resplandecer la esperanza se han apagado. La gran empresa que, tanto en el Norte como en el Sur, había comenzado tras la Segunda Guerra Mundial a fin de acelerar la consecución del desarrollo está actual y definitivamente acabada" (Rist, 2002).

42. Resulta de gran interés a este respecto el planteamiento de Ul Haq al sugerir cuatro requisitos principales para una nueva noción de desarrollo: generación de medios de vida, equidad, sostenibilidad y empoderamiento (Ul Haq, 1999), que bien podrían interpretarse como sus dimensiones económica, social, ecológica y política.

43. Estas referencias —cuya pertinencia ha sido objeto de fuertes controversias en los últimos años— estarían en línea con la preocupación planteada por Marta Nussbaum por ofrecer "las bases filosóficas para una explicación de los principios constitucionales básicos que deberían ser respetados e implementados por los Gobiernos de todas las naciones, como mínimo indispensable para cumplir la exigencia de respeto hacia la dignidad humana" (Nussbaum, 2002).

44. Véase a este respecto Martínez González-Tablas (2002).

45. En otro lugar he planteado la conveniencia de distinguir entre la función de regulación y la función de agencia a la hora de analizar el potencial de las instituciones de cara a la promoción del desarrollo en unos y otros ámbitos (Unceta, 1999).

46. Además, es preciso señalar que la expresión monetaria de algunos fenómenos —y la asignación de precios correspondiente— no es en modo alguno un proceso inocente. A este respecto, y refiriéndose a la valoración económica del medio natural, Gudynas (2002) señala que dicha asignación refleja un tipo de racionalidad muy concreta, basada en aspectos como la maximización de beneficios o el uso utilitarista de los recursos naturales.

47. De nuevo cabe subrayar aquí la potencialidad de la propuesta de Ul Haq (1999) sobre los requerimientos del desarrollo.

BIBLIOGRAFÍA

Amin, S. (1990): Maldevelopment. Anatomy of a Global Failure, Zed, Londres.

Banco Mundial

(1998): “Informe sobre el Desarrollo Mundial”, Washington, DC.

Banco Mundial

(2003): “Informe sobre el Desarrollo Mundial”, Washington, DC.

Baran,

P. (1959): La economía política del crecimiento, Fondo de Cultura Económica, México.

Berzosa,

C. (2006): “Economía del subdesarrollo y subdesarrollo de la economía”, en Principios: Estudios de Economía Política, nº 4, pp.

5-22.

Berzosa,

C. y

Unceta,

K. (2007): “Cabalgando a lomos de un tigre”, El País, 23 de abril, Madrid.

Boserup,

E. (1970): The woman’s role in economic development, George Allen and Unwin, Londres.

Bustelo

, P. (1998): Teorías contemporáneas del desarrollo económico, Ed. Síntesis, Madrid.

Clark,

C. (1971): Las condiciones del progreso económico, Alianza Universidad, Madrid (primera edición, en inglés, en 1939).

Comisión Mundial del Medio Ambiente y del Desarrollo

(1987): “Nuestro Futuro Común”, Alianza Editorial, Madrid.

Corominas

, J. (2007): “Diversidad de culturas, igualdad de derechos” [http://www.uca.edu.sv/facultad/chn/c1170/aleman.html].

Chenery,

H. et al. (1976): Redistribución con Crecimiento, Tecnos y Banco Mundial, Madrid.

Danecki

, J. (ed.) (1993): “Insights into maldevelopment. Reconsidering the

idea of progress", University of Warsaw, Institute of Social Policy, Warsaw.

Del Río

, E. (1997): Modernidad, postmodernidad, Talasa, Madrid.

Doyal

, L. y

Gough

, I. (1994): Teoría de las necesidades humanas, FUHEM-Icaria, Barcelona.

Escobar,

A. (2005): "El 'postdesarrollo' como concepto y práctica social", en D. Mato (coord.), Políticas de economía, ambiente y sociedad en tiempos de globalización, Universidad Central de Venezuela, Caracas, pp. 17-31.

Esteva,

G. (1992): "Development", en W. Sachs (ed.), The development dictionary: a guide to knowledge as power, Zed Books, Londres, pp. 6-25.

Frank,

A. G. (1971): El desarrollo del subdesarrollo, Cuadernos Anagrama, Barcelona.

Furtado,

C. (1965): Dialéctica del Desarrollo, Fondo de Cultura Económica, México.

Galbraith

, J. K. (1967): El nuevo Estado industrial, Ariel, Barcelona.

— (1994): Un viaje por la economía de nuestro tiempo, Ariel, Barcelona.

Giddens

(1990): Consecuencias de la modernidad, Alianza Editorial, Madrid.

Goulet,

D. (1999): Ética del Desarrollo: guía teórica y práctica, IEPALA, Madrid.

Griffin,

K. y

Knight,

J. (eds.) (1990): Human Development and the International Development Strategy for the 1990s, MacMillan, Londres.

Gudynas,

E. (2002): Ecología, Economía y Ética del Desarrollo Sostenible en América Latina, DEI-UNED-UBL, San José, Costa Rica.

Hirschman,

A. O. (1958): La estrategia del desarrollo económico, FCE, México.

— (1980): "Auge y ocaso de la teoría económica del desarrollo", en El Trimestre Económico, nº 188, octubre-diciembre, México, pp. 1055-1077.

Lal,

D. (1985): The poverty of "Development Economics", Harvard University Press, Cambridge, Mass.

Latouche,

S. (1991): La planète des naufragés, La Découverte, París.

— (2007): Sobrevivir al desarrollo, Icaria, Barcelona.

Martínez González-Tablas

, A. (2002): “Globalización y recomposición de los espacios económicos nacionales. El margen de maniobra de las economías en entornos globales”, en E. Palazuelos y M. J. Vara (coords.), Grandes áreas de la economía mundial, Ariel, Barcelona, pp. 25-63.

Martínez Peinado

, J. (2001): El Capitalismo global, Icaria, Barcelona.

MaxNeef,

M. A. (1994): Desarrollo a escala humana, Icaria-Nordan Comunidad, Barcelona.

Marx,

K. (1853): Futuros resultados de la dominación británica en la India. En este trabajo se ha utilizado la edición en castellano incluida en Obras Escogidas (C. Marx y F. Engels), publicadas por Ed. Progreso (Moscú, 1976).

Marx, K.

y

Engels,

F. (1848): El Manifiesto Comunista. En este trabajo se ha utilizado la edición en castellano publicada por Ed. Ayuso (Madrid, 1975).

Meadows,

D. H.;

Meadows

, D. L.;

Randers,

J. y

Behrens

III, W. W. (1972): Los límites del crecimiento, Fondo de Cultura Económica, México.

Meier,

G. M. y

Seers,

D. (eds.) (1984): Pioneers in Development, Oxford University Press, Nueva York.

Morawetz,

D. (1977): Twenty-five years of economic development: 1950 to 1975, World Bank, Washington.

Naredo,

J. M. (1987): La economía en evolución, Siglo XXI, Madrid.

— (1997): Sobre el origen, el uso y el contenido del término sostenible, Universidad Politécnica de Madrid [http:// habitat.aq.upm.es/libros/bibliog/ra004.html].

Nussbaum,

M. (2002): Las mujeres y el desarrollo humano: el enfoque de las capacidades, Herder, Barcelona.

Palma,

G. (1987): "Dependencia y desarrollo: una visión crítica", en D. Seers (comp.), La teoría de la dependencia. Una revaluación crítica, Fondo de Cultura económica, México, pp. 21-89.

Perroux,

F. (1984): Pour une philosophie du nouveau development, Serbal-

Unesco, París.

Pigou,

A. C. (1920): The economics of welfare. Aquí se ha utilizado la edición en castellano publicada por Aguilar (Madrid, 1946).

Rist,

G. (2002): El desarrollo: historia de una creencia occidental, IUDC-Los Libros de la Catarata, Madrid.

Rostow,

W. (1961): Las etapas del crecimiento económico, Fondo de Cultura Económica, México.

Sachs,

I. (1981): “Ecodesarrollo: concepto, aplicación, beneficios y riesgos”, Agricultura y Sociedad, nº 18, pp.9-32.

Sachs, W.

(ed.) (1992): The development dictionary: a guide to knowledge as power (Introduccion), Zed Books, Londres.

Sampedro,

J. L. y

Berzosa

, C. (1996): Conciencia del subdesarrollo, veinticinco años después,Taurus, Madrid.

Scitovsky,

T. (1986): Frustraciones de la riqueza, Fondo de Cultura Económica, México.

Seers,

D. (1969): “The Meaning of Development”, en International Development Review, nº 11, diciembre, pp. 2-6.

Sen,

A. K. (1990): “Development as capability expansion”, en K. Griffin y J. Knight (eds.), Human Development and the International Development Strategy for the 1990s, MacMillan, London, pp. 41-58.

Slim,

H. (1998): “¿Qué es el desarrollo?”, en M. Anderson (pres.), en Desarrollo y diversidad social, Icaria, Barcelona, pp.65-70.

Smith,

A. (1776): An inquiry into the nature and causes of the wealth of nations. En este trabajo se ha utilizado la edición preparada por R. H. Campbell y A. S. Skinner para Oxford University Press (1976) y publicada en castellano por Oikos-Tau (Barcelona, 1988).

Stiglitz,

J. (2002): El malestar en la globalización, Taurus, Madrid.

Streeten

(1981): First Things First: Meeting Basic Needs in Developing Countries, Oxford University Press, Washington.

Sutcliffe,

B. (1995): “Desarrollo frente a Ecología”, en Revista de Ecología Política, nº 9, pp. 27-49.

Tortosa

(2001): El juego global: maldesarrollo y pobreza en el sistema mundial, Icara, Barcelona.

Ul Haq

(1999): Reflections on Human Development, Oxford India

Paperbacks, Nueva Delhi.

Unceta,

K. (1999): “Globalización y desarrollo humano”, en Revista de Economía Mundial, nº 1, pp. 149-162.

United Nations

(2006): Diverging Growth and Development. World Economic and Social Survey 2006, Naciones Unidas, Nueva York.

Vidal Villa,

J. M. (1996): Mundialización. Diez tesis y otros artículos, Icaria, Barcelona.

Zabala,

I. (1999): “Un viaje a través del tiempo: 30 años de pensamiento económico feminista en torno al desarrollo”, en C. Carrasco (ed.), Mujeres y economía: nuevas perspectivas para nuevos y viejos problemas, Icaria, Barcelona, pp. 337-363.

— (2006): La perspectiva de género en los análisis y en las políticas del Banco Mundial. Su evolución y sus límites, Servicio Editorial de la UPV/EHU, Bilbao.

CAPÍTULO 2

El desarrollo y la antropología de la modernidad*

arturo escobar**

En su discurso de posesión como presidente de EE UU, el 20 de enero de 1949, Harry Truman anunció al mundo entero su concepto de "trato justo". Un componente esencial del concepto era su llamado a EE UU y al mundo para resolver los problemas de las "áreas subdesarrolladas" del globo:

Más de la mitad de la población del mundo vive en condiciones cercanas a la miseria. Su alimentación es inadecuada, es víctima de la enfermedad. Su vida económica es primitiva y está estancada. Su pobreza constituye un obstáculo y una amenaza, tanto para ellos como para las áreas más prósperas. Por primera vez en la historia, la humanidad posee el conocimiento y la capacidad para aliviar el sufrimiento de estas gentes [...] Creo que deberíamos poner a disposición de los amantes de la paz los beneficios de nuestro acervo de conocimiento técnico para ayudarlos a lograr sus aspiraciones de una vida mejor [...] Lo que tenemos en mente es un programa de desarrollo basado en los conceptos del trato justo y democrático [...] Producir más es la clave para la paz y la prosperidad. Y la clave para producir más es una aplicación mayor y más vigorosa del conocimiento técnico y científico moderno (Truman, 1964).

La doctrina Truman inició una nueva era en la comprensión y el manejo de los asuntos mundiales, en particular de aquellos que se referían a los países económicamente menos avanzados. El propósito era bastante ambicioso: crear las condiciones necesarias para reproducir en todo el mundo los rasgos característicos de las sociedades avanzadas de la época: altos niveles de industrialización y urbanización, tecnificación de la agricultura, rápido crecimiento de la producción material y los niveles de vida, y adopción generalizada de la educación y de los valores culturales modernos.

En concepto de Truman, el capital, la ciencia y la tecnología eran los principales componentes que harían posible tal revolución masiva. Solo así el sueño americano de paz y abundancia podría extenderse a todos los pueblos del planeta.

Este sueño no era creación exclusiva de EE UU, sino resultado de la coyuntura histórica específica de finales de la Segunda Guerra Mundial. En pocos años, recibió el respaldo universal de los poderosos. Sin embargo, no se consideraba un proceso fácil; como era de esperar, los obstáculos contribuyeron a consolidar la misión. Uno de los documentos más influyentes de la época, preparado por un grupo de expertos congregados por Naciones Unidas con el objeto de diseñar políticas y medidas concretas "para el desarrollo económico de los países subdesarrollados", lo expresaba así:

Hay un sentido en el que el progreso económico acelerado es imposible sin ajustes dolorosos. Las filosofías ancestrales deben ser erradicadas; las viejas instituciones sociales tienen que desintegrarse; los lazos de casta, credo y raza deben romperse, y grandes masas de personas incapaces de seguir el ritmo del progreso deberán ver frustradas sus expectativas de una vida cómoda. Muy pocas comunidades están dispuestas a pagar el precio del progreso económico (Naciones Unidas, 1951: 15)[1].

Lo que proponía el informe era nada menos que la reestructuración total de las sociedades "subdesarrolladas". La declaración podría parecernos hoy sorprendentemente etnocéntrica y arrogante, ingenua en el mejor de los casos; sin embargo, lo que requiere explicación es precisamente el hecho de que se emitiera y tuviera sentido. Demostraba la voluntad creciente de transformar de manera drástica dos terceras partes del mundo en pos de los objetivos de prosperidad material y progreso económico. A comienzos de los años cincuenta, esta voluntad era ya hegemónica en los círculos de poder.

Este libro narra la historia de aquel sueño, y de cómo poco a poco se convirtió en pesadilla. Porque en vez del reino de abundancia prometido por teóricos y políticos de los años cincuenta, el discurso y la estrategia del desarrollo produjeron lo contrario: miseria y

subdesarrollo masivos, explotación y opresión sin nombre. La crisis de la deuda, la hambruna (saheliana), la creciente pobreza, desnutrición y violencia son apenas los síntomas más patéticos del fracaso de cincuenta años de desarrollo. De esta manera, el libro puede leerse como la historia de la pérdida de una ilusión que muchos abrigaban sinceramente. Pero se trata, sobre todo, de la forma en que se creó el "Tercer Mundo" a través de los discursos y las prácticas del desarrollo desde sus inicios a comienzos de la segunda posguerra.

Orientalismo, africanismo, desarrollismo

Hasta finales de los años setenta, el eje de las discusiones acerca de Asia, África y América Latina era la naturaleza del desarrollo. Como veremos, desde las teorías del desarrollo económico de los años cincuenta hasta el "enfoque de necesidades humanas básicas" de los años setenta, que ponía énfasis no solo en el crecimiento económico per se como en décadas anteriores, sino también en la distribución de sus beneficios, la mayor preocupación de teóricos y políticos era la de los tipos de desarrollo a buscar para resolver los problemas sociales y económicos en esas regiones. Aun quienes se oponían a las estrategias capitalistas del momento se veían obligados a expresar sus críticas en términos de la necesidad del desarrollo, a través de conceptos como "otro desarrollo", "desarrollo participativo", "desarrollo socialista" y otros por el estilo. En resumen, podía criticarse un determinado enfoque y proponer modificaciones o mejoras en concordancia con él, pero el hecho mismo del desarrollo y su necesidad no podían ponerse en duda. El desarrollo se había convertido en una certeza en el imaginario social.

De hecho, parecía imposible calificar la realidad social en otros términos. Por doquier se encontraba la realidad omnipresente y reiterativa del desarrollo: Gobiernos que diseñaban y ejecutaban ambiciosos planes de desarrollo, instituciones que llevaban a cabo por igual programas de desarrollo en ciudades y campos, expertos

de todo tipo estudiando el "subdesarrollo" y produciendo teorías ad náuseam. El hecho de que las condiciones de la mayoría de la población no mejoraran, sino que más bien se deterioraran con el transcurso del tiempo, no parecía molestar a muchos expertos. La realidad, en resumen, había sido colonizada por el discurso del desarrollo, y quienes estaban insatisfechos con este estado de cosas tenían que luchar dentro del mismo espacio discursivo por porciones de libertad, con la esperanza de que en el camino pudiera construirse una realidad diferente[2].

Más recientemente, sin embargo, el desarrollo de nuevos instrumentos analíticos, en gestación desde finales de los años sesenta, pero cuyo empleo solo se generalizó durante los ochenta, ha permitido el análisis de este tipo de "colonización de la realidad", en forma tal que pone de manifiesto este mismo hecho: cómo ciertas representaciones se vuelven dominantes y dan forma indeleble a los modos de imaginar la realidad e interactuar con ella. El trabajo de Michel Foucault sobre la dinámica del discurso y del poder en la representación de la realidad social, en particular, ha contribuido a mostrar los mecanismos mediante los cuales un determinado orden de discurso produce unos modos permisibles de ser y pensar al tiempo que descalifica e incluso imposibilita otros. La profundización de los análisis de Foucault sobre las situaciones coloniales y poscoloniales, realizada por autores como Edward Said, V. Y. Mudimbe, Chandra Mohanty y Homi Bhabha, entre otros, ha abierto nuevas formas de pensamiento acerca de las representaciones del Tercer Mundo. La autocrítica de la antropología y su renovación durante los años ochenta también han sido importantes al respecto.

Pensar el desarrollo en términos del discurso permite concentrarse en la dominación —como lo hacían, por ejemplo, los primeros análisis marxistas— y, a la vez, explorar más productivamente las condiciones de posibilidad y los efectos más penetrantes del desarrollo. El análisis del discurso crea la posibilidad de "mantenerse desligado de él [discurso del desarrollo], suspendiendo su cercanía, para analizar el contexto teórico y práctico con que ha estado asociado" (Foucault, 1986: 3)· Permite individualizar el "desarrollo" como espacio cultural envolvente y a la vez abre la posibilidad de separarnos de él, para percibirlo de otro modo [...]

Ver el desarrollo como discurso producido históricamente implica examinar las razones que tuvieron tantos países para comenzar a considerarse subdesarrollados a comienzos de la segunda posguerra, cómo "desarrollarse" se convirtió para ellos en problema fundamental y cómo, por último, se embarcaron en la tarea de "des-subdesarrollarse" sometiendo sus sociedades a intervenciones cada vez más sistemáticas, detalladas y extensas. A medida que los expertos y políticos occidentales comenzaron a ver como problema ciertas condiciones de Asia, África y América Latina —en su mayor parte lo que se percibía como pobreza y atraso— apareció un nuevo campo del pensamiento y de la experiencia llamado desarrollo, todo lo cual desembocó en una estrategia para afrontar aquellos problemas. Creada inicialmente en EE UU y Europa occidental, la estrategia del desarrollo se convirtió al cabo de pocos años en una fuerza poderosa en el propio Tercer Mundo.

El estudio del desarrollo como discurso se asemeja al análisis de Said de los discursos sobre el Oriente. "El orientalismo —escribe Said— puede discutirse y analizarse como la institución corporativa para tratar a Oriente, tratarlo mediante afirmaciones referentes a él, autorizando opiniones al respecto, describiéndolo, enseñándolo, definiéndolo, diciendo sobre él: en resumen, el orientalismo como estilo occidental de dominación, reestructuración y autoridad sobre Oriente [...] Mi afirmación es que sin examinar el Orientalismo como discurso, posiblemente no logremos entender la disciplina inmensamente sistemática de la cual se valió la cultura europea paca manejar —e incluso crear— política, sociológica, ideológica, científica e imaginativamente a Oriente durante el periodo posterior a la Ilustración" (1979: 3).

Desde su publicación, Orientalismo ha generado estudios e informes originales sobre las representaciones del Tercer Mundo en varios contextos, aunque pocos de ellos han hecho referencia explícita a la cuestión del desarrollo. No obstante, los interrogantes generales que algunos plantean sirven de pauta para el análisis del desarrollo como régimen de representación. En su excelente libro The Invention of Africa, el filósofo africano V. Y. Mudimbe, por ejemplo, se propone el objetivo de "Estudiar el tema de los fundamentos del discurso sobre el África [...] [cómo] se han establecido los mundos africanos como realidades para el conocimiento" (pág. XI) en el

discurso occidental. Su interés trasciende "la 'invención' del africanismo como disciplina científica" (pág. 9), particularmente en la antropología y la filosofía, a fin de investigar la "amplificación" por parte de los académicos africanos del trabajo de algunos pensadores críticos europeos, en particular Foucault y Lévi-Strauss. Aunque Mudimbe encuentra que aun las perspectivas más afrocéntricas mantienen el método epistemológico occidental como contexto y referente, encuentra también, no obstante, algunos trabajos en los cuales los análisis críticos europeos se llevan más allá de lo que estos trabajos originales podrían haber esperado. Lo que está en juego en estos últimos trabajos, explica Mudimbe, es la reinterpretación crítica de la historia africana como se ha visto desde su exterioridad (epistemológica, histórica, geográfica), es decir, un debilitamiento de la noción misma de África. Esto, para Mudimbe, implica un corte radical en la antropología, la historia y la ideología africanas.

Un trabajo crítico de este tipo, cree Mudimbe, puede abrir el camino para "el proceso de volver a fundar y asumir dentro de las representaciones una historicidad interrumpida" (pág. 183); en otras palabras, el proceso mediante el cual los africanos pueden lograr mayor autonomía sobre la forma en que son representados y la forma en que pueden construir sus propios modelos sociales y culturales de modos no tan mediatizados por una episteme y una historicidad occidentales —así sea dentro de un contexto cada vez más transnacional—. Esta noción puede extenderse al Tercer Mundo como un todo, pues lo que está en juego es el proceso mediante el cual, en la historia occidental moderna, las áreas no europeas han sido organizadas y transformadas sistemáticamente de acuerdo con los esquemas europeos. Las representaciones de Asia, África y América Latina como "Tercer Mundo" y "subdesarrolladas" son las herederas de una ilustre genealogía de concepciones occidentales sobre esas partes del mundo[3].

Timothy Mitchell muestra otro importante mecanismo del engranaje de las representaciones europeas sobre otras sociedades. Como para Mudimbe, el objetivo de Mitchell es "explorar los métodos peculiares de orden y verdad que caracterizan al Occidente moderno" (1988: IX), y su impacto en el Egipto del siglo XIX. La construcción del mundo como imagen, en el modelo de las

exposiciones mundiales del siglo pasado, sugiere Mitchell, constituye el núcleo de estos métodos y de su eficacia política. Para el sujeto (europeo) moderno, ello implicaba experimentar la vida manteniéndose apartado del mundo físico, como el visitante de una exposición. El observador "encuadraba" inevitablemente la realidad externa a fin de comprenderla; este encuadre tenía lugar de acuerdo con categorías europeas. Lo que surgía era un régimen de objetivismo en el cual los europeos estaban sujetos a una doble exigencia: ser imparciales y objetivos, de una parte, y sumergirse en la vida local, de otra.

Una experiencia tal como observador participante era posible a través de un truco curioso: eliminar del cuadro la presencia del observador europeo (Clifford, 1988: 145); en términos más concretos, observar el mundo (colonial) como objeto "desde una posición invisible y aparte" (Mitchell, 1988: 28). Occidente había llegado a vivir "como si el mundo estuviera dividido en dos: un campo de meras representaciones y un campo de lo 'real'; exhibiciones, por un lado, y una realidad externa, por otro; en un orden de simples modelos, descripciones o copias, y un orden de originales" (Mitchell, 1988: 32). Tal régimen de orden y verdad constituye la quintaesencia de la modernidad, y ha sido profundizado por la economía y el desarrollo. Se refleja en una posición objetivista y empirista que dictamina que el Tercer Mundo y su gente existen "allá afuera", para ser conocidos mediante teorías e intervenidos desde el exterior.

Las consecuencias de esta característica de la modernidad han sido enormes. Chandra Mohanty, por ejemplo, se refiere a ella cuando plantea la pregunta de quién produce el conocimiento acerca de la mujer del Tercer Mundo y desde dónde; descubre que en gran parte de la bibliografía feminista las mujeres del Tercer Mundo son representadas como llenas de "necesidades" y "problemas", pero carentes de opciones y de libertad de acción. Lo que surge de tales modos de análisis es la imagen de una "mujer promedio" del Tercer Mundo, construida mediante el uso de estadísticas y de ciertas categorías:

Esta mujer promedio del Tercer Mundo lleva una vida esencialmente frustrada basada en su género femenino (léase: sexualmente restringida)

y en su carácter tercermundista (léase: ignorante, pobre, sin educación, tradicionalista, doméstica, apegada a la familia, victimizada, etcétera.) Esto, sugiero, contrasta con la representación (implícita) de la mujer occidental como educada, moderna, que controla su cuerpo y su sexualidad, y libre para tomar sus propias decisiones (1991b: 56).

Tales representaciones asumen implícitamente patrones occidentales como parámetro para medir la situación de la mujer en el Tercer Mundo. El resultado, opina Mohanty, es una actitud paternalista de parte de la mujer occidental hacia sus congéneres del Tercer Mundo y, en general, la perpetuación de la idea hegemónica de la superioridad occidental. Dentro de este régimen conceptual, los trabajos sobre la mujer del Tercer Mundo adquieren una cierta "coherencia de efectos" que refuerza tal hegemonía. "Es en este proceso de homogeneización y sistematización conceptual de la opresión de la mujer en el Tercer Mundo —concluye Mohanty — (pág. 54) donde el poder se ejerce en gran parte del discurso feminista occidental reciente y dicho poder debe ser definido y nombrado"[4].

Sobra decir que la crítica de Mohanty se aplica con mayor frecuencia a la corriente principal de la bibliografía sobre el desarrollo, para la cual existe una verdadera subjetividad subdesarrollada dotada con rasgos como la impotencia, la pasividad, la pobreza y la ignorancia, por lo común de gente oscura y carente de protagonismo, como si se estuviera a la espera de una mano occidental (blanca), y no pocas veces hambrienta, analfabeta, necesitada, oprimida por su propia obstinación, carente de iniciativa y de tradiciones. Esta imagen también universaliza y homogeneiza las culturas del Tercer Mundo en una forma ahistórica. Solo desde una cierta perspectiva occidental tal descripción tiene sentido; su existencia constituye más un signo de dominio sobre el Tercer Mundo que una verdad acerca de él. Lo importante de resaltar por ahora es que el despliegue de este discurso en un sistema mundial, donde Occidente tiene cierto dominio sobre el Tercer Mundo, tiene profundos efectos de tipo político, económico y cultural que deben ser explorados.

La producción de discurso bajo condiciones de desigualdad en el

poder es lo que Mohanty y otros denominan “la jugada colonialista”. Jugada que implica construcciones específicas del sujeto colonial/tercermundista en/a través del discurso de maneras que permitan el ejercicio del poder sobre él. El discurso colonial, si bien constituye “la forma de discurso más subdesarrollada teóricamente”, según Homi Bhabha, resulta “crucial para ejercer una gama de diferencias y discriminaciones que dan forma a las prácticas discursivas y políticas de jerarquización racial y cultural” (1990: 72). La definición de Bhabha del discurso colonial, aunque compleja, es ilustrativa:

[El discurso colonial] es un aparato que pone en marcha el reconocimiento y la negación de las diferencias raciales/culturales/ históricas. Su función estratégica predominante es la creación de un espacio para una “población sujeto”, a través de la producción de conocimientos en términos de los cuales se ejerce la vigilancia y se incita a una forma compleja de placer/insatisfacción [...] El objetivo del discurso colonial es interpretar al colonizado como una población compuesta por clases degeneradas sobre la base del origen racial, a fin de justificar la conquista y de establecer sistemas de administración e instrucción [...] Me refiero a una forma de gobernabilidad que, en el acto de demarcar una “nación sujeto”, se apropia de sus diversas esferas de actividad, las dirige y las domina (1990: 75)·

Aunque en sentido estricto algunos de los términos de la definición anterior serían más aplicables al contexto colonial, el discurso del desarrollo se rige por los mismos principios; ha producido un aparato muy eficiente para producir conocimiento acerca de ejercer el poder sobre el Tercer Mundo. Dicho aparato surgió en el periodo comprendido entre 1945 y 1955, y desde entonces no ha cesado de producir nuevas modalidades de conocimiento y poder, nuevas prácticas, teorías, estrategias, y así sucesivamente. En resumen, ha desplegado con buen éxito un régimen de gobierno sobre el Tercer Mundo, un “espacio para los ‘pueblos sujeto’” que asegura cierto control sobre él.

Este espacio es también un espacio geopolítico, una serie de “geografías imaginarias”, para usar el término de Said (1979). El discurso del desarrollo inevitablemente contiene una imaginación

geopolítica que ha dominado el significado del desarrollo durante más de cuatro décadas. Para algunos autores, esta voluntad de poder espacial es uno de los cargos esenciales del desarrollo (Slater, 1993) y está implícita en expresiones tales como Primer y Tercer Mundo, Norte y Sur, Centro y Periferia. La producción social del espacio implícita en estos términos está ligada a la producción de diferencias, subjetividades y órdenes sociales. A pesar de los cambios recientes en esta geopolítica —el descentramiento del mundo, la desaparición del segundo mundo, la aparición de una red de ciudades mundiales y la globalización de la producción cultural — ella continúa ejerciendo influencia en el imaginario. Existe una relación entre historia, geografía y modernidad que se resiste a desintegrarse en cuanto al Tercer Mundo se refiere, a pesar de los importantes cambios que han dado lugar a geografías posmodernas (Soja, 1989).

Para resumir, me propongo hablar del desarrollo como una experiencia históricamente singular, como la creación de un dominio del pensamiento y de la acción, analizando las características e interrelaciones de los tres ejes que lo definen: las formas de conocimiento que a él se refieren, a través de las cuales llega a existir y es elaborado en objetos, conceptos y teorías; el sistema de poder que regula su práctica y las formas de subjetividad fomentadas por este discurso, aquellas por cuyo intermedio las personas llegan a reconocerse a sí mismas como “desarrolladas” o “subdesarrolladas”. El conjunto de formas que se hallan a lo largo de estos ejes constituye el desarrollo como formación discursiva, dando origen a un aparato eficiente que relaciona sistemáticamente las formas de conocimiento con las técnicas de poder[5].

El análisis se establecerá, entonces, en términos de los regímenes del discurso y la representación. Los “regímenes de representación” pueden analizarse como lugares de encuentro en los cuales las identidades se construyen, pero donde también se origina, simboliza y maneja la violencia. Esta útil hipótesis, desarrollada por una estudiosa colombiana para explicar la violencia en su país durante el siglo XIX, y basada especialmente en los trabajos de Bajtín, Foucault y René Girard, concibe los regímenes de representación como lugares de encuentro de los lenguajes del pasado y del futuro (tales como los lenguajes de “civilización” y “barbarie” de la

América latina posindependentista), lenguajes externos e internos, y lenguajes de sí y de los otros (Rojas, 1994). Un encuentro similar de regímenes de representación tuvo lugar a finales de los años cuarenta, con el surgimiento del desarrollo, también acompañado de formas específicas de violencia modernizada[6].

La noción de los regímenes de representación es otro principio teórico y metodológico para examinar los mecanismos y consecuencias de la construcción del Tercer Mundo a través de la representación. La descripción de los regímenes de representación sobre el Tercer Mundo propiciados por el discurso del desarrollo representa un intento de trazar las cartografías o mapas de las configuraciones del conocimiento y el poder que definen el periodo posterior a la segunda posguerra (Deleuze, 1988). Se trata también de cartografías de resistencia, como añade Mohanty (1991a). Al tiempo que buscan entender los mapas conceptuales usados para ubicar y describir la experiencia de las gentes del Tercer Mundo, revelan también —aunque a veces en forma indirecta— las categorías con las cuales ellas se ven obligadas a resistir [...]

Como en el estudio de Mudimbe sobre el africanismo, me propongo poner de manifiesto los fundamentos de un orden de conocimiento y un discurso acerca del Tercer Mundo como subdesarrollado. Quiero cartografiar, por así decirlo, la invención del desarrollo. Sin embargo, en vez de enfocarme en la antropología y la filosofía, contextualizo la era del desarrollo dentro del espacio global de la modernidad, y más particularmente desde las prácticas económicas modernas. Desde esta perspectiva, el desarrollo puede verse como un capítulo de lo que puede llamarse "antropología de la modernidad", es decir, una investigación general acerca de la modernidad occidental como fenómeno cultural e histórico específico. Si realmente existe una "estructura antropológica" (Foucault, 1975: 198) que sostiene al orden moderno y sus ciencias humanas, debe investigarse hasta qué punto dicha estructura también ha dado origen al régimen del desarrollo, tal vez como mutación específica de la modernidad. Ya se ha sugerido una directriz general para la antropología de la modernidad, en el sentido de tratar como "exóticos" los productos culturales de Occidente para poderlos ver como lo que son:

Necesitamos antropologizar a Occidente: mostrar lo exótico de su construcción de la realidad; poner énfasis en aquellos ámbitos tomados más comúnmente como universales (esto incluye a la epistemología y la economía); hacerlos ver tan peculiares históricamente como sea posible; mostrar cómo sus pretensiones de verdad están ligadas a prácticas sociales y por tanto se han convertido en fuerzas efectivas dentro del mundo social (Rabinow, 1986: 241).

La antropología de la modernidad se apoyaría en aproximaciones etnográficas, que ven las formas sociales como el resultado de prácticas históricas que combinan conocimiento y poder. Buscaría estudiar cómo los reclamos de verdades están relacionados con prácticas y símbolos que producen y regulan la vida en sociedad. Como veremos, la construcción del Tercer Mundo por medio de la articulación entre conocimiento y poder es esencial para el discurso del desarrollo.

Vistas desde muchos espacios del Tercer Mundo, hasta las prácticas sociales y culturales más razonables de Occidente pueden parecer bastante peculiares, incluso extrañas. Ello no obsta para que todavía, hoy en día, la mayoría de la gente de Occidente (y de muchos lugares del Tercer Mundo) tenga grandes dificultades para pensar en la gente y las situaciones del Tercer Mundo en términos diferentes a los que proporciona el discurso del desarrollo. Términos como la sobrepoblación, la amenaza permanente de hambruna, la pobreza, el analfabetismo y similares operan como significantes más comunes, ya de por sí estereotipados y cargados con significados del desarrollo. Las imágenes del Tercer Mundo que aparecen en los medios masivos constituyen el ejemplo más claro de las representaciones desarrollistas. Estas imágenes se niegan a desaparecer. Por ello es necesario examinar el desarrollo en relación con las experiencias modernas de conocer, ver, cuantificar, economizar y otras por el estilo.

La deconstrucción del desarrollo

El análisis discursivo del desarrollo comenzó a finales de los años ochenta y continuó en los noventa, acompañado de intentos por articular regímenes alternativos de representación y práctica. Sin embargo, pocos trabajos han encarado la deconstrucción del discurso del desarrollo[7].

El libro de James Ferguson sobre el desarrollo en Lesoto (1990) es un ejemplo sofisticado del enfoque deconstruccionista. En él, Ferguson ofrece un análisis profundo de los programas de desarrollo rural implementados en ese país bajo el patrocinio del Banco Mundial. El fortalecimiento del Estado, la reestructuración de las relaciones sociales rurales, la profundización de las influencias modernizadoras occidentales y la despolitización de los problemas son algunos de los efectos más importantes de la organización del desarrollo rural en Lesoto, a pesar del aparente fracaso de los programas en términos de sus objetivos establecidos. Es en dichos efectos, concluye Ferguson, que debe evaluarse la productividad del aparato del desarrollo.

Otro enfoque deconstructivista (Sachs [ed.], 1992) analiza los conceptos centrales (o "palabras claves") del discurso del desarrollo, tales como mercado, planeación, población, medio ambiente, producción, igualdad, participación, necesidades y pobreza. Luego de seguirle la pista brevemente al origen de cada uno de estos conceptos en la civilización europea, cada capítulo examina los usos y la transformación del concepto en el discurso del desarrollo desde la década del cincuenta hasta el presente. La intención del libro es poner de manifiesto el carácter arbitrario de los conceptos, su especificidad cultural e histórica y los peligros que su uso representa en el contexto del Tercer Mundo[8].

Un proyecto colectivo análogo se ha concebido con un enfoque de "sistemas de conocimiento". Este grupo opina que las culturas no se caracterizan solo por sus normas y valores, sino también por sus maneras de conocer. El desarrollo se ha basado exclusivamente en un sistema de conocimiento, es decir, el correspondiente al Occidente moderno. El predominio de este sistema de conocimiento ha dictaminado la marginación y descalificación de los sistemas de conocimiento no occidentales. En estos últimos, concluyen los autores, los investigadores y activistas podrían encontrar

racionalidades alternativas para orientar la acción social con criterio diferente a formas de pensamiento economicistas y reduccionistas[9].

En los años setenta, se descubrió que las mujeres habían sido ignoradas por las intervenciones del desarrollo. Tal "descubrimiento" trajo como resultado, desde finales de los años setenta, la aparición de un novedoso enfoque, "mujer en el desarrollo" (MYD), el cual ha sido estudiado como régimen de representación por varias investigadoras feministas, entre las cuales destacan Adele Mueller (1986, 1987a, 1991) y Chandra Mohanty. En el centro de estos trabajos se halla un análisis profundo de las prácticas de las instituciones dominantes del desarrollo en la creación y administración de sus poblaciones-cliente. Para comprender el funcionamiento del desarrollo como discurso se requieren contribuciones analíticas similares en campos específicos del desarrollo y seguramente continuarán apareciendo[10].

Un grupo de antropólogos suecos ha trabajado sobre cómo los conceptos de "desarrollo" y "modernidad" se usan, interpretan, cuestionan o reproducen en diversos contextos sociales de distintos lugares del mundo. Esta investigación muestra una constelación completa de usos, modos de operación y efectos locales asociados a los conceptos. Trátese de una aldea de Papúa Nueva Guinea o de pequeños poblados de Kenya o Etiopía, las versiones locales del desarrollo y la modernidad se formulan siguiendo procesos complejos que incluyen prácticas culturales tradicionales, historias del pasado colonialista y la ubicación contemporánea dentro de la economía global de bienes y símbolos (Dahl y Rabo [eds], 1992). Estas etnografías locales del desarrollo y la modernidad también son estudiadas por Pigg (1992) en su trabajo acerca de la introducción de prácticas de salud en Nepal [...]

Por último, es importante mencionar algunos trabajos que se refieren al rol de las disciplinas convencionales dentro del discurso del desarrollo. Irene Gendzier (1985) examina el papel que desempeñó la ciencia política en la conformación de las teorías de la modernización, en particular en los años cincuenta, y su relación con asuntos importantes de ese entonces, como la seguridad nacional y los imperativos económicos. También, dentro de la

ciencia política, Kathryn Sikkink (1991) estudió recientemente la aparición del desarrollismo en Brasil y Argentina durante las décadas del cincuenta y del sesenta. Su principal interés es el rol de las ideas en la adopción, implementación y consolidación del desarrollismo como modelo de desarrollo económico[11].

El chileno Pedro Morandé (1984) analiza cómo la adopción y el predominio de la sociología norteamericana de los años cincuenta y sesenta en América Latina preparó la escena para una concepción puramente funcional del desarrollo, concebido como la transformación de una sociedad "tradicional" en una "moderna", desprovista por completo de consideraciones culturales. Kate Manzo (I99I) presenta un caso similar en su análisis de las deficiencias de los enfoques modernistas del desarrollo, como la teoría de la dependencia, y en su llamado a prestar atención a alternativas "contramodernistas" basadas en las prácticas de actores populares del Tercer Mundo. Nuestro estudio también aboga por el retorno a la cultura, en particular a las locales, en el análisis crítico del desarrollo.

Como lo demuestra esta breve reseña, existe un número pequeño, pero relativamente coherente, de trabajos que contribuyen a articular una crítica discursiva del desarrollo. Este trabajo presenta el enfoque más general al respecto; intenta presentar una panorámica general de la construcción histórica del "desarrollo" y el "Tercer Mundo" como un todo, y muestra el mecanismo de funcionamiento del discurso para un caso particular. El propósito del análisis es contribuir a liberar el campo discursivo para que la tarea de imaginar alternativas pueda comenzar (o para que los investigadores las perciban bajo otra óptica). Las etnografías locales ya mencionadas brindan elementos útiles para ello. En la conclusión, ampliamos los análisis de dichos trabajos e intentamos elaborar una visión de "lo alternativo" como problema de investigación y como hecho social.

La antropología y el encuentro del desarrollo

En su conocida compilación acerca de la relación entre antropología y colonialismo, Anthropology and the Colonial Encounter (I973), Talal Asad planteó el interrogante de si no seguía existiendo "una extraña reticencia en la mayoría de los antropólogos sociales a tomar en serio la estructura de poder, dentro de la cual se ha estructurado su disciplina" (1973: 5), es decir, toda la problemática del colonialismo y el neocolonialismo, su economía política y sus instituciones. ¿No posibilita el desarrollo hoy en día, como en su época lo hiciera el colonialismo, "el tipo de intimidad humana que sirve de base al trabajo de campo antropológico, y que dicha intimidad siga teniendo un cariz unilateral y provisional" (1973: 17), aunque los sujetos contemporáneos se resistan y respondan? Además, si durante el periodo colonial "la tendencia general de la comprensión antropológica no constituía un reto esencial ante el mundo desigual representado por el sistema colonial" (pág. 18), ¿no es este también el caso del "sistema de desarrollo"? En síntesis, ¿no podemos hablar con igual propiedad de "la antropología y el encuentro del desarrollo"?

Por lo general resulta cierto que en su conjunto la antropología no ha encarado en forma explícita el hecho de que su práctica se desarrolla en el marco del encuentro entre naciones ricas y pobres, establecido por el discurso del desarrollo de la segunda posguerra. Aunque algunos antropólogos se han opuesto a las intervenciones del desarrollo, en particular en representación de los pueblos indígenas[12], un número igualmente apreciable ha estado comprometido con organizaciones de desarrollo como el Banco Mundial y la Agencia Internacional para el Desarrollo de EE UU. Este nexo problemático fue muy notable en la década 1975-1985, y ha sido estudiado en otro trabajo (Escobar, 1991). Como bien lo señala Stacey Leigh Pigg (1992), la mayoría de los antropólogos ha estado dentro del desarrollo, como antropólogos aplicados, o fuera de él, decididamente a favor de lo autóctono y del punto de vista del "nativo". Con ello, desconocen los modos en que opera el desarrollo como escenario del enfrentamiento cultural y la construcción de la identidad. Sin embargo, algunos pocos antropólogos han estudiado las formas y los procesos de resistencia ante las intervenciones del desarrollo (Taussig, 1980; Fals Borda, 1984; Scott, 1985; Ong, 1987; véase también Comaroff, 1985; véase acerca de la resistencia en el contexto colonial, Comaroff y

Comaroff, 1991).

La ausencia de los antropólogos en las discusiones sobre el desarrollo como régimen de representación es lamentable porque, si bien es cierto que muchos aspectos del colonialismo ya han sido superados, no por ello las representaciones del Tercer Mundo a través del desarrollo son menos incisivas y efectivas que sus homólogas coloniales, y tal vez lo sean más. También resulta inquietante, como señala Said, que "existe una ausencia casi total de referencias a la intervención imperial estadounidense como factor que influye en la discusión teórica" en la bibliografía antropológica reciente (1989: 214; véase también Friedman, 1987; Ulin, 1991). Dicha intervención imperial sucede a muchos niveles —económico, militar, político, cultural— que integran el tejido de las representaciones del desarrollo. También resulta inquietante, como continúa afirmando Said, la falta de atención de los académicos occidentales a la abundante y comprometida bibliografía de autores del Tercer Mundo sobre colonialismo, la historia, la tradición y la dominación, y, podríamos añadir aquí, del desarrollo. Cada vez aumentan más las voces del Tercer Mundo que piden desmontar el discurso del desarrollo.

Como sugiere Strathern (1988: 4) los profundos cambios experimentados por la antropología durante los años ochenta abrieron la posibilidad de examinar la manera en que está ligada a "modos occidentales de crear el mundo", y quizás a otras formas posibles de representar los intereses de los pueblos del Tercer Mundo. Tal examen crítico de las prácticas antropológicas llevó a la conclusión de que "ya nadie puede escribir sobre otros como si se tratara de textos u objetos aislados". Se insinuó entonces una nueva tarea: buscar "maneras más sutiles y concretas de escribir y leer otras culturas [...] nuevas concepciones de la cultura como hecho histórico e interactivo" (Clifford, 1986: 25). Dentro de este contexto, la innovación en la escritura antropológica era vista como "un enfoque de [la etnografía] hacia una sensibilidad política e histórica sin precedentes, transformando así la forma en que es representada la diversidad cultural" (Marcus y Fisher, 1986: 16).

Esta re-imaginación de la antropología, emprendida a mediados de los años ochenta, se ha convertido en objeto de críticas, opiniones y

alcances diversos, por parte de feministas, académicos y feministas del Tercer Mundo, "antiposmodernistas", economistas políticos y otros. Algunas de estas críticas son más objetivas y constructivas que otras, y no viene al caso analizarlas aquí[13]. Hasta ahora, "el momento experimental" de los años ochenta ha sido fructífero y se ha puesto en práctica con relativa frecuencia. Sin embargo, el reto de re-imaginar la antropología está en proceso y deberá profundizarse, tal vez llevando los debates a otros campos y en otras direcciones. La antropología, se arguye actualmente, tiene que "volver a entrar" en el mundo real, luego del auge de la crítica textualista de los años ochenta. Para logrado, debe volver a historiografiar su propia práctica y reconocer que esta se halla determinada por muchas fuerzas externas al control del etnógrafo. Más aún, debe estar dispuesta a someter a un escrutinio más radical sus nociones más preciadas, como etnografía, ciencia y cultura (Fox [ed.], 1991).

El llamado de Strathern para que tal cuestionamiento se adelante en el contexto de las prácticas de las ciencias sociales occidentales y de su "adhesión a ciertos intereses en la descripción de la vida social" reviste una importancia fundamental. En el centro de estos debates, dentro de las ciencias sociales, se encuentran los límites que existen para el proyecto occidental de deconstrucción y autocrítica. Cada vez es más evidente, al menos para los que luchan por diversas formas para ser oídos, que el proceso de deconstrucción y desmantelamiento deberá estar acompañado por otro análogo destinado a construir nuevos modos de ver y de actuar. Sobra decir que este aspecto es decisivo para las discusiones sobre el desarrollo, porque lo que está en juego es la supervivencia de los pueblos. Mohanty (1991a) insiste en que ambos proyectos, la deconstrucción y la reconstrucción, deben ser simultáneos. Como discuto en el capítulo final, el proyecto simultáneo podría enfocarse estratégicamente en la acción colectiva de los movimientos sociales; estos no solo luchan por "bienes y servicios", sino por la definición misma de la vida, la economía, la naturaleza y la sociedad. Se trata, en síntesis, de luchas culturales.

Como Bhabha nos pide reconocer, la deconstrucción y otros tipos de crítica no conducen automáticamente a una "lectura no problemática de otros sistemas discursivos y culturales". Tales

críticas podrían ser necesarias para combatir el etnocentrismo, "pero no pueden por sí mismas, sin ser reconstruidas, representar la alteridad" (Bhabha, 1990: 75). Más aún, en dichas críticas existe la tendencia a presentarla en términos de los límites del logocentrismo occidental, negando así la diferencia real ligada a un tipo de otredad cultural que se encuentra "implicada en condiciones históricas y discursivas específicas, requiriendo prácticas de lectura diferentes" (Bhabha, 1990: 73). En América latina existe una insistencia parecida respecto de que las propuestas del posmodernismo, para ser fructíferas en el continente, deberán evidenciar su compromiso con la justicia y la construcción de órdenes sociales alternativos[14].

Tales correctivos del Tercer Mundo indican la necesidad de interrogantes y estrategias alternativas para la construcción de discursos anticolonialistas (y la "reconstrucción" de las sociedades del Tercer Mundo en/a través de representaciones que puedan devenir en prácticas alternativas). Cuestionar las limitaciones de la autocrítica occidental, como se hace en gran parte de la teoría contemporánea, permite ver la "insurrección discursiva" de la gente del Tercer Mundo, propuesta por Mudimbe, en relación con la "soberanía del mismo pensamiento europeo del cual deseamos liberarnos" (citado en Diawara, 1990: 79).

La necesaria liberación de la antropología del espacio delimitado por el encuentro del desarrollo (y, más generalmente, la modernidad) a ser lograda mediante el examen profundo de las formas, como se ha visto implicada en él, constituye un paso importante hacia el logro de regímenes de representación más autónomos, hasta tal punto que podría motivar a los antropólogos y a otros científicos para explorar las estrategias de las gentes del Tercer Mundo en su intento por dar significado y transformar su realidad a través de la práctica política colectiva. Este reto podría brindar caminos hacia la radicalización de la acción de re-imaginar la antropología, emprendida con entusiasmo durante los años ochenta [...]

NOTAS

* En: La invención del Tercer Mundo. Construcción y Deconstrucción del Desarrollo, Arturo Escobar, Bogotá: Norma, 1998 [e. o. Encountering Development. The making an unmaking of the Third World, Nueva Yersey, Princeton University Press, 1995].

** Arturo Escobar, antropólogo colombiano especializado en el estudio de los movimientos sociales, la globalización y el desarrollo. Actualmente es profesor en la Universidad de Carolina del Norte en Chapel Hill.

1. Para un interesante análisis contemporáneo de este documento, véase Frankel, 1953, en especial las pp. 82-110.

2. En los años sesenta y setenta existieron, claro está, tendencias que presentaban una posición crítica frente al desarrollo, aunque, como veremos pronto, fueron insuficientes para articular un rechazo del discurso sobre el que se fundaban. Entre ellas es importante mencionar la "pedagogía del oprimido", de Paulo Freire (Freire, 1970); el nacimiento de la teología de la liberación durante la Conferencia Episcopal Latinoamericana celebrada en Medellín en 1968, y las críticas al "'colonialismo intelectual" (Fals Borda, I970) y la dependencia económica (Cardoso y Faletto, 1979) de finales de los sesenta y comienzos de los setenta. La crítica cultural más aguda del desarrollo corresponde a Illich (1968, 1970).

3. "De acuerdo con Ivan Illich, el concepto que se conoce actualmente como 'desarrollo' ha atravesado seis etapas de metamorfosis desde las postrimerías de la antigüedad. La percepción del extranjero como alguien que necesita ayuda ha tomado sucesivamente las formas del bárbaro, el pagano, el infiel, el salvaje, el 'nativo' y el subdesarrollado" (Trinh, 1989: 54). Para una idea y un conjunto de términos similares al anterior véase Hirschman (1981: 24). Debería señalarse, sin embargo, que el término "subdesarrollado", ligado desde cierta óptica a la igualdad y a los prospectos de liberación a través del desarrollo, puede tomarse en parte como respuesta a las concepciones abiertamente más racistas del "primitivo" y el "salvaje". En muchos contextos, sin embargo, el nuevo término no pudo corregir las connotaciones negativas implícitas en los calificativos anteriores. El "mito del

nativo perezoso" (Alatas, 1977) sobrevive aún en muchos lugares.

4. El trabajo de Mohanty puede ubicarse dentro de una crítica creciente de parte de las feministas, especialmente del Tercer Mundo, del etnocentrismo implícito en el movimiento feminista y en su círculo académico. Véanse también Mani, 1989; Trinh, 1989; Spelman, 1988; Hooks, 1990.

5. El estudio del discurso a lo largo de estos ejes es propuesto por Foucault (1986: 4). Las formas de subjetividad producidas por el desarrollo no se exploran en forma significativa en este libro. Un ilustre grupo de pensadores, incluyendo a Franz Fanon (1967, 1968), Albert Memmi (1967), Ashis Nandy (1983) y Homi Bhabha (1983, 1990) ha producido recuentos cada vez más completos sobre la creación de la subjetividad y la conciencia bajo el colonialismo y el poscolonialismo.

6. Acerca de la violencia de la representación, véase también De Lauretis (1987).

7. Escobar (1984, 1988); Mueller (1987b); Dubois (1990); Parajuli (1991) presentan artículos extensos sobre el análisis del discurso del desarrollo.

8. El grupo responsable de este "diccionario de palabras tóxicas" en el discurso del desarrollo incluye a Ivan Illích, Wolfgang Sachs, Barbara Duden, Ashis Nandy, Vandana Shiva, Majid Rahnema, Gustavo Esteva y a este autor, entre otros. [N. del E.] Véase en esta compilación la introducción de James Ferguson a su libro La maquinaria antipolítica. Desarrollo, despolitización y poder burocrático en Lesoto, así como la contribución de Majid Ranhema Participación en el Diccionario del desarrollo. Una guía del conocimiento como poder, editado por W. Sachs, a los que se refiere Arturo Escobar.

9. El grupo, congregado bajo el patrocinio del United Nations World Institute for Development Economics Resarch (wider) y encabezado por Stephen Marglin y Frédérique Apffel Marglin, se ha reunido durante varios años e incluye a algunas de las personas mencionadas en la nota anterior. Ya se publicaron dos volúmenes como resultado del proyecto (Marglin y Apffel Marglin, 1990 y

1994).

10. Está en proceso de compilación una selección de discursos sobre el desarrollo a cargo de Jonathan Crush (Queens University, Canadá). Incluye análisis de "lenguajes del desarrollo" (Crush [ed.], 1994). Análisis de discursos de campos del desarrollo es el tema del proyecto "Development and Social Science Knowledge", patrocinado por Social Science Research Council (SSRC) y coordinado por Frederich Cooper (Universidad de Michigan) y Randall Packard (Tufts University).

11. Sikkink diferencia correctamente su método institucional-interpretativo de los enfoques de "discurso y poder", aunque su caracterización de estos últimos refleja solamente la formulación inicial del enfoque discursivo. Mi propia opinión es que ambos métodos —la historia de las ideas y el estudio de las formaciones discursivas— no son incompatibles. Mientras que el primero presta atención a las dinámicas internas de la generación social de las ideas en formas que el segundo método no toma en cuenta (dando con ello la impresión, por así decirlo, de que los modelos de desarrollo son solamente "impuestos" al Tercer Mundo y no, como realmente sucede, producidos también desde su interior), la historia de las ideas tiende a ignorar los efectos sistemáticos de la producción del discurso, el cual estructura de modo importante lo que se considera como "ideas". Sobre la diferenciación entre la historia de las ideas y la historia de los discursos, véase a Foucault (1972: 135-198; 1991b).

12. Este también es el caso de la organización Cultural Survival, por ejemplo, y su antropología en nombre de los pueblos indígenas (Maybury-Lewis, 1985). Su trabajo recicla algunas concepciones problemáticas de la antropología, como su pretensión de hablar a nombre de "los nativos" (Escobar, 1991). Véase también en Price (1989) un ejemplo de antropólogos que se opusieron a un proyecto del Banco Mundial en defensa de poblaciones indígenas.

13. Véase, por ejemplo, Ulin (1991); Sutton (1991); Hooks (1990); Said (1989); Trinh (1989); Mascia-Lees, Sharpe y Cohen (1989); Gordon (1988, 1991) y Friedman (1987).

14. Las discusiones acerca de la modernidad y la posmodernidad en

América latina se están convirtiendo en uno de los puntos principales de la investigación y la acción política. Véase Calderón (ed.) (1988); Quijano (1988, 1990); García Canclini (1990); Sarlo (1991); Yudice, Franco y Flores (1992). Para una reseña de los anteriores, véase a Montaldo (1991).

Bibliografía

Alatas, S. H. (1977): The Myth of the Lazy Native, Frank Cass, Londres.

Asad

, T. (ed.) (1973): "Introduction", Anthropology and the Colonial Encounter, Humanities Press, Atlantic Highlands, NJ, pp. 9-20.

Bhabha, H. (1990): "The Other Question, Difference, Discrimination, and the Discourse of Colonialism", en Russell Ferguson; Martha Gever; Trinh T. Minha y Cornell West (eds.), Out There, Marginalization and Contemporary Cultures, The New Museum of Contemporary Art, Nueva York y MIT Press, Cambridge, pp. 71-89.

Calderón

, F. (ed.) (1988): Imágenes desconocidas, la modernidad en la encrucijada posmoderna, Clacso, Buenos Aires.

Cardoso

, F. H. y

Faletto

, E. (1979): Dependency and Development in Latin America, University of California Press, Berkeley.

Clifford

, J. (1988): The Predicament of Culture, Harvard University Press, Cambridge.

Comaroff

, J. (1985): Body of Power, Spirit of Resistance, University of Chicago Press, Chicago.

Comaroff

, J. y

Comaroff

, J. (1991): Of Revelation and Revolution, University of Chicago Press, Chicago.

Crush

, J. (ed.) (1994): Discourses of Development, Routledge, Nueva York.

Dahl

, G. y

Rabo

, A. (eds.) (1992): Kam-Ap or Take-Off, Local Notions of Development, Stockholm Studies in Social Anthropology, Estocolmo.

De

Lauretis

, T. (1987): Technologies of Gender, Indiana University Press, Bloomington.

Deleuze

, G. (1988): Foucault, University of Minnesota Press, Minneapolis.

Dubois

, M. (1991): “The Governance of the Third World. A Foucauldian Perspective of Power Relations in Development”, Alternatives, 16(1), pp. 1-30.

Escobar

, A. (1984): “Discourse and Power in Development, Michel Foucault and the Relevance of His Work to the Third World”, Alternatives 10(3), pp. 377-400.

(1988): “Power and Visibility, Development and the Invention and Management of the Third World”, Cultural Anthropology, 3(4), pp. 428-443.

Fals

Borda

, O. (1970): Ciencia propia y colonialismo intelectual, Editorial Nuestro Tiempo, México, DF.

— (1984): Resistencia en el San Jorge, Carlos Valencia Editores, Bogotá.

Fanon

, F. (1967): Black Skin, White Masks, Grove Press, Nueva York.

— (1968): The Wretched of the Earth, Grove Press, Nueva York.

Ferguson

, J. (1990): The Anti-Politics Machine, “Development”, Depoliticization, and Bureaucratic Power in Lesotho, Cambridge University Press, Cambridge.

Foucault

, M.: The Archaeology of Knowledge, Harper Colophon Books, Nueva York.

— (1975): The Birth of the Clinic, Vintage Books, Nueva York.

(1986): The Use of Pleasure, Pantheon Books, Nueva York.

Fox

, R. (ed.) (1991): Recapturing Anthropology, Working in the Present, School of American Research, Santa Fe, N. M.

Frankel

, H. (1953): The Economic Impact on Underdeveloped Societies, Harvard University Press, Cambridge.

Freire

, P. (1970): Pedagogy of the Oppressed, Herder y Herder, Nueva York.

Friedman

, J. (1987): “Beyond Otherness or The Spectacularization of Anthropology”, Telos, nº 81, pp. 161-170.

García

-

Canclini

, N. (1990): Culturas híbridas, estrategias para entrar y salir de la modernidad, Grijalbo, México, DF.

Gordon

, D. (1988): “Writing Culture, Writing Feminism. The Poetics and

Politics of Experimental Ethnography", Inscriptions 3/4, pp. 7-26.

— (1991): Engendering Ethnography, Board of Studies in History of Consciousness. University of California, Santa Cruz, tesis de doctorado.

Hirschman

, A. (1981): Essays in Trespassing, Economics to Politics and Beyond, Cambridge University Press, Cambridge.

Hooks

, B. (1990): Yearning, Race, Gender, and Cultural Politics, South End Press, Boston.

Illich

, I. (1969): Celebration of Awareness, Pantheon Books, Nueva York.

Maybury

-

Lewis

, D. (1985): "A Special Sort of Pleading, Anthropology at the Service of Ethnic Groups", en Robert Paine (ed.), Advocacy and Anthropology. First Encounters, New Foundland, Memorial University of New Foundland, St. John's, pp. 131-148.

Mani

, L. (1989): "Multiple Mediations, Feminist Scholarship in the Age of Multinational Reception", Inscriptions 5, pp. 1-24.

Marcus

, G. y

Fischer

, M. (1986): Anthropology as Cultural Critique, University of

Chicago Press, Chicago.

Marglin

, S. (1990): “Toward the Decolonization of Mind”, en Stephen Marglin y Frédérique Apffel-Marglin (eds.), Dominating Knowledge, Clarendon Press, Oxford, pp. 1-28

Mascia

-

Lees

, F.;

Sharpe

, P. y

Ballerino

Coheny

, C. (1989): “The Post-modernist Turn in Anthropology, Cautions From a Feminist Perspective”, Signs 15(1), pp. 7-33.

Memmi

, A. (1967): The Colonizer and the Colonized, Beacon Press, Boston.

Mitchell

, T. (1988): Colonising Egypt, Cambridge University Press, Cambridge.

Mohanty

, C. (1991a): “Cartographies of struggle. Third World women and the politics of feminism”, en Chandra Mohanty; Ann Russo y Lourdes Torres, Third World women and the politics of feminism, Indiana University Press, Bloomington, pp. 1-50.

(1991b): “Under western eyes. Feminist scholarship and colonial discourses”, en Chandra Mohanty; Ann Russo y Lourdes Torres, Third World women and the politics of feminism, Indiana University Press, Bloomington, pp. 51-80.

Montaldo

, G. (1991): “Estrategias del fin de siglo”, Nueva Sociedad, nº 116, pp. 75-87.

Morandé

, P. (1984): Cultura y modernización en América Latina, Universidad Católica, Santiago.

Mudimbe

, V. Y. (1988): The Invention of Africa, Indiana University Press, Bloomington.

Mueller

, A. (1986): “The Bureaucratization of Feminist Knowledge, The Case of Women in Development”, Resources for Feminist Research 15(1), pp. 36-38.

— (1987a): Peasants and Professionals, The Social Organization of Women in Development Knowledge, Ontario Institute for Studies in Education, Ph.D. dissertation.

— (1991): In and Against Development. Feminists Confront Development on Its Own Ground, Rollins College, Working Paper, 219.

Nandy

, A. (1983): The Intimate Enemy, Loss and Recovery of Self UnderColonialism, Oxford University Press, Delhi.

Ong

, A. (1987): Spirits of Resistance and Capitalist Discipline, Suny Press, Albany.

Parajuli

, P. (1991): “Power and Knowledge in Development Discourse”, International Social Science Journal, 127, pp. 173-190.

Pigg

, S. (1992): “Constructing Social Categories Through Place, Social Representations and Development in Nepal, Comparative Studies in Society and History 34(3), pp. 491-513.

Price

, D. (1989): Before the Bulldozer, Cabin John Press, Washington, DC.

Quijano

, A. (1988): Modernidad, identidad y utopía en América Latina, Sociedad y Política Ediciones, Lima.

— (1990): “Estética de la Utopía”, David y Goliath, 57, pp. 34-38.

Rabinow

, P. (1986): “Representations are Social Facts, Modernity and Post-Modernity in Anthropology”, en James Clifford y George Marcus (eds.), Writing Culture, The Poetics and Politics of Ethnography, University of California Press, Berkeley, pp. 234-261.

Rojas

, M. C. (1994): A Political Economy of Violence, Department of Political Science, Carleton University, Ottawa, Ph.D. Diss.

Sachs

, W. (ed.) (1992): The Development Dictionary, A Guide to

Knowledge as Power, Zed Books, Londres.

Said

, E. (1979): Orientalism, Vintage Books, Nueva York.

— (1989): “Representing the Colonized, Anthropology’s Interlocutors”, Critical Inquiry 15, pp. 205-225.

Sarlo

, B. (1991): “Un debate sobre la cultura”, Nueva Sociedad, 116, pp. 88-93.

Sikkink

, K. (1991): Ideas and Institutions, Developmentalism in Brazil and Argentina, Cornell University Press, Ithaca.

Slater

, D. (1993): “The Geopolitical Imagination and the Enfraiming of Development Theory”, Transactions of the Institute of British Geographers, New Series, vol. 18, nº 4, pp. 419-437.

Scott

, J. (1985): Weapons of the Weak, Everyday Forms of Peasant Resistance, Yale University Press, New Haven.

Soja

, E. (1989): Postmodern Geographies, Verso, Londres.

Spelman

, E. (1988): Inessential Woman, Problems of Exclusion in Feminist Thought, Boston, Beacon Press.

Strathern

, M. (1988): The Gender of the Gift, University of California Press, Berkeley.

Sutton

, D. (1991): “Is Anybody Out There? Anthropology and the Question of Audience”, Critique of Anthropology II(1), pp. 91-104.

Taussig

, M.(1980): The Devil and Commodity Fetishism in South America, University of North Carolina Press, Chapel Hill.

Trinh

T. M.-H. (1989): Woman, Native, Other, Indiana University Press, Bloomington.

Ulin

, R. (1991): “Critical Anthropology Twenty Years Later, Modernism and Postmodernism in Anthropology”, Critique of Anthropology II(1), pp. 63-89.

Yúdice

, G.;

Franco

, J. y

Flores

, J. (eds.) (1992): On Edge, The Crisis of Contemporary Latin American Culture, University of Minnesota Press, Minneapolis.

Capítulo 3

introducción: ¿El crecimiento de la ignorancia?*

Mark Hobart**

La relación de África, Asia y América Latina con Europa y Norteamérica en el periodo posterior a la guerra está a menudo expresada en el lenguaje del desarrollo. Sin embargo, algo parece andar mal. Garantizada la inversión de vastas sumas en tratar de encontrar una solución a lo que es descrito como el problema del subdesarrollo por los planificadores del desarrollo, las cosas deberían ir mejor en vez de peor. Sin embargo, parece que los proyectos de desarrollo a menudo contribuyen a empeorarlas. Un aspecto descuidado del desarrollo es el papel desempeñado por el conocimiento científico occidental. No solo es ignorado o devaluado el conocimiento indígena, sino que también la naturaleza del problema del subdesarrollo y su solución son definidas por referencia a este tipo de cosmovisión. Los antropólogos han estado mucho tiempo entre quienes han cuestionado que el conocimiento científico lo abarque todo y sea tan eficaz como afirman sus defensores. Por lo tanto, es pertinente que los colaboradores de esta colección, que son críticos con el funcionamiento del conocimiento científico en los procesos de desarrollo, sean antropólogos***. El objetivo no es ofrecer una solución al problema del desarrollo, que ha sido notoriamente difícil de alcanzar. Desarrollo es un sinónimo para el cambio social y económico más o menos planificado. Por tanto, definir el desarrollo como un problema susceptible de una solución o patológicamente como una condición que requiere de una cura, parece estar fuera de lugar. En las siguientes páginas se cuestionan algunas de las premisas sobre el desarrollo que han sido objeto de un intenso debate y se exploran las relaciones entre el conocimiento científico y el conocimiento local en la práctica. Tal y como el conocimiento sistemático crece, lo hace también la posibilidad de la ignorancia[1].

La ignorancia, sin embargo, no es la simple antítesis del conocimiento. Es un estado que la gente atribuye a los demás y,

como tal, está cargado de juicios morales. Así que ser subdesarrollado implica, a menudo, si no la inequidad real, al menos, la estupidez, el fracaso y la pereza.

Algunas observaciones introductorias

Dado que la retórica dominante es la de la preocupación altruista por los menos afortunados, es deseable recordar que el desarrollo es un gran negocio. La ayuda al desarrollo, incluidos los préstamos, probablemente empequeñece en comparación a muchas industrias multinacionales o a la propia mafia. De una forma u otra, el desarrollo es muy rentable no solo para las industrias occidentales involucradas, sino para aquellos segmentos de los Gobiernos que reciben la ayuda y en menor medida para las agencias de desarrollo. La entrega de la ayuda al desarrollo y la ampliación de mercados para los productos manufacturados está más que compensada por los procesos de contra-desarrollo, mediante los cuales los países a desarrollar constituyen la principal fuente de materias primas baratas y mano de obra. Aunque menos obvio, la idea de "subdesarrollo" en sí y los medios para aliviar el problema, tal y como se percibe, se formulan a cuenta "de cómo funciona el mundo" según los poderes dominantes. La relación entre los desarrolladores y aquellos a ser desarrollados se constituye por los conocimientos y categorías de los primeros, esto es: el Estado-nación, el mercado o las instituciones que son designadas para dar una sensación de control sobre esas construcciones. Los aspectos epistemológicos y de poder que implican esos procesos son a menudo eclipsados por los discursos sobre el desarrollo, principalmente expresados en el idioma de la economía, la tecnología y la gestión. Lo que significativamente está ausente en las discusiones más públicas del desarrollo son los modos en que los conocimientos de los pueblos a desarrollar se ignoran o son tratados como meros obstáculos al progreso racional[2]. Para que los pueblos sean capaces de progresar han de ser constituidos primero como subdesarrollados e ignorantes. Y a la inversa, sin tal subdesarrollo, Occidente no sería caracterizado como desarrollado ni poseedor de

conocimiento.

Tales adscripciones no son, sin embargo, evidentes en sí mismas, sino parte de una larga historia de cambiantes representaciones occidentales sobre otras sociedades. Una impactante característica de esas representaciones es el hecho de que a menudo sean agentivas [en el original “agentive”, con capacidad para la acción]. Con esto quiero decir que representan un estado de cosas que requieren de una acción o intervención de algún tipo, por lo general por la parte que representa ese hacer. En diferentes épocas, los pueblos de gran parte del mundo han sido retratados como salvajes, decadentes o simplemente como paganos y no iluminados y, por tanto, necesitados de ley y orden, gobiernos efectivos o cristianización y civilización. Sea cual sea la racionalidad, las sociedades no occidentales han estado ampliamente representadas como estáticas, pasivas e incapaces del progreso basado en el gobierno racional o la actividad económica que solo Occidente puede ofrecer. Las dificultades que encuentra el desarrollo social y económico planificado no son simplemente culpa del egoísmo de industrias y poderes. La visión histórica y social del orden mundial, y la racionalidad que la sustenta, ha sido en buena parte constituida y justificada por los académicos[3]. Es más, en tanto tales relatos son adoptados por Gobiernos o personas de países en desarrollo como constituyentes de sus aspiraciones, se vuelven hegemónicos en el sentido empleado por Gramsci (1988: 189-221).

Sin embargo, hay dificultades más prosaicas en relación a los procesos de desarrollo. Primero, en la mayoría de los informes de resultados, incluidas evaluaciones públicas de los desarrolladores, buena parte de los proyectos fracasan estrepitosamente. Por ejemplo, en el famoso proyecto de riego de la región del Sahel en África, tan propensa a la sequía, por cada 5.000 hectáreas de tierra dedicada a la irrigación exactamente la misma cantidad de tierra previamente de regadío se convirtió en un desierto salado debido a un mal drenaje[4]. Otro problema añadido es la prioridad que se otorga a la tecnología sobre las consideraciones sociales. En Timor, Indonesia, llueve abundantemente durante tres meses al año y es muy seco los nueve restantes. Así que se hizo un proyecto para construir grandes presas y llevar agua a las zonas más áridas. Cuando estuve allí se habían terminado seis hermosas presas

ecológicamente sostenibles, aunque ninguna estaba siendo utilizada por la población a la que se suponía debían servir. Las presas se habían construido en los mejores lugares. Pero, por desgracia, nadie vivía en muchos kilómetros a la redonda. No obstante, la historia tiene una vuelta de tuerca más. Casualmente o no, las presas se situaron en su mayoría cerca de las carreteras. Por lo tanto, en lugar de tener a la gente desperdigada por las montañas donde nadie puede comprobar lo que hacían, al migrar hacia donde estaba el agua el Gobierno podía vigilarles […]

Sin embargo, los problemas no terminan simplemente en el fracaso por lograr un desarrollo sostenible o en que las preocupaciones tecnológicas o económicas prevalezcan a menudo sobre las consideraciones sociales. A veces existe una escasa relación entre la teoría de la planificación racional del desarrollo y la aplicación de las políticas. Estas disyuntivas son comúnmente explicadas por la necesidad de especificar el papel que desempeña la teoría en la práctica, aunque pueden ser vistas más exactamente como limitaciones de un paradigma que combina una teoría idealista de la racionalidad y una epistemología naturalista. Dicho paradigma se ha demostrado inadecuado para explicar, o ni siquiera tratar con, procesos que no son naturales y que involucran la reflexividad de los seres humanos. Un buen ejemplo es la dificultad de hacer frente a consecuencias no deseadas, enemigas de tanta elegancia y teorización cuando uno se topa con la práctica[5].

Huelga decir que estas dificultades afectan poco a la formulación de las políticas de desarrollo, y menos aún al paradigma en sí mismo. Como sugieren Quarles Van Ufford y Long (manuscrito no publicado), el recurso retórico a la política está dirigido a los Gobiernos occidentales y a otros donantes, no a los “objetivos” de desarrollo. Por esta razón, entre otras, la evaluación de la efectividad de los proyectos ha tenido un desarrollo lento, siendo los criterios de éxito problemáticos de todos modos[6]. Además, el conocimiento, especialmente el conocimiento técnico, es ampliamente tratado como una mercancía valiosa susceptible de ser vendida o transferida. Sería un empeño poco afortunado cuestionar su valor, o preguntar si realmente se trata de una mercancía. En términos más generales, la epistemología científica que avala las teorías del desarrollo es mucho menos empírica de lo que se supone

(Quine, 1953), ya que, como veremos, la experiencia opuesta siempre se puede tener en cuenta sin poner en peligro el paradigma en su conjunto. Algo similar ha hecho Winch en una parodia clara del estudio clásico de Evans-Pritchard sobre la brujería Azande (1937), como un sistema cerrado de creencias, impermeable a las evidencias aparentemente contrarias, cuando señala que lo mismo se puede decir de la ciencia occidental (1970: 89).

La posición adoptada por los colaboradores de este libro, todos los cuales son antropólogos con una amplia experiencia de campo del desarrollo, es que las afirmaciones de conocimiento y la atribución de la ignorancia son temas centrales y sin embargo siguen siendo muy poco estudiados. En lugar de ofrecer generalizaciones sobre los debates del desarrollo, se centran en cómo las clases de conocimiento, occidental y local, se utilizan en la práctica. De un modo amplio estos autores tratan los conocimientos no como un sistema conceptual abstracto, sino como prácticas situadas. También se muestran en desacuerdo con la idea de que estas prácticas formen "sistemas de conocimiento indígena", aunque esto no implica que existan cánones escritos, tales como los de la medicina ayurvédica de la India. A continuación, voy a tratar detalladamente sobre cómo representan los saberes locales los colaboradores de este volumen. Por el momento, baste señalar que a menudo dichas representaciones parecen ser más bien sobre "saber cómo" que sobre "saber qué" (Ryle, 1949: 26-60), o "sabiendo cómo" (Cohen). Por ello, tal vez convendría considerarlas como una "performance" (Richards), como "práctica concreta detallada y personal" (Van Beek) y sensible a las particularidades del lugar, ocasiones y circunstancias. Al contrario de lo que sucede con las representaciones populares, tales conocimientos están sujetos a pruebas y modificaciones, implican teoría (Van der Ploeg) y presupuestos metafísicos, aunque no necesariamente en los sentidos imaginados en la filosofía analítica occidental (Collingwood, 1940; Hobart, 1985a). Menos aún pueden ser devaluados, como sucede a menudo con los "tradicionales" obstáculos para el progreso racional, convenientemente tratados como "chivos expiatorios" que explican el fracaso de los programas de desarrollo (Von Benda-Beckmann).

Aunque cada uno de los autores se propone demostrar el

subestimado valor de los conocimientos locales, ninguno cae en la romántica fantasía —singularmente occidental— de la conveniencia, incluso si ello fuera posible, de un retorno a la sabiduría nativa que prevalece misteriosamente en contacto con la naturaleza. En su lugar se hace hincapié en el valor de un tratamiento serio de los conocimientos locales y en examinar su posible contribución al bienestar intelectual y general de los pueblos. Un aspecto que abordan muchos de los colaboradores de este libro es el vínculo entre conocimiento y agencia. Los conocimientos locales a menudo constituyen a las personas como agentes potenciales. Por ejemplo, en la curación, se espera que el paciente participe activamente en el diagnóstico y la cura. Por el contrario, el conocimiento científico, como se observa en la práctica del desarrollo, generalmente representa al experto superior actuando como agente y a la gente que se desarrolla como ignorantes, receptores pasivos u objetos de este conocimiento.

Algunos presupuestos de las teorías sociológicas del desarrollo

Sociólogos y antropólogos del desarrollo han sido durante mucho tiempo críticos con los intentos de articular el desarrollo en términos puramente económicos o tecnológicos, con los supuestos que subyacen en ello. En esta sección se sostiene, sin embargo, que, a pesar de algunas diferencias bien conocidas, las teorías sociológicas del desarrollo implican a menudo supuestos extraídos de la misma epistemología científica racional. Si bien estas teorías pueden ser críticas con algunas hipótesis de los economistas, el efecto es el de replicar la epistemología dominante con un sutil disfraz[7].

Como indicaba anteriormente, en la medida en que las representaciones hegemónicas establecen las condiciones de poder,

estos críticos pueden estar ayudando sin saberlo a perpetuar lo que dicen criticar. Mi objetivo aquí no es por tanto una revisión exhaustiva de las teorías del desarrollo, sino un breve examen de algunos de sus presupuestos y la forma en que la agencia está representada en ellos[8].

El desarrollo a menudo se ha relacionado con, o equiparado a, la modernización, es decir, con la transformación de las sociedades tradicionales en modernas, caracterizadas estas por una tecnología avanzada, prosperidad material y estabilidad política (Moore, 1963)[9]. Como explica Smelser (1963), de manera significativa el desarrollo económico requiere, entre otras cosas, la modernización de la tecnología a través de la aplicación del conocimiento científico y el cambio de una agricultura de subsistencia a cultivos comerciales y trabajo asalariado. La teoría de la modernización asume la evolución unidireccional del cambio social y no se basa en el análisis de casos reales, sino que es "una idealización de única dirección seguida por algunas tendencias sociales y culturales" (Smith, 1973: 87, en Long, 1977: 26). No se trata solamente de que las categorías "tradicional" y "moderno" sean construcciones vagas e idealizadas, sino que también el proceso de desarrollo mismo se define teleológicamente en relación con el supuesto estado de la parte dominante. Es decir, los medios para esta transformación descansan en el conocimiento científico. Coincidentemente un conocimiento de ese tipo exige la homogeneización y cuantificación de lo que es cualitativamente diferente[10]. Por ejemplo, tipos de alimentos se convierten en cultivos comerciales y las actividades humanas se vuelven mano de obra. Lo que se agrupa en estas categorías es a menudo considerado por los pueblos implicados como algo heterogéneo y cualitativamente diverso en la práctica. Mientras que la utilidad de tratar las actividades humanas como mano de obra para ciertos propósitos es evidente, dicha homogeneización implica una visión lineal y evolutiva de la historia (sobre lo cual las historias marxistas son tan culpables como la teoría de la modernización), haciendo caso omiso de las discontinuidades y las diferencias en las construcciones discursivas sobre la tierra, el trabajo y las unidades o agentes de toma de decisiones económicas e, incluso, sobre la misma idea de economía (Tribe, 1978). Cualesquiera que sean sus méritos, el conocimiento científico aplicado al desarrollo no es neutro, como a menudo se

argumenta, ni tampoco lo son las implicaciones de su uso.

En la teoría de la modernización —y en otras— la sociedad o la cultura son tratadas, convenientemente reificadas, como un "obstáculo" para el cambio, y más raramente como algo que lo facilita. Lo que es sorprendente para una epistemología que pretende representar el mundo con precisión y neutralidad es la frecuencia con la que las nociones abstractas y no impugnadas no solo hacen uso de la metáfora, sino el grado en que dicha metáfora es constitutiva [de realidad] (Ortony, 1979). No solo es inherente a la formulación de las teorías del desarrollo, como en este caso, sino que el conocimiento mismo es generalmente constituido en torno a una metáfora, ya sea la del conocimiento como un espejo, como una mercancía, o como un espacio para la exploración o el crecimiento (Salmond, 1982). Si uno elimina todas las referencias explícitas e implícitas a tales imágenes metafóricas, el grado en que muchas teorías requerirían ser modificadas o replanteadas es notable. La sociedad y la cultura no son obstáculos para el cambio, ni tampoco puede decirse que lo facilitan. Estas conclusiones presuponen a la sociedad o las relaciones sociales como una pseudoentidad hipostasiada.

Podría decirse que el cambio es algo que sucede permanentemente y el problema, si existe, es tener en cuenta la apariencia de estatismo. En cualquier caso, puede ser útil afirmar que la sociedad existe (sobre lo cual véase Bhaskar, 1979, 1989), y que no es de ninguna manera un objeto o entidad. Tal como Hacking ha argumentado ampliamente (1990), la construcción de estas pseudoentidades se puso de moda con la preocupación por la teoría estadística en la Europa occidental en el siglo XIX que, a su vez, estaba íntimamente ligada a la extensión del control y la vigilancia de las poblaciones.

Las metáforas implícitas en el "desarrollo" ofrecen un ejemplo apropiado de ello. Existe cierta entelequia en la noción de algo que se desarrolla o crece de forma natural para satisfacer una potencialidad, una semilla o un programa ya establecido. Las variaciones de tales metáforas pueden cambiar según las sociedades y las lenguas. Por ejemplo, en Indonesia, hay tres potenciales palabras disponibles. Perkembangan, de la raíz de "flor", que

sugiere un crecimiento que requiere poca intervención externa. Kemajuan, “progreso”, tiende a estar vinculado a las ideas económicas y políticas liberales occidentales, imbuido en connotaciones de racionalidad. La tercera, pembangunan, de la raíz “levantarse, crecer, construir”, es el término preferido por los funcionarios del Gobierno y los desarrolladores, ya que, como Quarles van Ufford señala: “Ese proceso no se realiza en sí mismo automáticamente, sino que necesita de una acción o estímulo exterior. Por lo tanto, el proceso de desarrollo no puede llevarse a cabo si no tiene lugar una cuidadosa orientación” (1985: 57).

De modo que, para el término “desarrollo”, la metáfora no solo aclara, sino que construye. El estado final y la naturaleza del proceso son, al menos en parte, predefinidos o establecidos. Por supuesto, de ello no se sigue que la acción prescrita por alguna explicación esté totalmente determinada. La adopción de pembangunan como el término elegido combina la entelequia con la necesidad de ser guiados por los que tienen poder y conocimiento, caso en el que están, en primer lugar, los funcionarios del Gobierno que elaboraron el concepto.

Volviendo a las teorías del desarrollo, un problema de las teorías de la modernización es que omiten el reconocimiento de procesos sociales e históricos más amplios. Esta crítica es fundamental en la “teoría de la dependencia”, según la cual las estructuras de dependencia son creadas por el sistema capitalista mundial, que penetra en las sociedades y las economías locales y se extiende hacia abajo para reclutar a los trabajadores aparentemente alejados de él (Frank, 1969). El uso de metáforas para ampliar su repercursión es significativo en este caso. En primer lugar, hay una metáfora espacial, el omnipresente “arriba/abajo”, “centro metropolitano/periferia satélite”, en la que el capitalismo se presenta como superior y central, o lo que a continuación describiré como un “agente trascendental”[11]. Esto es rematado por una metáfora sexual (el capitalismo “penetrante”), en la que el poderoso Occidente, superior y masculino, se impone a los débiles, inferiores, cautivos, femeninos y otros. Pero, además, hay aun otra imagen del desarrollo, la carcelaria (equivalente al trabajador preso), que funciona como punitiva frente a la visión de la teoría de la modernización del desarrollo como reforma (Foucault, 1975). No es

de extrañar, por tanto, que la teoría de la dependencia tienda a subestimar el cambio a nivel local y otros tipos de relaciones. Una vez más, social y económicamente, instituciones como el capitalismo y la clase son, a la vez, reificadas y abstraídas de las situaciones sociales e históricas reales.

La corrección a estos amplios análisis institucionales destaca la importancia que desempeñan los empresarios individuales en el cambio económico y social. Estas explicaciones parten casi siempre de una perspectiva mercantilista, el renacimiento antropológico del utilitarismo, en el que los individuos racionales establecen su propio interés para maximizar la utilidad, ya se defina esta como riqueza, poder o estatus (Bailey, 1957, 1969; Barth, 1963, 1966; Paine, 1974). La réplica es inmediata. El colectivismo y el individualismo, en una u otra forma, son posiciones intelectuales arraigadas en largos debates[12]. La disputa es un tanto falsa porque las alternativas presuponen y dependen una de la otra más de lo que a menudo se reconoce (Bhaskar, 1979: 39-47). Obviamente podría decirse mucho más sobre las teorías del desarrollo. Sin embargo, debido a su relevancia para el tema de este libro, estoy especialmente preocupado por cuestiones de explicación y descripción (o prescripción) de la naturaleza del conocimiento, la racionalidad, la agencia y sus atribuciones. Me ocuparé de cada una brevemente.

Sería muy conveniente que, entre teorías contrapuestas, pudiéramos decidir cuál es más o menos correcta, y de este modo juzgar los méritos de las explicaciones occidentales como opuestas a aquellas basadas en el conocimiento indígena. Mientras que las teorías a veces pueden ser descartadas por no encajar los hechos en ellas, a menudo no son totalmente verificables ni dan cuenta adecuadamente de la evidencia disponible, por lo que no existe un método empírico sencillo para juzgarlas. Esta indeterminación de la teoría por la evidencia, como Quine ha dejado claro se debe a que:

La totalidad de nuestro llamado conocimiento o creencias [...] es un tejido hecho por el hombre que incide en la experiencia solo en los bordes [...] la totalidad del campo está tan indeterminada por sus condiciones limitantes que queda demasiado margen de elección en cuanto a qué afirmaciones pueden contrastarse a la luz de una única experiencia contraria (Quine, 1953: 42-43).

Los criterios adicionales son necesarios para decidir qué teoría adoptar (Hesse, 1978). Para los desarrolladores, es probable que sean los modelos que se pueden generalizar o que parecen ofrecer mayor previsibilidad y sensación de control sobre los acontecimientos. A menudo, a los desarrolladores se les exige que completen la investigación y los proyectos en periodos de tiempo inadmisiblemente cortos, por lo que tienden a trabajar con pautas preestablecidas y asumir las condiciones particulares de un esquema general. El resultado puede dar lugar a situaciones absurdas. En el ya mencionado proyecto de Timor hay una regla establecida según la cual, al parecer, las tuberías de agua deben suponer un 1 por ciento del gasto en la construcción de represas. Que estas queden desperdigadas en el medio de la nada no es relevante. A la población local que obrase de acuerdo a este tipo de pensamiento se la consideraría irracional. Por su parte, los antropólogos tienen un interés evidente en resultados que sean lo más compatibles posible con los hechos observables y con las representaciones de los acontecimientos que tienen los participantes[13]. La inconmensurabilidad de las explicaciones de lo que sucede en los proyectos de desarrollo no es solo teóricamente posible, sino que suele ser frecuente en la práctica. Para los antropólogos, es parte de su trabajo. De hecho, los aspectos históricos y sociológicos de los conocimientos científicos están siendo cada vez más reconocidos (por ejemplo, Kuhn, 1962; Feyerabend, 1975). La medida en que dicho conocimiento es una actividad social ya fue demostrado por Peirce en 1868 al señalar que: “El origen mismo de la concepción de la realidad muestra que esta concepción consiste esencialmente en la idea de una comunidad, sin límites definidos, capaz de un aumento ilimitado del conocimiento” (1984 [1868]: 239).

Los criterios de lo que constituye el conocimiento, lo que es excluido y lo que es designado como digno de saber, implica actos de poder (Foucault, 1971). Una vez más, las recetas sobre la naturaleza del conocimiento y cómo se constituye el conocedor son sorprendentemente metafóricas. Como ha señalado Rorty, un presupuesto en la mayor parte de la epistemología occidental es que la mente humana es como un espejo que refleja la realidad, de modo que cualquier distorsión del conocimiento adecuado se reduce

a una reparación del espejo (1980). El monopolio de ese conocimiento se lleva a cabo por Occidente (otro término impreciso de manera significativa) de una manera bastante indefinida. El desarrollo consiste en su mayor parte en conocimiento, positivamente concebido como proposiciones verdaderas sobre el mundo, que es tratado como un recurso valioso. Tanto esta última metáfora del conocimiento como mercancía como la metáfora del espejo, en particular, excluyen la idea del saber como un proceso dialéctico y crítico. La crítica en el desarrollo tiende a ser un recurso para tachar a los nativos de ignorantes o perezosos, y no el medio fundamental para entender o, más razonablemente, reducir el grado de incomprensión[14].

Como Peirce observó, una importante representación metafórica relacionada con la anterior es la del conocimiento como crecimiento[15]. Además de tratar el conocimiento como una entidad cuasi-natural, la entelequia implícita [en esta metáfora] da un sentido de inevitabilidad y otorga superioridad a aquellos que dominan o son parte de este proceso de crecimiento. Sorprendentemente, parece que ha calado la noción de que el supuesto crecimiento del conocimiento implica análogamente la posibilidad de un aumento de la ignorancia. En el desarrollo esto se manifiesta en la práctica: los conocimientos locales se devalúan o ignoran a favor del conocimiento occidental científico, técnico y de gestión[16]. Como veremos al hablar de la agencia, estas construcciones tienen implicaciones para el poder en las formas en que las personas son construidas según los diferentes tipos de conocimiento bien como sujetos u objetos, bien como agentes o pacientes. Tal vez debería señalar en este punto que estas críticas sobre las representaciones del conocimiento científico no implican que este no sea, y no haya sido, de gran valor e importancia. Siguiendo a Collingwood (1933: 26-53), ello implica suponer que los conocimientos científico y filosófico (a los que yo añadiría el conocimiento histórico y antropológico también) están dialécticamente relacionados en tanto el último sirve para reflexionar críticamente sobre las implicaciones y consecuencias del primero.

La idea del desarrollo que se rige por el progreso racional tiene algunas implicaciones similares a la imagen del conocimiento como

crecimiento. El tema de la naturaleza y la importancia de la racionalidad de la acción humana ha sido objeto de un largo debate en el que han participado filósofos y antropólogos (Wilson, 1970; Hollis y Lukes, 1982; Overing, 1985). Por el momento, bastarán unas pocas observaciones al respecto. De hecho, la relación entre razón teórica y práctica no está clara. Los defensores de la racionalidad universal no se muestran solo en desacuerdo sobre aquello en lo que consiste esta racionalidad, sino que también discuten sobre si se trata de una necesidad a priori de la cognición y la comunicación (Hollis, 1970, 1982) o si se establece a posteriori (Newton-Smith, 1982).

Incluso cuando la racionalidad se define estrictamente por la lógica, no hay acuerdo sobre si es descriptiva y prescriptiva o es una condición formal del pensamiento sobre el mundo. Resulta dudoso que todos compartamos esta visión del mundo como cognoscible en última instancia a través del ejercicio de la razón, y mucho menos que se tomen las decisiones sobre esa base. Los balineses, por ejemplo, hacen uso de una forma muy distinta de razonamiento (Hobart, 1985a), y reconocen tanto la importancia de los sentimientos y actitudes humanas como la posibilidad de que algunas cuestiones puedan ser desconocidas para los seres humanos, cuyas capacidades mentales no son ilimitadas[17]. Quizá las afirmaciones de la racionalidad deban ser consideradas como reclamaciones ex post facto a situaciones particulares y como parte de la acción social.

La discusión anterior es relevante para un problema cuya importancia es cada vez más reconocida en los proyectos de desarrollo y que a menudo está implicado en su fracaso. Se trata de la naturaleza de la comprensión entre las partes involucradas. El objetivo deseado se expresa generalmente en términos de comunicación. “Con el fin de alcanzar el desarrollo y que la gente entienda cómo se va a aplicar a su caso particular, los desarrolladores necesitan comunicarse con los que van a ser desarrollados” (Brokensha et al., 1980: 7). La idea implícita en esta proposición es que si ambas partes tratan de mejorar su comunicación entre sí, se eliminará una traba importante para el entendimiento. Este punto de vista es ingenuamente optimista, ya que no solo ignora las razones que muchas personas pueden tener

para no querer comunicarse y en su lugar tratan de disimular, sino también se basa en un modelo de conocimiento como proposiciones transmisibles que presupone la existencia de una racionalidad compartida (Quarles van Ufford en este libro). El espejismo de la perfecta comunicación supone que este es un tema relativamente simple de transmisión de conocimiento como información entre el emisor y el receptor. (Al respecto, se puede observar que no existe un antónimo obvio de "información", los términos antitéticos son "no-información" o incluso "desinformación".) De tal modo, los problemas se conciben de forma mecánica y se sitúan donde el código no es compartido o existen dificultades en el medio y así sucesivamente. Wallace ha señalado, sin embargo, que todo lo que se requiere es que los interesados puedan encontrar equivalencias de algún tipo. Pero si las personas no necesariamente tienen que entenderse entre sí, es cuestionable lo bien que podrían funcionar las relaciones sociales (1961: 29-44). Este modelo de comunicación supone una "metáfora del continente", en la que el lenguaje "contiene" un significado dado por el hablante que es descodificado por el oyente. Reddy ha argumentado a favor de una imagen alternativa de la comunicación presentada como un asunto de grado y como el resultado final de un considerable trabajo mutuo (1979). Esto se parece a cómo yo empleo la noción de comprensión, que es inevitablemente imperfecta, dialéctica y crítica[18].

La experiencia de los antropólogos de lo que sucede en los proyectos de desarrollo se adapta mejor a una explicación de la comunicación con el trabajo que esta requiere. Los mundos sociales de los desarrolladores, ya sean extranjeros o nacionales, están casi siempre muy apartados de los que están siendo desarrollados, como sucede con la naturaleza de su participación, así como de lo que está en juego y el propósito de la empresa (Arce y Long). Incluso cuando los desarrolladores tienen un dominio suficiente de la lengua para hablar y escuchar, la relación de estos y los desarrollados es generalmente considerada como jerárquica por ambas partes. Así que la comunicación se convierte fácilmente en la producción de información o instrucciones de los poseedores de conocimientos. Y, muy a menudo, el único medio efectivo de desacuerdo es el silencio o la negativa a participar en empresas definidas por la parte dominante, y que pueden tratar a las personas a desarrollarse como invisibles de muchos modos (Van der Ploeg).

Por estas razones, es conveniente hablar de la existencia de varios discursos coexistentes de desarrollo. Al emplear el concepto "discurso" aquí, estoy adaptando el término de Foucault sobre las regularidades de lo que es dicho y hecho, incluyendo de manera singular las condiciones de conocimiento y poder, con sus inevitables resoluciones (1972: 21-76). Aunque la noción de discurso parece que puede funcionar mejor en las reconstrucciones históricas a gran escala, nos permite llamar la atención sobre el trabajo diferencial de los saberes y poderes en la práctica. Esto incluye notablemente la preeminencia de metáforas sobre el conocimiento y la comunicación y de la naturaleza del poder. En este sentido puede ser útil distinguir, por el momento, al menos tres discursos que en parte se superponen. Aparte del discurso profesional de los desarrolladores y el discurso de la gente local que se está desarrollando, el del Gobierno nacional y el de sus funcionarios locales, que gozan frecuentemente de poderes distintivos y formas de conocimiento consagradas, con su resolución respectiva[19]. Qué tan distintos e inconmensurables son de hecho los discursos de los desarrolladores, desarrollados y de los Gobiernos es una cuestión que se aborda en muchos de los ensayos de este libro.

Hemos visto cómo las construcciones de conocimiento pueden ser agentivas, en tanto indican quién está capacitado para conocer y actuar, y quién no. También pueden indicar el curso o la naturaleza de la acción a tomar. Resulta ilustrativo examinar brevemente algunas de las teorías del desarrollo social descritas anteriormente desde este punto de vista. Como hemos visto, la mayoría de las teorías enfatizan la necesidad de un cambio planificado. En otras palabras, las instituciones existentes no pueden lograr los objetivos deseados por su cuenta. Entonces, ¿cómo son concebidas estas instituciones y qué tipo de agencia necesaria es postulada? En la teoría de la modernización se hace hincapié en las deficiencias de las instituciones tradicionales en las que las personas, tratadas como objetos pasivos, son incapaces de cambiar. La teoría de la dependencia también interpreta a las personas como víctimas pasivas de fuerzas sobre las que no tienen ningún control, concretamente la economía de mercado capitalista. De acuerdo con la primera, el problema es la ausencia de agentes; de acuerdo con esta última, el problema es la existencia de un agente foráneo casi omnipotente. La agencia para el cambio en cualquiera de los casos,

por lo tanto, proviene de los planificadores, los que tienen una comprensión superior de las estructuras garantes y la capacidad de cambiar o reemplazarlas.

A primera vista podría parecer que ambas teorías tienen por objetivo convertir previamente objetos pasivos en agentes, lo cual no es así. Una revisión más detallada muestra que la difusión de la tecnología moderna parece proveer un ejemplo (del tipo "efecto-demostración") a los agricultores más "progresistas". O, más radicalmente, son esos elementos progresistas quienes se alzarán para responder a las demandas y oportunidades de las nuevas estructuras. En otras palabras, la población se constituye en sujetos dispuestos, mientras que los planificadores proporcionan la inteligencia sobre el funcionamiento de la economía moderna o la voluntad del cambio, aunque no lo determinen […] Esto queda más claro si tenemos en cuenta el enfoque mercantilista o su última invención, el énfasis de la nueva derecha en el mercado como condición suficiente para el cambio. Una vez más, la agencia en principio parece residir en el individuo emprendedor. Pero él o ella solo responden a las fuerzas del mercado, cuyos patrones son dilucidados por los economistas, planificadores y otros. Es el propio mercado el que determina lo que ocurre. En última instancia, no se puede ir contra el mercado: es el mercado quien decide. Aunque de forma distinta, la agencia se atribuye aquí a fuerzas suprahumanas que ciertos grupos —particularmente bien situados— parecen conocer[20].

Debe quedar claro que estamos tratando con representaciones de cómo se dice que son las cosas. En la práctica lo que sucede es mucho más complejo, variable e indeterminado como para ser reducido a una sola conclusión. Sin embargo, estas representaciones juegan un papel sustancial en la acción social. El tema en cuestión para los antropólogos consiste en analizar las representaciones conflictivas de situaciones y eventos que afectan directamente a acciones futuras. Indagar cómo el saber, el poder y la agencia son representadas y cómo la responsabilidad de esas acciones es atribuida en cada situación y cuál es su relevancia para el desarrollo.

El conocimiento en la práctica

Una incómoda conclusión del debate anterior sobre si las teorías son subestimadas y consisten en representaciones de acontecimientos con consecuencias para el poder y el conocimiento es que nuestros propios escritos están implicados en este proceso. El trabajo de los académicos afecta a lo que sucede de varias maneras (Fabian, 1991). De hecho, existe el riesgo de que estos escritos formen parte de los procesos hegemónicos que aparentemente se propusieron criticar. Si bien no puede haber ninguna posición neutral privilegiada para la conquista de una verdad eterna, de ello no se sigue que todas las representaciones sean iguales ni puede afirmarse en absoluto que todas valgan igualmente la pena. Una tarea potencialmente útil para los antropólogos, en cuanto que "sacerdotes de la pluralidad humanista" (Richards), consiste en discutir críticamente cómo funciona en la práctica la relación entre el conocimiento de los saberes expertos y el de los saberes locales. Esta tarea es más difícil de lo que pudiera parecer. Para construir el conocimiento local como sistemático, e incluso para clasificar como "conocimiento" a las prácticas de tratar con el mundo, hay que domesticar a la práctica misma recurriendo, una vez más, a una epistemología hegemónica. En este texto introductorio, por lo tanto, no se puede, ni se desea, abordar una revisión de los conocimientos indígenas. Hacerlo sería reproducir lo que he criticado, las deficiencias de las teorías que afirman esa falaz generalización y competencia. Sin embargo, lo que tal vez si pueda hacer es examinar cómo el conocimiento y la agencia son atribuidos y cómo el conocimiento local es representado en las explicaciones de los participantes sobre las sociedades en las que trabajan.

En la práctica, los funcionarios del Gobierno que representa el Estado-nación juegan el rol central de atribuir conocimiento, ignorancia y agencia en el diseño de las políticas de desarrollo. Croll analiza este tema en China durante el periodo posrevolucionario entre 1949 y 1976. El ejemplo es muy interesante porque, en el intento de invertir la visión del conocimiento como fruto de una elite educada, esta se presentó como procedente de "las masas" —un término que significativamente despersonaliza y

desdibuja a la agencia—. Los nuevos funcionarios hablaban, precisamente, de la necesidad de aprendizaje del Gobierno y de la sabiduría infinita de las masas. “En la práctica, lo que esta fórmula exigía era que las opiniones dispersas y no sistemáticas de las masas fueran recogidas por el Estado, cuidadosamente estudiadas, coordinadas y traducidas en política” (pág. 2). El problema, inevitablemente, surgió al poner en práctica este conocimiento reelaborado y descontextualizado, las poblaciones locales llegaron progresivamente a ser definidas como atrasadas e ignorantes desde los cuadros de alto nivel administrativo. Por lo que acabaron representándose no como agentes, sino como objetos que debían ser cambiados. Croll concluye que estas definiciones de la agencia constituyen un proceso continuo e impugnado y que deben ser entendidas en el contexto de las situaciones sociales y políticas a las que se atribuyen.

Un instrumento que se considera importante en la codificación del conocimiento y la fijación de la agencia en la práctica es la ley. No obstante, como señala Benda-Beckmann, existe una amplia evidencia de que esto no es siempre así, “el supuesto de que la legislación local impide el desarrollo y que el derecho moderno occidental es un requisito previo para el desarrollo es una de las ideas más arraigadas en la planificación del desarrollo” (pág. 2). El derecho moderno se convierte en un “mágico encantamiento”, mientras que la ley local es representada por los desarrolladores como el “chivo expiatorio” del fracaso del desarrollo. La agencia se atribuye a las estructuras jurídicas, a través de “la idea de que las estructuras legales y las normas directamente causan o determinan las medidas y sus consecuencias” (pág. 2). Las leyes locales entre los minangkabau de Sumatra son producidas por funcionarios interesados en el desarrollo como un sistema idealizado, tradicional, en lugar de como un conjunto de prácticas ajustadas a circunstancias cambiantes. Los aldeanos colaboran en esta representación, pero por razones muy diferentes. Por ejemplo, hacen uso de las ideas de los agentes externos (outsiders) sobre la ley tradicional como un medio para articular y legitimar su oposición a lo que consideran injerencias ignorantes.

Arce y Long analizan el alcance de las implicaciones de los diferentes discursos en el desarrollo. En un estudio de caso

extendido, examinan el destino de un técnico del Ministerio de Agricultura de México con buenas intenciones que trataba de representar los intereses de los campesinos del lugar y acabó recluido en un centro especial para "alborotadores". Los agricultores en cuestión vivían del cultivo de maizales para el consumo propio y para alimentar al ganado que vendían, al igual que hacían con la marihuana, en mercados ilegales al margen del Gobierno. Para aumentar su productividad los agricultores demandaron al proyecto una empacadora. Sin embargo, este esquema contravenía la política de planificación centralizada, de acuerdo con la cual este espacio había sido designado como una región para el aumento de la producción de maíz y su venta a través de los canales oficiales. El "subdesarrollo" de los agricultores consistía, en parte, en no producir lo que era oficialmente reconocido y del modo oficialmente reconocido. Las dificultades también incluían incompatibilidades con el conocimiento práctico. Los dictados de la agronomía científica preconizaban en contra de la rotación de cultivos preferida por los agricultores, basándose en su experiencia de las condiciones de la tierra, y a favor del uso intensivo de pesticidas y otros productos químicos con el fin de maximizar la productividad. Los agricultores objetaron que ello aumentaría las enfermedades de los cultivos a largo plazo. El intento del técnico agrícola para ayudar a sus clientes entró en conflicto con la política oficial de la producción de maíz y fue tratado como un desafío a su superior. El resultado confirmó las ideas de los altos funcionarios de la terquedad y estupidez de los campesinos y su desconfianza en el Gobierno. El fracaso de la planificación se explicó por la deficiencia, por un lado, de aquellos que son objeto de desarrollo, y por otro, de aquellos otros cuya tarea es implementar las políticas.

La naturaleza y las dificultades del desarrollo a menudo se describen espacialmente. Sin embargo, el rechazo de la "planificación desde arriba" a favor de un "enfoque de abajo-arriba" no cambia las cosas necesariamente, porque por lo general los términos y el tipo de acción que se espera siguen definidos por los de arriba. Sobre un proyecto implementado en una provincia de Indonesia, Quarles van Ufford muestra cómo "existe una discrepancia entre la lengua oficial de la agencia de desarrollo —el 'enfoque de abajo-arriba' y la 'homogeneidad local'— y la

generación de imágenes de la participación activa de los campesinos en las actividades del proyecto, y la virtual ausencia de cualquier intervención en el ámbito local, como se observa por parte de algunos antropólogos". El conocimiento experto se manifiesta aquí en una retórica del desarrollo y la planificación, que postula un "sistema" en el que el rol de los distintos participantes ya está definido, creando así la impresión de administrabilidad. El discurso de los promotores de desarrollo es a menudo resistente a las pruebas que lo contradicen. En el caso mencionado, un equipo fue enviado para evaluar el proyecto e informó de que las organizaciones locales no representaban realmente a los campesinos ni podrían funcionar de manera efectiva; sin embargo, el informe tuvo que ser enterrado. Según argumenta Quarles van Ufford, muchos proyectos parecen funcionar porque quienes se desarrollarán se ven obligados a callar y a acatar. Desde luego aquí existe un abismo, pero más desconocida es la brecha entre la racionalidad de las representaciones de las agencias de desarrollo que imaginan el mundo como ordenado o manejable y las realidades de las prácticas sociales situadas, una inconmensurabilidad bien apañada en la jerga sociológica bajo el concepto de "consecuencias no deseadas". El resultado es que la superposición entre los discursos de los desarrolladores y los discursos locales no conduce necesariamente a la mejora de la comunicación, sino a la tensión en aquellas personas involucradas en ambos, así como en la puesta en práctica de técnicas de evasión, silenciamiento y disimulo[21]. A nivel discursivo, algunas personas están facultadas para conocer y decidir, otros para aplicar las decisiones, y otros no hablan, o no se les escucha si lo hacen. No es solo que los funcionarios y los desarrolladores atribuyan ignorancia a la población local, también ocurre lo contrario. La ignorancia es como el rostro de Jano: puede ser utilizada activamente como un medio para ignorar lo que otros dicen y hacen. Hablar de estrategias de "resistencia" o "negación" como prácticas de los designados "inferiores" implica suponer que reconocen y se someten a la representación hegemónica que existe de ellos. Por esta razón me permito sugerir la resurrección de una antigua palabra inglesa, obliviate, que implica una ignorancia activa de las representaciones y el mantenimiento del punto de vista de uno mismo[22]. Los representantes de los Estados-nacionales pueden utilizar los medios necesarios para tratar de hacer cumplir las políticas del Gobierno

como un reclamo o como una demostración de poder. Pero mientras que los planificadores tienden a trabajar con las versiones idealizadas, atemporales y despersonalizadas de un mundo imaginario que se va a regular, la población local a menudo es claramente consciente de lo personal, de la especificidad de la política o la ley en la práctica. La agencia rara vez es tan clara como sugieren sus adscripciones.

Conocimiento como práctica

Quienes participan en este libro y tratan explícitamente el tema de los conocimientos locales parten de un enfoque que hace hincapié en la importancia de tratar el conocimiento como una actividad práctica, situada, constituida por un pasado cambiante, una historia de las prácticas. El conocimiento así entendido requiere de una evaluación apropiada de las circunstancias particulares en lugar de juzgar su verdadero ser como tal. Esto último no suele tener sentido cuando se habla de una performance o conocimiento que es tan local que no podría ser auténticamente codificado (Burghart). Los autores de este libro hacen uso de otros varios autores recientes que, de una manera diferente, pero relacionada, han sido críticos con el enfoque dominante de la teorización epistemológica sistemática. Varios participantes citan el trabajo de Giddens, cuyo tratamiento de la estructuración trata de relacionar los aspectos institucionales de la estructura con la acción y la agencia (1979, 1984; Held y Thompson, 1989). Otro erudito relevante es Bourdieu, quien ha abogado por un análisis de la acción basado en las prácticas sociales aceptadas o habitus (1977, 1990). Hay que señalar, sin embargo, que lo que entienden por práctica quienes participan en este libro difiere radicalmente de la palabra tan a menudo utilizada por los desarrolladores como aplicación de la teoría. Esta dicotomía es engañosa, tanto en la señalada relación jerárquica entre teoría y práctica como en el error de no considerar la teorización en sí misma como una práctica con su propia historia de uso, resolución y consecuencias[23].

En este sentido, la aproximación de la que participan los autores de este libro es ampliamente posestructuralista. Un inconveniente de la mayor parte de los escritos posestructuralistas es que a menudo es programática, polémica y aplicada a una gran escala, lo que no congenia con los estudios etnográficos más detallados. También estos escritos siguen siendo en gran parte eurocéntricos y dominados por las preocupaciones textuales, literarias y lingüísticas, por lo que reproducen, aunque más sutilmente, los presupuestos que se dedican a criticar. El intento de esta colección es explorar cómo algunas de las críticas e ideas del posestructuralismo o el posmodernismo pueden iluminar el modo en que los conocimientos están constituidos y se transforman en prácticas.

Por estas razones, muchos de los colaboradores se muestran en desacuerdo con los argumentos que representan el conocimiento indígena como sistemático. En diferentes maneras, esto entraña una dificultad con dos tipos de aproximaciones recientes desarrolladas por antropólogos. La primera se expone en el libro de Brokensha et al., representativamente titulado Sistemas de conocimiento indígena y desarrollo (1980). En este texto, mientras que se comparte el valor de señalar la importancia de tipos de conocimiento no-occidentales, la suposición de que cualquier conocimiento es sistemático es diametralmente opuesta al objetivo del presente trabajo. El segundo enfoque es el de Clifford Geertz, elaborado en una colección de ensayos titulada El conocimiento local (1983a), donde argumenta a favor de tomar en serio el conocimiento local; "local no solo en cuanto a lugar, tiempo, clase y variedad de temas, sino en cuanto al acento —caracterizaciones indígenas de lo que pasa relacionadas a las imágenes indígenas de lo que puede pasar —" (1983b: 215). La fuerza de este argumento reside en prestar atención a la necesidad de tratar contextualmente lo que sucede en términos de ideas y creencias de la cultura en cuestión[24] […] Tales argumentos ejemplifican aún más sus asunciones "modernistas" al inscribir la agencia, así como un entendimiento superior en el o la intérprete. Si bien reconocer los conocimientos locales es importante, es discutible si compensa la hegemonización simultánea y sutil de los demás.

La mayoría de los autores de este libro comparten la opinión de que

los pueblos que escriben “parecen funcionar más a través de un conjunto de prácticas —saber hacer las cosas y reaccionar a los cambios como un conjunto de procedimientos prácticos— que a través de un sistema formal de conocimiento compartido” (Van Beek), que permite que nuevas prácticas sean adoptadas con facilidad. Es significativo que, en muchas lenguas, los términos que designan “conocimiento” sean verbos activos, como para los dogon que dicen “saber la palabra”, lo que implica conocer el lenguaje y su uso en relación con su historia. De hecho, sin darse cuenta de como tal conocimiento es históricamente constituido, es difícil entender por qué [entre los dogon] el cultivo está orientado a la optimización de la supervivencia y no a la maximización de las cosechas. Asimismo, la tierra no es tratada como un área homogénea, sino bien diferenciada; y, en gerundio, como algo manejable, que puede utilizarse o no en grado variable.

El contraste entre dos tipos de conocimiento agrícola en el cultivo de la patata andina es abordado por Van der Ploeg. Basándose en la noción de Mendras de l’art de la localité (1970), señala que decir que el conocimiento agrícola funciona desde la práctica hacia la práctica no implica que este tipo de pensamiento no tenga teoría, sino más bien que su sintaxis “no es la nomológica de la ciencia”, y su alcance “no es un universo previamente postulado”, sino más bien localizado a través del trabajo como savoir-faire en un proceso que “presupone un actor activo, bien informado, que es en realidad el ‘agente’ y una interacción constante del trabajo intelectual y manual”. Mientras que el modelo formal utilizado por los científicos del cultivo de plantas comienza con un tipo de planta ideal, un genotipo, como “punto de partida para la especificación de las condiciones fenotípicas requeridas”, los agricultores andinos deliberadamente mezclan y prueban variedades de cultivo, por lo que las condiciones fenotípicas dadas son tratadas como “puntos de partida para la selección y adaptación de genotipos”. Los diferentes tipos de práctica implican maneras muy diferentes de representar el tiempo, la causalidad, el trabajo y el conocimiento en la práctica.

Richards expresa una preocupación paralela con las representaciones del tiempo y la intencionalidad. Los investigadores de los sistemas de producción agrícola tienden a considerar el cultivo rotativo como parte de un diseño predeterminado, lo que

supone “confundir la intención y el resultado” en tanto la mezcla de cultivos no es una “lógica combinatoria, sino más bien ‘una performance completa’”; dicho de otro modo, “el ajuste secuencial de condiciones imprevisibles”. Por esta razón, si pensamos que “el cultivo es una performance” en el tiempo y en el lugar, y no un ensayo, los ambientes protegidos de los laboratorios se sitúan “fuera de tiempo” y “fuera de lugar”. Los intentos de considerar como prácticas situadas sistemas de conocimiento indígena, por lo tanto, suponen “una falacia de abstracción fuera del lugar —la fabricación de misterios intelectuales de situaciones y actividades cuya práctica es evidente para todos menos para el observador—”. En lugar de ello, Richards sostiene la necesidad de tratar la agricultura —y por extensión otras actividades— como performances, lo que no significa —invocando una metáfora dramática—sino una imagen práctica, como en una actuación/performance musical[25]. Saber, en este sentido, significa hacer uso de las habilidades aprendidas a través de la práctica y la experiencia históricamente constituida para influir en un asunto concreto en una ocasión particular. (Tendemos a pasar por alto cómo el escribir artículos —e introducciones— consiste igualmente en una habilidad creativa que se tiene que aprender.) La habilidad para hablar es por tanto una forma importante de conocer, “una licencia para actuar (perform)”. La implicación de este punto debería ser tenida en cuenta por los desarrolladores, es decir, que aprender a usar un lenguaje correctamente no es simplemente “comunicar” información, sino ser capaz de actuar (to perform) adecuadamente.

Las personas pueden representar lo que saben de forma sistemática, por ejemplo, para expresar su carácter distintivo y para rechazar los llamamientos de otros al conocimiento experto. Las atribuciones de conocimiento y de ignorancia implican la percepción que la gente tiene de las relaciones sociales que mantienen entre sí y con los foráneos, como Cohen aclara[26]. Los isleños de Whalsay, en las Shetland, consiguieron adquirir y hacer rentable una moderna flota de barcos de pesca en contra del consejo experto del Gobierno británico. Para la gente del lugar no es que los expertos foráneos fueran técnicamente deficientes. Se trataba “menos de una cuestión de lo que se conoce como de la forma en que se conoce”. Entonces el conocimiento “objetivo” debe ser modificado y considerado reflexivamente a la luz de la experiencia histórica de los pueblos y

de la evaluación de las circunstancias actuales. Si la imagen de los conocimientos indígenas como algo sistemático es una falacia, entonces la "popular propuesta de que la innovación exitosa requiere de la 'traducción' de una idea extraña a un idioma indígena se revela como un remedio simplista, además de malintencionado". Cohen argumenta convincentemente que el conocimiento local existe como versiones confrontadas, que no son separables de las condiciones sociales de su producción, y que hacen posible una aproximación rica y dialéctica. El hecho de que los foráneos no tengan esto en cuenta confirma su ignorancia.

Burghart ofrece un detallado ejemplo de tal argumento cultural cuando trataba de mejorar la calidad de agua en un pozo en un pueblo en el sureste de Nepal, que involucraba diferentes versiones de conocimiento y sus correspondientes adscripciones de agencia. No puedo reproducir aquí los giros y detalles del argumento. Pero, en pocas palabras, Burghart muestra cómo los cobblers no lo trataron como un científico social, sino como un señor hindú "con mentalidad de mando"[27]. A pesar de que la limpieza planificada del pozo fue llevada a cabo entre Burghart y los cobblers, cuando el agua se volvió amarga el antropólogo pasó de ser considerado un señor benevolente a convertirse en un malvado. Burghart y los cobblers operaban con diferentes versiones de conocimiento, con diferentes agencialidades. Burghart "llegó a los cobblers interesado por su salud; sin embargo, ellos estaban más bien preocupados por su bienestar", remarcando la "amarga" calidad de sus vidas a alguien al que veían como un potencial benefactor. Existen inconmensurabilidades entre los discursos, en los que las construcciones de la agencia y el poder son inseparables de las representaciones del conocimiento. En este sentido, la tan cacareada estrategia de desarrollo de confiar en la "competencia nativa" parecía funcionar con dificultad. "En lugar de implicar que los proyectos de desarrollo exitosos entrañan una agencia doble, la investigación sobre la competencia nativa ofrecía de nuevo a los trabajadores el desarrollo la esperanza de poseer un control absoluto sobre todo el proceso".

Sobre la ignorancia

En conclusión, ¿qué implicaciones podría tener esta discusión sobre los saberes locales y expertos en las representaciones de la ignorancia? En cierto sentido, la imagen aparentemente segura del conocimiento como algo que se siembra y crece conlleva el correspondiente crecimiento de la ignorancia. Sin embargo, esta puede ser interpretada de diferentes maneras. No se trata solo de "no saber", sino que puede sugerir la decadencia y el desmantelamiento de una estructura compleja o "algo más primordial: la faceta cognitiva del término moral 'malo'" (Vitebsky)[28]. Como hemos visto, tanto el conocimiento como la ignorancia son nociones particularmente ideales e imperecederas, a menudo imbuidas en connotaciones morales que, en lugar de describir estados sin ambigüedades, unos pueblos atribuyen a otros en determinadas circunstancias. La relación entre saberes diferentes, tal como es propuesta y utilizada por sus seguidores, es, a menudo, menos dialéctica que confrontacional o "controvertida" (Collingwood, 1942: 181-245). En otras palabras, los seguidores de un "sistema" intentan eliminar otros conocimientos, retratándolos no solo como errados, sino calificando de ignorantes y malvados a quienes los utilizan.

Lo que se excluye de tales enfrentamientos es la existencia de la duda. En su ensayo, Vitebsky considera dos formas de hacer frente a un fenómeno importante en el que la duda y la ignorancia son inherentes: la muerte. Para ello contrasta el psicoanálisis freudiano y el uso de médiums entre los sora en la India para mostrar cómo en ambos casos se intenta lidiar con lo desconocido a través del diálogo, en el primero entre el analista y el paciente y, en el segundo, entre el doliente y el fallecido. El autor argumenta a favor de considerar las formas de conocimiento no como verdaderas o falsas, sino como apropiadas para sus conocedores y usuarios. Por el contrario, cuanto más medicalizada, científica y universalizada se vuelve la psiquiatría menos capaz es de trabajar con el contexto "porque se aplica a todas partes y en ninguna parte, a todo el mundo y a nadie" (pág. 12). Así que la ignorancia se diferencia en grado y tipo de acuerdo en y en relación con los presupuestos de los diferentes saberes.

A lo largo de esta introducción, he defendido considerar el saber como un acto que implica trabajar como parte de las relaciones que mantenemos con los demás. Desde este punto de vista, el uso de sustantivos abstractos para encapsular estos procesos tiene consecuencias interesantes. Como hace notar Vitebsky, adjetivos y verbos que tienen que ver con conocer y ser ignorante "pertenecen al ámbito del atributo y la agencia, y el uso de los sustantivos es una negación o disminución de esta agencia". El acto de nominalización convierte los procesos de conocimiento en una mercancía, "conocimiento" se convierte en una cosa en sí misma y convierte a las personas en objetos o pacientes. "En los informes de desarrollo, así como en medicina y psiquiatría clínica, los escritores suelen hacer del conocimiento un sustantivo abstracto que usurpa su lugar al verbo y, de este modo, elimina su agencia. O lo rodean y remplazan su voz activa por la pasiva e impersonal […] De este modo, no solo la agencia es negada, sino también su causalidad y, por tanto, su responsabilidad".

Tales actos de nominalización y abstracción son sin duda fundamentales para la representación del conocimiento científico como hegemónico. Una consecuencia es convertir a las personas, que al menos eran en parte agentes, en un proletariado atrasado e inerte, las masas, que vienen a constituirse como sujetos pasivos a ser desarrollados. No es de extrañar que los intentos por desarrollarlos fallen tan a menudo o se tuerzan. La idea de que la educación moderna va a resolver el problema parece igualmente infundada. Como Henry señaló, por detrás de los objetivos manifiestos de la iluminación pedagógica y la ampliación del conocimiento escolar de los niños se esconde un "currículo oculto" en el que se les inculca el miedo y la insuficiencia (1966: 182-321). Es evidente que algunas instituciones pueden tener interés en perpetuar a gran parte de la población como sujetos políticos pasivos y dóciles consumidores que se han rendido acríticamente, o por lo menos silenciosamente y, por tanto, sin efecto. La política educativa del Gobierno británico para el sector estatal al comienzo de la década de los noventa subrayaba el "conocimiento básico" diseñado para producir los "gammas y los deltas" de Un mundo feliz, de Huxley, la nueva clase obrera que sin pensar y sin quejarse se ocuparía de los procesadores de texto del futuro. Uno de los objetivos de este libro consiste en argumentar que el conocimiento

no es como a menudo se representa, y así abordar los problemas y las implicaciones del crecimiento de la ignorancia.

NOTAS

* [N.del E.] La versión original en inglés de este texto fue publicada en 1993 como introducción al libro An anthropological critique of development. The growth of ignorance, Marc Hobart (ed.), Routledge, Londres. Traducción al castellano realizada para esta edición por Sara Sama Acedo y revisada por Beatriz Pérez Galán.

** Marc Hobart, antropólogo especialista en el estudio de los medios de comunicación en el sudeste asiático (Indonesia). En la actualidad, es profesor en la Universidad de Londres (School of Oriental and African Studies).

*** [N. del E.] Excepto que se indique lo contrario, las referencias que el autor hace a lo largo de esta introducción a los colaboradores y los contenidos corresponden al libro An anthropological critique of development. The growth of ignorance. Se han suprimido del original los números de páginas de los capítulos para no confundir al lector.

1. Estoy particularmente agradecido a Richard Fardon por leer el proyecto de esta introducción y señalarme que, como el conocimiento es por lo general constituido, el crecimiento del conocimiento implica el crecimiento de la ignorancia. También me gustaría agradecer a Lisa Croll, Philip Quarles Van Ufford y Piers Vitebsky por sus valiosos comentarios; a Ron Inden por una discusión útil sobre algunos de los temas generales, a Raymond Apthorpe por su continuo interés y entusiasmo, y a Redclift Nanneke que leyó el manuscrito y cuyos comentarios fueron un gran estímulo. Mi agradecimiento especial es para Forge Anthony y Cecilia Forge por su hospitalidad y tener la amabilidad de explicarme algunos de los misterios arcanos de los proyectos de desarrollo en curso.

2. Por supuesto hay algunas excepciones, como son Brokensa et al., 1980; Chambers, 1983. Ambos trabajos, sin embargo, tienden a hipostasiar las prácticas locales en "sistemas de conocimiento indígena", un enfoque que cuestionaré más adelante.

3. Resultados más detallados de tales representaciones y el rol de los académicos occidentales en formularlas pueden ser encontrados en Alatas, 1977; Said, 1978; Pagdem, 1982; Fardon, 1990; Iden, 1990; Mason, 1990. La mayoría de estos autores hacen uso de algún modo del trabajo de Michel Foucault (principalmente 1961, 1966, 1975, 1976), cuyas aproximaciones más implícitamente sustentan la introducción y algunos ensayos de este libro.

4. Este ejemplo es citado por Timberlake (1998: 61). Él apunta que el vicepresidente de política, planificación y desarrollo del Banco Mundial, David Hopper, un exantropólogo, ha castigado la "anomalía del cálculo económico" responsable de los daños masivos hechos en nombre del desarrollo (1988: 60).

5. Algunos de los problemas de las consecuencias no deseadas se subrayan en la crítica de Fabian a la razón y a la epistemología occidental (1991: 189-198). El modo en el que dichas epistemologías sirven para distanciar a otros, para negar su coetaneidad y hacer de ellos objetos y víctimas en vez de sujetos o agentes se discute en Fabian, 1983. Algunas de las conclusiones de las epistemologías científico naturalistas y racionalistas se discuten en Quine, 1953; Goodman, 1978; Habermas, 1978; Rorty, 1980; Hacking, 1983, y Tylor, 1985.

6. Un buen ejemplo se presentó en la conferencia de Till Forster. Una agencia de desarrollo se comprometió a aumentar la producción de ganado para su comercialización entre los poro del norte de Costa de Marfil. En relación con el proyecto, alcanzaron un gran éxito, ya que habían logrado su objetivo. No mucho tiempo después, el poro con quien trabajó Forster dijo que sentían que el proyecto había sido un desastre. Y esto, tanto por el exceso de pastoreo producido con el aumento del ganado como por la gran cantidad de ganado que se empezó a utilizar en los pagos de las dotes, causando estragos en los arreglos matrimoniales.

7. Hahn y Hollis, 1979, ponen de manifiesto lo confusos e

incoherentes que son buena parte de los discursos sociológicos; y Dilley (en prensa) ofrece una excelente crítica del discurso económico sobre “el mercado”. Heath ofrece un relato directo sobre las insuficiencias de la elección racional y la teoría del intercambio en la economía, que contrasta con las explicaciones sociológicas más sensibles. Este último al menos permite una medida del contexto y el reconocimiento de la relación, a diferencia de valor absoluto (1976: 44-50). Ambas explicaciones presuponen, sin embargo, un modelo de racionalidad sobre el que ha habido un largo debate. No conozco ninguna buena explicación de los presupuestos de la teoría sociológica y antropológica, aunque Giddens (1976) es básico y muy útil, no deja lugar para participar en la tarea sustancial de un análisis crítico de los presupuestos filosóficos de la teoría económica o sociológica.

8. Ya hay algunas buenas críticas del tema, como Long, 1977, de las cuales haré uso más adelante.

9. Dada la escala de destrucción causada en las dos guerras mundiales solo en este siglo por los proveedores de esta supuesta “estabilidad política”, esta visión es una gran quimera.

10. La tendencia hacia la estandarización en torno a la noción de “promedio” anula las variaciones observables, como en la idea de los fertilizantes o pesticidas para el campo en general. Sobre la tiranía de los “promedios” y las “normas”, véase Hacking (1990), y sobre su importancia para el desarrollo económico en las representaciones del paisaje como una extensión homogénea, véase Vitebsky (1992: 242-244).

11. Sobre el uso generalizado en inglés de metáforas de orientación como la altura, que sugiere superioridad, poder, bondad, etc., véase Lakoff y Johnson, 1980: 14-21.

12. Un famoso ensayo es el debate entre Durkheim y Tarde (véase Lukes, 1973a: 302-313). El argumento metodológico sobre la posibilidad de explicar la acción con referencia a las colectividades o bien a los individuos (véase Lukes, 1973b) sigue vivo en la teoría del monetarismo de Hayek (individualista). Podría decirse que el intento de Giddens de combinar ambos puntos de vista deja dos conjuntos de supuestos cuestionables, que son, además,

parcialmente incompatibles, en lugar de uno solo.

13. Mis observaciones son de carácter preliminar, debido a que toda la cuestión de la elección entre teorías rivales es complicada y permanece insuficientemente investigada. Cabe señalar sin embargo que las cuestiones de valor suelen usarse escogiendo las explicaciones. Por eso, la orientación política, moral o religiosa no es necesariamente una imposición injustificada sobre cuestiones de hecho neutrales, sino un tipo de criterio de elección. De todos modos la supuesta neutralidad del conocimiento científico es engañosa.

14. El malentendido no se explica simplemente por la falta de comunicación, sino que es un proceso fomentado activamente —a menudo por ambas partes— (Benda-Beckmann). Muchas de las críticas de aquellos que son objeto de desarrollo son proyecciones, tales como la tendencia a pensar en el corto plazo y la búsqueda de soluciones mágicas.

15. Considerar el título de la famosa colección de ensayos criticando el trabajo de Khun, Crítica y crecimiento del conocimiento.

16. Hay una larga historia de prejuicios filosóficos occidentales a favor del conocimiento epistemológico, teórico, frente a la techné, las ciencias aplicadas, arte, habilidad, que está orientado a la producción (poietiké) con la correspondiente necesidad de juicio (doxa) y en contra de las ciencias prácticas (praktike) de la política y la ética. Porque “el conocimiento científico es el juicio sobre las cosas que son universales y necesarias [...] Siendo esto así, el primer principio del cual deriva lo que se conoce científicamente no puede ser el objeto de conocimiento científico, de arte o de sabiduría práctica, porque lo que se conoce científicamente se puede demostrar, mientras que el arte y la sabiduría práctica tienen que ver con cosas que son variables” (Aristóteles, 1941: 1027-1028). Aun teniendo en cuenta el cambio de uso de los términos, difícilmente podría ser más claro.

17. Quarles van Ufford (1985: 53-56) ofrece un buen desarrollo de la importancia del sentimiento, rasa, y su relación con el misterio, rahsya, en un vecindario de Java.

18. La posición que yo considero está más cerca de Volosinov (1973) o la visión de Bakhtin (1986) de la palabra como acto situado. Es significativo que la palabra para conocimiento utilizada en inglés knowledge tenga la connotación de "el contenido pasivo de lo que se conoce" en contraste con el alemán erkenntnis y connaissance en francés, que hacen hincapié en "el acto, proceso, forma o facultad de conocer" (Shapiro, 1972: 319). Discutiré el contraste entre el conocimiento y la comprensión en detalle próximamente.

19. Puede ser de ayuda considerar otros grandes discursos institucionalizados, por ejemplo, en América Latina, el de la Iglesia católica.

20. Para esta explicación he utilizado un artículo mío no publicado sobre cómo la agencia es constituida en las teorías científicas. Elaboro el tema de la agencia con más detalle en Hobart (1990).

21. Con los años, Philip Quarles van Ufford y yo hemos discutido amigablemente sobre la relación entre la teoría y la participación en el desarrollo, que es una de las tensiones constructivas del EIDOS (European Inter-University Development Opportunities Study-Group). Ambos evitamos la poderosa fantasía de que hay algún eje teórico neutral desde el que dirigir una mirada desapasionada. Pero Quarles van Ufford, como alguien que ha participado directamente en proyectos de desarrollo, es sensible a la diferencia entre el entendimiento académico desapegado y el predicamento de los "expertos" participantes, que no pueden separar teoría y práctica y que deben asumir algún tipo de coherencia y sistema, alguna racionalidad, para poder atender la empresa que llevan a cabo. Me falta ese tipo de experiencia, pero me preocupa que esta posición, lejos de resolver la relación entre la teoría y la práctica, se perpetúe bajo el nombre de la necesidad, la participación y el compromiso y con ello sus consecuencias. La teorización que no está pensada sobre un objeto es, sin duda, árida, y la idea de que la práctica no implica ninguna teoría es absurda.

22. Encontrar un término adecuado requirió de una velada con Richard Fardon. No hay que confundir el silencio o la ausencia de actividad, como hacen especialmente evidente los dos ejemplos de Indonesia, con la falta de la agencia. No solo es la ostensible

pasividad una estrategia activa potencialmente, sino que en algunas partes del mundo puede ser considerada como el sello distintivo de un agente (Burghart, pág. 5). La eficacia del silencio ha sido discutida pintorescamente por Baudrillard, que también hace hincapié en que aquellos constituidos como "las masas" pueden ser parte de nuestras propias sociedades. "Que la mayoría silenciosa (o las masas) sean un referente imaginario no significa que no existan. Esto significa que su representación no es posible [...] Nadie puede decir que representa a la mayoría silenciosa, y que es su venganza [...] La estrategia del poder desde hace mucho tiempo parecía fundada en la apatía de las masas. Cuanto más pasivas eran, más seguro estaba el poder. Sin embargo, esta lógica es solo característica de la fase burocrática y centralista del poder. Y esto es lo que hoy se vuelve contra él: la inercia que ha fomentado se convierte en el signo de su propia muerte "(1983: 20, 22, 23, énfasis en el original).

23. Los desarrolladores que piensan que están tratando razonablemente con la práctica libre-de-teoría en el mundo real se engañan a sí mismos. Como Collingwood subraya "tal 'realismo' está basado en la más grandiosa base que una filosofía puede tener, la llamada estupidez humana" (1940: 34).

24. Los antropólogos, a menudo con razón, invocan el contexto para situar la acción o explicar. Sin embargo, lo que el contexto es resulta difícil de alcanzar (Hobart, 1985b). También hay que destacar que la esencialización y la contextualización son estrategias explicativas con implicaciones para el poder y no se limitan a los académicos o expertos (Hobart, 1986: 138-151).

25. Fabian se muestra igualmente descontento con los estilos existentes de análisis antropológico y defiende el tratamiento de la acción social, incluido el proceso etnográfico, como un conjunto de performances. El autor encuentra en la obra de Victor Turner que hay evidencias de un alejamiento de la performance como dramaturgia hacia un uso menos metafórico y cargado (1990: 16-20).

26. En la misma línea, Parkin (1975) ha sostenido que el cambio planificado depende de manera crucial de la conciencia de las divisiones sociales existentes entre los interesados. Donde hay un

acuerdo sustancial es más fácil movilizar a la gente acerca de un "plan". Cuando existen diferencias sustanciales, hablar de la necesidad para el desarrollo se convierte en un "símbolo" para tratar de minimizar los efectos de esas diferencias.

27. En sociedades como China e India, las atribuciones de la habilidad de saber no son necesariamente igualitarias y están lejos de ser fijas (Croll, pág. 16). Los expertos pueden saber acerca de o sobre cómo hacer las cosas que otros no hacen. A menudo, el saber es considerado un asunto de grado y consiste en una cadena en la que se solapan la agencia y la paciencia, mientras que cuando el conocimiento es profesionalizado conduce a menudo a aquellos que no han sido designados como objetos conocedores de ese conocimiento objetivado.

28. Esta última interpretación captura algunas de las implicaciones de la noción hindú de tamas, el deseo o la ignorancia (a menudo asociada con la oscuridad), que en Bali a menudo se dice sobre uno de los tres componentes, triguna, de la naturaleza humana (los otros dos son sattva, la pureza o el conocimiento, y rajas, la pasión o emoción; Hobart, 1986: 148-151). Sobre su constitución en los textos hindúes Vaishnava como hilos o sustrato de toda la materia, véase ídem, 1985.

BIBLIOGRAFÍA

Alatas

, S. H. (1977): The myth of the lazy native: a study of the image of the Malays, Filipinos and Javanese from the 16th to the 20th century and its function in the ideology of colonial capitalism, Cass, Londres.

Aristotle

(1941): "Nichomachean ethics", en R. McKeon (ed.), The basic works of Aristotle, Random House, Nueva York.

Bailey

, F. G. (1957): Caste and the economic frontier, Univ. Press, Mánchester.

— (1969): Stratagems and spoils, Blackwell, Oxford.

Bakhtin

, M. M. (1986): The problem of speech genres, en C. Emerson & M. Holquist (eds.), Speech genres and other late essays, traductor V. W. McGee, Univ. of Texas Press, Austin.

Barth

, F. (ed.) (1963): The role of the entrepreneur in social change in northern Norway, Univ. Press, Bergen.

— (1966): Models of social organization, Occasional Paper 23, Royal Anthropological Institute, Londres.

Bhaskar

, R. (1979): The possibility of naturalism: a philosophical critique of the contemporary human sciences, Harvester, Sussex.

— (1989): “On the possibility of social scientific knowledge and the limits of naturalism”, Reclaiming reality: a critical introduction to contemporary philosophy, Verso, Londres.

Bourdieu

, P. (1977): Outline of a theory of practice, traductor R. Nice, Univ. Press, Cambridge.

— (1990): The logic of practice, traductor R. Nice, Polity Press, Cambridge.

Brokensha

, D. W.;

Warren

, D. M. y

Werner

, O. (eds.) (1980): Indigenous knowledge systems and development, Univ. Press of America, Lanham MD.

Chambers

, R. (1983): Rural development: putting the last first, Longman, Londres.

Collingwood

, R. G. (1933): An essay on philosophical method, Clarendon Press, Oxford.

— (1940): An essay on metaphysics, Clarendon Press, Oxford.

— (1942): The new Leviathan or man, society, civilization and barbarism, Clarendon Press, Oxford.

Dilley

, R. (ed.) (manuscrito sin publicar): Contesting markets, Univ. Press, Edimburgo.

Evans

-

Pritchard

, E. E. (1937): Witchcraft, oracles and magic among the Azande, Clarendon Press, Oxford.

Fabian

, J. (1983): Time and the other: how anthropology makes its object, Columbia Univ. Press, Nueva York.

— (1990): Power and performance: ethnographic explorations through proverbial wisdom and theater in Shaba, Zaire, Univ. of

Wisconsin, Madison.

— (1991): “Dilemmas of critical anthropology”, en L. Nencel y P. Pels (eds.), Constructing knowledge: authority and critique in social science, Sage, Londres.

Fardon

, R. (ed.) (1990): Localizing strategies: regional traditions of ethnographic writing, Scottish Academic Press and Washington, Smithsonian Institution, Edimburgo.

Feyerabend

, P. (1975): Against method: outline of an anarchistic theory of knowledge, Verso, Londres.

Foucault

, M. (1961): Folie et draison, histoire de la folie l’Áge classique, Plon, París.

— (1967): Madness and civilization: a history of insanity in the age of reason, traductor R. Howard, Tavistock, Londres.

— (1966): Les mots et les choses: une archologie des sciences humaines, Gallimard, París.

— (1970): The order of things: an archaeology of the human sciences, traductor A. M. Sheridan, Tavistock, Londres.

— (1969): L’ archologie du savoir, Gallimard, París.

— (1972): The archaeology of knowledge, traductor A. M. Sheridan, Tavistock, Londres.

— (1975): Surveiller et punir: naissance de la prison, Gallimard, París.

— (1977): Discipline and punish: the birth of the prison, traductor A. Sheridan, Penguin, Harmondsworth.

— (1976): La volonté de savoir, Gallimard, París.

— (1984): The history of sexuality I, traductor R. Hurley, Penguin, Harmondsworth.

— (1971): L' ordre du discours: leçon inaugural au Collge de France, Gallimard, París.

— (1981): "The order of discourse", en R. Young (ed.), Untying the text: a post-structuralist reader, traductor I. McLeod, Routledge y Kegan Paul, Londres.

Frank

, A. G. (1969): Capitalism and under-development in Latin America, Monthly Review Press, Londres.

Geertz

, C. (1983a): Local knowledge: further essays in interpretive anthropology, Basic Books, Nueva York.

— (1983b): "Local knowledge: fact and law in comparative perspective", Local knowledge: further essays in interpretive anthropology, Basic Books, Nueva York.

Giddens

, A. (1976): New rules of sociological method: a positive critique of interpretative sociologies, Hutchinson, Londres.

— (1979): Central problems in social theory: action, structure and contradiction in social analysis, Macmillan, Londres.

— (1984): The constitution of society: outline of the theory of structuration, Polity Press, Cambridge.

Goodman

, N. (1978): Ways of worldmaking, Harvester Press, Hassocks.

Gramsci

, A. (1988): A Gramsci reader: selected writings 1916-1935, en D. Forgacs (ed.), Lawrence y Wishart, Londres.

Habermas

, J. (1978): Knowledge and human interests (2ª ed.), Heinemann, Londres.

Hacking

, I. (1983): Representing and intervening: introductory topics in the philosophy of natural science, Univ. Press, Cambridge.

— (1990): The taming of chance, Univ. Press, Cambridge.

Hahn

, F. y

Hollis

, M. (eds.) (1979): Philosophy and economic theory, Univ. Press, Oxford.

Heath

, A. (1976): Rational choice and social exchange: a critique of exchange theory, Univ. Press, Cambridge.

Held

, D. y

Thompson

, J. B. (1989): Social theory of modern societies: Anthony Giddens and his critics, Univ. Press, Cambridge.

Henry

, J. (1966): Man against culture, Tavistock, Londres.

Hesse

, M. (1978): “Theory and value in the social sciences”, en C. Hookway y P. Pettit (eds.), Action and interpretation: studies in the philosophy of the social sciences, Univ. Press., Cambridge.

Hobart

, M. (1985a): “Anthropos through the looking-glass: or how to teach the Balinese to bark”, en J. Overing (ed.), Reason and morality, ASA Monographs in Social Anthropology 24, Tavistock, Londres.

— (1985b): “Is God evil?”, en D. J. Parkin (ed.), The anthropology of evil, Blackwell, Oxford.

— (1986): “Thinker, thespian, soldier, slave? Assumptions about human nature in the study of Balinese society”, en M. Hobart y R. H. Taylor (eds.), Context, meaning, and power in Southeast Asia, Ithaca, Cornell Southeast Asia Program, Nueva York.

— (1990): The patience of plants: a note on agency in Bali, Review of Indonesian and Malaysian affairs 24, p. 2.

— (manuscrito sin publicar): “The windmills of criticism: on understanding theatre in Bali”, en R. Burghart y V. Das (eds.), Political cultures of criticism.

Hollis

, M. (1970): The limits of irrationality, en B. Wilson (ed.), Rationality, Blackwell, Oxford.

— (1982): “The social destruction of reality”, en M. Hollis y S. Lukes (eds.), Rationality and relativism, Blackwell, Oxford.

Hollis

M. y

Lukes

, S. (eds.) (1982): Rationality and relativism. Blackwell, Oxford.

Inden

, R. (1985): “Hindu evil as unconquered Lower Self”, en D. Parkin (ed.), The anthropology of evil, Blackwell, Oxford.

— (1990): Imagining India, Blackwell, Oxford.

— (n. d): Social scientific thinking; or four ideas (and more) of human nature, Unpublished paper.

Kuhn

, T. S. (1962): The structure of scientific revolutions, Univ. Press, Chicago.

Laclau

, E. (1971): Feudalism and capitalism in Latin America, New left review, nº 67, pp. 19-38.

Lakatos

, I. y

Musgrave

, A. (eds.) (1970): Criticism and the growth of knowledge: proceedings of the international colloquium in the philosophy of science, London 1965, vol. 4, Cambridge Univ. Press, Londres.

Lakoff

, G. y Johnson, M. (1980): Metaphors we live by, Univ. of Chicago Press, Londres.

Long

, N. (1977): An introduction to the sociology of rural development, Tavistock, Londres.

Lukes

, S. (1973a): Émile Durkheim: his life and work, a historical and critical study, Allen Lane, Middlesex.

— (1973b): Individualism, Blackwell, Oxford.

Mason

, P. (1990): Deconstructing America: representations of the Other, Routledge, Nueva York

Mendras

, H. (1970): The vanishing peasant: innovation and change in French agriculture, Univ. Press, Cambridge.

Moore

, W. E. (1963): Social change, Prentice-Hall, Englewood Cliffs, N. J.

Newton

-

Smith

, W. (1982): Relativism and the possibility of interpretation, en M. Hollis y S. Lukes (eds.), Rationality and relativism, Blackwell, Oxford.

Ortony

, A. (ed.) (1979): Introduction to Metaphor and thought, Univ. Press, Cambridge.

Overing

, J. (ed.) (1985): Reason and morality, ASA Monographs in Social Anthropology 24, Tavistock, Londres.

Pagden

, A. (1982): The fall of natural man, Univ. Press, Cambridge.

Paine

, R. (1974): Second thoughts about Barth's models, Occasional

Paper 32, Royal Anthropological Institute, Londres.

Parkin

, D. J. (1975): “The rhetoric of responsibility: bureaucratic communication in a Kenya farming area”, en M. Bloch (ed.), Political language and oratory in traditional society, Academic Press, Londres.

Peirce

, C. S. (1984): “Some consequences of four incapacities”, Writings of Charles S. Peirce: a chronological edition, vol. 2, Indiana Univ. Press, Bloomington.

Quarles

van

Ufford

, P. (1985): “Rationalities and development in Java”, en C. A. van Peursen y M. C. Doeser (eds.), Development and its rationalities, Free Press, Ámsterdam.

Quine

, W. V. O. (1953): “Two dogmas of empiricism”, From a logical point of view, Harvard Univ. Press, Cambridge, Mass.

Reddy

, M. (1979): The conduit metaphor-a case of frame conflict in our language about language, en A. Ortony (ed.), Metaphor and thought, Univ. Press, Cambridge.

Rorty

, R. (1980): Philosophy and the mirror of nature, Blackwell, Oxford.

Ryle

. G. (1949): The concept of mind, Hutchinson, Londres.

Said

, E. (1978): Orientalism, Routledge y Kegan Paul, Londres.

Salmond

, A. (1982): “Theoretical landscapes. On a cross-cultural conception of knowledge”, en D. J. Parkin (ed.), Semantic anthropology, Academic Press, Londres.

Shapiro

, J. J. (1972): “Translator’s Notes to J. Habermas”, Knowledge and human interests, Heinemann, Londres.

Smelser

, N. J. (1963): Mechanism of change and adjustment to change, en B. F. Hoselitz y W. E. Moore (eds.), Industrialization and society, Mouton, The Hague.

Smith

, A. D. (1973): The concept of social change: a critique of the functionalist theory of social change, Routledge y Kegan Paul, Londres.

Taylor

, C. (1985): Philosophy and the human sciences: philosophical papers 2, Univ. Press, Cambridge.

Timberlake

, L. (1988): Sustained hope for development, New scientist 7th, julio 1988.

Tribe

, K. (1978): Land, labour and economic discourse, Routledge y Kegan Paul, Londres.

Vitebsky

, P. (1992): “Landscape and self-determination among the Eveny: the political environment of Siberian reindeer herders today”, en E. Croll y D. Parkin (eds.), Bush base, forest farm: culture, environment, development, Routledge, Londres.

Volosinov

, V. N. (1973): Marxism and the philosophy of language, trans. L. Matejka y I. R. Titunik, Harvard Univ. Press, Cambridge, Mass.

Wallace

, A. F. C. (1961): Culture and personality, Random House, Nueva York.

Wilson

, B. (ed.) (1970): Rationality, Blackwell, Oxford.

Winch

, P. (1970): Understanding a primitive society, en B. Wilson (ed.), Rationality, Blackwell, Oxford.

SEGUNDA PARTE

Antropología,participación y desarrollo

CAPÍTULO 4

NATURALEZA DE LA ANTROPOLOGíA APLICADA*

george m. foster**

UN EJEMPLO DEL PROBLEMA

Durante muchos años, la Secretaría de Salubridad de México ha llevado a cabo un importante trabajo de sanidad ambiental en áreas rurales. Los proyectos incluyen sistemas de abastecimiento de agua potable en pueblos, letrinas sanitarias, regaderas con agua caliente y lavaderos públicos ubicados céntricamente que evitan que las aldeanas lleven a lavar su ropa, en condiciones desfavorables y con agua fría, a los arroyos. Un ingeniero de la secretaría proyectó y construyó una unidad que combinaba baños y lavaderos en una pequeña comunidad en el estado de Veracruz. Para ahorrar espacio y materiales, siguiendo la práctica aceptada en ingeniería, dispuso una sola hilera de lavaderos contra la pared posterior del edificio en que estaban las regaderas. Quedó sorprendido cuando las aldeanas, lejos de agradecerle las nuevas instalaciones, se quejaron: "Ay, ingeniero, ¿por qué nos castiga?", preguntaron. Pasmado, preguntó de qué manera las estaba castigando. Contestaron que cuando un niño se porta mal en la escuela, lo ponen de cara a la pared, y que lo mismo sentían ellas ante los nuevos lavaderos, que las obligaban a estar de frente al muro posterior del edificio de las regaderas. Lo que realmente le estaban diciendo, desde luego, era que el trabajo es más ligero cuando la posición de quienes lo ejecutan estimula la conversación, el chismorreo y la risa. Como consecuencia de estas quejas y de la renuencia de las mujeres a usar los nuevos lavaderos, el ingeniero alteró el diseño de modo que de la parte posterior del edificio de baños se proyectase en ángulo recto una larga hilera de lavaderos dispuestos por pares. Gracias a la nueva construcción, las lavanderas quedaban unas frente a otras, y ya que el diseño estimulaba la interacción social, aceptaron con gusto esta innovación (comunicado por Héctor García Manzanedo).

Este incidente ilustra lo que en la literatura sobre desarrollo y modernización se llama cambio cultural "planificado" o "dirigido". También ilustra cómo lo que a primera vista parece ser un sencillo problema tecnológico de diseño es también, en realidad, un problema social. Solo cuando los imperativos sociales, además de los objetivos tecnológicos del proyecto, fuesen satisfechos, podría

considerarse este como logrado. Desde luego, en cierto sentido, todo cambio se puede considerar “planificado”, ya que toda innovación implica planes personales y toma de decisiones, aun cuando solo se trate de un capricho momentáneo. Un agricultor mexicano que va a visitar a un amigo a otro pueblo y observa que este utiliza fertilizantes químicos pregunta sobre su uso, su costo, dónde pueden obtenerse y, ya de regreso, los emplea en su propio campo, con lo que está haciendo un cambio planificado. Pero la decisión es individual y no consecuencia de la planificación y acción de un grupo.

Los términos cambio dirigido y planificado han llegado a tener actualmente un sentido especial: las organizaciones gubernamentales, internacionales y privadas son creadas como respuesta a lo que se reconoce como problemas colectivos o necesidades de la sociedad. Se elaboran presupuestos y se abastecen de personal que consta de planificadores, administradores, científicos y especialistas técnicos necesarios para lograr las metas que, según se espera, aliviarán los problemas que provocaron la creación de las organizaciones. Los departamentos de salud pública de la ciudad, del municipio y del estado son instrumentos de programas de cambio cultural dirigido, ya que mediante la planificación y la acción modifican las prácticas de salud y la conducta prevalecientes, dirigiéndolas hacia una vida más larga y sana. Los agentes de extensión agrícola distritales dirigen el cambio cultural comunicando prácticas y conocimientos agrícolas mejorados a los campesinos de sus distritos. Los educadores de los programas de ayuda exterior del Gobierno de EE UU son agentes de cambio cultural dirigido, ya que analizan los sistemas educativos tradicionales y al trabajar con las contrapartes en países anfitriones planifican y establecen sistemas educativos mejorados en consonancia más estrecha con las necesidades de la vida contemporánea.

LAS DOS CARAS DEL CAMBIO CULTURAL DIRIGIDO

Los objetivos del cambio cultural dirigido son duales, y por lo general implican cambios tanto del medio ambiente físico como de la conducta de la gente. En nuestro primer ejemplo, el diseño y la construcción del edificio de regaderas y lavaderos representan un cambio ambiental, mientras que la utilización de las regaderas y lavaderos es un cambio de la conducta. La modificación ambiental, que implica diseño y construcción, es frecuentemente considerada como el centro del desarrollo y la modernización nacionales, y la consecución de los objetivos concretos simboliza la terminación venturosa del proyecto. Pero el proyecto será de dudoso mérito si la modificación ambiental no se acompaña de los cambios adecuados de conducta. El hecho de que un ministerio de salud, dentro de su presupuesto anual solicitado, registre "x" número de lavaderos terminados podrá parecer impresionante, pero, a menos que los lavaderos se usen —es decir, a menos que se opere un cambio concomitante en la conducta de las lavanderas—, el logro no tiene valor.

Durante varios decenios se ha reconocido como esencial para la elevación del nivel de vida el cambio cultural masivo planificado a escala mundial, habiéndose dado una marcada tendencia a suponer que el diseño y la construcción que satisfacen los niveles más elevados de la profesión o profesiones implícitas en un proyecto representan el objetivo principal del desarrollo. Se supone que una modificación ambiental que se haya realizado con éxito a través de diseño e ingeniería apropiados generará automáticamente cambios de conducta. En otras palabras, si a la gente se le presenta lo que planificadores y diseñadores consideran más apropiado, estará dispuesta a aceptar las innovaciones.

La experiencia demuestra que no es así necesariamente. Parece haber dos razones básicas por las que la gente a la que se presentan medio ambientes u oportunidades "mejoradas" no se apresura a aprovechar los beneficios de la innovación:

1. La innovación en el marco total de la vida de la comunidad no es de hecho una mejora. Es más bien una "pseudomejora", ya que su costo social y de otro género sobrepasa sus ventajas.

2. La innovación puede estar desde todo punto de vista bien planificada y representar una verdadera mejora, pero la gente a la que está destinada puede no percibir las ventajas o mostrarse reacia a ensayarla debido a las barreras culturales, sociales o psicológicas que inhiben la innovación. Consideraremos en su momento lo que cada una de estas razones implica.

RESISTENCIA A LAS PSEUDOMEJORAS

La planificación y el diseño para las mejoras en programas de cambio dirigido son llevados a cabo por miembros de diversas profesiones: arquitectos, ingenieros, planificadores urbanos y regionales, especialmente en agricultura y riego, médicos y enfermeras de salud pública, educadores y muchos más, quienes casi siempre definen "problemas" dentro de sus estrechos marcos profesionales, buscando las respuestas dentro del mismo contexto. Por ejemplo, las prácticas agrícolas mejoradas que darán como resultado mayores cosechas en un área determinada son vistas adecuadamente como un importante avance en la lucha contra el hambre, siempre que no se modifiquen otros factores. Pero los otros factores no siempre permanecen inmutables. En Nepal, especialistas agrícolas extranjeros que perseguían este objetivo introdujeron un arroz japonés que, junto con las técnicas del cultivo con él asociados, producía hasta un 200 por ciento más que el arroz nativo. Desde un punto de vista estrecho este era un logro enorme. Pero el arroz japonés resultó no ser popular por dos razones. Crece sobre un tallo enano que proporciona mucho menos forraje que el arroz indígena, y ya que el forraje es un importante subproducto del cultivo del arroz, su escasez produjo una crisis en la alimentación animal. Además, los granos se adhieren fuertemente a los tallos, lo que hace necesario el uso de una trilladora especial que normalmente no está al alcance de los granjeros. De esta manera, dentro del marco general de las necesidades y posibilidades de los agricultores nepaleses una práctica "mejorada" resultó ser de escaso valor (notas de campo del autor).

El diseño “mejorado”, tal como lo ve el profesional, no lo es necesariamente para el usuario. La mejor solución para una necesidad específica no se halla en una panacea capaz de ser aplicada en cualquier parte del mundo. La respuesta correcta es más bien una fusión de formas culturales, sociales y económicas locales, un elemento dentro de un complejo de factores relacionados. Si los diseños “mejorados” o las prácticas recomendadas infringen cualquiera de las necesidades o expectativas sociales, culturales o psicológicas del grupo en cuestión, probablemente serán rechazados. Innumerables fracasos en programas de ayuda técnica atestiguan que estas expectativas y necesidades no son evidentes necesariamente. A menudo deben ser sacadas a la luz mediante investigación y análisis. Luego, una vez comprendidas, podrá diseñarse y ejecutarse el plan que tenga mejores posibilidades de cubrir las necesidades locales y de alcanzar los objetivos del proyecto. Los siguientes tres casos ilustran cómo las prácticas y el diseño “mejorados” no lograron aprehender el contexto total en el cual funcionaban. En el primer ejemplo no hay ninguna respuesta razonable; de hecho el “problema” observado por los planificadores no existía. Cuando, en los otros dos casos, se descubrieron las barreras que impedían la aceptación, esta se logró mediante una modificación del diseño y las operaciones.

Fogones en Rodesia del Norte

Antes de que Rodesia del Norte se convirtiera en el país independiente de Zambia en 1964, su Ministerio de Asuntos Indígenas estaba encargado de los proyectos de desarrollo de la comunidad en áreas rurales. El mejoramiento de viviendas, incluyendo instalaciones de cocina más salubres, constituyó un objetivo importante en este trabajo. Para ello, varios funcionarios para el desarrollo de las comunidades diseñaron ingeniosas estufas hechas de tambores de aceite usados. En uno de los lados se abría una puerta para introducir la madera, y el humo se expulsaba por un conducto que atravesaba el tejado de la cocina. Pero las diversas variaciones de este diseño fueron recibidas con poco entusiasmo. La

razón era muy sencilla. Tradicionalmente se cocina al aire libre sobre un fogón de arcilla de un metro de diámetro, ligeramente elevado, sobre el que se colocan tres piedras o cilindros de arcilla cocida que sostienen la marmita. Bajo la olla se juntan los extremos de largos palos y ramas y poco a poco, conforme se van consumiendo, se van empujando hacia adentro. Este sistema permite un excelente control de la temperatura y evita la necesidad de cortar la leña. Por otra parte, el diseño para el desarrollo de la comunidad requiere del laborioso corte de la madera en pequeños trozos y nunca se resolvió satisfactoriamente el control de la temperatura. Además, el hecho de cocinar al aire libre permite que las mujeres de recintos vecinos conversen mientras trabajan, en tanto que al cocinar en el interior se aísla a la mujer en su oscura cocina, destruyéndose así las ventajas sociales del sistema tradicional. Dadas las condiciones de vida de la aldea, el sistema de cocina tradicional es técnicamente superior y socialmente más aceptable que el propuesto por los planificadores (notas de campo del autor).

Fogones en Egipto

Para un proyecto de habitación rural en el delta del Nilo se diseñó una estufa con un conducto que sobresalía por el tejado. Sin embargo, los arquitectos no lograron incluir la estufa en el marco más amplio de la vida de aldea. En esta parte de Egipto se almacenan sobre los tejados de las casas las varas de algodón ya secas después de la recolección, por lo que varias casas que tenían estufas nuevas se inflamaron y quemaron cuando las chispas que salían del conducto pegaron fuego a esta yesca. Una nueva solución al problema consistiría, por supuesto, en idear un sistema nuevo de almacenamiento de combustible. Pero este tipo de almacenamiento tiene importantes funciones sociales y técnicas. En primer lugar, una enorme pila de tallos es motivo de prestigio porque demuestra un cultivo hábil y una buena cosecha. En segundo lugar, es señal de hospitalidad; un tejado colmado es invitación franca del agricultor para que sus amigos pasen a comer y a tomar el té con él. De aquí

que, por más que los sistemas de almacenamiento sustitutos sean convenientes desde un punto de vista técnico y económico, no lleguen a satisfacer las necesidades sociales y psicológicas de los aldeanos. Solo cuando se diseñó un parachispas eficiente los aldeanos se mostraron dispuestos a usar las nuevas estufas (comunicado por Mostafa H. Sultán).

Leche en polvo en un centro de salud en Venezuela

Cuando el Ministerio de Salud y Asistencia Social de Venezuela inauguró clínicas rurales de salud materno-infantil, se distribuyó de forma gratuita leche en polvo a las madres que cumplían puntualmente con sus citas pre y posnatales. La distribución gratuita de leche tenía por objeto aumentar la asistencia a la clínica y proporcionar una mejor alimentación a las madres y a los niños. Algunos meses después, la asistencia a la clínica había aumentado satisfactoriamente, pero las complicaciones durante el embarazo, así como los niveles de nutrición, mostraban poca mejoría. Una encuesta reveló que muchas mujeres cambiaban la leche que obtenían del Gobierno por licor y alimentos para adultos. Se descubrieron varios factores responsables de esta inesperada situación:

a) Algunas madres, cuando se les preguntaba por qué no les daban la leche a sus hijos, interrogaban: "¿Es tan mala mi propia leche que debo usar este polvo?". Estas mujeres se sentían amenazadas porque el programa lácteo hacía desmerecer su capacidad para cumplir el papel de madres al criar a sus hijos.

b) Otras madres consideraron injusto que solo los más jóvenes de la casa se beneficiaran de la generosidad del Gobierno. Al cambiar la leche por otros artículos, todos en la casa, y en especial el marido, participaban de ella.

c) No se prestó atención inicial a la demostración de las formas más

sencillas para mezclar la leche en polvo y cómo se podría combinar con otros alimentos.

Una vez que se comprendieron los factores sociales y económicos, se tomaron medidas para combatir la costumbre de cambiar la leche por otros artículos. Las enfermeras en las clínicas recibieron instrucciones de abrir las latas antes de distribuirlas, haciendo de esta manera más difícil que las madres cambiaran la leche por otras mercancías. Luego hicieron demostraciones más cuidadosas sobre el modo de mezclar y utilizar la leche, premiando a las madres que realizaran esta tarea con más destreza e ingenio. Estas medidas incrementaron significativamente el consumo de leche y elevaron los niveles de nutrición (comunicado por J. M. Brito-Stelling).

RESISTENCIA A LAS MEJORAS BIEN PLANIFICADAS

Los fogones en Rodesia del Norte no eran mejoras efectivas. Los fogones en Egipto y la distribución de leche en polvo en Venezuela eran mejoras potenciales que no se cumplieron hasta que se efectuaron cambios importantes en los planes originales. En otros casos las innovaciones están bien planificadas y constituyen mejoras auténticas, y a pesar de ello encuentran oposición por parte de aquellos a quienes están dirigidas. La vacunación contra la viruela, por ejemplo, casi siempre se ha encontrado con una resistencia inicial por parte de los aldeanos campesinos y de los miembros de tribus primitivas. A menudo resulta increíblemente difícil introducir semillas, fertilizantes e insecticidas mejorados, aun cuando parece no haber costos sociales o económicos severos. Hace muy pocos años apenas, los aldeanos en América Latina con regularidad dejaban de aprovechar al máximo las oportunidades educativas que les ofrecían sus Gobiernos. Las razones de estas resistencias son diversas y no pueden ser examinadas aquí con detalle. Fundamentalmente podemos decir que están implícitos problemas de comunicación y percepción, que las personas no consiguen darse cuenta de las ventajas, y advierten quizás desventajas al adoptar las

nuevas formas. Los padres que no pueden entender la medicina preventiva científica —y que podrían pensar, como ocurre con ciertos indígenas aldeanos, que la viruela es una gracia divina—, quizá consideran las pequeñas molestias posteriores a la aplicación de la vacuna, manifestadas en una noche de desvelo del niño y de sus padres, como más decisivas que las inciertas ventajas de la inmunización. O bien, a los padres les parecerá poco piadoso tratar de contrarrestar el deseo de una deidad que envía la enfermedad.

En muchos programas de cambio cultural dirigido los innovadores no logran estimar la orientación cognoscitiva —el modo como se interpretan los estímulos—, por lo que las reacciones perceptivas (de las personas hacia quienes se dirigen los programas) provocan una mala interpretación. El Programa de Ayuda Exterior de EE UU emplea en su escudo la imagen de un par de manos que se estrechan como símbolo de amistad. Este símbolo está pintado en los vehículos del Gobierno, en todos los letreros que muestran la participación norteamericana; de hecho, en todas partes donde pueda anunciar razonablemente la presencia norteamericana. En varias partes del mundo los comunistas sacan partido de este símbolo diciendo que muestra la manera de como los imperialistas norteamericanos “atraen a la gente hacia la esclavitud”. Y en Tailandia un par de manos separadas del cuerpo viene a ser una inquietante sugerencia del mundo de los espíritus (comunicado por Herbert Phillips). En Rodesia, los educadores de salud europeos que luchaban contra la tuberculosis elaboraron un cartel con la imagen de un cocodrilo, una de las amenazas más mortales a la vida africana, suponiendo que impresionaría a los africanos sobre la gravedad de los síntomas de la tuberculosis. Los aldeanos africanos llegaron a la conclusión de que los cocodrilos causan la tuberculosis, confirmando aún más su creencia de que a toda costa deberían evitarlos (The Northern News, Ndola, Rodesia del Norte, 27 de septiembre de 1961).

En Indonesia, antes de la independencia, el servicio agrícola holandés preparó unos carteles para reclutar agricultores en áreas sobrepobladas para la recolonización. Las imágenes mostraban fértiles arrozales y un atractivo paisaje, con un agricultor, su esposa y una niña sana y grande en primer plano. Más atrás, mucho más pequeño debido a la perspectiva, estaba un niño. Los agricultores

comprendieron que las nuevas tierras eran buenas para las niñas, pero muy malas para los niños, ya que su crecimiento obviamente era raquítico (comunicado por Egbert DeVries).

En ocasiones las innovaciones técnicamente apropiadas y en total armonía con las posibilidades de la cultura local son rechazadas o no son explotadas plenamente porque los cambios de conducta implícitos presentan aspectos negativos que privan a las personas de las cosas que desean, o que amenazan su seguridad. En un pequeño pueblo de México una mujer de la clase alta decidió, por razones de prestigio, instalar un retrete con depósito de agua. Como el pueblo contaba con agua corriente desde hacía tiempo no se presentaron dificultades técnicas de importancia. Sin embargo, muy rara vez se usaba el retrete. La mujer le dijo a un antropólogo que en realidad prefería la vieja letrina, de seis agujeros, a la que llamaba "nevería", porque su construcción y sus asientos en forma de cajas le recordaban las antiguas hileras de recipientes en las boticas. ¿Por qué prefería su "nevería"? Sus amigas se reunían con ella una o dos veces al día y pasaban un ameno rato social, conversando y fumando cigarrillos. En este provinciano pueblo de mentalidad cerrada, muchos reprobaban que las mujeres fumasen, y este era el único lugar donde podían disfrutar de los cigarrillos comunes sin temor a la censura (comunicado por Catalina Gárate de García).

Trabajadores de extensión en un pueblo indígena, donde las mujeres utilizan el campo abierto para sus necesidades físicas, se encontraron con la misma razón para la oposición a las letrinas de agujeros cilíndricos. Los paseos al campo propiciaban el encuentro y la conversación con amistades que de otra manera no podían ver. Para las mujeres jóvenes de clase social alta que están confinadas rigurosamente en sus hogares, esta oportunidad social es particularmente importante (Luschinsky, 1963: 67).

Una amplia variedad de obstáculos, que ya he examinado con detalle en otra parte (Foster, 1962, capítulos 5-7), impide la adopción de nuevas formas materiales y prácticas de indudable beneficio. De estos, el conflicto más marcado en las sociedades emergentes es quizá el que se presenta, por un lado, entre los vínculos sociales tradicionales y la expectativa que la gente llegará a compartir con los demás y, por el otro, el deseo de los nuevos

empresarios, y de otros que van progresando económicamente, de conservar sus nuevas ganancias para sí mismos y sus familiares inmediatos. Hollnsteiner ilustra este principio tal como funciona en Filipinas, donde un agricultor a menudo está dispuesto a comprar fertilizante y a trabajar más arduamente que cuando cultiva la tierra con los métodos tradicionales, porque ve en ello el incremento en la producción del arroz. Pero teme que al aumentar su ingreso también aumentarán las demandas de ayuda de sus parientes, ante las que será difícil negarse. “Las fugas potenciales del excedente ganado con dificultad en realidad impiden que muchos filipinos produzcan más” (Hollnsteiner, 1963: 202).

Encontramos el mismo conflicto en África contemporánea. Marwick cita el ejemplo de los trabajadores migratorios que han desarrollado la costumbre de regresar al anochecer a sus hogares en la aldea. Cuando les preguntaron por qué lo hacen así, respondieron que temen que la envidia de sus parientes ante su prosperidad resulte en brujería dirigida a ellos. “De acuerdo con los cánones africanos de cooperación deberían distribuir su riqueza entre sus parientes; pero, como escogieron el camino del individualismo europeo, no lo hacen y se sienten culpables y proyectan su culpa mostrándose temerosos de aquellos a quienes, según las normas africanas, agraviaron” (Marwick, 1956: 492). Entre los Tonga de Zambia del Sur existen numerosos ancianos con la suficiente cantidad de dinero para construir casas mejoradas, pero muchos tienen miedo de hacerlo. Creen que miembros de sus familias, que consideren que habrá menos para ellos si el dinero se derrocha en una casa de la que ellos no participen, sean capaces de embrujarlos o incluso de matarlos (comunicado por Ernest Mulube).

LOS ANTROPÓLOGOS EN PROGRAMAS DE CAMBIO CULTURAL DIRIGIDO

El desarrollo tecnológico y la modernización obviamente no son procesos sencillos, ya que deben estar fundamentados en la fértil unión de la planificación y el diseño profesional con las realidades

de la conducta humana. En los programas de cambio cultural dirigido, inevitablemente hay “factores humanos”, algunos aparentes, otros sutiles, pero todos decisivos para el éxito de un proyecto. Actualmente se les pide con frecuencia a antropólogos y científicos de la conducta que participen en esos programas, contribuyendo a lograr un diseño que sea armónico con las pautas culturales fundamentales del grupo, analizando qué sucede cuando se presentan las innovaciones a pueblos receptores, y evaluando proyectos que hayan quedado terminados, con objeto de elaborar guías para la planificación y realización de programas futuros.

A los antropólogos que trabajan en programas de cambio cultural dirigido, cuyos objetivos tengan relación con problemas sociales y económicos de la vida contemporánea más que con datos descriptivos y teoría fundamental sobre cultura y sociedad, se les llama “antropólogos aplicados” y sus actividades profesionales constituyen lo que se llama “antropología aplicada”. En realidad, como demostraremos, muy pocos antropólogos se dedican a tiempo completo a este tipo de actividad para dejar de lado sus intereses académicos y otros, de modo que la expresión “antropología aplicada” generalmente describe un papel que un antropólogo desempeña de vez en cuando, más que una especie distinta de conocimiento científico.

Aunque por más de medio siglo han existido antropólogos profesionales, al menos algunas de cuyas actividades se describen propiamente como “aplicadas”, el reconocimiento general que los profesionales han dado a la importancia de este campo ha llegado lentamente, e incluso hoy en día muchos antropólogos consideran como trabajo de segundo orden las tareas aplicadas. Durante casi un siglo la antropología ha sido aceptada como ciencia, y durante este tiempo la mayoría de los antropólogos se han interesado principalmente por problemas más teóricos que prácticos. En un principio se interesaron casi exclusivamente por el origen y la evolución del hombre como ser físico, en el surgimiento y desarrollo gradual de la cultura, y en su difusión mundial. Los pueblos primitivos constituían el tema de la antropología tradicional y los antropólogos creyeron que su tarea era descubrir y documentar los modos de vida del hombre ágrafo, en todas sus variedades, y reconstruir las relaciones históricas entre grupos

distintos sirviéndose de datos arqueológicos, lingüísticos y culturales. Aunque los primeros antropólogos insistieron en que su ciencia era "práctica", es un hecho que esos intereses y las ideas y datos que reunían no contribuyeron con prontitud a la solución de problemas prácticos. Tampoco hubo organizaciones —salvo en la administración colonial— que reconociesen las posibilidades de la investigación antropológica y el asesoramiento a sus programas.

En años recientes los antropólogos han ampliado su campo de estudio y han aumentado los focos de sus investigaciones hasta incluir, además de los pueblos primitivos, el estudio de comunidades campesinas, sectores urbanos, grupos étnicos minoritarios dentro de sus propias sociedades y "culturas" especializadas tales como las de hospitales y negocios. Hay dos desarrollos de conceptos significativos aparejados a esa tendencia. En primer lugar, los intereses antropológicos se hacen cada vez más sociológicos, preocupándose por la estructura y la función de los sistemas sociales más que por hacer un catálogo exhaustivo de todos los aspectos de una sola cultura. En segundo lugar, la preocupación por los orígenes y la historia ha pasado a un segundo orden en relación con el interés por los procesos dinámicos del cambio social. Algunos antropólogos, por supuesto, siguen reconstruyendo la historia inédita de pueblos primitivos y determinando las rutas migratorias probables y los contactos previos entre tribus que hoy están separadas. Pero en un mundo que se desarrolla con rapidez, donde se efectúa ante nuestra vista la migración del medio rural al urbano, donde hay una proliferación de caminos de ciudades a pueblos, donde se producen más cambios de actitud, creencias y costumbres en diez años que antiguamente en un milenio, la mayoría de los antropólogos se concentra en esos procesos de modernización, en lo que llamamos "dinámica cultural" o "dinámica de cambio".

Actualmente concebimos el cambio como proceso más que como historia. La preocupación por el proceso ha hecho imprescindible el acercamiento a la teoría de otras ciencias de la conducta, especialmente la sociología y la psicología social, de modo que ahora los antropólogos trabajan con conceptos tales como la cognición, la percepción, la motivación, las clases sociales, los sistemas sociales y relaciones de roles, y también con conceptos más

tradicionales como son las pautas culturales y la integración cultural.

Sin duda, los intereses antropológicos contemporáneos se prestan mejor que antes para el estudio de los problemas prácticos de cambio, del elemento humano en el desarrollo tecnológico. En tanto que la necesidad de una antropología aplicada se vuelve cada vez más clara, y en tanto que se han creado las estructuras administrativas para el empleo de antropólogos, también se ha preparado mejor el desarrollo de la disciplina para que acepte un papel activo en los programas de cambio cultural dirigido.

LA ANTROPOLOGÍA APLICADA EN EL MARCO

ADMINISTRATIVO

Durante el medio siglo que ha transcurrido desde que se empezó a reconocer la antropología aplicada como una subdisciplina, la labor que los antropólogos han realizado para ayudar a dirigir el cambio se ha desarrollado significativamente. Lo que haya sido la antropología aplicada en un momento y en un lugar determinado ha dependido del grado de desarrollo de la ciencia, de la disponibilidad de los antropólogos dispuestos a aceptar asignaciones aplicadas y de la existencia de agencias de cambio que reconozcan la ayuda de la antropología y estén dispuestas a pagar por ella. Inglaterra, hasta hace poco poseedora de un inmenso imperio colonial, encaró la necesidad de administrar numerosos pueblos dependientes con relativamente pocos funcionarios coloniales. Como era de esperar, desde un principio, la antropología aplicada fue concebida en ese país como la utilización de datos sociales, culturales, económicos, religiosos y de otro tipo sobre los pueblos nativos, información reunida en gran medida por antropólogos o por funcionarios del Gobierno que habían sido adiestrados en antropología, en el desarrollo de la administración colonial

mejorada y especialmente en esa forma conocida como gobierno indirecto, en el que se empleaba al máximo el personal indígena y los mecanismos gubernamentales tradicionales. Diversas administraciones coloniales sostuvieron a los antropólogos del Gobierno o subvencionaron la investigación antropológica y nuevos administradores coloniales recibieron un adiestramiento en antropología como parte de su preparación, todo ello con el fin de comprender mejor la dinámica de la vida nativa y de trasladar esta comprensión a la acción.

Nigeria, por ejemplo, contó con un antropólogo gubernamental antes de la Primera Guerra Mundial, y desde 1920, aproximadamente, hasta la disolución del Imperio las colonias británicas emplearon a los antropólogos sociales de diversas maneras para que ayudaran en la administración del país y, en un grado mucho menor, en problemas de desarrollo. Este tipo de antropología aplicada surgió porque el conocimiento antropológico de la época era pertinente al gobierno de pueblos tribales dependientes, porque antropólogos preparados en universidades británicas y de la comunidad estaban disponibles para trabajar en tales problemas y porque los funcionarios coloniales y del Ministerio del Interior estaban dispuestos a dar su apoyo económico, práctico y moral a las investigaciones antropológicas. Los dos casos que mencionamos a continuación ilustran la primera aproximación antropológica a los problemas de la administración colonial.

El taburete dorado

En abril de 1900, guerreros de la poderosa nación de Ashanti de la Costa de Oro, una colonia británica del África occidental (actualmente una región del país independiente de Ghana), sitiaron una guarnición en la ciudad interior de Kumasi. No se levantó el sitio sino hasta mediados de julio y las luchas continuaron hasta finales del año, cuando el reino de Ashanti quedó anexado al Imperio Británico. Las fuerzas de Su Majestad sufrieron más de

1.000 bajas; se desconocen las de los ashanti, pero sin duda fueron mayores. La causa inmediata de esta “pequeña” guerra reside en la exigencia británica de que los ashanti, de quienes se decía que estaban en posesión del taburete dorado, lo entregaran.

El trasfondo de este hecho tuvo su origen a principios del siglo XV en Kumasi, la capital de Ashanti. Un sacerdote-mago hizo aparecer del cielo un taburete de madera de diseño convencional, parcialmente recubierto de oro, diciendo al rey y a la multitud congregada que ese taburete había sido enviado por el dios del cielo como repositorio del alma de la nación y que los convertiría en un pueblo grande y poderoso; pero si alguna vez llegaba a ser capturado o destruido, Ashanti perecería. De ahí en adelante, el taburete dorado pasó a ser la posesión más preciada de los ashanti. Lo protegían celosamente y una vez al año lo transportaban con pompa y esplendor en una procesión pública como evidencia manifiesta del favor divino. Se colocaba el taburete sobre una piel y nunca se permitía que estuviera en contacto directo con el suelo. Tampoco se sentaban los reyes sobre él, a manera de trono. Más bien, en contadas ocasiones, el rey fingía sentarse sobre él, pero luego lo hacía sobre su propio taburete apoyando solamente su brazo sobre el sagrado taburete dorado. Con el tiempo la nación de Ashanti se expandió y conquistó muchas tribus vecinas. Cada victoria venía a confirmar la profecía del sacerdote-mago y aumentaba la reverencia manifiesta hacia el taburete.

En 1873 los británicos firmaron un tratado de paz con los ashanti tras capturar e incendiar Kumasi. Pero en 1893, el rey Prempeh se negó a aceptar el protectorado inglés. Las armas inglesas prevalecieron: una vez más ocuparon Kumasi y el rey Prempeh salió al exilio. Entretanto, el taburete dorado quedó oculto en una aldea boscosa. Los nuevos administradores coloniales creyeron equivocadamente que el taburete era símbolo de poder real, equivalente a una corona o un cetro europeo y consideraron necesario conseguirlo para afirmar su control sobre Ashanti. Cuando un ashanti traidor en el último momento faltó a su promesa de conducir a los ingleses al escondite, el gobernador de Costa de Oro exigió ante una asamblea pública que el taburete fuera presentado ante él para que, como representante de la reina, se sentara encima. Este insulto al repositorio del alma de la nación condujo a las

hostilidades mencionadas.

El taburete quedó oculto en un lugar seguro hasta 1921 cuando, debido a la creencia infundada de que una vez más los ingleses estaban buscándolo, fue enterrado apresuradamente en un lugar inadvertido. Poco tiempo después quedó al descubierto, durante la construcción de un camino, pero solo unos cuantos ashantis fueron testigos. El hecho de que esos hombres empezaran a desguarnecer el taburete y a vender los ornamentos de oro era señal del grado de desintegración cultural de los ashanti. Solo se descubrió la profanación cuando una anciana, que previamente había visto el taburete, reconoció un ornamento que estaba en venta e informó sobre ello a las autoridades. De no haber intervenido los ingleses, los delincuentes habrían muerto cuando los caciques y el pueblo de Ashanti se enteraron de lo ocurrido. Pero en esta ocasión la política oficial fue muy diferente: los administradores coloniales limitaron su intervención a asegurar que la corte nativa efectuara un juicio justo de los acusados y a insistir en su expulsión más que en la aplicación de la pena capital. No se hizo ningún intento por obtener el taburete, que en tiempos pasados se había deseado con tanta avidez.

¿Qué provocó este dramático cambio de política? El capitán R. S. Rattray, primer antropólogo gubernamental en Costa de Oro, había iniciado sus investigaciones unos cuantos meses antes. Había descubierto la verdadera naturaleza del taburete dorado y el significado que le confería el pueblo de los ashanti. El memorándum confidencial que presentó al Gobierno en el momento del descubrimiento de la profanación del taburete fue aceptado como el fundamento de la política del Gobierno, con el feliz resultado descrito (Rattray, 1923: 287-293).

La locura de Vailala

En las primeras etapas del contacto con la cultura occidental muchos de los pueblos originarios de Nueva Guinea han

experimentado movimientos recurrentes de histeria masiva conocidos como cultos-cargo. Es muy factible que estos movimientos ocurran cuando los pueblos tribales reconocen el mérito de gran parte de la cultura material de los europeos, aprendida quizá en estaciones de misioneros y cuando al mismo tiempo advierten la magnitud de la amenaza a su forma de vida tradicional y temen por el futuro. En la práctica común de los cultos-cargo se destruyen los objetos sagrados nativos, se abandona el ritual y se les sustituye por elementos seculares. Sobre todo, se cree que los antepasados regresarán en un enorme barco provisto de un deseable "cargamento" y que expulsarán a los europeos.

En 1922 F. E. Williams fue designado antropólogo gubernamental en Papúa, un territorio bajo mandato australiano. Su primer estudio importante trataba sobre la locura Vailala, un movimiento religioso de los cultos-cargo que durante diez años había alterado la administración de Papúa. Williams llegó a la conclusión de que el movimiento seguía vigente porque la cristiandad no había demostrado ser un sustituto idóneo de las prácticas nativas que reemplazaba, que no constituía una amenaza grave a la estabilidad política del territorio y que el Gobierno no debería intervenir, sino dejarlo que siguiera su curso El lugarteniente del gobernador de Papúa, a pesar de creer firmemente lo contrario, aceptó el análisis y las recomendaciones de Williams y no procedió en contra.

La valoración de Williams demostró ser correcta. Cuando volvió a visitar la zona, diez años después, encontró que el movimiento se había desintegrado considerablemente, aunque no del todo. Se había suspendido la destrucción de la propiedad indígena, los rituales indígenas se volvían a practicar, había desaparecido la histeria masiva y los indígenas estaban tranquilos. En contraste, en otros lugares donde el Gobierno había intervenido para suprimir los movimientos de los cultos-cargo, se había producido violencia y derramamiento de sangre (Williams, 1923, 1934; Rosenstiel, 1954).

Los antropólogos también han estado trabajando, y siguen haciéndolo, en proyectos que incluyen a pueblos dependientes en situaciones no coloniales. En México, Guatemala y los países andinos, una vasta minoría de poblaciones indígenas presenta problemas especiales referentes a salud, educación y bienestar

general. Aislados del curso del desarrollo del país por el lenguaje y la cultura, no han participado plenamente de los beneficios acumulados de que disfrutan sus conciudadanos como consecuencia de la industrialización y de las infraestructuras nacionales en desarrollo. La mayoría de estos países cuentan con institutos nacionales indigenistas que se encargan de ayudar a grupos minoritarios indígenas en su desarrollo. Uno de los más interesantes ejemplos del trabajo de los institutos mencionados se esboza en el siguiente informe del proyecto de reacomodo en la zona del Papaloapan en México.

El proyecto de reacomodo en la zona del Papaloapan

Poco después de la Segunda Guerra Mundial, el Gobierno de México inició un programa monumental para el control de ríos y riego mediante el sistema de construcción de presas. Millones de hectáreas de tierras nuevas empezaron a cultivarse y México ha pasado de ser un país importador de productos alimenticios a ser país exportador, a pesar de haber duplicado su población en poco más de veinte años. Pero, como sucede en todos los casos de desarrollo tecnológico, se trate de construcción de presas, de renovación urbana o de construcción dé viaductos, el resultado ha sido duro para algunos y un gobierno humanitario desde temprano hace planes para reducir al mínimo el sufrimiento humano.

El proyecto de la cuenca del Papaloapan, que se inició en 1947, fue la primera actividad importante de este programa permanente en México. El proyecto tomó como modelo el de la Administración del Valle de Tennessee en los EE UU de Norteamérica y tuvo como objetivo elevar los niveles de vida de miles de mexicanos al permitir una explotación más eficiente de los recursos naturales de la cuenca. Pero el costo humano consistió en la inundación de las aldeas indígenas mazatecas, chinantecas y popolocas que habían existido desde antes de la conquista sobre el costado oriental de la Sierra Madre Oriental, en los Estados de Oaxaca y Veracruz. Era indispensable su reacomodo en nuevas tierras. Sabiamente, el

Gobierno mexicano depositó esta tarea en manos del Instituto Nacional Indigenista, que reúne la administración así como la asistencia técnica en su función de ayuda a las minorías indígenas mexicanas para que se incorporen más eficazmente a la vida nacional del país, y al mismo tiempo les ayuda a conservar aquellos aspectos de la vida tradicional que los indígenas desean conservar y que son compatibles con los demás objetivos del programa. El Instituto sostiene centros para el desarrollo de comunidades en muchos lugares del país, donde se realizan investigaciones sobre sus problemas y donde los conocimientos adquiridos se aplican para mejorar la agricultura, la habitación, las comunicaciones, la salud y la educación. El antropólogo mexicano Alfonso Villa Rojas, que estuvo a cargo del programa (de reacomodo), describió las medidas mediante las cuales varios miles de indios mazatecas se mudaron de casas viejas a nuevas. Esta migración masiva, señaló Villa Rojas, no fue tan solo un movimiento geográfico sencillo, sino más bien una transición del modo de vida tribal a la civilización. Cambios de cultura tan importantes son, con mucho, más violentos que la mera migración.

Para que los efectos traumáticos sobre los mazatecas, al perder su lugar de origen, fueran mínimos, el profesor Villa Rojas y sus ayudantes antropólogos estudiaron primero el modo de vida mazateca tradicional. Comprendieron que cuando se conociera la historia, la estructura social, las creencias religiosas, la organización política y muchos otros aspectos de su vida sería posible prever muchas tensiones que inevitablemente irían aparejadas al abandono de sus hogares y del modo de vida anteriores. Solo entonces sería posible elaborar planes detallados para el reacomodo.

Cuando llegó el momento de hacer planes concretos para el cambio, los antropólogos se esforzaron por encontrar a los verdaderos dirigentes de cada comunidad (no a los dirigentes nominales, muchas veces políticos designados y con poca influencia) y los hicieron sus aliados para que les explicaran a los demás la necesidad del traslado y las ventajas que obtendrían. Estos dirigentes fueron llevados a inspeccionar las tierras propuestas para crear nuevas aldeas y en la medida de lo posible se respetaron sus deseos sobre las áreas que había que poblar. Partiendo del estudio de la organización social, era evidente que se debían hacer todos los

esfuerzos por conservar la unidad esencial de los anteriores núcleos de aldea: habitantes de un municipio (una división política, y en este caso cultural) no deberían mezclarse con habitantes de otro. Además, se admitía que los indígenas tenían vínculos significativos no solo con vecinos de sus propias aldeas, sino también con amigos y parientes de aldeas contiguas. Se consideró conveniente, por lo tanto, conservar relaciones espaciales tradicionales hasta donde fuera posible entre grupos de aldeas en la nueva zona. Durante todos los preparativos, el objetivo de los antropólogos no solo consistió en realizar sabiamente los planes para los indígenas, sino de hacer los planes con ellos y obtener sus opiniones y su cooperación. Con este fin, en las casas construidas para los indígenas en las nuevas aldeas se emplearon materiales locales, pero representaron un adelanto respecto de las anteriores en lo referente a higiene, sanidad y comodidad. Se levantaron escuelas e iglesias en las nuevas comunidades y se crearon más servicios educativos y de salud que los existentes en las antiguas aldeas. Después del reacomodo se tomaron medidas para que la gente regresara de vez en cuando a sus antiguas casas (antes de que se inundaran), mitigando el choque psicológico causado por un traslado repentino. Al familiarizarse cada vez más con sus nuevos alrededores y al reconocer las ventajas de las nuevas aldeas, disminuyeron las solicitudes para regresar a “casa”.

La empresa no se llevó a cabo sin errores ni amargura por parte de algunos indígenas. Pero resulta claro que, como resultado de una cuidadosa planificación fundamentada en una adecuada información social y cultural, el movimiento se consumó con mucho menos violencia que la ocurrida en empresas similares en otros lugares (Villa Rojas, 1955).

LA ANTROPOLOGÍA APLICADA EN EL DESARROLLO TECNOLÓGICO

Las condiciones que fomentan el desarrollo de la antropología aplicada en los EE UU han diferido significativamente de las de

Inglaterra y los países hispanoamericanos que cuentan con vastas poblaciones indígenas. Debido a que los EE UU carecieron de un imperio colonial y se negaban a reconocer, hasta hace poco, que los indios norteamericanos requerían un trato especial basado en una comprensión de sus culturas, los problemas administrativos en los pueblos dependientes constituyen un aspecto relativamente pequeño de la experiencia norteamericana de la antropología aplicada. Los antropólogos norteamericanos, por supuesto, trabajaron en esta clase de problemas en la Oficina de Asuntos Indígenas en fecha tan temprana como 1934, en los centros japoneses de reacomodo administrados por la War Relocation Authority durante la Segunda Guerra Mundial y en el territorio en fideicomiso de Micronesia, tomado del Japón durante la Segunda Guerra Mundial.

Pero la mayor parte de la antropología aplicada norteamericana ha tratado sobre los problemas esbozados en las primeras páginas de este capítulo: problemas de las relaciones entre el desarrollo tecnológico y las características sociales, culturales y psicológicas de los pueblos que están en proceso de cambio, y problemas del personal de las organizaciones encargadas de poner en obra el cambio. El mayor estímulo que ha recibido el desarrollo de este tipo de trabajo aplicado ha sido la conciencia que surgió en la posguerra ante el mundo insuficientemente desarrollado, ahora integrado por países independientes con marcados problemas económicos, políticos y sociales que hay que resolver si es que se busca el establecimiento de gobiernos sólidos. Con el fin de ayudar a lograr este objetivo —la instauración de gobiernos estables que sean capaces de fomentar un rápido y ordenado crecimiento económico y social—, el Gobierno de los EE UU ha gastado cerca de cien billones de dólares en asistencia técnica. Otros Gobiernos, fundaciones privadas y organismos internacionales, como las Naciones Unidas, han gastado cantidades menores aunque significativas en los mismos tipos de proyectos.

Lo anterior ha dado lugar a lo que podría llamarse antropología aplicada contemporánea ya que, independientemente de la nacionalidad del antropólogo o del país en el que trabaja, la pauta de su empleo es la misma. Realiza investigaciones sobre problemas de cambio cultural dirigido porque se reconoce cada vez más la

importancia de la dimensión sociocultural en el cambio tecnológico y en la modernización, y porque las agencias que efectúan esos programas están dispuestas a invertir dinero para obtener información de tipo sociocultural. Desde 1950, un gran número de antropólogos norteamericanos y, en menor número, de otras nacionalidades trabajan en programas interculturales de asistencia técnica internacional, en campos tales como salud, educación, desarrollo de la comunidad y agricultura, y los informes de estos esfuerzos constituyen el mayor cúmulo de investigación de antropología aplicada que se pueda encontrar en cualquier parte del mundo.

Pero es un error suponer que la totalidad, o incluso la mayor parte, del trabajo de antropología aplicada se efectúe actualmente en un contexto internacional. Esta clase de problemas, que se manifiestan dramáticamente cuando, por ejemplo, nuevas medidas de higiene se ponen al alcance de pueblos que antes dependían de remedios populares y de curanderos indígenas, también existen, aunque quizá de manera menos extrema, en cualquier sociedad compleja. En los EE UU, que cuentan con una gran cantidad de miembros de grupos minoritarios y con varias clases sociales, caracterizada cada una por pautas diferentes, las diferencias subculturales plantean problemas al mejoramiento de la salud, de la educación y de los servicios de asistencia, con rasgos muy semejantes a los que se han encontrado en países que apenas están en desarrollo. Así, actualmente en los EE UU se encuentra un número cada vez mayor de antropólogos en escuelas profesionales de salud pública, medicina, enfermería, educación y bienestar social, donde sus actividades didácticas y de investigación se dirigen hacia los problemas semiculturales de cada una de esas especialidades.

Los ejemplos mencionados en las páginas anteriores ilustran la manera en cómo la antropología aplicada se ocupó en un principio, en gran medida, de los problemas de la administración de pueblos dependientes. En contraste, los resúmenes que presentamos a continuación ilustran la antropología aplicada contemporánea, en donde los factores socioculturales y psicológicos en programas de cambio cultural dirigido son los focos de atención.

Programas latinoamericanos de salud pública

El primer programa importante de asistencia técnica internacional del Gobierno de los EE UU se inició en 1952 cuando el Instituto para Asuntos Interamericanos dio comienzo a operaciones cooperativas de desarrollo con Gobiernos latinoamericanos en los campos de salud pública, agricultura y educación. En salud pública, en una empresa de especial éxito, se realizaron trabajos (y en algunos lugares aún se realizan) de saneamiento ambiental, de educación sobre la salud, de control de enfermedades específicas como la malaria y la frambesia, y de medicina preventiva general. El tipo de centro de salud norteamericano en la ciudad o en el municipio, que antes no existía en la mayor parte de América Latina, fue un aspecto de especial importancia en los primeros programas. Se diseñó el centro típico de acuerdo con el concepto norteamericano para ofrecer servicios en materia de higiene maternoinfantil, control de enfermedades contagiosas, análisis de laboratorio, cuidado dental, visitas de las enfermeras de salud pública a domicilio, control de saneamiento ambiental realizado por especialistas en salud pública y análisis de estadísticas vitales. Un numeroso personal norteamericano, que representaba casi todos los aspectos de la medicina y salud pública, fue destinado en puestos latinoamericanos. Muchos especialistas latinoamericanos en salud pública tuvieron la oportunidad de ir a los EE UU para observar los métodos que ahí se emplean, para asistir a cursos sobre sus especialidades o para recibir un adiestramiento a más largo plazo. Como resultado de la participación norteamericana en estos programas, los ministerios latinoamericanos de salud recibieron una ayuda significativa en el desarrollo de sus incipientes servicios de salud.

En 1943 el Instituto Smithsoniano, como parte de la misma política de buena vecindad que dio origen al Instituto para Asuntos Interamericanos, estableció una pequeña división conocida como Instituto de Antropología Social, cuyo personal enseñaba en instituciones de estudios superiores en América Latina. También trabajaron con antropólogos y estudiantes locales haciendo análisis de comunidades latinoamericanas, que se publicaron en forma monográfica. Estos antropólogos, por haber vivido, enseñado y realizado trabajos de investigación en América Latina, llegaron a conocer ampliamente las pautas culturales fundamentales de los países en donde estaban apostados, las creencias y prácticas

médicas populares, que es uno de los temas tradicionales de la investigación antropológica. Al finalizar los primeros diez años de trabajo cooperativo de salud del Instituto de Asuntos Interamericanos, el servicio de salud pública de los EE UU realizó una importante evaluación de todos los aspectos del trabajo que duró seis meses. Cinco de los antropólogos del Instituto Smithsoniano fueron invitados a ser miembros del equipo de evaluación para analizar los problemas culturales y sociales encontrados al introducir novedosos servicios médicos y conceptos en comunidades tradicionales.

La mayor parte del análisis antropológico versó sobre los centros de salud, que era la clave del programa. Aunque la mayoría de los centros de salud atraían a un gran número de clientes, había ocasiones en que las instalaciones no se utilizaban al máximo ni podían hacer frente a la situación de salud de quienes acudían. El personal médico preguntó a los antropólogos: "¿Qué pueden decirnos sobre los factores culturales y sociales que contribuyen a explicar la actitud de las personas hacia los centros de salud? ¿Por qué aceptan o rechazan los servicios? ¿Por qué siguen o no las instrucciones que reciben? ¿Qué pueden decirnos sobre las relaciones generales entre las pautas culturales y los servicios de salud?".

Los antropólogos decidieron que los problemas se podían dividir en dos importantes ramas. La primera implicaba todo el complejo de creencias, actitudes y prácticas asociadas con la salud, con la prevención de la enfermedad, con la causa de la enfermedad y su curación, es decir, en el sentido más amplio, la "medicina popular". La segunda implicaba la índole de una burocracia sanitaria, sus premisas, su planificación y la clase de relaciones existentes entre el personal sanitario que trabaja en diferentes tareas y entre este y los clientes a los que da servicio.

Los antropólogos encontraron que las creencias y prácticas médicas populares, incluso en las ciudades, son una institución vigorosa, a menudo en conflicto con la enseñanza de la medicina científica. Resulta particularmente significativa una dicotomía presente en la mente de las personas y que se confirma posteriormente en los estudios realizados en otras partes del mundo: creen que existe

cierta clase de enfermedades que los médicos adiestrados científicamente pueden atender de manera más efectiva que los curanderos populares; estos generalmente son los que se prestan a sí mismos a curas exageradas con antibióticos y otras formas modernas de tratamiento. Pero también creen que existen muchas clases de enfermedades tales como el mal de ojo, el espanto y otras esencialmente de origen emocional o de etiología popular para las que los doctores no solo no pueden dar un tratamiento, sino cuya misma existencia niegan. Las madres que creen que un niño sufre de mal de ojo se muestran comprensiblemente renuentes a llevar al niño ante una persona que insiste en que esa enfermedad no existe. Los antropólogos concluyeron que los médicos nunca deberían ridiculizar o negar las creencias médicas populares y que, de ser posible, emplearan la fraseología de la medicina popular para aclarar más sus explicaciones a los pacientes.

En lo referente a la burocracia y la planificación, los antropólogos descubrieron un principio que se ha convertido en axioma en los mejores programas de asistencia técnica, a saber, que no se puede trasplantar una institución inalterada de una cultura a otra y esperar que funcione de manera tan efectiva como en el lugar donde se desarrolló. En el caso de los centros de salud pública el problema consistía en la relación organizativa y filosófica entre la medicina preventiva y la curativa. En los EE UU, los buenos servicios médicos curativos se desarrollaron bajo auspicios privados en una época relativamente temprana en la historia del país. La salud pública en su estado contemporáneo surgió más tarde, y por ser en gran medida una empresa gubernamental ha tenido que defender los intereses creados de la práctica médica privada. Por lo tanto, se ha concentrado en la medicina preventiva cubriendo los aspectos de saneamiento ambiental, inmunización, servicios de higiene maternoinfantil y similares. La pauta de la medicina curativa considerada como privada y la medicina preventiva considerada como pública surgió, por consiguiente, como respuesta a las condiciones de la sociedad norteamericana. Los consejeros norteamericanos de salud siguieron desde luego esta pauta para formar sus juicios y recomendaciones; como resultado, los nuevos centros de salud pública que se construyeron como empresas cooperativas seguían la pauta norteamericana, poniendo el énfasis en la medicina preventiva y dejando a un lado a la medicina

curativa.

Sin embargo, las necesidades médicas son de muy distinta índole en la mayoría de los países latinoamericanos. Prácticamente existe un número mucho menor de médicos per cápita, y debido a la extensa pobreza el latinoamericano medio de las clases socioeconómicas bajas sencillamente nunca desarrolló la norma de consultar con regularidad a un médico. Cuando por primera vez se establecieron centros de salud en ciudades latinoamericanas, los clientes potenciales lógicamente pensaron que recibirían atención médica curativa, que consideraban como su necesidad más imperiosa. Cuando descubrieron que el acento se ponía sobre los servicios preventivos y no sobre los curativos, muchos perdieron interés por creer que los centros no hacían frente a sus necesidades. Un modelo de servicio de salud que sea una respuesta lógica a las necesidades norteamericanas a menudo tiene poco sentido en el marco latinoamericano. Por lo tanto, los antropólogos recomendaron que no se continuara en América Latina la aguda dicotomía norteamericana entre los servicios curativos y los preventivos. Consideraban que, si las necesidades curativas inmediatas de los clientes pudieran, aunque de modo parcial, ser satisfechas en los centros de salud, esto inspiraría confianza y resultaría en un mayor interés por los programas preventivos tales como el tratamiento pre y posnatal y la inmunización infantil. En otras palabras, estaban convencidos de que los servicios de salud en países latinoamericanos deberían estar diseñados para satisfacer necesidades locales más que para seguir rígidamente las pautas institucionales desarrolladas para solucionar problemas norteamericanos.

En el informe del equipo de evaluadores quedaban incluidas numerosas recomendaciones basadas en análisis antropológicos. Estas provocaron entre el personal de salud un amplio interés por los aspectos sociales y culturales de la práctica de salud pública y dio como resultado que se hicieran bastantes modificaciones en la planificación y en la programación (Foster, 1953a, 1953b; Simmons, 1955, y Oberg y Ríos, 1955, describen análisis específicos que constituyeron una parte de esta investigación).

Pescadores en Surinam

En 1956 el Gobierno de Surinam construyó treinta y cinco casas nuevas para pescadores fluviales en el pueblo de Punta Coppenarne. Cada casa estaba construida sobre pilotes, conforme al estilo regional, y estaba compuesta de dos dormitorios, una sala de estar, un baño y una cocina; contaba con agua corriente, electricidad y persianas. Se estipuló un plan de compra a plazos durante veinte años y los pescadores ocuparon las casas rápidamente. Pero para 1959, solamente nueve pescadores seguían ocupando sus casas. La mayoría de los que habían firmado contratos se fueron y suspendieron sus pagos. ¿Qué provocó este rechazo a un mejor alojamiento y con pagos fáciles?

Se comisionó a Kalervo Oberg, antropólogo norteamericano que también había trabajado en los análisis de salud pública mencionados anteriormente, para que encontrara las causas. Sus investigaciones revelaron algunos factores sociales y económicos que condujeron al abandono de las casas. El problema fundamental residía en que los diseñadores habían pensado solo en función de una habitación mejorada, mientras que los pescadores consideraban la vivienda como uno entre varios elementos dentro de una compleja operación económica y social. Los pescadores necesitaban por lo menos cuarenta metros de frente sobre el río para un cobertizo donde dormir y cocinar; para secar, reparar y embrear las redes; para guardar las lanchas; para alojar a los peones y para una huerta y un corral. Los pescados se ahumaban y ponían a secar en el cobertizo para barbacoa y la madera necesaria la traían por barco. Si el cobertizo se encontraba contiguo a la orilla del río, se evitaba mucho trabajo en el traslado de la madera. Los pescadores querían vivir cerca de sus barcos, redes y cobertizos para evitar los robos y la entrada de los perros.

La mayoría de los pescadores empleaban a tres o cuatro peones asalariados, hombres jóvenes, “vagabundos”, sin ningún vínculo formal con el pueblo. Ya que los pescadores trabajan guiándose por las mareas y el clima en lugar del reloj, a menudo decidían salir a las dos o tres de la mañana. Un pescador estaría más o menos seguro de encontrar a los peones solo si dormían en su propiedad; si dormían fuera de la propiedad era difícil reunirlos porque nunca se sabía con certeza en qué casas estarían pernoctando.

La aldea de pescadores “mejorada” estaba formada por un conjunto

compacto de casas que no proporcionaban alojamiento para que durmieran los peones o para el cuidador de la propiedad del pescador. Se esperaba que todos utilizaran un cobertizo de barbacoa cooperativo, lo que venía a ser una contradicción con sus costumbres individualistas. En suma, se encontró que la base de operaciones de un pescador implicaba mucho más que una casa habitación; era una unidad de edificios y aparejos que debían estar situados convenientemente, de fácil acceso y que fueran visibles desde la casa habitación Los diseñadores hicieron que el proyecto fracasara al no haber consultado con los pescadores ni haber aprendido que sus necesidades sociales y económicas se atenían a un modelo rígido (Oberg y Van Dijk, 1960).

El proyecto Cornell-Perú-Vicos

La hacienda Vicos se localiza en un valle en los Andes, aproximadamente a 400 kilómetros al norte de Lima, con 16.000 hectáreas de tierra para cultivo y pastoreo y tierras estériles tendidas a una altura de 2.700 a 3.600 metros. Durante algunos años antes de 1952, la hacienda había sido propiedad del departamento político del cual Vicos forma parte y había sido rentada por cinco años o más al mejor postor. En lo referente al status legal, al modo de explotación y a las formas socioeconómicas, la hacienda y su población se parecían mucho a centenares de entidades peruanas semejantes. La dirigía un administrador mestizo en representación de la sociedad que tenía poderes casi absolutos sobre los 1.700 indígenas monolingües de habla quechua, quienes, junto con sus antepasados, habían quedado confinados a la tierra como siervos, casi esclavos, desde tiempos de la colonia. Se conseguían trabajadores para funciones agrícolas y ganaderas de la hacienda mediante una leva de tres días hombre a la semana por cada familia. También se exigía a las familias que realizaran servicios adicionales como cocineros, lacayos, veladores, pastores y criados. A cambio les era permitido ocupar una pequeña parcela de tierra de menor calidad para que cultivaran sus alimentos indispensables para poder subsistir. Los peones que se negaban a

obedecer las órdenes podían ser despedidos de la hacienda, quedando en calidad de indigentes y sin esperanzas de ser admitidos, ya que los "buscapleitos" no serían contratados por otros administradores de haciendas. El carácter medieval de la vida se muestra por el hecho de que el valor de la hacienda se medía por el número de peones relacionados con ella y no por sus tierras para cultivo.

A excepción de la vida religiosa tradicional, los indígenas no tenían ingerencia en sus asuntos. Por lo tanto, carecían de puestos de responsabilidad en asuntos políticos, la capacidad de mando estaba poco desarrollada, casi no se mantenía ningún servicio público, era escasa la cooperación entre las familias; en general, la comunidad estaba sumamente desorganizada y el nivel de vida en la hacienda era el más bajo de la región. Muchos vicosinos padecían de desnutrición, el 80 por ciento estaba infectado por parásitos dañinos, periódicamente epidemias de sarampión y tosferina mataban a numerosos niños; la habitación consistía en chozas de uno o dos cuartos, sin ventanas y con piso de tierra, y la ropa era insuficiente para un medioambiente severo. Una especie de escuela funcionó desde 1940, pero durante el periodo de once años solo se inscribieron treinta y nueve niños y ninguno se alfabetizó. Es difícil imaginar una comunidad menos prometedora para intentar aplicar un programa de desarrollo y modernización.

Sin embargo, los antropólogos de la Universidad de Cornell y del Instituto Nacional Indigenista del Perú creyeron que valía la pena intentarlo. A finales de 1951, las dos instituciones concibieron el proyecto Cornell-Perú-Vicos y, gracias a una subvención de la Institución Carnegie, arrendaron la hacienda por cinco años e iniciaron un experimento en ciencias sociales aplicadas que ha logrado un renombre mundial. Los directores del proyecto formaron juicios de valor que no intentaron defender sobre el terreno científico. Partieron del supuesto de que el relativismo cultural no es absoluto y que algunas condiciones, formas, prácticas y creencias son más funcionales que otras en el mundo moderno. Por consiguiente, el estímulo de estas condiciones, formas, prácticas y creencias es acción justificada si las personas implicadas están plenamente informadas de lo que sucede, si tienen el conocimiento y el derecho para evaluar las alternativas, si participan plenamente

en las decisiones que se toman y si en un tiempo razonable asumen los principales puestos en la dirección política y el poder. Como dijo Allan Holmberg, fundador del proyecto y su primer director, ya fallecido, el plan de operaciones "se dirigía al desarrollo de la dignidad humana y no hacia el oprobio, y hacia la creación de instituciones en Vicos que permitieran a todos los participantes en el proceso social gozar de una determinación y participación de los valores no en un sentido estrecho, sino en uno amplio. Así, los objetivos principales de este plan consistieron en la devolución del poder a la comunidad, la producción y la amplia participación de una mayor riqueza, la introducción y divulgación de oficios nuevos y modernos, la divulgación de medidas de higiene y bienestar, la ampliación de la estructura de estatus y roles y la creación de un sistema moderno de instrucción mediante escuelas y otros medios" (Holmberg et al., 1965: 5).

Los resultados del proyecto hasta ahora, aunque no son todo lo que originalmente se deseó, son impresionantes comparados con los de programas de desarrollo de comunidades en otras partes del mundo; y el proceso de modernización continúa. En su totalidad la historia del proyecto revela mucho sobre los problemas de desarrollo y modernización de una comunidad tradicional y viene a ilustrar varios puntos sobre el empleo de los antropólogos en programas de acción […] El primer punto importante es que los antropólogos, igual que los del proyecto del Papaloapan en México, eran administradores del proyecto con autoridad para tomar y realizar decisiones, así como para hacer investigaciones. Esta es una situación sui géneris del empleo de los antropólogos aplicados, y el hecho de que hayan podido combinar efectivamente los papeles administrativos y de investigación viene a ser un testimonio de la habilidad del personal encargado. Un segundo aspecto importante es el enfoque pragmático, ad hoc, que caracterizó el programa dentro del amplio marco de la filosofía que se acaba de presentar. Los antropólogos aceptaron el hecho de que, siendo la cultura un todo integrado, los programas de cambio deberían ser empresas integradas, más que fraccionadas. Pero además de esta amplia pauta, procedían con cautela mientras actuaban, utilizando los recursos disponibles, conservando lo que era útil y desechando lo que no servía. Es un hecho sumamente importante, que en ocasiones se ha pasado por alto en los informes de proyectos, que el

antropólogo peruano Mario Vázquez haya realizado un estudio a fondo de la hacienda de los años de 1949 a 1951. Existía, por lo tanto, una línea de base excepcionalmente conveniente y un fondo de conocimientos para hacer planes y tomar medidas inmediatas. El profundo conocimiento sobre las personas y las formas culturales que aportó el doctor Vázquez al proyecto hizo posible planear y tomar medidas con una rapidez y seguridad que no hubiera podido darse en un contexto donde primero hay que recabar la información. Los evidentes resultados provechosos que siguieron a la acción expedita (por ejemplo, en agricultura) fueron indudablemente importantes para desarrollar el apoyo de la comunidad al proyecto.

Cuatro áreas temáticas recibieron atención especial: el desarrollo económico, en especial la agricultura; la educación; las formas sociales, políticas y administrativas, y la salud. Los resultados han sido desiguales, siendo los cambios económicos y sociopolíticos los más notables. Como consecuencia de cultivos mejorados y procesos de mercado, la producción agrícola se ha incrementado en más del 100 por ciento, de manera que ahora los habitantes de Vicos no solo cuentan con los suficientes alimentos para el consumo local, sino con excedentes para la venta, lo que ha permitido importantes mejoras y arreglos para que los mismos habitantes de la hacienda los compren. En esta área los conocimientos se desarrollaron con tanta rapidez, que a los pocos años los vicosinos fueron muy solicitados para ser consejeros técnicos agrícolas de los peones en haciendas contiguas.

En lo referente a la estructura social y de dirección, las elecciones democráticas han reemplazado a los tradicionales nombramientos rituales y los vicosinos más jóvenes, alfabetizados y educados, han asumido los nuevos papeles de mando que su sistema de organización cooperativo requiere. Pero esta transformación se efectuó de manera gradual y ordenada: los ancianos de la hacienda y los caciques que dirigían el trabajo se mantuvieron en sus puestos autoritarios habituales durante el periodo de innovaciones y solo se reemplazaron estos puestos por formas administrativas y de gobierno más modernas cuando aumentaron la confianza, el conocimiento y las aspiraciones de la gente.

En 1952 la educación no era una necesidad reconocida entre los jefes de familia de la hacienda, y el éxito inicial al atraer a los niños a las clases se debió al atractivo que para las personas hambrientas tenían los desayunos escolares de 1.200 calorías y no a su inclinación al saber. Hacia 1963 se habían inscrito el 76 por ciento de los varones de Vicos en edad escolar, aunque solo el 6 por ciento de las muchachas asistían a clases, lo cual refleja la fuerte actitud conservadora. A pesar de ello los directores del proyecto y otros participantes consideran que a la larga la escuela ha sido la fuerza de cambio más importante. Durante los últimos años algunos muchachos vicosinos han pasado a escuelas secundarias en ciudades cercanas y el número sigue en aumento. Es curioso observar que, a pesar de la participación de médicos peruanos y norteamericanos en varias fases del programa, los logros en el campo de la salud quedaron muy rezagados frente a otros campos, e incluso hubo un aumento en la tasa de mortalidad entre 1952 y 1963. Por otra parte, no se ha observado una disminución significativa en la masticación de hojas de coca, el consumo de bebidas alcohólicas ha aumentado con el aumento de la riqueza y los niveles de inequidad parecen haber crecido.

En 1957 expiró el contrato de arriendo del proyecto Cornell-Perú-Vicos. El personal del proyecto consideró que se había logrado el suficiente progreso para que los indígenas de la hacienda pudieran manejar sus propios asuntos. Por lo tanto, el proyecto recomendó al Gobierno peruano que la hacienda se expropiara y se autogobernara, y siguió un decreto de expropiación. Pero ni los funcionarios del proyecto ni los del Gobierno valoraron plenamente el poder de los intereses creados. Antes de que sucediera esto la publicidad peruana había sido fundamentalmente favorable; de hecho se expresaba orgullo considerable ante esta empresa ahora famosa. Pero cuando empezaron a valorar plenamente las implicaciones de los cambios en Vicos, las clases terratenientes, no solo en el valle, sino en todo el Perú, incluyendo a funcionarios de alto rango en el Gobierno que eran propietarios de haciendas semejantes, se organizaron para detener lo que para ellos era un paso revolucionario. Solo cinco años después, en 1962, se llegó finalmente a un acuerdo que permitía que la hacienda se comprase a su antiguo dueño.

Se encuentran por lo menos dos lecciones importantes en los problemas del desarrollo, que se ilustran por las dificultades concomitantes a la adquisición de la hacienda. La primera es el poder de los intereses creados para impedir el cambio: cuando los grupos y las clases que se benefician del statu quo perciben cambios

que amenazan estas ventajas, se opondrán a estos cambios con todos sus recursos. La segunda se relaciona con las condiciones que fomentan la inversión de capital y las mejoras de una planta física. Después de los enormes triunfos de los primeros cinco años, esas acciones cayeron a un nivel insignificante durante el periodo de litigio cuando el resultado era incierto. Cualquier mejora, pensaron acertadamente los habitantes, sencillamente elevaría el precio final de compra. Esta situación también ilustra por qué la reforma agraria es tan esencial en tantos lugares del mundo y por qué la producción de los campesinos arrendatarios con frecuencia es tan baja: los beneficios de la agricultura modernizada podrán, de hecho, empeorar la posición del arrendatario que se ocupa de ellos.

Actualmente, Vicos está organizado como un organismo de producción en cooperativa, donde sus miembros reciben los mayores beneficios económicos. Es una comunidad que confía en sí misma, lo suficientemente atractiva en un sentido económico y social como para que un número considerable de emigrados a la costa haya regresado para participar de las nuevas oportunidades. El profesor Holmberg cree que "la lección más importante de Vicos, para todo el Perú, consiste en que su población esclavizada y de campesinos oprimidos, cuando haya sido liberada y se le haya dado aliento, ayuda técnica y enseñanza, pueda levantarse por sí misma y se convierta en un grupo de ciudadanos productivos del país" (Holmberg et al., 1965: 8). El proyecto Cornell-Perú-Vicos no ha carecido de críticos científicos, tanto en Perú como en los EE UU. Señalan que no existen los fondos ni el personal suficiente para difundir en otras haciendas las lecciones aprendidas, y que es una empresa costosa y destinada a un solo objetivo. Sea verdad o no, los resultados son impresionantes. La ciencia social aplicada revolucionó el modo de vida de un grupo indígena, y al hacerlo aprendió mucho sobre los procesos de la aceleración del desarrollo y la modernización, y sobre los problemas que presenta el hecho de emplear antropólogos y a otros científicos sociales en programas de acción. La certeza del profesor Holmberg en el sentido de que "el enfoque de la intervención o de la acción ante la dinámica de la cultura, aplicado con las limitaciones convenientes, a la larga puede proporcionar un resultado final considerable en cuanto a una política más racional así como a una ciencia mejor" (Holmberg, 1958:12) parece quedar confirmada por los resultados. Vicos es

justificadamente famoso y el proyecto Cornell-Perú-Vicos figurará como pilar en el desarrollo de la ciencia social aplicada (Holmberg et al., 1962, 1965; Ritter, 1967).

El siguiente ejemplo es en cierto modo diferente de los precedentes, pero corresponde a la misma pauta clara de la utilización de la pericia sociocultural y psicológica que determinan los modos de influir sobre la conducta y de producir el cambio. Como Vicos, se ha convertido en un caso clásico de antropología aplicada.

LA ANTROPOLOGÍA APLICADA A LA GUERRA

Durante la Segunda Guerra Mundial, los EE UU se encontraron por primera vez en su historia luchando contra un país moderno y bien armado que poseía una cultura inmensamente distinta de la suya propia y de la de Europa occidental. Gran parte de la conducta de los japoneses era difícil de comprender: los ataques banzai, los bombardeos en picada de los kamikazes, las luchas a muerte, la negativa a rendirse ante desventajas abrumadoras y el trato brutal a los prisioneros no correspondían a las ideas occidentales de la guerra. A las autoridades norteamericanas les pareció evidente que se necesitaba responder a dos clases de problemas por lo menos donde la experiencia militar previa tenía un valor limitado: ¿cuál era la mejor manera de continuar una guerra? y ¿cuál la mejor manera de llegar a un acuerdo de rendición y ocupación con un país cuya psicología y cultura eran tan diferentes de las propias?

La División de Análisis Morales Extranjeros, en la Oficina de Información de la Guerra, se organizó para tratar de encontrar las respuestas a esos problemas y otros similares. Una vez que estuvo totalmente organizada, treinta especialistas en antropología, sociología, psicología y lengua y cultura japonesas trabajaron bajo la dirección de Alexander H. Leighton. Estos hombres de ciencia finalmente demostraron que el conocimiento de los supuestos fundamentales subyacentes en la cultura japonesa sería de mucha utilidad para responder a las preguntas sobre la dirección bélica y las condiciones para la paz. Por ejemplo, muchos militares creían

que todos los soldados japoneses eran unos fanáticos sin remedio que siempre preferirían la muerte a la captura y que era inútil hacer esfuerzos importantes para capturar e interrogar prisioneros. En realidad, gran parte del comportamiento de los japoneses dio fe a esta creencia. El personal de la división analizó las razones de este extraño comportamiento. Encontraron que el código de honor japonés enseñaba que el hecho de rendirse incluso frente a las más remotas posibilidades de victoria era una desgracia; el hecho de ser capturado mientras se encontraba gravemente herido e inconsciente para un soldado era igualmente motivo de deshonor y pasaba a ser un "muerto" respecto a su existencia anterior. No había ninguna forma por la cual pudiera volver a su vida previa. También descubrieron que los soldados japoneses estaban convencidos de que los soldados norteamericanos no los harían prisioneros, sino que los ejecutarían. Ante este dilema, un ataque banzai contra la abrumadora fuerza enemiga era la forma lógica de morir, es decir, una muerte gloriosa en lugar de una deshonrosa.

Cuando la propaganda para capitular enfatizó que los prisioneros estarían bien atendidos y que incluso se les permitiría trabajar, en lugar de estar ociosos, un número considerable (aunque menor que en el foro europeo) se rindió. El comportamiento de muchos asombró a sus captores. Sin sentir el deshonor que habrían sentido los prisioneros norteamericanos en las mismas circunstancias, voluntariamente dieron la información exacta sobre la fuerza y disposición de sus unidades. Algunos fueron de utilidad escribiendo propaganda que sería transmitida contra sus compatriotas. Y cuando la base cultural de este extraño comportamiento fue estimada plenamente, algunos prisioneros volaron en aviones norteamericanos para localizar instalaciones japonesas. La situación de pérdida de status de los prisioneros japoneses, vivos y ansiosos por forjarse nuevas vidas (ya que creían que podían regresar a las anteriores), explicaba su conducta.

Al considerar las condiciones para la rendición y la ocupación, el problema principal radicaba en cuál sería la política a seguir ante el emperador japonés. Muchos administradores norteamericanos consideraron que la situación era semejante a la de la Alemania nazi y que solo mediante la abolición del Gobierno de la preguerra, incluyendo la casa real, podría establecerse un Gobierno japonés

democrático. Pero los análisis de la división mostraban lo contrario. La fe en el emperador, en el poder divino y el modo de vida que él simbolizaba permanecieron en un nivel muy elevado frente a los más serios contratiempos de la guerra. Otros funcionarios podían ser condenados, pero el emperador seguía siendo el símbolo de la unidad y la virtud de Japón. Por ende, los hombres de ciencia de la división creyeron que un ataque al emperador solo serviría para reforzar el deseo de resistir. También llegaron a la conclusión de que las actitudes japonesas tradicionales ante la autoridad del emperador podrían ser utilizadas constructivamente para lograr posteriores objetivos de paz. La estructura de la sociedad japonesa era tal, sostuvieron, que una figura autoritaria, pero benévola, era esencial para evitar la desintegración social.

El consejo de los especialistas en ciencias sociales desempeñó un papel considerable en las decisiones tomadas finalmente. El emperador sería inviolable, permaneciendo a la cabeza del Gobierno japonés. Obedeciendo a su llamado los combatientes japoneses en todos los frentes mundiales entregaron sus armas; a través de él las autoridades militares norteamericanas pudieron organizar efectiva y eficazmente la ocupación de un país de ochenta millones de habitantes. Rara vez se ha obtenido un éxito tan rotundo gracias a una importante resolución política (Leighton, 1949).

Notas

* Este texto fue publicado en 1974 en el libro: Antropología aplicada. México: Fondo de Cultura Económica (Edición original en inglés, 1969).

** George Foster (1913-2006), catedrático emérito en la universidad de Berkeley, especialista en el estudio antropológico de las sociedades campesinas y el cambio social en España y América Latina. Es conocido como uno de los fundadores de la antropología aplicada.

bibliografía

Foster

, G. M. (1953a): “The use of anthropological methods and data in planning and operation”, Public Health Reports, 68, pp. 841-857.

— (1953b): “Relationships between theoretical and applied anthropology: a public health program analysis”, Human Organization, 11(3), pp. 5-16.

— (1962): Traditional cultures and the impact of technological change, Harper & Brothers, Nueva York.

Hollnsteiner

, M. R. (1963): The dynamics of power in Philippine municipality, University of the Philippines, Community Development Research Council, Manila.

Holmberg

, A. (1955): “Participant intervention in the field”, Human Organization, 14(1), pp. 23-26.

Holmberg

, A. et al. (1962): “Community and regional development: the Joint Cornell-Peru experiment”, Human Organization, nº 21, pp. 107-124.

— (1965): “The Vicos case: Peasant society in transition”, The American Behavioral Scientist, 8(7), pp. 3-33.

Leighton

, A. H. (1949): Human relations in a changing World: observations on the use of the social sciences, E. P. Dutton, Nueva York.

Luschinsky

, M. S. (1963): “Problems of culture change in the Indian village”, Human Organization, nº 22, pp. 66-74.

Marwick

, M. (1956): “The continuance of witchcraft beliefs”, The Listener, nº 55, pp. 490-492.

Oberg

, K. y

Ríos

, J. A. (1955): “A community improvement project in Brazil”, Health, Culture and Community, en Benjamin D. Paul (ed.), Russell Sage Foundation, Nueva York, pp. 349-376.

Oberg

, K. y

Van

Dijk

(1960): The fishermen of Surinam, Paramaribo, American Technical Cooperative Service (mimeo), Surinam.

Ratray

, R. S. (1923): Ashanti, At the Clarendon Press, Oxford.

Ritter

, U. P. (1967): “De hacienda semifeudal a comunidad de aldea: Vicos”, Economía y Agricultura, 3(9), pp. 56-69.

Rosenstiel

, A. (1954): “Longterm planning: its importance in the effective

administration of social change", Human Organization, 13(2), pp. 5-10.

Simmons

, O. G. (1955): "The clinical team in a Chilean health Center", Health, Culture and Community, en Benjamin D. Paul (ed.), Russell Sage Foundation, Nueva York, pp. 325-348.

Villa

Rojas

, A. (1955): "Los mazatlecos y el problema de la cuenca del Papaolapan", Memorias del Instituto Nacional Indigenista, vol. 7, México.

Williams

, F. E. (1923): "The Vailala madness an the destruction of native ceremonies in the Gulf Division. Port Moresby, Territory of Papua", Anthropological Report, nº 4.

— (1934): "The Vailala madness in retrospect", Essays presented to C.G. Seligman, en E. E. Evans-Pritchard; Raymond Firth; Bronislaw Malinowski e Isaac Schapera (eds.), Kegan Paul, Trench, Trubner, Londres, pp. 369-380.

Capítulo 5

Acción Práctica*

Robert Chambers**

Aquel hombre de abajo busca algo pequeño que hacer,
lo ve y lo hace;
este hombre de arriba, con una gran cosa por perseguir,
muere antes de saberlo.
Aquel hombre de abajo sigue sumando de uno en uno,
y sus cien pronto alcanza;
este hombre de arriba, que busca el millón,
no se percata de la unidad.

Robert Browning, Funeral de un Gramático

Aunque la libertad y el poder de las personas varían enormemente, todos pueden hacer algo. Un punto de partida sería cuestionar los valores que colocan a los últimos al final, como la creencia de que cuanto más pobres y débiles son las personas, menos se les ha de pagar. Otro, sería usar la imaginación para pensar más allá de los efectos distantes, pero reales, de las decisiones técnicas y políticas y de las acciones y omisiones de los agentes externos sobre los pobres en las zonas rurales. Un tercero, sería aumentar el contacto y lo que se puede aprender de los pobres en las zonas rurales, compensando los sesgos antipobreza resultado del turismo de desarrollo rural*** y usar métodos rápidos de evaluación rural. Los cambios en aprendizaje pueden tomar muchas formas, incluyendo el sentarse,

preguntar y escuchar; aprendiendo de los más pobres; instruirse sobre el conocimiento técnico indígena; investigar junto a los habitantes rurales; aprender trabajando y utilizar juegos de simulación. Los cambios en gestión pasan por cambios en comunicación: de una comunicación autoritaria a una participativa; menos traslados de personal técnico y más cualificado en lugares pobres y aislados; y permitir y hacer posible que los usuarios más débiles puedan demandar servicios y derechos de forma efectiva. Para lograr estas transformaciones, es mejor empezar actuando y aprender haciendo. La mayor parte de las veces, el mejor camino hacia adelante es aquel que comienza por pasos cortos y pequeños esfuerzos, poniendo a los últimos primero una y otra vez. Los pequeños cambios se apoyan los unos en los otros y juntos se convierten en un movimiento mayor. Muchos ya han antepuesto a los últimos, algunos en la distancia y otros de forma directa. Este texto espera brindarles a todos apoyo y animar a otros a hacer lo que puedan.

El ámbito de la elección personal

Parte de la ciencia social más pesimista tiende a minimizar la importancia de la elección personal de dos maneras. Primero, recalca lo mal que van las cosas y después que están peor de lo que parecen. Este énfasis suele ser beneficioso. Al sacar a relucir repetidamente la forma en que las elites rurales actúan como una red para interceptar los beneficios de un proyecto, cómo se explota a los más pobres, el papel de la tecnología intensiva en capital para destruir las formas de vida de los pobres, el sufrimiento frecuente de las mujeres o cómo las empresas transnacionales explotan a los países más pobres entre otros, los científicos sociales han revelado escándalos y mitos que han contribuido a liberar de posibles fallos las actuaciones de los técnicos de desarrollo. Sin embargo, desde esa perspectiva pesimista, la ciencia social suele estar acompañada por una especie de fatalismo: cuanto peor van las cosas, menor parece la esperanza de hacer algo para revertirlo.

En segundo lugar, la ciencia social busca uniformidades y leyes. Mientras los técnicos se dedican a hacer cosas concretas, algunos científicos sociales intentan generalizar a través de la teoría —las leyes del capital y del mercado, el análisis de clase, de la dependencia, la ventaja comparativa, la oferta y la demanda, entre otros—. Tanta teoría y generalización puede llevar al determinismo, dando a entender una impotencia individual ante las grandes transformaciones históricas. Lo atroz puede parecer inevitable y aquellos que buscan conseguir un cambio pueden ser percibidos como ilusos. Algunos de esos científicos sociales estarán esperando, según reza la tradición establecida, un llamamiento (sin convicción) o un ejercicio (improbable) de voluntad política para efectuar dichos cambios; y además verán en ese llamamiento otro ejemplo más de reformismo ingenuo que apela a los ricos y poderosos, esperando que estos actúen contra sus propios intereses.

El argumento manejado en este texto es muy distinto. Se basa en la premisa de que el comportamiento individual no está totalmente determinado, una premisa sobre la cual todos, incluidos los más deterministas, parecen basar sus vidas. Sin duda operan fuerzas políticas, sociales y económicas, pero cuando se las disecciona, llegamos antes o después a los individuos que actúan, sienten y perciben. Pueden ser mujeres u hombres, pobres o ricos, rurales o urbanos, analfabetos o letrados, de países más o menos desarrollados, trabajadores sin tierra, artesanos, pequeños granjeros, trabajadores en agencias de voluntariado, personal del Gobierno, granjeros prósperos, comerciantes, trabajadores, empresarios, políticos, oficiales, personal de una agencia de ayuda, técnicos, diplomáticos o banqueros internacionales. Todos ellos deciden qué hacer y todos son capaces, hasta cierto punto, de cambiar lo que están haciendo. Lo que difiere entre ellos es el alcance que tienen para actuar de otra forma y hasta qué punto sus acciones pueden cambiar lo que ocurre. Ello depende de su libertad y de su poder. Los habitantes rurales pobres tienen poco de ambos: un trabajador sin tierras, atrapado en una única relación de “erizo” o “zorro” que lucha activamente por sobrevivir cada día, tiene poco margen de maniobra e influencia. En comparación, el presidente del Banco Mundial tiene disponible un amplio margen de actuación. Y entre estos dos extremos, existen un montón de agentes externos con un grado variable de libertad y poder. Para la mayoría de ellos,

casi todo el tiempo, las oportunidades a su alcance empiezan por pasos cortos y pequeños esfuerzos. Para cada individuo pueden parecer insignificantes, pero la suma de todas esas pequeñas acciones da lugar a grandes transformaciones [...] La pregunta es quién debe y puede empezar, dónde, cómo y para hacer qué. Para los agentes externos, la respuesta es que todos pueden hacer algo.

Los que habitan en el mundo rico están geográficamente alejados de la periferia rural, pero son parte de un sistema global que contribuye a mantenerla. Sin embargo, pueden ayudarse a sí mismos y a otros a entender mejor los problemas y las relaciones sociales; ejercer presión para mejorar las condiciones del comercio con el Tercer Mundo y las de los programas de ayuda; apoyar campañas para frenar los abusos que dañan y empobrecen a aquellos que ya son pobres, como la exportación a los países tercermundistas de drogas que son peligrosas e innecesariamente caras; apoyar a las agencias de voluntariado que actúan de forma directa y efectiva. Por su parte, los académicos, a través de los objetos de estudio que eligen y los métodos usados para sus investigaciones pueden ilustrar cómo funcionan los procesos de enriquecimiento y empobrecimiento, los patrones del poder, la ignorancia y los prejuicios, la naturaleza de la privación rural y los éxitos y fracasos del desarrollo rural. Mientras, aquellos que trabajan en las agencias de ayuda pueden trabajar a favor de programas y proyectos de utilidad para los pobres, y oponerse a aquellos otros que los perjudican. También pueden aliarse con sus homónimos en el país receptor con los que comparten objetivos y apoyarlos. Los profesionales de los países ricos, ya sean médicos, ingenieros, físicos, biólogos o científicos sociales, pueden cuestionar sus propios valores y la influencia que tienen más allá de sus entornos inmediatos en los países ricos. Y, como siempre, de forma más simple y directa, se puede contribuir a través de OXFAM, Christian Aid, Catholic Relief Services, War on Want, Save the Children Fund, Terre des Hommes y otras agencias internacionales de voluntariado que trabajan en el desarrollo rural con y para los pobres; el impacto sobre la miseria rural no está más lejos que su chequera o que la oficina de correos y un giro postal.

Para los que habitan en el Tercer Mundo, más cercanos a la acción, las oportunidades son más obvias, aunque las dificultades también

son mayores. Este capítulo es para todos los agentes externos, incluyendo a aquellos de los países ricos, aunque la mayoría de los puntos que aquí se tratan apuntan a las dificultades que experimentan la gran mayoría de profesionales del desarrollo rural que son ciudadanos de los países del Tercer Mundo. Esto incluye especialmente al personal de campo y de las sedes de organizaciones gubernamentales, paraestatales, agencias de voluntariado y organizaciones del sector privado, y al personal de universidades y centros de investigación. Muchos de ellos se sienten atrapados. Otros, que sus esfuerzos frente a obstáculos enormes y fuerzas poderosas no servirán para nada.

¿Qué pueden hacer?

Es más fácil escribir sobre lo que hay que hacer que hacerlo. Escribir no requiere valor, pero este es necesario para empezar a actuar. Aunque gran parte del desarrollo rural, especialmente en África, es bien recibido por la población en general y no implica un riesgo para los agentes externos, otra parte, especialmente en Asia y América Latina, implica conflictos de intereses allá donde los débiles son dominados, explotados y engañados por los que ostentan el poder. Donde ocurre esto, muchos de los habitantes rurales pobres y aquellos que trabajan con y para ellos padecen abusos, discriminación y riesgo; los más valientes y más directos suelen recibir amenazas; a algunos los asaltan y a otros los matan. No obstante, a pesar de que muchas de estas personas merecen aplausos y honores, dudo que agentes extranjeros como yo mismo, protegidos por un pasaporte, la policía y el Estado, estemos justificados a instar a otros a arriesgar sus recursos, el bienestar de sus familias o sus vidas. Tomar riesgos por cuenta propia es una cosa y animar a otros a hacerlo es otra muy distinta. Más aún, que cualquier agente externo anime a los pobres a arriesgarse implica cuestiones éticas, especialmente cuando son ellos mismos y no los extranjeros los que pagarán el precio del fracaso. Por eso, primero es necesario exigir una reflexión honesta y meticulosa sobre el tema […] que descanse sobre el respeto y admiración de aquellos que

estamos alejados del ojo del huracán del desarrollo rural.

A un nivel mucho menos dramático, la acción puede tomar muchas formas. Mi deseo en este capítulo es que al mostrar varios tipos de acción sencilla, habrá más personas dispuestas a hacer algo; añadir sus pasos y esfuerzos, por pequeños que sean, hacia cambios necesarios; y que aquellos que lean estas líneas encuentren algo que tenga sentido, que puedan hacer y que funcione.

Creencias, valores e imaginación

Acción e introspección van de la mano. Habitualmente es mejor empezar por la acción. Sin embargo, poner a los últimos primero se contrapone a ciertas creencias básicas, plantea un reto a los valores personales y requiere un ejercicio de imaginación. Las creencias y valores en este caso hacen referencia a lo que los agentes externos consideran correcto y justo para los pobres en zonas rurales, y la imaginación hace referencia a la buena disposición y la habilidad de pensar más allá y de reconocer tanto los efectos que tiene la acción de los agentes externos como su falta. Para apoyar la acción se suele requerir un cambio de "chip" en creencias y valores, un interruptor que nos permita ver las cosas de la forma opuesta, desde el otro lado.

Por ejemplo, la creencia elemental de que cuanto más pobres son las personas, menos se les debería pagar. En tal caso es importante distinguir la afirmación objetiva: "cuanto más pobres, menos se les paga", de la afirmación moral: "cuanto más pobres menos se les debería pagar". La afirmación objetiva es cierta; pero cuando el objetivo es reducir la pobreza, la afirmación moral es absolutamente perversa, ya que cuanto más se paga a los pobres, menos pobres serán. Decir que se debería pagar menos a los pobres equivale a decir que deberían continuar siéndolo. E independientemente de la visión pública o privada para reducir o eliminar la pobreza, la perversidad persiste. Es casi universal. Se paga menos a las mujeres que a los hombres; a las personas con discapacidad que sin discapacidad; a los analfabetos que a los que

tienen educación.

Pagar por resultados o por valor añadido tampoco es una cuestión puramente económica. Existen actitudes más profundas, más arraigadas. A continuación extracto la opinión oficial sobre los pagos en la India a personas, principalmente indígenas, que se dedican a la recogida de hojas de tendu para hacer bidis (un tipo de cigarrillos locales):

La tasa salarial actual (1 paisa por 20 hojas) no es de carácter remunerativo. Claro está que no está pensada para personas sin discapacidad. Hay que tener en cuenta que el tendu proporciona trabajo estacional a mujeres, niños y ancianos. Proporciona empleo a los que de otra forma no lo conseguirían en otro lado. Por tanto, sea lo que sea lo que perciban, debería aceptarse como justo (Sarin y Khanna, 1981).

¿Deberíamos aceptar como algo justo que se les pague un salario no remunerativo a aquellos pobres que no tienen posibilidad alternativa de empleo? ¿Puede haber alguna respuesta que no sea "no"? Y a pesar de ello, las prácticas que siguen este principio están muy extendidas. Es cierto que existen programas públicos de empleo que pagan el salario mínimo, entre los que destaca, por ejemplo, el Plan de Garantía de Empleo de Maharashtra en India (Reynolds y Sundar, 1977). Pero a pesar de tales excepciones, el principio perverso de "pagar menos a los pobres" está enraizado, tanto como axioma de mercado como cuanto precepto de los privilegiados. Que este principio se aplica en el sector privado, es bien sabido: algunos empresarios pagan sueldos penosos cuando hay excedente de mano de obra y cuando esto sirve a sus intereses privados. Aunque menos reconocido, este mismo principio predomina también en los Gobiernos, incluso en aquellos que manifiestan estar en contra de la pobreza rural. Reforzado por el sesgo urbano, el principio se convierte en "pagar menos a los pobres de las zonas rurales".

Este hecho se ve reflejado en los precios de producción en Zambia, regulados por el Gobierno. Como muestra la tabla 1, entre 1971 y 1979 los precios de cuatro productos rurales aumentaron menos que el índice de precios para zonas urbanas de menores ingresos, lo que

sugiere una tendencia comercial en contra de los productores rurales; y de estos cuatro productos, el maíz (el producto principal de los grandes agricultores comerciales) mantuvo su ritmo de crecimiento, mientras que los productos comerciales de los más pobres en las zonas rurales (el pescado seco, el carbón vegetal y el sorgo) se quedaron atrás, lo que indica que la negligencia gubernamental hizo más pobres a aquellos que ya lo eran.

Tabla 1

Cambios en algunos precios de producción rural en Zambia, 1971-1979

	1971	1979	Cambio porcentual 1971
Índice de precios urbanos para zonas de bajos ingresos	100	242	142
Maíz	4,00	9,00	125
Pescado seco	31,00	50,00	61
Carbón vegetal	1,75	2,50	43
Sorgo	4,70	6,00	28

Fuente: OIT (1981: 65).

El precio de producción para la miel en Zambia es un caso incluso más flagrante. En 1980, se cree que aproximadamente el 70 por ciento de la población del lejano y pobre distrito de Kabompo se dedicaba a la apicultura y la población dispersa no tenía mucho más que vender que su miel. Sin embargo, el Departamento forestal les pagaba solamente 0,41 kwacha por kilo, un 12 por ciento de su precio de venta —de 3,50 kwacha— en el Cinturón del Cobre, lo cual no se podía justificar en términos de intermediación ya que casi todos los costes de procesamiento, transporte y otros gastos estaban pagados a través de un programa de ayuda alemán. Cuando se les presionó para aumentar el precio que se pagaba a los apicultores, un oficial contestó que esto no se podía hacer a no ser que hubiese pruebas de que habían aumentado los precios de producción, como si tal cuestión fuese relevante allá donde el Gobierno ya explotaba a los pobres, y mucho más de lo que se hubiese atrevido cualquier comerciante privado. Esta es la forma en la que los sesgos urbanos y de clase de los burócratas mantienen en su pobreza a los pobres. Pueden usar tales argumentos con impunidad. Al fin y al cabo, los pobres de las zonas rurales no pueden hacer nada. Los ricos no aguantarían tal tropelía, pero claro, no tienen que pasar por ello.

Estos ejemplos son tan penosos como llenos de esperanza: penosos por la falta salvaje de sensibilidad que demuestran; y llenos de esperanza porque la ignorancia, la falta de imaginación, la falta de sentimientos y los prejuicios urbanos y de clase por parte de aquellos que toman decisiones presentan una oportunidad para cambiar. Es verdad que a cierto nivel estas son cuestiones de organización y poder. En Zambia y en otros lugares, los trabajadores urbanos y los agricultores comerciales están bien organizados como grupos de presión, mientras que nadie representa los intereses de pescadores, quemadores de carbón vegetal y cultivadores de sorgo, apicultores y trabajadoras sin estudios, población que vive dispersa y en zonas periféricas. También es cierto que los poderosos podrían representar los intereses de estos grupos de diversas maneras. Para invertir las tendencias que son contrarias a los pobres de las zonas rurales se requiere que cada vez más personas poderosas que conozcan, se preocupen y actúen. En el

caso del precio de producción de la miel, quizás solo haga falta que una persona clave, o algún grupo, se dé cuenta de lo que está ocurriendo y que discuta sobre el papel, en comités y en la prensa para que los objetivos declarados públicamente de ayudar a los pobres en las zonas rurales se puedan cumplir de forma eficiente simplemente aumentando los precios. Cuando otros programas gubernamentales luchan por mejorar la situación de los pobres, existe la oportunidad de aumentar los ingresos con un mínimo de trabajo administrativo y un máximo de independencia por su parte. Se puede aprovechar la oportunidad si unos pocos usasen su imaginación, si se preocupasen y se decidiesen a actuar.

La imaginación es esencial. Los agentes externos deben visualizar los efectos lejanos, pero reales y ramificados de sus acciones y omisiones, reflexionando a fondo sobre las cadenas causales que se generan a partir de ellos. Las investigaciones de los científicos sociales podrían ser de mayor ayuda en este punto: los estudios de campo raramente se ocupan de las relaciones de dentro-afuera en sus detalles humanos, lo que Stephen Biggs ha llamado investigación “en fragmentos”. Pero aun sin la descripción empírica de los detalles personales de estos vínculos, puede sugerirse ciertas conexiones: entre la decisión de instalar un molino de arroz moderno que desplazaría la mano de obra pobre y femenina, y la miseria resultante entre mujeres viudas y cabezas de familia y la mortalidad infantil; entre la escasa prioridad que los tribunales dan a los casos que se presentan para defender a los pobres y la incapacidad de estos para protestar en contra de la explotación; entre la decisión de cultivar una variedad de semillas y la falta de beneficios para los agricultores con pocos recursos; entre la gran rotación de técnicos en desarrollo en áreas periféricas y la ineficacia de los programas antipobreza en esas zonas; entre la asignación de cuotas mínimas para la importación de jabón y el azote de la sarna; entre construir grandes hospitales, sin organizar un programa de concienciación sobre rehidratación oral, y los sufrimientos y muertes evitables de niños; entre negarles vehículos y combustible al personal en áreas remotas con poblaciones dispersas y con carencias, y la resultante parálisis de los servicios; entre eliminar a un técnico y la miseria y desesperanza rurales que podrían haberse evitado. La lista puede ser aún más larga. Hay una legión de ejemplos, pero es suficiente para avalar el argumento: las

conexiones existen, son reales y a menudo no se ven. Hace falta imaginación para reconocerlas.

No obstante, lo que cuenta, es la acción. Asumir el valor —anteponer a los últimos— y la imaginación para visualizar los efectos no esperados de las acciones y omisiones, son los puntos de partida […] Para ayudar a aquellos que quieren empezar o profundizar más, a continuación se tratan algunos temas que van en esa misma dirección. Estas acciones están diseñadas para ser realistas y plausibles, teniendo en cuenta la debilidad humana y las limitaciones a las que se enfrenta la acción individual. Los lectores podrán encontrar más lugar para ellos en algunos puntos que en otros; pero con un poco de suerte todos encontrarán algo que les pueda ser útil o que les conduzca a otras acciones para poner a los últimos primero.

Evaluación práctica para agentes externos

Un primer punto obvio de partida es que los agentes externos cambien la forma en la que aprenden sobre las condiciones de vida en los medios rurales. Uno de los problemas que existe es la tensión entre dos culturas en su concepción del tiempo y de lo que es oportuno en cada momento: una, la de los académicos que tienden a favorecer evaluaciones más largas y detalladas, y otra, la de los profesionales que necesitan información inmediata para cumplir con los plazos estacionales, los presupuestos y las reuniones de políticos. Como hemos visto, la falta de tiempo contribuye a desarrollar los sesgos típicos antipobreza del turismo de desarrollo rural y a estudios poco cuidadosos que inducen a error [véase N. del E.]. Existen dos formas por las que los agentes involucrados pueden abordar estos problemas: una, mejorando el turismo de desarrollo y, otra, desarrollando y usando técnicas para una Evaluación Rural Rápida (Rapid Rural Appraisal).

Tácticas para turistas. Compensar los sesgos

antipobreza

La mayoría de agentes externos involucrados en pobreza rural y que practican el que he llamado “turismo de desarrollo rural” pueden tomar medidas para compensar los sesgos antipobreza en el momento del contacto. Se pueden contrarrestar sesgos urbanos yendo más allá del asfalto, alejándose de las carreteras; el sesgo sobre los proyectos, visitando no solo sus enclaves, sino otras zonas y hacer paradas no programadas en el camino; por su parte, los sesgos personales se pueden contrarrestar entrando en contacto de forma deliberada con las personas más pobres, haciendo un esfuerzo por hablar con las mujeres y tomándose el tiempo para visitar a aquellos que están enfermos en sus casas y no en la clínica, o preguntando por aquellos que se han marchado o que han fallecido; el sesgo de la estación seca se puede contrarrestar visitando el proyecto durante la estación lluviosa, o al menos preguntar sobre los peores momentos del año; los de la educación, alejándose de la cortesía y dejando claro qué es lo que se está buscando; los profesionales, intentando ver, a través de la introspección, las limitaciones del condicionamiento profesional, aprendiendo de otras disciplinas, siendo observador y haciendo preguntas abiertas.

Pasar más tiempo y llegar más lejos

Los más pobres son, de muchas formas, los últimos de la fila. Son a los que más tiempo se tarda en llegar; los últimos en hablar; los que menos organizados están, los que menos capacidad tienen para organizarse y los más temerosos. Habitualmente mantienen un perfil bajo. Algunos son inmigrantes. Las mujeres a veces se esconden de los visitantes masculinos. En visitas rápidas, es menos probable encontrarse con ellos. El contacto se hace más fácil más allá de la cortesía, del plan programado y una vez que el turista de

desarrollo rural ha dejado de ser una novedad.

La lejanía es un problema. Ingrid Palmer (1981: 38) ha observado que “viajar como una bala en un Land Rover por carreteras tortuosas durante horas y horas puede ser cansado y descorazonador, pero no hay otra forma de llegar a los pueblos más lejanos y habitualmente más pobres”, además, se debe planificar y disponer de más tiempo para acceder ahí. Sin embargo, son precisamente los retrasos y desastres que suelen aquejar al turismo de desarrollo rural los que evitan y acortan estas visitas y los encuentros con los más pobres. El agente externo serio debería darse tiempo suficiente en un único lugar para hacer una visita pausada, pernoctar allí, y hablar y escuchar una vez que se haya hecho de noche. Las carencias de combustible y de vehículos que suele sufrir el personal de campo pueden tornarse en ventaja para hacer paradas nocturnas en zonas rurales que en su día fueron muy comunes en muchos países, en la época de caminatas y safaris a pie, a caballo o en vehículos lentos que circulaban por carreteras malas. El personal de campo puede sacar partido de estos recursos limitados para el transporte, moviéndose más despacio, pasando más tiempo fuera y aprendiendo más.

No ser importante

El desfile de automóviles, las nubes de polvo, los comités de recepción y los prolongados discursos durante las visitas de las personas VIP generan problemas bien conocidos. Por el contrario, el visitante que llega de forma llana, en bici o a pie, encaja más fácilmente y molesta e interrumpe menos la vida cotidiana. Las visitas no planeadas, pasear y preguntar sobre las cosas que se observan, huir de un programa especial y evitar dar la impresión de tener influencia sobre los beneficios que pueda recibir la comunidad son tácticas que reducen los peligros de respuestas e impresiones engañosas.

Evaluación rural rápida (RRA)

[…] Las encuestas por medio de cuestionario y los análisis estadísticos limitan las investigaciones a lo que se puede preguntar y responder en ellas. Los detalles sobre las realidades de las privaciones rurales se suelen perder en este tipo de técnicas. El reto está en cuestionar las convenciones de la pureza académica y encontrar nuevos enfoques. La Evaluación Rural Rápida es una familia de técnicas que facilita la entrada a los agentes externos de forma eficiente.

Estas técnicas se han usado habitualmente, aunque hasta hace poco no se ha escrito sobre ellas[1]. Equilibran la balanza entre el coste que supone obtener información por un lado, y su cantidad, precisión, relevancia, oportunidad y uso final, por otro. Si usamos el término "trabajo sucio" para significar aquel que no es rentable, estas técnicas intentan evitar tanto el trabajo "rápido y sucio" del turismo de desarrollo rural incompetente, como el patológico trabajo "sucio y extenso" que caracteriza a algunas encuestas de cuestionario. Cuando no hay mucho tiempo, estas técnicas proporcionan una tecnología intermedia y apropiada, un enfoque lo "bastante-rápido-y-eficiente".

Se han sugerido varias. Algunas son obvias, aunque generalmente desaprovechadas e incluyen: la búsqueda y uso de información ya disponible; identificar y aprender de informantes clave —antropólogos sociales, trabajadores sociales, líderes de grupos, estudiantes universitarios que llevan a cabo una investigación de campo, entre otros—; observación directa y hacer preguntas sobre lo que se observa; entrevistas guiadas y entrevistas con grupos informales o seleccionados. Otras técnicas son menos obvias, como inspeccionar la zona desde el aire y usar la fotografía aérea. Quizás sean más importantes los "enfoques compuestos" diseñados para propósitos concretos como identificar las prioridades en la investigación agrícola, como hicieron Collinson (págs. 67-69), Hildebrand (pág. 68) y Rhoades (1982). Otros enfoques útiles son la recopilación de perfiles familiares, combinando métodos de la antropología social, el periodismo y la estadística (Roberts, 1980); y

el enfoque utilizado por los investigadores del Comité de Bangladesh para el fomento del desarrollo rural (BRAC, en sus siglas en inglés) y Swift (1981b: 72-73), al trabajar con pobladores rurales.

En lo relativo a la pobreza, la observación sistemática tiene un largo recorrido. Para evaluar las privaciones e identificar a los más desfavorecidos también pueden ser de ayuda los indicadores clave. Estos pueden mostrar la privación relativa de una zona o grupo o resaltar a aquellas personas u hogares que estén peor. Son frecuentes las referencias a la "calidad de la vivienda" (Honadle, 1979; Longhurst, 1981b; Moore, 1981). Otros indicadores son la riqueza en tierra y animales y "activos tangibles" como herramientas, camas, utensilios de cocina y ropa y los indicadores antropométricos de estado nutricional. Alternativamente, también se puede preguntar a las comunidades directamente quiénes son los que más privaciones sufren. Todos estos métodos tienen sus debilidades, pero pueden usarse tanto por separado como en combinación con otros para hacer más ágiles y breves otros métodos más largos.

Un peligro que existe con la RRA es que siempre se lleva a cabo con prisas. Uno de los corolarios a la ley de Parkinson es que cualquier cosa planeada rebasará el tiempo disponible para ejecutarse. Si esto ocurre, serán de nuevo las zonas más remotas y los más pobres los que quedarán excluidos. La oportunidad que presenta la RRA es que al evitar métodos largos ahorra tiempo, y permite incluir a los pobres como individuos y como familias para aprender de ellos y conocerlos con mayor profundidad. Si se puede controlar la tiranía de la cuantificación, habrá más tiempo para descubrir las relaciones y los procesos. Las técnicas de RRA, desarrolladas y usadas con cuidado, pueden concienciar y dar a conocer la pobreza rural y mejorar las estrategias disponibles para atajarla.

Nada de lo aquí expuesto debería restarle importancia a la investigación sostenida, detallada y estadísticamente rigurosa cuando así sea necesario, desde una o varias disciplinas. El debate es más bien cómo desarrollar y usar métodos que encajen con los recursos, los problemas y las necesidades. Como tecnología intermedia entre el turismo de desarrollo rural y la investigación a

gran escala, la RRA tiene muchas aplicaciones posibles para los agentes externos que se toman en serio la pobreza rural.

Invertir el aprendizaje

Anteponer a los últimos requiere invertir el aprendizaje. Las letanías de los desarrolladores rurales tales como “debemos educar a los agricultores” y “debemos elevar la consideración de los pobres de las zonas rurales” pueden invertirse. Los agentes externos primero han de aprender de los pobres en las zonas rurales. Sin embargo, a menudo, su nivel educativo, estatus urbano y su rol como portadores y proveedores de conocimiento moderno se vuelve un obstáculo para muchos de ellos. Los técnicos que trabajan en zonas rurales se distancian de los pobladores rurales, mostrando un estilo y posicionamiento distintos a través de la vestimenta, calzado, vehículo, oficina, maletín, documentos, y sus formas de actuar y de hablar. La jerarquía, la autoridad y la superioridad impiden aprender “desde abajo”. El conocimiento de un tipo perpetúa la ignorancia en otro. El aprendizaje ha de empezar desde el otro lado. El agricultor deber educar a los agentes externos; dicho de otro modo, los pobres deben contribuir a hacer poner los pies sobre la tierra a los agentes externos.

El aprendizaje convencional, a través de la educación formal, cursos universitarios y formación de personal pueden contribuir a estas transformaciones. Un ejemplo sería estudiando los problemas y las formas de racionalidad de los pequeños agricultores a través de lo aprendido en la investigación de sistemas agrícolas[2]. Sin embargo, esto no es suficiente para invertir el aprendizaje. Hay otros dos métodos que merecen desarrollarse e incluirse en cursos y programas de formación. El primero de ellos consiste en aprender directamente de los habitantes rurales, intentar entender sus sistemas de conocimiento y obtener sus conocimientos técnicos. Esto es poco habitual todavía en los planes de estudios de los técnicos. El segundo es intentar experimentar el mundo como lo hace una persona pobre y débil. El problema en este caso es facilitar

a los profesionales el salto para ver y sentir el mundo desde el otro lado. Las psicoterapias humanistas[3] pueden ofrecer métodos para ello, pero su aplicación en la formación de los técnicos del desarrollo rural ha sido escasa hasta ahora.

Los cambios en el aprendizaje pueden cubrir muchos aspectos de la vida y tomar varias formas. Se deberían idear y desarrollar muchas más. Por ahora, un repertorio cualquiera debería incluir las siguientes seis:

1. Sentarse, preguntar y escuchar. Sentarse, preguntar y escuchar son tanto más una actitud que un método. Sentarse implica falta de prisa, paciencia y humildad; preguntar supone que el agente externo es alguien que desea aprender, un estudiante; y escuchar, respeto y aprendizaje. Los mejores aprendizajes surgen de esta forma. Las discusiones relajadas muestran las preguntas que los agentes externos no saben que hay que preguntar y dan pie a lo inesperado.

Pueden existir distintos enfoques. La puesta en común del conocimiento y la estimulación mutua de un pequeño grupo de discusión informal pueden ser una fuente excelente de aprendizaje. También se puede diseñar el grupo para un propósito concreto. Gill Gordon (1979) nos da a conocer una forma efectiva de descubrir las distintas prácticas en la crianza de niños en Ghana. Se le pidió a pequeños grupos de mujeres de tres generaciones distintas que discutieran los cambios que habían acontecido en ese tiempo. Entre ellas recordaban, comprobaban y confirmaban sus prácticas, disfrutando de la discusión y aprendiendo también en el proceso. Enfoques parecidos, con pequeños grupos seleccionados para poner en común un conocimiento especializado, a menudo puede constituir un método de investigación innovador y eficiente. No es solo el agente externo que tiene la iniciativa el que tiene algo que ganar; todos los que toman parte pueden influir en la dirección que toma la discusión y verse absorbidos en el aprendizaje. Las reuniones al atardecer pueden ser ideales, continuando en la noche, cuando la presencia del agente externo es menos molesta y las respuestas distorsionadas menos probables.

2. Aprender de los más pobres. Se suele considerar que los pobres son más ignorantes, aquellos de quienes hay menos que aprender. Pero ¿cuánto saben los agentes externos sobre cómo se las arreglan para sobrevivir? Para hacer posible que los más pobres mejoren su situación, el punto de partida es entender cómo se las arreglan en el presente. Y los expertos son la gente más pobre, ellos saben mucho más que los agentes externos, ignorantes, que no se han molestado en descubrirlo.

Valga lo siguiente como ejemplo. Paulus Antosa, del Hospital Bethesda, Jogjakarta, Indonesia, forma a nutricionistas que aprenden de los más pobres y se pregunta: "¿Intentamos enseñar a los más desfavorecidos o, por el contrario, intentamos aprender de ellos sobre nutrición?". Por eso se les exige a los técnicos nutricionistas que se están formando que aprendan de las familias de los pobres cuyos hijos están sanos y tienen un peso normal. Como afirma Santosa, "sería muy complicado hoy en día encontrar a profesionales de la nutrición en Indonesia que puedan mantener sana a una familia con 0,50 dólares americanos al día". Después de aprender cómo los pobres consiguen tener hijos sanos en estas condiciones se pueden formular los planes para luchar contra la desnutrición con el resto de las personas de las aldeas. Habitualmente estos planes están ligados a la agricultura, la cría de animales, la industria artesanal, la educación sanitaria, el agua depurada, mejores condiciones de salubridad y demás. Nunca se reduce a la implementación de un programa directo de alimentación ya que, a través de su propia investigación, los trabajadores en formación se han dado cuenta de que esto no resolvería el problema. Mediante el aprendizaje de los más pobres han asimilado que la solución directa y obvia para combatir la debilidad física es solamente algo temporal y paliativo; otras medidas para atajar la pobreza son más duraderas y efectivas. Aprender de los más pobres no forma parte habitualmente de los programas y proyectos de lucha contra la pobreza y, sin embargo, es algo clave para permitirles mejorar sus condiciones.

3. Aprender el conocimiento técnico indígena. Todas las personas

que viven en zonas rurales saben cosas que los agentes externos desconocen. Existen muchas formas para que estos aprendan de ellos, entre otras, el enfoque exhaustivo del antropólogo social relativo a los sistemas de conocimiento, incluidos conceptos y patrones de pensamiento. Sin ir tan lejos, contamos con perspectivas menos complejas que incluyen, por ejemplo, la recopilación de glosarios de términos locales, los juegos, la cuantificación y la clasificación:

a) Glosarios de términos locales

Un equipo que trabaja en Nigeria en la participación local de un proyecto medioambiental ha propuesto la recopilación de glosarios de términos y conceptos locales, sugiriendo: “La elaboración de un diccionario de términos y definiciones locales de relevancia en este campo. En algunas lenguas, los nombres de plantas, insectos y tipos de tierra son específicos del pueblo o aldea en cuestión. La identificación de la terminología local, su registro sistemático y la investigación sobre la base taxonómica de sus significados no solo llevó a una mejor comunicación, sino que en muchos casos proporcionó información vital para entender las condiciones medioambientales locales” (Barker et al., 1977: 50).

En su trabajo descubrieron que los significados literales de los nombres usados para un insecto nocivo ofrecían información sobre sus hábitos y su tipo de hábitat. Debería ser fácil incorporar la recopilación de estos glosarios, con descripciones de cada entrada, en los cursos de formación del personal de extensión rural, por ejemplo, en el área de agricultura y salud. El abanico de temas a cubrir dependería de las necesidades, pero podría incluir colores, clima, tiempo, tierras, plantas, topografía, micro-entornos, animales, insectos, comidas y dietas, enfermedades, curas, plagas, malas hierbas, estaciones, espacio, medidas, refranes, relaciones sociales y ceremonias. Descubrirlos, escribir sus nombres, describir y explicar sus significados y comparar notas con otros compañeros de profesión es una tarea interesante de por sí. La información y el conocimiento aprendidos pueden ser de utilidad directa. El ejercicio debería mejorar el entendimiento de las creencias y prácticas locales además de la comunicación, facilitando al personal el uso de

categorías y expresiones que resultan familiares a nivel local.

b) Juegos, cuantificación y clasificación

Como una forma de aprendizaje de las personas que habitan las zonas rurales, los juegos tienen la ventaja de suspender el estatus y las diferencias sociales además de ser divertidos. Pueden ser de muchas formas. Con el fin de descubrir valores y constructos culturales, los científicos sociales han usado el juego de terminar frases incompletas o de las adivinanzas, donde un participante describe algún producto (una variedad de arroz, un fertilizante, etc.) mientras otro que no lo puede ver adivina su nombre. Paul Richards (1979) ha usado otro juego para descubrir las formas en que distintos grupos de personas consideran las malas hierbas. A los participantes se les entregó distintos tipos de hierbas en grupos de tres y se les preguntó qué dos eran similares y cuál diferente. Posteriormente se les pidió que explicaran la "lógica" que subyacía a su elección. Esto mismo se repitió para distintas combinaciones de hierbas[4]. El juego se llevó a cabo con las mismas malas hierbas, en tres grupos de personas distintos. El primero con estudiantes de botánica y geología de una universidad de Sierra Leona, quienes diferenciaron las hierbas por su forma y aspecto y por la clasificación científica. La lógica utilitaria que siguió el segundo grupo, el de los agricultores, fue totalmente distinta, como, por ejemplo, fijarse en lo fácil o difícil que serían de desbrozar. El hallazgo más sorprendente fue el del tercer grupo, los técnicos en prácticas, que hicieron construcciones casi idénticas a las de los estudiantes universitarios y bastante distintas a las de los agricultores. Esto dio lugar a la realización de un taller espontáneo por parte de los trabajadores en prácticas sobre cómo se iban a comunicar con los agricultores y si su enfoque "científico" de la agricultura les hacía pensar en términos botánicos de libro de texto en vez de en su utilidad agrícola. Al final de este periodo formativo empezaron a emerger sugerencias de acción para el desarrollo del plan de estudios y para formarse junto a los agricultores (ibíd., pág. 32). Sin ejercicios como estos los agentes externos, incluidos los técnicos en formación, podrían no darse cuenta de lo radicalmente distinto que piensan y visualizan las mismas cosas ellos y sus

clientes.

Se suele considerar que los métodos indígenas de contar y cuantificar son limitados; esta visión puede usarse para justificar estudios estadísticos formulados de arriba hacia abajo. Sin embargo, antes de diseñar y llevar a cabo tales estudios, se han de realizar preguntas sobre cómo miden y cuentan los habitantes de las zonas rurales, y si estos métodos pueden eludir o encajar en un sondeo. El primer paso sería listar, investigar y calibrar las unidades usadas por las personas rurales y sus aplicaciones. Las unidades usadas por los agricultores para tierras de cultivo pueden, por ejemplo, representar no el área, sino medidas de trabajo —por ejemplo, la longitud del surco que se puede trabajar antes de descansar y estirarse (Richards, 1979: 31)—, y estas unidades pueden tener más sentido para los agricultores y para los propósitos del estudio que las mediciones geométricas estándar de área.

También suele ser útil servirse de juegos para ayudar a los agricultores a cuantificar y graduar sus estimaciones y preferencias. David Barker ha descrito como un juego de mesa tradicional africano el ayo, que incluye agujeros en una tabla o en el suelo y el uso de semillas o piedras; ha sido adaptado para explorar el proceso de toma de decisiones de los agricultores, sus estimaciones sobre la gravedad relativa del comienzo de una plaga y sus preferencias en cuanto a las distintas proyecciones de productividad de una granja durante un periodo de varios años. Los agricultores de Sierra Leona prefieren este formato antes que una encuesta con cuestionario. De este modo, la tabla de ayo transfiere la iniciativa a los locales de proporcionar información. Esto “parece ser de gran importancia en las culturas orales, donde la programación de un cuestionario puede actuar tanto como freno al libre flujo de una discusión” (Barker, 1979: 40).

Con los pastores de África occidental, Jeremy Swift ha desarrollado una variante de la tabla de ayo para generar discusiones sobre prioridades, usando heces de camello y agujeros en el suelo. Se excavan ocho agujeros y se le pide al grupo que nombren los ocho problemas más importantes que tienen, donde cada agujero representa un problema. Esto lleva su tiempo y da lugar a un intenso debate. Entonces le da al grupo veinticinco heces de

camello y les pide que las distribuyan en los agujeros según la importancia de cada problema. Los problemas menos graves suelen ser eliminados y las heces se redistribuyen entre aquellos que quedan. Una vez elegidos los dos o tres problemas mayores, el siguiente paso del análisis pasa por hacer otros cinco agujeros para cada uno de estos problemas y pedirle al grupo que nombre los aspectos más importantes de cada problema. Swift descubrió que los mismos problemas se repetían —cómo obtener comida a precios razonables durante la estación seca; crédito para aumentar sus rebaños; la salud animal y humana; un trato justo en sus negocios con el Departamento Forestal o cómo negociar con el Gobierno y el mundo moderno—. Así, una discusión que empezó a las cinco de la tarde se prolongó hasta medianoche.

Este tipo de enfoques desplazan la iniciativa desde el agente externo a los locales. La estrategia de usar la tierra —dibujos en la arena o el barro, agujeros, piedras, heces— proporciona un foco común que distrae las diferencias de estatus, vestimenta, estilo o forma de hablar de los técnicos. El camino está abierto a la inventiva para cambiar el juego o el modelo a través de acciones concretas —tomar un palo y dibujar en el suelo, o desplazar heces secas de un agujero a otro—. El debate suele desvelar un abanico de posturas y la enseñanza impartida por los "entrevistados" se abre ofreciendo a los agentes externos un conocimiento profundo y directo.

4. Aunar investigación y desarrollo. Otras inversiones del aprendizaje pueden enfocarse en el lugar y la modalidad de la investigación. Los argumentos que abogan por la realización de investigaciones de ingeniería agrícola en proyectos colaborativos con los agricultores locales han sido tratados anteriormente. Aquellas otras que se llevan a cabo fuera del entorno rural (en un centro de investigación, en un laboratorio, etc.), a menudo ocasionan osadas simplificaciones o distorsiones muy graves. En el pasado, muchas de las investigaciones agrícolas realizadas sin tener en cuenta a las pequeñas explotaciones o a las familias desarrollaron prioridades equivocadas, que terminaron en "descubrimientos" engañosos. Existen, es cierto, ciertas fases o formas de investigación que requieren controles escrupulosos que

un laboratorio puede aportar. Sin embargo, los sesgos profesionales suelen priorizar el trabajo en centros de investigación y en laboratorios, en vez del trabajo de campo. Tal es así que en este punto también se necesita una transformación radical para reconocer a los pequeños agricultores como profesionales y colegas, socios en la experimentación y en el desarrollo de tecnologías. Los pequeños agricultores de Sierra Leona, por ejemplo, tienen sus propios métodos experimentales que, según se afirma, hacen que costosas pruebas supervisadas técnicamente y realizadas en el campo resulten redundantes (Johnny y Richards, 1980). La investigación y el desarrollo son procesos que los agricultores realizan en todo momento, y hay mucho que podemos aprender de ellos (Biggs, 1980). Que yo sepa, todavía queda por escribir el manual que trate de cómo aprender y mejorar los métodos experimentales de los propios agricultores. Y el potencial de colaboración entre agricultores experimentadores y científicos agrónomos está aún lejos de cumplirse.

5. Aprender trabajando. Para muchos agentes externos, las posibilidades de aprendizaje al trabajar físicamente con los agricultores, haciendo lo que hacen ellos, son importantes. Para los antropólogos sociales esta estrategia no constituye ninguna novedad. Cuando vivía en el remoto pueblo de Kuli en el desierto del Kalahari, Paul Devitt se hacía cargo de un rebaño de doce reses con la finalidad de comprender la vida y la economía del pueblo al vivirlas desde dentro. Paul Richards descubrió que trabajar en los campos realizando las faenas agrícolas con los mismos agricultores le brindaba información que ni siquiera se le hubiera ocurrido pedir y que sus informantes no hubiesen sabido ofrecer. John Hatch, en Perú, después de haber abandonado un sondeo tipo cuestionario convencional, estudió sistemáticamente las muchas operaciones implicadas en el cultivo del maíz, ofreciéndose a los agricultores como peón sin paga con la condición de que le enseñasen las faenas que realizaban. “El plan funcionó a la perfección. La mayoría de los agricultores aceptaron su papel de educadores de modo concienzudo. En vez de esperar a que yo les hiciera preguntas, a menudo ofrecían información sobre las faenas que yo jamás hubiera estado capacitado para saber cómo pedir. De hecho, la mayoría de

la información que reuní se recopiló de este modo, y los peones jornaleros resultaron ser instructores excelentes"(Hatch, 1976: 16). Entre otras cosas, el autor descubrió que las necesidades laborales del cultivo podían superar un 50 por ciento los cálculos que se habían estimado anteriormente desde fuera. Todos estos son ejemplos de investigadores que han identificado el trabajo en faenas agrícolas como una fuente de comprensión. Pero el método también tiene grandes posibilidades formativas. Como parte de la formación de asistentes sociales en Madrás, Viji Srinivasen les obligaba a comprar alimentos para la comida de una familia pobre por una sola rupia, y luego a cocinarla para ellos, sin más ayuda que los consejos técnicos de la madre. Una lección que los estudiantes tuvieron que aprender era cómo la dieta se limitaba y se simplificaba al no tener más que dos ollas. La utilización de planteamientos parecidos en cursos de formación podría tener un potencial enorme: los técnicos forestales recogiendo leña y otros productos del bosque, los agricultores trabajando como jornaleros en una granja, los profesionales veterinarios arreando el ganado y los ingenieros agrónomos regando los campos de los agricultores; en cada caso, siguiendo los consejos de los expertos autóctonos, los mismos campesinos.

6. Juegos de simulación. La manera más eficaz de llegar a experimentar el mundo como una persona pobre es vivir como esa persona de la forma más completa posible. Pero la mayoría de los agentes externos no tienen ni el tiempo ni el coraje ni la oportunidad para ello. Por eso mismo, los juegos de simulación son uno de los métodos más prometedores para facilitar que los agentes externos comprendan la vida y los problemas de los pobres. El uso de semejantes juegos en otros ámbitos tales como la gestión empresarial y los simulacros de guerra tiene un largo historial. Mucho se ha escrito sobre ellos[5]. En el ámbito del desarrollo, han sido usados para la formación del personal de agencias de voluntarios extranjeros y por el Instituto del Desarrollo Económico del Banco Mundial. Sin embargo, en el propio Tercer Mundo apenas se usan para la formación de los responsables administrativos, los planificadores, el personal técnico, la educación, los proyectos forestales y de cría de ganado, la salud, la irrigación y el bienestar

social.

Un conjunto de juegos que se ha desarrollado simula la situación de los pequeños agricultores: el juego de la “revolución verde” (Chapman, 1973; Chapman, Dowler y Elston, 1982); el juego de la “agricultura del campesino” (Mitchell, 1982), y “Ganeshpur” (Blaikie, 1982). Estos se suelen jugar en una habitación y en pareja. A cada participante o pareja se le asignan los recursos (mano de obra, tierra, alimentación, dinero) de un pequeño agricultor, o de alguien que apenas tiene terreno. Entonces las decisiones se toman, estación por estación, respecto a lo que hay que cultivar, las inversiones que hay que hacer, los préstamos que deben pedirse, etc. Se producen desastres fortuitos y los ciclos estacionales se repiten inexorablemente.

Las experiencias de los jugadores varían mucho, y estas simulaciones nunca se vuelven a repetir de la misma manera. Las relaciones sociales entre los jugadores se fomentan rápidamente (familias de agricultores pequeños) a medida que se busca mano de obra, se conceden préstamos y se establecen lazos patrón-cliente. Los más pobres se enfrentan a una lucha que debilita sus posibilidades y su ingenio mientras intentan salvar a sus hijos de la pobreza mediante la venta de tierras, la búsqueda de trabajo, préstamos, e incluso el robo. Esta experiencia de hacer la cola con el fin de asegurar el pago de una cosecha para poder invertir en la siguiente mientras las lluvias se avecinan y el tiempo se acaba, no se olvida fácilmente. Tampoco la muerte de un hijo debida a la morosidad de un empresario en el pago del sueldo por un trabajo hecho. Para que estas simulaciones sean eficaces, se necesitan participantes que acaten el espíritu del juego y dediquen el tiempo suficiente de debate después para que puedan recordar, comentar y analizar lo sucedido y los sentimientos que han experimentado. Siendo así, estos juegos pueden aportar una entrada excelente a la experiencia de otros y una potente fuente de aprendizaje. Pueden contribuir a cambios en la comprensión y a una nueva empatía con los campesinos pobres.

El desarrollo y uso eficaz de semejantes juegos es una prioridad. Se pueden aplicar a muchos aspectos de la vida rural para captar y arrojar luz sobre las interrelaciones de la pobreza con la agricultura,

los ciclos estacionales, el riesgo, las provisiones recibidas, los sueldos, el precio de los alimentos, la salud, la mortalidad, la explotación y el papel de la mujer. Pueden conseguir que los participantes experimenten la impotencia y la vulnerabilidad, además de vivir en primera persona los procesos que conducen al empobrecimiento. Pueden demostrar a los que se dedican a la provisión de servicios qué significa ser un cliente pobre, en el caso de que un banquero asuma el papel de un campesino que pide crédito, o si un ingeniero de montes hace de un campesino que depende de sus productos forestales, o cuando un ingeniero hidráulico desempeña el papel de otro campesino cuya vida depende de la construcción de acequias. Simulaciones como estas constituyen una parte esencial en la formación del personal técnico y deberían incluirse en los programas de estudios de los institutos y en cursos universitarios sobre desarrollo rural. Para ser eficaces, deben ser bien diseñados y bien implementados. También es imprescindible que se centren en objetivos y entornos distintos. La manera más eficaz para que se pongan en marcha rápidamente puede que sea mediante talleres para investigadores, profesores y educadores, quienes aprenderán cómo elaborar y gestionar los juegos basándose en los datos empíricos que ellos mismos obtengan. Mientras tanto, ya existen algunos buenos juegos[6] que deberían ser usados ampliamente.

CONCLUSIÓN

Estos seis enfoques —sentarse, preguntar y escuchar; aprender de los más pobres; aprender el conocimiento técnico indígena; la investigación y el desarrollo conjuntos; aprender trabajando y los juegos de simulación— invierten el proceso de aprendizaje. Facilitan y favorecen el que los aprendices y estudiantes aprendan de los que se sitúan por debajo de ellos, y no solo de los pocos que ocupan lugares superiores. Varían en cuanto a facilidad y uso, pero tienen algunas ventajas en común: efectúan una transferencia de la iniciativa hacia los campesinos para que ofrezcan información y desarrollen ideas; fomentan una relación equitativa entre el que

hace las preguntas y el que las contesta, y una actitud —que Peter Berger (1977) denomina “el respeto cognitivo”—, que implica el respeto por parte del más formado y más influyente hacia el que lo es menos, y suponen una aportación al cuerpo de conocimientos y comprensión dominantes. Tanto para profesores de zonas rurales como para estudiantes foráneos, pueden ser actividades para compartir y aprender mutuamente.

Estos enfoques y otros parecidos deberían ser factibles en muchas instituciones y a muchos niveles. Algunos ya han sido probados y han comenzado a aplicarse; otros todavía quedan por ser ideados. Los investigadores y consultores que reúnen las tres culturas (académica, profesional y rural) tienen muchas posibilidades de desarrollar nuevas inversiones del aprendizaje: un buen ejemplo de ello es el experimento de John Hatch, que posibilitó que campesinos bolivianos escribiesen un manual sobre su cultivo de subsistencia (Hatch, 1981). La adopción de estos enfoques puede, sin embargo, enfrentarse a resistencias, sobre todo en esas universidades y en esos departamentos universitarios que siguen petrificados en la ortodoxia conservadora. Es, tal vez, en las instituciones de formación pública donde se observa el mayor potencial. El estudio obligatorio de los conocimientos de los campesinos podría ayudar a reorientar administraciones enteras. Y tampoco se debe limitar al personal subalterno al que se considera más necesitado de formación. Los cuadros directivos también deberían tener acceso a semejantes oportunidades de aprendizaje. De hecho, incluso podría ser conveniente comenzar por la dirección, tanto para probar como para poner en marcha estos enfoques, para que sean conscientes de su valor y garanticen su apoyo y difusión.

A veces estas inversiones de aprendizaje serán consideradas como afrentas a la dignidad, al estatus y a las normas profesionales de los agentes externos. Pero el aprendizaje, desde esta perspectiva, puede aportar el orgullo (de haber trabajado como peón), la diversión (a través de los juegos), la emoción del descubrimiento (al aprender de los que saben, ver cómo se las arreglan los pobres, etc.), y las ideas prácticas (cómo, desde una perspectiva realista, se puede ayudar a la gente a ayudarse a sí misma). Puede ser intelectualmente gratificante además de su aplicación práctica. Y puede aunar las disciplinas. El sociólogo y el pedagogo, el agrónomo y el

economista, todos pueden sentarse juntos y encontrar actividades y una comprensión mutuas al aprender de aquellos otros profesionales —los campesinos— que no diferencian entre ámbitos disciplinarios. Al aportar el orgullo, el placer, el interés intelectual y el valor práctico, las inversiones del aprendizaje deberían ser útiles para muchos técnicos foráneos y ganar la aprobación general que se merecen.

Invertir la gestión

Las inversiones del aprendizaje no pueden realizarse solas. Se ven obstaculizadas o respaldadas por la manera en la que se gestionan los organismos. Existen muchos análisis y críticas útiles a la gestión del desarrollo social y rural[7]. Como suele pasar, las variantes locales con respecto al estilo, la cultura, las estructuras, los procedimientos y las costumbres hacen que las generalizaciones resulten difíciles, como también lo hacen la heterogeneidad de los organismos involucrados —departamentos públicos o paraestatales, bancos, agencias de voluntariado y entidades empresariales—. No obstante, casi todos tienen una orientación centro-periferia, y los que más apuntan hacia el centro suelen ser los más grandes, los departamentos gubernamentales de agricultura, ganadería, desarrollo comunitario, educación, forestación, salud, irrigación, obras públicas y saneamiento.

Buena parte de estos departamentos en la mayoría de los países se orientan hacia adentro y hacia arriba, dando la espalda a sus clientes campesinos. A menudo su estructura y su estilo son autoritarios, jerárquicos y punitivos. Desde esa posición, persiguen metas, dan órdenes, advertencias y amenazas. Por su parte, desde la periferia y la base procede un flujo menor de información, generalmente filtrada, que sirve para apaciguar y engañar. En las reuniones se regaña, manipula y ordena a los subalternos. Se les solicita informes de metas cumplidas y no que informen de los problemas encontrados. El bajo rendimiento y las iniciativas que van mal encaminadas ocasionan el castigo o el traslado. Los

ascensos, cuando los hay, se deben a la conformidad o al hecho de trabajar en las oficinas centrales. Los verdaderos problemas de implementación o de impacto se ignoran y la simulación del éxito es aplaudida. Los directivos no aprenden de sus subalternos y, a su vez, estos no aprenden de sus clientes los campesinos. Este esquema se ve con frecuencia, pero aun así no llega a ser ni universal ni inevitable. Una excepción es la Administración Nacional de Riego de Filipinas (Alfonso, 1981; Bagadlion y F. Korten, 1980; D. Korten, 1980: 492-494) que ha desarrollado una filosofía y un estilo participativos. Tiene como finalidad prestar servicios y responder a sus clientes campesinos y se promueve el flujo de información hacia arriba sobre los problemas. Se encargan investigaciones de ciencias sociales para profundizar en cuestiones críticas, y sus resultados se debaten abiertamente. Se permite que el personal siga trabajando en el mismo puesto durante cuatro años sin ser trasladado y el aprendizaje y las mejoras dentro del organismo constituyen una meta deliberada y constante.

El contraste entre instituciones jerárquicas y participativas tiene su paralelismo en la distinción entre una planificación rígida de los proyectos, por un lado, y los enfoques procesuales del aprendizaje, por el otro (Korten, 1980; Moris, 1981: 19-22). El enfoque de "modelos fijos" resalta la planificación desde arriba y la implementación desde abajo. Mientras, los enfoques procesuales del aprendizaje más logrados empiezan desde abajo. Basándose en sus análisis de cinco programas exitosos de desarrollo rural en Asia, David Korten concluye que:

El planteamiento de modelo fijo nunca ha desempeñado un papel más que secundario en su desarrollo. Estos cinco programas no fueron ni diseñados ni implementados, sino que surgieron de un proceso de aprendizaje en el que los vecinos del pueblo y el personal del programa compartían su conocimiento y sus recursos para crear un programa que lograse responder tanto a las necesidades y capacidades de los beneficiarios como a las de los agentes externos que prestaban su apoyo. La buena dirección y el trabajo en equipo, y no los modelos fijos, fueron elementos clave (Korten, 1980: 497).

Este enfoque procesual del aprendizaje es más factible para las

pequeñas agencias de voluntariado que para las grandes burocracias gubernamentales. Uno de los mayores retos de las próximas décadas es una reorientación burocrática (Korten y Uphoff, 1981), que englobe el cambio de un estilo autoritario a otro participativo, y otro cambio respecto al flujo de comunicación, de órdenes dictadas desde arriba a solicitudes que provienen de abajo. Para los que trabajan en burocracias autoritarias, semejante cambio puede parecer improbable. Y no se producirá de la noche a la mañana. La clave está en la búsqueda de "puntos débiles" (pág. 157); intervenciones que presentan las mejores posibilidades de poner en marcha un cambio. La implementación de estrategias que inviertan el aprendizaje es una forma de comenzar. Además, se pueden proponer tres más: los estilos de comunicación; las políticas del traslado del personal y su práctica, y habilitar y potenciar a los clientes pobres.

Estilos de comunicación

Los estilos de comunicación pueden modificarse de varias maneras. Los directivos pueden cambiar el tono de sus interacciones con los subalternos, hablar menos y escuchar más. Resultan adecuados procedimientos que requieran planificación y programación conjunta en la que el personal subalterno elabore sus propios planes de trabajo. La formación puede respaldar semejantes cambios, y el papel de los directivos en el proceso de establecer metas es susceptible de ser reducido o suprimido. También se pueden hacer esfuerzos para aprender de los subalternos, y para que estos aprendan de sus clientes. Semejantes cambios ni se producen de golpe ni tampoco las personas son siempre consecuentes con ellos. Según se informa, un administrador provincial de la India señalaba:

[…] la mayoría de mi personal ha trabajado bajo tantos directivos difíciles que se ha vuelto más cauteloso. Existe esta enorme tendencia a estar conformes. Prefieren estar de acuerdo que no señalar las dificultades y quejarse. Tienen miedo de buscarles las cosquillas a sus jefes. Yo trato de hacer que se relajen y de transmitirles la sensación de

partenariado en estos programas. Me parece la mejor manera de actuar. Este tipo de diálogo al final consigue que se sientan libres para expresarse.

Sin embargo, ese mismo día, unas horas antes, el tono en el que se dirigió a su personal se había calificado como una "crítica severa y abierta" (Heginbotham, 1975: 126-127), lo cual difícilmente les hubiera ayudado a sentirse libres para expresarse. A los que se han formado y socializado según la tradición jerárquica les resultan arduos los cambios de estilo que animan a los subalternos a que se expresen con franqueza y a que tomen la iniciativa; pero es algo en lo que todos los que trabajan para las burocracias grandes, independientemente de lo difícil que sea su situación, pueden mejorar.

Las políticas del traslado de personal y su práctica

Los traslados de personal continuos son el punto débil de la administración del desarrollo rural. Una y otra vez debilitan las instituciones gubernamentales. Estos traslados se realizan por muchos motivos, incluidos la presión política, el efecto dominó que otro traslado provoca y para solucionar problemas de personal. Hablando de la administración de África oriental, Jon Moris presentó la siguiente hipótesis:

Frente a la falta de sanciones ejecutables, los jefes recurren al traslado de los subalternos como la mejor solución administrativa frente a cualquier problema. Como consecuencia, se les traslada constantemente de una parte de la burocracia nacional a otra. De este modo, problemas que tienen que ver con la corrupción o con tipos de personalidad no se solucionan, sino que simplemente se exportan a otro punto del sistema (Moris, 1977: 79).

Los traslados parecen ser más frecuentes en las zonas más remotas y pobres. En África oriental, el movimiento del personal técnico provincial en zonas de pastores ha sido tan rápido que solo podía producirse un contacto muy superficial y pasajero entre dos formas de nomadismo —la de los pastores y la de los administradores—. En 1970 una reunión del consejo de desarrollo en la remota provincia de Samburu, Kenia, tuvo como principal asunto del orden del día un plan para el uso de tierras en una parte de la provincia, pero solo uno de los aproximadamente diez empleados gubernamentales presentes llevaba más de un año en la provincia. En la India, Ranjit Gupta (1981: 121) informa de que en la zona indígena y pobre de Dharampur, Gujarat, durante un periodo de dos años hubo seis administradores de provincia distintos, cinco encargados de desarrollo provincial y tres encargados de un proyecto de desarrollo indígena. Gupta atribuye este alto nivel de traslados a tres factores: periodos de prueba para el personal más joven; ascensos para los empleados cuya única manera de ascender es la de aceptar un destino poco apetecible después del cual no tardarán en negociar en mejores condiciones un nuevo traslado, y como castigo para los que se han portado mal o han caído en desgracia por cualquier otra razón [...]

Son muchas las medidas que se pueden sugerir. A nivel personal, los trabajadores mismos pueden tratar de seguir en los mismos puestos e intentar resistir al traslado; los que ejercen cargos importantes pueden oponerse a que se traslade a sus subordinados; los políticos pueden negar los beneficios a corto plazo que ofrecen los cambios de destino, con el fin de que el desarrollo se beneficie a plazo largo. A nivel de políticas, se pueden establecer reglas de forma que se precisen periodos considerables de servicio continuo en zonas pobres y remotas, haciendo de estos una condición para el ascenso. Sin embargo, la demanda popular puede convertirse en la medida más eficaz. Otro planteamiento es la publicación anual, para cada zona administrativa, de la tasa de movimiento de personal en cada departamento a lo largo de los últimos años. En Kenia, la publicación de los resultados de exámenes por escuela y por distrito animó a los padres que vivían en zonas con los peores resultados a organizarse, para protestar y asegurar mejores servicios y resultados (Somerset, 1982). La misma técnica podría poner de manifiesto lo mucho que sufren las zonas pobres debido a los traslados rápidos de

los técnicos, y podría ocasionar reclamaciones para lograr una mayor estabilidad y mejores servicios.

capacitar y potenciar a los clientes pobres

La tercera inversión de la gestión conlleva el reencauzamiento del poder y de la iniciativa dirigida hacia abajo y hacia afuera. La descentralización —que implica desconcentración de personal y de recursos y el traspaso de competencias— se suele plantear como resultado de decisiones centrales. Esto es, hasta cierto punto, inevitable. Pero existe otra perspectiva. Se considera a las organizaciones como meros proveedores de servicios: reparten recursos, propagan conocimientos, tratan a los enfermos, educan a los niños, etc. En su lugar, convendría además considerarlas como órganos capacitadores, para habilitar a los que son, entre otros, pobres e impotentes para controlar mayores parcelas de sus vidas, disfrutar de más posibilidades y reivindicar y usar más servicios.

Dos condiciones ayudan a hacer realidad esta transformación. La primera es avanzar en una clara especificación de los derechos de los clientes pobres: de los que viven en las selvas a explotar sus productos forestales; de los pequeños agricultores a hacer uso del agua de riego en cantidades establecidas y según horarios acordados; de las comunidades a disfrutar de escuelas y profesores; de madres y niños a asistencia sanitaria; de los peones a un empleo en obras públicas y el de los productores pobres a precios justos a cambio de sus productos. Estos derechos pueden ser hechos públicos, proclamados en reuniones y expuestos en tablones de anuncios. La segunda condición es la creación de grupos con intereses comunes, animándoles a reclamar sus derechos: que los que viven en los bosques reclamen sus productos forestales y protección contra el saqueo de los contratistas; que los pequeños agricultores lo hagan con su agua de riego; que las comunidades pidan profesores para sus escuelas; las madres, asistencia sanitaria; los peones, empleo, y grupos especializados tales como los pescadores, los carboneros y los apicultores de Zambia, precios

justos. El papel de la institución de desarrollo es, pues, no solo prestar el servicio, sino asegurar que sus clientes son conscientes de sus derechos y que están capacitados para reclamarlos, permitiendo así garantizar tanto el servicio como el acceso a él.

Estas transformaciones en la gestión pueden requerir visión, valor y esfuerzo. Mientras, el tipo de obstáculo al que se enfrentan incluye las diferencias jerárquicas, el autoritarismo, la corrupción, la inercia administrativa y el miedo a fomentar reclamaciones populares. Pero existen los suficientes ejemplos positivos para no perder la esperanza. Algunos quedan documentados en la considerable literatura sobre participación[8]. Otros, muchos otros, representan los logros discretos y personales de gente decidida, por muy pocos que sean sus recursos, en hacer que las cosas vayan mejor de lo que hubieran ido de otro modo.

La primacía de la acción personal

Así que otra vez volvemos a la elección personal. Los análisis de "los problemas del desarrollo rural" se quedan estancados, una y otra vez, en una afirmación que sugiere que no se puede hacer nada a menos que algún otro cambio se haya producido antes. Así, hasta que la gestión participativa haya sido implementada, o se haya erradicado la corrupción, la formación se haya reorganizado, se hayan reformado las políticas de personal, las intervenciones políticas se hayan reducido, un nuevo director de departamento haya sido nombrado, la carga laboral se haya racionalizado, la fijación de metas haya sido abolida o lo que sea, entonces, y solo entonces, parece posible sostener la posibilidad de mejoras en el rendimiento. Pero estas son excusas. Siempre hay algo que se puede hacer, alguna posibilidad de acción personal. Cualquiera puede hacerse las siguientes preguntas: ¿cómo afectan mis acciones a los campesinos más pobres? ¿De qué manera puedo y debo cambiarlas? ¿Qué más puedo hacer? ¿Cómo puedo ayudar a los demás a hacer más?

Algunos pensarán que desde su posición nada tiene remedio, que no

hay nada que puedan hacer. Que el “sistema” es demasiado poderoso para ellos. Tal vez el mejor antídoto de la desesperanza sea el estudio de los ejemplos y las vidas de los que han luchado contra viento y marea y han ganado. En todos los países hay algunas personas valientes —líderes políticos y religiosos, funcionarios, trabajadores de agencias de voluntarios, profesores universitarios y científicos, entre otros— que se han negado a claudicar, que no han renunciado a sus principios y cuyas vidas brillan como ejemplos para que el mundo vea lo que se puede conseguir. Para los que se ponen del lado de los pobres también puede haber un aluvión de apoyo inesperado. Arun Bhatia, el administrador encargado del distrito indio que descubrió la corrupción del Proyecto del Empleo Asegurado de Maharashtra (Maharashtra Employment Guarantee Scheme), se ganó una enorme aclamación popular por sus acciones, aunque al poco tiempo fue trasladado a otro puesto[9]. Pero no todos pueden recibir elogios ni convertirse en héroes de leyenda. Para la mayoría de los que favorecen a los últimos, la gratificación y la satisfacción nada tienen que ver con la fama, sino que consiste en saber que han hecho lo que era correcto, y que ahora las cosas van un poquito mejor de lo que hubieran ido de no haber hecho nada. Puede que sus pequeñas hazañas no llamen mucho la atención; pero en cuanto al mérito, pueden igualarse con, o superar incluso, otras acciones más grandes y llamativas de aquellos que tienen más libertad y poder.

Las elecciones personales son tanto estratégicas como tácticas. A nivel estratégico, existen elecciones con respecto a la carrera y a la especialización. Se necesitan más profesionales que abarquen las tres culturas, de modo que se muevan con más soltura entre ellas. Se precisan más profesionales, también, que sean multidisciplinares, y no solo en cuanto a su tolerancia, sino en sí mismos. Muchos de los que hacen las más grandes aportaciones son aquellos que deciden pasar más tiempo trabajando bajo condiciones y en lugares difíciles.

A nivel táctico existen elecciones con respecto a cuándo y cuánto. No se puede hacer todo de golpe. Un avance menor bien consolidado como parte de una secuencia puede aportar más que otro grande que resulte pasajero e inestable. Las confrontaciones y las grandes inversiones tienen su momento; hay coyunturas críticas

en las que una iniciativa pequeña puede impulsar decisiones trascendentales, dinamizar recursos o sistemas de una u otra forma; pero mucho más corrientes son los periodos en los que conviene trabajar con paciencia en temas menores: los asuntos del orden del día y su prioridad relativa (¿habría que pasar al último de la lista al primer lugar?); los temas abordados y los argumentos presentados en reunión; la condición negociada de la toma de acuerdos; el detalle del plan de estudios en el curso de formación; el programa para los VIP; el comportamiento de los visitantes y las preguntas que hacen. Todos los esfuerzos para anteponer al último cuentan y suman.

Lo que importa es la acción. Gran parte del análisis de este texto se centra en el conocimiento —cómo los agentes externos perciben (o no) las privaciones rurales—. Pero el conocimiento no garantiza ningún cambio de sentimiento; y un cambio de sentimiento tampoco garantiza ningún cambio de comportamiento. Y es de este modo que llegamos a la última, paradójica, inversión: comenzar por actuar. Los cambios de sentimiento y de percepción pueden producirse al revés, partiendo de un cambio de comportamiento y las experiencias que este ocasiona. Las tradiciones de la ciencia, la erudición y la gestión consisten en comenzar con la recopilación de datos, el análisis y la planificación, a menudo durante un periodo largo, y muchas veces ello redunda en retrasar la acción. Pero suelen existir algunas cosas evidentes que se pueden hacer. No todo puede, ni debe, preverse. A menudo más vale arrancar, hacer algo y aprender sobre la marcha, porque la “prueba del algodón” está en lo que hace la gente. El cambio social tiene su origen en acciones individuales. Al cambiar lo que hace, la gente no solo orienta a las sociedades hacia perspectivas nuevas, sino que ella misma también se transforma. Las grandes soluciones son tentadoras, pero conllevan mucho riesgo. Para buena parte de los agentes foráneos, la manera más adecuada y segura de avanzar implica un sinfín de pequeños granos de arena que permiten, una y otra vez, anteponer a los últimos. De ese modo muchos cambios pequeños se respaldan mutuamente y se acumulan, posibilitando un movimiento mayor. Las vidas de mucha gente ya demuestran la voluntad de efectuar inversiones, de anteponer al último. Algunos colaboran desde lejos. Otros trabajan directamente con y para los que viven del campo y son pobres, ayudándoles a conseguir una cantidad mayor de lo que

quieren y necesitan, y a reclamar y controlar más los beneficios del desarrollo. La esperanza de este texto es la de aportar apoyo a todas esas personas, aunque sea ligeramente, e impulsar a otros a hacer lo que puedan.

NOTAS

* [N. del E.] Este texto reproduce el capítulo 8 “Practical Action”, del libro Rural Development: Putting the Last First, de Robert Chambers, coeditado en 1983 por Longman Scientific & Technical y John Wiley & Sons, Inc. Nueva York. La traducción ha sido realizada por Sara Sama Acedo y revisada para esta edición por Beatriz Pérez Galán.

** Robert Chambers, experto en metodologías participativas en el ámbito de los proyectos de desarrollo. Actualmente es investigador asociado en el Institute of Development Studies (IDS), Brighton, Reino Unido.

*** [N. del E.] En el capítulo primero del libro Rural Development. Putting the last first, del que se extrae este texto, el autor dedica un epígrafe al turismo rural de desarrollo. Con esa expresión se refiere a las visitas cortas al mundo rural de jóvenes citadinos profesionales, académicos, burócratas y periodistas extranjeros. Estos visitantes tienen tres cosas en común con los turistas: su procedencia urbana, la necesidad de conocer lo más posible y el escaso tiempo disponible para hacerlo. Por ello, la información que obtienen de estas visitas suele ser superficial, anecdótica y basada en estereotipos (veáse pág. 10, e. o).

1. Ver Barnett, 1979, para un informe relativo a un taller sobre RRA. La base y algunas técnicas de RRA se describen en Agricultural Administration, 1981; Chambers, 1981; Longhurst 1981a y Pacey, 1981; todos ellos incluyen una lista de referencias bibliográficas. Rhoades, 1982, es una guía práctica de encuestas agrícolas informales. Oxfam Filed Directors’ Handbook (Oxfam, 1980) es una fuente admirable de información y una guía sobre las

condiciones y el desarrollo rurales.

2. Hay mucha literatura al respecto. Véanse Gilbert, Norman y Winch, 1980, para una bibliografía selecta, y los informes del Farming Systems Group de Michigan State University.

3. Cuatro fuentes son: James y Jongeward, Born to Win: Transactional Analysis with Gestalt Experiments, 1971; Fagan y Shepherd, Gestalt Therapy Now, 1972; Binder, Binder y Rimland, Modern Therapies, 1976 y Rowan, Ordinary Ecstasy: Humanistic Psychology in Action, 1976.

4. El método se llama la prueba de triadas y está vinculado a la teoría de constructo personal de G. A. Kelly. Véase Kelly, 1955, y Fransella y Bannister, 1977.

5. Como introducción al tema, véase Oxenham, 1982, que contiene una breve descripción de algunos juegos, y otros artículos generales de Oxenham y Walford, quienes también aportan una breve bibliografía.

6. “The Green Revolution Game” está a la venta en Marginal Context Limited, 36 St. Andrew’s Road, Cambridge CB4 1DL, Reino Unido. [N. del E.: direcciones web en castellano de los juegos].

7. Una breve lista sería: Lele, 1975; Leonard, 1977; Hunter, 1978; Bryant y White, 1980; Knight, 1980 (especialmente Esman y Montgomery); Korten, 1980; Korten y Alfonso, 1981; Moris, 1981.

8. Cohen y Uphoff, 1977, constituye un buen resumen. Otras fuentes buenas son la Rural Development Participation Review y otras publicaciones del Rural Development Committee, Cornell University, Ithaca, Nueva York.

9. Indian Express, 22 junio y 29 julio, 1982, y Times of India, 18 septiembre, 1982.

BIBLIOGRAFÍA

Alfonso

, F. (1981): “Assisting farmer controlled deelpment of communal irrigation systems“, en Korten y Alfonso (eds.), Bureaucracy and the poor, pp. 44-52.

Bagadion

, B. y

Korten

, F. (1980): “Developing viable irrigators associations: lessons from small scale irrigation in the Philippines”, Agricultural administration, nº 7, pp. 273-287.

Barker

, D. (1979): “Appropriate methodology: an example using a traditional African board game to measure farmers”, Attitudes and environmental images, IDS Bulletin 10 (2): 37-440.

Barker

, D. et al. (1977): “The utility of the Nigerian peasant farmer`s knowledge in the monitoring of agricultural resources”, MARC Report 4, Monitoring and assessment research centre, Chelsea College, University of London, Londres.

Berger

, P. (1977): Pyramids of sacrifice: political ethics and social change, Penguin Books, Harmondsworth.

Biggs

, S. (1980): “Informal R and D”, Ceres, nº 76, vol. 13 (4): 23-26.

Binder

, V.;

Binder

, A. y

Rimland

, B. (eds.) (1976): Modern Therapies, Prentice-Hall Inc., Nueva Yersey.

Blaikie

, P. (1982): “Ganeshpur”, en J. Oxenham (ed.), Simulations and adult learning for development, pp. 25-27.

Bryant

C. y

White

, L. (1980): Managing rural development: peasant participation in rural development, Kumarian Press, Connectica.

Chambers

, R. (1981): “Rapid Rural Appraisal: rationale and repertoire”, Public Administration and Development, 1, 2, pp. 95-106.

Chapman

, G. P. (1973): The green revolution: a gaming simulation”, Area, Institute of British Geographers, 5, 2, pp. 129-140.

Chapman

, G. P.;

Dowler

, E. y

Elston

, M. (1982): Experiencing the green revolution", en Oxenham (ed.), op. cit.

Cohen

, H. M. y

Uphoff

, N. (1977): "Rural development participation: Concepts and measures for Project design, implementation and evaluation", Rural Development Monograph, nº 2, Center for International Studies, Cornell University Press, Nueva York.

Collinson

, M. (1981): "A low cost approach to understanding small farmers", Agricultural administration, 8, 6, pp. 433-450.

Fagan

, J. y

Shepherd

, I. (eds.) (1972): Gestalt Therapy Now, Penguin Books, Harmondsworth.

Fransella

, F. y

Bannister

, D. (1977): A manual for repertory grid techniques, Academic Press, Londres.

Gilbert

, E.;

Norman

D. y

Winch

, F. (1980): “Farming systems research: a critical appraisal”, MSU Rural Development, Ponencia, nº 6, Department of agricultural economics, Michingan State University, Michigan.

Gordon

, G. (1979): “Finding out about child (0-5 years) feeding practices”, paper to the workshop on Rapid Rural Appraisal, Institute of Development Studies, University of Sussex, Brighton, pp. 4-7.

Gupta

, R. (1981): “The poverty trap: lessons from Dharampur”, en Korten y Alfonso (eds.), op. cit., pp. 114-135.

Hatch

, J. (1976): The corn farmers of Motupe: a study of traditional farming practices in northern coastal Peru, Land Tenure center, Monographs nº 1, Wisconsin.

Heginbotham

, S. (1975): Cultures and conflict: the four faces of Indian bureaucracy, Columbia University Press, Nueva York y Londres.

Hildebrand

, P. (1981): “Combining disciplines in Rapid Appraisal: the sondeo approach”, Agricultural Administration, 8-6, pp. 423-432.

Hunter

, G. (1978): Agricultural development and the rural poor, Overseas Development Institute, Londres.

James

, M. y

Jongeward

, D. (1971): Born to Win: Transactional Analysis with Gestalt Experiments, Addison-Wesley P. C, Massachusetts.

Johnny

, M. y

Richards

, P. (1980): “Playing with facts: the articulation of ‘alternative’ viewpoints in rural development”, Conference on folk media in development, Berlín.

Kelly

, G. A. (1955): The psychology of personal constructs, Norton, Nueva York.

Knight

, P. (1980): “Implementing programs of Human development”, World Bank Working Paper, nº 403, Washington, DC.

Korten

, D. (1980): “Community organization and rural development: a learning process approach”, Public administration Review, pp. 480-511.

Korten

, D. y

Alfonso

, F. (1981): Bureaucratic and the poor: closing the gap, McGraw-Hill International Book Company, Singapur.

Lele

, U. (1975): The design of rural development: lessons from Africa,

The Johns Hopkins University Press, Londres y Baltimore.

Leonard

, D. (1977): Reaching the peasant farmer: organization theory and practice in Kenya, University of Chicago Press, Londres y Chicago.

Longhurst

, R. (ed.) (1981a): “Rapid Rural Appraisal: social structure and rural economy”, IDS Bulletin 12, 4, Institute of Development Studies, University of Sussex, Brighton.

—(1981b): “Research methodology and rural economy in northern Nigeria”, en Longhurst (ed.), 1981a. op. cit.

Mitchell

, M. (1982): “Peasant farming in the third world”, en Oxenham (ed.), op. cit.

Moore

, M. (1981): “Beyond the tarmac road: a guide for rural poverty watchers”, IDS Bulletin, 12-4, pp. 47-49.

Moris

, J. R. (1977): “The transferability of western management concepts and programs, an East African perspective”, en Stifel et al. (eds.), Education and Training for Public Sector Management in Developing countries, pp. 73-83.

— (1981): Managing induced rural development, International development institute, Indiana University Press, Indiana.

Oxenham

, J. (ed.) (1982): “Simulations and adult learning for development”, IDS Discussion Paper, nº 172, Institute of Development Studes, Brighton.

Pacey

, A. (1981): Taking soundigns for development and health: an approach to the information needs of rural development workers, district officials, and health services staff, Document FHE/81,2/ Rev.1, World Health Organisation, Génova.

Palmer

, I. (1981): “Women’s issues and project appraisal”, IDS Bulletin, nº 12, pp. 32-39.

Reynolds

, N. y

Sundar

, P. (1977): “Maharashtra`s employment guarantee scheme: a programme to emulate?”, Economic and Political Weekly, 12, 2. pp. 1149-1158.

Richards

. P. (1979): “Community environmental knowledge in African rural Development”, IDS Bulletin, 10, 2, pp. 28-36.

Rhoades

, R. (1982): The art of informal agricultural survey, Social Science Department Training Document 2.

Roberts

, N. (1980): “Monitoring field programmes (a new role for a project visitor)” [manuscrito].

Rowan

, J. (1976): Ordinary Ecstasy: Humanistic Psychology in Action, Routledge and Kegal Paul, Londres.

Santosa

, P. (1980): “Community based nutrition program” [manuscrito].

Sarin

, S. y

Khanna

, A. (1981): “Management of minor forest produce: an inter-tate comprehensive study of tendy leaves and sal seeds” [manuscrito].

Somerset

, T. (1982): “Examinations reform: the Kenya experience”, World Bank Staff Working Paper.

Swift

, J. (1981b): “Rapid Appraisal and cost-effective participatory research in dry pastoral areas of west Africa”, Agricultural Administration, 8, 6, pp. 485-492.

capítulo 6

PARTICIPACIÓN*

Majid Rahnema**

La jerga moderna utiliza palabras estereotipadas del mismo modo que los niños juntan las piezas de los juguetes Lego. Al igual que estas últimas, las palabras encajan arbitrariamente permitiendo las construcciones más fantásticas. No tienen contenido, pero sirven a un propósito: en la medida en que estas palabras han sido separadas de un contexto, son ideales para fines de manipulación. "Participación" pertenece a esta clase de palabras.

Según el Oxford English Dictionary, la participación es "la acción o el hecho de tomar parte, de tener parte en, o de formar parte de". En este sentido, la participación podría ser transitiva o intransitiva, amoral o inmoral, forzada o libre, manipulada o espontánea.

Por definición, las formas transitivas de participación se orientan a un objetivo o meta definidos. Por contraste, en las formas intransitivas, el sujeto vive el proceso de participar sin un objetivo predefinido. Cuando uno está escuchando, amando, creando o viviendo plenamente su propia vida, uno toma parte sin buscar necesariamente el logro de un objetivo particular.

La participación adquiere un carácter moral según la naturaleza éticamente definida de las metas que persigue. Se la asocia generalmente con fines morales o deseables y, como tal, adquiere una connotación positiva. Raras veces nos asalta la idea de que el acto de participar podría darse con propósitos funestos o maliciosos.

Desde una tercera perspectiva, y quizá con las mismas connotaciones positivas que generalmente van asociadas a la palabra, la participación tiende a percibirse como una acción libre. Dicha percepción no concuerda con el significado de la palabra ni con la forma en que se da en la práctica. Ya que, muy a menudo, se obliga o arrastra a la gente para que participe en operaciones en las que no tiene interés, y ello en nombre de la participación. Ni las pirámides, ni las frecuentes demostraciones de masas en favor de

regímenes represivos de la época actual, han representado actos de participación libres.

Esto nos lleva, por último, a distinguir entre formas manipuladas o teleguiadas de participación y formas espontáneas. En las primeras, los participantes no se sienten presionados para hacer algo, pero en realidad están guiados a realizar acciones que son inspiradas o dirigidas por centros fuera de su control.

Considerando estas variadas formas de participación, resulta casi una tautología afirmar que todas las sociedades, en particular las tradicionales o vernáculas, son participativas. Sin embargo, muchos pensadores modernos o promotores del desarrollo cuestionan esta realidad. Entre ellos, Daniel Lerner, un prominente vocero de la ideología del desarrollo, afirma enfáticamente que "la sociedad tradicional no es participativa, mientras que la sociedad moderna sí lo es"[1]. A fin de comprender mejor los cambios básicos ocurridos en nuestra percepción del concepto durante la actual época económica, aquella afirmación debiera ligarse con otra, perteneciente a la misma corriente de pensamiento: "El nivel de participación política de una nación es correlativo con su nivel de desarrollo económico"[2].

El 'software' humano

Las palabras "participación" y "participativo" aparecieron por vez primera en la jerga del desarrollo a fines de la década de 1950. Los activistas sociales y trabajadores de campo que se habían subido al coche del desarrollo con la esperanza de que así podrían ayudar a los oprimidos "a abrirse como lo hace la flor a partir de su capullo"[3], se encontraron frente a una realidad totalmente diferente a sus expectativas anteriores. Esto los llevó a atribuir la mayor parte de los fracasos que tuvieron los proyectos de desarrollo al hecho de que las poblaciones afectadas fueron marginadas de todos los procesos relacionados con su diseño, formulación e implementación. En gran mayoría, ellos empezaron a abogar por el fin de las estrategias de acción de "arriba hacia abajo" y por la inclusión de la participación y los métodos participativos de

interacción como una dimensión esencial del desarrollo.

En el otro extremo, las grandes Agencias del Desarrollo se vieron obligadas, algunos años más tarde, a reconocer una crisis estructural. Los donantes y los Gobiernos nacionales beneficiarios fueron testigos del hecho de que los miles de millones gastados en proyectos de desarrollo no habían producido los resultados esperados, a menudo incluso añadiendo nuevos problemas a los antiguos. Hasta McNamara, el entonces presidente del Banco Mundial, tuvo que admitir, en 1973, que "el crecimiento no [estaba] llegando equitativamente a los pobres". En su opinión, el crecimiento había venido acompañado de "una mayor desigualdad del ingreso en muchos países en desarrollo"[4].

Siguiendo las recomendaciones de muchos de sus propios expertos, algunas de las grandes organizaciones de la cooperación internacional estuvieron de acuerdo en que los proyectos de desarrollo habían cojeado a menudo debido a que la gente no fue consultada. Se encontró que, mientras la gente estuvo involucrada a nivel local y activamente participando en los proyectos, se había logrado mucho más con mucho menos, inclusive en puros términos financieros.

El consenso así logrado entre los planificadores, las ONG y los trabajadores de campo trajo consigo un cambio importante en las relaciones existentes entre las distintas partes involucradas en actividades de desarrollo. Una palabra que antes había sido sistemáticamente descartada por economistas, planificadores y políticos de pronto perdió sus connotaciones subversivas iniciales. La misma Comunidad Económica Europea recomendó a sus Estados miembros "adoptar la participación como una medida básica de política para las estrategias de desarrollo nacional". Tal como están las cosas actualmente, la participación es un concepto ampliamente aceptado que inclusive regímenes muy represivos del "Tercer Mundo", como aquellos de Pinochet o Mobutu, han tratado de promover como uno de sus objetivos.

Se pueden identificar por lo menos seis razones para el interés sin precedentes que los Gobiernos y las instituciones de desarrollo han demostrado recientemente respecto al concepto de la participación:

1. El concepto ya no es percibido como una amenaza: los Gobiernos y las instituciones interesadas en una mayor productividad a bajo costo tienen una creciente necesidad de “participación” para sus propios objetivos. Su interés también se sustenta en el hecho de que han aprendido a manejar los riesgos inherentes al posible “abuso incontrolado” de la participación.

Es un hecho que el grueso de los programas de asistencia financiados por los Estados donantes a sus socios en proceso de desarrollo va asignado al reforzamiento y a la modernización de sus necesidades nacionales. Estas son, en primer lugar, aquellas necesidades relacionadas con el poder estatal —es decir, el ejército, la policía y las fuerzas de seguridad, la administración, los servicios de transporte y comunicación y los medios de comunicación masiva; en segundo lugar, los requerimientos de infraestructura para la modernización y el desarrollo económico; y, finalmente, como última prioridad, las necesidades sociales y culturales de las poblaciones más seriamente golpeadas por las dos primeras categorías de “necesidades”. Sin que nunca se lo admita abiertamente, la escala y el contenido de los acuerdos de cooperación externa reflejan el grado en que los países receptores están preparados para “participar” en los esfuerzos y necesidades globales de sus socios más desarrollados. Un resultado es que este tipo de “cooperación” ya ha provisto a la mayor parte de los países en desarrollo, incluyendo a los más pobres, con sistemas relativamente sofisticados de control sobre sus poblaciones. Esto permite que los Gobiernos estén presentes por doquier, y especialmente en los casos en que se necesitan medios poderosos para lograr una participación “democrática y ordenada”. En tal contexto, la participación se transforma fácilmente en esquemas manipuladores totalmente opuestos a lo que la gente pretende lograr con ella.

Por otro lado, las políticas de desarrollo tienden a crear necesidades inducidas y adictivas, muchas de las cuales condicionan fuertemente las mentes de sus “poblaciones meta”. Una vez que a estas últimas se las vuelve dependientes de tales necesidades y otros servicios modernos, su “participación” en actividades públicas y en

la toma de decisiones políticas es utilizada principalmente para obtener un respaldo general para aquellas mismas necesidades y servicios. De este modo, los proyectos de desarrollo o modernización, que principalmente sirven los intereses de unos pocos, continúan recibiendo apoyo popular solo porque perpetúan la ilusión de que algún día se extenderán ventajas similares a todo el mundo.

En general, los procesos de economización de las vidas de la gente, aparejados a la desintegración gradual de los espacios vernáculos, parecen haber llegado al punto en que los Gobiernos y las instituciones de desarrollo ya no le temen a los resultados de la participación del pueblo. En la medida en que cada vez más gente se vuelve adicta a los servicios públicos y a los bienes de consumo, no tienen dificultad en proponerles, a nivel nacional, programas que apunten a una aceleración de los procesos de economización. A este nivel, un buen número de personas son manipuladas para apoyar a los que se encuentran en el poder, con la esperanza de que el prometido incremento en el tamaño de la "tarta" nacional terminará también por incrementar la parte que les corresponde.

2. La participación se ha vuelto un lema publicitario políticamente atractivo: en aquellas situaciones en que los Gobiernos han aprendido a controlar y contener la participación, se obtienen importantes ventajas políticas haciendo ostentación de las intenciones de ampliar dicha participación. Los lemas publicitarios participativos crean sentimientos de complicidad entre los fabricantes públicos de ilusiones y sus clientes. Los políticos proyectan hacia sus distritos electorales la imagen de ser verdaderamente sensibles a todos sus problemas, invitándoles a menudo a ilustrarlos respecto a sus necesidades y aspiraciones.

En un plano distinto, algunas formas de participación pacíficamente negociadas pueden desactivar situaciones explosivas allí donde las políticas de desarrollo crean tensiones y resistencia entre sus víctimas.

3. La participación se ha convertido en una proposición económicamente tentadora: muchos países llamados “en vías de desarrollo” tienen una economía en bancarrota o casi, a menudo como resultado directo de diversos programas de “asistencia” económica y financiera. Están dispuestos a vender lo que les queda de su alma a cualquiera que les otorgue fondos para pagar sus deudas. En situaciones en que deben “ajustar” sus economías nada puede caerles mejor que pasar los costos a su gente más pobre, lo cual se viene haciendo en nombre de la participación y su corolario, la autoayuda.

Solo el Banco Mundial ha invertido más de 50.000 millones desde 1975 en los llamados programas de alivio a la pobreza. Revisando los resultados, los analistas del Banco más informados han llegado a la conclusión de que: “La sostenibilidad de los proyectos en el largo plazo está estrechamente ligada a la participación activa e informada de los pobres”[5]. Proyectos como el Banco Grameen, de Bangladesh, y otros esquemas de crédito para pequeños agricultores han demostrado que, contra la opinión de los banqueros vigente hasta fines de los años setenta, los pobres han probado ser clientes más confiables que muchos de los ricos, sobre todo cuando se encuentran encajados en “grupos de participación local” astutamente organizados. Sheldon Annis escribe que “en los últimos cinco años se han desarrollado nuevos instrumentos extraordinariamente poderosos, especialmente herramientas de políticas crediticias. Estos instrumentos han surgido como respuesta a la ansiedad de la banca comercial respecto a su cartera en mora”.

4. Se percibe la participación como un instrumento de mayor eficacia, así como una nueva fuente de inversión: los procesos participativos suministran a los proyectos de desarrollo lo que más necesitan para evitar las trampas y fracasos del pasado, a saber: a) un conocimiento cercano de las “realidades en el terreno” con el que no cuentan los técnicos extranjeros y los burócratas estatales; b) redes de relaciones que son esenciales tanto para el éxito de los proyectos en curso como para las inversiones a largo plazo en las áreas rurales, y c) la cooperación, a nivel local, de organizaciones capaces de llevar a cabo las actividades de desarrollo. Estas

organizaciones en las cuales se puede “invertir” incrementan también la capacidad de la economía para absorber las inversiones destinadas a las “áreas de mayor pobreza”. En este contexto, las organizaciones de base se convierten en la infraestructura a través de la cual se realizan las inversiones, o ayudan constituyéndose en el software humano que permite que otros tipos de inversiones puedan funcionar[6].

5. La participación se está convirtiendo en un buen mecanismo para recaudar fondos: sobre todo en los últimos diez años, el electorado y los medios de comunicación de los países donantes han demostrado un creciente interés en las ONG dedicadas al desarrollo. Según un informe del Comité de Ayuda al Desarrollo (DAC, en sus siglas en inglés) de la OCDE, ya en 1983 las ONG recibieron un apoyo financiero no menor a los 3.600 millones de dólares provenientes de los países europeos, un monto casi tres veces más grande que el total de fondos asignados a los países en desarrollo a través del PNUD. Posiblemente esto se deba a la reputación lograda por las ONG respecto a que sus enfoques “participativos” y menos burocratizados les han permitido satisfacer las necesidades de la gente con una mayor eficiencia y a un menor costo. A fin de evitar que este tipo de análisis les signifiquen mayores recortes en sus propios recursos financieros, las organizaciones gubernamentales e intergubernamentales ahora intentan demostrar su habilidad para ser, simultáneamente, profesionales y participativos. Por último, en la medida en que los Gobiernos de los países receptores también anticipan las nuevas ventajas de inclinarse a los vientos participativos, todos ellos se encuentran voceando la participación, boca para afuera, con la esperanza de continuar incrementando sus oportunidades en el mercado de la ayuda internacional.

6. Un concepto ampliado de la participación podría ayudar al sector privado a involucrarse directamente en el negocio del desarrollo: algunas corporaciones privadas y empresas consultoras asociadas al desarrollo y compañías fabricantes de equipos han estado presionando últimamente en los pasillos del poder en favor de la privatización del desarrollo, utilizando informes autorizados de que

los Gobiernos y las agencias de cooperación internacional están desperdiciando el dinero de los contribuyentes. Se ha esgrimido el argumento de que sus burocracias no solo absorben una parte considerable de los fondos para programas destinándolos a salarios injustificados y otros gastos administrativos, sino que también impiden que otras organizaciones voluntarias o no gubernamentales ayuden a la gente. Existen quienes abogan por los aspectos positivos de la participación, no solo para las poblaciones afectadas, sino para los entes privados, considerándose que estos últimos se encuentran en una mejor posición para proveer servicios más competitivos. No solo algunos Gobiernos donantes, sino también las más prominentes agencias especializadas de las Naciones Unidas están ya utilizando este concepto ampliado de la participación, con vistas a compartir con el sector privado una mayor parte de sus responsabilidades públicas.

En su contexto actual, la descripción que hiciera Karl Polanyi de la economía moderna se presta para afirmar que la participación ha llegado a "desarraigarse" de los orígenes socioculturales que siempre la habían mantenido con vida. Se la percibe ahora simplemente como uno de los muchos "recursos" necesarios para mantener con vida la economía. Por tanto, participar se reduce al acto de tomar parte en los objetivos de la economía y los arreglos de tipo social relacionadas con ella. Es en este sentido que uno debe entender a Daniel Lerner y otros cuando consideran que "las sociedades tradicionales no son participativas". Para la acepción moderna de la participación, una persona debe ser parte de un proyecto predefinido, más específicamente de un proyecto económico, a fin de calificar como participante.

Resumiendo, la participación no es más el tabú que fuera hace solo dos décadas. Por el contrario, todos los promotores del desarrollo parecen haber adoptado definitivamente a la nueva criatura como un patrimonio seguro para su propio desarrollo futuro.

La participación popular

Los activistas que abogan fuertemente por el desarrollo participativo arguyen que están plenamente conscientes de las razones por las cuales los políticos y los planificadores del desarrollo intentan apropiarse del concepto de participación para sus propios fines. En su perspectiva, los tipos de interacción que proponen son precisamente intentos por impedir todos aquellos esquemas hegemónicos y manipulativos. Ellos creen, por tanto, que el concepto debe ser más depurado, siendo la "participación popular" capaz de salvar al desarrollo de su actual crisis y otorgarle nueva vitalidad para posibilitar que las poblaciones de base puedan regenerar sus espacios de vida.

Un documento para la discusión de un organismo de Naciones Unidas (UNRISD) define a la participación popular como "los esfuerzos organizados para incrementar el control sobre los recursos y los movimientos por parte de aquellos que hasta el momento fueron excluidos de tal control"[7]. Para Orlando Fals-Borda, Anisur Rahman y muchos otros teóricos de la Investigación y Acción Participativas (IAP, o "PAR" en inglés)[8], el objetivo de tal participación es lograr poder:

Un tipo especial de poder —el poder del pueblo—, el cual pertenece a las clases y grupos oprimidos y explotados, y a sus organizaciones y a la defensa de sus justos intereses para posibilitarles avanzar hacia metas compartidas de cambio social dentro de un sistema participatorio[9].

Como regla los teóricos de la IAP abogan por la participación como la única manera de evitar que el desarrollo degenere en una institución burocrática, vertical y generadora de dependencia. No cuestionan la validez de la institución per se, la cual la mayoría de ellos consideran que podría ser un instrumento poderoso en manos de los oprimidos. Sin embargo, efectivamente insisten en que si el desarrollo ha de jugar su rol histórico debiera estar basado en la participación. Procesos genuinos de diálogo e interacción debieran reemplazar las actuales relaciones de sujeto a objeto vigentes entre los interventores y los intervenidos, habilitando de este modo a los oprimidos para actuar como sujetos libres y dueños de su propio destino.

Las premisas que subyacen al enfoque participativo popular se pueden resumir como sigue:

a) Los actuales obstáculos al desarrollo del pueblo pueden y deben ser superados entregando a las poblaciones afectadas la plena oportunidad de participar en todas las actividades relacionadas con su desarrollo.

b) La participación está justificada porque expresa no solo la voluntad de la mayoría, sino porque es la única forma que tienen de asegurar que los importantes objetivos de carácter moral, humanitario, social, cultural y económico inscritos en un desarrollo más humano y efectivo sean logrados pacíficamente.

c) La "interacción dialógica", la "concientización", la "IAP" y otras actividades similares pueden posibilitar que toda la gente se organice a sí misma de un modo que mejor convenga a la satisfacción de sus fines deseados.

Cuando el concepto de participación popular fue propuesto inicialmente por sus promotores como un elemento clave en la creación de un desarrollo alternativo, centrado en el hombre, se pretendió que cumpliera al menos cuatro funciones: una cognoscitiva, otra social, una instrumental y una política.

En términos cognoscitivos, la participación debía regenerar el discurso y las prácticas del desarrollo sobre la base de un modo diferente de comprender las realidades a enfrentar. Expresaba la creencia de que las bases cognoscitivas del desarrollo convencional no solo pertenecían a una episteme irrelevante, representante de una percepción etnocéntrica de la realidad específica de los países industrializados del norte, sino que tampoco eran ya capaces de servir a los objetivos de un sólido desarrollo. Debían ser reemplazadas por un sistema de conocimiento diferente, que represente la propia herencia cultural del pueblo, en particular la techne producida a nivel local. La participación popular iba a esbozar un nuevo significado e imagen del desarrollo, basado en formas diferentes de interacción y en una búsqueda común de este nuevo conocimiento "popular".

La función política de la participación consistía en suministrar al desarrollo una nueva fuente de legitimación, asignándole la tarea de dar poder a los marginados e inermes, y al final, también, la de crear un puente entre el orden establecido y sus poblaciones meta, incluyendo hasta a los grupos que se oponen al desarrollo.

La función instrumental del enfoque participativo consistía en suministrar a los actores "re-empoderados" del desarrollo nuevas respuestas al fracaso de las estrategias convencionales y proponerles nuevas alternativas, con la idea de involucrar a los "pacientes" en su propia curación.

En términos sociales, finalmente, la participación fue el lema publicitario que dio nueva vida al discurso del desarrollo. Todas las instituciones, grupos e individuos involucrados en actividades de desarrollo recobraron fuerzas en torno al nuevo concepto con la esperanza de que el enfoque participativo finalmente haría que el desarrollo satisficiera las necesidades básicas de todos y desterrara la pobreza en todas sus manifestaciones.

Las trampas del empoderamiento

Las nuevas metodologías de interacción inspiradas por los enfoques de la IAP y la "concientización" efectivamente generaron al inicio olas de entusiasmo y esperanza, principalmente entre trabajadores de campo dedicados a actividades con las bases. El impulso para la rápida creación de un "conocimiento popular", que apuntaba a destruir el pernicioso monopolio del paradigma dominante, sirvió como contagioso incentivo para promover a menudo actividades inspiradas en campos como la alfabetización y la regeneración del saber-hacer tradicional. Sobre todo en algunas áreas técnicas tuvo éxito en denunciar los impactos a menudo peligrosos e inhabilitantes que sobre las vidas de la gente tenían las tecnologías importadas e irrelevantes. Aquí y allá, pero sobre todo a nivel local, sirvió para mantener vivo el resentimiento de la población en contra de los aspectos más visibles de la discriminación social y política. Ayudó también a que algunos elementos destacados fueran

reconocidos como dirigentes locales y alcanzaran una percepción más amplia de las posibilidades de acción de sus comunidades.

Con todo, no existe suficiente evidencia que indique si efectivamente emergió del proceso un nuevo tipo de conocimiento, " de manera tal que las sociedades dominadas, subdesarrolladas puedan articular su propia posición sociopolítica sobre la base de sus propios valores y capacidades".

Si bien los pensadores de la participación admiten que todos los sistemas de conocimiento conllevan ciertos valores y prejuicios[10], parecen excluir la posibilidad de que, como productos de un cierto conocimiento surgido en la época económica/desarrollista, ellos mismos puedan ser portadores de valores y prejuicios muy cuestionables. Tampoco le prestan suficiente atención al hecho de que los sistemas de conocimiento tradicionales o locales sufren también de prejuicios similares, aun más inhibidores. El hecho de que estos últimos han sido distorsionados y confundidos por los procesos de cambio en las épocas coloniales y del desarrollo no cambia el cuadro. Como tal, cualquier intento por realizar una mezcla de ambos conocimientos[11], representada por la interacción entre personas locales y externas, no solo entraña un tipo de ejercicio reduccionista y chapucero, sino que también podría resultar siendo una extraña mezcla de sesgos muy heterogéneos. Dicho ejercicio tiende, al final, a dejar de lado el siguiente principio de aprendizaje muy básico: que nadie aprende si pretende conocer ya por anticipado. La realidad es lo desconocido, que tiene que ser "des-cubierto" conjuntamente, libre de todos los presupuestos e influencias de lo conocido.

La noción del empoderamiento pretendía ayudar a la participación a realizar una de sus funciones políticas principales: otorgar al desarrollo una nueva fuente de legitimación. Como ya se aclaró en la primera parte de este ensayo, las intenciones de los pioneros de la participación eran, en verdad, puras y nobles. Ellos estaban en lo cierto al considerar que los tremendos abusos de poder por parte de los opresores tenían que detenerse, y que las víctimas tenían que ser provistas de nuevas posibilidades para defenderse. En los hechos, sin embargo, el discurso del empoderamiento planteó ciertas cuestiones importantes, tanto en un nivel teórico como práctico.

Como quiera que algunas de estas cuestiones sugieren que el discurso puede en algún momento producir resultados opuestos, el asunto merece ser explorado con más profundidad.

Cuando A considera esencial que B sea provista de poder, A asume no solo que B no tiene poder —o que no tiene el poder que cuenta — sino que A tiene la fórmula secreta de un poder en el cual B debe ser iniciado. En la actual ideología participativa, esta fórmula no es otra, efectivamente, que una versión revisada del poder estatal, o lo que podría llamarse "poder de producir miedo".

La cuestión crucial es que las poblaciones actualmente sometidas a este poder que produce miedo no son de ninguna manera inermes. El suyo es un poder distinto, el cual no es siempre percibido como tal, y no puede ser realizado del mismo modo, pero es muy real de todas maneras[12]. Está constituido por los miles de centros y redes informales de resistencia que la gente común opone, a menudo silenciosamente, frente a los aparatos de poder vigentes. Entre otras, se manifiesta en la realidad de "los contribuyentes defraudando al fisco, los jóvenes que eluden ser enrolados en el ejército, los agricultores aceptando subsidios o equipos de los proyectos de desarrollo y desviándolos hacia sus propios fines, técnicos o trabajadores de reparación trabajando sin permisos o licencias, profesores pagados por el Gobierno que utilizan el aula para denunciar los abusos de poder del Gobierno"[13].

En consecuencia, hay pocas evidencias para indicar que el enfoque participativo al implementarse tuvo éxito, en términos generales, en producir nuevas formas de poder popular. En vez de ello, existen indicios de que la forma en que muchos activistas interpretaron su misión contribuyó a desvalorizar las formas tradicionales y vernáculas del poder. Con frecuencia, ayudaron a reemplazarlas con una noción del poder muy cuestionable, altamente influida por aquella perteneciente a las tradiciones izquierdistas europeas. En la práctica, esta visión demostró efectivamente ser útil al aparato del desarrollo. Ya que ayuda a persuadir a sus poblaciones meta no solo respecto a que las autoridades económicas y estatales son el poder real, sino también respecto a que se encuentran al alcance de todos, siempre y cuando estén dispuestos a participar plenamente en los esquemas del desarrollo.

La profesionalización de las actividades

de base

La tarea instrumental que el desarrollo le asignó al concepto participativo fue la de involucrar a los “pacientes” en su propia curación. Los “agentes de cambio” y las ONG fueron identificados como los instrumentos más idóneamente calificados para cumplir esta función. La noción del “agente de cambio” se introdujo, principalmente, como un sustituto del profesional experto contratado por un proyecto de desarrollo. Se pretendía desterrar, a través de este intermediario no profesional dedicado a trabajar con las bases, en relaciones sujeto/objeto y a reemplazar a la autoridad ajena del agente externo con un “co-actor” cuyo papel consistía en intervenir, primeramente, como catalizador de un proceso endógeno de autoregeneración.

En los hechos, sin embargo, el agente de cambio a menudo terminó excediendo con mucho su rol de catalizador. En la mayoría de los casos, actuando como un promotor o profesional de la participación antes que como parte sensible en un proceso de aprendizaje mutuo, se convirtió por momentos en un ideólogo militante, a momentos en una autonombrada autoridad en las necesidades de la gente y en las estrategias para atenderlas, y a menudo en un “desarrollista descalzo” que carecía de la competencia profesional del experto. Fueron pocos los actores que genuinamente buscaron aprender de la gente del pueblo cómo ellos definían y percibían el cambio, y cómo pensaban ellos producirlo. El cambio del que se consideraban los verdaderos agentes solo era la proyección de un ideal de cambio predefinido, a menudo grandemente influido por su propia percepción del mundo y sus propias inclinaciones ideológicas.

Ciertamente hubo casos en que algunos agentes externos, utilizando sus dones personales, actuaron como catalizadores sensitivos e

identificados. Sin embargo, los estudios realizados sobre el tema

señalan las desventajas potenciales de una interacción con activistas externos, debido a su pertinaz tendencia a maniobrar y manipular a los movimientos e imponerles sus propios marcos ideológicos y definiciones de los objetivos de la lucha[14].

En cuanto a las ONG, se les dio un estatuto especial, en el supuesto de que siendo organizaciones no gubernamentales ellas podrían evitar muchos de los errores de los proyectos de desarrollo implementados por las burocratizadas agencias gubernamentales. No obstante, también en este caso, la mayoría de estas organizaciones solo fueron mejores agentes para la entrega del mismo tipo de proyectos. En consecuencia, los principales donantes no tardaron mucho en llegar a la conclusión de que las ONG podrían ser sus mejores aliadas en todos los proyectos que necesitaban una fuente legitimadora de participación para poder vender mejor dichos proyectos.

En general, ni las promesas de los agentes de cambio ni aquellas de las ONG tuvieron éxito en involucrar genuinamente a los "pacientes" en su propia curación. Con unas pocas excepciones originadas en las cualidades personales de los mediadores, los nuevos instrumentos de la participación sirvieron para promover cierto tipo de desarrollo "hágalo usted mismo" o "de autoservicio", hecho con los mismos ingredientes anteriores. Por otro lado, los mismos pacientes alentados para recuperar sus propias tradiciones de autocuración se volvieron dependientes de la nueva especie de especialistas descalzos, ya sea llegados desde fuera como voluntarios, o entrenados en el mismo lugar. En resumen, se añadieron más refinados y engañosos medios de acción y persuasión a la parafernalia de las instituciones del desarrollo. El rol creciente de las ONG en estas actividades, además de los grandes recursos financieros a su disposición, les permiten ahora posibilidades sin precedentes para seguir profesionalizando las actividades en la base.

Es así que, mientras continuamos escarbando en el sitio arqueológico de los muchos constructos del desarrollo que se están

desmoronando y tratando de ver más claramente entre los escombros que alguna vez impresionaron a tantos debido a su sólida apariencia, surgen algunas preguntas. ¿Lograron los nuevos enfoques participativos efectivamente algún cambio sustancial en la naturaleza del desarrollo o es que sirvieron solo como parches curativos que le dieron algo de vida a una institución declinante? ¿Pudieron (o pueden) aquellos métodos de la interacción dialógica, la concientización y la investigación/acción participativa lograr detener los procesos de dominación, manipulación y colonización de las mentes? ¿Pueden ayudar efectivamente al surgimiento de nuevas formas de conocimiento, poder, acción y técnica, los cuales son necesarios para crear un nuevo tipo de sociedad? ¿O está el nuevo mito participativo actuando como un caballo de Troya que puede terminar sustituyendo por una clase sutil de participación teleguiada o centralmente organizada las viejas formas de participación intransitiva o culturalmente definida, propias de las sociedades vernáculas? Mirando los hechos, antes que las buenas intenciones tras ellos, parece difícil responder estas preguntas afirmativamente.

¿Concientización desde fuera?

El movimiento en favor de la participación propuso la praxis, acción y reflexión, como un medio precisamente para darle esas dimensiones más amplias a la participación. Como tales, los métodos de la acción dialógica y la concientización desarrollados por Paulo Freire son percibidos por dicho movimiento como un instrumento crucial de la interacción, que apunta no solo a liberar a los oprimidos, sino, en algún momento, también al agente interventor de su propio condicionamiento como pensador "burgués". Estos métodos pretenden crear nuevas formas de conocimiento, poder y comprensión de la realidad, necesarias para luchar contra las tendencias opresivas.

No obstante, los informes provenientes del terreno, algunos de los cuales ya se han mencionado, indican que los ejercicios de

concientización no siempre desembocaron en los tipos de interacción dialógica insistentemente propuestos por Freire. Una mirada más directa a su teoría del "condicionamiento histórico y niveles de conciencia"[15] nos puede tal vez dar una pauta sobre las razones de esta incongruencia.

Al elaborar esta cuestión, Freire afirma que, en las sociedades dependientes y durante fases de transición, los oprimidos no tienen todavía una "conciencia crítica", sino más bien una conciencia "semitransitiva", "transitiva ingenua" o "popular". Esta "realidad histórica-cultural" los lleva a "internalizar los valores de los grupos dominantes", a tener una percepción distorsionada de su propia condición. De allí la necesidad de grupos "progresistas" de intelectuales no alienados que trasciendan sus intereses de clase y se comprometan en las actividades de concientización.

La "dualidad existencial de los oprimidos", como un fenómeno de la modernidad económica, fue efectivamente una importante contribución freireana a la comprensión de la mente colonizada. Y fue acertado identificar el síndrome como una de las principales razones para la "percepción falsa" de la realidad. A pesar de ello, en su capítulo más bien largo dedicado al asunto, no se menciona la posibilidad de que muchos agentes externos dedicados al trabajo con los oprimidos, o los activistas a cargo de la concientización de otra gente, pudieran ellos ser también víctimas del mismo síndrome. Esta omisión debilita particularmente la importancia del concepto. Podría ayudar a explicar, por ejemplo, los muchos casos en que "agentes de cambio" o "vanguardias" altamente ideologizadas han intentado utilizar la concientización o los métodos participativos simplemente como nuevas y más sutiles formas de manipulación.

La clasificación teórica de estos agentes de cambio como actores participativos en el diálogo facilita todavía más tales abusos, cuando los agentes externos tienden a actuar no solo como portadores de formas de conciencia más elevadas, sino también de las ideologías que han internalizado. En este contexto, se ha visto que algunos activistas de la participación han superado la arrogancia paternalista del experto/evangelizador convencional. Cuando el sentido común de la gente de base les impulsa a la larga

a mostrar su desacuerdo con la solución que les ofrecen los líderes vanguardistas, su falta de cooperación o su oposición directa es atribuida a su conciencia primaria, si no es a influencias contrarrevolucionarias.

La participación: ¿bendición, mito o peligro?

El hecho de que poblaciones enteras sean expropiadas de sus posibilidades de relacionarse y actuar juntos, en función de sus propios y mejores intereses, es sin duda una cuestión de lo más seria. Esto representa una situación de violencia que a nadie puede dejar indiferente y, sin duda, reclama una acción. Cuando la gente confronta tales situaciones, efectivamente actúa, colectiva o individualmente, dentro de sus limitaciones y posibilidades. “No existe un pueblo sin movimiento”, afirma correctamente Gustavo Esteva[16]. Solo el activista compulsivo, el misionero, el interventor obsesivo y el bienhechor mentalmente programado piensan que solo ellos se preocupan de la situación, mientras que los afectados no lo hacen. Y es debido a la arrogancia y falta de sensibilidad implícitas en esta actitud que su mediación resulta ser frecuentemente manipuladora y contraproducente.

La participación, que es también una forma de intervención, es algo demasiado serio y ambivalente como para ser tratada con ligereza, o reducida a una palabra acomodaticia carente de un significado preciso, o a un lema publicitario, o a un fetiche o bien solo a un instrumento o una metodología. Reducida a tales trivialidades, no solo deja de ser un bien intrínseco, sino que corre el riesgo de actuar como un mito engañoso o una herramienta peligrosa para la manipulación. Para entender las muchas dimensiones de la participación, uno necesita interrogarla seriamente en todas sus raíces y ramificaciones, llegando estas muy profundo hasta el corazón de las relaciones humanas y las realidades socioculturales que las condicionan.

Como ya se ha señalado, el “relacionarse” es intrínseco a la misma acción de ser y vivir. Vivir es relacionarse, o participar en el más

amplio mundo de la vida del cual se es solo una parte. El relacionarse con aquel mundo, y con los seres humanos que lo componen, es un acto de gran consecuencia que no puede y no necesita ser mediatizado. En este sentido, la incapacidad de alguien para asumir plenamente esta necesidad vital debe ser únicamente comprendida. Solo esta comprensión, por parte del sujeto y los otros que interactúan con él, puede permitirle superar ese trance difícil. Ninguna panacea democrática o participativa puede brindar a una sociedad enferma compuesta de personas condicionadas o sin vitalidad aquello que individualmente no tienen. La historia contemporánea es particularmente ilustrativa de casos en que la participación inducida de la población en proyectos de naturaleza ideológica, nacional o étnica terminaron repetidamente en tragedias espeluznantemente autodestructivas. Al fin y al cabo, los lemas publicitarios de la participación han ido de la mano de acontecimientos que llevaron a la destrucción física y mental de millones de gente inocente en Alemania, la URSS, Cambodia, India, Irán, Irak, etc.

Todas estas dificultades señalan un dilema básico que confronta el fenómeno participativo. Cómo reconciliar dos hechos: el hecho de que ninguna forma de interacción social o de participación puede llegar a ser significativa y liberadora, a menos que los individuos participantes actúen como seres humanos libres y sin prejuicios; y el segundo hecho que todas las sociedades existentes han desarrollado credos comúnmente aceptados (religiones, ideologías, tradiciones, etc.), los cuales, a su vez, condicionan y ayudan a producir personas sin libertad interior y prejuiciosas. El dilema es particularmente difícil de resolver en un momento en que las formas tradicionales de condicionamiento sociocultural han cobrado características nuevas y temibles. La economización de la vida con todas sus implicaciones (culturales, políticas y sociales) está sometiendo a sus participantes, en todo el mundo, a procesos estructurales de manipulación adictiva a menudo invisibles. Como resultado, la gente está alentada a creer que sus mismos prejuicios, su condicionamiento y su falta de libertad interiores no solo son manifestaciones de su libertad, sino de una libertad mayor aún por conseguir.

Más allá de la participación

En la vida real, el dilema se encara de manera diferente, de acuerdo a la gran diversidad de situaciones y culturas. En años recientes, algunos movimientos de base han demostrado una particular creatividad tanto para generar nuevas formas de liderazgo y "animación" como para combinar los requerimientos internos y externos de la participación.

En relación al primer logro, la presencia dentro de tales movimientos de "animadores" a veces con mucha sensibilidad, capaces de escuchar a su propia gente, a la sociedad mayor y a las raíces de su cultura común les ha permitido cultivar las posibilidades de acción y autodescubrimiento latentes en el "hombre común". Para considerar solo la situación en la India, los movimientos gandhianos, Chipko, Lokayan y Swadhyaya son buenos ejemplos de la forma en que tales animadores con mucha inspiración han interactuado con sus paisanos. Basándose en los aspectos más perdurables e inspiradores de las tradiciones del pueblo, algunos de ellos fueron capaces de utilizar estas como instrumentos vivientes de la regeneración sociocultural. Han encontrado nuevas formas de trabajar, actuar y esperar juntos, las cuales también han dado nuevos significados y expresiones a la modernidad, en su sentido real de pertenecer al presente. El hecho de que los agentes de cambio especialmente entrenados no jueguen un papel prominente en estos movimientos no les ha impedido estar, por lo general, altamente motivados por sus propios miembros, la mayoría de ellos actuando como sus propios agentes de cambio.

En cuanto al segundo logro, una nueva característica común a la mayoría de estos movimientos de base genuinos parece ser la sustitución de las diversas metodologías modernas, diseños de proyectos, esquemas organizativos y restricciones en la captación de fondos por formas de interacción y liderazgo más tradicionales y vernáculas. Como regla, parece haberse redescubierto la necesidad de una dimensión espiritual y de una reanimación de lo sagrado en las relaciones cotidianas de la persona con el mundo como factor

básico de la regeneración de los espacios del pueblo. Dondequiera que ha estado presente esta dimensión espiritual[17], ha producido efectivamente un contagio sorprendente de inteligencia y creatividad, mucho más conducente a la "eficiencia" colectiva de la gente que cualquier otra forma convencional de movilización masiva. En los movimientos de base mencionados, esta dimensión ha servido como un poderoso instrumento para revivir los antiguos ideales de una existencia basada en el amor, la convivencia y la simplicidad, y también para ayudar a la gente a resistir los efectos perturbadores de la economización.

En ese sentido, participar significa vivir y relacionarse de modo diferente. Sobre todo implica la recuperación de la libertad interior propia, es decir, aprender a escuchar y compartir, libre de cualquier miedo o conclusión, creencia o juicio predefinidos. En la medida en que la libertad interior no es necesariamente dependiente de la libertad exterior, su recuperación es una cuestión esencialmente personal, y puede llevarse a cabo aun en la cárcel, o bajo las condiciones más represivas. No obstante, lo habilita a uno a adquirir no solo un tremendo poder para el florecimiento de la propia vida, sino para contribuir, de un modo significativo, a la lucha por una mejor vida de todos los demás. En este caso, la libertad interior le da vida a la libertad externa, haciéndola posible y dándole sentido. Por otro lado, si bien la libertad exterior es a menudo un gran don, y una necesidad para proteger a la gente de la violencia y el abuso, permanece vacía y sujeta a la degradación en ausencia de la libertad interior. Nunca puede, por sí misma, ayudar a personas alienadas a florecer en el bien, o a vivir con sabiduría y belleza. De cualquier modo, la participación se convierte rápidamente en una parodia y en una invitación a designios manipulatorios, cuando representa únicamente un rito de individuos alienados que actúan como robots programados.

En segundo lugar, vivir de modo diferente implica que al cambio se le percibe como un proceso que empieza por dentro, y se va definiendo en la medida en que uno sigue su camino creativo hacia lo desconocido. No significa conformar un patrón prefijado o un ideal señalado por otros, ni siquiera uno diseñado por las propias ilusiones o metas condicionadas por uno mismo. Para que el cambio ocurra y tenga sentido, debe representar la búsqueda abierta y la

interacción de personas libres y críticas que apunten a la comprensión de la realidad.

En una situación en que estas dimensiones cruciales del cambio son dejadas de lado, o artificialmente separadas del mismo, las formas organizadas de la participación o movilización, o bien sirven a objetivos ilusorios, o en cambio llevan a logros superficiales o fragmentarios sin ningún impacto perdurable en las vidas de la gente. Aun cuando estos últimos parecen beneficiosos a un grupo o región particulares, sus efectos permanecen inevitablemente limitados, en tiempo y lugar, produciendo a veces inclusive efectos opuestos en muchas áreas imprevistas e inesperadas.

En otro plano, los cambios planificados a nivel macro (los cuales generalmente son la razón de ser de los proyectos de desarrollo) son más el resultado indirecto de millones de micro cambios individuales que de los programas y estrategias conscientemente planificados desde arriba. En efecto, representan a menudo una cooptación de los micro cambios no planificados, producidos por otros y en otra parte. Cuando estos alcanzan una masa crítica, y aparecen como una amenaza a los centros de conocimiento/poder dominantes en la cúspide, son cooptados y utilizados por sus profesionales como un insumo más para los cambios planificados, los cuales los transforman de amenaza potencial para los de la cúpula en un posible activo de sus propios proyectos. De ahí que los grandes proyectos de cambio propuestos desde arriba representan generalmente un intento, por parte de aquellos mismos que se sienten amenazados, por contener y reorientar el cambio, con vistas a adaptarlo a sus propios intereses y, siempre que sea posible, con la propia participación de los afectados. Es así como los verdaderos autores de muchas revoluciones son, tarde o temprano, expropiados de los cambios que provocaron y finalmente sacrificados por los ideólogos y agitadores profesionales que actúan en nombre de ellos. Así es como los pioneros mendicantes participativos de los primeros años del desarrollo fueron también expropiados de su ideal participatorio, a medida en que este último fue transformado en el actual constructo manipulatorio del desarrollo participativo.

¿Debe aquello significar que nada de lo que haga cualquier ser humano para el cambio, aun en su sentido genuino y holista, podrá

evitar ser contrarrestado y/o cooptado por intereses creados? ¿O que tales realidades debieran invitar a aquellos que seriamente quieren permanecer libres de vivir y relacionarse como tales, a continuar tomando parte en el mundo, libres de temores de todo tipo, incluido el temor a ser cooptados? Si el ideal participatorio pudiera, en términos sencillos, redefinirse por aquellas cualidades de la atención, la sensibilidad, la bondad o la compasión, y sustentarse por aquellas acciones regenerativas como el aprender, el relacionarse y el escuchar, ¿no son acaso estas cualidades y dones precisamente imposibles de cooptar? ¿No son también estos mismos los que siempre ayudan a florecer en otros sus posibilidades de transformación interior? El quedarse con esta pregunta podría servir de excelente compañía para el activista en busca de una respuesta para su vida y para mejores formas de participar en las vidas de otros.

Notas

* “Participación”, en W. Sachs (ed.), 1996, Diccionario del desarrollo. Una guía del conocimiento como poder, Lima, PRATEC [e. o. en inglés: 1992 The Development Dictionary. A guide to knowledge as power, Nueva York, Zed Books. pp. 116-131].

** Majid Rahnema, pensador iraní, ministro de Cultura de su país, fue diplomático y funcionario en Naciones Unidas hasta fines de los setenta. Profesor en la Universidad de Berkeley y en la universidad americana de París. Es experto en el estudio de la pobreza y el desarrollo.

1. Daniel Lerner, The Passing of Traditional Society (La muerte de la sociedad tradicional), Glencoe, Illinois, 1958, p. 50.

2. Norman H. Nie, “Social Structure and Political Participation” (“Estructura social y participación política”), en American Political Science Review, junio de 1969, nº 63, p. 369.

3. Se trata de una de las definiciones del verbo “desarrollar”, en el

diccionario Webster.

4. Robert S. McNamara, “Discurso ante la Junta de Gobernadores”, Washington, DC: Banco Mundial, 25 de septiembre de 1973.

5. Sheldon Annis, “The Next World Bank? Financing Development from the Bottom Up” (“¿El próximo Banco Mundial? Financiando el desarrollo desde abajo”), Grassroots Development, 1987, vol. II, nº 1, p. 25.

6. Ibíd., p. 26.

7. En un documento elaborado por Matthias Stiefel y Marshall Wolfe, “The Quest for Participation” (“La búsqueda de la participación”). Los autores llegan a la siguiente conclusión: “El asunto central de la participación popular tiene que ver con el poder que ejerce un pueblo sobre otro, y unas clases sobre otras […]”, UNRISD, Informe Preliminar mimeografiado, junio de 1984, p. 12.

8. La IAP —i. e., la Investigación y Acción Participativas— es una metodología, un enfoque de la acción e investigación. Fue introducida en los años setenta, primeramente en Asia y América Latina, por diferentes teóricos/activistas que trabajaban en actividades de desarrollo con las bases. La IAP pretende poner en movimiento procesos de cambio social impulsados por las mismas bases, a partir de la percepción de su propia realidad. Uno de sus fundadores, Orlando Fals-Borda, reclama para ella el estatuto de “una metodología al interior de un proceso existencial total” que apunta a “lograr el poder y no solo el crecimiento de las bases”.

9. Orlando Fals-Borda, Knowledge and People’s Power (Conocimiento y poder popular), Nueva Delhi: Indian Social Institute, 1988, p.2.

10. “Cualquier ciencia en tanto producto de una cultura tiene un propósito humano específico y, por tanto, conlleva implícitamente aquellos prejuicios y valores que los científicos detentan como grupo”, en Orlando Fals-Borda, op. cit., p.93.

11. El núcleo de esta postura se puede encontrar en la siguiente

afirmación de Orlando Fals-Borda: “El conocimiento académico combinado con el saber popular y la sabiduría del pueblo pueden dar, como resultado, un conocimiento científico total de naturaleza revolucionaria (y tal vez, incluso, un nuevo paradigma) que destruye el anterior e injusto monopolio de una clase social”, ibíd. p.88.

12. El movimiento gandhiano basó su estrategia en la premisa de que las comunidades rurales en la India detentaban un poder mucho más temible que el poder de la Administración británica. Por ello, el insistente mensaje que Gandhi les dirigía consistía en no oponerse a aquel poder ilusorio y corruptor mediante la violencia, ni tampoco intentar tomarlo. Muchos movimientos de base que han surgido recientemente en la India y otros lugares piensan de modo parecido, que la estrategia inmediatista consistente en capturar el poder del Estado es con frecuencia una última salida. Para un análisis más extendido sobre la cuestión del poder, ver Majid Rahnema, “El poder y los procesos regenerativos en micro-espacios”, en International Social Science Journal, agosto 1988, nº 117, pp. 361-75.

13. Ibid., p. 366.

14. Carlos Fortin y Matthias Stiefel, “People’s Participation Problem or Promise? Summary of a Panel of the World Conference” (La participación popular : ¿problema o promesa?, resumen de un panel de la Conferencia Mundial), en Development [SID], 1985, nº 3, p. 75.

15. Véase Paulo Freire, Cultural Action for Freedom (Acción cultural para la libertad), Harmondsworth, Penguin Books, 1975, pp. 57-71.

16. Gustavo Esteva, “Beware of Participation” (“Cuidado con la participación”), en Development [SID], 1985, nº. 3, p. 77.

17. A falta de un término menos controvertido, “espiritual” alude aquí a las siguientes cualidades: la sensibilidad; el arte de escuchar al ancho mundo y dentro de uno mismo, libres de la hegemonía del “yo” condicionado que constantemente se interpone en el proceso; la habilidad de relacionarse con los demás y de actuar, sin planes

predeterminados ni motivaciones ocultas, y las perennes cualidades del amor, la compasión y voluntad del bien, los cuales se encuentran permanentemente atacados en las sociedades dominadas por la economía. Esta dimensión espiritual no tiene nada que ver con las llamadas percepciones religiosas, estéticas o científicas del mundo. Es una manifestación, principalmente, de la creencia en que los seres humanos, al relacionarse con el mundo, no son motivados únicamente por intereses económicos, materiales o mundanos. Reconoce la existencia de la dimensión sagrada de la vida que trasciende aquellos intereses, otorgándole un sentido más elevado a aquellos asombrosos actos de vivir, relacionarse y amar. Podría decirse que la dimensión espiritual se encuentra generalmente inhibida por la creencia fanática en la superioridad de una religión sobre otra. En estos casos, y al contrario de lo que pretenden decir sus promotores, se encuentra totalmente ausente en los movimientos religiosos fundamentalistas basados en el odio y la violencia.

Bibliografía COMENTADA sobre participación

Burt Alpert & P. A. Smith, “How Participation Works” (“Cómo opera la participación”) y S. M. Miller, “Planning for Participation” (“Planeando para la participación”), ambos publicados en The Journal of Social Issues, vol. 5, nº 1, 1949; se encuentran entre los primeros artículos sobre la participación en la época del desarrollo. Estudios esporádicos como el de G. M. Beal, “Additional Hypotheses in Participation Research” (“Hipótesis adicionales en la investigación de la participación”), en Rural Sociology, vol. 21, sept.-dic. 1956; T. R. Black, “Formal Social Participation: Method and Theory” (“Participación social formal: método y teoría”), en la misma revista, vol. 22, marzo 1957; y J. W. C. Johnstone & R .J. Rivera, Volunteers for Learning (Voluntarios para el aprendizaje), Chicago, 1965, mantienen vivo el interés por el tema. Fuera del Brasil, la publicación de los tres más extensos trabajos de Paulo Freire: Cultural Action for Freedom (Acción cultural para la libertad), publicado originalmente como “Monograph Series, nº 1”,

del Harvard Educational Review, 1970; Pedagogy of the Oppressed (Pedagogía del oprimido), Nueva York, 1970; y Education for Critical Consciousness (Educación para la conciencia crítica), Nueva York, 1973, suministraron a los activistas y teóricos del desarrollo el nuevo concepto de la concientización.

Los años setenta se vieron inundados de ideas y prácticas que apuntaban a definir e implementar el cambio social a partir de, y junto a, las poblaciones afectadas, en consonancia con sus propias aspiraciones. La IAP (Investigación y Acción Participativas) nació como una nueva metodología de la "intervención dialógica". Algunas de las formulaciones más tempranas fueron: B. Hall, "Participatory Research: An Approach for Change" ("Investigación participativa : un enfoque para el cambio"), Convergence, vol. 8, nº 2, 1975; F. Haque, S. Mehta, A. Rahman & P. Wignaraja, "Towards a Theory of Rural Development" ("Hacia una teoría del desarrollo rural"), Development Dialogue, nº 2, 1977; M. R. Hollnsteiner, "People Power: Community Participation in the Planning of Human Settlements" ("Poder popular : participación comunitaria en el planeamiento de asentamientos humanos"), Assignment Children, nº 40, oct.-dic., 1977. Se pueden encontrar experiencias de diferentes regiones en M. L. Swantz, "Participatory Research as a Tool for Training: The Jipemoyo Project in Tanzania" ("Investigación participativa como herramienta de aprendizaje: el proyecto Jipemoyo en Tanzania"), Assignment Children, nº 41, ene.-mar., 1978; R. B. Charlick, "Animation Rurale: Experience with Participatory Development in Four West African Nations" ("Animación rural: experiencia con el desarrollo participativo en cuatro naciones de África Occidental"), Rural Development Participation Review, vol.1, nº 2, invierno, 1980; H. Masharraf, Conscientizing Rural Disadvantaged Peasants in Bangladesh: Intervention through Group Action: A Case Study of Proshika (Concientizando campesinos rurales desvalidos en Bangladesh : intervención a través de la acción grupal, un estudio de caso en Proshika), OIT, Informe de Trabajo, nº WEP 10/WP.27, 1982. Compendios de una década de experiencias se encuentran en Md. A. Rahman (eds.), Grassroots Participation and Self-Reliance (Participación de base y autoconfianza), Delhi, 1984; M. Stiefel & M. Wolfe, The Quest for Participation (La búsqueda de la participación), Ginebra: UNRISD, 1985; O. Fals-Borda & A. Rahman

(eds.), Action and Knowledge: Breaking the Monopoly with PAR (Acción y conocimiento: rompiendo el monopolio con la IAP), Nueva York, Apex, 1991.

A pesar de que la intención de la mayoría de los autores mencionados fue la de impartir una dirección endógena al cambio social, la participación se convirtió pronto en una palabra "ameba" o acomodaticia favorita de la época del desarrollo. Para una comprensión de este fenómeno, véase Uwe Porksen, Plastikworter: Die Sprache einer internationalen Diktatur (Palabras de plástico: el lenguaje de una dictadura internacional), Stuttgart, 1988, que provee una lista de estas palabras en la pág. 41. Una corriente contraria, principalmente compuesta por planificadores, expertos y economistas, buscaron cooptar el discurso participativo con vistas a esbozar un "rostro humano" para el desarrollo. Véase, por ejemplo, D. Gow & J. VanSant, "Beyond the Rhetoric of Rural Development Participation: How Can it Be Done?" ("Más allá de la retórica de la participación en el desarrollo rural: ¿cómo puede lograrse?"), World Development, vol.11, nº 5, 1983; D. C. Korten & F. B. Alonso (eds.), Bureaucracy and the Poor: Closing the Gap (La burocracia y los pobres: cerrando la brecha), Singapur, 1981; J. VanSant et al., "Managing Staff to Promote Participation" ("Administrando personal para promover la participación"), Rural Development Participation Review, vol.3, nº 3, 1982.

Los años ochenta vieron una diversidad de reflexiones críticas sobre la participación provenientes de direcciones diferentes, a veces opuestas. L. Rao y A. Bhaiya, "Building Up People's Faith in Themselves" ("Reforzando la fe de la gente en sí misma"), Ideas and Action, vol. 119, nº 7, 1977; N. Long y D. Winder, "The Limitations of Directive Change for Rural Development in the Third World" ("Las limitaciones del cambio de directiva para el desarrollo rural en el Tercer Mundo"), Community Development Journal, vol.17, nº 2, abril 1981; Jacques Bugnicourt, "Popular Participation in Development in Africa" ("Participación popular en el desarrollo en África"), Assignment Children, vol. 59/60, 1982; y R. Kidd y M. Byram, "Demystifying Pseudo-Freirian Development: The Case of Laedza Batanani" ("Desmitificando el desarrollo seudo-freiriano: el caso de Laedza Batanani"), Community Development Journal, vol. 17, nº 2, abril, 1982; encontraron que, en los casos considerados, el

discurso participativo fue utilizado para esquemas manipulativos y domesticadores. B. Dogra & A. Curucharan, “Behind the Facade” (Tras la fachada), The Illustrated Weekly of India, marzo, 1984, contiene una investigación periodística de un caso de abuso, realizado en nombre de la participación del pueblo, por parte de una económicamente poderosa ONG internacional. La cooptación de la protesta por parte de las agencias es analizada aún más por G. Esteva, “Beware of Participation” (“¡Cuidado con la participación!”) y M. Rahnema, “NGO’s: Sifting the Wheat from the Chaff” (“Las ONG: separando el trigo de la paja”), cuyos trabajos fueron publicados en Development, nº 3, 1985; y S. Annis, “The Next World Bank? Financing Development from the Bottom Up” (“¿El nuevo Banco Mundial? Financiando el desarrollo desde la base”), Grassroots Development, vol. 11, nº 1, 1987. También los protagonistas de la IAP intentan crecientemente reflexionar sobre esta ambivalencia. Por ejemplo, O. Fals-Borda, Knowledge and People’s Power: Lessons with Peasants in Nicaragua, México and Colombia (Conocimiento y poder popular : lecciones con campesinos en Nicaragua, México y Colombia), Delhi: 1988, particularmente en las págs. 41-50.

capítulo 7

LOS ANTROPÓLOGOS DENTRO DEL DESARROLLO*

David Lewis y Kate Gardner**

En las líneas que siguen, discutiremos algunas de nuestras propias experiencias como antropólogos trabajando en lo que podría denominarse la "industria de la ayuda": en agencias de desarrollo dirigidas por donantes internacionales, compañías de asesoría privada y organizaciones no gubernamentales. Proporcionaremos algunos ejemplos de las distintas formas que puede tomar este tipo de trabajo aplicado en los casos donde hemos participado.

Estos estudios de caso, además de documentar algunas de las realidades prácticas que enfrentan los antropólogos en el contexto del desarrollo, sirven para reforzar un tema importante que atraviesa gran parte de este texto: que contrario a la impresión que dan la mayoría de los análisis, los discursos contemporáneos sobre el desarrollo no son todos iguales y distan mucho de ser algo establecido; están siendo cuestionados constantemente y, por lo tanto, abiertos al cambio.

Muchos de los problemas que hemos tratado colocan a los antropólogos en una posición potencialmente fuerte para contribuir e influir en dicho cambio. La manera en que esto podría realizarse desde dentro de la industria de la ayuda es el tema de este capítulo.

LOS ANTROPÓLOGOS COMO ASESORES

En capítulos anteriores hemos discutido la historia de la antropología aplicada y hemos tratado algunas de las funciones que los antropólogos aplicados han desempeñado en el desarrollo. En las

siguientes líneas continuaremos discutiendo las actividades de los antropólogos profesionales que trabajan, en su mayoría, fuera de la academia y dentro de la industria del desarrollo. Las agencias, organizaciones y empresas privadas de asesoría emplean hoy cada vez más antropólogos. Por lo tanto, una discusión de la antropología aplicada no plantea tan solo las preguntas acerca de lo que un antropólogo profesional podría hacer, sino que también debe incluir un análisis del marco de trabajo en el que este opera.

El papel del antropólogo como asesor se originó en la práctica de las agencias de gobierno que le daban a resolver a las autoridades independientes los problemas de hechos o políticas. Ejemplos de esto son los vínculos establecidos entre la administración de los Territorios Ocupados de EE UU y los etnólogos de la Universidad de Hawaii, y las relaciones entre el Gobierno de la India y el director de su nuevo Departamento de Antropología durante la década de 1940 (H. G. Barnett, 1956: 28). En años recientes hemos presenciado el desarrollo del antropólogo como un "profesional de las políticas", a la par de otros profesionales con conocimientos relacionados con el desarrollo, como ingenieros y economistas. En el Reino Unido, este papel ha sido enriquecido por Alan Rew (1985), un antropólogo que tiene como prioridad este tipo de trabajo sin dejar de ocupar un lugar dentro de la academia. En EE UU, Allen Hoben (1982) también ha escrito sobre este tema. Existe un creciente número de puestos profesionales para los antropólogos aplicados fuera de la academia, por ejemplo, en la Administración Británica de Desarrollo Extranjero (cuyos recién creados puestos de "consejero de desarrollo social" —que tienden a ser ocupados por antropólogos— se discutirán más adelante en este capítulo), o en proyectos reales de desarrollo que pueden durar periodos de varios años.

Los tipos de trabajo que se les pide realizar a los antropólogos profesionales varían considerablemente. Pueden incluir investigación aplicada para producir datos que apoyen las intervenciones planeadas; colaborar en la apreciación o evaluación del planeamiento de los proyectos de desarrollo, o intentar construir la participación local para el proyecto. Las tareas pueden variar desde un trabajo de asesoría corta, que dura unas pocas semanas, hasta una plaza en un proyecto de varios años como parte del

personal de tiempo completo. El antropólogo suele ser uno de los especialistas de un equipo que puede incluir personas de otras disciplinas, como la ingeniería, la administración o la economía.

Es comprensible que exista la suposición de que el antropólogo puede aportar un conjunto distintivo de ideas y habilidades a una serie dada de problemas o temas. Los antropólogos han sido retratados algunas veces como portadores de un ingrediente especial, casi mágico, del que hasta entonces carecía el desarrollo[1]. Incluso algunos de los mismos antropólogos han sido propensos a dejarse llevar por esta línea de pensamiento, y Cochrane (1976) fue inspirado a escribir en un momento de gran optimismo: “El Tercer Mundo necesita con urgencia el tipo de conocimientos que solo los antropólogos pueden ofrecer”. Sin duda, esto reflejaba el humor de la época, cuando la antropología parecía ofrecer posibilidades bastante francas de contribuir al cambiante paradigma del desarrollo. Sin embargo, como veremos, resulta extremadamente difícil identificar de forma específica qué es, en términos prácticos, lo que los antropólogos profesionales pueden ofrecer al desarrollo[2].

Un buen punto de partida es el de considerar el enfoque antropológico para recolectar información e ideas, el cual generalmente está basado en un contacto cara a cara con las personas. Como argumentamos, no hay duda de que las metodologías antropológicas están recibiendo cada vez mayor atención en los círculos del desarrollo y las políticas. Un ejemplo bien sabido es el del crecimiento de la evaluación rural participativa (PRA, en sus siglas en inglés), que retoma algunas de las ideas metodológicas de la antropología; otro es la investigación de sistemas agrícolas (FSR, en sus siglas en inglés), que busca combinar el conocimiento especializado del exterior para mejorar el apoyo a los agricultores más pobres y marginales, cuyas necesidades suelen ser olvidadas por los enfoques agrícolas convencionales de divulgación.

Pero ¿de qué manera trabajan los antropólogos profesionales cuando se encuentran bajo las restricciones prácticas de la oficina del desarrollo? Dentro del marco de trabajo de la asesoría existe una presión tremenda sobre el antropólogo para que colabore de manera constructiva con los equipos interdisciplinarios y trate de proporcionar soluciones realistas a los problemas. Para algunos antropólogos el trabajo aplicado resulta difícil

porque están acostumbrados a un régimen solitario y auto regulado. Otros, cuyo interés por la antropología fue motivado por una inclinación política de izquierda o posturas anarquistas o de rechazo al sistema, pueden ser renuentes a comprometerse con la posición ideológica de la corriente principal del desarrollo. Dejando de lado los sentimientos personales del antropólogo, existen ciertos limitantes comprometedores que debe aceptar de ser asesor. El principal es el tiempo: mientras que la mayoría de las personas que han completado un doctorado pasan de uno a dos años haciendo trabajo de campo, la duración de estos estudios en el contexto del desarrollo puede ser de unos pocos meses o incluso semanas, de acuerdo con la agencia. Aunque fuera posible realizar en ese tiempo un trabajo significativo en caso de regresar a comunidades ya conocidas por estudios anteriores, muchas veces es una condición poco menos que imposible si se le pide al antropólogo que comience de cero en un contexto completamente nuevo. Tales tareas pueden ofrecer un reto apasionante, pero pueden resultar frustrantes en términos profesionales, además de generar resultados con falta de fuerza teórica o rigor metodológico.

TRABAJAR EN LAS AGENCIAS

Aunque algunos antropólogos trabajan como asesores independientes, otros son empleados asalariados de agencias gubernamentales o privadas. En el caso de estos antropólogos, mucho del trabajo cotidiano que realizan es de tipo administrativo. En lugar de ser contratados por su conocimiento de alguna sociedad particular o por su potencial como trabajadores de campo, esos antropólogos deben aportar un conjunto de ideas y preguntas que les permitan criticar y asesorar los proyectos y las políticas en curso, así como ayudar a formular nuevas ideas y estrategias dentro de la agencia.

Los consejeros de desarrollo social (SDA, en sus siglas en inglés) empleados por la ODA proporcionan un buen ejemplo de esto último (para una discusión más a fondo del papel del SDA dentro de la ODA durante la década de 1980, véase Conlin, 1985). Como veremos, su cambiante perfil dentro de la organización a lo largo de los últimos años también demuestra cómo pueden cambiar con el tiempo las agendas y las prácticas.

Como otros consejeros profesionales (economistas, ingenieros o ecologistas, por ejemplo), los SDA ofrecen asesoría a los funcionarios de oficina responsables de regiones geográficas específicas y los proyectos dentro de ellas. Dado que controlan los presupuestos regionales, estos administradores tienen un poder nada despreciable. La labor del SDA es la de comentar cualquier asunto "social". La manera en que se define lo "social" depende, desde luego, de la perspectiva de cada quien. Un problema inmediato es que los funcionarios urbanos y regionales sin ninguna capacitación en ciencias sociales podrían no reconocer las implicaciones sociales de un proyecto o política, incluso cuando el SDA sí lo hace. Por lo tanto, parte del trabajo de un SDA es diplomático: lograr convencer a sus superiores.

El trabajo de un SDA puede involucrar, entre otras cosas, comentarios sobre propuestas de proyecto, producir declaraciones sobre asuntos relacionados con las políticas de la agencia y participar en misiones para los proyectos "en el campo"[3], como parte de equipos de consejeros y administradores. Inclusive, como empleados del Gobierno, los SDA también pueden ofrecer asesoría para la redacción de los discursos del ministro de Desarrollo Extranjero.

De muchas maneras, se fuerza a los SDA a ajustarse al discurso dominante de la ODA. En 1990 este estaba muy cargado hacia el campo económico y las nociones de crecimiento y eficiencia. Estaba claro que muchos empleados, en especial los que participaban en actividades técnicas, creían firmemente en la modernidad y los beneficios del progreso tecnológico. Cuestionar estas creencias de forma explícita o negarse a obedecer las prácticas establecidas (suposiciones y procedimientos burocráticos específicos, como la producción de un informe de cierto tipo y el uso de cierto vocabulario) no hubiera ayudado a la causa de los SDA, dado el equilibrio de poder dentro de la ODA. Por el contrario, los SDA trabajaron a hurtadillas en esa época para añadir cuestiones sociales a la agenda.

Hasta cierto punto fueron exitosos. En 1990, los tres SDA que empleaba la ODA no tenían su propio departamento separado y eran dirigidos por un economista. No obstante, en 1995, el número de SDA empleados por la ODA se triplicó, y tuvieron su propio Departamento de Desarrollo Social

separado. Cada vez se reflejan más los asuntos sociales en las políticas y los SDA forman parte de las apreciaciones y evaluaciones de los proyectos. Lentamente, el equilibrio de poder dentro de las organizaciones está comenzando a cambiar. Los discursos que producen —informes, sus declaraciones de principios y el contenido real de sus reuniones— también están cambiando, aunque sea un poco, hacia formas más antropológicas de hacer y de ver. Esto no significa necesariamente que el estilo de desarrollo de la ODA sea más empoderador y participativo en la práctica. Las restricciones burocráticas y políticas son enormes. Los SDA permanecen solo como una parte pequeña de una maquinaria más grande. Tampoco están libres del enfoque "de arriba abajo". Sin embargo, lo que sí denota es que el desarrollo también es cuestionado e impugnado dentro de las mismas agencias de ayuda. En consecuencia, el discurso oficial está en un continuo estado de flujo y cambio.

EL COMPROMISO ENTRE LOS PUROS Y LOS APLICADOS

Los orígenes oficiales de la antropología aplicada llevaron a algunos antropólogos como Brokensha (1966) a reservar el término solo para el trabajo realizado en nombre del Gobierno en una misión oficial. Sin embargo, esto refleja solo parte del panorama; la antropología aplicada siempre ha sido mucho más de lo que esta definición abarca. En EE UU, por ejemplo, el sector privado, al igual que el Gobierno, ha empleado antropólogos; esta tendencia está creciendo conforme los antropólogos son contratados cada vez más por compañías de asesoría privada, donde trabajan para muchos diferentes tipos de agencias. La creciente importancia de las ONG locales, nacionales o internacionales en el desarrollo también vuelve obsoleta esta definición de la antropología aplicada. Existen una serie de agencias activas en la agricultura, la salud, la educación y el trabajo de infraestructura con las que ahora se ponen en contacto los antropólogos que desean colaborar en este campo.

Pero ¿qué significa en verdad trabajo "aplicado"? La "antropología aplicada" tendía a referirse solo al trabajo antropológico aplicado formal y específicamente, a la resolución de problemas particulares. Sin embargo, puede argumentarse que toda la antropología es

aplicada en algún sentido, está pues comprometida —por lo general — con la investigación de campo en las comunidades con personas reales y trata de reflejar las perspectivas de estas. Al mismo tiempo, muchos antropólogos que no tienen ellos mismos ninguna participación directa en los asuntos del desarrollo han contribuido, no obstante, con ideas teóricas que moldean nuestra comprensión de este concepto. Por lo tanto, la investigación antropológica no necesita ser realizada con un propósito específico para ser útil objetivamente. Incluso si la intención original de un estudio no era aplicada, de todas formas puede ser retomada después (y ser usada o mal usada) por los practicantes. En el contexto del desarrollo, la distinción entre lo puro y lo aplicado se comienza a disolver con mucha facilidad.

La investigación no comisionada puede tener un valor práctico para una serie de personas más allá de la academia, incluyendo Gobiernos, agencias de donantes u ONG, sin importar si el trabajo fue motivado por la resolución práctica de un problema[4]. También es importante distinguir claramente entre los “medios” y los “fines” de la antropología aplicada. ¿Qué clase de resultados están tratando de obtener los antropólogos aplicados con su trabajo, y qué control tienen sobre estos? Estas preguntas han llevado a algunos debates teóricos. Bastide (1973: 6) argumenta que el tema contiene una paradoja que está implícita en cualquier ciencia “liberal”: la antropología aplicada implica los medios del cambio controlado, pero no contiene necesariamente ideas claras acerca de “qué” es exactamente lo que estos medios aportan. El camino de salida a este dilema, sugiere Bastide, es que la investigación puede vincularse a la acción. El concepto de Marx de “praxis” resulta una buena alternativa, ya que reconoce que los juicios de valor no pueden separarse de las concepciones de la realidad. Por lo tanto, esta idea puede generar una forma de investigación que esté vinculada a la acción: el conocimiento teórico desarrolla al mismo tiempo conocimiento práctico, en y del mismo impulso de la praxis. La intervención humana en la realidad social es tanto acción como ciencia a la vez, dado que nos permite cambiar el mundo y, al mismo tiempo, descubrirlo mientras lo cambiamos (Bastide, 1973: 6).

Aunque existe un sentido en el que la antropología aplicada

significa “cambiar el mundo”, es poco probable que el antropólogo tenga una mejor idea que cualquier otra persona de cómo hacer esto; sin embargo, él o ella puede aportar un cierto tipo de perspectiva al problema, una que involucra y busca representar los perfiles y las perspectivas de quienes están implicados.

CONSEGUIR INFLUENCIA

El trabajo de la antropología aplicada, incluso cuando tiene un estándar muy alto, es tan solo una habilidad para influir, directa o indirectamente, sobre quienes detentan o buscan detentar el poder. Se trata de un conjunto importante de preguntas que rodea la necesidad de los antropólogos de llegar a las personas que toman decisiones políticas. Aunque existen instituciones en el Reino Unido que realizan estudios sobre asuntos del desarrollo relacionados con políticas (como el Instituto de Desarrollo Extranjero y el Instituto de Estudios sobre el Desarrollo), estas se han concentrado por lo general en cuestiones económicas más que antropológicas.

Es bien sabido que los antropólogos no siempre se han comunicado bien con sus colegas o funcionarios interdisciplinarios. Strathern (1993: 10) esboza una serie de peligros comunes en el contexto de Papúa Nueva Guinea que han hecho el trabajo del antropólogo menos relevante y accesible a los funcionarios de lo que debería haber sido. Por muchos años, los antropólogos usaron una metodología de investigación que retrataba a las comunidades en términos estáticos. El uso del “presente etnográfico” alejó la atención antropológica de examinar las cuestiones que surgen del cambio social. Otro problema es el “rito de paso” del trabajo de campo del estudiante de posgrado en antropología, que tiende a viajar a áreas aisladas del país donde se puede recolectar material etnográfico detallado lejos de las más visibles e inciertas complejidades de las áreas que están experimentando un cambio rápido. Esto ha llevado a que la cobertura de la etnografía sea incompleta. Aunado a estos factores está el reclamo añejo de la diferencia de tiempo entre el momento de terminar el trabajo de campo y la escritura de la investigación, que puede en cualquier caso presentarse en un formato inaccesible para los funcionarios. Además, argumenta Strathern, los antropólogos se han inclinado a oponerse, a priori, al enfoque del Gobierno de Papúa Nueva Guinea en sus políticas de desarrollo, que tenía una orientación hacia el crecimiento y buscaba estimular así la inversión extranjera a cualquier precio.

Recientemente ha habido más discusiones acerca de las maneras prácticas en que los antropólogos pueden volver más útiles sus descubrimientos para las agencias que los contratan, de ahí la necesidad de escribir informes más accesibles y de aprender a trabajar con un equipo interdisciplinario (Rew, 1985; Epstein y Ahmed, 1984). Claramente todavía hay un largo trecho que recorrer antes de que los antropólogos y los practicantes del desarrollo, en particular quienes están involucrados con prioridades técnicas o administrativas, puedan aprender a comunicarse entre sí con facilidad.

Por otro lado, para los antropólogos interesados en los asuntos del desarrollo no hay necesidad de fijar un límite entre sus funciones académicas y de consulta. Muchos antropólogos aplicados han encontrado que estas áreas de trabajo pueden reforzarse una a la otra, dado que proporcionan la oportunidad de crear vínculos entre la investigación, el trabajo aplicado y la enseñanza. Para el consultor que permanece ligado a una institución académica, el trabajo de asesoría puede fortalecerse por un retorno periódico a la investigación pura, durante la que se pueden recargar las baterías intelectuales mediante periodos de reflexión sobre asuntos teóricos menos urgentes.

Tal vez los antropólogos que tienen la mejor oportunidad de realizar trabajos valiosos sobre el desarrollo son los que combinan investigaciones académicas durante periodos largos, y temporadas cortas e incursiones de asesoría aplicada seleccionadas con sumo cuidado. Durante las tareas de asesoría, las ideas pueden ser reformuladas de modo que sean más fácilmente accesibles a los funcionarios; informes cortos, presentaciones tipo taller y sesiones de capacitación. Sin embargo, con frecuencia se mantiene un abismo significativo de información y comprensión entre los tipos “aplicado” y “académico”. Además, muchos funcionarios sencillamente no tienen tiempo para leer trabajos teóricos largos y responden mucho mejor a las discusiones cara a cara o a informes breves.

LA CUESTIÓN ÉTICA

Una discusión de la antropología aplicada trae a colación algunas preguntas éticas difíciles. La primera de ellas es el problema de la rendición de cuentas y la responsabilidad: ¿para quién se está realizando el trabajo y a quién se están entregando los descubrimientos? La información es una fuente de poder en las interacciones y conflictos entre los ricos y los pobres y, como tal, rápidamente se vuelve un tema muy delicado. El contexto del trabajo aplicado ilustra los peligros que pueden surgir, en términos de rendición de cuentas y cualidad, si las habilidades antropológicas son puestas al servicio formal de los administradores y funcionarios. A menos que la participación de los antropólogos proporcione aperturas para que los sectores más débiles de una comunidad local incrementen su influencia sobre las posibles consecuencias de un proyecto de desarrollo, él o ella habrá tan solo contribuido al control del proyecto de desarrollo sobre las personas como objetos, en lugar de ser sujetos del "proceso de desarrollo".

Una segunda cuestión es el asunto de la calidad. Las restricciones en el trabajo de un antropólogo aplicado, como una agenda apretada o la necesidad de un conjunto claro de conclusiones "amigables" para los usuarios, tienden a llevar a tomar atajos metodológicos o teóricos. Entre algunos antropólogos ha habido la tendencia de considerar el trabajo aplicado como de poca calidad. Aunque algunas críticas son válidas a veces (y no hay duda de que el trabajo de baja calidad puede ser el resultado de condiciones restringidas de tiempo y temas específicos), la tendencia de que los antropólogos "puros" nieguen y reescriban el trabajo realizado por sus colegas aplicados suele ser injustificada. Al final, la calidad del trabajo variará de acuerdo con el compromiso y la habilidad del investigador, ya sea producido bajo condiciones de investigación académica o comisionadas por una agencia.

A partir de esta discusión más general pasemos a algunos ejemplos específicos de cómo podrían trabajar los antropólogos dentro del mundo del desarrollo. Estos involucran preguntas importantes sobre si los antropólogos están o no siendo "comprados" o teniendo pactos comprometedores con el discurso del desarrollo —como ha argumentado Escobar contundentemente en años recientes— o si el

propio discurso puede cambiarse. Los estudios de caso que siguen exploran el espacio de maniobra que puede existir. A partir de ellos trataremos de obtener lecciones generales acerca de nuestras experiencias, trabajando en la “industria de la ayuda”, sin meternos en demasiados detalles respecto del país específico y los contextos organizativos. Esto ha sido necesario en parte porque estamos tratando —esperamos que con honestidad— asuntos que pueden verse como algo delicado por quienes están o estuvieron involucrados. Hemos seguido la tradición de la escritura etnográfica de preservar el anonimato con el fin de que las identidades de los informantes puedan ser salvaguardadas. En el trabajo de asesoría existe una mayor restricción para citar los estudios debido a los derechos de autor de la agencia contratante. Esta regla puede volverse una barrera seria a la difusión de información y es usada con frecuencia para retener material relacionado con fracasos o temas difíciles que puedan mostrar una mala imagen de las organizaciones. Por ejemplo, mientras realizaba hace poco una revisión sobre el ejemplar acerca de la corrupción para la Autoridad Sueca de Desarrollo Internacional (SIDA+), resultó obvio que una vasta cantidad de datos y documentación era en gran parte inaccesible: por ejemplo, los informes restringidos realizados por los asesores que trabajaban para donantes, Gobiernos y organizaciones internacionales (Lewis, 1992). Sin embargo, creemos que el material que presentamos no pierde su significado sin los detalles geográficos, culturales u organizativos específicos. Buscamos retener tanto de la narrativa relevante como fuera posible. Nuestro enfoque parangona el que adoptaban tradicionalmente los antropólogos que escribían etnografía: estos estudios de caso representan recuentos de experiencia personales, etnográficos y con frecuencia subjetivos.

PRIMER CASO. EVALUAR LA CAPACITACIÓN RURAL COOPERATIVA

El primer estudio de caso ilustra la dificultad de comunicarse con informantes a la defensiva y potencialmente hostiles en el entorno

de un proyecto. Esto involucra complejas cuestiones de ética y poder que pueden requerir cuidadosas negociaciones. Este estudio de caso también ilustra la manera en que los proyectos pueden volverse disfuncionales y cómo pueden adquirir una lógica propia, alejándose cada vez más de sus "clientes". La perspectiva del extranjero proporcionada por un asesor a corto plazo puede ser de gran valor para recuperar un sentido de proporción y equilibrio, y los instintos escépticos del antropólogo, en particular, pueden ser útiles para mirar desde otro punto de vista algunos de los problemas.

Una tarea de asesoría fue realizada por un antropólogo para una agencia europea, se le encargó evaluar un programa de capacitación cooperativa para agricultores. Este estaba siendo realizado en asociación con la Junta de Cooperativas Rurales (RCB, en sus siglas en inglés) de un Gobierno asiático. El estudio fue aparentemente impulsado por la creciente conciencia de un donante extranjero de que ninguno de los responsables —en ningún nivel administrativo— sabía ya cuál era el progreso del proyecto. El asesor extranjero que había diseñado y tenido el interés inicial en el trabajo se había ido. Nadie había podido después lograr comprender el proyecto en su totalidad, en especial porque el personal y sus prioridades habían ido cambiando con el paso de los años.

De hecho, casi parecía que los empleados, tanto en la oficina principal como en la regional, albergaban secretamente la esperanza de que alguien más dentro de la administración tuviera una mejor idea que ellos de lo que se había convertido en un proyecto muy complicado. Se había conformado una cadena de relaciones de apoyo mutuo, aunque estaba volviéndose obvio que tan frágil "statu quo" no podía sostenerse por mucho tiempo. Finalmente, la agencia donante reconoció que se tenía que hacer algo. La ausencia de conocimientos sobre el proyecto se reflejaba en la falta de información sobre el impacto de la capacitación en los mismos agricultores y la manera en que las cooperativas operaban (o no) en la realidad.

La historia del proyecto es la siguiente. La RCB es la responsable de conformar miles de cooperativas agrícolas en los pueblos del país, un proceso que comenzó desde la década de 1960. Un modelo rural

cooperativo había sido desarrollado usando ideas relativamente innovadoras, el cual se convirtió, durante un breve periodo, en un caso exitoso de desarrollo internacional. Los grupos de agricultores fueron estimulados a compartir sus recursos, aprender habilidades de administración cooperativa, definir sus necesidades particulares (producción, procesamiento, comercialización, etc.) y, por lo tanto, ganar acceso al crédito y los insumos agrícolas subsidiados por el Gobierno, a la par de aprender a resolver colectivamente sus problemas. El Gobierno había tomado el modelo básico y lo había "escalado", con la asistencia de donantes extranjeros, para que abarcara la totalidad del país. Sin embargo, la réplica a nivel nacional del proyecto había debilitado su eficacia durante la década de 1970, dado que se había estirado más allá del control de sus fundadores y de su constante cuidado, inspiración y atención.

Con los años, diversos estudios académicos habían indicado la debilidad del sistema cooperativo, que tendía a ser dominado por los agricultores más ricos y a considerarse instrumentalmente como un medio de asegurar insumos subsidiados más que como un sistema de progreso económico mutuo. Aunado a esto, un sector floreciente de ONG estaba implementando con éxito modelos alternativos de desarrollo rural que implícitamente subrayaban las debilidades de la RCB. No obstante, el Gobierno había creado entonces un marco nacional de trabajo para fortalecer las actividades de los agricultores, y la mayoría de las principales agencias bilaterales de ayuda habían decidido apoyar el mandato de la RCB de que las cooperativas rurales fueran la prioridad.

Por varios años, la agencia de donantes había financiado un equipo de especialistas extranjeros en cooperativas para fortalecer las habilidades de capacitación del personal de la RCB, mediante cursos y materiales didácticos adecuados. El propósito era el de promover un espíritu de capacitación más participativo que el del enfoque "de arriba abajo", encarnado por las prácticas tradicionales del Gobierno. Esta capacitación debía comenzar en el nivel ejecutivo de la jerarquía administrativa de la RCB, pues el objetivo era ayudar a que el mensaje de la capacitación se difundiera a través de las estructuras administrativas a nivel local y regional.

El proyecto llevaba ya seis años funcionando cuando la revisión

específica que mencionamos tuvo lugar. Había habido revisiones de algunos de los otros aspectos en ese tiempo y, aunque el antropólogo trató de rastrear algunas de ellas, ninguna fue puesta a su disposición. Parecía que los distintos actores involucrados habían logrado construir relaciones de interdependencia mutua con base en el interés común de ver que el proyecto continuara, aunque la información objetiva acerca de su progreso la falsificaran entre ellos de modo que, al final, ningún grupo se hacía responsable de las deficiencias que estaban volviéndose obvias para muchos de los que estaban asociados con la iniciativa.

El trabajo del antropólogo involucró finalmente tratar de evaluar el impacto de la capacitación a nivel del pueblo hablando con los agricultores sobre la utilidad de lo que les habían enseñado. Sin embargo, antes de que esto fuera posible, era necesario organizar la historia del proyecto y los cambios de personal y de prioridades a lo largo de sus diversas etapas de existencia. La experiencia de estudiar la oficina no fue distinta a otros encuentros antropológicos, en los que uno se enfrenta simultáneamente con la doble tarea de explicar o justificar nuestra presencia y, a la vez, tratar de comprender el lenguaje, las situaciones, los códigos de conducta y las estructuras de poder ajenas. El personal del proyecto no había pedido que se hiciera el estudio y permanecía inseguro, inclusive desconfiado, de sus objetivos y justificación.

En términos espaciales, la oficina de la ciudad ilustraba las fronteras de una jerarquía con distinciones de estatus claramente marcadas entre los distintos empleados del proyecto. Cada asesor extranjero se sentaba en un escritorio en una oficina de planeación grande y espaciosa, alrededor de la cual se amontonaban, en sillas plegables, las personas conocidas como “consultores locales”, quienes actuaban en la mayoría de los casos como asistentes personales de los extranjeros o como mensajeros entre ellos y el Gobierno. También había diferencias entre los extranjeros, según el tiempo de servicio al proyecto. Uno de los miembros del equipo que llevaba mayor tiempo sirviendo había cambiado misteriosamente su oficina y séquito del otro lado de la estancia a un espacio separado, donde estaba pegado el título del proyecto en la puerta; aparentemente había poca comunicación entre las oficinas nuevas y las viejas. El antropólogo fue informado de que este trabajador ya no era

técnicamente parte del proyecto, aunque parecía estar trabajando en el mismo conjunto de problemas. ¿Se suponía que el antropólogo debía hablar con él o no?

Una de las primeras lecciones que aprendió el antropólogo fue que aunque era natural que todos los interesados se sintieran un poco a la defensiva cuando llega un evaluador, varias estrategias sensibles están disponibles para el personal del proyecto. Algunos son "amigables" y abiertos desde el principio, mientras que otros adoptan una postura lejana y tratan las investigaciones con un desdén mal disfrazado. Otros contestan con paciencia y detalle, pero en términos diseñados para confundir, más que para clarificar. Otros son abiertamente hostiles, mientras que algunos nunca están disponibles para hablar. Otro enfoque es el de rechazar los cuestionamientos, pero entregar pilas de informes largos, detallados y no necesariamente pertinentes. Algunos se comportan de forma diferente hacia los extranjeros en un contexto social fuera de la oficina, donde mucha de la información interesante, compleja o "difícil" puede surgir. Todas estas conductas fueron inmediatamente reconocidas de otros trabajos de campo realizados algunos años antes.

Durante los siguientes dos meses el antropólogo realizó investigaciones con los asesores urbanos y otros empleados como informantes, y supervisó un estudio de las bases sociales con los agricultores locales y el personal de las cooperativas. Los resultados fueron muy perturbadores. Las actividades de capacitación parecían haber llegado a muy pocos agricultores. No solo eso, muchas de las cooperativas que registraba el proyecto existían solo de nombre. Aunque algunos empleados mantuvieron una actitud indiferente u hostil, el antropólogo estableció buenas relaciones con todos ellos. Todos tenían su propia "versión" del proyecto. A pesar de la clara evidencia de una falta de impacto, a muchos se les hacía fácil ignorarla, evitar la responsabilidad o —algo muy interesante— explicar este fracaso sin cuestionar, necesariamente, el proyecto y su utilidad. Un miembro del equipo, de hecho, se tomó la libertad de "invitar a cenar" una noche al antropólogo y explicarle que sería bueno para él (en términos de su carrera profesional) escribir un informe positivo. Cuando el antropólogo hizo obvio que esto no podría ser posible, las relaciones se volvieron muy malas con este

individuo particular (bastante poderoso).

Al final, el antropólogo discutió el informe con el personal del proyecto antes de irse y no se le hicieron objeciones serias a los hechos. El proyecto desapareció muy poco tiempo después, en parte como resultado del informe, pero también debido a la creciente evidencia, de otras fuentes, de que no andaba bien. Por último, el antropólogo escuchó de manera informal que su trabajo fue aparentemente muy bien recibido por el donante interesado, pero nunca se le invitó a dar retroalimentación detallada o a defender ciertos puntos ante la crítica, fuera de un breve reporte en su camino a casa. El ritual de realizar el estudio parecía no requerirlo. Sería interesante conocer cuántas personas realmente leyeron el informe.

Existen algunas decisiones éticas difíciles en un trabajo de este tipo. Resulta tentador para el antropólogo evaluador tratar de alcanzar la perfección al juzgar las realidades de un proyecto fracasado, olvidando que hay parámetros (los objetivos del proyecto) frente a los cuales se debe comparar el avance en lugar de utilizar principios "puros". Otra tentación —en especial si uno necesita trabajo— es ser lo más positivo posible, lo cual, cuando menos a corto plazo, es el camino menos arduo.

Temas de discusión

1. El poder es jerárquico en los proyectos de desarrollo: entre el personal extranjero y local, los asesores externos y los empleados locales, el personal del proyecto y las personas locales o "clientes".

2. Las preguntas éticas surgen constantemente durante el trabajo de asesoría aplicado. ¿Quiere el antropólogo arruinar sus posibilidades de tener otro trabajo similar al darle a un proyecto una calificación negativa? ¿Será útil para su carrera académica publicar un documento con las "basuras" de un proyecto incluso si está escrito un poco tendenciosamente? ¿O es tentador errar por exceso de precaución, proporcionar una aprobación del estado de un proyecto

y esperar más trabajo de este tipo? Podría haber distintos objetivos para los informes de asesoría y los ensayos académicos que llevan a asumir distintas posturas hacia el mismo material de acuerdo al contexto. Esto algunas veces podría parecer hipócrita.

3. Los proyectos pueden durar periodos considerables de tiempo sin una evaluación eficaz ni objetiva. Diversos intereses (donantes, implementadores, facciones del personal) pueden combinarse para apoyar que continúen sin la debida consideración a los resultados o con una creencia demasiado optimista de que, más allá de las limitaciones estructurales, finalmente puede haber resultados positivos.

4. El conocimiento del antropólogo más volcado al contexto agrario entró en conflicto con el perfil oficinista de los planificadores. Estos últimos prefirieron concentrarse en la existencia teórica de las cooperativas de los agricultores y en los conjuntos de intereses cuyo bienestar dependía de la suposición de que las cooperativas existían y funcionaban. A pesar de cuestionar esto, el antropólogo entró en conflicto con el personal del proyecto (que algunas veces decía "puede ser que tengas razón, pero no nos compete ese tipo de cosas"), pero se proporcionó una perspectiva general que permitió una investigación más completa de los problemas.

5. Las habilidades necesarias para un trabajo, con base en proyectos como este, generó muchos de los problemas metodológicos normales en la relación de un antropólogo con los distintos informantes, sus expectativas y sus razones para "sesgar" ciertos tipos de información.

SEGUNDO CASO. LA PREVENCIÓN DE DESASTRES: LOS REFUGIOS ANTICICLÓN, LA PARTICIPACIÓN COMUNITARIA Y LAS ONG

Nuestro segundo estudio de caso es una historia iluminadora de una buena intención de desarrollo y un mal diseño de proyecto. Ilustra la necesidad de considerar los asuntos sociales desde el mismo principio del ciclo de vida de

un proyecto, asegurando que el "desarrollo comunitario" que ocurre es tan complejo y laborioso como construir edificios, tal vez incluso más. Tiene que ser cuidadosamente planeado, más que añadido como un apéndice de último minuto, algo muy frecuente en el caso de proyectos técnicos a gran escala. Este estudio de caso es, tristemente, una lección de "lo que no se debe hacer" para dirigir un proyecto que supuestamente involucra el "desarrollo comunitario". Indica no solo las restricciones experimentadas por los antropólogos del desarrollo, sino también de quienes cosechan un amplio éxito en muchos proyectos a gran escala.

Antecedentes

Después de un desastroso ciclón a finales de la década de 1980 en el que miles de personas murieron, los donantes se apresuraron a proporcionar ayuda para la construcción de refugios anticiclón en el área costera de una región pequeña, pero muy populosa y dependiente de la ayuda en los trópicos. Como en tantos desastres naturales en el sur, se pudieron haber salvado muchas vidas si los sistemas adecuados de prevención y rescate hubieran operado: hicieron falta mejores sistemas de alerta, mejor infraestructura y, crucialmente en este caso particular, mejores refugios anticiclón. Aunque existía un número considerable de refugios anticiclón cuando el desastre ocurrió, muchas personas no los usaron, a pesar incluso de que, en teoría al menos, se les avisó que era probable un fenómeno de este tipo (en general, los ciclones pueden predecirse varios días antes de que ocurran).

Hubo muchas razones para esto. En primer lugar, muchas personas habían subestimado la seriedad de la alerta anticiclón, viviendo como lo hacían en una región donde las estaciones de ciclones anuales son un peligro común. En segundo lugar, a muchos otros —más allá de que decidieran o no usar los refugios— se les negó el acceso a ellos. Algunos de los albergues existentes estaban en muy malas condiciones, se sacudían con el viento, las paredes estaban a punto de derrumbarse y tenían las escaleras rotas; en estos casos, parecía más seguro no meterse en los edificios que resguardarse en ellos. En otros casos, las personas no se marcharon de sus casas por miedo al saqueo. Muchas mujeres y niños se quedaron en sus hoga-

res, pues los refugios eran percibidos como espacios “públicos” donde podrían ser acosadas por los hombres. Dentro del contexto de las relaciones locales de género, en las que el purdah (usar velo) es un ideal cultural, esto resulta trágicamente cierto. Por último, algunos de los refugios estaban o cerrados con llave u ocupados por familias especialmente poderosas (que les negaron el acceso a otras) o siendo usados para almacenar grano o ganado y, por lo tanto, imposibilitados como tales. De nuevo, el contexto local de la diferenciación social y económica, el sectarismo y la relación entre el patrocinador y el cliente ayuda a explicar por qué algunos grupos habían obtenido desde antes el control sobre los refugios. Resulta claro que, aunque los ciclones son fundamentalmente un fenómeno climático, hay factores sociales y culturales que desempeñan un papel muy importante en la determinación de lo que ocurre antes, durante y después de ellos.

Aunque hay muy poco que las agencias de desarrollo puedan hacer para prevenir que ocurran los ciclones, las medidas para limitar su destrucción no son tan solo técnicas. Ciertamente, se necesitan construir refugios anticiclón, pero también se requiere conseguir que las personas los usen. Este proceso se puede resumir en los siguientes pasos:

1. Los refugios deben ser adecuados en términos sociales: su diseño debe tomar en cuenta los factores culturales como el purdah y proporcionar cuartos y letrinas separados para las mujeres.

2. Los refugios deben estar en un sitio adecuado, por ejemplo, cerca de los asentamientos, para que las personas no tengan que caminar largas distancias para llegar a ellos.

3. Las personas deben saber de la existencia y del propósito del refugio.

4. Los refugios deben ser considerados en la localidad como edificios compartidos a los que todos tienen acceso. La “propiedad” percibida puede tener una influencia vital para que los refugios sean o no utilizados durante una emergencia.

Una manera de asegurar que los puntos 3 y 4 se consigan es la de darle a los edificios otras funciones cuando no hay emergencias. De manera ideal, estas funciones deben involucrar tantos diferentes grupos sociales como sea posible. Dado que los grupos marginados socialmente (los desposeídos, las mujeres, los migrantes) son a los que probablemente les sea negado el acceso durante un ciclón, estas actividades deberían estar enfocadas a ellos.

5. Los edificios deben recibir mantenimiento con regularidad. La comunidad debe encargarse de esto, de nuevo, con el fin de darles a las personas un sentimiento de "propiedad", pero también para alcanzar que el proyecto sea sustentable por sí mismo a largo plazo.

El suministro de refugios anticiclón claramente involucra una inmensa cantidad de cuestiones sociales. Para asegurar que todos los grupos los utilicen durante un ciclón, los proyectos deben concentrarse lo más posible en la participación; idealmente, la construcción de refugios debe estar integrada a otros programas generales de tipo "desarrollo comunitario".

El proyecto de escuelas primarias con refugios anticiclón

Ante las secuelas inmediatas al ciclón, muchos donantes y ONG estaban ansiosos por construir refugios anticiclón en las áreas más afectadas del país. Este programa, patrocinado por un importante donante multilateral, involucró la construcción de doscientos refugios propuestos en regiones específicas del área costera. Como fue acordado por el Gobierno nacional, los refugios también tendrían la doble función de ser escuelas primarias públicas, muchas de las cuales habían sido destruidas durante el reciente desastre. Aunado a esto, el memorándum de financiamiento firmado por el donante y el Gobierno proponía que los edificios serían usados por las ONG locales para asegurar un uso comunitario más amplio de las instalaciones y que todos participaran en su mantenimiento. Se esperaba que las ONG también fueran las

encargadas de difundir en cursos qué hacer para estar preparados en caso de desastre. Aunque no se especificó cuándo tendría lugar esto, se asumió que las ONG participantes promoverían programas para generar los ingresos necesarios para el mantenimiento de los edificios y que llevarían a cabo programas adecuados de capacitación. Las ONG también compartirían el edificio con las escuelas primarias de gobierno.

La implementación del proyecto fue encargada por contrato a una empresa europea de ingenieros, que llamaremos con el seudónimo de Smith y Compañía. Esta tenía contrapartes locales dentro de la "Unidad de Implementación del Proyecto", cuyos empleados fueron contratados por el Gobierno nacional. Aunque Smith y Compañía tenía una vasta experiencia en el extranjero, esta era solo en cuanto a construcción. Ninguno de sus empleados tenía conocimientos previos sobre el país en cuestión, el desarrollo social o las ONG. Esto no se percibía como un problema para la empresa, pues cuando los contratos que ganaba de los donantes demandaban rubros sociales, simplemente contrataban asesores externos a corto plazo. A los ojos de la empresa, el proyecto consistía básicamente en construir refugios. El uso posterior de estos, el impacto en los grupos locales y los problemas de "desarrollo" no eran tomados en cuenta (cuando menos por el líder del equipo) como algo importante. Así se refería él mismo: "Estamos aquí para ganar dinero, no por el desarrollo". Sin embargo, se obligó a Smith y Compañía a realizar también el "componente social" del proyecto. Dentro del diseño del proyecto, que había sido redactado por el donante, se le proporcionaron dos meses a un asesor social extranjero y cuatro a uno local para realizar la investigación. Los términos de referencia para ambos eran en extremo vagos, pues el líder del equipo carecía de conocimiento suficiente sobre "desarrollo social" o de ONG, como para saber lo que podría requerirse. De hecho, como más tarde le confiaría al asesor extranjero, durante los primeros seis meses del proyecto no estaba ni siquiera seguro de lo que era una ONG. Desde el momento en que llegó a realizar el trabajo, le dijeron al asesor social extranjero: "Haz todo lo que creas que sea apropiado." Una versión de facto de estos invisibles términos de referencia era:

• Evaluar la viabilidad de colaborar con las ONG locales en el uso de los refugios anticiclón.

• Establecer los mecanismos para encargar las actividades de desarrollo social a las ONG.

Esta era una tarea enorme. Dado que el proyecto involucraba doscientos refugios, en teoría esto podría haber significado trabajar con doscientas ONG diferentes. Aunque en algunas áreas costeras ya había varias ONG muy respetadas trabajando con las comunidades locales, en otras había muy pocas, si es que había. Incluso si solo las ONG más grandes de escala nacional y con una mayor cobertura geográfica hubieran sido involucradas, la logística de evaluarlas, negociar con ellas y coordinar su participación sería agobiante, en especial en un contexto donde había poca coordinación nacional entre las ONG y el espíritu prevaleciente era más de competencia que de cooperación.

Se podría haber invitado a las ONG a entregar propuestas para el proyecto, pero poco se podía hacer para prevenir que estas fueran ficticias. Como cabría esperar, cuando los donantes están ofreciendo comparativamente grandes sumas de dinero, no es nada raro que algunas organizaciones sobrestimen su propia capacidad y habilidades con el fin de obtener fondos. Para colmo, el Gobierno tenía una actitud ambivalente hacia las ONG y, durante los primeros dieciocho meses del proyecto, el Ministerio de Educación, que antes que nada consideraba los edificios como escuelas primarias y no como refugios anticiclón, rehusó cooperar.

Aun cuando los objetivos del proyecto eran admirables en un nivel superficial, en realidad su diseño había sido muy ingenuo, reflejando la ignorancia del donante sobre las condiciones locales y el tipo de trabajo en colaboración con las ONG que requería el programa. Incluso si un gran número de ONG fueran integradas a la iniciativa, no había procedimientos en el diseño para vigilar y evaluar su trabajo. Tampoco se había considerado la sustentabilidad de los programas de las ONG en un futuro. El proyecto tenía la intención de patrocinar sus actividades de “desarrollo comunitario” durante tres años, después de lo cual su contrato se consideraría

terminado y Smith y Compañía cerraría sus operaciones. Sin embargo, a diferencia de la construcción de edificios, el "desarrollo comunitario" no puede realizarse en unos pocos meses. Por el contrario, el trabajo de las mejores ONG no puede ser nunca a corto plazo: sencillamente establecer un grupo de ahorro o proporcionar educación funcional puede tomar varios años, en especial si la organización no tiene contactos previos en la comunidad específica. Llevar el proceso un paso más allá requiere incluso más tiempo.

Aunado a esto, el objetivo del proyecto de la "participación" de la comunidad era ridículo. La selección de lugares y el diseño de refugios estaban ya casi a punto de concluir durante el primer informe del asesor social. Claramente, las personas locales no tuvieron oportunidad de participar en estos procesos. Las sugerencias de que las personas podían involucrarse en la supervisión del trabajo del contratista, como había ocurrido en los programas de construcción de refugios anticiclón de algunas de las ONG más radicales, no fueron tomados en serio por la Unidad de Implementación del Proyecto. Aunque incluyeron la palabra de moda en el diseño del proyecto, la participación sencillamente no fue posible dado que los objetivos y calendarios habían sido preparados con demasiada anticipación.

Los asesores sociales tuvieron un total de seis meses para hacer su trabajo. A pesar de que el sociólogo local podría haber sido muy valioso, desafortunadamente fue por completo inadecuado, pues había sido reclutado por ingenieros que no supieron qué cualidades buscar. En consecuencia, entonces, el grueso del trabajo quedó en manos del asesor extranjero, que tenía dos meses para realizar lo que hubiera requerido cuanto menos un año —si hubiera comenzado antes de que se construyeran los albergues—, y que ciertamente necesitaba continuar después de que la construcción terminara.

Después de completar su primer mes de aportaciones, el asesor extranjero había recopilado una lista de las ONG apropiadas que trabajaban en el área del proyecto propuesto. Había visitado tantas como le fue posible, pero dado que la lista solo incluía siete ubicaciones de refugio, esto fue apenas la cima del iceberg. Los "sondeos" iniciales se habían publicado en cuanto a si las

organizaciones estarían interesadas en participar en el proyecto. Las organizaciones

de menor reputación o experiencia se habían abalanzado ante la oportunidad de financiamiento, mientras que las mejores habían indicado que no tenían la capacidad de multiplicarse, más aún tratándose de tantos refugios. La Unidad de Implementación del Proyecto, no obstante, estaba ansiosa de que las ONG se adjudicaran tantos refugios como fuera posible, pues esto facilitaría la administración del proyecto. También insistió en dictar las actividades que realizarían las ONG. El líder del equipo de Smith y Compañía, cuya experiencia previa procedía en su totalidad del sector comercial, consideraba a las ONG como empleados potenciales contratados para hacer un trabajo específico y estaba pasmado de que las ONG no se "apresuraran" a seguir sus órdenes.

En un informe del proyecto, el asesor recomendó que la única forma en que la participación de las ONG podría ser implementada con éxito sería emplear a un asesor de tiempo completo para evaluar las propuestas de las ONG, negociar su papel y ayudar a monitorear el trabajo. Aunque el donante aceptó rápidamente esta propuesta, todavía un año después era una y otra vez rechazada por el Ministerio de Educación. Después de que la colaboración del asesor terminó, el líder del equipo, que se quedó sin consejo, inició negociaciones con una gran organización semigubernamental que tenía presencia en el área costera y mala reputación nacional de ser corrupta. Dado que esta era la única organización que podía lidiar con un proyecto a gran escala, parecía ser la única opción que quedaba.

El Proyecto de Escuelas Primarias con Refugios Anticiclón es el caso por excelencia de una mala planeación, suponiendo que los donantes eran sinceros en su deseo de integrar las comunidades locales en el uso y mantenimiento de sus refugios. Es un ejemplo de la manera en que tantos proyectos tan costosos son planeados por personas que perciben el uso social como algo marginal. Había un amplio espacio para aportaciones antropológicas creativas, pero debió haberse ubicado al principio del proyecto. Las cosas podrían haber ido mejor si la Unidad de Implementación del Proyecto no hubiera estado compuesta en su totalidad por ingenieros

extranjeros, sin ninguna experiencia o conocimiento de las cuestiones sociales locales. Se perdió mucho tiempo en que el líder del equipo aprendiera lo que eran las ONG y qué hacían. Como muchos de los empleados de Smith y Compañía, su compromiso con los objetivos de las ONG era mínimo, pues solo consideraba su trabajo en términos de ganancia y construcción.

Temas de discusión

1. ¿Deben colaborar los antropólogos con compañías de asesoría privada que admiten muy abiertamente que su presencia en los países del sur se debe solo a las ganancias? Aunque la respuesta obvia podría ser "no", debemos tener en mente que un antropólogo puede desempeñar una función educativa dentro de esas compañías, ayudándole a sus colegas a abrir los ojos a las implicaciones sociales de su trabajo.

2. ¿La presencia de un antropólogo legitima un proyecto que en realidad involucra muy poca participación o desarrollo social? En este caso, la respuesta probablemente es "sí". Sin embargo, sería demasiado cínico sugerir que esta era la intención original de los donantes, quienes esperaban genuinamente que al incluir un párrafo en el diseño del proyecto tendrían una iniciativa de tipo "desarrollo comunitario".

¿Cómo pueden evitarse escenarios similares? Pasemos a nuestro último estudio de caso, un ejemplo de los potenciales desatados por la participación antropológica desde el principio.

TERCER CASO. LA GRANJA PISCÍCOLA: ¿'LA COLA QUE MUEVE AL PERRO'?

Nuestro tercer estudio de caso resalta las tensiones entre las

“complicaciones técnicas” de muchos proyectos y los tipos de información “blanda” que son de interés para los antropólogos. Este concluye con un ejemplo de la “fusión” productiva, después de algunas dificultades iniciales, de estos dos conjuntos de énfasis.

En años recientes, el Gobierno, los donantes y las ONG de una nación asiática descubrieron que aunque la agricultura estaba acercándose a sus condiciones óptimas en términos de utilización y despliegue, el sector piscícola parecía ofrecer un potencial considerable para mejorar la utilización de recursos, aumentando la producción de escasa proteína animal y mejorando la disponibilidad de alimento para la población. Aumentar la producción de peces mediante la piscicultura (la crianza de peces en tanques) se comenzó a considerar una buena estrategia para incrementar la producción del alimento y ayudar a mitigar la pobreza.

El pescado ha sido desde hace mucho una parte importante de la dieta local, dado que el país contiene una vasta cantidad de deltas de ríos que son navegables gran parte del año. La disminución de recursos naturales y el aumento de la presión poblacional han llevado, no obstante, a restricciones en la disponibilidad de peces en libertad y al predominio “extenso” del sistema de crianza. La piscicultura, que apenas comienza a practicarse de forma intensiva, se considera como una solución viable a este déficit. Los peces pueden reproducirse artificialmente en criaderos, introducidos en tanques en su etapa de “pececillos” pequeños de cinco a ocho centímetros de largo (algunas veces conocidos también como “alevines”), y luego criados hasta que alcanzan un tamaño adecuado para la venta o el consumo, es decir, en cerca de seis meses.

Dado que este enfoque más intensivo de crianza de peces todavía es relativamente nuevo, las agencias de desarrollo han trabajado para tratar de apoyar su crecimiento mediante consejo y asistencia técnica. En particular, una agencia de un Gobierno europeo desarrolló un proyecto multimillonario de tanques basado en la construcción de un gran criadero de alta tecnología de peces, el cual se esperaba que proporcionara un vasto suministro de peces para los criadores y piscicultores locales de peces de un área con un volumen natural limitado. Aunque anteriormente había habido

cantidades limitadas de crías en los ríos, el nivel de disponibilidad se había vuelto francamente inadecuado para las necesidades actuales.

La idea ganó apoyo con rapidez y se planeó un proyecto con la participación de la Secretaría de Pesca del Gobierno. Se localizó un criadero viejo en desuso y se desarrolló un plan para modernizarlo y convertirlo en una gran unidad de producción con múltiples tanques que ofreciera una variedad de distintas especies de peces a los criadores locales, además de consejos y divulgación, y ayuda para obtener acceso a insumos y facilidades crediticias. El diseño fue realizado un poco rápido por los planificadores, sin haber obtenido muchas referencias de las personas locales y sin la suficiente comprensión de algunas de las restricciones bajo las que producían sus peces o el valor potencial del conocimiento local.

Conforme progresó el trabajo, tanto el personal local como extranjero del proyecto, empezaron a aprender más sobre la economía y la ecología locales. Algunos de estos aprendizajes "sobre la marcha" comenzaron a contradecir ciertas suposiciones implícitas en el diseño del proyecto. Por ejemplo, la piscicultura que se realizaba a nivel local (aunque a mucha menor escala) dependía de una compleja red de relaciones y transacciones, en la que participaban tanto ricos como pobres, quienes se beneficiaban en forma desproporcionada de estas redes.

Con el fin de explorar con mayor profundidad los problemas que salían a la luz, una serie de estudios de investigación social fueron comisionados por el donante, involucrando investigadores de una universidad del Reino Unido que trabajaban en colaboración con una organización local. Un cierto número de estos estudios fueron realizados usando una metodología antropológica basada en la observación participante y las entrevistas semiestructuradas, que comenzaron a revelar una serie de cuestiones "ocultas" claramente de gran importancia para el éxito del proyecto.

En particular, aunque los planificadores habían asumido que los beneficios de una mayor producción de peces se "distribuirían" hasta llegar a quienes tenían bajos ingresos en la comunidad, esa visión fue difícil de sostener. La compleja red de productores, intermediarios y comerciantes incluía tanto miembros acaudalados de las elites rurales locales como personas sin propiedad, con poco

capital y bajos ingresos. Los mercados locales a través de los que los insumos para la piscicultura eran comprados y vendidos estaban lejos de ser perfectos. Por el contrario, había cárteles controlando el movimiento de crías y pececillos en todo el país, y formas de crédito "amarradas" (es decir, acuerdos obligan al menos a un deudor a vender lo que produce al acreedor a un precio desventajoso), que restringía la habilidad de los compradores y vendedores a buscar los mejores precios.

No solo eso, las suposiciones de los planificadores sobre las soluciones técnicas a los problemas locales no habían tomado mucho en cuenta el conocimiento de la comunidad, que era altamente desarrollado y sorprendente de diversas maneras. Por ejemplo, mientras que la solución de utilizar alta tecnología para el transporte de la hueva de pescado requería el uso de tanques de oxígeno y bolsas de plástico, los comerciantes locales habían utilizado desde hacía mucho un sistema indígena que involucraba ollas de aluminio o barro y el mantenimiento de los niveles requeridos de oxígeno usando una técnica altamente calificada — aunque cansada— de salpicar el agua con la mano. Sin el conocimiento o la ayuda de "expertos" occidentales, los comerciantes locales de pescado estaban trasladando grandes cantidades de pececillos a todo el país en trenes, autobuses y palanquines, algunas veces recorriendo distancias de más de ciento sesenta kilómetros usando este sofisticado sistema de técnicas locales.

Por lo tanto, el trabajo del antropólogo amplió significativamente el conocimiento base y la perspectiva del proyecto, sacando a la luz detalles que habían permanecido "ocultos" a los planificadores. Tal vez, comenzaron a discutir con los sociólogos, había buenas razones por las que no había criaderos exitosos en esta región del país y los planificadores las habían pasado por alto. Algunas de las personas locales decían que el agua tenía demasiado hierro, lo cual volvía difícil la crianza de peces, un hecho que estaba comenzando a ser confirmado por los mismos científicos. Quizá la red de comercio y transporte que existía era capaz de traer pececillos al área por sí misma y satisfacer la demanda eficazmente, en cuyo caso el centro de producción local no era necesario. En el peor de los casos, si el criadero lograba alcanzar la cantidad esperada, todos los

comerciantes de bajos ingresos y que transportaban peces serían innecesarios y perderían importantes oportunidades generadoras de ingresos, neutralizando o incluso contradiciendo así las intenciones del proyecto de mitigación de la pobreza.

Muchos de estos descubrimientos fueron recibidos sin entusiasmo por el personal del proyecto, quienes se enfrentaban al dictado de una intervención tecnológica relativamente directa (construir un criadero, capacitar a las personas locales a usarlo, producir más peces para todos) y que se había vuelto una empresa arriesgada más complicada y poco clara. Algunos de los empleados del proyecto comenzaron a quejarse en privado de que los especialistas sociales estaban estorbando el trabajo y que tenerlos en él era como "la cola que mueve al perro". De nuevo, se asumía que la transferencia de la tecnología era el objetivo del proyecto.

En este momento se requirieron habilidades considerables de negociación por ambas partes para salvar los malentendidos y el orgullo profesional. Por ejemplo, resultaba tentador para el antropólogo criticar a los donantes por dejar la investigación social hasta después de que el proyecto había sido diseñado y estaba en marcha. Esto habría sido un error grave, ya que demasiadas carreras profesionales estaban en juego como para admitir abiertamente que se había cometido. Los biólogos pensaban que la investigación social pecaba de ingenua y negativa, y atacaban con avidez los ejemplos de la ignorancia de los especialistas sociales respecto de información técnica especializada siempre que se presentaba la ocasión. En el fondo había un debate entre los "tipos" de conocimiento que se consideran necesarios para el desarrollo.

El trabajo de los especialistas sociales fue finalmente usado de manera constructiva con el fin de reorientar el proyecto en formas innovadoras e interesantes. Se decidió tratar de estimular a los relativamente pobres comerciantes de alevines ampliando su base de recursos de modo que pudieran vender su asesoría a los criadores (después de recibir la capacitación pertinente por parte del personal del proyecto) en temas como la crianza de peces en tanques o su administración, además de su actividad regular, una idea que aceptaron y les pareció interesante y potencialmente útil. Esta estrategia de divulgación para comerciantes de alevines fue

una idea que surgió a partir de las discusiones entre el personal local, los criadores y los investigadores, tomando un sistema indígena (la red de relaciones entre los comerciantes de hueva de pescado y los operadores de los tanques) y proporcionando un grupo de conocedores de ese sistema con capacitación en la práctica de la cultura de tanques. La investigación etnográfica había mostrado que el conocimiento técnico de la producción de peces tenía una carencia, dado que la cultura pesquera de este tipo era relativamente una actividad nueva. Este entrenamiento podía entonces enriquecer la preexistente distribución y el sistema de divulgación, dado que se había aprendido que los dueños de tanques con frecuencia les preguntaban a los comerciantes de pececillos algún consejo sobre asuntos de piscicultura, incluso cuando la mayoría carecía de los conocimientos adecuados para proporcionarlo.

Temas de discusión

1. Un problema recurrente es la no participación de antropólogos en las etapas iniciales de planeamiento de los proyectos.

2. El conocimiento antropológico puede ser particularmente útil para comprender muchas de las dificultades ocultas que subyacen a un conjunto de suposiciones de los planificadores, muchas de las cuales pueden estar inclinadas a favor de la tecnología más que hacia las personas.

3. Al abrir nuevos espacios de discusión con las personas locales e identificar algunos de los intereses potencialmente contradictorios y las necesidades de distintas clases y grupos, se pueden tomar mejores decisiones para resolver las necesidades que sienten los beneficiarios y enfocar lo que el proyecto puede ofrecer a distintas categorías específicas de personas.

4. Se pueden alcanzar más cosas al edificar las propuestas sobre sistemas existentes que importando e imponiendo nuevas tecnologías desde fuera. Por ejemplo, los sistemas de transporte de

hueva de pescado adaptados localmente y altamente calificados —aunque arcaicos y de "baja tecnología"— no eran una prioridad del cambio, mientras que tipos particulares de escasez de conocimientos, que el proyecto podía fácilmente proporcionar, eran una demanda importante.

5. Las negociaciones con el personal del proyecto pueden ser un punto tan delicado de discusión como con los otros "informantes". Los antropólogos pueden terminar siendo mucho menos sensibles hacia estas personas de lo que lo son hacia sus informantes más "tradicionales" (véase, el primer caso sobre la capacitación rural cooperativa).

CONCLUSIÓN

Esperamos que estos estudios de caso ilustren una serie de temas potenciales reservados para los antropólogos que toman el camino profesional y se involucran en el trabajo práctico dentro del desarrollo. Cada uno plantea un conjunto de preguntas, que pueden ser debatidas extensamente. Sin embargo, nos gustaría terminar este capítulo con algunas reflexiones a modo de conclusión acerca del papel del antropólogo aplicado en el trabajo del desarrollo.

Grillo (1985: 7) ha propuesto prescindir del todo del término "antropología aplicada" y reemplazarlo con "una mucho más amplia noción de la actividad profesional definida de acuerdo con el contexto", en parte porque expresa "lo que debería ser" en oposición a lo que de hecho ocurre en la práctica. Además, tan pronto como uno se aleja de la estrecha descripción de las funciones aplicadas, la distinción entre la antropología "aplicada" y la "pura" comienza a diluirse. Una evaluación más precisa y realista del potencial del antropólogo en el trabajo de desarrollo puede estar basada en la habilidad de la disciplina para "ver más allá" de lo que se supone inicialmente y explorar la complejidad de las situaciones sociales y económicas.

Muchos de quienes discuten la antropología y el desarrollo han

llegado a conclusiones del mismo tipo. Belshaw (1976) subraya la idea de las responsabilidades sociales más amplias del antropólogo y utiliza la metáfora del "aprendiz de brujo" para fundamentar su argumento. El antropólogo carece de una "técnica firme" o de un oficio distintivo, pero puede ser capaz de desempeñar una función de asesoría con el propósito de moderar la tentación entre los funcionarios y otras personas con poder, de desatar fuerzas sobre las que, en la sociedad de finales del siglo XX, solo podemos esperar tener un control limitado. Hoben (1982: 366) es menos dramático, pero argumenta convincentemente que "la contribución teórica de la disciplina se halla en la dilucidación de las relaciones entre medios y fines más que en la elección de los propios fines".

Es raro que los antropólogos sean capaces de llegar a un acuerdo entre ellos mismos o con los profesionales del desarrollo, pero están bien equipados para señalar la importancia de las relaciones complejas con frecuencia no marginales; al hacer esto, pueden proporcionar contribuciones únicas y potencialmente muy valiosas. A partir de ello, Grillo (1985: 21) sugiere que la esencia de la perspectiva antropológica es holística, es decir, donde "las unidades de estudio son concebidas como todos completos que comprenden una multitud de elementos relacionados". A pesar del interesante trabajo de los macroteóricos de la antropología como Eric Wolf, la perspectiva antropológica por lo general retiene una significativa dimensión local o, al menos, una que comienza con las percepciones y perfiles individuales y luego busca encontrar conexiones y vínculos entre la experiencia y las realidades más amplias. Los antropólogos pueden describir cómo actúan, piensan y sienten las personas mientras el mundo cambia.

A pesar de sus importantes contribuciones metodológicas al trabajo del desarrollo, la antropología retiene fundamentalmente una "forma de ver" más que un conjunto específico de habilidades o una caja de herramientas. Por lo tanto, una de las principales formas de aplicar la antropología, como Wolf (1964) señala, es enseñar este perfil y estas ideas distintivas más ampliamente a las personas que trabajan en otros campos. En ningún lugar es más urgente esta necesidad que en el mundo del desarrollo, donde los discursos prevalecientes están tal vez hoy más abiertos a la renegociación y al cambio que antes.

Notas

* Capítulo 6 en Antropología, Desarrollo y el Desafío Posmoderno, Kate Gardner y David Lewis (eds.), 2003, México, El Colegio Mexiquense [e. o. Anthropology, Development and the Postmodern Challenge]. Traducción realizada al castellano por Gabriela Bayona Trejo y revisada para esta edición por Beatriz Pérez Galán.

** David Lewis, antropólogo y profesor de Política Social y Desarrollo en la Universidad de Londres (London School of Economics and Political Science). Consultor internacional y experto en el estudio de las organizaciones internacionales de desarrollo en el sudeste asiático.

Kate Gardner, profesora y directora del Departamento de antropología de la Universidad de Sussex (Reino Unido). Especialista en estudios del desarrollo y la migración en Bangladesh.

1. Esto resulta bastante irónico cuando uno considera la ambivalencia que sienten hacia los antropólogos aplicados sus colegas más “académicos”.

2. Una conversación hace algunos años en Bangladesh ilustra muy bien la confusión que existe algunas veces acerca de los antropólogos y su papel. Un consultor importante había viajado para realizar una estancia de unas pocas semanas con el fin de reclutar personal para un proyecto de investigación interdisciplinario bastante grande, y producir un organigrama complejo que incluía veinte puestos de investigación, desde nutricionistas hasta ingenieros hidráulicos, con un antropólogo social aparentemente a cargo de todo el equipo. Cuando le preguntaron exactamente qué es lo que haría el antropólogo, lo pensó un momento y dijo: “¿Sabes? Con frecuencia me he preguntado esto, ¿qué es exactamente lo que hace un antropólogo social?”. Parecía creer que un antropólogo era una especie de gerente general que mantendría el proyecto funcionando. Aunque lo presentamos como un ejemplo de lo azarosas que son las percepciones en torno a las habilidades precisas y las posibles funciones de los antropólogos en el desarrollo… pensándolo bien, este consultor sí tenía una idea correcta sobre el mejor lugar para un antropólogo.

3. El vocabulario de la ODA está curiosamente lleno de metáforas deportivas, un reflejo quizá de los antecedentes de educación privada de la mayoría de sus empleados, frases como “en el campo de juego”, “saltar obstáculos” o “estar a la cabeza de la carrera” son ejemplos de ello.

4. Contrariamente, algunos antropólogos se han quejado de que los funcionarios del desarrollo han pasado por alto muchos trabajos disponibles que tienen pertinencia potencial para los proyectos. Hace poco, un antropólogo que trabaja en Nepal nos dijo que, hasta donde él sabía, un enorme proyecto británico que opera cerca de su lugar de estudio no le ha prestado atención a sus investigaciones, que contienen varias disertaciones sobre cuestiones muy relacionadas.

bibliografía

Barnett

, H. G. (1956): Anthropology in administration, Peterson & Company, Evanston, Illinois, Row.

Bastide

, R. (1973): Applied anthropology, Croom Helm, Londres.

Brokensha

, D. (1966): Applied anthropology in English-speaking Africa, monographs nº 8, Society for Applied Anthropology, Ithaca, Nueva York.

Cochrane

G. (ed.) (1976): What we can do for each other? An inter-disciplinary approach to development anthropology, B. R. Gruner, Ámsterdam.

Conlin

, S. (1985): “Anthropological advice in a government context”, en R. Grillo y A.

Rew

(eds.), Social Anthropology and Development Policy, ASA Monographs nº 23, Tavistock, Londres, pp. 73-88.

Epstein

, T. S. y Ahmed, A. (1984): “Development anthropology in project implementation”, en W. L. Patridge (ed.), Training manual in Development Anthropology, American Anthropological Association, Washington, DC, pp. 31-41.

Hoben

, A. (1982): “Anthropologists and development”, Annual Review of Anthropology, nº 11, pp. 349-375.

Lewis

, D. J. (1992): A review of the literature on corruption, Consultancy Report, Swedish International Development Authority (SIDA+), Dhaka, Bangladesh.

Rew

, A. (1985): “The organizational connection: multi-disciplinary practice and anthropological theory”, en R. Grillo y A. Rew (eds.), Social Anthropology and Development Policy, ASA Monographs nº 23, Tavistock, Londres, pp. 73-88 y 185-198.

Strahern

, M. (1993): Landmarks: reflections on anthropology, Kent University Press, Kent, Ohio.

TERCERA PARTE

Etnografiando la industria de la ayuda y las políticas del desarrollo

Capítulo 8

La maquinaria antipolítica. Desarrollo, despolitización

y poder burocrático en Lesoto*

James Ferguson**

Prefacio

¿Qué es “desarrollo”? Valdría la pena recordar esta pregunta como la cuestión reciente que en efecto es. Esto que hoy nos confronta de un modo natural, y muy necesariamente, podría no tener sentido un siglo atrás. El hecho de que la idea de “desarrollo” sea central en el pensamiento de una gran parte del mundo es una peculiaridad de nuestra era histórica. Hoy nos parece casi absurdo negar que exista algo como “desarrollo”, o rechazar que sea un concepto sin significado, tal y como debe haber sido prácticamente imposible rechazar el concepto de “civilización” en el siglo XIX o el concepto de “Dios” en el siglo XII. Conceptos organizativos centrales como estos no están listos para ser descartados o rechazados por su forma o el marco dentro del cual la argumentación tiene lugar. Se puede argumentar sobre la corporeidad de Dios, o el papel legítimo desempeñado por el comercio en el proceso de civilización, pero no sobre si la filosofía teísta es justificable o sobre si el eurocentrismo es rechazable. Cada uno de estos conceptos de organización medulares presupone un valor central, que no es puesto en duda, con respecto al cual posiciones legítimas diferentes se ordenan y se articulan diferentes visiones del mundo. “Desarrollo”, en nuestro tiempo, es un valor central. Ha sido motivo de guerras y revueltas. Sistemas filosóficos y de gobierno son evaluados de acuerdo a su habilidad para promoverlo. Incluso pareciera existir una creciente dificultad para referirse a muchas partes del mundo al margen de ese término.

Como “civilización” en el siglo XIX, “desarrollo” es el término que

describe no solo valor, sino un problema dominante o un marco interpretativo, a través del cual conocemos las regiones empobrecidas del mundo. Dentro de ese marco interpretativo, adquieren sentido y se hacen inteligibles una multitud de observaciones cotidianas. Los países pobres son, por definición, menos desarrollados y la pobreza o falta de poder de la gente que vive en dichos países son solo signos externos de su condición subalterna. Las imágenes de los pobres harapientos de Asia se vuelven inteligibles como marcadores de un estado de desarrollo, mientras que los vientres hinchados de los niños africanos son signos de una deficiencia tanto social como nutricional. Dentro de esta problemática parece evidente que los Estados-nación deudores del Tercer Mundo y los campesinos hambrientos comparten un "problema" común, a los dos les falta una sola "cosa": "desarrollo".

Decir que el "desarrollo" es una problemática dominante no significa, por supuesto, sugerir que todo el mundo comparta las mismas creencias sobre el tema. Gente diferente entiende cosas diferentes por "desarrollo", y puede ser completamente factible tener un punto de vista distinto o radicalmente opuesto sobre él, tal y como fue posible para los protestantes de la Reforma defender a la Iglesia en el nombre de Dios o para los humanistas del siglo XIX atacar la explotación colonial sin profesar ninguna simpatía hacia los "salvajes". Después de todo, un problema solo plantea preguntas, no respuestas, y no parece ser tan peligroso. Si hoy el "desarrollo" es de vez en cuando desafiado, casi siempre lo es en nombre de un "desarrollo" real. Como la "bendición" en sí misma, el "desarrollo" en nuestro tiempo es un valor tan firmemente establecido que parece imposible cuestionarlo o referirlo a cualquier parámetro más allá de sí mismo.

Cómo y por qué este valor central ha llegado a existir es una cuestión que espero resolver en un futuro trabajo mediante un análisis histórico detallado de los orígenes y transformaciones de la figura moderna del "desarrollo": una "genealogía" del concepto. Pero un segundo conjunto de cuestiones no menos importantes surge al mismo tiempo: ¿cómo funciona en la práctica este tema dominante y cuáles son sus efectos? Si tal y como intento demostrar en las páginas que siguen todo el debate y las ideas sobre este concepto no son simplemente escarcha ideológica, entonces, ¿cuáles

son sus efectos específicos? ¿Qué es lo que tiene de peculiar el "desarrollo" que no se puede o no se quiere pasar sin él? Ambos conjuntos de cuestiones están estrechamente vinculados, pero encuentro conveniente tratarlos por separado e intentar hacer una contribución al tema respondiendo la segunda cuestión antes. Quizás sea preferible tratar de tener una mejor idea de qué es lo que hace el "desarrollo" antes de aventurar una explicación sobre cómo y por qué tiene lugar. Me aproximaré a estas cuestiones mediante un estudio de caso que trata en un contexto específico el modo en el que las ideas sobre el "desarrollo" se generan y ponen en uso: Lesoto en el periodo de 1975-1984.

La discusión es, brevemente, la siguiente: las instituciones de "desarrollo" generaron su propia forma de discurso y, simultáneamente, ese discurso construyó Lesoto como un particular tipo de objeto de conocimiento y creó una estructura de conocimiento alrededor de tal objeto. Las intervenciones fueron organizadas sobre la base de esta estructura de conocimiento que, mientras "era falsa" en sus propios términos, sin embargo tenía unos efectos reguladores que incluyeron la expansión y el atrincheramiento del poder burocrático del Estado junto a la proyección de una imagen de lo económico y de la vida social que, en la medida en que es exitosa, anula sus efectos. Por tanto, la respuesta breve a la cuestión de qué es lo que supuso en Lesoto el aparato de "desarrollo", se encuentra en el propio título del libro: es una "maquinaria antipolítica", despolitiza todo lo que toca, diluye realidades políticas en todas partes, y a la vez lleva a la práctica, sin pena ni gloria, su propio plan de expansión del poder burocrático del Estado.

Sin duda puede existir la tentación de leer este argumento como una crítica a la ideología del "desarrollo", un intento de refutar el paisaje del "desarrollo" en Lesoto demostrando que es falso. Una interpretación así es comprensible, pero errónea. Es cierto que muchas de las ideas sobre Lesoto generadas por el "desarrollo" son además falsas y, de vez en cuando, sería necesario llevar este tema a debate, pero la principal fuerza de este estudio no radica en demostrar que la problemática del "desarrollo" es errada, sino en ilustrar que la producción institucionalizada de tales ideas juega un importante rol en la generación de ciertos tipos de cambio

estructural.

Decir esto no es, por supuesto, apelar a unas inexistentes ciencias sociales “libres de valor”. El hecho de que este estudio no anime a corregir el pensamiento sobre el “desarrollo” no es signo de improbable indiferencia o neutralidad; simplemente refleja mi punto de vista al trazar la inteligibilidad política del “desarrollo”, por lo que la cuestión de la verdad o la falsedad de esta ideología no es central. Si uno parte, como yo hago, de la premisa de que el pensamiento es una actividad tan “real” como cualquier otra y que las ideas y discursos tienen consecuencias sociales importantes y reales, entonces, al analizar sistemas de ideas no puedes contentarte solo con cuestionar su verdadero valor. Para los científicos sociales siempre surge otra pregunta: ¿qué hacen esas ideas y qué efectos sociales reales tienen? Llegados a este punto, el tipo de análisis mas próximo recuerda más a la vivisección que a la crítica. La cuestión no es “¿cuánto se aproximan esas ideas a la verdad?” sino más bien “¿qué efectos traen consigo (que pueden o no ser verdad)?”, y ¿cómo estas ideas están conectadas con e implicadas en grandes procesos sociales?”. Esto es por lo que hablo, siguiendo a Foucault, de un “aparato” conceptual —para sugerir que aquello que nos ocupa no es un conjunto abstracto de proposiciones filosóficas o científicas, sino un elaborado artilugio que hace algo—. Decir qué efecto tiene tal aparato no es una critica, y mucho menos una refutación. ¿Podemos decir que la vivisección de una rana constituye una crítica? ¿O que anima a “refutar” los órganos de la rana? Cuando realizamos tales operaciones a sangre fría, ni la corrección ni el juicio son necesarios. Uno puede estar solo animado a ser, en términos de Nietzsche, un buen fisiólogo.

Introducción. La industria del ‘

Lesoto

Lesoto es un pequeño país del sur de África sin salida al mar, circundado por Sudáfrica (ver figura 1). Primero fue protectorado británico de Basutoland y en 1966 se volvió independiente. Tiene una población aproximada de 1,3 millones de habitantes, dispersos en un área de 30.000 km2, y pocos recursos naturales económicamente significativos. En 1981/1982, el Producto Nacional Bruto era aproximadamente de 586 millones de dólares. El país es extremadamente montañoso y solo un 10 por ciento de la tierra es cultivable, el resto sirve solo como pastos para el ganado. Un 95 por ciento de la población es rural y la mayoría está concentrada en las "tierras-bajas", una estrecha franja que se extiende a la largo del perímetro oeste del país que contrasta con la amplia zona "montañosa" del este (ver figura 2).[1]. Los campos están sembrados principalmente de maíz, trigo y sorgo; el ganado incluye vacas, ovejas y cabras. Sin embargo, la fuente de ingresos más importante para la mayoría de los hogares es el trabajo asalariado en Sudáfrica, donde más de 200.000 Basoto están empleados como trabajadores migrantes (GOL, 1983; Banco Mundial, 1981).

En el periodo comprendido entre 1975-1984, este pequeño país recibió "ayuda al desarrollo" procedente de las siguientes fuentes de cooperación bilateral[2]:

Alemania (República Democrática)	Irlanda
Alemania (República Federal)	Israel
Arabia Saudí	Corea
Australia	Kuwait
Austria	Libia
Canadá	Países Bajos
Chipre	Reino Unido
Dinamarca	Saskatchewan (Canadá)
EE.UU de América	Suecia
Finlandia	Suiza
Ghana	Sudáfrica
India	Taiwán (R. O. C.)
Irán	

En el mismo periodo, Lesoto también recibió ayuda de las siguientes agencias internacionales y de las Organizaciones No (y cuasi) Gubernamentales[3] (véase cuadro en la página siguiente).

Leyendo un listado como este y caminando entre la muchedumbre cosmopolita de "expertos" expatriados por las calles de Maseru, la capital de Lesoto, uno difícilmente puede dejar de preguntarse: ¿de qué va todo esto? ¿Qué implica esta masiva intervención internacional dirigida a un país que aparentemente no parece ser de gran importancia económica o estratégica? Desde mediados de los setenta, Lesoto ha estado recibiendo "mucha ayuda, gran parte de la cual fue desembolsada en términos increíblemente generosos" (Wellings, 1983: 496). En 1979, según el Banco Mundial (1981: 164-165), este país recibió aproximadamente sesenta y cuatro millones de dólares en "ayuda oficial al desarrollo", o, dicho de otro modo, unos cuarenta y nueve dólares por cada hombre, mujer y niño del país —sobre la base de la renta per cápita, esto supone más que Somalia, Sudán y más que Chad y Mali juntos—. El propósito de esta ayuda es de modo manifiesto aliviar la pobreza, incrementar el rendimiento económico y reducir la "dependencia" de Sudáfrica. Su distribución ha dado lugar a una visible industria del "desarrollo", que emplea a cientos de consultores expatriados y a "expertos", genera planes, programas y, sobre todo, papel, a una velocidad asombrosa.

AFL-CIO African-American Labor Center	International Cooperative Housing Develo
Abu Dhabi Fund	International Development Association
Africa Inter-Mennonite Mission	International Extension College
African Development Bank	International labour Organization
African Development Fund	International Monetary Fund
African Graduate Training (US)	International Potato Production Centre
Afro-American Institute	International Telecommunications Union
Agency for Personnel Service Overseas (Ireland)	Irish Trade Centre
Anglo-American/De Beers	International Volunteer Service
Anglo-Collieries Recruiting Organization	Ford Foundation (US)
Arab Bank for Economic Development in Africa	Mennonite Central Committee
Australian Development Assistance Agency	Migrant labour Organization

British Council	Near East Foundation
British Leprosy Mission	Netherlands Organization for Internation
Brothers of the Sacred Heart	Overseas Development Institute (UK)
CARE	Oxford Committee for Famine Relief (UK
Catholic Relief Service	Save the Children Fund
Chistian Aid	Seventh-Day Adventist World Service
Commonwealth Development Corporation	Sisters of the Holy Names of Jesus and M
Commonwealth Fund for Technical Cooperation	South African Mohair Board
Credit Union National Association (US)	South African Wool Board
Danish Church Aid	United Nations Capital Development Fun
Danish Volunteer Service	United Nations Fund for Population Activ
Dental Health International	United Nations Human Habitat and Settle
Economic Commission for Africa	US Peace Corps
European Development Fund	Unitarian Service Committee of Canada
European Economic Community	United Methodist Committee on Relief
Food and Agricultural Organization of the UN	United Nations Children's Emergency Fur
Ford Foundation	United Nations Development Programme
Fund for Research and Investment for the Development of Africa	United Nations Volunteers
German Volunteer Service	Volunteer Development Corporation
Goldfields (RSA)	World Food Programme
IMAP Inernational (US)	World Health Organization
Institute for Development Management (Canada)	World Rehabilitation Fund
International Bank for Reconstruction and Development	World University Service
International Civil aviation Organization	

Por supuesto que la “ayuda al desarrollo” se ha usado para muchas cosas, pero una gran parte se ha empleado en “proyectos”, especialmente en “proyectos de desarrollo rural”. Un informe oficial de 1977 (FAO, 1977) recoge más de doscientos planes de desarrollo rural en Lesoto; nueve de ellos eran proyectos grandes y costosos de desarrollo agrícola “ubicados in situ”. Sin embargo, si en una cosa concuerdan todos los observadores del “desarrollo” en Lesoto es que “la historia de los proyectos es casi la de un incesante fracaso en lograr sus objetivos” (Murria, 1981: 19). Una y otra vez se emprendían nuevos proyectos y una y otra vez fallaban; no importaba cuántas veces sucediera, siempre había alguien dispuesto a intentarlo de nuevo con otro proyecto. Para la industria del “desarrollo” en Lesoto, el fracaso parece ser la regla.

Hay una razón para creer que esta situación puede no ser única de Lesoto. Si bien es cierto que allí hay una gran concentración de “ayuda al desarrollo”, mirando hacia otros países africanos pueden encontrarse otros casos con concentraciones iguales o superiores a las de Lesoto. En África —incluso en el Tercer Mundo— uno parece encontrar casos análogos cercanos, e incluso las mismas instituciones de “desarrollo” y, junto a ellas, a menudo, un discurso común, el mismo modo de definir los “problemas”, un fondo común de “expertos” y un repertorio idéntico de habilidades. La “industria del desarrollo” es aparentemente un fenómeno global y no hay motivos para pensar que las intervenciones de “desarrollo” en Lesoto, incluso siendo un caso extremo, son completamente diferentes de otras similares en cualquier lugar del mundo. Desde esa perspectiva, las iniciativas particulares de “desarrollo” promovidas en Lesoto pueden ser tomadas como ejemplos específicos de un modelo más general. Los proyectos de “desarrollo rural” pueden encontrase generosamente repartidos a lo largo del continente africano y más allá y en casi todos los casos inspeccionados se aprecia que son planificados, implementados y justificados casi del mismo modo que en Lesoto. Es más, estos proyectos parecen “fracasar” con la misma asombrosa regularidad que en Lesoto. Como apunta Williams (1981: 16-17) el “desarrollo rural no suele conseguir sus objetivos”; “desde cualquier punto de vista, los proyectos exitosos han sido la excepción más que la

regla".

Este texto pretende contribuir a la comprensión de la industria del "desarrollo" en Lesoto, explorando detalladamente la conceptualización, planificación e implementación de un "proyecto de desarrollo rural", el Thaba-Tseka, financiado principalmente por el Banco Mundial y la Agencia Internacional de Desarrollo de Canadá (CIDA, en sus siglas en inglés). En la medida que este proyecto puede ser entendido como parte de un aparato amplio —incluso global—, el estudio puede ser relevante para comprender en qué consiste dicho aparato del "desarrollo" y aportar una demostración concreta de lo que se hace, cómo se hace y por qué.

Algunos puntos teóricos de partida

Quizá el primer punto que debe ser abordado es que este estudio es antropológico. Sin embargo, a diferencia de muchos otros trabajos antropológicos sobre el "desarrollo", este no toma como su principal objeto de estudio la gente a ser "desarrollada", sino el aparato que lleva a cabo el "desarrollo". No trata principalmente sobre los Basoto, ni siquiera sobre Lesoto, sino que analiza el funcionamiento del aparato de "desarrollo" internacional en un escenario particular.

Para emprender la tarea de mirar antropológicamente al aparato de "desarrollo" hay que insistir en el tipo particular de aproximación al material. Como antropólogo, uno no puede asumir, por ejemplo, como hacen muchos economistas, que la estructura "representa" o "expresa" simple y racionalmente un conjunto de "objetivos e intereses"; uno sabe que las estructuras son multiniveles, polivalentes y, a menudo, contradictorias, y que las funciones económicas y los "intereses objetivos" están siempre situados dentro de otras estructuras globalizantes que pueden ser invisibles incluso para aquellos que las habitan. Los intereses deben estar claros y las intenciones también; pero el antropólogo no puede aceptar la "planificación" como una verdad indiscutible. En lugar de adscribir eventos e instituciones a los proyectos de diversos actores, una aproximación antropológica debe relegar el análisis de planes y

objetivos, incluso de los más poderosos intereses, al estatus de un problema relevante, uno entre muchos otros; el antropólogo sabe bien lo fácilmente que las estructuras pueden cobrar vida y dominar las prácticas intencionales de inmediato. Cualesquiera sean los intereses que puedan estar involucrados, y cualquier cosa que los protagonistas piensen que están haciendo, solo pueden operar en un complejo conjunto de estructuras sociales y culturales profundamente arraigadas y a menudo tan débilmente percibidas que el resultado solo puede ser una barroca e irreconocible transformación de la intención original. La aproximación aquí adoptada considera el resultado no como un inexplicable error, ni tampoco como el rastro de una intención aún sin descubrir, sino más bien como un acertijo, un problema a resolver, un rompecabezas antropológico.

Es en este punto donde el tema del discurso se vuelve importante. Para escritores como Heyer et al. (1981) y Galli (1981), el discurso oficial del "desarrollo" expresa tanto "verdaderas intenciones" como provee, muy a menudo, de una pantalla ideológica para ocultar otras: "mera retórica". Para estos escritores, el grueso del discurso del "desarrollo", con todas sus preocupaciones para con los pobres rurales entre otros, no es más que una tergiversación de lo que el aparato del "desarrollo" está tramando realmente. El Banco Mundial puede llenarse la boca hablando sobre ayudar a los pequeños agricultores, por ejemplo, pero, de hecho, sus fondos siguen estando dirigidos a los grandes productores altamente capitalizados a expensas de los pobres. La aclamada "nueva estrategia", por tanto, es "en gran medida retórica", ya que solo sirve a una función mistificadora (Williams, 1981).

En cambio, en la aproximación antropológica que propongo, el discurso del "desarrollo" es considerado como algo más importante que eso. Puede haber mucho de falso en él, pero no es una excusa para descartarlo. Como mostró Foucault (1971, 1973) el discurso es práctica, está estructurado y tiene efectos que van mucho más allá que la simple "mistificación". Los pensamientos y acciones de los burócratas del "desarrollo" están poderosamente influidos por el mundo de las declaraciones y expresiones aceptables en el que viven; lo que hacen y lo que no hacen es producto no solo de los intereses de varias naciones, clases, o agencias internacionales, sino

también, y al mismo tiempo, del desarrollo de esa compleja estructura de conocimiento. En vez de ignorar el metódico campo de declaraciones producidas por el aparato del "desarrollo" sobre la base de que estas son ideológicas, el estudio antropológico toma este campo como punto de partida para una exploración del modo en el que las iniciativas para el "desarrollo" son producidas y puestas en práctica.

Según lo anterior, debe quedar claro que, de acuerdo con una aproximación antropológica al problema de la industria del "desarrollo" en Lesoto, el estudio debe estar "descentrado" —esto es, debe localizar la inteligibilidad de una serie de sucesos y transformaciones no en las intenciones que guían las acciones de uno o varios sujetos, sino en la naturaleza sistemática de la realidad social que resulta de esas acciones—. Observar un proyecto de "desarrollo" como la simple proyección del interés de un sujeto (El Banco Mundial, Canadá, el Capital, el Imperialismo) es ignorar la contra-intencionalidad de la producción estructural y desde esta perspectiva es profundamente no-antropológico. Como en el caso del tratamiento de Willis sobre el sistema escolar (1981), uno puede contemplar la posibilidad de que el aparato de "desarrollo" en Lesoto puede tener los efectos que tiene, no tanto a petición de algún sujeto cognoscente y poderoso que hace que todo suceda, sino a espaldas de, o en contra incluso, de los deseos de los actores más poderosos. No obstante ello no significa que tales instituciones no representen un ejercicio de poder, sino solo que ese poder no está incorporado en la persona de un sujeto "poderoso". Un proyecto de "desarrollo" puede estar al servicio del poder, pero de un modo muy diferente al imaginado por cualquiera de los actores "poderosos"; y solo, finalmente, puede terminar al servicio del poder.

En este punto la aproximación teórica de este trabajo se vincula con otro importante cuerpo de literatura estrechamente relacionada con el trabajo de Foucault (1979, 1980a, 1980b). Utilizando una concepción del poder descentrada, un número de estudios recientes (Foucault, 1979, 1980a; Donzelot, 1979; Pasquino, 1978; Procacci, 1978; Jones y Williamson, 1979) han mostrado cómo los resultados de una intervención social planificada pueden terminar formando poderosas constelaciones de control que nunca fueron intencionadas

y en algunos casos ni siquiera reconocidas, pero que son las más efectivas por "carecer de sujeto". Esta innovación teórica hace posible una forma diferente de conectar los resultados con el poder, evitando otorgar demasiada importancia a cualquier actor o entidad concebida como un sujeto "poderoso".

Quizá el mejor ejemplo de este tipo de análisis es la "genealogía" de la prisión de Foucault (1979). La prisión, muestra Foucault, fue creada como una institución "correctora". Se tenía la intención de imprimir en los presos las cualidades del buen ciudadano: hacer de ellos individuos honestos, trabajadores y respetuosos de la ley que pudieran volver a ocupar un lugar "normal" en la sociedad. Esta idea de "rehabilitación" ha estado detrás de las prisiones modernas por todo el mundo y continua siendo la principal justificación para mantenerlas abiertas y reformarlas de vez en cuando. Pero es obvio que, de acuerdo con Foucault, hay prisiones que de hecho no "reforman" a los criminales, sino que, por el contrario, hacen casi imposible que vuelvan a la normalidad, ya que en lugar de eliminar la criminalidad parecen producirla e intensificarla dentro de un estrato bien definido de "delincuentes". Mientras tales resultados pueden ser concebidos como un "fallo", desde el punto de vista de las intenciones de los planificadores, el resultado tiene un carácter muy diferente cuando se aprehende como parte de una "estrategia". Foucault sostiene que la constitución de una clase de "delincuentes" resultó ser muy útil para domesticar un tipo de "ilegalidades populares" y transformar el hecho político de la "ilegalidad" en una "delincuencia" considerada cuasi-médica o patológica. Al diferenciar tipos de ilegalidades y al resultar una única, bien supervisada y controlada clase de delincuentes frente a otros, la prisión terminó sirviendo como parte de un sistema de control social, pero de un modo diferente al que sus planificadores habían previsto. "Si este es el caso —escribe Foucault— la prisión aparentemente 'falla', pero no pierde su objetivo; por el contrario, lo alcanza en la medida en que da lugar a una forma particular de ilegalidad, entre otras, que es capaz de aislar, dar luz y organizarse como un entorno relativamente cerrado, pero penetrable [...]"

La observación de que la prisión fracasa en erradicar la delincuencia quizá puede ser sustituida por la hipótesis de que la prisión ha sido exitosa en la producción de un tipo específico de

esta; una forma de ilegalidad menos peligrosa económica o políticamente —y, en ocasiones, incluso útil—, en la producción de delincuentes como sujetos patologizados, en un medio aparentemente marginal, pero de hecho, supervisado. Tanto éxito ha tenido la prisión después de un siglo y medio de "fracasos" que aún existe ocasionando los mismos resultados e incluso con una resistencia mayor a prescindir de ella.

El tema a tener en cuenta del argumento anterior es que la intervención planificada puede producir resultados no deseados, que de todos modos terminan incorporados en constelaciones anónimas de control —estrategias "sin autor" en el sentido empleado por Foucault (1979, 1980b)— y que al final acaban teniendo algún tipo de inteligibilidad política. Este es solo otro modo de aproximarse al problema apuntado por Willis (1981) en su citada discusión sobre la escuela: los efectos políticos más importantes de una intervención planificada pueden ocurrir inconscientemente, a espaldas o contra los deseos de los planificadores que puede parecer que están ejecutando el programa.

Este es uno de los principales problemas planteados en el funcionamiento del aparato del "desarrollo" en Lesoto, y la aproximación adoptada toma mucho de la literatura discutida brevemente hasta aquí. La compleja relación entre la intencionalidad de la planificación y la estratégica inteligibilidad de sus resultados es quizá el tema más importante del que nos ocuparemos en las páginas que siguen […] En ellas trataré de mostrar cómo en el caso de un proyecto de desarrollo en Lesoto, los planes intencionados interactuaban junto a estructuras desconocidas y eventos azarosos para producir resultados no buscados que resultan inteligibles, no solo como efectos imprevistos de una intervención intencionada sino también como instrumentos inesperados de una estrategia indeterminada. Específicamente, las páginas restantes mostrarán cuántos resultados, que parecen al principio meros "efectos secundarios" de un infructuoso intento por tramar una transformación económica, llegan a ser comprensibles desde otra perspectiva como elementos no deseados, aunque instrumentales, en una constelación que tiene el efecto de expandir el ejercicio de poder del Estado, mientras simultáneamente tiene un poderoso efecto despolitizador. Esta constelación resultante, sin

autoría, es la que yo llamo “la maquinaria antipolítica” […]

El Aparato Conceptual

Para resumir las premisas teóricas más importantes utilizadas por el Banco Mundial en la construcción de la representación del “desarrollo” en Lesoto, junto con sus racionalidades institucionales, son las siguientes:

• Primero [la representación del desarrollo] debe ser aborigen, aun sin estar incorporada al mundo moderno, para que pueda ser transformada en carreteras e infraestructuras, educación, y mediante la introducción y fortalecimiento de la economía monetaria (en detrimento del “tradicional sector de subsistencia”), etc. Una representación que no enmascarase el grado de penetración, que de hecho tiene la economía capitalista moderna regional de Sudáfrica en Lesoto, sería incapaz de proveer una justificación convincente para la “introducción” de carreteras, mercados y créditos, ya que no proporcionaría razones para creer que tales innovaciones podrían desembocar en la “gran transformación” hacia una economía “desarrollada” y “moderna”. De hecho, una imagen así podría sugerir que las medidas para la apertura del país y su exposición a la economía monetaria tendrían poco impacto, ya que el aislamiento de la economía mundial nunca ha sido el problema de Lesoto.

• En segundo lugar, debe ser agrícola, por lo que debe “concretarse” a través de mejoras agrícolas, proyectos de desarrollo rural y otras aportaciones técnicas. Una representación en la que Lesoto apareciera como una reserva de trabajo para la minería e industria de Sudáfrica, y en la que la mano de obra migrante fuera reconocida como la base del sustento de los Basoto, como de hecho sucede, dejaría a las agencias de desarrollo prácticamente sin ningún papel que jugar. La misión del Banco Mundial en Lesoto no es la de formular programas para cambiar o controlar la industria

minera de Sudáfrica, y tampoco tiene ninguna disposición para involucrarse en los retos políticos del sistema sudafricano de control de la mano de obra conocido como apartheid. Pero si está, sin embargo, en una excelente posición para diseñar proyectos de mejora de la agricultura y de los recursos agrícolas de Lesoto que están claramente dentro de su jurisdicción y que siempre se presentan como a la espera de ser "desarrollados". Por esta razón, las agencias tienden a moverse al centro del escenario en lo que se refiere al tema del "desarrollo" y, desde esta lógica, Lesoto aparece convertida en una nación de agricultores.

• En tercer lugar [la representación del desarrollo del Banco Mundial] debe instaurar una economía nacional para poder apoyar la idea de una planificación económica en esa escala —así como de programas económicos basados en sectores concretos—. En una representación en la que esta noción de economía nacional esté ausente, el centro de gravedad económico se puede ver como dependiente directamente de Sudáfrica, y por tanto inaccesible a los planificadores del "desarrollo" en Lesoto. Sin partir de la idea de que las fronteras de Lesoto definen los límites de una "economía nacional", no pueden hacerse grandes llamamientos a la capacidad de los programas ahí localizados para atraer el tipo de transformación del "desarrollo" que las agencias sostienen que son capaces de conseguir. Así, de modo inconsciente, el "aparato del desarrollo" va seleccionando las representaciones en las que parece posible que las agencias donen los recursos que han prometido.

• En cuarto lugar [esta representación del Banco Mundial] debe estar sujeta al principio de gobernabilidad. Esto significa que las principales características de la economía y la sociedad deben estar bajo el control de un Gobierno nacional neutral, unitario y efectivo y que por lo tanto responden a modelos planificadores. Si por cualquier motivo una representación tiende a sugerir que los "problemas" de un país estriban más allá del alcance de la política del Gobierno nacional, entonces, se tiende a negar al mismo tiempo el papel de las agencias de "desarrollo" para hacer frente a esos problemas. Puesto que estas operan con base nacional y trabajan a través de Gobiernos existentes y no contra ellos, prefieren representaciones que exageren el poder de los instrumentos de la política nacional y omiten aquellas que enfatizan el papel de las

determinaciones extragubernamentales o extranacionales. En tanto el Gobierno es la herramienta para planificar e implementar políticas económicas y sociales, las representaciones que ignoran el carácter político del Estado y de la burocracia y minimizan los conflictos políticos dentro del Estado-nación son las más útiles. Las imágenes que muestran al Estado de un modo que pone en duda su papel como herramienta neutral de política civilizatoria obligan a los organismos de desarrollo a una posición política para la que no están preparados, y por esta razón deben quedarse al margen.

Resulta evidente que en un país como Lesoto, donde la economía de reserva de mano de obra está bien asentada desde hace más de un siglo, donde la agricultura aporta solo el 6 por ciento de los ingresos de los hogares rurales, donde conceptos como economía nacional y gobernabilidad resultan más disparatados de lo normal, y donde casi todos los principales determinantes de la vida económica descansan fuera de los límites nacionales, la tarea de diseñar planes de gobernabilidad para transformar una "economía nacional" a través de intervenciones técnicas, apolíticas, requiere un reordenamiento teórico previo más vehemente e imaginativo de lo usual. Por esta razón, Lesoto es un caso privilegiado en el que la naturaleza de este reordenamiento teórico es particularmente visible y en el que el cisma con el discurso académico es inusualmente pronunciado. Es esperable que en otros países (que supuestamente poseen una mayor autonomía nacional, gran cohesión económica y control gubernamental sobre la economía), donde la situación económica es menos distante de la de los genéricamente denominados países "en vías de desarrollo", la discontinuidad entre el discurso del desarrollo y el académico sea menos fuerte, y quizás más difícilmente observable, aunque puedan estar ocurriendo los mismos procesos.

La maquinaria antipolítica

Sería un error conceder demasiada importancia al "fracaso" del

Thaba-Tseka. Este proyecto ha sido tratado en tales términos muy a menudo, pero lo mismo cabría decir de casi todos los proyectos de desarrollo rural que se han visto en Lesoto. Uno de los planificadores iniciales del proyecto, mientras admitía que tenía su parte de frustraciones y declaraba que, como resultado de su experiencia con Thaba-Tseka, nunca más se volvería a involucrar en ningún otro proyecto de gestión de pastizales, me confesó que de todos los proyectos de desarrollo rural que se habían puesto en marcha en Lesoto, solo Thaba-Tseka había tenido algún efecto positivo. Aún más, como el proyecto llegó a término, parecía haber una tendencia general hacia la redención de su reputación en los círculos de "desarrollo", tanto de Ottawa como de Maseru. "Pudo haber fracasado, pero no fue peor que muchos otros proyectos similares", le respondí. Dadas las "limitaciones" del proyecto, el coordinador declaró en 1983: "Creo que aquí estamos ante una historia exitosa". Como señaló un oficial del CIDA, con cierto orgullo, "el proyecto no fue un desastre absoluto". Pero pudiera ser que lo más importante de un proyecto de "desarrollo" no sea tanto aquello que no consigue hacer, sino aquello que sí hace, y quizás, al fin y al cabo, su importancia real esté en los "efectos no deseados" que ya hemos revisado. El discurso de la prisión de Foucault sugiere que insistir en su fracaso puede ser una pregunta equivocada. Quizá, argumenta, uno debería invertir el problema y preguntarse qué resulta del fracaso de la prisión; cuáles son los usos de esos diferentes fenómenos que continuamente están siendo criticados, como el mantenimiento de la delincuencia, el fomento de la reincidencia, la transformación del delito ocasional en delincuencia habitual o su organización en un entorno cerrado (Foucault, 1979: 272).

Es verdad que el "fracaso" es la norma en los proyectos de desarrollo en Lesoto y que los efectos políticos importantes pueden ser comprendidos casi de forma invisible junto a dicho "fracaso", por lo tanto parece justificado comenzar a hablar de un tipo de lógica o inteligibilidad de lo que sucede cuando se despliega el aparato de "desarrollo" que trasciende la cuestión de las intenciones de los planificadores. En términos de esta lógica ampliamente tácita, los "efectos secundarios" pueden ser más bien vistos como "efectos de los instrumentos" (Foucault, 1979), efectos que son cada uno y al mismo tiempo instrumentos de lo que "resulta ser" un

ejercicio de poder.

Para los planificadores la cuestión estaba muy clara: la principal tarea del proyecto era incrementar la producción agrícola; partiendo de ese objetivo primordial, la expansión del Gobierno podía ser solo un tema secundario. En 1980, el director del programa mostró su preocupación por el fracaso del proyecto en hacer progresar lo que "realmente es la única base económica para la existencia del distrito Thaba-Tseka, la producción de tierras para el pastoreo", y declaró:

Si esta base económica, ahora tan inestable como parece ser, no se pone en pie mucho más firmemente, es inevitable que el distrito Thaba-Tseka llegue a transformarse con el tiempo en un desierto agrícola donde no habrá justificación alguna para desarrollar y mantener una infraestructura social con sus servicios de salud, educación, carreteras, desarrollo de tecnología rural, etc. (TTDP Quarterly Report, octubre-diciembre, 1980: 5).

Si uno entiende la problemática del desarrollo, tal cual, este análisis tiene perfecto sentido; en ausencia de crecimiento de la producción agrícola, la diversificación de las energías y recursos del proyecto para consolidar una "infraestructura social" solo puede ser considerada como un error desafortunado. Pero es posible otra interpretación. Si se considera que la expansión y afianzamiento del poder del Estado es el principal efecto —como demuestran los proyectos de "desarrollo" en Lesoto— entonces la promesa de la transformación de la agricultura aparece simplemente como un punto de partida para una intervención muy diferente.

Desde esta perspectiva, el aparato de "desarrollo" en Lesoto no es un instrumento para eliminar la pobreza que está incidentalmente involucrada con la burocracia estatal; es más bien una maquinaria para reforzar y expandir el ejercicio del poder burocrático del Estado que, accidentalmente, toma la "pobreza" como vía de entrada. Dicho de otro modo, consigue implementar una intervención que puede no tener efecto sobre la pobreza, pero que de hecho tiene otros efectos concretos. Tal resultado quizá no forma parte de las intenciones de los planificadores —ciertamente, casi

nunca lo es— pero los sistemas resultantes tienen una inteligibilidad propia.

No obstante, el cuadro puede complicarse aún más. Si como hemos visto, finalmente, los proyectos de "desarrollo" en Lesoto resultan exitosos para expandir el poder del Estado mientras dicen abordar los problemas de pobreza y las privaciones, bajo ningún concepto la industria del "desarrollo" admitirá que su papel sea formulado como político. Reduciendo con obstinación la pobreza a un problema técnico, y con la promesa de soluciones técnicas para las víctimas de la pobreza y los pueblos oprimidos, el problema hegemónico del "desarrollo" es el medio principal a través del cual la cuestión de la pobreza es despolitizada en el mundo actual. Al mismo tiempo, haciendo los planes internacionales para el "desarrollo" tan visibles, un proyecto de "desarrollo" puede llegar a consumar operaciones políticas extremadamente delicados, que incluyen el afianzamiento y la expansión del poder institucional del Estado de un modo casi invisible, al amparo de una misión neutral, técnica, frente a la que nadie puede objetar. El "efecto instrumental", por tanto, es doble: además del efecto institucional de expandir el poder burocrático del Estado, por otro lado está otro más conceptual o ideológico que supone la despolitización de la pobreza y del Estado.

La forma en que todo esto funciona sugiere una analogía con la maravillosa máquina que se hizo famosa en las historias de ciencia ficción —la "máquina antigravedad"—, que mediante un interruptor suspendía los efectos de la gravedad. En Lesoto, al menos, el aparato del "desarrollo" a menudo es capaz de llevar a cabo una jugada casi tan buena: la anulación de la política, incluso en las operaciones políticas más sensibles. Si los "efectos instrumentales" de un proyecto de "desarrollo" acaban configurando un todo estratégicamente coherente o inteligible, entonces estamos ante una maquinaria antipolítica.

Si los efectos no planificados de un proyecto acaban teniendo usos políticos, aun cuando parezcan ser "instrumentos" de un despliegue político mayor, no se trata de un tipo de conspiración; lo que sucede simplemente es que las cosas funcionan. Pero por qué las cosas funcionan de esta manera, y por qué los proyectos de

desarrollo “fracasados” pueden ayudar a lograr tan exitosamente tareas de gran importancia estratégica a espaldas de los participantes, resulta menos misterioso que por qué los proyectos de desarrollo “fracasados” se reproducen una y otra vez. Tal vez sea razonable sugerir que puede ser precisamente porque parecen tener tales usos, incluso si de algún modo son imprevistos, por lo que siguen atrayendo gran interés y apoyo.

Notas

* [N. del E.]. Este texto reproduce varias secciones del libro de James Ferguson titulado The anti-politics machine: “development, depolicization, and bureaucratic power in Lesotho, publicado por Cambridge University Press en 1990 [págs. XIII- XIV-XV; 3-6 a 9; 17 a 20; 71 a 73; 254-255 y 266]. La traducción ha sido realizada por Sara Sama Acedo y revisada por Beatriz Pérez Galán.

** James Ferguson, profesor y director del Departamento de Antropología de la Universidad de Stanford (California). Es experto en el estudio de los discursos y las prácticas locales sobre desarrollo y modernidad en Lesoto, Zambia, Sudáfrica y Namibia.

1. Esta división entre “montañas” y “tierras-bajas” se extiende en ocasiones hacia una clasificación en cuatro zonas: tierras bajas, faldas de las montañas, montañas y el valle del río Senqu, una franja de tierra relativamente llana y baja que los vientos empujan hacia las montañas.

2. La lista de donantes y agencias de “desarrollo” ha sido configurada desde los siguientes documentos: UNDP 1980, GOL n. d., GOL 1977, GOL 1975, TAICH 1976. La lista es tan exacta como lo son esos documentos, y no pretende ser fidedigna. No cabe duda de que algunas agencias han quedado fuera. Debe notarse también que los donantes y las agencias de la lista están involucrados en Lesoto en diferentes escalas; algunos son protagonistas en la escena local, mientras otros están involucrados de un modo menor.

3. Sobre “ayuda al desarrollo” a Lesoto véase: Jones (1982), Wellings (1982, 1983), Curry (1980), Singh (1982) y Linden (1976).

BIBLIOGRAFÍA

Banco

Mundial

(1981): Accelerated Development in Su-saharan Africa, Washington, DC.

Curry

, R. L. (1980): “US-AID`s Southern African program”, Journal of Southern African Affairs, nº 5, pp. 183-198.

Donzelot

, J. (1979): The policing of families, Pantheon, Nueva York.

FAO (1977): “Rural Development: Lesotho. Report of the task force on rural development in Lesotho”, FAO, Roma.

Foucault

, M. (1979): Discipline and punish: the birth of the prison, Vintage, Nueva York.

— (1980a): The history of sexuality (vol. I). An introduction, Vintage, Nueva York.

— (1980b): Power/Knowledge: selected interviews and other writings, 1972-1977, Colin.

GOL (Government of Lesotho) (1975): Donor Conference Report, Central Planning of Development Office, Maseru.

— (1983): Annual Statistical Bulletin 1982, Bureau of statistics, Maseru.

Jones

, D. (1982): Aid and development in Southern Africa, Croom Helm, Londres.

Jones

, K. y

Williamson

, D. (1979): “Birth of the schoolroom”, Ideology and Consciousness, 6.

Linden

, E. (1976): The alms race, Random house, Nueva York.

Pasquino

, P. (1978): “The genealogy of Capital-Police and the state of prosperity”, Ideology and Consciousness, nº 4.

Procacci

, G. (1978): “Social economy and the government of poverty”, Ideology and Consciousness, nº 4.

Singh

, A. (1982): “Foreign aid for structural change in Lesotho”, en M. Fransman (ed.), Industry and Acummulation in Africa, Londres.

TAICH (Technical Assistance Information Clearing House) (1976): “Development Assistance Programs of U. S. Non Profit Organizations: Lesotho”, American Council of Voluntary Agencies for Foreign Service, Nueva York.

Wellings

, P. (1983): “Making a fast buck: capital leakage and the public accounts of Lesotho”, African Affairs, nº 82, pp. 495-507.

Wellings

, P. A. (1982): “Aid to the Southern African periphery: the case of Lesotho”, Applied Geography, nº 2, pp. 267-290.

Williams

, G. (1981): The World Bank and the peasant problem”, en J. Heyer, P. Roberts y G. Williams (eds.), Rural Development in tropical Africa, Nueva York.

Willis

, P. (1981): Learning to labour: how working class kids get working class jobs, Columbia University Press, Nueva York.

Capítulo 9

Una etnografía de las políticas de la ayuda

en la práctica*

David Mosse**

Introducción. La Etnografía de las políticas

y la práctica

A lo largo de los últimos cincuenta años, el "desarrollo" ha aportado un marco de análisis de notable estabilidad dentro del cual se ha concebido la relación entre el Occidente próspero y sus "otros". Pero al arranque del siglo XXI, este marco ha sido objeto de un escrutinio crítico sin precedentes. Mientras que las posturas más radicales ponen en tela de juicio las relaciones de la desigualdad global y el dominio cultural implícito en la idea del desarrollo mismo, las agencias del desarrollo internacional dedican sus políticas a la revisión y al replanteamiento del desarrollo para respaldar su vigencia en un contexto de cambios vertiginoso. Privado del ancla de los supuestos del viejo orden global colonial o de la Guerra Fría y su "ciencia del desarrollo", los conceptos de crecimiento, progreso, modernización, ayuda y el de desarrollo exigen esfuerzos conceptuales constantes para disfrutar de viabilidad política y moral. Agencias occidentales como el Departamento británico de Desarrollo Internacional (DFID, en sus siglas en inglés) y sus asesores de políticas invierten esfuerzos enormes en el replanteamiento del desarrollo, desembarazándose de las señas de un pasado colonial o de un actual interés comercial (por ej., la ayuda condicionada). Para ello se hace uso de un nuevo enfoque y una legitimidad política que persigue la reducción de la pobreza global en el lenguaje de la colaboración y la participación, de los derechos de la ciudadanía y de la democracia. Una abundancia de proyectos de ley, declaraciones de propósitos y

planes estratégicos, consultas a la sociedad civil y foros sobre políticas son prueba de una lucha por conseguir una política coherente de desarrollo; también existen preocupaciones relacionadas que impactan en las políticas que las vinculan con la investigación y, desde luego, con su aplicación a escala global. Para muchos de los que trabajan en este campo, dar con la teoría acertada es la clave para afrontar los fracasos y las decepciones del desarrollo; aunque ese proceso no inspire confianza a largo plazo. En todo momento se necesitan una teoría mejor, nuevos paradigmas y un marco alternativo. En el mercado de las políticas del desarrollo se adopta siempre una orientación positiva con respecto al futuro (el future positive de Edwards, 1999).

A pesar del esfuerzo enorme que se ha invertido en la elaboración de modelos correctos de políticas, resulta sorprendente la poca atención prestada a la relación entre estos modelos y las prácticas y los acontecimientos que se supone que van a generar o legitimar en contextos concretos. Este enfoque de futuro, de nuevos comienzos, pocas veces se ve acompañado por un análisis del pasado (Quarles van Ufford et al., 2003: 13). En el mejor de los casos, la relación entre política y práctica se entiende en términos de una "brecha" no planificada entre ambas, reducida en función de mejores políticas que son aplicadas con mayor eficacia. Pero ¿qué sucede si las políticas no impulsan las prácticas del desarrollo? ¿Qué es lo que ocurre cuando los aspectos que constituyen una buena política no coinciden con los que facilitan su aplicación? ¿Qué pasa cuando, en vez de ser las políticas las que sustentan las prácticas, son las prácticas las que definen las políticas, en el sentido en el que los actores implicados en el desarrollo dedican sus esfuerzos al mantenimiento de representaciones coherentes, suceda lo que suceda?

Este texto aborda semejantes cuestiones respecto a la ayuda internacional, en concreto la ayuda británica al desarrollo rural de la India, mediante la revisión de la experiencia de diez años en un proyecto de desarrollo que ha operado bajo distintas políticas. Se profundiza en la relación entre las aspiraciones políticas y la experiencia del desarrollo a lo largo de la larga cadena administrativa que vincula a los consejeros y responsables de Londres con los habitantes de pueblos tribales de la India

occidental. La finalidad no es formular una visión global del proyecto, ni hacer un comentario sobre los enfoques adecuados o "las mejores prácticas", ni tampoco valorarlo o juzgarlo; el acercamiento no es si, sino cómo funciona el desarrollo. El enfoque es etnográfico, y esto conlleva la revisión de la elaboración y la re-elaboración, tanto de las políticas como de las prácticas que las primeras legitiman como procesos sociales[1].

Perspectivas instrumentales y críticas

sobre las políticas y la práctica

La comprensión de la relación entre el discurso de las políticas del desarrollo y la práctica de campo ha sido dificultada por el predominio de dos enfoques opuestos que pueden explicarse brevemente de la siguiente manera. Por un lado, existe una perspectiva instrumental de las políticas del desarrollo como la resolución racional de los problemas —que moldea, de forma directa, la manera en la que este se lleva a cabo—. Por otra parte, existe una perspectiva crítica que enfoca las políticas como un discurso técnico racionalizador que esconde finalidades ocultas de algún poder o dominio burocrático, verdadero propósito del desarrollo (Escobar, 1995; Ferguson, 1994; Shore y Wright, 1997). Ninguna de estas dos perspectivas aporta una visión fiel de las complejidades de la elaboración de políticas y su relación con la práctica de los proyectos, ni tampoco de la creatividad y las experiencias implicadas en la negociación del desarrollo.

En primer lugar, desde una perspectiva instrumental, la preocupación más corriente concierne a cómo definir el problema y conseguir el diseño de un programa en la práctica. De modo implícito, los políticos y los responsables de los proyectos disfrutan de una hegemonía indiscutible sobre los demás actores del desarrollo. En los últimos años, el desarrollo internacional se ha

distanciado de los proyectos gestionados a nivel micro, en los que predomina la tecnología específica, decantándose por las metas de programas de reformas más amplios a nivel sectorial o nacional, lo cual ha hecho necesario modelos más sofisticados capaces de abordar el desarrollo como un proceso de toma de decisiones, vinculando metas y resultados (Brinkerhoff, 1996; Mosse, 1998a). Sin embargo, este enfoque no deja de ser igual de gerencial y comprende una misma preocupación por la sincronización entre la realidad institucional y la prescripción de políticas. Es más, cuanto más complejos se vuelven los problemas del desarrollo, y cuanto más incierta es la relación entre la prescripción de políticas de desarrollo y sus efectos, más necesarios resultan los modelos simplificadores del cambio, una detallada planificación y procedimientos de gestión (Rondinelli, 1983: 90).

Desde cierto punto de vista, el desarrollo internacional se caracteriza por un gerencialismo nuevo, potenciado por dos tendencias: por un lado, la circunscripción de las finalidades del desarrollo internacional a metas cuantificadas y dirigidas a la reducción de la pobreza, la enfermedad y el analfabetismo (OCDE 1996)[2]; pero, también, de otro lado, por una mayor extensión en cuanto a sus recursos. Mientras que hasta los años ochenta el crecimiento económico basado en la transferencia de tecnología y los mecanismos de mercado eran los instrumentos del desarrollo, hoy día lo es el buen gobierno, las políticas fiscales prudentes, el pluralismo político, una sociedad social pujante y democrática como prerrequisitos para lograr la reducción de la pobreza[3]. En el más extremo de los casos, llega a ser necesaria incluso la reorganización del Estado y de la sociedad para lograr la enormemente ambiciosa meta de la eliminación de la pobreza global —y la de garantizar la seguridad internacional, ya que el subdesarrollo ahora resulta peligroso— (Duffield, 2001)[4]. Y ya que la vida social se instrumentaliza como “recurso” en las nuevas políticas internacionales, los conceptos impulsados por los donantes, como son el capital social, la sociedad civil o el buen gobierno, teorizan relaciones entre la sociedad, la democracia y la reducción de la pobreza para ampliar el alcance del diseño racional y de ingeniería social desde el ámbito técnico y económico al campo sociocultural, con la ayuda, según Fine, de una economía imperialista librada de las restricciones de los modelos neoclásicos

(2002). Al asumir “la carga de Atlas”, los donantes confían en la gestión del desarrollo mediante políticas más que nunca. La consecuencia de esto es un optimismo constante respecto a la posibilidad que ofrece el diseño de políticas para superar los problemas, valoración que no hace otra cosa que confirmar profecías autocumplidas sobre viabilidad y renovar el apoyo a programas de desarrollo que han fracasado —y, precisamente porque fracasan siguen afirmando metas y valores— (Long, 2001: 35-37). Las políticas se aseguran la confianza de dos modos: primero, por lo que Quarles van Ufford et al. (2003) denominan “la moral de la caja negra”, que esconde la relación entre las políticas y los efectos del desarrollo; y, segundo, por la lógica del ciclo del proyecto que garantiza la división entre los que elaboran los planes y los que los implementan (Biggs y Smith, 2003) [...] Lo fundamental es que las políticas de los donantes no reconocen su propia autonomía de los sucesos y, como consecuencia, no consiguen hacer entender la relevancia de sus propuestas. Mi objetivo es fomentar la reflexión y desmantelar “esa sensación no analizada de tenerlo todo bajo control” (Eyben, 2003: 2) entre los profesionales que formulan políticas de desarrollo.

La segunda perspectiva de las políticas, más crítica, parte de supuestos opuestos. Comienza por hacer patente el fracaso de las intervenciones en el desarrollo. Desde esta perspectiva no sorprende que los modelos de gestión que aíslan sus intervenciones de las realidades históricas y sociales del “Tercer Mundo”, o que las moldean según lógicas diagnósticas y prescriptivas en las que predomina la disciplina (se trate de la salud, la agricultura o la educación), no logren sus fines establecidos (Long, 2001: 32-34). Sin embargo, más que rechazar el aspecto instrumental del desarrollo, sus críticos lo sustituyen por una serie de fines o efectos reales, no evidentes o no intencionados, para lograr metas de planificación del desarrollo[5]. Actualmente existe un vasto cuerpo de literatura en la que se sostiene que, igual que en el dominio colonial, los modelos racionales del desarrollo consiguen el control cognitivo y la regulación social; potencian la capacidad estatal y aumentan la autoridad burocrática (en especial en pueblos marginados); reproducen jerarquías de conocimiento (el científico por encima del indígena) y modelos de sociedad (la que desarrolla por encima de a la que “se va a desarrollar”), y atomizan, subyugan,

silencian o borran lo local mientras “corren un velo sobre estos efectos políticos” mediante discursos técnicos que naturalizan la pobreza, que objetivan a los pobres y que despolitizan el desarrollo (Ferguson, 1994; Cowen y Shenton, 1995; Escobar, 1995; Long, 2001; Ludden, 1992; Scott, 1998; Skaria, 1999; Tsing, 1993).

Recientemente, la atención crítica se ha enfocado en aquellas propuestas que se las dan de participativas, de practicar una aproximación de abajo hacia arriba, o incluso de indígenas (Chambers, 1983, 1997; Chambers et al., 1989).Estas, en vez de invertir o moderar la hegemonía del desarrollo, aportan instrumentos aún más eficaces con los que ampliar el control tecnocrático o favorecer intereses foráneos mientras ocultan la connivencia de agentes externos o las manipulaciones de las elites más locales, detrás de la seductora retórica del “control popular” (Cook y Kothari, 2001; Mosse, 2001). “La comunidad”, “lo indígena”, “el conocimiento local”, “la planificación popular”, categorías que prometían proporcionar las claves para combatir los enfoques tecnocráticos de “arriba hacia abajo”, y favorecer así las posibilidades del desarrollo para los pobres, resultan ser peligrosas falsificaciones, productos de la modernidad que arrastran tras de sí las huellas coloniales de costumbres y tradiciones inventadas a nivel burocrático y facilitan, como Li (2002) apunta, “el foco fundamental para la ejecución de estrategias gubernamentales”[6]. Respecto a los discursos internacionales, las políticas nacionales y las dinámicas locales, hay que añadir que los pobres también se han mostrado capaces de posicionarse formando “comunidades” o adoptando identidades “indígenas” como estrategia para adquirir derechos o recursos (Li, 1996, 1999: 51; Karlsson, 2002). Las mismas técnicas de participación (como la Participatory Rural Appraisal [PRA]) resultan ser tecnologías disciplinarias que se utilizan para convertir a los pueblos autóctonos, con sus maneras de ser y pensar, en “verdaderos” beneficiarios de los conocimientos y de la planificación […]

En resumen, para los críticos, el desarrollo y sus varios discursos (es decir, sus políticas y prácticas) tienen sendos efectos institucionales: el mantenimiento de las relaciones del poder y los efectos ideológicos, y la despolitización (Ferguson, 1994). El poder se manifiesta como la astucia de la razón y del populismo (Agrawal,

1996: 470). El desarrollo no es una política que tiene que implementarse, sino un modo de dominación que es necesario resistir. Como tal, se celebra esa resistencia, por ejemplo en la documentación activista de los movimientos sociales contra los programas de reasentamiento o las grandes presas, la despoblación forestal y un sinfín de acciones menores como la tala indiscriminada de árboles, el derribo de empalizadas o la destrucción de zanjas de riego para defender los derechos de la población local a la tierra, al pastoreo o al agua.

Ambas perspectivas opuestas —la crítica y la instrumental— han entorpecido el camino hacia una etnografía del desarrollo más certera, capaz de abrir la caja negra de la implementación para abordar la relación entre las políticas y la práctica. Es evidente que las perspectivas instrumentales son demasiado ingenuas respecto a las políticas institucionales del desarrollo. Pero el giro crítico en la antropología del desarrollo también resulta ser un callejón sin salida, que únicamente sustituye la racionalidad institucional de las políticas por la automaticidad anónima de una máquina. Según James Ferguson, los efectos del desarrollo ocurren "a espaldas o contra la voluntad de incluso los actores más poderosos" (1994: 18). La implacable microfísica del poder foucauldiana sucede más allá de la inteligencia de los actores; aunque no, por lo visto, más allá de la del antropólogo en su papel de descodificador. Se trataría de una "nueva sociología funcionalista" que, como matiza Latour (2000), sustituye objetos falsos por los verdaderos —el desarrollo con una función social (por ejemplo, la extensión del poder burocrático)— y, de tal modo, destroza su objeto[7]. Una vez llevada a cabo la sustitución, no queda nada por decir. No es muy de extrañar que críticos como Ferguson parezcan haber pasado tan poco tiempo hablando con los que trabajan en proyectos de desarrollo. Mi propósito es restituir la capacidad activa de los actores del desarrollo en cada nivel, y dejar atrás la imagen de víctimas engañadas y, al mismo tiempo, de responsables atrapadas a bordo de una especie de "camión futurista con piloto automático" (Sivaramakrishnan y Agrawal, 2003 [borrador]; Grillo, 1997: 21), además de poner en duda la falsa noción de instituciones del desarrollo todo-poderosas occidentales (Cooper y Packard, 1997; Watts, 2001: 286). Es más, aunque de forma distinta, tanto la perspectiva crítica como la instrumental desvían la atención de la complejidad de las políticas como práctica institucional de la vida social de los proyectos, de las organizaciones y los profesionales, de las perspectivas de los mismos actores y de la diversidad de los intereses que los mueven, hacia los modelos de política en que se basan.

Las preocupaciones de una nueva etnología

del desarrollo

Últimamente, la etnología del desarrollo ha empezado a disipar los nítidos contornos trazados tanto por la planificación racional como por los marcos de la dominación/resistencia. En ciertos casos, basándose en la noción foucauldiana de la gobernabilidad —"un tipo de poder que actúa en, y por, la acción personal y la subjetividad de los individuos como sujetos éticamente libres y racionales" (Shore y Wright, 1997: 6)— demuestra cómo las políticas regulan la vida social y crean a los sujetos y ciudadanos no mediante la represión y el control manifiesto, sino mediante un poder productivo que engendra subjetividades y aspiraciones (Foucault, 1979a: 194; Li, 1999: 296, 2002). Otros, que también sostienen que el marco dominación/resistencia es demasiado restrictivo para englobar la naturaleza de la acción individual desde abajo, apuntan que hasta en los proyectos más radicales de imposición del desarrollo —por ejemplo, el reasentamiento de pueblos "indígenas" como consecuencia de la construcción de presas, a la de aquellos que se enfrentan a las constructoras por ira o frustración—, siempre conviven con la de quienes piensan que "esto significa una nueva oportunidad" o "que así saldremos ganando" (Fletcher, 2001). En muchos sentidos la nueva etnología del desarrollo encaja muy mal con las nociones monolíticas de dominación, resistencia, relaciones hegemónicas y el supuesto de una conciencia falsa entre los desarrollados (o los desarrolladores).

Michel de Certeau ha aportado un toque de sutileza a la percepción de la acción individual, llamando nuestra atención sobre las "prácticas de consumo" enrevesadas, dispersas y subversivas que no "se ponen de manifiesto en los propios productos, sino en las formas de utilizarlos según un orden económico dominante" (1984: XIII). Dicho de otra manera, mientras que los "beneficiarios" (o los que dirigen los proyectos) pueden consentir los modelos dominantes —utilizando los guiones autorizados que los proyectos les otorgan— posteriormente hacen de ellos algo totalmente distinto. Y es de este modo que podemos pensar, como hace James Scott (1990b), en

términos de la existencia de “transcripciones ocultas” junto a “transcripciones públicas” de las políticas del desarrollo. Lo que interesa es menos la relación entre las políticas y su implementación, o entre la dominación y la resistencia, y más la que existe entre la transcripción pública y la oculta; entre el “’privilegio monoteísta’ de los modelos de política dominantes y el ‘politeísmo’ de las prácticas dispersas” que subsisten por debajo (Certeau, 1984: 48).

Otra revelación de la nueva etnografía del desarrollo es que la gobernanza aportada por los programas del desarrollo no puede imponerse; son necesarios la colaboración y el acuerdo. La reputación y la legitimidad (de las que depende en último extremo la gobernanza) constituyen pobres recursos para los Gobiernos, los donantes, las agencias de desarrollo estatal e incluso las ONG que operan en entornos competitivos (Li, 1999)[8]. Mientras que los alegatos sobre el éxito de un proyecto de desarrollo nunca son muy contundentes, las críticas siempre constituyen “puntos de influencia política” (1999: 297). En ellas siempre se presenta “la posibilidad de revelación y escándalo […] un subtexto incómodo de chistes políticos y comentarios cínicos acerca de la pomposidad de un discurso, el aburrimiento de algún espectáculo o la estupidez de algún proyecto, comentarios que, mientras que critican al otro, también se aplican a uno mismo” (1999: 299). Ya que el éxito es frágil y el fracaso puede llegar a ser un problema político, la hegemonía tiene que ser acordada, no impuesta; se trata de un “terreno de lucha” (1999: 316). Como apunta Li, mientras los críticos del desarrollo recalcaban el proyecto de gobernanza, pasaban por alto las luchas políticas, los consentimientos disimulados, los acuerdos logrados y las eventualidades involucradas en conseguir dicha gobernanza (1999: 295). En este sentido, las “políticas” aparecen como la encarnación más antigua de asuntos tan peyorativos como “estratagemas, engaños, artimañas, astucias o hipocresías” (Shore y Wright, 1997: 19). Lo cual hace que las promesas y prácticas mismas del desarrollo sean fundamentalmente políticas (Gupta, 1998; Moore, 2000). En sus trabajos sobre el desarrollo descentralizado de los recursos naturales de la India, Amita Baviskar (2004) arroja luz sobre cómo los proyectos operan para conseguir el consentimiento político; mientras que Tania Li, en sus investigaciones sobre los programas

de asentamiento estatales en Indonesia, pone de manifiesto la vulnerabilidad inherente de los modelos de políticas y los "programas burocráticos para organizar y clasificar poblaciones [que] pueden resultar coherentes en teoría, pero que en la práctica son inestables" (1999: 298). El éxito de un programa depende de la adhesión activa de partidarios, incluidos los "beneficiarios".

Entonces, vuelvo a reiterar que, desde una perspectiva etnográfica, no se trata de examinar si un proyecto de desarrollo funciona, sino de examinar cómo funciona; no si un proyecto tiene éxito, sino cómo ese "éxito" es logrado. Teniendo en cuenta que (como se verá más adelante) los diferentes actores de un proyecto (los donantes que elaboran las políticas, los gestores, los consultores, los trabajadores de campo, los agricultores) disfrutan de un alto nivel de autonomía los unos con respecto a los otros, independientemente de si su propósito es disciplinar o empoderar (Quarles van Ufford, 1988b), el control que las burocracias o las ONG ejercen sobre lo que sucede y las prácticas del desarrollo se ve siempre restringido y a menudo muy limitado. Lo que suele ser más urgente y más práctico es el control sobre la interpretación de los acontecimientos. Ya lo han dicho los analistas críticos: el poder se ubica en las narrativas que sustentan las definiciones que la organización misma tiene del problema (Roe, 1994). Es decir, el éxito en el desarrollo depende de la consolidación de una interpretación en concreto, un modelo de políticas. Sin embargo, lo que los analistas no han conseguido hacer es examinar cómo se producen y se mantienen las interpretaciones de las políticas a nivel social. Como nos vuelve a recordar Bruno Latour, el éxito de los conceptos que sustentan las políticas y el diseño de los proyectos no es inherente (a priori), sino que es fruto de su "capacidad de seguir reclutando apoyo y, de este modo, imponer una coherencia creciente frente a los que los discuten o se oponen a ellos" [1996: 78]. Dicho de otra manera, los proyectos del desarrollo necesitan comunidades interpretativas; una serie de actores secundarios que "participen en el orden establecido como si sus representaciones fuesen realidad" (Sayer, 1994: 374, citado en Li, 1999: 298-299). Además, la acción efectiva (y el poder) en el desarrollo exigen la elaboración/manipulación de un conjunto de actores con distintos discursos "quienes se adhieren parcialmente, aunque casi nunca del todo, en el 'proyecto' de otra u otras personas" (Long, 1992: 23). Siempre existe la necesidad de

transformar una serie de intereses en otros distintos. Los consejeros de los donantes, las consultoras y otros encargados de los proyectos solo tienen la capacidad de obtener resultados porque las ideas o instrucciones que transmiten pueden adaptarse a las intenciones, metas y ambiciones de los demás. Ahora bien, cuanto más se vean vinculados los intereses a sus propias interpretaciones, más estables y más dominantes serán los modelos de políticas de desarrollo resultantes. Una potente narrativa del desarrollo como la de la deforestación de África y la sabana-ización, puestas en entredicho por Fairhead y Leach (1996, 1997), se presenta respaldada por muchos intereses. No solo consigue garantizar a los Gobiernos occidentales electorados más influidos por los medios de comunicación, o solvencia financiera para un Gobierno guineano que depende de las ayudas que imponen condiciones verdes, o ingresos cotidianos para empleados de una prefectura en un sistema donde predominan los sobornos, multas y exclusiones, sino que apuntala las identidades profesionales de técnicos forestales que imponen disciplina a "aldeanos irresponsables", y hasta la identidad étnica de la "sabana" contra "la de la gente de la selva" (1997)[9]. A esta lista se puede añadir a los consejeros de los donantes, los consultores, los investigadores y otros muchos cuyos intereses pueden relacionarse con los modelos vigentes.

Está claro que las narrativas comunes o las interpretaciones dominantes se sustentan y responden a una gama de intereses a menudo contradictorios. La diferencia de intereses prácticos en torno a políticas del desarrollo o diseños de proyecto "unificadores" es una consecuencia de una lograda adhesión y una condición para la estabilidad y el éxito. Esto es posible gracias a la productiva ambigüedad que caracteriza las "metáforas maestras" de las políticas del desarrollo. Pero también requiere la traslación (de los objetivos de política en intereses prácticos, y de intereses prácticos de vuelta en objetivos políticos), y esta tarea es la de negociadores duchos (encargados, consultores, trabajadores de campo, responsables de comunidades —materia de este texto—), quienes trasladan el significado de sus proyectos a los distintos lenguajes institucionales de los agentes sociales implicados sin dejar de crear intereses y construir realidades (Latour, 1996: 86).

El problema está en que esta misma diversidad y la multiplicidad de

intereses (y necesidades que hay que cumplir) desestabiliza e incide negativamente en la coherencia. No obstante, un énfasis posmoderno en la fragmentación e interminable multiplicidad de perspectivas por parte de los agentes sociales solo constituye la mitad de la historia, y supone una corrección parcial de un análisis reductivo que acaba por desacreditar, culpar o destrozar su objeto (Latour, 2000). La tarea etnográfica consiste en demostrar cómo, a pesar de semejante fragmentación y desacuerdo, los actores del desarrollo se comprometen en cada momento a crear orden y unidad mediante acciones políticas de composición (ibíd.). Se trata de examinar la manera en la que entidades heterogéneas —gente, ideas, intereses, acontecimientos y objetos (semillas, estructuras de ingeniería, bombas, vehículos, ordenadores, máquinas de fax o bases de datos)[10]— se unen para realizar la traslación en el orden material y conceptual de un proyecto de desarrollo (ibíd.)[11]. De este modo, la coherencia atribuida a un proyecto exitoso nunca se da a priori, y nunca como resultado del diseño o de sus políticas. En palabras de Latour: "Si decimos que un proyecto exitoso existió desde el inicio porque su concepción era correcta y que un proyecto fallido fracasó porque esta era errónea, no añadimos nada, solo repetimos las palabras 'éxito' y 'fracaso', mientras que la causa de ambas se sitúa en el comienzo del proyecto, en su concepción" (1996: 78).

El doble efecto de congregar y dividir, unir y fragmentar es una parte fundamental de los procesos sociales del desarrollo analizados en este texto. En él se demostrará cómo los actores subordinados del desarrollo —los aldeanos, los campesinos, el personal de oficina, los encargados de proyecto y sus jefes, en sus relaciones con los donantes— crean esferas de acción en el día a día que son autónomas de los modelos de políticas estructuradores (en la línea de lo señalado por De Certeau), pero al mismo tiempo luchan activamente por sostener esos mismos modelos —las interpretaciones dominantes— por la cuenta que les trae. Los procesos sociales que multiplican los intereses y experiencias y los que unifican y refuerzan las representaciones autorizadas son los mismos. Asimismo se pondrá de manifiesto cómo, paradójicamente, las prácticas de los trabajadores de los proyectos socavan los modelos que paralelamente ellos mismos intentan restablecer como representaciones; y, más aún, ya que estas representaciones

descansan en la fragmentación y la contradicción, la coherencia y el orden de un proyecto exitoso siempre son frágiles; las interpretaciones pueden fallar[12].

Mi explicación recurrirá a la ya bien establecida tradición dentro de la sociología del desarrollo del planteamiento interaccionista "centrado en el actor", que se centra en el espacio de los proyectos, la "primera línea", el día a día de los trabajadores y las intencionalidades entrelazadas de los que promueven el desarrollo y los que están "por desarrollar"[13]. Sin embargo, un enfoque interaccionista puede fácilmente pasar por alto "el problema de las políticas", en la medida en que sea incapaz de profundizar en cómo se relacionan las ideas con el poder y con la práctica social. Todo ello, una vez descartadas nociones simplistas como que las acciones en el campo del desarrollo son producto de la intención política (desde una estrecha perspectiva instrumental) o que son organizadas para resistirlo (perspectiva populista). En realidad, enfrentar el problema de la relación entre las ideas y las acciones nos remite nuevamente a temas bien trillados de la antropología social. A lo largo de toda su historia, esta disciplina ha puesto en tela de juicio el concepto de que las ideas tienen vida propia y que pueden ser trazadas independientemente de las instituciones, personas e intenciones, o ser observadas en sus efectos; "en todos los casos es la gente la que tiene las ideas y la que impacta en las instituciones" (Douglas, 1980: 60). Los escritos de Wittgenstein sobre los juegos lingüísticos, los de Evans Pritchard sobre la brujería Azande o los de Latour sobre los científicos a menudo reconocen que el significado de las palabras y de los conceptos se ubica en la actividad social (Douglas, 1980: 30). Mi intención en este texto es demostrar cómo, también en el ámbito del desarrollo, hay que concebir las ideas en términos de las instituciones y las relaciones sociales a través de las cuales se expresan[14], y cómo dichas relaciones tienen que entenderse en términos de ideas. La manera en la que pensamos, la premisas que sostenemos, las teorías de causa y efecto que invocamos, los intersticios en nuestra curiosidad llevan la huella de las acciones sociales y sus responsabilidades. Y, al mismo tiempo, las ideas sobre políticas aportan el lenguaje de alianzas y divisiones dentro de los equipos de consultores, de donantes o del proyecto; así, los campesinos negocian sus reivindicaciones sobre los recursos del proyecto en términos de las

clasificaciones y realidades ofrecidas por las políticas, en torno a cuyas poderosas metáforas se movilizan amplias redes de apoyo. Ya lo ha demostrado Mary Douglas en campos muy diversos: el compromiso con las ideas y con las relaciones sociales es inseparable (para un resumen, véase Fardon, 1999).

Posicionalidad. La etnología desde dentro

Un último aspecto de esta nueva etnología del desarrollo es el hecho de que es cada vez más multi-posicionada además de multi-situada (Marcus, 1995). Los antropólogos escriben desde dentro de las comunidades del desarrollo (ya sea la de donante, del proyecto o de la profesión) y también desde fuera. Sus investigaciones se realizan no solo dentro de, sino como parte de, los cuerpos en los que se elaboran las políticas de los donantes, equipos consultores de diseño, reuniones de proyecto, acontecimientos en la comunidad y la redacción o la "lectura emancipadora" de textos (Apthorpe, 1997). Concepciones anticuadas del "campo" [como lugar de estudio exótico] distintas a las del "hogar" [la propia sociedad] quedan descartadas a la fuerza (Gupta y Ferguson, 1997), ya que los antropólogos intentan explorar en vez de ocultar las conexiones y afinidades que les vinculan a su objeto de investigación (Marcus, 1998: 16). Y esto conlleva la exploración de un nuevo tipo de antropología que localiza la producción del conocimiento de otros pueblos y la sitúa explícitamente en el contexto internacional, analizando las relaciones políticas e históricas del poder y los sistemas de valores que moldean sus representaciones. Además, esto se hace de una manera que sitúa al antropólogo dentro de este marco, y arroja una luz autocrítica sobre él en tanto que actor de una comunidad transnacional, hablando desde dentro y en primera persona.

No existe ningún punto de vista desde el que yo pueda analizar el engranaje de un proyecto, o los procesos que se producen en su seno, que no me localice a mí como miembro de las "comunidades" que describo. Durante más de diez años fui consultor antropólogo

visitante, a veces etiquetado como especialista en participación, otras en instituciones y otras en “desarrollo social”. Se puede sostener que los procesos sociales de las organizaciones se entienden mejor desde dentro. Sin duda para los agentes externos, el acceso al funcionamiento de las agencias de desarrollo es difícil. Para empezar, tales agencias operan dentro de las limitaciones de la evaluación y la financiación externa, lo cual significa que para garantizar su continuidad son necesarios mecanismos efectivos que filtren y regulen el flujo de información y un conjunto de representaciones afianzadoras. En este punto, la información es un bien particular más que un activo público. Los subalternos o encubren o revelan la información estratégicamente con la finalidad de asegurarse una reputación, desviar la atención de resultados mediocres o negociar una posición dentro de la organización o con agentes externos (donantes, campesinos); mientras, los profesionales y los burócratas se esconden detrás de modelos formales y de la verborrea política —ese “pegamento discursivo” que une comunidades políticas, a la vez que despersonaliza comentarios y distancia agentes externos— (Kaufmann, 1997: 112)[15]. De todas formas, “estudiar hacia arriba” significa estudiar a los que ejercen “el poder de excluirse a sí mismos del ámbito de lo discutible” (Cooper y Packard, 1997: 5). Sin embargo, la impresión de que las agencias del desarrollo (donantes, agencias de campo u otros) siempre se sienten obligadas a ocultar algo, o que las reclamaciones normativas o de confidencialidad respecto al conocimiento caracterizan inevitablemente la relación entre las agencias y sus consultores o investigadores contratados (Panayiotopoulis, 2002), es errónea[16]. Las organizaciones del desarrollo tienen la costumbre de aceptar que se les critique y que se pongan en entredicho sus afirmaciones y acciones (por ej., mediante reseñas y evaluaciones). Sin embargo, son menos tolerantes cuando se trata de investigaciones que se quedan fuera de los marcos técnicos del diseño, ya que no parecen tener pertinencia práctica porque constituyen una pérdida de tiempo, agregan complicaciones o dificultan la tarea de la gestión (véase la discusión de Mosse, 1998a). Esto hace que sea virtualmente imposible sostener una observación participante a largo plazo sin hacer alguna contribución práctica al proyecto (se trate de un ingeniero, un médico o un antropólogo), como miembro de la comunidad y disfrutando de cierto estatus (Grammig, 2002; Harper, 2002). En

todo caso, no quisiera dar a entender que en esta investigación me conformé con el papel de observador pasivo. Mi compromiso fundamental era el de fomentar los fines deseables del desarrollo, tal y como los concebía, y no solo los de la investigación[17].

Desde una perspectiva metodológica, se puede hablar de la categoría de "comprensión participante" (Wood, 1998: 55, citando a Mikkelsen, 1995) con respecto a los diversos papeles activos que desempeñé en la investigación. Siendo constructivo en la formulación de las políticas y en el diseño del proyecto, e involucrándome en debates apasionados sobre qué estrategias y qué modelos había que implementar, adquirí un conocimiento funcional de los discursos y las relaciones del desarrollo. Pero esto mismo también restringió las posibilidades interpretativas. Como un actor entre muchos, tuve que operar dentro de lo que Quarles van Ufford (1993) denomina un "sistema modelo" de proyecto, en el que existe una suposición necesaria de una racionalidad medios-fines, de la integración y de las posibilidades de gestión. Yo era un optimista, un positivista, un modernista; desplegué una sociología de carácter clásico en la que existían grupos y estructuras, y en la que nuevos grupos y estructuras debían constituirse mientras me olvidaba de observarme a mí mismo (Eyben, 2003: 6). Pero este no fue mi único enfoque profesional. A medida que el programa se desarrollaba, pude recurrir a mi posición "en parte interna y en parte externa" para participar en una "deconstrucción como participante" (Shore y Wright, 1997: 16-17), con el fin de liberar mi acercamiento cognitivo a los modelos dominantes y a la racionalidad "medios-fines" y aportar con ello alguna luz crítica. En este punto cabía aplicar un "modelo escéptico", en el que intereses contrapuestos y estrategias contradictorias se pusieran de relieve (Quarles van Ufford, 1993). Dejando de lado las exigencias de la resolución de problemas o de la negociación estratégica y la lucha por conseguir el orden o la coherencia, mi interés se ha centrado más en localizar las reglas pragmáticas del comportamiento desarrollado en el proyecto que en discutir sobre sus reglas normativas[18]. Esto me situaba en los márgenes de la comunidad del proyecto, tal vez reincorporado como medio de aprendizaje autocritico, pero también con el riesgo de quedarme excluido como un académico externo irrelevante, si no disruptivo.

Escribir este texto ha sido una ampliación de este papel. Desde una "sociología relativista" (Latour, 1996)[19] en la que soy un actor del proyecto como los demás, mis estrategias políticas y mis puntos de vista están a la par de los suyos, como también lo están mis análisis. Mis colegas y socios también son analistas sociales que aportan sus teorías y explicaciones, en sus intentos por consolidar el ámbito del proyecto desde sus diversas perspectivas. Las entrevistas que realicé (la mayoría en 2001) tenían la finalidad de sonsacar dichas perspectivas y, paralelamente (para la gran parte de los entrevistados), ofrecer una singular oportunidad para una simple reflexión sobre el trabajo y sus frustraciones con un colega con experiencia desde dentro, con el que se participaba de metas comunes y una experiencia compartida. Según la persona con la que hablase, el relato trataba sobre la historia y trayectoria de ayuda británicas a la India, o bien era parte de la historia de una cooperativa para-estatal o del ministerio del Gobierno indio del que dependía, o la historia de una investigación agrícola en la India; en otras ocasiones se trataba de la trayectoria de un productor agrícola en concreto, de un experto en suelos agrícolas, de un ingeniero de montes, de un encargado de proyecto o un trabajador de campo; o de un proyecto que nació en un momento dado en el contexto de unos pueblos y de unos agricultores específicos en una remota región "tribal" de la India occidental. Esta historia formó parte de mi carrera como antropólogo del desarrollo, aunque contarlo dependería de cómo me posicionase, como practicante positivo o investigador crítico. Por eso, potencialmente hay en este texto al menos tantas historias y tantos coautores como actores con un papel definido.

Pero, tal y como lo explica Van Maanen, "el imperturbable ojo etnográfico en el mencionado enfoque de Latour (1993) de una 'antropología simétrica' no es tan fácil de cumplir en los sumamente segmentados mundos poblados por actores en los que predomina el interés individual" (2001: 237). En realidad, mientras que me inspiro en las historias de los demás actores, se trata de mi experiencia, valores e interpretaciones, mis afirmaciones autocríticas (o terapéuticas; véase Pels, 2000, citado en Eyben, 2003: 6), mi sentido histórico que tiene su origen en haber formado parte del equipo de diseño originario y mi involucramiento sostenido, los que imponen coherencia; es mi narrativa la que se

transforma en una meta-narrativa. La mía es una interpretación interesada y no una evaluación científica; agrega interpretaciones a las de otros actores cuyas experiencias comparto (Latour, 1996, 2000). En última instancia, la objetividad de mi análisis no puede ser fruto de mantenerse al margen de la disputa o de suprimir la subjetividad, sino que se basa en la potenciación de la capacidad de los actores para oponerse a lo que se comenta sobre ellos (mostrando inquietudes, dudas e interpretaciones) (Latour, 2000)[20]. Por este motivo, se han difundido extensivamente borradores de este material entre mis "informantes" en todos los niveles. El análisis ha sido aceptado y cuestionado, aprobado y descartado, reconocido y desautorizado; ha suscitado intriga y depresión, ira, y ha sido rotundamente ignorado. Algunas de las reacciones han profundizado mi análisis, otras han sido excluidas. En el prólogo he apuntado cómo un grupo de actores criticaron mi manuscrito. Una vez publicado, surgirán más respuestas: la "objetividad", en el sentido propuesto por Latour, es un proceso que acaba de empezar y mantiene el análisis abierto. Ya que, en última instancia, el informe etnográfico interpretativo "antropológico" siempre "coexiste con otras formas de conocimiento" (Gupta y Ferguson, 1997: 39). "la tarea política no es 'compartir' conocimiento con los que no lo tienen, sino fomentar vínculos entre distintos conocimientos posibles desde posiciones distintas" […]

Los antropólogos en el desarrollo:

La esperanza, la política y la reflexión crítica

Al tratar de reconciliar el optimismo con el escepticismo en el desarrollo, Quarles van Ufford et al. diferencian entre el desarrollo como esperanza, como política/administración y como comprensión crítica (2003). Estas son, según establecen, las fases históricas del desarrollo de posguerra, además de ser los ámbitos de conocimiento y acción. Estos tres ámbitos también ayudan a diferenciar mis diez

años de interacción con el proyecto, que conllevaba aspectos tanto morales, estratégico-administrativos (es decir, políticos) como críticos. Aunque estas perspectivas están co-presentes, los cambios personales vividos cuando se trabaja dentro de un proyecto de comunidad tienen la tendencia de poner una u otra de relieve en un momento dado. Es así que, al comienzo, cuando elaborábamos y negociábamos el proyecto, cuando reclutábamos a nuevos trabajadores y partidarios, para mí (y para mis colegas) el proyecto representaba una serie de elecciones morales; un diseño de esperanza. Las metas también representaban responsabilidades morales (la de abordar las necesidades de los más pobres, de las mujeres, la de fomentar los procesos democráticos). De forma característica, la esperanza consistía en una redefinición del pasado y del presente en los términos de un futuro imaginado. Pero la elaboración, el diseño y la concreción del proyecto también eran contextos de compromiso político […]

La afirmación de un modo de pensar/actuar en detrimento de otro conlleva obvios peligros. Como este estudio ha demostrado, las metáforas políticas movilizadoras de la esperanza, igual que el optimismo gerencial del ciclo de proyecto son pobres guías de la política administrativa de un proyecto; se tienen que transformar en la práctica. Pero las exigencias burocráticas, sin el efecto paliativo de las aspiraciones o visiones de las políticas, consolidan las estructuras existentes de poder y desigualdad, de las que los practicantes no tienen conciencia sin reflexión crítica. Y el análisis crítico de las "hermenéuticas de la sospecha [que suscitan las intervenciones en el desarrollo] lleva a punto muerto si no es complementado con unas hermenéuticas de recuperación y reconstrucción" (Quarles van Ufford et al., 2003: 17).

Pero a través de sus distintos modos de esperanza, política/administración y comprensión crítica, el desarrollo se transforma en un "campo heterogéneo de acción e imaginación" (2003: 18). No podemos "dar por supuesto que la traslación entre los distintos ámbitos del desarrollo siempre sea posible", que la política pueda moldear la implementación o que los descubrimientos de la investigación puedan impactar en las políticas. Hay que asumir que va a haber contradicciones y tratar de evitar expectativas de coherencia. Uno de los principales fallos de los últimos debates

sobre la antropología para, o del desarrollo, es ignorar la heterogeneidad de la esperanza, la política y la reflexión crítica. En vez de su reconocimiento, el debate ha reproducido la misma distinción institucionalizada entre el compromiso constructivo y el análisis crítico imparcial que deriva en la divergencia de las carreras seguidas por los antropólogos como profesionales del desarrollo (consultores, consejeros, investigadores de políticas) o como académicos intelectuales. Mientras que algunos de estos últimos acusan a los primeros de contribuir a la consolidación de modelos de desarrollo etnocéntricos y dominantes, los primeros acusan a los últimos de practicar posturas irrelevantes y elitistas promovidas por las modas intelectuales académicas norteamericanas. Ello redunda en la abundancia de parodias de consultores mercenarios o de "endebles formas de antropología políticamente correcta" (Grillo, 1997), que ofrecen representaciones gravemente erróneas de la gama variopinta de posiciones de las que parten los antropólogos, y de sus capacidades individuales para compaginar el compromiso con las políticas y sus críticas, determinadas por cuestiones como su afiliación institucional —sean catedráticos o consultores autónomos— su posición en el mercado, edad/rango y reputación con, entre otros, las agencias de desarrollo (Wood, 1998)[21].

Los antropólogos tienen la capacidad de abrir un espacio para innovaciones políticas, sobre todo cuando forman parte de asociaciones que van más allá de las fronteras institucionales. Pero esta capacidad depende tanto del desarrollo de vínculos cordiales con agencias y con sus políticas como de la reflexión crítica independiente. Sin embargo, si los antropólogos se involucran demasiado en el proceso de producción de políticas, se esfuma este potencial. Considérese, por ejemplo, el gran aumento en la contratación de antropólogos en agencias del desarrollo occidentales que acompañó la creciente difusión publicitaria de temas relacionados con la pobreza, la participación o el género durante los noventa. Esto favoreció el "desarrollo social", tanto como habilidad profesional como pseudo-disciplina en agencias donantes como la DFID. La presencia de esta disciplina no era fácil de negociar dentro de agencias donantes donde predominaban modelos económicos, o en burocracias de países en vías de desarrollo (donde los "consejeros del desarrollo social" carecían de

homónimos técnicos o buscaban suplentes entre las ONG). Al desarrollarse en la sombra de las políticas económicas, el desarrollo social promovía sus propios métodos y conceptos predictivos y generalizadores, alejando a los antropólogos del análisis regional especializado (Bebbington et al., 2004; Mosse, 1998a). Además, la tendencia hacia la universalización de los supuestos procesos del cambio social, y no hacia la investigación del proceso específicamente contextualizado por el que los efectos del desarrollo suceden, ha hecho que el "desarrollo social" sea más ideológico que antropológico (como queda demostrado en mi propio trabajo). El que el desarrollo social no consiga dar cuenta de los contextos políticos (algo cada vez más reconocido, Eyben, 2003) va codo con codo con ciertas suposiciones respecto a la delegación de autonomía, la capacidad de autosuperación, la acción natural colectiva, un análisis orientado bien hacia el presente o bien hacia el proyecto, y un sobreénfasis puesto en las categorías sociales (las mujeres, los pobres) en vez de en las relaciones entre ellas (Green, 2002: 62-64). La restricción, por así decir, al "ámbito de la esperanza" limita el potencial de la innovación en el desarrollo. Es posible que este potencial pueda ser liberado mediante un viraje critico-reflexivo entre los practicantes del desarrollo social.

El reconocimiento de la distancia con respecto a las inquietudes y los procesos institucionales del desarrollo también es problemático para la antropología social como disciplina. Los antropólogos que trabajan en agencias del desarrollo en países pobres no suelen necesitar que se les recuerde que trabajan desde posiciones de privilegio dentro de "un régimen de relaciones internacionales desiguales" (Cooper y Packard, 1997: 5), que atraviesan distintos grados de poder así como de diferencia cultural. Sin ninguna duda ello representa sus propios problemas y lastres. Pero lo que es más problemático para una disciplina reflexiva es que no se reconozca que, como Little y Painter han afirmado, "la antropología en general ha ayudado a producir y a mantener, y sigue beneficiándose de las relaciones de poder en las que se basan las instituciones del desarrollo y los discursos que generan", traspasando esta carga moral solo a los que se dedican a ciertas trayectorias profesionales dentro de este campo (1995: 605). Como nos recuerda Buroway, eran solamente los esfuerzos de los antropólogos para establecer su propio enclave de experticia a principios del siglo XX los que

consiguieron la profesionalización de la antropología como disciplina con un enfoque basado en la convivencia y no en el viaje; pero en este proceso, la antropología "pasó por alto las enormes redes del Imperio, las múltiples y asimétricas conexiones entre las colonias y sus metrópolis que posibilitaron la investigación de campo y apuntalaron los propios cimientos de la disciplina" (2001: 147). Tal vez, como sugiere Ferguson (1997), la distancia antropológica del desarrollo apunta a una "intimidad incómoda" de discursos gemelos que se basan en aquellos grandes temas ubicuos de la modernización y la globalización (Sivaramakrishnan y Agrawal, 2003).

El terreno de la práctica antropológica ha cambiado profundamente a lo largo de las últimas dos décadas. El hecho de que los antropólogos ya no se justifiquen como observadores objetivos y libres de valores, como fuentes de un conocimiento neutral, autorizado y científico, vuelve a situar a la antropología dentro de las relaciones históricas del poder. Con respecto al desarrollo internacional ello brinda oportunidades, si no obligaciones, para el compromiso y la reflexión autocrítica, para la esperanza y la comprensión crítica, ninguna de las cuales es posible sin acercarnos a la política administrativa de la práctica del desarrollo.

NOTAS

* Este texto reproduce varias secciones del libro de David Mosse, Cultivating Development. An ethnography of aid policy and practice, publicado en Londres por Pluto Press en el año 2005 [capítulo I "Introducción", págs. 1-14; capítulo X: "Conclusiones e implicaciones", págs. 240-243].

** David Mosse, profesor de antropología social en la Universidad de Londres (School of Oriental and African Studies). Es especialista en antropología del desarrollo en el sudeste asiático (India).

1. En este libro adopto una concepción de "política" que abarca tanto las políticas globales como los modelos, estrategias y diseños

que las representan a un nivel más local.

2. Estas metas incluyen “una reducción del 50 por ciento en la proporción de gente que vive en condiciones de pobreza extrema en 2015, la educación primaria universal en todos países para la misma fecha, una reducción del 67 por ciento en las tasas de mortalidad en niños menores de cinco años, y del 75 por ciento en la de mortalidad materna” (DFID, 1997).

3. Siguiendo a Duffield (2001), estos también pueden considerarse las precondiciones para la inclusión en la economía global. Como tal, la exclusión social (y económica) es lo que define “el Sur” —cada vez más la ubicación no solo de la pobreza, sino del conflicto, de la inestabilidad, la actividad delictiva y del terrorismo—. La respuesta internacional a este “subdesarrollo peligroso” no es el desarrollo económico inclusivo global, sino que “las ayudas globales para la pobreza y el control de disturbios” (Duffield, 2001: 7-8, citando a Robert Cox).

4. Sobre políticas de ayuda como proyecto político de gobernanza global estratégica, véase Duffield (2001). Es significativo que los documentos de política del DFID (DFID 1997; 2000) acaten la noción de la eliminación de la pobreza, lo que implica límites más allá de los cuales la pobreza (o la enfermedad) pueden desaparecer para siempre. Aquí, como Parkin señala (refiriéndose al enfoque médico en África oriental), la solución de los problemas tiene características de “agujero negro”, que se desmarca de la idea de que la pobreza (o la enfermedad) es relacional, y que requiere un trabajo constante para combatirla; es más bien una idea basada en la gestión que no cuadra bien con las inquietudes y las opciones de los pueblos mismos.

5. Si estos se consideran como “fines conspiradores” o como “efectos instrumentales” (Ferguson, 1994) depende, en cierto modo, de la teoría de agencia adoptada.

6. Véanse los escritos de Agrawal (1995), Gupta (1998), Li (1996, 2000), Mosse (1999), Moore (2000), Pigg (1992) y Sundar (2000), que de formas distintas demuestran cómo el enfoque se ha trasladado de una apología por lo auténticamente indígena (o local o comunitario, etc.), en lo que a lo científico-global respecta, a la

exploración de la producción de lo local, lo indígena o lo comunitario mediante los encuentros con el desarrollo.

7. Señalar que las actividades de desarrollo sirven a ciertos intereses o que tienen ciertos efectos políticos no es lo mismo que explicar las motivaciones y los significados de las personas involucradas, o poner en duda su ética (Crewe y Harrison, 1998). El efecto de una cosa no explica sus propiedades. Sahlins (1999) arremete contra los "despuésologos" (afterologists en el inglés) —aquellos nuevos funcionalistas que darían una explicación fatua de la cultura como tradición inventada, cuya verdad se ubica en sus utilidades políticas y sus efectos instrumentales; que se permiten el lujo de "explicar mediante la eliminación"— y gracias a lo cual, todo lo que sabemos solo lo sabemos "funcionalmente, como un recurso del poder […] y no sustancialmente o estructuralmente" (1999: 404). Además, según Li (citando a Friedman, 1992), "cuando los antropólogos escriben, en sus todavía autorizadas voces, sobre las 'comunidades imaginadas' y las 'tradiciones imaginadas', intervienen en luchas políticas de consecuencias enormes para esas gentes cuyas certezas son, de ese modo, puestas en duda" (Li, 1996: 523).

8. Los últimos acercamientos antropológicos al Estado y a la burocracia también advierten de las afirmaciones que se hacen acerca de la extensión del "poder burocrático". Ya lo ha apuntado Sivaramakrishnan (trabajando en la silvicultura colonial de Bengala), las intenciones de las políticas no se deben confundir con sus efectos prácticos. Los planes de trabajo de los expertos forestales tuvieron que ser modificados por los derechos locales (1999: 244). El poder burocrático es una autorepresentación frágil, solamente sostenible debido a los acuerdos y procesos informales y no reconocidos (Scott, 1998) que sostienen la práctica. Las ideas no críticas sobre el poder y sobre la actividad del "Estado" fueron cuestionadas anteriormente por Abrams (1988), quien diferenció entre, por un lado, "la idea del Estado" como una fuente unificada de intenciones y de poder, y, por otro, el "sistema de Estado" como una serie de instituciones del control, su plantilla, las prácticas y las relaciones (Fuller y Harris, 2000). La idea (o ideología) del Estado es una unidad de "capital simbólico" que apoya al poder material del "sistema de Estado".

9. Pigg (1992, 1996) también demuestra cómo las narrativas del desarrollo aportan las distinciones conceptuales (pueblo/ciudad; desarrollado/subdesarrollado; ciencia/superstición) que se despliegan activamente para definir las distinciones de lugar y de posición social de un modo muy especifico dentro de la sociedad Nepalí.

10. Ya nos lo recuerdan los estudios tecnológicos y científicos: las redes de actores que realizan un proyecto de desarrollo no se limitan a las relaciones sociales, sino que también abarcan las cosas, tecnologías y otros recursos materiales que constituyen relaciones. "La cosas no actúan por sí mismas, pero tampoco lo hacen los seres humanos" (Law, 1994, en Steins, 2001: 19; Strum y Latour, 1999; Winner, 1999).

11. El énfasis que pone Latour en la traslación y en las acciones políticas de composición recalca el punto más bien amplio de que las ideas modernistas sobre la unidad a priori de la estructura social (oculta o no) deben descartarse. En esto coincide con Stuart Hall, cuya noción de articulation crea unidades e identidades culturales que son siempre provisionales (Hall, 1996).

12. Ya terminado el último borrador de este libro, leí Rule of Experts (2002), obra importante de Timothy Mitchell, que aporta un argumento paralelo en un contexto más amplio. El autor examina los procesos históricos y las nuevas prácticas sociales que han escindido al mundo moderno en objetos e ideas, en realidad y representación. Lo fundamental es que se puede demostrar que las políticas del desarrollo moderno, que aparecen como una abstracción racional separada del orden social que gobiernan (como, por ejemplo, el derecho de la propiedad, la economía, el capitalismo), tienen un fundamento en ciertos intereses y acontecimientos concretos, y en contingencias, formas de violencia y exclusión. La lógica, universalidad y coherencia aparentes de estas ideas, y las habilidades y el diseño racional que aportan, no son inherentes, sino que son producidos a través de la niebla de las prácticas contingentes que consiguen ocultar las prácticas sociales al efectuar una división entre las ideas y sus objetos. Las políticas ni preceden a ni ordenan la práctica, sino que son el fruto de esta.

13. Véanse, inter alia, Arce y Long (1992), Gramming (2002),

Lipsky (1980), Long (1992, 2001), Long y Long (1992), Olivier de Sardan (por publicar), Robertson (1984). Algunos de los colectivos de esta historia —agencias de proyecto, organizaciones de marketing, donantes de ayuda— son también actores sociales en el sentido en que elaboran y toman las decisiones. A otros, tales como "los pobres", la sociedad tribal, el Estado, las ONG, el Gobierno, no se les puede legalmente atribuir este tipo de acción, aunque pueden formar parte de categorías que constituyan una parte importante del "aparato conceptual de un individuo o de una organización en la tramitación del mundo que les rodea y sobre el que sucede gran parte de la acción" (Long, 1992: 23).

14. De un modo equivalente, Buroway describe una etnología de la producción de la "globalización", tanto como de la experiencia de la globalización (2001: 150).

15. La jerga también oculta las relaciones del desarrollo al crear "la impresión de que se puede sustituir a la gente" (Kaufmann, 1997).

16. Mientras que según lo expuesto en sus contratos las agencias del desarrollo a menudo piden confidencialidad, o ejercen derechos sobre conocimientos producidos, la capacidad para ejercer semejantes derechos se ve seriamente limitada, y cualquier intento de ejercerlos podría resultar más perjudicial que la publicación independiente de cualquier evidencia o análisis. Si no fuera así, hubieran prohibido la publicación de este texto.

17. Volveré sobre el papel de los antropólogos en el desarrollo en el capítulo X.

18. La distinción entre las reglas normativas y pragmáticas, que tiene su origen en F. Bailey, ha sido aplicada a las prácticas de la planificación del desarrollo por Wood (1998).

19. Al resaltar el contraste en la sociología "relativista" (o relacional) y la "sociología clásica", Latour (1996: 199) se remite a críticos anteriores de autoridad antropológica (por ej., Pels y Nencel, 1991) y al antropólogo como descodificador, como árbitro cultural que "sabe lo que todo el mundo está haciendo, lo sepan estos o no" (Daniel, 1994: 33) y, en concreto, del estructuralista para el que la sociedad es un texto que hay que leer, y en el que el

"verdadero significado" de los comentarios puede ser descodificado "independientemente de si sus agentes los reconocen o no" (Asad, 1986: 161).

20. El verdadero peligro, sugiere Latour, es que la gente "pierde su resistencia al cumplir" (2000). En contraposición, resalta la aportación del feminismo a los nuevos descubrimientos en el campo del género, conseguidos gracias a su capacidad para que las posibles entrevistadas fueran más proclives a ofenderse a través de lo que se decía de ellas (2000). La fuente de Internet en la que accedí a este artículo no aporta referencias de página [www.ensmp.fr/-latour/articles].

21. Para críticas de este debate en la antropología, véase Agrawal (1996), Apthorpe (1996a), Autumn (1996), Bennett (1996), Escobar (1991), Gardener y Lewis (1996), Grillo (1997), Little y Painter (1995) y Mosse (1998a).

BIBLIOGRAFÍA

Abrahams

, P. (1988): "Notes on the difficulty of studying the state", Journal of Historical Sociology, 1 (1): 58-89.

Agrawal

, A. (1995): "Dismantling the divide between indigenous and scientific knowledge", Development and change, nº 26, pp. 413-39.

— (1996): "Poststructuralist approaches to development: some critical reflections", Peace and change, 21 (4): 464-477.

Apthorpe

, R. (1996a): "Reading development policy and policy analysis: on framing, naming, numbering and coding", en R. Apthorpe y D.

Gasper (eds.), Arguing development policy: frames and discourses, Fran Cass, Londres y Portland.

— (1997): “Writing development policy and policy analysis plan or clear: on language, genre and power”, en S. Shore y S. Wright (eds.), Anthropology of policy: Critical perspectives on governance and power, Routledge, Londres.

Arce

, A. y

Long

, N. (1992): “Consuming modernity: mutational processes of change”, en A. Arce y N. Long (eds.), Anthropology, development and modernities: exploring discourses, counter-tendencies and violence, Routledge, Londres y Nueva York.

Autumn

, S. (1996): “Anthropologist, development and situated truth”, Human Organisation, 55(4): 480-84.

Baviskar

, A. (2004): “Between micro-politics and administrative imperatives. Decentralization and the Watershed Mission in Madhya Pradesh, India”, European Journal of Development Research, 16 (1): 26-40.

Bebbington

et al. (2004): “Exploring social capital debates at the World Bank”, Journal of Development Studies, 40(5): 33-42.

Bennett

, K. W. (1996): “Applied and action anthropology: ideological and conceptual aspects”, Current Anthropology, 36: 23-53.

Biggs

, S. y

Smith

, S. (2003): “A paradox of learning in project cycle management and the role of organisational culture”, World Development, 31(10): 1743-1757.

Brinkerhoff

, D. W. (1996): Process perspectives on policy change: highlighting implementation. World Development, 24(9):1395-1401.

Burawoy

, M. (2001): “Manufacturing the global”, Ethnography, 2(2):147-159.

Chambers

, R., et al. (1989): Framer first: farmer innovation and agricultural research, Intermediate Technology Publication, Londres.

Cook

, B. y

Kothari

, U. (2001): Participation, the new tyranny?, Zed Books, Londres.

Cooper

, F. y

Packard

, R. (1997): International development and the social sciences: essays in the history and politics of knowledge, University of California Press, Berkeley.

Cowen

, M. y

Shenton

, R. (1995): “The invention of development”, en J. Crush (ed.), Power of development, Routledge, Londres.

Crewe

, E. y

Harrison

, E. (1998): Whose Development? An ethnography of aid, Zed Books, Londres.

Daniel

, E. V. (1984): Fluid signs: being a person the Tamil way, University of California Press, Berkeley.

De

Certeau

, M. (1984): The practice of everyday life, University of California Press, Berkeley.

Douglas

, M. y

Isherwood

, B. (1978): The world of goods: towards an anthropology of consumption, Routledge, Londres.

Duffield

, M. (2001): Global governance and the new wars: the merging of development and security, Zed Books, Londres.

Edwards

, M. (1999): Future positive: international co-operation in the 21st century, Earthscan Publications, Londres.

Escobar

, A. (1991): “Anthropology and the development encounter: the making and marketing of development anthropology”, American ethnologist, 18(4): 16-40.

— (1995): Encountering development: the making and unmaking of the Third World, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey.

Eyben

, R. (2003): “Donors as political actors: fighting the thirty years war in Bolivia”, IDS Working Paper, nº 183, Institute of Development Studies, Brighton.

Fairhead

, J. y

Leach

, M. (1996): Misreading the African landscape: society and ecology in a forest-savannah mosaic, Cambridge University Press, Cambridge.

Fardon

, R. (1999): Mary Douglas: an intellectual biography, Routledge, Londres y Nueva York.

Ferguson

, J. (1994): The anti-politics machine: development, de-politicisation and bureaucratic power in Lesotho, University of Minnesota Press, Minneapolis.

— (1997): “Anthropology and its evil twin: development in the constitution of a discipline”, en Cooper y Packard (eds.), op. cit.

Fine

, B. (2002): “Economics imperialism and the new development economics as Kuhnian paradigm shift?”, World Development, 30(12): 2057-2070.

Fletcher

, R. (2001): “What are we fighting for? Rethinking resistance in a Pewenche community in Chile”, Journal of Peasant Studies 28(3): 37-66.

Foucault

, M. (1979a): Discipline and punish: the birth of the prison, Vintage, Nueva York.

Fuller

, C. J. y

Harris

, J. (2000): “For an anthropology of the modern indian state”, en C. J. Fuller y V. Bénéï (eds.), The everyday state in modern India, Oxford University Press, Delhi.

Gardner

K. y

Lewis

, D. (1996): Anthropology, development and the post-modern challenge, Pluto, Londres.

Grammig

, T. (2002): Technical knowledge and development: observing aid projects and processes, Routldege, Londres.

Green

, M. (2002): “Participatory development and the appropriation of agency in southern Tanzania”, Critique of Anthropology, 20(1):67-89.

Grillo

, R. D. (1997): “Discourses of development. The view from anthropology”, en R. L Stirrat y R. D. Guille (eds.), Discourses of development. Anthropological perspectives, Berg Publishers, Oxford y Nueva York.

Gupta

, A. (1998): Postcolonial developments: agriculture in the making of modern India, Duke Universtity Press, Durham, New Castel y Londres.

Gupta

, A. y

Ferguson

, J. (1997): “Culture, power and place: ethnography at the end o fan era”, en A. Gupta y J. Ferguson (eds.), Culture, power and place: explorations in critical anthropology, Kuke University Press, Durham, Londres.

Hall

, S. (1996): “On postmodernism and articulation: an interview with Stuart Hall. L. edited by Grossberg, L.”, en D. Morley y C. Kuanhsing (eds.), Stuart Hall: critical dialogues in cultural studies, Routledge, Londres.

Harper

, I. (2002): Mission, magic and medicalisation: an anthropological study into public hearth in contemporary Nepal, PhD thesis, Universidad de Londres.

Karlsson

, B. G. (2002): Anthropology and the “indigenous slot”: claims to and and debates about indigenours people`s status in India. Ponencia presentada en la Conferencia EASA “Engaging the world”, Copenhagen.

Kaufmann

, G. (1997): “Watching the developers: a partical ethnography”, en R. G. Grillo y R. L. Stirrat (eds.), op. cit.

Latour

, B. (1996): Aramis, or the love technology, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts y Londres.

— (2000): “When things strike back: a possible contribution of science studies”, British Journal of Sociology, 5(1): 105-123.

Li

, T. (1996): “Images of community: discourse and strategy in property relations”, Development and Change, 27(3): 501-527.

— (1999): “Compromising power: development, culture and rule in Indonesia”, Cultural Anthropology, 14(3): 295-322.

— (2002): Government through community and the practice of politics. Ponencia presentada a Estudios Agrarios, Universidad de Yale, octubre.

Lipsky

, M. (1980): Street-level bureaucracy: dilemmas of the individual in public service, Rusell Sage, Nueva York.

Little

, P. y

Painter

, M. (1995): “Discourse, politics, and the development process:

reflections on Escobar's anthropology and the development encounter", American Ethnologist, 22(3): 602-616.

Long

, N. (1992): "From paradigm lost to paradigm regained? The case for an actor-oriented sociology of development", en N. Long y A. Long (eds.), Battlefields of knowledge: the interlocking of theory and practice in social research and development, Routledge, Londres.

— (2001): Sociology of development: actor perspectives, Routledge, Londres y Nueva York.

Long

y

Long

(eds.) (1992): Battlefields of knowledge: the interlocking of theory and practice in social research and development, Routledge, Londres.

Ludden

, D. (1992): "India`s development regime", en N. B. Dirks (ed.), Colonialism and culture, University of Michigan Press, Ann Arbor.

Marcus

, G. (1995): "Ethnography in/of the world system: the emergence of multi-sited ethnography", Annual Review of Anthropology, nº 24, pp. 95-117.

— (1998): Ethnography through thick and thin, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey.

Moore

, D. S. (2000): "The crucible of cultural politics: reworking 'development' in Zumbabwe`s eastern highlands", American

Ethnologist, 26(3): 654-689.

Mosse

, D. (1998a): “Process documentation and process monitoring: cases and issues”, en D. Mosse; J. Farrington y A. Rew (eds.), Development as process: concepts and methods for working with complexity, Routledge, Londres.

— (1999): “Colonial and contemporary ideologies of community management: the case of tank irrigation development in south India”, Modern Asian studies, 33(2): 303-338.

— (2001): “People`s knowledge”, participation and patronage: operations and representations in rural development, en B. Cook y U. Kothari (eds.), op. cit.

OCDE (1996): Shaping the 21st century: the contribution of development cooperation, Development Asssistance Committee, OCDE, París.

Panayiotopoulis

, P. (2002): “Anthropology consultancy in the UK and community development in the Thrid World: a difficult dialogue”, Development in Practice, 12(1): 45-58.

Pels

, P. y

Nencel

, L. (1991): “Introduction: critique and the deconstruction of anthropological authority”, en P. Pels y L. Nencel (eds.), Constructing Knowledge: authority and critique in social science, Sage, Londres.

Pigg

, S. L. (1992): “Inventing social categories through place: social representations and development in Nepal”, Comparative Studies in

Society and History, 34: 491-513.

— (1996): “The credible and the credulous: the question of ‘villagers’ beliefs’ in Nepal”, Cultural Anthropology, 99(2): 160-201.

Quarles

van

Ufford

, P. (1988b): “The myth of rational development policy: evaluation versus policy making in Dutch Protestan donor agencies”, en P. Quarles van Ufford, D. Kruijt y T. Downing (eds.), The hidden crisis in development: development bureaucracies, Naciones Unidas y Free University Press, Tokio y Ámsterdam.

— (1993): “Knowledge and ignorance in the practices of development policy”, en M. Hobart (ed.), An anthropological critique of development: the growth of ignorance, Routledge, Londres y Nueva York.

Quarles

van

Ufford

, P.;

Kumar

, A. y

Mosse

, D. (2003): “Interventions in development: towards a new moral understanding of our experiences and an agenda for the future”, en P. Quarles van Ufford y A. Giri (eds.), A moral critique of development: in search of global responsabilites, Routledge, Londres y Nueva York.

Robertson

, A. F. (1984): People and the state: an anthropology of planned development, Cambridge University Press, Cambridge.

Roe

, E. (1994): Narrative policy analysis: theory and practice, Duke University Press, Durham, New Castle y Londres.

Rondinelli

, D. (1983): Development projects as policy experiments, Methuen, Londres.

Sahlins

, M. (1999): “Two or three things that I Know about culture”, Journal of the Royal Anthropological Institute, 5(3): 399-421.

Scott

, J. C. (1990b): Domination and the arts of resistance: hidden transcripts, Yale University Press, New Haven.

— (1998): Seeing like a state: how certain schemes to improve the human condition have failed, Yale University Press, New Haven.

Shore

, C. y

Wright

, S. (1997): Anthropology of policy: critical perspectives on governance and power, Routledge, Londres y Nueva York.

Sivaramakrishnan

, K. (1999): Modern forests: statemaking and environmental change in colonial eastern India, Oxford University Press, Delhi.

Sivaramakrishnan

, K. y

Agrawal

, A. (2003): Regional modernities: the cultural politics of development in India, Oxford University Press, Nueva Delhi.

Skaria

, A. (1999): Hybrid histories: forests, frontiers and wildness in Western India, Oxford University Press, Delhi.

Steins

, N. (2001): “New directions in natural resources management: the offer of actor-network theory”, IDS Bulletin, 32(4): 18-25.

Strum

, S, y

Latour

, B. (1999): “Redefining the social link: from baboons to humans”, en D. MacKenzie y J. Wajcman (eds.), The social shaping of technology, Open University Press, Buckingham.

Sundar

, N. (2000): “Unpacking the ‘joint’ in Joint Forest Management”, Development and Change, nº 31, pp. 255-279.

Tsing

, A. (1993): In the realm of the diamond queen, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey.

Van

Maanen

, J. (2001): “Native ‘r’ u: some notes on the ethnography of organisations”, en D. Gellner y E. Hirsch (ed.), Inside organisations:

anthropologists at work, Berg, Oxford y Nueva York.

Watts

, M. (2001): “Development ethnographies”, Etnography, 2(2): 283-300.

Winner

, L. (1999): “Do artefacts have politics?”, en D. MacKenzie y J. Wajcman (eds.), The social shaping of technology, Open University Press, Buckingham.

Wood

, G. D. (1998): “Consultant behaviour: projects as communities: consultants knowledge and power”, Project Appraisal, 16(1): 54-64.

CUARTA PARTE

Desafiando el desarrollo y la modernidad

occidentales. Mujeres, pueblos indígenas

y movimientos sociales antiglobalización

capítulo 10

miradas del desarrollo A LAS MUJERES Y LAs relaciones

de género*

Clara Murguialday**

Desde mediados del siglo pasado, la cooperación internacional ha puesto en marcha diversas intervenciones con el fin de promover la incorporación de las mujeres al desarrollo de sus sociedades. Estas actuaciones han estado determinadas tanto por las concepciones predominantes sobre el papel social de las mujeres como por los modelos de desarrollo vigentes y sus efectos en los países destinatarios de la cooperación, y han ido cambiando a lo largo del tiempo dando lugar a diferentes tipos de programas y proyectos dirigidos a las mujeres y a una creciente institucionalización de los temas de mujeres en la agenda del desarrollo.

Las políticas de cooperación dirigidas hacia las mujeres han transitado desde la inicial invisibilización de sus necesidades e intereses hasta la consideración actual de la desigualdad de género como un obstáculo para el desarrollo. Moser (1991) ha sistematizado los enfoques vigentes durante las últimas décadas identificando en qué forma han considerado los roles, responsabilidades, necesidades e intereses de las mujeres; las condiciones en que han logrado aceptación en los ambientes de la cooperación al desarrollo, los objetivos que pretenden, los resultados que consiguen y, en definitiva, lo que las mujeres pueden esperar de cada tipo de políticas en función de los enfoques que las sustentan.

Los planteamientos responden en una u otra forma a las tres maneras en que las instituciones del desarrollo han conceptualizado el papel de las mujeres en la sociedad, a saber:

• Las mujeres son un sector social vulnerable, receptoras pasivas de las acciones del desarrollo e intermediarias, en tanto madres, para

que sus hijos e hijas accedan a determinados bienes y servicios.

• Las mujeres son agentes económicos, susceptibles de ser utilizados para aliviar la pobreza de sus hogares y dotar —mediante su trabajo no pagado— a sus familias y comunidades de los servicios colectivos que el Estado no provee.

• Las mujeres son el polo subordinado en las relaciones desiguales de género, lo que les impide acceder, en condiciones igualitarias con los hombres, a los recursos y el poder.

Estas diferentes concepciones han dado lugar a distintas políticas, programas y proyectos dirigidos a las mujeres de las sociedades del sur. Aunque las políticas han aparecido más o menos simultáneamente y no todas han tenido la misma popularidad en los círculos de la cooperación al desarrollo y la ayuda humanitaria, puede trazarse una periodización de su vigencia en las instituciones del desarrollo durante el último medio siglo.

LAS MUJERES SON 'INVISIBLES' PARA EL DESARROLLO

Durante los primeros años de la cooperación internacional, las instituciones encargadas de promover el desarrollo simplemente no vieron a las mujeres. Se pensaba que la modernización beneficiaría a hombres y mujeres de la misma manera y, en consecuencia, las necesidades particulares de estas quedaron subsumidas en un paradigma de desarrollo obsesionado con el crecimiento económico. Sirva como ejemplo de esta ceguera que menos del 1 por ciento de los textos sobre desarrollo publicados en los años sesenta contenían referencias específicas a la situación de las mujeres, y que la declaración de la ONU que anunciaba la Primera Década del Desarrollo tampoco las mencionaba.

La no aparición de las mujeres como población específica se explica

por una premisa que ha orientado con demasiada frecuencia la planificación del desarrollo: lo que es bueno para los hombres es igualmente beneficioso para toda su familia. Dada la posición dominante de los hombres en sus familias y, por extensión, en las comunidades, se tiende a creer que ellos son los representantes idóneos de los intereses y necesidades de las mujeres, los niños y niñas; los distribuidores justos y equitativos de los beneficios del progreso entre quienes integran su hogar y los proveedores encargados de trabajar y producir lo necesario para garantizar el bienestar familiar.

Apoyados en estas suposiciones, fuertemente ancladas en la cultura de la mayoría de las sociedades, los planificadores consideraron que las mujeres eran receptoras indirectas y pasivas de los logros del desarrollo y que, por tanto, no era necesario incluirlas en los proyectos, pues si estos beneficiaban a los hombres, ellas se beneficiarían automáticamente de igual manera. El resultado fue que las políticas de modernización agraria e industrialización intensiva que caracterizaron el modelo desarrollista no tuvieron en cuenta las condiciones particulares de vida y trabajo de las mujeres ni su posición subordinada a los hombres en el hogar y la comunidad. Las mujeres resultaron ser durante mucho tiempo invisibles para el desarrollo.

EL ENFOQUE del BIENESTAR (FAMILIAR)

La primera aparición explícita de las mujeres como población destinataria de proyectos de desarrollo vino asociada al reconocimiento de sus funciones y responsabilidades reproductoras y, en particular, a la consideración de las madres de escasos recursos como sector vulnerable. Cuando los planificadores vieron a las mujeres, la primera necesidad de estas que reconocieron fue la relacionada con el cuidado de su prole. Esta mirada es la base del enfoque del bienestar que caracterizó a las políticas de cooperación implementadas durante la Primera Década del Desarrollo, auspiciada por Naciones Unidas (década de los sesenta), en el

marco de un modelo de desarrollo que priorizaba el crecimiento acelerado del producto nacional.

Los orígenes de este enfoque datan de fechas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, cuando los programas de bienestar dirigidos a los grupos vulnerables (mujeres, infancia, personas enfermas o con discapacidad) se difundieron ampliamente en Europa, acompañando a la ayuda económica destinada a la reconstrucción económica. La asistencia era proporcionada directamente a las mujeres de bajos ingresos, a las que se consideraba las principales interesadas en el bienestar de sus familias, y su distribución estaba a cargo de agencias privadas que contaban con el trabajo voluntario de las mujeres de clase media para su implementación efectiva y barata.

No es difícil constatar que el modelo de ayuda al desarrollo que EE UU brindó a Europa durante la posguerra —inversión externa para el crecimiento económico y asistencia para los grupos sociales vulnerables— fue ampliamente reproducido en las políticas de cooperación europeas dirigidas a sus excolonias y otros países del sur. Así, mientras la ayuda económica internacional priorizaba el apoyo a la producción industrial y agrícola de capital intensivo para acelerar el crecimiento nacional, la ayuda para el bienestar familiar se dirigía a las mujeres y su gestión quedaba a cargo de instituciones de bienestar social —generalmente subfinanciados y con un peso marginal en los aparatos estatales de dichos países— o de organizaciones voluntarias de caridad. Las organizaciones no gubernamentales del norte, en su mayoría de carácter religioso, comenzaron a canalizar ayuda a entidades sociales y religiosas de los países en desarrollo para que estas la hicieran llegar a las poblaciones en riesgo, en tanto organismos internacionales como UNICEF, FAO y ACNUR iniciaban programas de ayuda a los Gobiernos del sur con la misma finalidad.

En las políticas basadas en el enfoque del bienestar, las mujeres son destinatarias solamente de ayuda asistencial (alimentos, educación nutricional, atención sanitaria) con el objeto de que garanticen la sobrevivencia de las familias mientras ocurren los milagros del desarrollo. El binomio madre-hijo/a es identificado como la unidad a ser atendida por la cooperación, y el objetivo explícito de la

ayuda es enseñar a las madres cómo criar futuros trabajadores sanos y productivos.

La primera, y todavía más importante, preocupación de los programas de bienestar es la sobrevivencia física de la familia y se traduce en la provisión directa de alimentos a infantes y a mujeres embarazadas y amamantando, así como la oferta de educación nutricional para las madres. Ámbitos de aplicación habitual de estos programas son la asistencia a la población refugiada —los proyectos implementados por ACNUR se centran sobre todo en las funciones maternales de las mujeres refugiadas— y la ayuda de emergencia a víctimas de desastres naturales o hambrunas.

En esta misma línea, los programas de salud materno-infantil ampliamente desarrollados en todos los países del sur suministran cuidados a las mujeres durante el embarazo, el parto y posparto, focalizando su atención en el binomio madre-hijo/a y asumiendo que las mujeres son las únicas interesadas en dotarse de los recursos y habilidades necesarias para garantizar una crianza efectiva.

A partir de mediados de los años sesenta, el enfoque del bienestar fue ampliado para incluir el control de la población a través de los programas de planificación familiar. La modernización había originado tendencias poblacionales caracterizadas por altos ritmos de crecimiento que superaban por amplio margen los aumentos en la producción nacional. A este desequilibrio se le atribuyó un peso relativo como causa de la pobreza y, en consecuencia, el tema de la población ocupó un lugar destacado en la agenda de los organismos internacionales. Las agencias de desarrollo no tardaron en identificar a las mujeres como las responsables de limitar el tamaño de sus familias y llegaron a plantear que se podría reducir la pobreza simplemente reduciendo la fertilidad, mediante la difusión amplia de información y tecnología anticonceptiva entre las mujeres.

supuestos en los que se basa la estrategia del bienestar

• Las mujeres son receptoras pasivas de los beneficios del desarrollo. No es necesario incluirlas en los proyectos de desarrollo, ya que si estos benefician a los hombres automáticamente les benefician a ellas de igual manera (una extensión, en clave de género, del efecto cascada atribuido a la modernización). Por tanto, no son consideradas agentes ni participantes activas en los procesos de desarrollo.

• La maternidad es el rol más importante de las mujeres en la sociedad. Ellas son las responsables del bienestar familiar, siendo la crianza de niñas y niños su principal y más efectiva contribución al desarrollo de sus países.

• El binomio madre-hijo/a es la unidad fundamental a impactar por la ayuda. Al ser esta de carácter asistencial, su concreción es la entrega de alimentos para infantes y embarazadas, así como los programas de capacitación sobre nutrición y salud materno-infantil.

• Las familias de las sociedades en desarrollo siguen el modelo de familia nuclear predominante en las sociedades industrializadas: un hombre que siempre es el productor/ proveedor, una mujer que solamente cumple roles doméstico-reproductores y menores dependientes.

• Las mujeres (su ineficiencia como madres, su atraso, su alta fertilidad…) y no la falta de recursos son el problema y en ellas está, por tanto, la solución.

• Cuando se incluyen acciones de capacitación, estas toman en cuenta únicamente las destrezas consideradas adecuadas para las madres y amas de casa.

• La estrategia presenta una manifiesta ambigüedad respecto a los verdaderos beneficiarios de los programas: ¿son las mujeres, o más bien los niños y niñas, la familia y la comunidad?

Aunque por su carácter asistencial los programas de bienestar

tienden a crear dependencia más que a favorecer la autonomía de las mujeres, estos siguen siendo muy populares, tanto entre algunas instituciones de la cooperación internacional como entre los Gobiernos del sur, pues al no cuestionar los roles tradicionalmente asignados a las mujeres son poco perturbadores en términos sociales y políticos. Esto explica que en la actualidad programas similares se extiendan por los países más empobrecidos y se implementen cada vez más en aquellos que atraviesan situaciones críticas.

LA ESTRATEGIA MUJER EN EL DESARROLLO (MED)

La segunda manera de mirar a las mujeres identificaba, sobre todo, sus roles productivos, y empezó a ser habitual en la planificación del desarrollo a inicios de los años setenta cuando varios hechos daban forma al escenario político que posibilitaría colocar el tema de la mujer en la agenda de la cooperación internacional para el desarrollo.

Por un lado, el fracaso de las tesis desarrollistas hizo que se tuvieran que diseñar nuevas intervenciones para combatir la pobreza generada por la modernización, incorporando elementos redistributivos a las políticas de desarrollo. En consecuencia, la propuesta para la Segunda Década del Desarrollo (década de los años setenta) auspiciada por la ONU se resumiría en crecimiento económico con redistribución.

Por otro lado, los estudios de Esther Boserup publicados en 1970 pusieron en evidencia fenómenos de exclusión de las mujeres en los proyectos de desarrollo, e incluso el impacto negativo de estos sobre las condiciones de vida y trabajo de amplios sectores femeninos. Se constató que en la mayoría de países y en todas las clases sociales las mujeres habían perdido estatus con relación a los hombres, debido a que la modernización agrícola había ampliado la brecha de género en cuanto a la productividad laboral y los ingresos. Los estudios también mostraban que si bien las mujeres eran con frecuencia las principales responsables de la economía básica de sus comunidades, no se hacía referencia a su contribución económica

en las estadísticas nacionales ni en la planificación e implementación de los proyectos de desarrollo.

impacto de la modernización agrícola en el estatus de las mujeres

• En el transcurso del desarrollo de la agricultura, la productividad del trabajo del hombre tiende a aumentar, mientras que la de la mujer suele quedarse más o menos estancada. El corolario de la caída relativa de la productividad femenina es su pérdida de estatus dentro de la agricultura; como consecuencia adicional, las mujeres desearán abandonar los cultivos para dedicarse a la vida doméstica o emigrar a la ciudad.

• Los colonos, administradores y asesores europeos son, en buena medida, responsables del deterioro de la situación de la mujer en el sector agrícola de los países en vías de desarrollo, pues se olvidaron de la mano de obra femenina cuando introdujeron la agricultura comercial moderna y fomentaron la productividad del trabajo masculino. El supuesto occidental de que la agricultura es un trabajo para el hombre, les hizo creer que los hombres podían convertirse en agricultores más productivos una vez abandonaran su tradicional pereza.

• El cambio de la agricultura tradicional a la moderna tiende a ensanchar la brecha entre mujeres y hombres, en cuanto a niveles de formación y conocimientos. Los capacitadores y asesores técnicos enseñan a los hombres a aplicar los métodos modernos de cultivo mientras las mujeres continúan empleando las técnicas tradicionales y obtienen un rendimiento menor por sus esfuerzos. La consecuencia es que se desalientan de participar en la agricultura y se alegran de abandonar el cultivo cuando un aumento de los ingresos del marido lo permite.

• Además, a los hombres se les instruye en los cultivos

destinados a la venta, los cuales mejoran de manera gradual gracias a la investigación sistemática y a otras inversiones y ayudas de la Administración pública, en tanto los cultivos para el autoconsumo familiar, realizados por las mujeres, no se ven favorecidos por ningún apoyo o investigación. Por otro lado, los hombres pueden dedicar parte de los beneficios obtenidos de la venta de las cosechas a invertir en nuevas tecnologías de producción, mientras que las mujeres no disponen de beneficios con los que mejorar las técnicas de sus cultivos.

• El resultado es que las técnicas modernas de producción las emplean los hombres y las mujeres efectúan los trabajos manuales degradantes: mientras ellos esparcen el fertilizante en los campos, las mujeres deben regar abonos orgánicos; mientras los hombres conducen bicicletas, tractores o camiones, ellas deben acarrear los bultos encima de sus cabezas, como lo hicieron sus abuelas. A menudo, esta tendencia se ve reforzada por las pautas culturales que atribuyen a los hombres el papel de cultivadores independientes que adoptan sus propias decisiones, mientras que el papel de las mujeres se reduce a la ayuda a la familia o al de trabajadora contratada en terrenos que son propiedad de hombres.

• Al asociar a los hombres con la agricultura moderna y a las mujeres con las tareas tradicionales, manuales o menos productivas, el desarrollo agrícola asociado con la modernización ensalza el prestigio de los hombres y disminuye el estatus de las mujeres. Si estas tienen que desempeñar un papel importante en la agricultura de algunos países en desarrollo, sería necesario que se tomaran medidas para eliminar la discriminación sexual en la admisión a los cursos donde se enseñan los modernos métodos agrícolas y que las mujeres agricultoras recibieran ayuda para mejorar sus sistemas de cultivo, en vez de verse marginadas por los servicios de asesoramiento o incluso arrojadas de sus tierras.

Fuente: Boserup, E. (1993).

Un tercer hecho tuvo relación con el trabajo de una red de mujeres profesionales de las agencias de desarrollo, empeñadas en influir en las instituciones de la cooperación internacional para que estas reconocieran la necesidad de integrar a las mujeres a los esfuerzos por el desarrollo. Aglutinadas como grupo MED (Mujeres en el Desarrollo), el primer resultado de sus acciones fue la aprobación por el Congreso de EE UU de la Enmienda Percy a la Ley de Asistencia al Extranjero (1973), la cual obligaba a la Oficina de Ayuda Internacional (AID) a considerar la problemática de las mujeres en todos sus planes de cooperación. El segundo fue el reconocimiento, en la Conferencia de Naciones Unidas sobre la Alimentación (1973), de la necesidad de una mayor participación de las mujeres en el proceso de toma de decisiones sobre alimentación y nutrición. El tercero se dio en 1974, cuando la Conferencia de la ONU sobre Población recalcó la importancia de las mujeres para determinar las tendencias demográficas.

Una última circunstancia estuvo asociada a la creciente fuerza social, a principios de los años setenta, del movimiento de mujeres a nivel internacional y, particularmente, en Europa y Norteamérica. El activismo político de las feministas en pos de la igualdad de derechos y oportunidades para las mujeres fue enfocado a lograr de la ONU la designación de un Año Internacional de la Mujer, uno de cuyos objetivos era poner en la agenda de Gobiernos e instituciones internacionales las preocupaciones de las mujeres, entre ellas la urgencia de participar en los procesos de desarrollo en condiciones más igualitarias.

Como resultado de todo ello y en vista de las crecientes evidencias de que las mujeres no solo habían estado ausentes de los beneficios del desarrollo, sino que veían empeorado su estatus familiar y social como consecuencia de la modernización de sus sociedades, académicas y funcionarias feministas que trabajaban en organismos multilaterales buscaron hacer visible el aporte de las mujeres al logro de las metas globales del desarrollo. Con sus investigaciones y propuestas inauguraron una nueva senda para incorporar a las mujeres a los procesos de desarrollo: la estrategia llamada Mujer en el Desarrollo (MED), de amplia vigencia en los círculos de la cooperación internacional hasta la actualidad y cuyas características generales pueden resumirse así:

• Al surgir como contraposición al enfoque de bienestar que las caracterizaba como receptoras pasivas de los programas de asistencia, MED presenta a las mujeres como sujetos productivos, activas contribuyentes al desarrollo económico y, por tanto, merecedoras de mejores oportunidades y recursos productivos (empleo, ingresos, capacitación laboral, etc.).

• Dado que las mujeres están excluidas del desarrollo como consecuencia de la división sexual del trabajo —que les asigna el trabajo no pagado de la reproducción y las margina de las actividades generadoras de ingresos, del mercado y la esfera pública —, la propuesta clave de MED es que las mujeres han de incorporarse al mercado y a la esfera pública para tener acceso a los beneficios del desarrollo.

• Tomando como base el marco teórico del feminismo liberal que convoca a "eliminar los obstáculos legales y culturales que impiden a las mujeres competir, en igualdad de condiciones con los hombres, para la obtención de los beneficios del sistema", MED propugna cambios legales, culturales e institucionales que posibiliten la integración de las mujeres a los procesos económicos, políticos y sociales de crecimiento y cambio.

En resumen, la estrategia MED contiene una doble propuesta: incluir a las mujeres en la corriente principal del desarrollo para que mejore su estatus y logren la igualdad, y hacer más eficiente el desarrollo mediante la incorporación del trabajo de la mitad olvidada de la población.

Enfoque de la Equidad

A mediados de los años setenta se produjeron las primeras señales de que las políticas de cooperación hacia las mujeres estaban

cambiando de orientación, pasando del objetivo del bienestar familiar al de la igualdad de oportunidades entre mujeres y hombres. La concreción de estos nuevos aires fue el llamado enfoque de la Equidad, que constituyó la primera concreción práctica de la estrategia MED para incorporar a las mujeres al desarrollo.

Este enfoque[1] parte del reconocimiento de que las mujeres son participantes activas del desarrollo, tanto en sus roles productivos como reproductivos, y que proporcionan una contribución muy importante, a menudo no reconocida, al crecimiento económico, pero que lo hacen sobre todo desde los sectores de subsistencia y economía informal, lo que conlleva la subestimación de sus aportes.

En consecuencia, las intervenciones en pro de la igualdad de oportunidades entre mujeres y hombres buscan superar los obstáculos que enfrentan las mujeres para obtener un puesto de trabajo remunerado, así como la brecha existente en sueldos y condiciones laborales entre los sexos, mediante mejoras en la productividad de las actividades que las mujeres realizan tanto en el ámbito doméstico como en el mercado. Se espera que la educación y capacitación laboral les posibilite aumentar sus oportunidades de empleo, representación y acción política, lo que les dará una posición igual a la de los hombres en la sociedad.

No es difícil percibir que la preocupación primaria de este enfoque tiene que ver con la desigualdad entre hombres y mujeres en las esferas pública y privada y en todos los grupos socioeconómicos, cuestión que reflejaba más las inquietudes de las feministas del norte que la demanda de las mujeres del sur, las cuales aspiraban más bien a un nuevo orden internacional capaz de propiciar un desarrollo redistributivo que mejorara sus condiciones de vida. Mientras el lema del Año Internacional de la Mujer (1975): “Igualdad, desarrollo y paz” recogía esta diversidad de preocupaciones de las mujeres del norte y del sur, el Plan de Acción Mundial derivado del mismo enfatizaba el logro de la igualdad entre los sexos, demandaba el cambio en los roles tradicionales de hombres y mujeres y una participación justa de estas en los beneficios del desarrollo.

A pesar de que este Plan de Acción fijaba la agenda de los

Gobiernos e instituciones del desarrollo hasta 1985, y de que fue asumido por la mayoría de los Gobiernos del mundo, los programas basados en el enfoque de equidad tropezaron con problemas desde su inicio. Por un lado, este enfoque planteaba interrogantes teóricos por su excesiva fe en el mercado —al hacer depender la solución de los problemas de las mujeres de su integración en el sector moderno de la economía— y su poca atención a la desigual distribución del poder al interior de la familia, desigualdad que no se liquida automáticamente por el hecho de que la mujer obtenga ingresos o su trabajo sea más productivo.

Por otro, concitaba poca adhesión política, pues al asumir que los hombres se habían beneficiado más que las mujeres con el desarrollo, las medidas igualitarias podían contener elementos redistributivos que cuestionaban el poder masculino en diversas esferas, incluida la cooperación internacional. De hecho, la mayoría de las instituciones de desarrollo se mostraban hostiles a este enfoque porque, como señala Mayra Buvinic (1983), "los programas que buscan aumentar la productividad de las mujeres requieren usualmente de alguna reestructuración del tejido cultural de la sociedad y las agencias de desarrollo prefieren no tratar con variables sociales desconocidas; como método práctico, tienden a creer en el mantenimiento de las tradiciones sociales y son, por lo tanto, resistentes a implementar estos programas".

De la misma forma, los Gobiernos de muchos países del sur sentían antipatía por estas políticas, pues las etiquetaban de feministas y consideraban que el "feminismo exportado de Occidente era irrelevante para las mujeres del Tercer Mundo". También muchas activistas consideraron que "llevarle el feminismo a una mujer que no tiene agua, ni comida, ni casa, es hablar tonterías" y tildaron a las feministas de sus países de "burguesas simpatizantes del imperialismo".

En un clima de gran antagonismo hacia muchos de sus supuestos, el enfoque de equidad fue pronto dejado de lado por la mayoría de las agencias de cooperación internacional. No obstante, al haber sido adoptado por la Conferencia de la Mujer en 1975, sirvió de base para promover cambios legislativos que mejoraron el estatus de las mujeres en muchos países del sur. Uno de sus principales aportes

fue hacer de la igualdad legal de las mujeres —incluyendo los derechos al divorcio, custodia de hijos e hijas, propiedad, crédito, voto y otros— una meta actualmente aceptada por la mayoría de los Gobiernos del mundo.

no es suficiente la igualdad de oportunidades

• Para algunos organismos de cooperación para el desarrollo, el hecho de que la misma proporción de mujeres y de hombres participe en un programa o proyecto determinados ya es un indicador del éxito de las estrategias de igualdad entre mujeres y hombres. La igualdad de trato y de oportunidades para mujeres y hombres es un objetivo importante; no obstante, la experiencia demuestra que una participación igualitaria a este nivel no es siempre la manera más válida o eficaz de asegurar que un programa o una iniciativa apoyen el objetivo de la igualdad entre mujeres y hombres.

• Las estrategias de igualdad están incorporando estas enseñanzas de dos formas relacionadas entre sí:

- Centrándose en el impacto más que en las actividades/ aportaciones, considerando cómo la iniciativa global afectará a los hombres y a las mujeres, y a la igualdad entre ambos, directa o indirectamente.

- Centrándose en la igualdad como objetivo más que en las mujeres como grupo meta, considerando la selección y diseño de políticas que tengan como objetivo central la equidad de género o incluyendo cambios en las concepciones, prácticas institucionales y metodologías de planificación del desarrollo.

Fuente: Comité de Ayuda al Desarrollo (1998).

Enfoque Antipobreza

A principios de los años setenta se reconocía ampliamente que la propuesta de la modernización había fracasado, tanto en la meta de redistribuir el ingreso como en la solución a los problemas de pobreza y desempleo que habían generado la descomposición de las unidades domésticas campesinas, los movimientos migratorios hacia las ciudades y la disminución de la producción alimentaria.

Contra todas las predicciones acerca de los positivos efectos del rápido crecimiento económico, los supuestos beneficios del desarrollo no se habían filtrado hacia abajo, sino que, por el contrario, habían dado lugar a bolsones de marginalidad urbana y rural. La evidencia era tal que el Banco Mundial pasó, en 1972, de su preocupación por el crecimiento económico a un interés más amplio por la erradicación de la pobreza absoluta y la promoción de la redistribución con crecimiento.

En este contexto, dos planteamientos emergieron para enfrentar la creciente pobreza. El primero urgía a los Gobiernos a crear y expandir el empleo para elevar de manera sostenida los ingresos reales de los sectores trabajadores. En correspondencia con esta meta, la Organización Internacional del Trabajo (OIT) propuso un programa a nivel mundial que ponía el empleo como objetivo principal de las políticas de desarrollo, identificaba a los trabajadores pobres como el grupo que requería atención especial, y el sector informal —con su supuesta capacidad autónoma para generar empleo— como la solución.

El segundo planteamiento fue conocido como el de la Satisfacción de las necesidades básicas, siendo definido por la OIT en 1976 como “el esfuerzo por satisfacer el nivel de vida mínimo que una sociedad debe proponerse lograr para los grupos más pobres”. Según esta estrategia, el objetivo principal del desarrollo era satisfacer necesidades humanas básicas como comida, vestido, vivienda, combustible, transporte, por un lado, y necesidades sociales como educación, derechos humanos y participación en la vida social, a través del empleo y la inclusión política, por otro.

Estos cambios en la política global del desarrollo proveyeron a las defensoras de la estrategia MED de una oportunidad para mostrar

que las mujeres no solo necesitan del desarrollo para mejorar sus condiciones de existencia, sino que sus aportes son útiles para lograr las metas del desarrollo. En su afán por evitar las resistencias que despertaban los programas de equidad, las profesionales MED cambiaron el énfasis de sus argumentaciones y pasaron a plantear que "invertir en las mujeres pobres aportaría réditos de eficiencia económica a los programas de lucha contra la pobreza".

Así surgió el enfoque antipobreza, segunda aplicación práctica de la estrategia MED. Su propuesta se centra en el rol productivo de las mujeres y asume que el alivio de la pobreza y la promoción de un crecimiento económico balanceado requieren de una mayor productividad de las mujeres en los hogares de bajos ingresos. En consecuencia, busca incrementar las opciones de empleo y generación de ingresos de las mujeres de hogares empobrecidos a través de un mejor acceso a los recursos productivos. Adicionalmente, se espera que la educación y el empleo de las mujeres contribuyan a reducir sus tasas de fertilidad, toda vez que la explosión demográfica es considerada un obstáculo a la meta del crecimiento de la renta per cápita.

Las instituciones de la cooperación concretaron este enfoque en la promoción de microproyectos generadores de ingresos, cuyo objetivo era ayudar a las mujeres pobres a contribuir de manera más eficiente en la resolución de las necesidades básicas de sus familias. Los proyectos productivos de bienes y servicios para el mercado se implementaban usualmente en o cerca de la vivienda de las mujeres y consistían en actividades económicas de dudosa viabilidad, elegidas por su compatibilidad con los roles doméstico-reproductivos de las mujeres más que por su rentabilidad económica. La mayoría de estos proyectos no sirvieron para sacar a las mujeres pobres de la marginalidad económica, convirtiéndose en acciones asistenciales útiles únicamente para desarrollar las habilidades de las mujeres en el terreno de la producción de alimentos, costura o artesanías tradicionales, sin proporcionarles alternativas de empleo e ingresos sostenibles a mediano plazo. El siguiente extracto hace un balance crítico de los proyectos generadores de ingresos.

un balance crítico de los proyectos generadores de ingresos

• En los últimos años hemos implementado más de treinta proyectos generadores de ingresos con mujeres rurales pobres, en la producción para el autoconsumo familiar y para la venta (actividades agrícolas y pecuarias, huertos frutales, panadería, artesanías, costura) y en los servicios comunitarios y familiares (tiendas, molinos, guarderías, comedores). Las mujeres han participado en las diversas etapas de su diseño y ejecución, y ello les ha supuesto cambios importantes en sus vidas: salir del estrecho marco del hogar, encontrarse con otras mujeres e impulsar soluciones a sus necesidades, interactuar con otros agentes sociales, resolver problemas nuevos... Han ganado seguridad y autoestima, tienen un nuevo protagonismo en la comunidad, se hace visible para su familia el aporte que realizan. Se sienten importantes.

• Todo ello, con ser muy valioso, no ha logrado revertir algunas de las limitaciones de las actividades generadoras de ingresos para las mujeres. Debemos reconocer que nuestros proyectos se ubican por lo general en áreas marginales de la economía, precisamente las más susceptibles de ser arrasadas por la crisis económica, la inflación o las políticas de austeridad. En general, producen bienes para el consumo de sectores empobrecidos y no bienes duraderos, intermedios o de capital. Como incorporan a los productos escaso valor agregado, tienen muy pocas posibilidades de acceder a los créditos del sistema financiero nacional y a los programas internacionales de apoyo a las microempresas. Su baja productividad y su gran dependencia de las ayudas externas hacen dudar sobre su capacidad de autosuficiencia cuando las inyecciones de recursos de la cooperación desaparezcan.

• Por otro lado, cuando incorporan actividades de capacitación, los proyectos productivos no apuntan a calificar la mano de obra de modo que las mujeres puedan acceder a otras ocupaciones mejor remuneradas o no tradicionalmente femeninas. Tampoco suelen tomar en cuenta el rol reproductivo de las trabajadoras y, por tanto, no incorporan a

sus costos de operación la creación de los servicios colectivos (guarderías, lavanderías, comedores) que aligeren el trabajo doméstico de las mujeres integradas a los proyectos. En resumen, ponen más énfasis en cómo las mujeres pueden obtener algún pequeño ingreso que en cómo ellas consiguen empleos estables, salarios dignos, ganancias para sus empresas y autonomía económica.

• [...] Cuando iniciamos estos proyectos confiábamos en que serían buenos instrumentos para organizar a las mujeres. Hemos comprobado que no solo no les generan ingresos permanentes y adecuados, sino que tampoco potencian la organización estable de las mujeres. Lo que puede lograrse con ellos —si cuentan con apoyo y capacitación, con seguimiento y constancia— es fortalecer su autoestima y reforzar su identidad de productoras o trabajadoras. Pueden ayudarles a construir nuevas formas de relacionarse con el dinero, a que descifren las características del mercado, a que descubran la lógica del capital. Pueden ser una escuela que permita a las mujeres acumular experiencia y seguridad para asumir otros retos. Pero no podemos pedirles más de lo que pueden dar. Estamos convencidas de que los pequeños proyectos productivos y de servicios no pueden sustituir la actividad organizadora de las mujeres ni sus demandas y movilizaciones ante las instituciones estatales.

• [...] De nuestra experiencia concluimos que no es con la implementación de pequeños proyectos que vamos a resolver la desigualdad entre mujeres y hombres, en cuanto al acceso a los recursos y al poder económico. No es con miles de pequeños proyectos, ineficientes e inestables en su mayoría, que vamos a integrar a las mujeres al desarrollo económico nacional ni vamos a sacarlas de las estadísticas que las presentan como las más pobres de los pobres.

Fuente: Dignas (1993).

Aunque la eficacia práctica de este enfoque para integrar a las mujeres al desarrollo deja mucho que desear, sigue gozando de gran

aceptación entre las agencias del desarrollo, particularmente en un amplio sector de la cooperación no gubernamental. Ello puede deberse a que por un lado, define los problemas de las mujeres en términos de las necesidades básicas de los hogares empobrecidos (y no de su desigual acceso a oportunidades y recursos, como hacía el enfoque Equidad); por otro, centra la atención en las familias encabezadas por mujeres, consideradas las más pobres entre las pobres; y, por último, desliga la pobreza femenina de la dinámica de las relaciones entre los sexos. En resumen, intenta incorporar a las mujeres al desarrollo sin cuestionar las relaciones de poder al interior de los hogares, lo que hace muy aceptable este enfoque para las agencias del desarrollo temerosas de enfrentar las relaciones de poder entre mujeres y hombres.

Enfoque de la Eficiencia

A finales de los años setenta era evidente el marcado deterioro de la economía mundial, especialmente en América Latina y África, donde a la recesión económica se sumaban la caída de los precios de los productos de exportación y la carga de la deuda externa. Para enfrentar el impacto de la crisis, un número creciente de Gobiernos implementó políticas de estabilización y ajuste diseñadas por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, con el objeto de restaurar el equilibrio de la balanza de pagos, incrementar las exportaciones y promover el crecimiento de las economías. Estas políticas se sostenían en una ideología neoliberal que abogaba por el desmantelamiento de los controles estatales y la mayor libertad de actuación de las fuerzas del mercado, como las maneras más eficientes de asignar recursos y lograr la recuperación económica.

Dado que la preocupación primaria de las instituciones financieras internacionales era cobrar la deuda del Tercer Mundo y conseguir equilibrios macroeconómicos, sus préstamos a los países necesitados fueron condicionados a que estos aplicasen programas de austeridad económica, privatización y liberalización. En todas partes las políticas de ajuste generaron serios deterioros de las condiciones de

vida de las poblaciones de bajos ingresos, con un evidente impacto en la distribución de recursos al interior del hogar y efectos particularmente perjudiciales para la vida de las mujeres y las niñas.

el ajuste estructural significa más penuria para las mujeres

• "Las mujeres han estado en el centro de la crisis económica de los años ochenta y han sufrido el principal impacto de los programas de ajuste", declaró el grupo de expertos de la Commonwealth que analizó en 1989 el impacto del ajuste estructural en las mujeres. Dos elementos de dichas políticas conllevan condiciones muy duras para las mujeres: las medidas de austeridad —cuyo objetivo es reducir el gasto público en servicios sociales llamados no productivos— y las medidas encaminadas a estimular el crecimiento económico.

• Los recortes en los servicios sociales perjudican a las mujeres en tres maneras:

a) Restringen su acceso a los recursos financieros, ya que suelen estar empleadas en los sectores más afectados por la reducción del gasto público (educación, salud, Administración Pública).

b) Limitan su acceso a servicios básicos (vivienda, educación, salud, alimentación y transporte subsidiados) para poder desempeñar las diferentes funciones de producción y reproducción social.

c) Incrementan su carga de trabajo, al verse obligadas a suplir con su esfuerzo las carencias de servicios colectivos y a buscar maneras de aumentar el ingreso familiar.

• Las medidas para estimular el crecimiento económico, por su parte, suelen fomentar las Zonas de Procesamiento de Exportaciones (también llamadas Zonas Francas), que se basan en la explotación de la mano de obra femenina, barata y pasiva.

Fuentes: Antrobus, P. (1989), UNICEF (1993).

Elson (1987) analizó el impacto de las políticas de ajuste estructural y concluyó que estas basaban su eficacia en un sesgo de género que perjudica a las mujeres. Efectivamente, los Gobiernos que aplican estas políticas pueden disminuir los gastos sociales en educación, salud, vivienda, subsidios al transporte y alimentos básicos, porque esperan que sus efectos sean amortiguados por una mayor dedicación de las mujeres al trabajo doméstico y al trabajo remunerado.

Por su parte, UNICEF sostenía que las preocupaciones de las mujeres debían ser integradas a la formulación de las políticas de ajuste para evitar que sus efectos recayeran principalmente sobre los hombros de las mujeres pobres; también apoyaba la implementación de políticas compensatorias que protegieran la salud y la nutrición de la población de bajos ingresos durante el proceso de reforma económica, en el marco de políticas de ajuste con rostro humano que desafiaban la base de eficiencia de las políticas del Banco Mundial y el FMI.

Con el énfasis puesto en el aumento de la productividad y la eficiente asignación de recursos —dos de los principales objetivos de las políticas de ajuste estructural— no es casual que el paradigma de la eficiencia haya ganado tanta popularidad en las instituciones del desarrollo desde los años ochenta. Este es el contexto en que surge y encuentra acomodo el enfoque de la Eficiencia, como la tercera versión de la estrategia MED para incorporar a las mujeres al desarrollo.

Su análisis considera la ineficiencia económica que supone desperdiciar la mitad de los recursos humanos de una sociedad (las mujeres) y reconoce que, en tiempos de crisis económica y ajustes

estructurales, las mujeres son esenciales para el éxito de los esfuerzos globales del desarrollo. Su propuesta es coherente con el diagnóstico: la participación económica de las mujeres del sur hace más eficientes las acciones del desarrollo y, además, genera automáticamente una mayor igualdad de acceso a oportunidades y recursos del desarrollo.

La adopción del enfoque Eficiencia por parte de las agencias internacionales de cooperación refleja que "el desarrollo necesita a las mujeres" (y no solamente que "las mujeres necesitan al desarrollo" como era el supuesto latente en el enfoque Antipobreza). Este enfoque ha sido adoptado desde la década de los ochenta por el Banco Mundial, la OCDE y AID, aunque para estas instituciones la eficiencia económica —más que la igualdad— ha sido siempre la justificación principal del trabajo con mujeres. Las siguientes citas ilustran sus prioridades:

¿por qué interesan las mujeres al desarrollo?

• "La experiencia de los últimos diez años nos dice que un aspecto clave que subyace al concepto de mujeres en el desarrollo es, por último, el económico [...] Nuestro interés principal es comprender que el avance del desarrollo y la calidad de sus resultados dependen en gran medida del grado en que las mujeres y las niñas contribuyan al mismo y accedan a sus beneficios" (USAID, 1982).

• "Dejando de lado las cuestiones de justicia y equidad, la falta desproporcionada de educación para las mujeres, con sus consecuencias sobre la baja productividad, la nutrición y salud de sus familias, tiene a la larga efectos adversos sobre la economía" (Banco Mundial, 1979).

• "Solo se obtendrán beneficios sustanciales con la contribución de ambos sexos, pues las mujeres juegan un rol vital en el desarrollo de sus países. Si las mujeres no participan plenamente en el proceso de desarrollo, no se alcanzará los

objetivos amplios del mismo" (OCDE, 1983).

Las políticas derivadas de este enfoque apuntan a lograr una eficiente asignación de los recursos del desarrollo, mediante la utilización del trabajo no pagado de las mujeres para dotar a las comunidades de la infraestructura y servicios colectivos que el Estado deja de suministrar. Las críticas a la forma en que el potencial económico de las mujeres estaba siendo utilizado en los proyectos basados en este enfoque no se hicieron esperar. Moser (1991) planteó que la supuesta eficiencia asociada a la utilización del trabajo femenino se logra mediante el mecanismo de desplazar costos de la economía remunerada (producción social) a la no remunerada (reproducción), a través de la ampliación del tiempo de trabajo no pagado de las mujeres en actividades relacionadas con su rol reproductivo y con la gestión comunitaria.

Así, en una diversidad de intervenciones de desarrollo que brindan subsidios selectivos a los alimentos para los sectores más vulnerables (los programas de comedores populares y del Vaso de Leche, por ejemplo), se asume que las mujeres de las barriadas, en tanto madres y gestoras comunales, se harán cargo de la distribución eficiente y gratuita de estos servicios. También en los programas de construcción de viviendas con componentes de autogestión es ampliamente utilizada la fuerza laboral femenina, pues se considera que las mujeres no solo son más confiables que los hombres en el pago de los préstamos y tan capaces como ellos en la construcción, sino que demuestran un compromiso mayor en asegurar el mantenimiento de los servicios. Y todo ello, sin recibir ningún tipo de pago por el trabajo realizado en dichos programas.

Durante los años noventa ganó hegemonía en las filas oficiales del desarrollo y la cooperación una variante del enfoque Eficiencia: invertir en capital humano mujeres. Desde comienzos de esa década las nuevas teorías sobre el crecimiento económico venían resaltando que lo que aumenta la productividad son factores relacionados con la conducta y el nivel de conocimientos de las personas (lo que vuelve rentables para el desarrollo las inversiones en educación, salud o nutrición de las personas), y que el Estado tiene la responsabilidad de crear ambientes propicios para una producción

eficiente, realizando inversiones públicas que fomenten la capacidad productiva de las personas.

En consonancia con estos planteamientos y en el marco de las Cumbres y Conferencias Internacionales de Naciones Unidas, donde los temas de las mujeres iban cobrando creciente significación, se abría paso la política de dirigir hacia las mujeres inversiones en educación, salud, créditos o capacitación técnica, una vez que se constataban los importantes retornos sociales de la inversión en las mujeres y su utilidad para el logro de otros objetivos económicos y sociales. El Banco Mundial lo reconocía explícitamente en 1995: "La inversión en la mujer es esencial para reducir la pobreza. Acelera el desarrollo económico al aumentar la productividad y fomentar el uso más eficiente de los recursos. Produce una rentabilidad social considerable, pues mejora la supervivencia del niño y reduce la fecundidad, y reporta importantes beneficios intergeneracionales".

La política de invertir en las mujeres aparece como una variante del enfoque Eficiencia, en tanto que son argumentos de eficiencia económica —más que de justicia o equidad— los que fundamentan la conveniencia de atender las necesidades e intereses de las mujeres: los proyectos de desarrollo serán más eficientes si toman en cuenta el trabajo productivo y reproductivo de las mujeres, si reconocen su papel clave en las explotaciones agrícolas a la hora de asignarles microcréditos, si consideran los grupos de mujeres como una ventaja para implementar proyectos baratos y efectivos…

Muchos de estos argumentos se han vuelto habituales en el discurso de la cooperación internacional, junto con aquellos que enfatizan los importantes beneficios sociales de invertir en las mujeres: la educación de estas tiene el mayor impacto de todas las inversiones, en tanto reduce la fertilidad y evita la mortalidad infantil; gastar en cuidados sanitarios para las mujeres adultas en edad reproductiva proporciona más beneficios sociales que cualquier otro gasto sanitario en cualquier otro grupo demográfico...

Aunque han sido evidentes, sobre todo para África, las ganancias de asignar recursos a las mujeres campesinas, las organizaciones de mujeres y las investigadoras no están tan convencidas del mérito de estos argumentos. Apuntan, en general, que ello lleva a limitar las intervenciones solo a aquellos casos donde los resultados

económicos son evidentes, y plantean el interrogante de qué ocurre con el objetivo de la equidad de género cuando su búsqueda no favorece el éxito económico de un proyecto.

Por otro lado, el énfasis puesto en la productividad de las mujeres y la eficiencia de su participación en el desarrollo lleva a los planificadores a ignorar el impacto de diversas relaciones sociales que constriñen las elecciones y oportunidades de las mujeres, entre ellas el desigual acceso a los recursos productivos, la violencia de los hombres hacia las mujeres, los conflictos de intereses dentro del grupo doméstico y en la comunidad, las construcciones ideológicas que sustentan el dominio masculino en la sociedad, etc.

MIRADAS DESDE EL SUR

Durante la década de los ochenta y mientras la estrategia MED lograba establecerse como la voz de las mujeres dentro de las agencias oficiales de la cooperación, en la arena internacional otras voces disentían tanto de la visión oficial —neoliberal— del desarrollo como de la concepción que sostenía que las mujeres están marginadas y necesitan de políticas específicas para integrarse al desarrollo.

El enfoque Mujer y Desarrollo (MyD)

Las primeras voces críticas surgieron de las filas de las feministas marxistas y estructuralistas, tanto del norte como del sur. Estas mujeres cuestionaban los diversos enfoques MED basándose en dos argumentos: porque estos rechazan las discriminaciones contra las mujeres generadas por los procesos de modernización y ajuste estructural, pero dan por buenos —en términos generales— estos procesos; y porque ellas consideran que no es suficiente brindar

educación, empleo o ingresos a las mujeres para lograr que estas se incorporen al desarrollo en igualdad de condiciones que los hombres.

Lourdes Benería y Gita Sen, dos de las primeras críticas a las políticas MED, planteaban en 1982 que "los problemas de las mujeres del Tercer Mundo no surgen de una falta de integración al proceso de desarrollo. Por el contrario, las masas de mujeres del Tercer Mundo están bien integradas a ese proceso, pero lo están en las escalas inferiores de una estructura de producción y acumulación inherentemente jerárquica y conflictiva".

Como ellas, otras académicas y funcionarias del desarrollo representantes del enfoque "Mujer y Desarrollo" (MyD) señalaban que las mujeres nunca habían estado fuera de las estructuras de producción, sino dentro, pero realizando trabajos aparentemente invisibles en el marco de procesos determinados por la clase social y la división sexual del trabajo. Su tesis defendía que las mujeres pobres eran las más oprimidas por el capitalismo, pero lo más original de su planteamiento en aquel momento fue el despliegue que hicieron del concepto reproducción (biológica, material y social) para explicar que la subordinación de las mujeres radicaba en las actividades realizadas en el ámbito doméstico, las mismas que les eran asignadas por su rol genérico y estaban agravadas, a su vez, por la pobreza.

Interesadas en realizar un análisis que integrase tanto los cambios en las formas de producción como las desigualdades entre los géneros, plantearon que para entender la condición de las mujeres en el sur es necesario estudiar no solo los procesos de acumulación de capital, sino también las relaciones de género, pues es a través de estas relaciones que las mujeres se posicionan como "grupo subordinado en la división de recursos y responsabilidades, atributos y capacidades, poder y privilegio".

Al calor de estos planteamientos, nuevos campos de estudio fueron incorporados a la reflexión sobre las mujeres y el desarrollo. El trabajo de la reproducción y los cuidados realizado por las mujeres, la estructura de parentesco y la organización familiar, la división del trabajo dentro y fuera del hogar, el diferente acceso a recursos materiales y simbólicos por parte de mujeres y hombres empiezan a

ser considerados como cuestiones relevantes para entender la posición de las mujeres en las diferentes sociedades y el impacto de los procesos de desarrollo en sus condiciones de vida.

efectos del desarrollo capitalista en las mujeres del sur

La tendencia más fuerte de la acumulación capitalista es la de separar a los productores directos de los medios de producción tales como la tierra, a la vez que hace más inseguras sus condiciones de subsistencia. Este proceso puede tener efectos contradictorios sobre el trabajo de las mujeres; los siguientes ejemplos muestran cómo estas son afectadas por los cambios en la estructura de producción asociados a la penetración del capitalismo en el Tercer Mundo:

• La división sexual del trabajo cambia y la carga laboral de las mujeres se intensifica. En Ghana, los hombres se vieron obligados a ingresar en los cultivos comerciales o a emigrar a las áreas urbanas en busca de trabajo, lo que obligó a las mujeres a asumir cargas adicionales en la producción agrícola de subsistencia. Además, cuando la tierra fue apropiada en forma privada, las fuentes comunitarias de agua, combustible y alimentos dejaron de ser accesibles para los campesinos pobres y los jornaleros sin tierra, lo cual obligó a las mujeres a emplear más tiempo en la búsqueda y recolección de estos elementos.

• Las mujeres pierden el control efectivo sobre los recursos productivos, así como sobre el proceso de trabajo y su producto. En Oaxaca, México, la penetración del capital mercantil en las actividades textileras femeninas disminuyó el control que las mujeres tenían sobre la compra y venta de su producto. Además, el cambio de los cultivos tradicionales hacia la producción del café para el mercado hizo que las mujeres se orientaran más hacia el trabajo estacional de recolección que hacia la industria de tejidos. Como resultado, perdieron el control sobre los recursos económicos y el proceso

de trabajo, y se convirtieron en trabajadoras marginales dentro de la producción agrícola.

• Surge una nueva división del trabajo en la cual las mujeres jóvenes se convierten en trabajadoras asalariadas migrantes. Las mujeres se están convirtiendo en piezas importantes del proceso de industrialización en algunos países del sur, pues satisfacen las necesidades del capital en términos de una mano de obra disciplinada y barata. Son mujeres el 80 por ciento de quienes trabajan en las zonas de libre comercio de Puerto Rico y República Dominicana; por otro lado, las mujeres jóvenes de Malasia están migrando a Singapur para trabajar en las industrias intensivas de mano de obra, donde constituyen el 45 por ciento de los obreros de este sector y trabajan en las escalas más bajas de la estructura salarial.

• Cuando las formas tradicionales de control patriarcal sobre la mujer se debilitan, surgen nuevas formas de control reforzadas por el proceso de acumulación capitalista. El cambio de relaciones serviles a relaciones capitalistas de producción, a mediados de siglo en Cajamarca, Perú, provocó el aumento de la migración masculina hacia las plantaciones de la costa, lo que debilitó el control del hombre sobre el trabajo de la mujer y dio a esta mayor autonomía. Pero al mismo tiempo, muchas familias campesinas perdieron sus tierras y las mujeres se convirtieron en dependientes de los asalariados masculinos.

Fuente: Benería, L. y Sen, G. (1982).

El enfoque del Empoderamiento

Este enfoque, cuyos orígenes se sitúan en las reflexiones y experiencias de los movimientos de mujeres del sur, tiene como elemento central la potenciación de las capacidades y el protagonismo de las mujeres, es decir su empoderamiento para que estas tomen el control de sus vidas, establezcan sus propias agendas, desarrollen habilidades, aumenten su confianza en sí mismas y

resuelvan sus problemas.

Procedente de la educación popular desarrollada por Paulo Freire, quien lo definió como “el proceso por el cual la gente sin poder llega a ser consciente de su propia situación y se organiza colectivamente para lograr mayor acceso a los servicios públicos o a los beneficios del desarrollo”, el concepto empoderamiento aplicado a las mujeres surgió a mediados de los años ochenta cuando la Red DAWN-MUDAR (Alternativas de Desarrollo con Mujeres para una Nueva Era) lo introdujo en la Conferencia Mundial de la Mujer en Nairobi (1985), con el propósito de analizar las condiciones de las mujeres del mundo y presentar su visión de una sociedad futura alternativa:

Queremos un mundo donde no exista desigualdad basada en la clase, género y raza en ningún país ni en la relación entre los países. Queremos un mundo donde las necesidades básicas se conviertan en derechos básicos y donde la pobreza y todas las formas de violencia sean eliminadas. Cada persona tendrá la oportunidad de desarrollar plenamente su potencial y creatividad, y los valores femeninos de nutrición y solidaridad, caracterizarán las relaciones humanas [...] Solo profundizando los vínculos entre la igualdad, el desarrollo y la paz podremos mostrar la intrincada relación que existe entre los derechos básicos de los pobres y las transformaciones de las instituciones que subordinan a las mujeres. Ambos pueden alcanzarse a través del autoempoderamiento de las mujeres (Sen y Grown, 1988).

Desde entonces, las organizaciones de mujeres del sur utilizan este concepto para expresar que el desarrollo debe propiciar condiciones para que las mujeres aumenten sus capacidades y su protagonismo como grupo social, asumiendo que el empoderamiento de las mujeres requiere cambios radicales en los procesos y estructuras que reproducen su posición subordinada a los hombres. Aunque a menudo se utiliza como sinónimo de participación u organización de las mujeres, y se confunde con el logro de ingresos económicos, el empoderamiento es un proceso que abarca distintas dimensiones en la vida de las mujeres:

• Se inicia en el ámbito subjetivo propiciando cambios en las concepciones y creencias sobre el ser mujer, en la valoración de las imágenes y símbolos femeninos y en los sentimientos que despierta el formar parte del colectivo femenino, y creando actitudes y comportamientos alternativos de género. Tales cambios tienen que incidir en las negociaciones con la pareja y familia, y también deben impactar en el ámbito público para llegar a modificar los referentes culturales y simbólicos de la feminidad (empoderamiento subjetivo y cultural).

• Promueve que las mujeres adquieran autonomía sobre sus cuerpos y control de su sexualidad y capacidad reproductiva, así como un mayor acceso y control sobre los recursos económicos que les permitan elegir el tipo de vida que desean vivir (empoderamiento físico y económico).

• Los procesos individuales de cambio no serán suficientes si no van acompañados de medidas que fomenten la acción colectiva de las mujeres, construyendo estructuras organizativas suficientemente fuertes para defender sus intereses y lograr sus propias metas (empoderamiento colectivo).

• En el proceso de empoderarse, las mujeres encuentran caminos para mejorar sus condiciones de vida y para cambiar su posición subordinada en las relaciones de género, haciendo frente a las instituciones y estructuras sociales que sustentan el dominio de los hombres (empoderamiento político).

Valorar el empoderamiento logrado por las mujeres es una tarea compleja. A las dificultades asociadas a la medición de un proceso tan multidimensional se suman las derivadas del hecho de que nos enfrentamos a un concepto de moda, elástico y ambiguo, llamativo y esquivo, que permite múltiples usos con diversos sentidos, a menudo contradictorios.

Desde que el concepto empoderamiento irrumpió en el escenario de las ciencias sociales en los años setenta, ha sido utilizado por diversas disciplinas y colectivos aunque con distintos significados: a veces como sinónimo de autoestima, conciencia crítica, habilidad

para controlar recursos, autonomía e incluso capacidad de resistencia; en otras ocasiones como equivalente a organización, participación e influencia de determinados colectivos sociales, en particular los pobres y las mujeres; a menudo también reemplaza a términos como bienestar familiar, mejoramiento de las condiciones de vida, integración social, acceso a derechos e incluso reducción de la pobreza.

En el campo del desarrollo el uso del concepto empoderamiento se ha generalizado durante la última década, y ha sido empleado tanto por la corriente oficial como por los enfoques alternativos del desarrollo para referirse a propuestas tan diversas como la adquisición de habilidades empresariales para ser más competitivos en el mercado, la integración política de colectivos excluidos, el fortalecimiento de las capacidades de la gente o la estrategia para erradicar la desigualdad de género. También ha sido presentado como panacea para problemas sociales como las tasas altas de crecimiento poblacional y la degradación ambiental, e incluso como el objetivo declarado de la asignación de microcréditos a la gente pobre. A menudo se denomina empoderamiento el hecho de que las poblaciones meta se organicen a nivel local y participen en los espacios donde se toman las decisiones, y se ha llegado a asimilarlo a la simple presencia de la población meta en las distintas fases del ciclo de gestión del proyecto.

En los estudios sobre el desarrollo, el término empoderamiento se ha convertido en una palabra de moda que se usa para añadir glamour a determinadas intervenciones interesadas en lograr diversos resultados económicos y sociales, que, si bien pueden ser muy deseables en sí mismos, no necesariamente cuestionan las relaciones de poder existentes (Mosedale, 2003).

Desde que la Conferencia de Beijing (1995) le diera rango de oficialidad y las instituciones de Naciones Unidas contribuyeran a su divulgación, la popularidad del concepto empoderamiento ha contribuido a diluir su significado y a que persistan ambigüedades en su utilización, llegando a un punto en que su sentido aparece como “obvio y autocontenido, pues al referirse de manera general a los intereses de las personas carentes de poder, el concepto se toma

como expresión de un cambio deseable sin ahondar en lo que implica tal cambio y en cómo lograrlo" (León, 1997).

Por tanto, antes de formular políticas hacia las mujeres basadas en este enfoque, es necesario clarificar qué se entiende por empoderamiento. Después de más de una década de investigar y teorizar sobre los procesos de empoderamiento de las mujeres, las académicas y activistas feministas que trabajan en el campo del desarrollo han construido algunos consensos en torno al significado de este concepto:

El empoderamiento tiene que ver con 'ganar poder'

El aspecto más destacable y subversivo del término empoderamiento es que contiene la palabra poder.

Las ciencias sociales han definido tradicionalmente el poder como un ejercicio de dominio sobre otros[2]; sin embargo, algunas concepciones alternativas plantean que, en lugar de pensar el poder en términos de cómo los agentes poderosos impiden que los no poderosos actúen libremente, sería más útil pensarlo como "las fronteras sociales que definen los campos de acción para todos los actores y facilitan u obstaculizan lo que es considerado posible para unos y otros" (Hayward, 1998).

Estas fronteras sociales están constituidas por las leyes, normas, costumbres e identidades sociales (entre ellas, las de género) que enmarcan y restringen las actuaciones de las personas. El empoderamiento de una persona comienza cuando esta analiza cómo los límites sociales restringen su capacidad para definir cómo quiere vivir y disfrutar de las condiciones para vivir como desea; y avanza mediante la identificación crítica de cómo funcionan esas restricciones a su libertad, hasta llegar a definir estrategias para cambiarlas. Mosedale se ha basado en estas ideas para definir el empoderamiento como un "proceso por el cual las mujeres redefinen y extienden lo que es posible para ellas hacer y ser, en situaciones donde ellas anteriormente tenían restricciones, en

comparación con los hombres, para ser y hacer lo que deseaban" (2003).

Si tomamos en cuenta que el hecho de pertenecer al colectivo genérico femenino establece ciertos límites a la libertad de las mujeres y que tales fronteras son socialmente construidas y modificables, el poder que interesa a las mujeres es el que les permite construir su propia capacidad para cambiar las relaciones opresivas de género, en tanto estas relaciones constituyen las fronteras sociales que restringen su libertad de elección. Y la pregunta que importa, cuando evaluamos intervenciones de desarrollo que buscan el empoderamiento de las mujeres, es si estas intervenciones les han ayudado efectivamente a cambiar tales límites.

El empoderamiento es un proceso de cambio, personal y colectivo

El segundo rasgo esencial del empoderamiento es su carácter procesual: no es un estado al que se accede de una vez por todas y para siempre, sino más bien un proceso de cambio que no tiene meta final, ya que nadie llega nunca a estar empoderado en un sentido absoluto.

Se trata de un proceso de largo plazo que va de adentro hacia afuera y de abajo hacia arriba, que se inicia en el ámbito personal mediante el desarrollo de una autoimagen positiva y confianza en las propias capacidades, continúa en el ámbito de las relaciones cercanas a través de la habilidad para negociar e influenciar las relaciones familiares, y se expande hacia una dimensión colectiva en la que las mujeres construyen estructuras organizativas suficientemente fuertes para lograr cambios sociales y políticos.

El empoderamiento no puede ser otorgado por nadie externo

La tercera característica del empoderamiento es que se trata, ante todo, de un proceso de autoempoderamiento que no puede ser otorgado por nadie externo.

Esto no implica que determinados agentes externos no tengan un papel que cumplir facilitando condiciones para que las mujeres inicien sus propios procesos de cambio. León (1997) señala que, dado que la subordinación de las mujeres aparece naturalizada en las sociedades con dominio masculino, es poco probable que las propuestas de cambio aparezcan espontáneamente; más bien, estas deben ser inducidas a través de procesos de concientización que permitan a las mujeres modificar sus autoimágenes y sus sentimientos de inferioridad, así como sus creencias sobre sus derechos y capacidades. En la inducción de estos procesos de reflexión crítica, las agentes de cambio (generalmente mujeres feministas profesionales de la promoción y educación popular) pueden desempeñar un importante rol catalizador ofreciendo a las mujeres elementos de análisis y alternativas prácticas a sus modos de vida.

Ahora bien, este papel de los y las agentes de cambio nada tiene que ver con lo que James (1999) ha denominado la transferencia del empoderamiento, una visión predominante en el pensamiento oficial del desarrollo, según la cual el empoderamiento puede ser otorgado por las agencias mediante la puesta en marcha de proyectos diseñados desde arriba y desde afuera de las destinatarias en los que, supuestamente, la simple participación de las mujeres en actividades específicas garantizaría como resultado final su empoderamiento.

Un mecanismo de transferencia de poder de este tipo es incompatible con los objetivos del empoderamiento, porque este no es un proceso lineal con un inicio y un final definidos de manera igual para todas las mujeres, sino que requiere que ellas libremente analicen y expresen sus propias necesidades y prioridades, sin que estas puedan ser predefinidas o impuestas por los planificadores. Esto plantea problemas a las agencias de desarrollo porque la lógica de la planificación se ve afectada cuando no pueden establecerse metas concretas o resultados medibles para las actividades promotoras del empoderamiento; en este caso, los cambios a lograr

deben ser vistos como parte de un proceso en marcha, más que como una meta prefijada para un distante futuro.

Entender el empoderamiento como un proceso de abajo hacia arriba implica que los organismos de desarrollo no pueden reclamar que empoderan a las mujeres. Las mujeres deben autoempoderarse ellas mismas. Sin embargo, el apoyo externo es importante para empujar y sostener los procesos de cambio y las agencias pueden jugar este papel generando condiciones para que las mujeres participen en todos los ámbitos, adquieran habilidades para tomar decisiones y controlen los recursos, y apoyando a las organizaciones de mujeres que trabajan contra la desigualdad de género.

El empoderamiento es un asunto relacional

Un cuarto aspecto del empoderamiento es que afecta al conjunto de las relaciones sociales, entre ellas las de género, en que están inmersas las mujeres.

A diferencia de algunos enfoques que consideran el empoderamiento de las mujeres como algo que ocurre en ellas al margen de las relaciones y estructuras sociales que restringen sus campos de actuación (es decir, como una especie de autorrealización ensimismada), la visión feminista sobre el empoderamiento considera que las mujeres se empoderan siempre en relación a un otro respecto del cual estaban desempoderadas. Ese otro puede ser el marido, padre o líder comunitario que coartaba su capacidad de ser y hacer según su propia voluntad; pero también pueden serlo las normas y pautas culturales que restringían su libertad de movimiento, o las estructuras económicas y políticas que limitaban sus oportunidades de acceso a los recursos. Incluso si atendemos al carácter procesual del empoderamiento, las mujeres pueden empoderarse, o desempoderarse, con relación a sí mismas en determinados momentos de su pasado.

Las mujeres, por tanto, se empoderan en el contexto de sus relaciones sociales. Dado que estas están determinadas y/o

atravesadas por las relaciones que establecen con los hombres, el empoderamiento de las mujeres incluye siempre el cuestionamiento de las relaciones asimétricas de género y su sustitución por un conjunto de arreglos más equitativos que los actualmente existentes.

Diversas autoras enfatizan este aspecto, por ejemplo, Rowlands (1997) plantea que "el empoderamiento de las mujeres es un asunto de género y no simplemente un asunto de mujeres", porque tiene que ver con la transformación de las relaciones sociales basadas en la diferencia sexual (las relaciones de género). En sus investigaciones sobre cómo se empoderan las mujeres rurales, esta investigadora ha constatado que las mujeres se ven forzadas a confrontar las relaciones de género más cercanas cuando desean participar en proyectos generadores de ingresos o en las organizaciones comunitarias, al tiempo que expresan que donde su proceso de empoderamiento encuentra más dificultades para avanzar es precisamente en el ámbito doméstico, lo que no es extraño puesto que "la familia es la última frontera de cambio en las relaciones de género [...] Una sabe que el empoderamiento ha ocurrido cuando este ha cruzado el umbral del hogar" (Batliwala, 1997).

El empoderamiento tiene que ver con la 'agencia'

El quinto rasgo esencial del empoderamiento es la agencia, es decir, la consideración de que son las propias mujeres las que deben protagonizar el proceso de cambio en sus propias vidas. Este elemento es tan relevante en la definición del empoderamiento que si, en un determinado contexto se mejoraran notablemente los indicadores de la equidad de género, pero las mujeres no fueran protagonistas activas de ese cambio, sino simples receptoras de los resultados del mismo, no podría decirse que ha habido empoderamiento.

La importancia que el discurso del empoderamiento asigna a la agencia de las personas conecta este planteamiento por un lado, con los enfoques de desarrollo de abajo hacia arriba que enfatizan la

participación e inclusión social, y por otro, con la idea de agencia humana que sustenta el paradigma del desarrollo humano, según la cual las personas son capaces de definir sus propios intereses y se perciben a sí mismas con derecho a realizar aquellas elecciones que resultan relevantes para sus vidas.

Kabeer (1999) considera que la capacidad de elegir está en el núcleo central del empoderamiento y define este como "la expansión de la habilidad de las personas para hacer elecciones vitales estratégicas, en contextos donde tal habilidad les había sido negada previamente".

LA ESTRATEGIA GÉNERO EN EL DESARROLLO (GED)

Desde comienzos de los años noventa ha venido surgiendo una nueva manera de entender la participación de las mujeres en el desarrollo. La insistencia de las investigadoras en considerar las relaciones de género y su articulación con otros vectores de desigualdad, combinada con el trabajo de las organizaciones del sur en busca del empoderamiento femenino, dieron como resultado la estrategia Género en el Desarrollo (GED), que orienta en la actualidad las políticas de cooperación de la mayoría de las instituciones internacionales y de organismos, tanto gubernamentales como no gubernamentales.

La desigualdad de género como problema del desarrollo

El concepto desigualdad de género nos remite a un marco teórico (la teoría de género) que analiza la realidad desde la perspectiva de "la construcción cultural de la diferencia sexual" (Lamas, 1996). La categoría género es usada por las feministas desde los años setenta para subrayar el hecho de que las diferentes conductas, actividades

y funciones de las mujeres y los hombres son culturalmente construidas más que biológicamente determinadas, a través de procesos de socialización en los que individuos nacidos dentro de una categoría biológica, macho o hembra, se convierten en las categorías sociales de hombre y mujer mediante la adquisición de atributos localmente definidos de masculinidad y feminidad.

La adopción de esta categoría de análisis ha significado la ruptura epistemológica más importante de las últimas décadas en las ciencias sociales, pues ha permitido reconocer una desigualdad social —la inequidad de género— que hasta entonces había sido subsumida por el análisis sociológico en la desigualdad económica.

En el ámbito de la cooperación al desarrollo, las profesionales y activistas críticas a considerar a las mujeres como el problema y que rechazaban el análisis de su situación al margen de la actuación de los hombres y de sus contextos sociopolíticos, vieron en la categoría género una herramienta de mayor utilidad para comprender los obstáculos de las mujeres para participar en el desarrollo, pues este concepto propone un vínculo relacional entre mujeres y hombres, cuya implicación inmediata es que la situación de unas y otros no puede ser entendida mediante un estudio completamente separado.

Todos los proyectos, incluso los de naturaleza técnica, tienen una dimensión de género porque siempre están dirigidos a los hombres, a las mujeres o a ambos. Esto implica que, independientemente de si se trata de un proyecto con mujeres o con hombres, siempre impactará sobre el otro género. Todos los proyectos de mujeres afectarán la posición de los hombres, y viceversa. De ahí que ningún proyecto pueda reclamar neutralidad de género (Cathrine Hasse, citada en Macdonald, 1994).

la dimensión de género y los procesos de desarrollo

Ann Whitehead, del Instituto de Estudios del Desarrollo en la Universidad de Sussex, fue una de las investigadoras que aportó la base conceptual y teórica que sustenta la estrategia GED. En 1978 fundamentó sus propuestas en los siguientes

términos:

• Ningún estudio sobre las mujeres y el desarrollo puede partir del punto de vista de que el problema reside en las mujeres, sino más bien en los hombres y las mujeres y, concretamente, en las relaciones entre hombres y mujeres.

• Estas relaciones están construidas socialmente y no proceden de la biología; tampoco son necesariamente armoniosas, al contrario, pueden ser de oposición y conflicto. Dado que estos conflictos no son datos de la biología, sino que están determinados socialmente, pueden adoptar formas muy diversas en distintas circunstancias; a menudo adoptan la forma de dominación masculina y subordinación femenina. En este caso, el objeto de análisis son las distintas formas de dominio/subordinación que estructuran las relaciones entre mujeres y hombres.

• Adoptar la dimensión de género significa analizar las formas que caracterizan a las relaciones entre los géneros y sus vínculos con otras relaciones más amplias de la sociedad. Significa preguntarse cuáles son los vínculos entre los géneros y las relaciones económicas entre las personas, ya sean los miembros de un hogar, o de diferentes clases sociales; cómo afectan los procesos económicos y las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo a las relaciones entre los géneros.

Fuente: Ostergaard, L. (1991).

El género estructura un conjunto de relaciones sociales —las relaciones de género— que determinan las interacciones de los seres humanos en tanto personas sexuadas. Estas relaciones son socialmente construidas y, por lo tanto, transformables; no proceden de la biología ni son necesariamente armoniosas, al contrario, pueden ser de oposición y conflicto. En las sociedades conocidas, el género estructura relaciones asimétricas de poder

entre los hombres y las mujeres al propiciar una distribución desigual de conocimientos, propiedad e ingresos, responsabilidades y derechos entre unas y otros, como consecuencia de acuerdos gestados en instituciones sociales como el hogar, el mercado, el Estado y la comunidad.

Estos acuerdos proporcionan a los hombres, más que a las mujeres, una mayor capacidad para movilizar reglas y recursos institucionales que promuevan y defiendan sus propios intereses. Así, en la mayoría de los contextos, los hombres gozan, en términos generales, de un mayor acceso a los alimentos, a los puestos políticos o a la propiedad de la tierra, una mayor movilidad física, menos responsabilidades en términos de autocuidado y del cuidado de otras personas, una posición privilegiada en cuanto al control del trabajo —sobre todo del trabajo de las mujeres— y una sexualidad menos confinada.

Las relaciones de poder entre los hombres y las mujeres definen la manera en que unas y otros perciben sus necesidades prácticas cotidianas y sus intereses. Además, en la medida en que conllevan privilegios para los hombres, es probable que el colectivo genérico masculino resista la idea de que la desigualdad de género existe, es construida socialmente y puede, por tanto, ser desafiada y transformada. De lo que se deduce que serán necesarios esfuerzos específicos para que los hombres tomen conciencia sobre su papel en el mantenimiento del orden de género vigente y su responsabilidad en el logro de la igualdad.

Según Kate Young (1993), “el análisis de las relaciones de género tiene un carácter holístico, es decir, abarca tanto el nivel doméstico como el comunitario, e incluso exige análisis a nivel nacional e internacional. Incluye también factores influyentes como la clase, la religión y la etnia, así como los ámbitos político, económico y cultural, pues todos estos factores modifican o reestructuran, socavan o refuerzan las relaciones entre los géneros”.

La estrategia GED no es solo un marco para el análisis de cómo están las mujeres en el mundo; también es una propuesta política en tanto exige un compromiso a favor de la construcción de relaciones de género equitativas. Contiene, por tanto, un cuestionamiento al concepto y la práctica del desarrollo —entendido como un “proceso

sostenido de crecimiento económico capaz de llevar a las sociedades subdesarrolladas hacia el modelo de sociedad vigente en el Norte desarrollado", cuya universalización no es posible ni deseable— y reivindica un desarrollo alternativo que tenga como horizonte una sociedad estructurada sobre bases democráticas, participativas e igualitarias.

En este desarrollo alternativo, humano y sostenible, las mujeres no son vistas como sectores vulnerables y pasivos o como recursos útiles, sino como agentes activas del cambio, de lo que se deduce la necesidad de escucharlas tanto en el diseño de las estrategias y políticas de desarrollo como en la planificación, gestión y evaluación de los proyectos, y de integrarlas a los espacios donde se toman las decisiones que les afectan.

planificar el desarrollo con perspectiva de género

Caroline Moser, pionera en la incorporación de la perspectiva de género en la planificación del desarrollo, ha planteado que el punto de partida para planificar con perspectiva de género es considerar que mujeres y hombres, al tener distintas posiciones dentro del hogar y distinto control sobre los recursos, no solo desempeñan roles diferentes y cambiantes en la sociedad, sino que también suelen tener diferentes necesidades e intereses[3]. La planificación de género tiene las siguientes características:

• No es simplemente un proceso técnico, sino también un proceso político: el logro de la equidad entre los géneros precisa que se efectúe una redistribución de recursos y de poder, lo que requiere una negociación de intereses. Esto significa que la planificación debe estar apoyada en una metodología que considere la dimensión política de la negociación como un asunto central. La planificación que se limita a satisfacer las necesidades prácticas bien puede

quedarse en un nivel técnico, pero cuando se aborda el campo de los intereses estratégicos —cuyo logro requiere una transformación de los roles de género tradicionales— es necesario trabajar el nivel político.

• Involucra procesos de transformación: el logro de la equidad entre los géneros supone un cambio en las actitudes y formas cotidianas de actuación, por parte de las mujeres y de los hombres. Este es un proceso que se realiza a través de transformaciones sociales de carácter estructural.

• El conflicto forma parte del proceso de planificación: se parte de la premisa de que en una sociedad plural hay diversidad de intereses que frecuentemente están en conflicto. La planificación debe encarar el conflicto y no evadirlo, así como crear las bases para que la negociación de intereses se realice en condiciones de igualdad entre los actores sociales involucrados, lo cual implica desarrollar procesos de generación de poder para los grupos sociales en desventaja, entre ellos el de las mujeres.

• [...] y también el debate democrático de intereses: dado que en el proceso de planificación interviene una multiplicidad de grupos con diversidad de intereses, propiciar su participación constituye una parte central de dicho proceso. La definición de los intereses efectuada por un grupo de expertos no permite el debate y tiende a fortalecer las relaciones tradicionales de poder.

Fuente: Proyecto PROEQUIDAD (1995).

Como sostiene el CAD de la OCDE y otras instituciones que promueven la estrategia GED, el problema no es la integración de las mujeres en el desarrollo ni su falta de formación, créditos o recursos, sino los procesos e instituciones sociales que generan las desigualdades entre mujeres y hombres; además, estas últimas no afectan únicamente a las mujeres, sino al desarrollo en su conjunto, por lo que la inequidad debe considerarse una cuestión social y no un tema de las mujeres. Por último, hay que tener en cuenta

aspectos técnicos y políticos a la hora de hacer frente a estas desigualdades: no se trata solo de incorporar a más mujeres a los procesos y programas existentes, sino de llevar a cabo reformas para asegurar que estos reflejen las visiones, intereses y necesidades de las mujeres, y apoyen la equidad de género.

Durante la última década, la terminología asociada al género (roles, necesidades, intereses o relaciones de género) ha sido ampliamente adoptada por las agencias de la cooperación para el desarrollo, aunque no se interpreta de la misma manera. Para algunos organismos, género es apenas otra palabra para denominar a las mujeres; a otros, el género les ha proporcionado una excusa para abandonar los proyectos dirigidos exclusivamente a las mujeres; y no son pocos los que hacen un uso instrumental de esta categoría cuando integran el enfoque de género en el ciclo del proyecto con la única pretensión de aumentar la productividad de las actividades económicas de las mujeres o para superar la asignación ineficiente de recursos en la cooperación al desarrollo[4].

Sin embargo, para quienes se orientan por el enfoque GED, el concepto género alude invariablemente a las asimetrías de poder entre hombres y mujeres, que deben ser enfrentadas por las políticas de desarrollo mediante el apoyo a procesos de empoderamiento, organización y autonomía de las mujeres.

implicaciones de la estrategia ged en las políticas de cooperación

• El énfasis ha de ponerse en el cambio del enfoque básico de la intervención, no en la realización de más actividades paralelas. Los intereses de las mujeres han de quedar reflejados en la definición de las políticas y estrategias del desarrollo, de modo que todas las actividades derivadas fomenten una distribución equitativa de oportunidades y beneficios entre mujeres y hombres, y reduzcan las brechas entre ambos.

• El objetivo es la erradicación de la desigualdad, no las

mujeres como grupo. Siendo la igualdad un objetivo del desarrollo, ha de analizarse si los proyectos específicos con mujeres contribuyen o no a este objetivo. Además, todas las políticas han de ser examinadas cuidadosamente con el fin de valorar su impacto en el aumento o la reducción de las brechas de género en el acceso a los recursos, las oportunidades y las capacidades para decidir sobre sus vidas.

• La intervención de desarrollo ha de concentrarse en el contexto institucional y político, no solo en los proyectos. Si las instituciones de los países con los que se coopera no tienen capacidad suficiente para abordar las cuestiones de la igualdad en sus políticas, las actuaciones de los organismos de cooperación, con sus proyectos particulares, no dejarán de ser iniciativas aisladas y con resultados muy limitados a largo plazo.

• Las intervenciones han de ser más que una simple respuesta a las diferencias entre mujeres y hombres, y prestar atención a la reducción de las desigualdades. Los organismos de cooperación han avanzado mucho en identificar las diferentes actividades y necesidades de mujeres y hombres, y en tomar en cuenta estas diferencias en sus estrategias de intervención. El paso necesario es identificar las oportunidades de reducir las desigualdades entre mujeres y hombres, y apoyar cualquier avance hacia unas relaciones más igualitarias.

• La cooperación ha de prestar mayor atención a las organizaciones y redes de mujeres, y a las fuerzas impulsoras del cambio en los países asociados. Dado que las mujeres siguen teniendo insuficiente representación en las instituciones de los países con los que se coopera, las organizaciones de mujeres podrían beneficiarse del apoyo de la cooperación para desarrollar sus capacidades para la investigación, la presión y defensa de sus intereses.

• Las estrategias de cooperación han de prestar mayor atención a la manera en que los hombres obstaculizan el avance de las mujeres y el logro del desarrollo. Los esfuerzos deben ir también encaminados a involucrar a más hombres en el objetivo de la equidad de género.

Fuente: Comité de Ayuda al Desarrollo (1998).

Nuevos paradigmas: desarrollo humano y equidad de género

En las últimas dos décadas, la estrategia GED ha recibido un fuerte respaldo institucional por parte de las Naciones Unidas y otras agencias multilaterales de cooperación al desarrollo. En particular, el paradigma del desarrollo humano propuesto por el PNUD, al colocar a las personas en el centro de las preocupaciones del desarrollo, ha instaurado un marco más favorable que los anteriores para colocar la agenda feminista en las metas y tareas del desarrollo. Efectivamente, si es cierto que en el centro está el ser humano, también lo está su cuidado y mantenimiento (trabajos reproductivos asignados a las mujeres en el sistema de relaciones de género vigentes), por lo que el desarrollo debe valorar este trabajo y poner a disposición de quienes lo realizan, sobre todo mujeres, los recursos necesarios para hacerlo.

El enfoque del desarrollo humano, con su énfasis en la necesidad de superar el estrecho marco del crecimiento económico como indicador del desarrollo de un país, ha definido como objetivo central del desarrollo "la ampliación de las oportunidades de vivir la vida que cada persona considera valiosa" y como componentes básicos del desarrollo humano la igualdad de oportunidades para todas las personas, la sostenibilidad de esas oportunidades de una generación a la siguiente y el empoderamiento de las personas para participar en el proceso de desarrollo y beneficiarse del mismo.

La aplicación de este enfoque a la evaluación del desarrollo logrado por los países ha dado lugar a los Informes sobre el Desarrollo Humano que el PNUD publica desde 1990. El de 1995 incorporó la situación de las mujeres como su tema central de análisis, construyendo el Índice de Desarrollo relacionado con la Mujer (IDM) para medir la desigualdad existente entre mujeres y hombres, así como el grado medio de avance de ambos en sus oportunidades, y el Índice de Potenciación de la Mujer (IPM), referido a la

participación femenina en la adopción de decisiones políticas, su acceso a oportunidades profesionales y su capacidad de obtener ingresos. Estos índices se han seguido incorporando en los informes sucesivos para medir su evolución; su denominación ha cambiado para introducir el término género, siendo en la actualidad IDG e IPG, respectivamente.

Partiendo de la consideración de que "el desarrollo es injusto y discriminatorio cuando la mayoría de las mujeres quedan excluidas de sus beneficios y que la continua exclusión de las mujeres respecto de muchas oportunidades económicas y políticas entraña un continuo auto de acusación contra el progreso moderno", el PNUD plantea que la desigualdad entre hombres y mujeres no depende del nivel de ingresos, las ideologías políticas, las culturas o los niveles de desarrollo de los países, al tiempo que señala que, "en muchos casos, un firme compromiso político ha impulsado las acciones encaminadas a mejorar el desarrollo humano de la mujer, pese a la escasez de recursos" (IDH, 1995).

Avanzar hacia la igualdad entre mujeres y hombres no es una meta tecnocrática, sino un proceso político que requiere un nuevo tipo de pensamiento, en el que los estereotipos de mujeres y hombres sean reemplazados por una nueva filosofía que considere que todas las personas, sea cual fuere su sexo, son agentes imprescindibles para el cambio. Así fue plasmado en la Declaración Política de la Conferencia de Beijing, suscrita por la mayoría de los Gobiernos del mundo en 1995, que hace de la erradicación de las desigualdades entre las mujeres y los hombres un objetivo principal de las intervenciones de desarrollo.

El concepto equidad de género es una categoría muy útil en este nuevo marco discursivo. Al referirse al hecho de que mujeres y hombres han de disfrutar en condiciones iguales de los bienes, oportunidades, recursos y recompensas valorados por la sociedad, hace evidente que a menudo deben ponerse en marcha acciones especiales orientadas a remover los obstáculos que impiden a las mujeres participar en igualdad de condiciones.

La necesidad de tomar en cuenta las diferencias y las desigualdades existentes entre hombres y mujeres ha propiciado la aparición de las llamadas políticas de diferenciación para la igualdad o políticas

de Acción Positiva, que tratan de manera diferente a quienes son desiguales con el fin de disminuir las distancias económicas, culturales, sociales y políticas entre ambos colectivos. Las políticas de Acción Positiva van más allá de las políticas de Igualdad de Oportunidades y se plantean como medidas temporales que permitan contrarrestar o corregir las discriminaciones resultantes de las prácticas sociales —en ocasiones aparentemente neutrales— y del sistema social de género.

ESTRATEGIA DUAL PARA AVANZAR HACIA LA EQUIDAD

En el campo de la cooperación al desarrollo existe un notable consenso en torno a la idea de que la promoción de la igualdad entre mujeres y hombres requiere una doble estrategia: por un lado, integrar el objetivo de equidad de género en todas las políticas de desarrollo (transversalización de la perspectiva de género) y por otro, impulsar acciones específicas que favorezcan y empoderen a las mujeres. Esta estrategia dual fue ratificada por la Unión Europea en 2004 al establecer que los Estados miembros deben integrar la perspectiva de género en todas las políticas, estrategias e intervenciones en materia de desarrollo, al mismo tiempo que ponen en marcha medidas específicas a favor de las mujeres[5].

Transversalización de la perspectiva de género

La estrategia de transversalizar la perspectiva de género en las políticas de desarrollo (también llamada mainstreaming de género, integración/incorporación de la perspectiva de género o institucionalización del enfoque de género) consiste en tener siempre en cuenta las diferencias y desigualdades que existen entre las mujeres y los hombres en una sociedad determinada, en cuanto

a sus roles y responsabilidades, necesidades e intereses, acceso y control de los recursos y el poder, para establecer mecanismos que tiendan a reducir las brechas de género en todos los ámbitos, públicos y privados.

La transversalización sitúa la equidad de género en el centro de las políticas y la asignación de recursos institucionales, incluyendo los puntos de vista y prioridades de mujeres y hombres en la toma de decisiones. Ha sido definido por el Consejo de Europa como “la organización (o reorganización), la mejora, el desarrollo y la evaluación de los procesos políticos, de modo que una perspectiva de igualdad y equidad de género se incorpore en todas las políticas, a todos los niveles y en todas las etapas por los actores normalmente involucrados en la adopción de medidas políticas”.

Se trata de una propuesta política y técnica, que implica nuevas maneras de enfocar los objetivos y procesos de toma de decisiones, así como cambios en las estructuras y la cultura institucional, pero también sólidas bases teóricas, datos contrastables y personas con habilidad para identificar oportunidades de concretar en la práctica la meta de la igualdad. Uno de sus rasgos distintivos es que involucra a los actores habituales de las políticas habituales en la reformulación de estas, lo que conlleva procesos de capacitación para aprender a realizar análisis y planificación sensibles al género. Su puesta en marcha requiere voluntad política y compromiso por parte del nivel directivo, así como recursos institucionales (los presupuestos participativos sensibles al género son una buena herramienta para medir los recursos humanos y económicos puestos efectivamente al servicio de la equidad de género).

En el campo de la cooperación al desarrollo, la transversalización de la perspectiva de género ha tenido una rápida difusión desde que en 1987 el PNUD adoptara la estrategia de integrar los temas relativos a la situación de las mujeres en la corriente principal de sus programas y proyectos. Las organizaciones de mujeres la consideran parte de la estrategia GED, como un mecanismo eficaz para contrarrestar la persistente marginalización política de las opiniones de las mujeres en el proceso de desarrollo, especialmente en la planificación de las intervenciones por parte de los organismos de la cooperación.

Como tal estrategia fue formulada por primera vez en la Tercera Conferencia Mundial de la Mujer (Nairobi, 1985) y asumida explícitamente en la Plataforma de Acción Mundial aprobada en Beijing, donde se afirma que "los Gobiernos y otros actores deberían promocionar una política activa y visible del mainstreaming de género en todas sus políticas y programas para que, antes de que se tomen las decisiones, se realice un análisis de los efectos producidos en mujeres y en hombres".

A nivel europeo, fue mencionada en el III Programa de Acción Comunitario sobre Igualdad de Oportunidades entre mujeres y hombres de la Comisión Europea (1991-1995) y llegó a ser un tema central en el IV Programa de Acción. En 1996 la Comisión adoptó una comunicación en la que establecía que el mainstreaming de género implica "la movilización de todas las medidas y políticas generales específicas con el propósito de lograr la igualdad teniendo en cuenta, de forma activa y abierta, en la etapa planificadora, sus posibles efectos sobre las situaciones respectivas de hombres y mujeres (la perspectiva de género)".

Para integrar la perspectiva de género en las prácticas institucionales hay que operar, de manera simultánea, en los tres niveles de la dinámica organizacional: el referido a las políticas y objetivos institucionales que determinan los contenidos de las intervenciones específicas de las instituciones públicas; el relacionado con la estructura organizativa, los procedimientos y mecanismos que rigen la vida institucional, y el relativo a los valores asumidos por la institución y las actitudes de sus integrantes en cuanto a la desigualdad de género. Pero, sobre todo, implica un cambio en los métodos de trabajo de las instituciones, en todas las áreas y en todos los niveles. La formulación de todas las políticas ha de comenzar con un análisis de género, tanto si se trata de programas económicos en la industria, agricultura o transporte como si se refieren a áreas tradicionales de las mujeres, como la salud materno-infantil o la producción de artesanías en pequeña escala.

La transversalización no puede reemplazar ni repetir las políticas dirigidas a resolver problemáticas particulares de las mujeres en una sociedad, sean estas políticas de igualdad de oportunidades o

de acción positiva. Mientras estas políticas apuntan a resolver problemas y necesidades de las mujeres que son resultantes de la desigualdad entre los géneros, y actúan en áreas concretas y con gran rapidez, la transversalización parte de que ya existen tales políticas específicas y añade al panorama una reorganización del proceso de elaboración de las políticas, para que los actores involucrados tengan en cuenta la perspectiva de género. Esta estrategia requiere más tiempo para ser aplicada, pero tiene un mayor potencial de cambio que las políticas de igualdad.

Cuando se afirma que la integración de la perspectiva de género es una nueva estrategia para lograr la equidad de género, hay que hacer hincapié en el hecho de que no sustituye a las políticas específicas destinadas a las mujeres, sino que las complementa. Se trata de dos estrategias distintas y deben ir paralelas, formando una estrategia doble por lo menos hasta que haya una verdadera cultura y un consenso con respecto a la equidad de género en todo el conjunto de la sociedad.

Acciones específicas para el empoderamiento de las mujeres

La promoción de acciones específicas para el empoderamiento de las mujeres (también denominadas acciones positivas, políticas focalizadas, proyectos de/con/para mujeres o componente mujer en programas y proyectos mixtos) es el segundo pilar de la estrategia dual para avanzar en la equidad de género.

Por acciones específicas se entienden aquellos programas o proyectos en los que las mujeres son el grupo objetivo y las principales participantes. Responden a lo que Kabeer (1994) ha denominado políticas específicas de género, dirigidas a poner a disposición de las mujeres recursos que ellas pueden controlar o actividades de las que pueden beneficiarse directamente. Estas acciones han sido características de la estrategia MED y se han concretado en dos tipos de proyectos: los generadores de ingresos y los proyectos que utilizan el trabajo no pagado de las mujeres para

dotar de servicios básicos a las comunidades. A pesar de basarse en las capacidades productivas de las mujeres, los datos muestran que estos proyectos no han contribuido a su desarrollo y bienestar: los primeros no han sacado a las mujeres pobres de la marginalidad económica al haber sobreexplotado su fuerza de trabajo sin proporcionarles capacitación, alternativas de empleo o ingresos sostenibles; los segundos las han empobrecido al considerar infinitamente elástico el tiempo de trabajo femenino y esperar que las mujeres estén siempre dispuestas a entregarlo gratuitamente para el bienestar de sus familias y comunidades.

Ahora bien, la segunda estrategia para avanzar hacia la equidad se distancia notablemente de estos proyectos al plantear que las acciones específicas deben estar claramente orientadas al empoderamiento de las mujeres, para lo cual deben ser parte de políticas redistributivas de género que busquen un reparto más equitativo de los recursos, las oportunidades y el poder entre hombres y mujeres, al tiempo que satisfacen las necesidades prácticas de estas.

Siempre que se enmarquen en el enfoque GED y busquen el empoderamiento de las mujeres, se considera que las acciones específicas siguen siendo necesarias para subsanar las desventajas acumuladas por determinados sectores femeninos tras siglos de desigualdad, y lograr su plena participación en todos los ámbitos. Son particularmente apropiadas cuando se enfocan necesidades de las mujeres derivadas de sus características reproductivas o físicas (mortalidad materna, salud sexual y reproductiva); de la acumulación de privaciones sufridas en los ámbitos de salud o educación (analfabetismo, desnutrición); de las condiciones en que realiza el trabajo doméstico (procesamiento de alimentos, recolección de agua y leña) y el trabajo remunerado (concentración en actividades de baja productividad, trabajos mal pagados, segregación ocupacional, discriminación salarial); de los obstáculos jurídicos y culturales que les impiden acceder a la propiedad de los recursos económicos, particularmente tierra, crédito, maquinaria y tecnología, o de los obstáculos que encuentran para participar en la política institucional.

También son apropiadas para fortalecer las organizaciones de las

mujeres la investigación, la difusión de sus demandas y el trabajo de incidencia política. El objetivo del empoderamiento es clave en esta estrategia porque da dirección y sentido a las acciones específicas: si estas no promueven que las mujeres se empoderen, no pueden ser consideradas parte de una estrategia a favor de la equidad de género.

Notas

* Varias secciones de este texto fueron originalmente publicadas en Clara Murguialday, Las mujeres en la cooperación de desarrollo, Bilbao; Hegoa, País Vasco, 2005.

** Clara Murguialday, economista feminista. Trabaja como consultora especializada en evaluación del impacto de género de la cooperación al desarrollo.

1. Denominado por Kabeer (1994) Enfoque de la Igualdad de Oportunidades para diferenciar este uso del concepto equidad de otro uso posterior, según el cual equidad tiene que ver no tanto con la igualdad de oportunidades iniciales entre hombres y mujeres como con la igualdad de resultados (meta que puede requerir acciones de discriminación positiva hacia las mujeres).

2. Definición que nos remite tanto a la habilidad de una persona o grupo para hacer que otros actúen en contra de sus deseos como a la capacidad que alguien tiene para sacar adelante sus propios intereses en contra de los intereses de otro, mediante la utilización de mecanismos tales como obligar, impedir, prohibir, reprimir, negar o invisibilizar los intereses de aquellos sobre los que se ejerce dominio.

3. Para un conocimiento exhaustivo de los conceptos, marcos analíticos e indicadores creados por la Planificación de Género, véanse Moser, C. (1995) y March, C. et al. (1999).

4. “La categoría género ha sido utilizada más como una herramienta

de análisis para hacer proyectos y definir indicadores que para identificar las inequidades entre hombres y mujeres, y trabajar por el empoderamiento de las mujeres […] Del análisis de las inequidades se pasó a la identificación de las 'especificidades' de cada género y así, cuando se formulan y ejecutan proyectos, se toman en cuenta las características de cada grupo, pero no se analiza en qué medida el proyecto está contribuyendo a eliminar las relaciones de poder o reforzando la desigualdad existente" (MUSAVIA, 1999).

5. Resolución del Consejo de 1995 sobre la integración de la perspectiva de género en la cooperación para el desarrollo y posterior desarrollo del Reglamento del Parlamento Europeo y del Consejo, en 1998 y abril de 2004.

Bibliografía

ACSUR-Las Segovias (2003): Género en la cooperación al desarrollo. Una mirada a la desigualdad, Madrid.

A

nderson

, J. (1992): Intereses o justicia. ¿Adónde va la discusión sobre la mujer y el desarrollo?, Entre Mujeres, Lima.

A

ntrobus

, P. (1989): "Gender Implications of the Development Crisis", en Beckford y Girvan (eds.), Development in Suspense, F. Ebert Stiftung/ACE, Kingston.

B

anco

M

undial

(1979): Recognizing the “Invisible” Woman in Development: The World Bank’s Experience, World Bank, Washington, DC.

B

anco

M

undial

(1995): Una mayor participación de la mujer en el desarrollo económico, World Bank, Washington, DC.

B

arrig,

M. (1998): “Mujer y desarrollo: nosotras no éramos todas”, Género en el estado, estado del género, Ediciones de las Mujeres, nº 27, ISIS Internacional, Santiago de Chile.

B

arrig,

M. y W

ehkamp,

A. (eds.) (1994): Sin morir en el intento. Experiencias de planificación de género en el desarrollo, Entre Mujeres-Novib, Lima.

B

atliwala

, S. (1997): “El significado del empoderamiento de las mujeres: nuevos conceptos desde la acción”, en M. León (comp.), Poder y

empoderamiento de las mujeres, TM Editores, Santafé de Bogotá.

B

eneria

, L. (2005): Género, desarrollo y globalización, Ed. Hacer, Barcelona.

B

eneria

, L. y S

en

, G. (1982): “Desigualdades de clase y de género y el rol de la mujer en el desarrollo económico: implicaciones teóricas y prácticas”, en M. León (ed.), Sociedad, subordinación y feminismo, ACEP, Santafé de Bogotá.

B

ifani,

P. (2002): “Globalización, género y proletarización”, en Gregorio y Agreda (eds.), Mujeres de un solo mundo: globalización y multiculturalismo, Universidad de Granada, Granada.

B

oserup

, E. (1993): La mujer y el desarrollo económico, Ed. Minerva, Madrid.

B

uvinic,

M. (1983): “Women’s issues in Third World poverty: a policy analysis”, Women and poverty in the Third World, John Hopkins

University Press, Baltimore.

CAD-OCDE (1983): Guiding Principles to Aid Agencies for Supporting the Role of Women in Development, MAE-AECID, Madrid.

— (1998): Directrices y guía de conceptos del CAD sobre igualdad entre mujeres y hombres, MAE-AECID, Madrid.

C

onsejo de

E

uropa

(1998): Mainstreaming de género. Marco conceptual, metodología y presentación de 'buenas prácticas'", Instituto de la Mujer, Madrid.

E

lson,

D. (1987): The impact of structural adjustment on women: concepts and issues, City University, Londres.

G

oetz

, A. M. (1995): "Institutionalizing Women's Interests and Gender-Sensitive Accountability in Development", IDS Bulletin, vol. 26, nº 3, 1995.

— (1997): Getting Institutions Right for Women in Development, Zed Books, Londres.

G

uzman

, V.; P

ortocarrero

, P. y V

argas

, V. (eds.) (1991): Una nueva lectura: Género en el desarrollo, Entre Mujeres-Flora Tristán Ed., Lima.

H

ayward

, C. R. (1998): “De-facing power”, Polity, vol. 31, pp. 22-34.

I

guiñiz

, J. (1998): “Desarrollo y experiencias de género. Apuntes desde la perspectiva de Sen”, en E. Largo (ed.), Género en el Estado. Estado del Género, Ediciones de las Mujeres, nº 27, ISIS Internacional, Santiago de Chile.

J

ackson

, C. (1996): “Rescuing Gender from the Poverty Trap”, World Development, vol. 24, nº 3, 1996.

J

ames,

W. (1999): “Empowering ambiguities”, en A. Cheater (comp.), The Anthropology of Power. Routledge, Londres.

J

aquette

, J. (1994): “Género y justicia en el desarrollo económico”,

Propuestas, nº 4, Entre Mujeres, Lima.

K

abeer,

N. (1994): “Gender-aware policy and planning: a social-relations perspective”, en M. MacDonald, (ed.), Gender Planning in Development Agencies, Oxfam, Oxford.

— (1998): Realidades trastocadas. Las jerarquías de género en el pensamiento del desarrollo, Paidós-UNAM, México.

— (1999): “The conditions and consequences of choice: Reflections on the measurement of women’s empowerment”, en Discussion Paper, 108, UNRISD, Ginebra.

— (1999): “Acción productiva, bienestar y desigualdad. Reflexiones sobre las dimensiones de género de la pobreza”, en López y Alcalde (coords.), Relaciones de género y desarrollo. Hacia la equidad de la cooperación, Los Libros de la Catarata-IUDC/UCM, Madrid.

K

err

, J. y S

weetman

, C. (eds.) (2003): Mujeres y desarrollo: respuestas a la globalización, Intermon-Oxfam, Barcelona.

L

as

D

ignas

(Mujeres por la Dignidad y la Vida) (1993): Los proyectos productivos y la autonomía económica de las mujeres, Las Dignas,

San Salvador.

L

eon,

M. (comp.) (1997): Poder y empoderamiento de las mujeres, TM Editores, Santafé de Bogotá.

L

ongwe

, S. H. (1991): “Gender Awareness: The Missing Element in the Third World Development Project”, en Wallace y March, Changing Perceptions: Writings on Gender and Development, OXFAM, Oxford.

L

ongwe,

S. H. y C

larke

, A. (1997): “El marco conceptual de igualdad y empoderamiento de las mujeres”, en M. León (comp.), Poder y empoderamiento de las mujeres, Tercer Mundo Editores, Santafé de Bogotá.

L

ópez

, C. (2006): “¿Hacia un cambio en la concepción del desarrollo o más de lo mismo?”, en X. Machicao, América Latina, un debate pendiente. Aportes a la economía y a la política con una visión de género, REPEM-DAWN-IFC, Montevideo.

L

ópez,

I. y A

lcalde

, A. R. (coords.) (1999): Relaciones de género y desarrollo. Hacia la equidad de la cooperación, IUDC/UCM, Madrid.

M

acdonald, M. (comp.) (1994): Gender Planning in Development Agencies, Oxfam, Oxford.

M

arch

, C.; S

myth

, I. y M

ukhopadhyay

, M. (1999): A Guide to Gender-Analysis Frameworks, OXFAM-UK, Oxford.

M

olyneux

, M. (1986): "¿Movilización sin emancipación? Intereses de la mujer, el Estado y la Revolución: el caso de Nicaragua", en Coraggio y Deere (coords.), La transición difícil: la autodeterminación de los pequeños países periféricos, Siglo XXI, México.

M

osedale,

S. (2003): "Towards a framework for assessing empowerment". Paper para la Conferencia Internacional New directions in Impact

Assessment for Development: Methods and Practice, Mánchester.

M

oser

, C. (1991): “La planificación de género en el Tercer Mundo: enfrentando las necesidades prácticas y estratégicas de género”, en Guzmán, Portocarrero y Vargas (comps), Una nueva lectura: Género en el Desarrollo, Entre Mujeres-Flora Tristán Ediciones, Lima.

— (1995): Planificación de género y desarrollo. Teoría, práctica y capacitación, Entre Mujeres-Flora Tristán Ed., Lima.

M

urguialday,

C. (1999): Mujeres y cooperación: de la invisibilidad a la equidad de género, Cuadernos Bakeaz, 35. Bakeaz, Bilbao.

— (2001): Diccionario de Acción Humanitaria y Cooperación al Desarrollo, Karlos Pérez de Armiño (dir.), Icaria-Hegoa, Bilbao.

— (2005): Las mujeres en la cooperación al desarrollo, Manuales de Formación en Cooperación al Desarrollo, Gobierno Vasco, Vitoria.

M

urguialday

, C. y V

ázquez

, N. (2006): Un paso más: evaluar el impacto de género, Cooperacció, 2ª edición revisada y aumentada en 2008, Barcelona.

M

usavia

(1999): Nosotras y la cooperación, Entre Pueblos, GVC, Terra

Nuova, San Salvador.

N

ussbaum,

M. C. (2002): Las mujeres y el desarrollo humano, Ed. Herder, Barcelona.

O

stergaard

, L. (1991): Género y desarrollo, Comisión de las Comunidades Europeas, Bruselas.

P

arpart

, J. (1994): "¿Quién es el 'otro'?: una crítica feminista postmoderna de la teoría y la práctica de Mujer y Desarrollo", Propuestas, nº 2, Entre Mujeres, Lima.

P

earson

, R. (1999): "El género cuenta en el desarrollo", en C. Carrasco (ed.), Mujeres y economía, Icaria, Barcelona.

PNUD (1995): Informe sobre Desarrollo Humano, PNUD, Nueva York.

P

royecto

P

roequidad

(1995): Herramientas para construir equidad entre mujeres y

hombres. Manual de Capacitación, GTZ-Departamento Nacional de Planeación, Santafé de Bogotá.

R

azavi

, S. y M

iller,

C. (1995): “From WID to GAD: Conceptual shifts in the Women and Development Discourse”, Occasional Paper, nº 1, UNRISD, Ginebra.

R

owlands,

J. (1997): “Empoderamiento y mujeres rurales en Honduras: un modelo para el desarrollo”, en León, M. (comp.), Poder y empoderamiento de las mujeres, TM Editores, Santafé de Bogotá.

R

uiz

B

ravo

, P. (2003): “De las propuestas de Mujer y Desarrollo a los estudios poscoloniales. Un balance para pensar los estudios sobre las mujeres rurales”.

S

en

, G. y G

rown,

C. (1988): Desarrollo, crisis y enfoques alternativos: perspectivas

para la mujer en el Tercer Mundo, El Colegio de México, PIEM, México.

T

inker

, I. (ed.) (1990): Persistent Inequalities: Women and World Development, Oxford University Press, Oxford.

UNICEF (1993): El ajuste invisible: mujeres pobres y crisis económica, UNICEF, Nueva York.

USAID (1982): Women in Development, USAID, Washington, DC.

W

hitehead

, A. (1979): "Some Preliminary Notes on the Subordination of Women", en K. Young (ed.), IDS Bulletin, vol. 10, nº 3.

W

ieringa

, S. (1998): "Rethinking Gender Planning: A Critical Discussion of the Use of the Concept of Gender". Working Papers, nº 279, Institute of Social Studies, La Haya.

Y

oung

, K. (1991): "Reflexiones sobre cómo enfrentar las necesidades de las mujeres", en Guzmán, Portocarrero y Vargas (comps.), Una Nueva Lectura: Género en el Desarrollo, Entre Mujeres, Lima.

— (1993): Planning Development with Women: Making a World of Difference, Macmillan, Londres.

— (1997): "El potencial transformador en las necesidades prácticas: empoderamiento colectivo y el proceso de planificación", en M.

León (comp.), Poder y empoderamiento de las mujeres, Tercer Mundo Editores, Santafé de Bogotá.

Z

abala

, I. (1999): “Un viaje a través del tiempo: 30 años de pensamiento económico feminista en torno al desarrollo”, en C. Carrasco (ed.), Mujeres y economía, Icaria, Barcelona.

CAPÍTULO 11

El etnodesarrollo: sus premisas jurídicas, políticas y de organización*

GUILLERMO BONFIL BATALLA**

Si por etnodesarrollo se entiende el ejercicio de la capacidad social de un pueblo para construir su futuro, aprovechando para ello las enseñanzas de su experiencia histórica y los recursos reales y potenciales de su cultura, de acuerdo con un proyecto que se defina según sus propios valores y aspiraciones; entonces, el proceso de etnodesarrollo exige el cumplimiento de un cierto número de condiciones o requisitos de diversa índole. Aquí se abordarán algunas de tales premisas, las que caen en el orden de lo jurídico y lo político, y las que atañen al ámbito de la organización social.

A manera de breve introducción cabe presentar un esquema que ayuda a entender los términos en que aquí se emplea la noción de cultura propia, que resulta fundamental en la discusión del proceso de etnodesarrollo.

Hay una vieja y recurrente polémica en torno a los criterios con que debe abordarse la temática de la cultura propia de cualquier sociedad. Los extremos irían desde quienes sostienen, desde la posición que llamaré etnográfica, que todos los rasgos culturales presentes en la vida de una comunidad humana deben ser entendidos como parte integrante de su cultura, hasta quienes afirman, con lo que llamaré un criterio histórico, que la auténtica cultura propia de un pueblo solo está formada por sus rasgos originales, tanto más auténticos cuanto más añejos. Estoy simplificando, obviamente; pero lo hago con el ánimo de destacar un elemento común a ambas posiciones extremas, que también está presente, de una u otra manera, en los puntos de vista intermedios: en todos los casos la cultura aparece como una categoría descriptiva.

Aun en tesis mucho más elaboradas y sagaces, como la de Gramsci sobre la cultura popular, se llega finalmente a una concepción

semejante: todo rasgo que expresa la cosmovisión de las clases subalternas forma parte de su cultura; al mismo tiempo, es a través del estudio e interpretación de esos rasgos como puede llegar a ser explícita la cosmovisión de las clases subalternas.

Propongo aquí introducir una dimensión diferente que, en mi opinión, contribuye sustancialmente a desembrollar el problema, al menos con vistas a la discusión del proceso de etnodesarrollo. Se trata de la noción de control cultural, que remite necesariamente al campo de lo político[1]. Por control cultural entiendo la capacidad social de decisión sobre los recursos culturales, es decir, sobre todos aquellos componentes de una cultura que deben ponerse en juego para identificar las necesidades, los problemas y las aspiraciones de la propia sociedad, e intentar satisfacerlas, resolverlos y cumplirlas.

En un plano hipotético cabrían dos situaciones límite en cuanto al grado de control que una sociedad ejerce sobre su cultura: en un extremo, el caso de un control absoluto, en el que la sociedad decide autónomamente sobre todos los ámbitos de su cultura; en el otro, el caso en que el control desaparece por completo (y seguramente también desaparece la sociedad como unidad social diferenciada). La realidad, por supuesto, nos presenta mayoritariamente situaciones intermedias en las que varía el grado y el ámbito del control cultural. Es pertinente subrayar que el control cultural, en tanto fenómeno social, es un proceso y no una situación estática; aunque para fines de descripción inicial se pueda analizar como un momento de la historia.

Al introducir la noción de control cultural resulta posible establecer una diferenciación en el seno de la totalidad cultural. Pero no una clasificación que se base en criterios descriptivos (vida material diferente a vida espiritual, organización social diferente a cultura) ni en categorías cerradas cuyos contenidos están preestablecidos (relaciones de producción diferente a superestructura), sino a partir de una dimensión política (capacidad de decisión) que refiere a relaciones dinámicas y admite contenidos diversos, no predeterminados, que solo es posible sustanciar en cada situación concreta.

Con el uso de la noción de control cultural se pueden distinguir, inicialmente, cuatro sectores dentro del conjunto total de una

cultura, como se esquematiza en el siguiente cuadro:

Recursos	Decisiones	
	Propias	Ajenas
Propios	Cultura autónoma	Cultura enajenada
Ajenos	Cultura apropiada	Cultura impuesta

Para mayor precisión conviene aclarar el sentido que se da aquí a algunos de los términos empleados en el esquema.

Recursos son todos los elementos de una cultura que son necesarios poner en juego para formular y realizar un propósito social. Sin ánimo de hacer una clasificación definitiva, pueden identificarse al menos cuatro grandes grupos de recursos: a) materiales, que incluyen los naturales y los transformados; b) de organización, como capacidad para lograr la participación social y vencer las resistencias; c) intelectuales, que son los conocimientos —formalizados o no— y las experiencias; d) simbólicos y emotivos: la subjetividad como recurso indispensable.

Decisión se entiende como autonomía, es decir, como la capacidad libre de un grupo social para optar entre diversas alternativas. Por supuesto, es necesario relativizar el concepto de libertad, que no debe entenderse en términos absolutos; pero esta cuestión merece discusión aparte.

Los aspectos que en el esquema caen en los rubros de cultura autónoma y cultura apropiada conforman un ámbito cualitativamente diferente de los que corresponden a la cultura enajenada y a la cultura impuesta. La diferencia radica en que los primeros quedan bajo control cultural de la sociedad, si bien en uno de ellos (la cultura apropiada) se utilizan recursos ajenos. Cultura autónoma y cultura apropiada integran lo que aquí llamaré cultura propia.

Volvamos ahora al proceso de etnodesarrollo. Resulta claro que cualquier proyecto de etnodesarrollo consistirá en una ampliación y consolidación de los ámbitos de la cultura propia, es decir, en el incremento de la capacidad de decisión del propio grupo social, tanto sobre sus recursos como sobre recursos ajenos de los que pueda apropiarse. Y, consecuentemente, el etnodesarrollo se traducirá en la reducción de los componentes enajenados e impuestos dentro de la totalidad cultural.

El problema queda planteado entonces en un nivel político: impulsar o crear las condiciones para el etnodesarrollo implica, fundamentalmente, fortalecer y ampliar la capacidad autónoma de decisión.

De lo anterior se desprenden dos gruesas líneas de acción: por una parte, la que buscaría aumentar la capacidad de decisión, recuperando recursos hoy enajenados (la tierra, el conocimiento de la historia, las tecnologías desplazadas) y fortaleciendo las formas de organización que permiten el ejercicio del control cultural; todo ello incide en un enriquecimiento de la cultura autónoma. En la segunda línea de acción, el objetivo sería aumentar la disponibilidad de recursos ajenos susceptibles de quedar bajo el control social del grupo: nuevas tecnologías, habilidades y conocimientos, formas de organización para la producción y la administración, etc.; se trata, entonces, de ampliar el sector de la cultura apropiada.

En este último proceso resulta indispensable alcanzar una adecuación real entre los contenidos de la cultura autónoma y los nuevos recursos que se proponen para enriquecer la cultura apropiada, porque solo de esa manera se puede garantizar el efectivo control de estos por el grupo social.

Por supuesto, que la dinámica de relación entre los cuatro sectores identificados dentro del conjunto cultural es mucho más compleja de lo que hasta aquí se ha planteado. El control puede ser total o parcial, directo o indirecto, absoluto o relativo, en referencia a cualquier acción cultural. Los procesos de resistencia, apropiación, enajenación e imposición se entrelazan en forma intrincada y variable según el momento de la correlación de fuerzas que los impulsan. Solo el análisis concreto de cada situación permite identificar los contenidos específicos de cada uno de los cuatro ámbitos culturales y diagnosticar las tendencias y, en consecuencia, el tipo de acciones capaces de reforzar la cultura propia y fundamentar el etnodesarrollo.

Lo que importa recalcar es que las relaciones entre estos ámbitos de la cultura son, en última instancia, relaciones sociales. Y no cualquier tipo de relaciones sociales, sino específicamente relaciones de poder. En efecto, el incremento de la cultura impuesta y de la cultura enajenada, visible hoy en muchas comunidades indígenas, no es el resultado de una confrontación entre elementos culturales, como frecuentemente se pretende hacer aparecer. Si se abandonan cultivos tradicionales de subsistencia (que son cultura

autónoma, porque los recursos son propios y sobre ellos se ejercen decisiones también propias, basadas en conocimientos, habilidades tecnológicas, formas de organización, hábitos de trabajo y de consumo, creencias y valores propios) por cultivos comerciales (que implican una cultura impuesta, porque ni los recursos —semillas, créditos, tecnología— ni la decisiones —precios, destino final, transformación industrial— están bajo control de la comunidad), este cambio no puede entenderse con base en la mera comparación, al valor relativo del cultivo tradicional de autoconsumo y el cultivo mercantil, sino a partir de las relaciones entre los grupos sociales que promueven una u otra de las alternativas; es decir, a partir de la fuerza que cada uno de ellos posee, de su poder político, de su capacidad de presión y de hegemonía. En este sentido, el etnodesarrollo consiste en un cambio de la correlación de fuerzas sociales, un cambio político que incline la balanza —hoy favorable a los intereses que impulsan los procesos de imposición y enajenación cultural— a favor de los grupos sociales que pugnan por el desarrollo de su cultura propia (etnias, regiones, localidades). La inversión del actual proceso cultural culminará solamente con la inversión, o al menos el equilibrio, de las fuerzas políticas que están en oposición: por una parte, los grupos con su cultura propia; por otra, los que tienden a enajenar esa cultura y a imponer una diferente.

Después de este planteamiento general, quizá demasiado abstracto, podemos llevar el argumento a la discusión de algunas premisas concretas que se desprenden como requisito para lograr el etnodesarrollo en los campos político, jurídico y de organización social.

La primera condición, la de mayor envergadura y trascendencia, consiste en el reconocimiento de los diversos grupos étnicos como unidades políticas en el seno de los Estados nacionales de los que hoy forman partes no diferenciadas.

Una vieja tradición liberal que está en los orígenes de los Estados latinoamericanos y una concepción napoleónica del Estado condujeron a la negación de una personalidad política propia a los pueblos indios en la coyuntura histórica de la independencia. Se creyó, en los mejores momentos del pensamiento liberal, que la

asignación del estatuto de ciudadano a cada individuo garantizaba por sí misma la realización de un proyecto democrático; y se concibió, en consecuencia, que la pluralidad cultural, la presencia de identidades diversas, la existencia de grupos sociales organizados de diferente manera ("corporaciones", en el lenguaje liberal), resultaban no solo ajenas, sino contrarias a la consolidación nacional, a la justicia, a la libertad y a la democracia. Los resultados fueron catastróficos para la población india. La independencia política de los Estados latinoamericanos no corrigió, en lo interno, muchos problemas básicos que acarreaban los pueblos indios desde la instauración del régimen colonial, y en cambio sí generó una nueva embestida en gran escala contra las tierras, las formas de organización y las identidades sociales de las comunidades étnicas.

Aunque la situación actual varía sensiblemente de país a país, hay un rasgo común que caracteriza a la generalidad de la población india de América Latina: el hecho de que estos grupos sociales no son reconocidos como entidades diferenciadas dentro de la organización del Estado. Se les reconoce, en algunos casos, ciertos derechos a la tierra (en los resguardos de Colombia, las tierras comunales de México, los parques nacionales de Brasil o las comunidades nativas de la selva peruana); todo esto bajo un régimen jurídico no generalizado, con dotaciones insuficientes, a veces puramente virtuales y siempre bajo la amenaza cierta de invasiones y expropiaciones. Hay también, en países como Brasil, estatutos jurídicos especiales para la población india, que pretenden asegurar su protección colocándolos bajo la tutela del Estado en una condición semejante a la de los menores de edad. El único caso de reconocimiento jurídico político de un pueblo indio es el de los kuna o tule, a quienes el Gobierno panameño reconoce derechos territoriales, políticos y de organización interna, en tanto segmento diferenciado de la población del país.

La situación jurídica y administrativa referida a los derechos políticos de los pueblos indios, en cuanto a tales, se agrava por la imposición de divisiones territoriales que fragmentan a los territorios étnicos e imposibilitan la restitución de las unidades sociopolíticas de muchos grupos étnicos. Un mismo pueblo resulta así dividido en varios municipios, estados, departamentos o cantones; y, en ciertos casos, está cortado por fronteras

internacionales (los pápago, entre México y EE UU; los mam, entre Guatemala y México; los guajiros, entre Venezuela y Colombia; los shuar, entre Perú y Ecuador; los quechuas, entre cinco o seis países de la región andina, y los mapuche, entre Argentina y Chile). En un nivel político, más allá de las reservas, los resguardos o las tierras comunales, la división político administrativa de los territorios étnicos se expresa como una realidad impuesta y mantenida por los colonizadores en detrimento de la unidad interna (histórica) de los pueblos indios, de sus posibilidades de organización y desarrollo, de sus propios perfiles civilizatorios. Porque en este contexto la tierra es más que un recurso económico fundamental para la sobrevivencia biológica: es un territorio vinculado específicamente a cada pueblo por la historia y la cultura (una cultura y una historia incomprensible sin la referencia precisa a ese territorio).

El control de los recursos culturales, el fortalecimiento de la cultura autónoma a que aspira cualquier proyecto de etnodesarrollo pasa, indispensablemente, por la restitución y garantía de los territorios étnicos. Pero la constitución de un territorio étnico va más allá del trazo de nuevos perímetros sobre un mapa: implica el reconocimiento de que ese territorio es de un pueblo y, por tanto, conlleva la decisión de aceptar a ese pueblo como una unidad social, jurídica y política, capaz de ejercer decisiones sustantivas sobre ese territorio. De ahí la ineludible premisa del reconocimiento político de los pueblos indios.

Es difícil generalizar, si se desea formular proposiciones viables para una problemática tan compleja y variada como la que presentan los grupos étnicos en la región latinoamericana. No es lo mismo hablar de Bolivia, con un 80 u 85 por ciento de población india, que de Brasil, con un 0,2 por ciento. Hay países, como México, en los que si bien la población india es minoritaria a escala nacional, resulta abrumadoramente mayoritaria en ciertas regiones, lo que abre posibilidades de reestructuración de las divisiones territoriales para que correspondan mejor a las características reales de las sociedades regionales. Las formas de reconocimiento y legitimación jurídica de las sociedades indias, como unidades políticas, seguramente variarán en cada caso.

Cuando hablamos de reconocimiento político estamos hablando,

necesariamente, de autogestión. Pero los ámbitos autogestionados y el grado de autonomía con que se ejerza la autogestión al iniciarse el proceso de etnodesarrollo son cuestiones que requieren la evaluación cuidadosa de diversos factores. Para fines de esta discusión, asumiremos que existe la voluntad y la decisión política gubernamental para impulsar el etnodesarrollo; esta es una premisa que no se cumple hoy en los Estados latinoamericanos, pero sin ella resulta virtualmente imposible proponer medidas para la planeación de este proceso, el cual ocurrirá entonces por caminos difíciles de predecir, pero que muy probablemente serán violentos.

La capacidad potencial para la autogestión está relacionada directamente con la existencia de formas propias de organización social que funcionen en el seno de la comunidad étnica. La noción de formas propias de organización tiene el mismo sentido que la noción de cultura propia; es decir, se refiere a las formas de organización social que están bajo el control cultural del grupo en cuestión, independientemente de su origen histórico. La organización del trabajo doméstico, los mecanismos de socialización y endoculturación, las formas de trabajo colectivo y cooperativo, las instituciones del gobierno local tradicional, el desempeño de los especialistas en diversas técnicas y conocimientos se cuentan entre los recursos de organización que muchos grupos mantienen como parte de su cultura propia. Es a partir de la actividad de esas instancias organizativas como puede impulsarse un proceso real de etnodesarrollo: legitimándolas, consolidando y ampliando progresivamente sus campos de control cultural, favoreciendo la creación de niveles más complejos de organización (por ejemplo, trascendiendo los marcos locales de organización y propiciando relaciones a escala de todo el grupo étnico) y usando las existentes como estímulos para la generación de nuevas formas de organización capaces de controlar eficazmente otros campos culturales que, en un momento dado, permanecen al margen de la cultura propia.

Innovación y tradición no son tendencias esencialmente opuestas. Menos aún cuando la tradición ha consistido en un proceso incesante de ajustes, adaptaciones e innovaciones que han hecho posible la supervivencia de un pueblo, como es el caso de la cultura tradicional de las comunidades indias. Esta cultura, en efecto, pese

a su apariencia estática (más un concepto ideológico creado como justificación de la dominación que una realidad histórica) es la resultante de la lucha ancestral de los pueblos indios para resistir a la dominación, para mantenerse al margen de los diversos mecanismos de explotación que se intenta imponerles, o para encontrar, en última instancia, las formas de coexistencia menos arriesgadas que permitan, a pesar de todo, asegurar la reproducción del grupo como unidad social diferenciada. Anoto lo anterior solo con la intención de mostrar que la proposición de apoyar el proceso de etnodesarrollo en las formas de organización propias, frecuentemente identificadas como tradicionales, no significa rechazar la innovación ni privilegiar las formas "tradicionales" como las únicas válidas o permanentes. Se afirma, por el contrario, que toda cultura —la propia, en primer término— es dinámica, cambiante dentro de ciertos parámetros y conforme a ciertos ritmos, y que en el proceso de etnodesarrollo se busca precisamente generar las condiciones que permitan la creatividad y la innovación, tanto mediante el desarrollo de la cultura autónoma como a través del enriquecimiento de la cultura apropiada. Si se insiste en la conveniencia de iniciar el proceso apoyándolo en la legitimación y el reforzamiento de las formas de organización ya existentes, es porque ese camino consolida en primer lugar la cultura propia, que es la que habrá de desarrollarse. En el campo de lo subjetivo, el reconocimiento de esas formas "tradicionales", cuya validez y utilidad han sido sistemáticamente negadas, aportará un elemento de confianza en las capacidades endógenas que resulta indispensable en todo proyecto de etnodesarrollo.

La creación de condiciones para el etnodesarrollo, en términos de organización social, jurídicos y políticos, exige la capacitación de cuadros procedentes del propio grupo. Este es un proceso complejo, porque la estructura de dominación y el etnocentrismo occidental han impuesto como la forma superior de capacitación aquella que logra, en última instancia, la transformación de los individuos capacitados en repetidores más o menos fidedignos de las ideas, los valores, las técnicas y, en general, los modelos de vida del sector dominante. Esa es, al menos, la realidad de muchos programas encaminados a formar "agentes del cambio". El etnodesarrollo, evidentemente, requiere otro tipo de cuadros, capaces de emprender la tarea de la descolonización cultural y,

simultáneamente, impulsar la actualización de la cultura propia. Estos nuevos cuadros no pueden ser individuos desarraigados de su grupo de origen, prejuiciados contra su cultura, imitadores serviles de formas y experiencias ajenas. Por el contrario: estos cuadros (los —intelectuales orgánicos— de los pueblos indios, si se quiere decir así) deberán capacitarse a partir de su propia cultura, en el conocimiento de su verdadera historia, valorando sus propios recursos; y también, por supuesto, deberán adquirir conocimiento de los que ellos y sus pueblos puedan apropiarse, y que hoy pertenecen solo a otras clases y a otros pueblos como un resultado más de la concentración de riqueza (en su sentido más amplio), que fue posible merced al colonialismo. Esto implica programas de capacitación imaginativos, que requieren la participación real y constante de los propios pueblos indios; programas que no acepten mecánicamente y sin crítica alguna las normas y los procedimientos de la educación escolar establecida y que conciban el conocimiento y la experiencia de la cultura propia como un recurso fundamental a desarrollar, y no como un obstáculo a vencer. Hay, en este sentido, varias experiencias recientes que pueden aportar enseñanzas útiles[2].

Tampoco la formación de nuevos cuadros, capacitados para el mejor manejo de los asuntos al interior y hacia el exterior del propio grupo étnico, conlleva necesariamente la disyuntiva entre lo "nuevo" o "moderno" y lo "tradicional". En términos de los sistemas de autoridad y gobierno interno, por ejemplo, es perfectamente posible la compatibilidad entre las instituciones propias ya establecidas y la generación paulatina, hecha por el propio grupo social, de espacios institucionales nuevos para el desempeño del nuevo tipo de cuadros que se requieren para los diversos campos de la autogestión. Es decir, que se pueden legitimar y aceptar jurídicamente las formas tradicionales de gobierno local y/o regional, sin que ello implique cerrar las puertas a especialistas del propio grupo que hoy no existen debido a la condición subalterna y, en muchos casos, clandestina que guardan las formas de organización social indígena. Al discutir este punto, frecuentemente aparecen las visiones colonizadas que niegan a priori la capacidad de los pueblos indios para transformar su propia organización y su cultura propia a fin de actualizarlas; y tras esta visión ideologizada, la secuela de planes autoritarios o paternalistas que pretenden

resolver desde afuera y por arriba problemas que frecuentemente no existen, o que se resolverían con mucha mayor facilidad cuando las decisiones estén plenamente en manos de los propios pueblos indios.

El problema del idioma merece algunas consideraciones particulares. Pese a que se reconoce en forma generalizada la importancia de la lengua como vehículo de comunicación, como universo simbólico fundamental y como sistema consustancial del pensamiento (no es mera forma externa del pensamiento: es el pensamiento mismo), en América Latina perdura una visión prejuiciada sobre las lenguas indígenas entre grandes sectores de las sociedades dominantes. Esta ideología colonialista se expresa en diversos niveles: desde el lenguaje popular cotidiano, aferrado en llamar "dialectos", con un sentido claramente peyorativo, a las lenguas indias, hasta la negativa sistemática de los organismos públicos a oficializar el uso de esas lenguas, a enseñarlas como lengua materna en las escuelas correspondientes y a permitir su empleo libre en los medios de comunicación social masiva. Hasta la utilización de palabras de origen indio, castellanizadas en algunos casos desde hace siglos e incorporadas plenamente en el habla nacional, llega a ser combatida como "corrupción del idioma nacional" y estigmatizada como lenguaje socialmente "bajo" (de "nacos", de "indios"). La reducción del número o del porcentaje de hablantes de lenguas indígenas, aunque a veces no pase de ser una intencionada mentira estadística, se despliega como un logro educativo y se anuncia, con timbres de orgullo, como una prueba de avance y progreso la maciza, perenne presencia de la dicotomía colonial entre civilización y barbarie.

No parece necesario argumentar aquí a favor de las lenguas indígenas; son los mismos argumentos que justifican el derecho de cualquier sociedad a emplear y enriquecer su propio idioma, su propio pensamiento. La consecuencia es evidente e inevitable: en el orden jurídico, la necesidad de reconocer oficialmente y darles pleno valor legal a todas las lenguas de los pueblos indios; en el orden político, la obligación de abrir espacios para el ejercicio real de esas lenguas en un plano de igualdad esencial frente al idioma mayoritario o dominante; en el orden de organización, las modificaciones correspondientes en los sistemas escolares, en el

manejo de los medios de comunicación y en todos los ámbitos institucionales en los que el empleo de las lenguas indígenas resulta necesario.

Siguiendo el hilo de estos planteamientos podríamos abordar muchos otros aspectos; sin embargo, creo que los temas centrales ya han sido tocados y que debo emplear las últimas páginas para intentar un resumen de estas ideas, ya de por sí muy condensadas en la exposición.

El etnodesarrollo puede entenderse como la capacidad autónoma de una sociedad culturalmente diferenciada para guiar su propio desarrollo. Esa capacidad autónoma, en macrosociedades complejas y plurales como las que integran la América Latina de hoy, solo puede alcanzarse si esas sociedades (en este caso, los pueblos indios) constituyen unidades políticas con posibilidad real de autodeterminación, es decir, de gobernarse a sí mismas, de tomar sus propias decisiones en una serie de asuntos que constituyen el ámbito de su etnodesarrollo o, en otras palabras, la ampliación de su cultura propia, tanto en su modalidad autónoma como en la apropiada. El ejercicio de la autodeterminación, cualquiera que sea el nivel que se considere, implica alguna forma de organización del poder, lo que significa la constitución del grupo étnico como unidad político-administrativa, con autoridad sobre un territorio definido y con capacidades de decisión en los ámbitos que constituyen su proyecto de desarrollo. Dado que en los países latinoamericanos, salvo excepciones contadas, los pueblos indios no han sido reconocidos como unidades político-administrativas integrantes del Estado, ese reconocimiento se plantea como una primera condición jurídica y política del etnodesarrollo. Las modalidades que pueden revestir ese reconocimiento y los alcances de las capacidades jurídicas de autogestión que implica variarán, seguramente, de acuerdo a las condiciones concretas de cada caso; sin embargo, en esta materia el proyecto deseable deberá comprender un proceso de creciente autonomía.

La legitimación de los grupos étnicos como unidades político-administrativas diferenciadas se traduce, necesariamente, en el reconocimiento jurídico de sus propias formas de organización interna, se refieran estas al gobierno local, al trabajo productivo, a

la vida comunal y familiar o a los ámbitos de expresión simbólica. Todas estas instituciones y formas de organización de la vida social encarnan un conjunto de normas que usualmente se engloban bajo el término de "derecho consuetudinario"; tal cuerpo normativo es inseparable de la vida propia de cada sociedad, por lo que su vigencia y su legitimación por parte de un Estado multiétnico se convierte, también, en un requisito para el etnodesarrollo. La posibilidad de que el derecho consuetudinario de cada pueblo sea compatible con las normas constitucionales del Estado del que forma parte podría ensancharse si esa compatibilidad se entiende en términos del espíritu de las leyes estatales y no con apego formal a su letra. Todo esto supone un orden constitucional en plena vigencia, lo que, por cierto, no es el caso en muchos países de la región.

El problema lingüístico exige una atención prioritaria. La oficialización de todas las lenguas y la creación, por parte del Estado, de las condiciones que hagan posible la libertad lingüística (es decir: la posibilidad de que cada comunidad y también cada individuo pueda optar, sin condicionantes impuestos, por usar su lengua materna o la lengua de relación que emplea un Estado pluriétnico) son medidas fundamentales para hacer viable cualquier proyecto de etnodesarollo. Dada la condición subalterna, clandestina en muchos casos, en que se ejerce actualmente el derecho a usar la lengua materna entre la población india, la creación de condiciones de igualdad frente al idioma decretado como nacional exige esfuerzos considerables para hacer posible el desarrollo real de esos "lenguajes prohibidos". Si bien no hay diferencias cualitativas sustanciales entre el idioma nacional y los idiomas indígenas, sí hay una condición social radicalmente diferente, por lo que resulta indispensable eliminar esa desigualdad mediante acciones que estimulen efectivamente a las lenguas indias. Esas acciones se ubican de manera central en los terrenos de la educación y de la comunicación social.

El arranque de un proceso de etnodesarrollo demanda la capacitación de cuadros especializados dentro de los propios grupos étnicos. El papel central de estos nuevos especialistas consiste en contribuir a conocer y ampliar los contenidos de la cultura autónoma de sus pueblos y en participar de manera activa en el

proceso de selección crítica y adecuación de elementos culturales ajenos que deban incorporarse al ámbito de la cultura apropiada. Por ello, los programas de capacitación deberán diseñarse cuidadosamente a fin de asegurar que la base de la formación sea la cultura propia y, en torno a ella, pero nunca en lugar de ella, incluya los conocimientos y prácticas ajenos que resulten necesarios para formar un personal de enlace entre la cultura propia y la universal. Una capacitación desindianizante significa la negación de cualquier proyecto de etnodesarrollo.

Finalmente, agrego una consideración de orden general. La planeación y la instrumentación de un programa de etnodesarrollo debe ser, por definición, asunto interno de cada pueblo. La función del Estado a través de sus diversas agencias, de los expertos, o de personas interesadas simplemente en apoyar la vía del etnodesarrollo, no consiste en definir este ni en llevarlo a cabo, sino en contribuir a crear las condiciones que lo hagan posible. Esto significa transformar radicalmente el contexto social, económico, político e ideológico de las sociedades latinoamericanas que han impedido el florecimiento de las capacidades civilizatorias de los pueblos indios.

Notas

* Este texto fue publicado en América Latina: etnodesarrollo y etnocidio, Ediciones Flacso, Francisco Rojas Aravena, San José, Costa Rica, 1982, pp. 131-145.

** Guillermo Bonfil (Ciudad de México 1935-1991), etnólogo y antropólogo mexicano. Fue director del Instituto Nacional de Antropología e Historia, y experto reconocido en el estudio de los pueblos indígenas de América Latina.

1. Discuto con mayor amplitud esos problemas en el ensayo “Lo propio y lo ajeno”, en Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales (en prensa).

2. En el caso de México, por ejemplo, el Programa de Formación Profesional de Etnolingüistas (SEP-INI-CIESAS) y los cursos de capacitación de promotores culturales (DGCP-SEP).

CAPÍtuLO 12

AUTODESARROLLO: UNA ALTERNATIVA AL 'IMPASSE'*

Andrew Gray**

Solo quiero continuar trabajando oro con mis parientes políticos y tener una esposa que se encargue de producir en las chacras. Necesito carne de monte para alimentar a la parentela. Queremos beber nuestra chicha los fines de semana y disfrutar la vida. Pero los foráneos toman nuestro oro, agotan los animales y roban nuestras mujeres. Los colonos nos impiden seguir nuestras vidas como nosotros las queremos.

Un viejo arakmbut hizo esta declaración en un encuentro comunal en mayo de 1992, que los adultos de San José habían convocado para debatir su futuro. La constante opresión de la colonización de sus tierras ha llevado a los arakmbut a albergar un sentimiento de desesperación por su futuro. Aun cuando ellos son ampliamente autogobernados en términos de toma de decisiones y de solución de conflictos, su soberanía decrece conforme su dominio sobre su territorio se vuelva más débil. Quieren asegurar el acceso a sus recursos, sean carne, cosechas u oro; sin embargo, la avalancha del oro y el proceso de colonización significan que el territorio sobre el cual los arakmbut tienen control se está restringiendo crecientemente.

Cuando los arakmbut debatieron sus visiones sobre el futuro en la reunión de mayo estaban entrando en una discusión acerca de temas de desarrollo. Estas visiones son, a primera vista, contradictorias. Todos los arakmbut han concordado con los sentimientos del viejo antes citado, que argumenta por un futuro que refuerce un estilo de vida tranquilo y pleno, sin interferencia de los colonos. Al mismo tiempo, varios arakmbut expusieron claramente en ese mismo encuentro que querían beneficiarse de ventajas similares a las de los colonos que vivían en el asentamiento de Boca Colorado. Un hombre argumentó esto con claridad: "¿Por qué los wahaipis de Boca Colorado deben ser las únicas personas

con electricidad en el distrito? ¿Por qué ellos reclaman agua potable canalizada segura cuando nosotros tenemos que ir al río bajando una ladera embarrada? ¿Por qué nosotros no tenemos una antena parabólica para mirar televisión cuando hasta los sacerdotes de Shintuya han comprado televisión para la comunidad?".

Los arakmbut no consideran contradictorios estos puntos de vista, sino que quieren combinar los aspectos positivos de su propio estilo de vida con los de los colonos. El conflicto surge entre los arakmbut, que quieren controlar su destino a través de sus propias formas de gobernanza, y los colonos, cuyos estilos de vida están basados en la maximización y extracción indiscriminada de recursos. Estas ideologías constituyen una justificación regular para la discriminación contra los arakmbut.

Casi todos los problemas que enfrentan los arakmbut se originan en las iniciativas externas de desarrollo que surgen de los intereses auspiciados por el Estado y las fuerzas de mercado incontroladas de la frontera de colonización[1]. La presion sobre los recursos de los arakmbut creció con la avalancha del oro de fines de los setenta. Gradualmente, durante los últimos quince años, la intervención estatal corporativa y el control de las fuerzas de mercado, que ha sido la ideología de desarrollo dominante desde el tiempo de presidente Velasco, han sido cada vez más opacadas por la influencia de la economía neoliberal.

Esta reestructuración neoliberal del capitalismo peruano, promovida por el presidente Fujimori, ha puesto un fuerte énfasis en la empresa. Utilizando los principios del libre mercado y la mínima intervención estatal, la idea ha sido dejar que los mercados diseñen el desarrollo económico a través de la competencia. Sin embargo, en países como Perú los mercados son tan fragmentados y la competencia tan limitada que los efectos de la economía neoliberal refuerzan sus aspectos destructivos, tales como el alto desempleo, el aumento de la pobreza y la desigualdad, los verdaderos males que se supone que el desarrollo económico aliviará.

Una de las razones para el cambio reciente de las fuerzas de mercado ha sido la crisis de la deuda, que coloca al Estado peruano en una posición de dependencia respecto a instituciones

internacionales como el Fondo Monetario Internacional, que firmemente promueve la economía neoliberal. Se ha vuelto tan común este fenómeno en América Latina que la década de 1980 fue considerada en términos de desarrollo como la década perdida (Escobar, 1995a). Las políticas de desarrollo del Gobierno peruano están atadas por sus desiguales obligaciones de deuda, y cuanto más menesteroso se vuelva el Estado más buscará recursos en las regiones más distantes del país para servir su deuda, donde pueblos indígenas como el arakmbut tienen sus territorios (Gray, 1995b: 238). Las recientes leyes de minería y de tierras abren los territorios indígenas para ser explotados por compañías auríferas y petroleras a la vez que ofrecen las tierras del bosque tropical al mejor postor.

Sin embargo, a pesar de la dependencia internacional en la ideología del laissez faire, la ayuda para el desarrollo de ninguna manera está muerta en Perú; existe en forma de proyectos económicos y sociales firmemente atados en la política económica de instituciones multinacionales, tales como el Banco Mundial, agencias nacionales de desarrollo y organizaciones no gubernamentales (Cassen, 1994: 2). El desarrollo es un concepto que está vinculado a un pensamiento centrado en el Estado (Hettne, op. cit.: 22) y la mayoría de la ayuda para el desarrollo que llega al Perú pasa a través del Gobierno. Las iniciativas de desarrollo hechas por los colonos de Boca Colorado, por ejemplo, buscan todas apoyo del Estado peruano.

Perú es ilustrativo de cómo hay cambios constantes entre los polos de desarrollo del Estado y el mercado (Hettne, 1995: 9)[2]. Esto tiene implicaciones importantes para los pueblos indígenas que se encuentran capturados entre estas dos fuerzas. Demasiada intervención estatal puede ser desastrosa para los pueblos indígenas, como lo puede ser la promoción irrestricta del mercado libre de la colonización, porque cualquier iniciativa que no tiene ni el consenso ni el control de los pueblos indígenas es efectivamente una invasión de su territorio. En consecuencia, no es sorprendente que muchos pueblos indígenas consideren que el desarrollo no es tanto una solución, sino parte del problema [...]

¿Desarrollo alternativo o no desarrollo?

La diferencia de perspectiva entre los puntos de vista de colonos e indígenas refleja las crisis de interpretación que han plagado el trabajo de desarrollo en los años recientes. Los escritores sobre el desarrollo han reconocido un impasse o crisis en los estudios de desarrollo desde los años ochenta (Schuurman, 1993: 10; Escobar, 1995a: 212; Leys, 1996: 19). Sin embargo, antes que una victoria del neoliberalismo sobre el desarrollo controlado, el impasse ha consistido en una dispersión de la noción de desarrollo en varias áreas diferentes, que con frecuencia los escritores difícilmente combinan.

Sin embargo, la mayoría de enfoques sobre el desarrollo económico parecen de larga escala desde la perspectiva de los pueblos indígenas. Antes de tomar al Estado y a los mercados como puntos de partida para el desarrollo, el autodesarrollo de los indígenas funciona sobre la base de un programa "alternativo" u "otro desarrollo", como lo llama Hettne (1982: 75). El desarrollo frecuentemente es percibido como negativo por los pueblos indígenas, quienes lo asocian exclusivamente con los modelos político-económicos de crecimiento orientados por el Estado o como la justificación para la extracción neocolonial de recursos de sus territorios. Empero, puede aportar recursos muy necesarios para proteger y promover sus derechos. Así, el desarrollo es una espada de doble filo que puede, a la vez, amenazar y ofrecer un futuro para los pueblos indígenas.

En respuesta, algunos pueblos indígenas que aceptan la noción de desarrollo prefieren el concepto de "autodesarrollo" para referirse a la autodefensa contra la interferencia de modelos ajenos. Esta es una forma indígena de desarrollo alternativo u "otro desarrollo" que Hettne (1982) basa sobre la Declaración de Cocoyoc (1974) orientado a la necesidad, endógeno, autodependiente, ecológicamente sano y basado en la transformación estructural. La autodependencia es un logro importante de propósitos del desarrollo alternativo[3]. Adicionalmente a esta, sin embargo, la escala de desarrollo es un tema importante. El objetivo original del

desarrollo alternativo fue buscar maneras prácticas para romper con las ataduras de la dependencia. Por esta razón, las organizaciones no gubernamentales y las pequeñas agencias de desarrollo comenzaron a orientarse hacia proyectos que tenían en cuenta las implicaciones locales del trabajo del desarrollo, antes que los enfoques estatales de nivel macro.

Durante los años de 1980, cuando el enfoque neoliberal sobre el desarrollo comenzó a dominar en los países en desarrollo, los enfoques alternativos sobre el tema también se volvieron más destacados para contrarrestar la tendencia del laisez faire. La publicación del informe de la Comisión Mundial sobre Ambiente y Desarrollo (CMAD), "Nuestro Futuro Común" (1986: 43), sostuvo el concepto de desarrollo sustentable, que es "aquel que satisfaga las necesidades del presente sin comprometer la capacidad de las futuras generaciones para satisfacer las propias". Este concepto de sustentabilidad es visto como un movimiento hacia el desarrollo alternativo. Sin embargo, el concepto ha sido utilizado de forma laxa en el debate sobre el desarrollo y no puede ser reclamado exclusivamente por los modelos de desarrollo alternativos (Adams, 1995: 99).

Los pueblos indígenas aportan muchos ejemplos para un debate sobre el desarrollo alternativo. Viviendo predominantemente en áreas rurales, apuntan hacia una combinación de proyectos de pequeña escala, multidimensionales, con sensibilidad ambiental, protección cultural y economías sustentables:

Lo que los pueblos indígenas están presentando es un desarrollo alternativo [...] El concepto alternativo significa que los pueblos indígenas pueden volverse autosostenidos, pero no hasta que ellos mismos se sientan capaces de hacerlo. La idea no sería la de privatización de las economías indígenas rurales, sino de desarrollos colectivos o comunales que estén determinados por los beneficiarios, que se convierten en sujetos, no en objetos de desarrollo (Henriksen, 1989: 15-16).

Desde 1990 ha surgido un intenso debate dentro del esquema del desarrollo indígena. La noción original de desarrollo indígena como

alternativa implicaba un proceso de autoconfianza basado en la consolidación territorial y la producción culturalmente apropiada, que podría asegurar la sostenibilidad de las comunidades indígenas. En contraste con esta posición ha aparecido una filosofía de desarrollo para los pueblos indígenas que está basada en la economía de mercado.

Este debate de desarrollo recuerda el que tuvo lugar entre los ecologistas en los años ochenta. En contraste con el enfoque de la autodependencia, surgió un grupo de "capitalistas verdes" (Elkington y Burke, 1989). La idea de esta filosofía es utilizar la potencialidad de la industria de hacer dinero para proteger el medio ambiente. Llevado al campo indígena, esto aparece en forma de iniciativas como la de Rainforest Harvest (Counsell y Rice, 1992), mediante la cual los pueblos indígenas recogen sus cosechas y las venden a compañías internacionales. Esto aporta beneficios a las compañías (como Body Shop o Cultural Survival Enterprises) y dinero a los pueblos indígenas.

Ha surgido mucho escepticismo en el debate entre la concepción del desarrollo indígena basado en la autodependencia y la producción de mercado como forma de desarrollo[4]. La diferencia entre los comercializadores y los que abogan por un autodesarrollo indígena surge de dos puntos en contraste. Las "posiciones de mercado" sostienen que los pueblos indígenas necesitan dinero para escapar de sus problemas, y que su integración dentro de entidades socioeconómicas más amplias asegurará su protección en el futuro. La consolidación territorial es importante, aunque secundaria. Quienes se oponen a esta visión son críticos con la idea de que la integración y la inversión solucionarán los problemas de los pueblos indígenas. Además, consideran que los mercados, que están fuera del control de los pueblos indígenas, los llevarán hacia una mayor dependencia.

El debate actual le ha dado un giro completo al argumento del desarrollo alternativo. Han surgido nuevas versiones de las teorías de la modernización y de la dependencia dentro del enfoque del "desarrollo alternativo". Quienes apoyan la idea de la integración de los pueblos indígenas dentro de la economía de mercado están ampliamente alineados con los defensores de la modernización que confían en los mercados y en la inversión; en contraste, la posición

antimercado parte del hecho de que los pueblos indígenas están capturados en una relación colonial con el Estado-nación en la cual viven y que el desarrollo debería estar orientado a apoyar la mayor libertad posible respecto a los lazos de dependencia. Esto significaría que los pueblos indígenas y el Estado establecieran una relación mutuamente beneficiosa.

Otra opción para los pueblos indígenas es buscar alternativas al desarrollo, antes que desarrollo alternativo (Escobar, 1995b). Para pueblos indígenas como los arakmbut este debate toma dos formas. Significa oponerse a las definiciones hegemónicas de desarrollo, tanto en la teoría como en la práctica, mientras que se establecen categorías de desarrollo que no están basadas sobre modelos de crecimiento económico, sino en sus propias necesidades socioculturales. Los arakmbut aportan dos maneras de considerar el desarrollo que desafían estas formas controladas por el Estado o basadas en las fuerzas del mercado. Su desarrollo culturalmente fundado, autocontrolado, bien podría ser considerado como una forma alternativa localizada de "otro desarrollo", que prescinde del Estado por completo (Hettne, op. cit.: 162); alternativamente, el concepto arakmbut del desarrollo puede ser tomado como un rechazo del paradigma mismo del desarrollo: "No alternativas de desarrollo, sino alternativas al desarrollo" que surjan desde dentro del movimiento indígena (Escobar, 1995b: 219; Schuurman, 1993b). Estos enfoques no son mutuamente excluyentes, sino que, para los arakmbut, coexisten simultáneamente [...]

Autodesarrollo entre los arakmbut

Para muchos pueblos indígenas la noción de desarrollo es en sí misma un problema. Desarrollo implica movimiento hacia algo y usualmente alguna connotación de "crecimiento". Con relación a las sociedades, el crecimiento es considerado principalmente como un concepto económico y demasiado frecuentemente el desarrollo es considerado en términos económicos.

El autodesarrollo indígena es un fenómeno total que no puede ser definido solo en términos económicos, políticos o culturales. Como todas las formaciones socioculturales indígenas, el autodesarrollo indígena tiene que ser visto como un todo que cubre muchas áreas diferentes. A menos que los términos del desarrollo sean definidos por la misma gente, no habrá autodesarrollo (Henriksen, 1989: 14).

Esta cita es muy relevante para el enfoque arakmbut de las cuestiones de desarrollo. Entre 1991 y 1992 tuve varios largos encuentros públicos con los arakmbut de San José, en los cuales se expresaron los comentarios que están en las siguientes páginas. Los arakmbut no tienen una palabra para "desarrollo" en su lengua. Dos conceptos relevantes demuestran que su propia idea de "desarrollo", culturalmente definido, está afuera del esquema occidental de progreso y generación. El primer concepto es el del "tiempo". Las nociones de los arakmbut sobre el tiempo han sido debatidas en detalle anteriormente. Es particularmente relevante en este contexto el hecho de que para los arakmbut el tiempo no fluye como lo hace en el pensamiento no indígena. La palabra para tiempo —O'pogika (siempre pasa)— se refiere a algo que pasa a una persona. Una persona enfrenta el pasado y no el futuro. El resultado es que el tiempo es algo activo y la gente cambia porque pasa.

Esto ubica a los arakmbut en una posición en la cual el cambio es un efecto del tiempo que pasa. Los seres humanos no viajan con el tiempo y, así, el cambio no puede ser explicado por el movimiento. Desde una perspectiva arakmbut, la gente que viajó en el tiempo no cambiaría porque no habría manera de percibir señales fijas que marcasen la diferencia. El cambio sobre el tiempo es un fenómeno espacial para los arakmbut (Nilsson, 1920). Por ejemplo, uno puede ver que el tiempo ha pasado observando los efectos de las estaciones húmeda y seca, mirando el sol o la luna o siguiendo el brote y florecimiento de las plantas. Sus cambios indican que el tiempo ha pasado.

El otro aspecto del desarrollo que ha sido fuertemente influyente en la filosofía occidental es el crecimiento, pero el concepto es diferente desde una perspectiva arakmbut. Crecimiento (e'kerek) no es solo algo que puede ser visto de una manera materialista. Los seres humanos cambian a causa de una reorganización de sus relaciones entre su cuerpo (waso), su alma (nokiren) y su nombre (wandik). Génesis y decadencia son aspectos de esta relación entre

los mundos visible e invisible.

El proceso completo de la vida humana comienza con el intercambio sexual, cuando un hombre pasa su semen (wandawe) a una mujer; temporalmente él muere (e'mbuey), en el momento del orgasmo, y los niños toman forma en el útero por la acumulación de semen. Después del nacimiento, el crecimiento tiene lugar por comer carne, por bañarse en agua fría y mediante el uso de rezos (chindign). Este proceso de crecimiento dura hasta que el niño se vuelve un adulto, cuando el cuerpo y el alma están fuertemente atados. Cuando el adulto se hace viejo, el alma y el cuerpo comienzan a separarse cada vez más hasta que ocurre la muerte. Génesis y decadencia son así procesos mediante los cuales el alma y el cuerpo se separan (e'mbuey) o se juntan estrechamente (e'kerek). El "desarrollo" humano consta de génesis y decadencia yuxtapuestas como parte del ciclo de la vida.

Cuando mencioné el término "desarrollo" a los arakmbut y les pregunté si había un equivalente en su propia lengua nadie pudo pensar en uno. Cuando se debate sobre qué es lo que un hombre y una mujer desean de la vida para ellos y sus hijos, la mayoría de la gente dice que busca nuevas tecnologías y oportunidades para sobrevivir o recuperar la calidad de su vida; pero considera que el propósito del desarrollo es asegurar la salud de la comunidad. Así lo expresaron al decir que necesitaban abastecimiento de oro, carne y niños a fin de ser fuertes y saludables.

No se trata de si los arakmbut, dentro de su propia perspectiva cultural, quieren o no ser desarrollados. Cuando se debatieron las posibilidades de cambio o mejoría en los encuentros públicos y en las conversaciones privadas, todos los ancianos dijeron que querían asegurar que ellos y sus parentelas tuvieran suficiente para comer y sobrevivir en el futuro. Su principal preocupación fue asegurar que los foráneos no les arrebatasen los recursos que eran esenciales para que la comunidad continuara como siempre lo había hecho. La manera más cercana en la cual los arakmbut, en su propia forma de conceptualizar, definen el desarrollo es que quieren ser capaces de mantener alguna estabilidad en sus vidas. Ellos no quieren ser "desarrollados". Como dice la cita al inicio del capítulo, ellos quieren permanecer y cambiar de acuerdo a la génesis y decadencia

de la vida cuando el tiempo pasa.

Esto hace que los arakmbut aparezcan como ejemplos típicos del nivel “tradicional” de W. W. Rostow: gente que está opuesta al desarrollo y que evita el progreso tal como lo define el Estado. En efecto, la situación en la comunidad es mucho más complicada. El estudio muestra que los arakmbut no se oponen al cambio, sino que quieren desarrollarse en el sentido de mantener control sobre sus vidas y conservarse en buena salud. El desarrollo viene de afuera y puede ser benéfico o destructivo, dependiendo de las circunstancias. Si las nuevas tecnologías o cuestiones de la salud que pueden ser adquiridas de la sociedad nacional hacen la vida fácil, ellos estarán ciertamente a favor. Pero esto tiene que ser algo que cuente con el consentimiento de los arakmbut y que esté bajo su control, tal como una carretera que les sirva y no que los haga presa de los colonos.

Para los arakmbuts, el desarrollo no significa ni crecimiento ni progreso en un sentido occidental, sino el logro de ser capaces de continuar la vida como siempre ha sido conducida, aceptando cambios cuando son queridos y teniendo niños que puedan continuar la vida luego de la muerte de uno. Este es finalmente un modelo de autosuficiencia en el cual los beneficios externos son utilizados para suplir la falta de ciertos recursos dentro de la comunidad. Los arakmbut siempre han comercializado o intercambiado aquellas cosas que no están disponibles en ninguna área, como bambú para las flechas o barro para la cerámica, y bienes que no pueden producir ellos mismos, sean vestidos, víveres, alcohol, motores fuera borda o tecnología aurífera, que ahora son obtenidos mediante el intercambio por oro.

El ideal interno arakmbut se basa por consiguiente en la estabilidad, suficiencia y control sobre el medio ambiente. Sin embargo, el desarrollo en su sentido más amplio no consiste simplemente en factores económicos, sino que cubre todas las dimensiones de la vida indígena (social, cultural y política). Para los arakmbut, la presencia del desarrollo se refiere al acceso y la utilización de recursos. Por un lado, esto significa defender lo que ellos ya tienen mientras obtienen bienes y servicios de afuera. Analizando estos “recursos” con más detalle, la relación entre los arakmbut y los temas de desarrollo se vuelve más clara.

Escasez de carne y oro

Desde la avalancha del oro, la carne se ha vuelto cada vez más escasa y los cazadores han tenido que desplazarse más lejos para encontrarla. Los buscadores de oro penetran cada vez más en el territorio en búsqueda de nuevos depósitos y los animales han sido espantados por el ruido de las bombas a motor y el constante movimiento de gente. Los arakmbut también trabajan el oro, pero como su territorio es tan grande varían el área donde cazan en función de los campos de oro donde se establecen. Sin embargo, como las invasiones han ocurrido a lo largo de su territorio, los cazadores arakmbut encuentran que su opción para elegir campos auríferos se ha reducido.

La Reserva Comunal Amarakaeri fue diseñada para mejorar esta situación y asegurar un abastecimiento regular de carne. Las reservas comunales son áreas de caza, comúnmente en las cabeceras de los ríos donde los animales abrevan. Para los arakmbut de San José esto tiene lugar en el río Ishiriwe; esta parte relativamente intacta de su mundo está repleta de animales. Algunas de las presas van a los lamederos de sal en el límite de la comunidad que aportan la mayoría de la caza a los arakmbut. Desgraciadamente, colonos de Boca Colorado han estado incursionando dentro de la reserva comunal para cazar animales por deporte, y por esto la caza se está volviendo escasa. Un hombre de San José, que fue en un viaje de cacería al Ishiriwe en agosto de 1993, dijo que los animales en la reserva habían disminuido mucho desde su incursión un año antes.

La escasez de animales es comparada ahora con la del oro. El oro que puede encontrarse sobre las playas del río Madre de Dios es un recurso renovable llevado aguas abajo cada año durante la estación de lluvia y depositado en la arena, aunque tierra adentro pueden encontrase depósitos más lucrativos no renovables en los cauces

secos de viejos riachuelos. Estas áreas proporcionan un mejor retorno, pero se están volviendo muy escasas. Para trabajar el oro, los arakmbuts viven en campos a varias horas de camino del caserío de San José. Ello supone un inconveniente para transportar el equipo y los alimentos para los trabajadores. Junto con la creciente escasez de depósitos de oro, los colonos, particularmente en el Pukiri y en el Karene, aguas abajo de San José, no permiten trabajar a los arakmbut en las playas y los amenazan con armas de fuego en caso de que se aproximen.

Los ingresos por el oro han caído considerablemente desde el crecimiento de las actividades mineras en las cabeceras. En 1993 el promedio de producción fue de uno a dos gramos diarios en la playa (diez dólares) y cerca del doble en el interior; sin embargo, se necesita más tiempo para despejar los bosques ubicados en el monte y por consiguiente la cantidad producida es aproximadamente la misma. Esa es la mitad de la cantidad conseguida en 1992, tomando incluso en cuenta que el dinero tiene que ser dividido por lo menos entre cuatro miembros del grupo de trabajo. Si un arakmbut tiene trabajadores (por lo menos cinco de cada quince familias emplean entre uno y cuatro foráneos) tiene que cubrir su comida y pagarles tres dólares diarios. El resultado es que la mayoría de las familias de las comunidades arakmbut que trabajan oro con obreros no puede mantenerse con lo que tiene.

Estos ejemplos muestran que la avalancha del oro ha tenido el efecto de amenazar a los animales y al oro, dos recursos que son esenciales para la supervivencia humana. La carne les da fuerza a los arakmbut, mientras que el oro les proporciona acceso creciente a los bienes básicos que no pueden ser producidos en las chacras.

Los cultivos no han sido muy afectados por la avalancha del oro, ya que la tierra que usan las mujeres para las chacras queda cerca de la comunidad principal. Sin embargo, hay algunas evidencias de que los colonos han estado robando productos de las chacras arakmbut, pero hasta ahora este problema no ha desembocado en una crisis. Por otro lado, también hay evidencias de que la cantidad de tiempo empleada en el trabajo del oro ha afectado la producción de las chacras, y varias especies que fueron alguna vez utilizadas por los arakmbut en el pasado ahora están desapareciendo a causa de la

pérdida de semillas y de conocimiento para cuidarlas.

Considerando la producción y la subsistencia como un todo, es claro que los arakmbut de San José están entrando en crisis. Por ejemplo, desde 1992 las privaciones se han vuelto evidentes en la comunidad. A raíz de la falta de animales, hay menos distribución dentro de la comunidad y algunas familias no tienen carne de un mes para otro. Con la producción de oro más baja que nunca, solo tienen recursos suficientes para comprar alimentos básicos, y como consecuencia viven de yuca y plátanos. De vez en cuando, un depósito de oro recién encontrado puede mejorar temporalmente sus condiciones de vida. Sin embargo, comparando mis visitas de 1980, 1985 y 1992, la subsistencia se está volviendo más difícil que nunca.

En el contexto de un decrecimiento constante de la disponibilidad de recursos valiosos, la gente dice que quiere continuar viviendo de una manera autosuficiente. Esto no significa un rechazo tradicional ante el desarrollo, sino que los arakmbut quieren uno que les permita defender su forma de vida y de existencia sin ser destruidos como pueblo. Por consiguiente, necesitan trabajar para permanecer. Para los arakmbut, desarrollo no constituye un “despegue” de la modernización progresiva, sino que es una manera de acrecentar su capacidad para sobrevivir de los recursos que aún existen dentro de la comunidad. En este sentido, su enfoque del desarrollo está basado en el principio de sustentabilidad y en el mundo que quieren dejar a sus hijos y nietos.

Oro: el factor de desarrollo

Aun cuando el control del territorio es fundamental para la autosuficiencia, los arakmbut también quieren los medios para obtener bienes y servicios. El oro es el primer medio para ello. De todos los recursos en San José, el más codiciado por los foráneos es el oro; hay un interés por la madera en Shintuya, pero hasta ahora no está siendo muy demandado, salvo entre algunos colonos del río

Pukiri. Las invasiones espontáneas de colonos son hechas principalmente por campesinos pobres de la sierra que buscan fortuna. Además, los patrones que han vivido en el área entre diez y veinte años aumentan regularmente al traer a sus familias de los Andes y al emplear a cientos de trabajadores. Las amenazas de esos patrones mantienen a los arakmbut alejados de sus depósitos de oro.

Otros factores también complican el acceso a los recursos auríferos en las comunidades del área del Karene y del Perú en general. Aun cuando los arakmbut tienen derechos legales exclusivos sobre los recursos de la superficie en las tierras de sus comunidades mediante títulos territoriales, el Estado reclama todos los recursos del subsuelo, incluyendo el oro. La legislación peruana es contradictoria en tanto que permite a los pueblos indígenas ejercer derechos sobre sus tierras y recursos mediante la Ley de Comunidades Nativas, y al mismo tiempo otorga permiso a mineros potenciales para extraer oro en la misma área. La contradicción ha sido exacerbada por la eliminación de la cláusula de inalienabilidad de la Constitución peruana y la aprobación de la Ley de Tierras en julio de 1995.

Los permisos para explotar oro son organizados por el Gobierno sin ningún debate con los pueblos indígenas del área. Esto ha llevado a la impresión errónea de que toda la invasión por el oro es legal. En efecto, las únicas invasiones por oro que son legales son realizadas por aquellas personas que han completado todos los requisitos burocráticos y tienen permisos. Estos permisos son extremadamente difíciles de obtener. En el pasado, las comunidades indígenas, con ayuda de FENAMAD y Centro Eori, fueron capaces de establecer derechos en varias áreas de sus tierras. San José tiene tres permisos mineros: Huanamey (150 hectáreas), Huanamey 1 (1.000) y Huanamey 2 (340)[11].

Estos permisos están basados en la Ley General de Minería que fue promulgada en 1981, durante el periodo del presidente Belaúnde, bajo el Decreto Legislativo 109. Un Registro Público de Minería se encargaba de inscribir cada nueva concesión. Sin embargo, hubo muchos problemas, entre ellos, la corrupción de funcionarios del Ministerio de Energía y Minas, quienes daban concesiones sin titubear a cualquiera, emitiendo un permiso sobre otro para el mis-

mo terreno. Así, un funcionario de Puerto Maldonado recibió el nombre de “Dr. Cien Gramos” porque cobraba cien gramos de oro antes de autorizar una concesión.

En 1986, con apoyo del senador de Madre de Dios, FENAMAD y Centro Eori bosquejaron una propuesta para una ley revisada de minería. La idea era parar las concesiones otorgadas sobre tierras indígenas a foráneos y asegurar que los pueblos indígenas pudiesen trabajar oro en cualquier lugar de su territorio (Pacuri y Moore, 1992: 20). A pesar de recibir mucho apoyo en el Congreso, la propuesta quedó atrapada en la burocracia oficial. Nada había sido decidido en el momento en que Fujimori llegó a la presidencia y tuvo otras ideas.

En 1991 aprobó el Decreto legislativo 708, que propugna la promoción de la inversión privada en la actividad minera. Todas las concesiones deberían ser expedidas sobre las mismas bases, ya se trate de una compañía multinacional o de una pequeña familia minera. Mediante el decreto Supremo 005-91-EM, el Banco Minero fue desactivado y ahora todo el oro es vendido en el mercado libre. Las concesiones auríferas pueden ser otorgadas ahora en territorios indígenas y áreas protegidas. El Registro Público de Minería tomó el control de las oficinas mineras regionales para coordinar las concesiones que solo pueden ser mantenidas sobre la base de condiciones imposibles para los mineros de pequeña escala:

1. La producción tiene que superar los cien dólares por año y por hectárea.

2. Para mantener la concesión, cada concesionario tiene que pagar un dólar por hectárea anualmente. Este impuesto se suma a otros cuatro sobre cada concesión.

3. Cada concesión tiene que ser autorizada en un sistema de cuadrículas delimitadas por el Instituto Geográfico Nacional en Lima, pagado por el solicitante antes de la aprobación.

4. Todas estas acciones tienen que ser realizadas, controladas y pagadas anualmente o la concesión puede ser anulada.

La esencia de estas reglas es que hasta el 90 por ciento de los mineros a pequeña escala y de las comunidades nativas no serán capaces de buscar concesiones o perderán las que tienen hasta ahora porque les será imposible cumplir los requisitos legalmente establecidos (Pacuri y Moore, op. cit.: 18).

La legislación nuevamente priva a los arakmbut del acceso a sus recursos, ya que, en cualquier momento, una compañía puede pagar para extraer oro dentro de un territorio indígena. En este sentido, la defensa de la tierra se vuelve incluso más difícil que nunca. La única salvedad favorable en todo el proceso es que no hay suficiente oro en las tierras de San José para satisfacer los altos índices de producción exigidos por el Gobierno. Sin embargo, a fin de defenderse a sí mismos y echar a una compañía minera, los arakmbut tendrían que permitirle explotar un área de sus tierras y desafiar el derecho de renovar la concesión con el sustento técnico de que no ha extraído suficiente oro durante el año. Esto contradice la manera en que los arakmbut desean proteger su territorio, porque se corre el riesgo de alentar la degradación ambiental por parte de las compañías auríferas.

Por consiguiente, la legislación no protege, sino que, por el contrario, puede ser extremadamente perjudicial para los arakmbut. En la situación actual, los arakmbut tienen que luchar para preservar sus modelos de vida enfrentándose a los mineros ilegales que ingresan a sus tierras y los amenazan. Los intereses del Gobierno y de los mineros no indígenas amenazan la capacidad de los arakmbut para utilizar sus recursos y controlar su propio desarrollo. Hay una diferencia fundamental entre los arakmbut y los colonos que están ansiosos por explotar sus recursos. Mientras que los arakmbut son gente del bosque tropical y no tienen otro hogar que el Karene, los foráneos están básicamente enraizados en Cuzco. Incluso aquellos colonos que han estado en el área durante diez o veinte años mandan aún a sus hijos a escuelas de la sierra, donde tienen su casa principal que visitan cada ciertos meses cuando necesitan reclutar más trabajadores para completar su disponibilidad de mano de obra explotada.

El oro permite acceder a productos del sistema local y nacional, donde los bienes y las mercaderías que van desde motobombas para extraer oro hasta cerveza para las fiestas se han convertido en necesidades para el estilo de vida arakmbut. Sin embargo, los arakmbut tienen que ser cuidadosos en comprar o recibir solo lo que pueden pagar. Esto les permite controlar sus recursos y asegurar que el oro sea destinado al uso que beneficie a cada familia en forma de mercaderías e inversiones de capital para la producción aurífera, mientras que los excedentes pueden ser redistribuidos entre toda la comunidad en forma de cerveza.

Así, adicionalmente a la disminución de los recursos y a la limitación del acceso, los obstáculos legales hacen que cada vez sea más difícil obtener oro, con lo cual la autosuficiencia y la compra de productos de los pobladores o de los colonos se hace también muy difícil. De modo que, los pobladores, en vez de convertirse en una fuente de bienes y servicios, se vuelven invasores no deseados, cada uno de los cuales tiene su propia visión del desarrollo, marcadamente diferente de aquellas de los arakmbut.

Los arakmbut y el desarrollo del Estado

Como anotamos al inicio de este capítulo, la gente de San José no se opone a recibir los beneficios materiales del Estado en forma de trabajos públicos, iguales a los que Boca Colorado ha recibido en los años recientes. El desarrollo desde el Estado fue visto por varias personas en San José como algo comparable a las donaciones de educación y salud. Estas argumentaron que los beneficios materiales también serían útiles para las comunidades nativas. Los más significativos son los siguientes:

1. Una escuela hecha de cemento es algo por lo cual la comunidad estaba preparada para luchar. Aunque los arquitectos e incluso los líderes de FENAMAD sugirieron que en realidad una escuela sería

más cómoda y barata si se hiciera de madera y hojas, la reacción fue que este edificio “rústico” no sería apropiado para la comunidad.

2. San José (y otras comunidades) tienen muchos postes de madera abandonados entrelazados con alambres a lo largo del caserío. Son los remanentes de dos proyectos de electrificación que la comunidad ha tratado de armar durante los últimos seis años. El primero fue pagado por un colono que había pedido permiso a los arakmbut para trabajar oro en las tierras de la comunidad con miras a contrarrestar la oposición que le habían hecho los patrones. El segundo vino del dinero que el presidente Alan García ofreció a las comunidades en 1986. Tampoco funcionó más que por unos pocos días. Sin embargo, la electricidad se ha vuelto simbólica para el desarrollo de la comunidad y la gran mayoría la quiere.

3. Las donaciones de medicinas y alimentos son comunes en Madre de Dios. Comúnmente estos alimentos no llegan a las comunidades y terminan en asentamientos de colonos de la sierra y de los patrones. Los alimentos son principalmente leche en polvo, harina de soja y aceite. A pesar de que a la mayoría de los arakmbut no les gustan las provisiones que reciben y no están capacitados para usar las medicinas, ellos consideran que tienen derecho a ellas y se quejan si no las reciben.

La gente de San José tiene varios planes para el desarrollo futuro, cuyos proyectos podrían venir de la municipalidad. Quisieran una posta médica (preferiblemente de cemento) y escalones de cemento en el puerto para facilitar el acceso al pueblo, situado en lo alto de una empinada orilla del río. El sendero está por desplomarse y es traicionero en la estación lluviosa. Hay otros planes para canalizar el agua, llevando agua limpia de una quebrada cercana hasta puntos centrales del pueblo.

Estas ideas para el futuro son ampliamente compartidas por todos en la comunidad y reflejan una concepción del desarrollo que se relaciona con los beneficios materiales que Boca Colorado ha recibido de la municipalidad. Se trata de edificios no indígenas y servicios que son adquiridos con ayuda externa. No le cuestan nada

a la comunidad y vienen de la captación de recursos externos, especialmente fondos para el desarrollo.

Sin embargo, la comunidad misma no ve esto como desarrollo al igual que los foráneos. Los arakmbut quieren desarrollarse para proveerse de los medios para sus actividades de subsistencia y ayudar a llevar una vida tranquila. Sienten que el apoyo debería llegar de fuentes de beneficencia externas a la comunidad. Los arakmbut ven esto como una justa compensación por sus recursos que han sido, y están siendo, robados por intereses foráneos. De este modo, el deseo de los arakmbut por oro y servicios no se basa en los principios de la modernización y el crecimiento, sino en una forma de reciprocidad que podría proporcionarles los medios para hacer la vida más fácil, muy diferente de la perspectiva colona del desarrollo.

Colonos y desarrollo

La estratificación social de la producción del oro en Madre de Dios ha sido analizada por Moore (1985b: 180-183). En ese artículo el autor contrasta varios actores dominantes de la sociedad. Los comerciantes que vienen originalmente de Cuzco son con frecuencia los mismos que actúan como patrones de las operaciones mineras a gran escala o que poseen negocios. Estas personas son los aliados más fuertes del Estado nacional y participan en los partidos políticos, se alían con la Iglesia y/o los militares, y finalmente sacan provecho de la mayoría de los beneficios disponibles en la región.

Los trabajadores independientes de pequeña escala constituyen una amplia gama. Trabajan individualmente o en pequeños grupos para explotar el oro y pueden emplear unos pocos peones para que trabajen para ellos. Trabajan como artesanos en las playas con zarandas y pequeñas motobombas. Los mineros indígenas caerían dentro de esta categoría de pequeños mineros. Las relaciones entre los mineros indígenas y los no indígenas no son siempre cordiales a causa de las suspicacias surgidas por las invasiones de las tierras

comunales. La mayoría de pequeños mineros indígenas y no indígenas son parte del sector informal de la economía peruana. En verdad, muchas personas ya no usan dinero en Madre de Dios, sino que realizan la mayoría de sus transacciones en oro.

La crisis que enfrentan los arakmbut ha emergido en el contexto de una idea modernizadora del desarrollo que se ha enraizado en Perú, en general, durante los últimos veinte años. Desde el inicio de la década de los ochenta, cuando el presidente Belaúnde habló de la "colonización de la selva", la ideología de los políticos conservadores ha sido monolítica respecto a que los recursos de Perú que deberían funcionar como un motor de la inversión para facilitar el despegue de la modernización y el desarrollo económico.

El Karene constituye un claro ejemplo de las consecuencias de este colonialismo interno. En contraste con la visión multifacética del desarrollo de los arakmbut, basada en el control sobre los recursos, los colonos ven el desarrollo en términos muy diferentes. Tuve muchas discusiones sobre esta cuestión en Boca Colorado, y el testimonio de un poblador presenta el desarrollo de una manera particularmente sucinta. Era un hombre casado de alrededor de cuarenta años, con una familia que operaba una radio en el asentamiento; de ninguna manera era hostil hacia los arakmbut, pero tenía una visión distinta:

De todas las áreas de Perú en que he vivido, la más corrupta sin duda es Madre de Dios. Aunque los terroristas no han llegado, aquí hay problemas terribles. Mis hijos, ¿cuál es el futuro para ellos? Yo soy limeño. Llegué aquí hace quince años. ¿Qué lugar es este para el futuro? Mis hijos, cuando sean suficientemente grandes, irán a Lima para educarse. Cuando regresen, ¿qué pensarán de su padre que vive en un lugar tan terrible? Aquí no tenemos saneamiento. La corrupción es el principal obstáculo para el desarrollo.

El desarrollo, como debería estar organizado, se basa en los recursos. El monte está lleno de recursos, pero nadie saca beneficios de la riqueza. Puede venderse madera, el ganado puede ser provechoso, y pueden sembrarse cultivos agrícolas, como arroz. Las autoridades quieren proyectos de prestigio como la crianza de camarones. Pero nosotros preferimos crianza de peces. Las autoridades quieren que nosotros vivamos en forma precaria. No podemos ser parásitos sobre la tierra.

Tenemos que producir algo que traiga riqueza al área.

Un prerrequisito para el desarrollo es la comunicación. Como están las cosas, la única manera de que Boca Colorado reciba y mande bienes es desde Shintuya. El costo es prohibitivo: veinte soles para bajar a Laberinto. Ahora cuesta más mandar arroz a Puerto Maldonado que lo que tú puedes conseguir al venderlo. Por tanto no hay incentivo para producir ningún excedente para la venta. Hasta que los costos de transporte no sean rebajados no habrá desarrollo.

La solución para el problema del transporte y el problema del desarrollo es construir la carretera Huaypetue-Colorado. Esta mantendrá un vínculo directo con Puno. A los cuzqueños esto no les gusta porque sus precios artificialmente elevados serán rebajados por los precios más baratos de Puno. La carretera traerá bienes a precios más baratos y llevará los recursos de aquí a menores costos, generando por consiguiente bienestar y desarrollo en toda el área.

El problema que frena todo esto es político. Los funcionarios corruptos son todos de Izquierda Unida [IU, el mayor partido de izquierda en Perú]. Todo el gobierno subregional es de IU y ellos designan a todos, incluyendo al alcalde de aquí. Estos izquierdistas se oponen al desarrollo. Lo que se necesita es una coalición política para botarlos y conseguir que las cosas funcionen.

Según esta perspectiva, que era común en Boca Colorado en 1992, hay dos condiciones para el desarrollo. Una es la utilización de los recursos del medio ambiente para generar riqueza, y la segunda es la inversión en medios de producción e infraestructura necesaria para extraer la riqueza. Esto, de acuerdo a la perspectiva colonizadora, está en manos de las autoridades estatales corruptas que, a su vez, están en manos de partidos políticos corruptos.

La posición expresada aquí fue hecha por un hombre que apoyaba las políticas de libre mercado de Fujimori, pero que sentía que algunas inversiones estatales eran necesarias para poner el mercado en movimiento. Para él resultaba parasitario sentarse sobre los recursos de la selva sin explotarlos. Este argumento modernizador expresa la posición de los colonos que llegan hasta Madre de Dios

para buscarse la vida. Los recursos del monte, según su forma de ver, son territorios abiertos para cualquiera con iniciativa para explotarlos. Los pueblos indígenas que viven en el área están atrasados, a su parecer, y no merecen obtener dinero por sus recursos. Esencialmente, son obstáculos para el progreso.

Los objetivos del desarrollo colono en el área son menos tangibles, pero pueden ser ilustrados por los trabajos públicos que el asentamiento de Boca Colorado ha logrado durante los últimos años. En primer lugar, a mediados de los años ochenta, el poblado, que está integrado principalmente por colonos y comerciantes, decidió obtener estatus de municipalidad. Siempre hubo un alcalde del área, pero, como municipalidad, Boca Colorado tiene el derecho de captar fondos gubernamentales de desarrollo que son administrados en Lima y Cuzco. Las conexiones políticas partidarias son también importantes, y, antes de las elecciones, los candidatos frecuentemente se dan una vuelta ofreciendo pequeños proyectos para animar a la gente a votar por ellos.

El apoyo financiero que Boca Colorado ha recibido ha permitido que el poblado cambie substancialmente en 1990 respecto a lo que había sido en 1980 o incluso en 1985. El área en 1990 tenía dos "hoteles", luz eléctrica en la noche, una posta de salud y una escuela. Esto no mejora su apariencia general o le proporciona los niveles higiénicos que necesita urgentemente. Sin embargo, a los ojos de los pobladores, la "civilización" ha llegado a Boca Colorado con edificios de cemento y electricidad.

Los pobladores de Boca Colorado ven el desarrollo como un proceso a través del cual se pueden beneficiar del aderezo material para el progreso. El transporte facilita el comercio que trae dinero a la región, y con este la gente puede obtener la "civilización". Donde no hay dinero disponible, los pobladores consideran que esos trabajos deberían ser inicialmente subsidiados con apoyo del Gobierno.

arakmbut y colonos en torno al desarrollo

Comparando el punto de vista sobre el desarrollo desde la perspectiva de los arakmbut y yuxtaponiéndolo con la visión de los colonos, en particular de aquellos que han estado en el área durante más de un año, cada perspectiva aparece como la imagen en el espejo de la otra. Para los arakmbut, el autodesarrollo viene desde dentro de la comunidad y busca preservar la autodependencia en relación con sus recursos. El desarrollo positivo en sentido occidental consiste en donaciones o compensaciones por la destrucción causada sobre su pueblo. El desarrollo negativo consiste en las carreteras que los foráneos desean construir a fin de extraer los recursos indígenas y destruirlos. De este modo, las estrategias de desarrollo para los arakmbut consisten en dos factores principales:

1. Cualquier cosa que les permita continuar produciendo para satisfacer sus necesidades básicas. Esta noción de autosuficiencia significa control total y acceso a los recursos de sus propios territorios.

2. Cualquier actividad que tenga lugar sobre las tierras arakmbut debería hacerse con su consentimiento. El acceso a recursos foráneos del extranjero, del Estado y de la municipalidad les proporcionaría las señas básicas de una comunidad "civilizada". Estas consisten en ciertos edificios de cemento, electricidad y agua. Los arakmbut piensan que les deberían dar esto gratis.

Por otro lado, los colonos tienen distintas prioridades:

1. Los recursos del monte están disponibles para cualquiera y aquellos con iniciativa deberían ser capaces de tomarlos.

2. El Estado proporcionaría el apoyo con medios de infraestructura necesarios para convertir estos recursos en mercancías: carreteras y

electricidad, por ejemplo. Debería tomarse cualquier otro recurso que estuviese disponible para la escuela o el puesto de salud.

3. Con los beneficios resultantes, los colonos esperan luego ser capaces de mejorar su ambiente inmediato aportando lo que el Estado no proporciona.

El siguiente cuadro compara estas visiones:

Cuadro 1

Diferencias entre las concepciones colonas e indígenas sobre el desarrollo

	Colonos	Indígenas
Acceso a los recursos de la tierra	Propiedad	Dominio indígena
Acceso a recursos estatales	Los ciudadanos peruanos	Un derecho indígena
Propósito de desarrollo	Modernización No autosuficiencia	Autosuficiencia

El cuadro muestra que los arakmbut y los colonos tienen un enfoque completamente diferente del desarrollo, que los sitúa en contraste con el pensamiento occidental sobre el tema. Mientras que los colonos quieren que Madre de Dios se integre al país en general, los arakmbut quieren controlar su propio desarrollo, y esto solo puede llegar a través de su propia autosuficiencia. Aspiran a ser capaces de dar su consentimiento antes de que ocurra cualquier modernización en su comunidad.

De este modo es muy simple decir que los arakmbut son opuestos a la modernización y están exclusivamente en favor de la autosuficiencia. Su preocupación es evitar la dependencia de los colonos y de aquellos que los oprimen o los explotan, y no quieren que sus recursos sean saqueados. Esta noción de desarrollo es una forma de defensa contra las invasiones y la usurpación. Los arakmbut no ven los bienes y servicios como modernización y crecimiento, sino como iniciativas para mejorar su salud, bienestar o prestigio.

Los colonos consideran que ellos tienen una visión positiva del desarrollo. Esto implica la transferencia de recursos desde el monte hacia Lima para recibir a cambio dinero a través del comercio y de las autoridades, lo que les permite integrarse completamente dentro del Estado. La perspectiva indígena, por un lado, siempre aparece como negativa. Los pueblos indígenas son acusados por los colonos de querer mantener los recursos solo para ellos y de recibir limosnas estatales sin trabajar. Son obstáculos para el desarrollo. La autodefensa es interpretada por los colonos como renuencia a cooperar. De hecho, los choques más fuertes entre colonos e indígenas surgen por estos temas.

Un estudio de caso elaborado en 1993 ilustra esta diferencia. Un colono, Sergio López, con otros foráneos, trató de formar un asentamiento rural agrario oficial en la boca del Pukiri que tendría una escuela, una posta médica, una antena parabólica para televisión y otros servicios. Todo esto tenía lugar dentro del territorio de San José. La comunidad se enfureció y se opuso enérgicamente a la creación de una comunidad colona. Las autoridades locales de Boca Colorado deseaban apoyar a los colonos

con esos servicios, aun cuando las comunidades indígenas se los habían solicitado durante años. Parecía que el caso iría finalmente a la corte. Sin embargo, en 1994 San José pidió al abogado de Centro Eori redactar una carta demandando a López a retirarse del área y salió inmediatamente porque, al parecer, había cuestiones en su pasado que no quería que se volvieran públicas en un caso en la corte.

El conflicto en el Karene entre los arakmbut y los colonos gira en torno a recursos. Ambos quieren explotar el potencial ambiental del monte y ganar dinero del desarrollo. Sin embargo, mientras los indígenas concentran sus esfuerzos en promover su autosuficiencia y, consecuentemente, basan sus miras sobre nociones sustentables del desarrollo, los colonos tienen un enfoque modernizador que se basa en los beneficios de la extracción a corto plazo […]

Proyectos de autodesarrollo en San José

La pregunta que surge ahora es qué forma de desarrollo quieren los arakmbut y si hay alguna manera en la cual esos estilos diferentes de desarrollo puedan ser conciliados para su beneficio. Participé en varias reuniones en San José entre 1991 y 1995 para debatir el futuro de la comunidad. En cada caso las discusiones estuvieron inspiradas por la preocupación sobre qué pasará cuando el oro se agote completamente.

El primer tema que se discutió fue la producción. Los arakmbut quieren buscar alternativas al oro. Como un tercio de las playas de San José están en manos de colonos ilegales, el oro puede no estar decreciendo en términos absolutos, y las iniciativas de defensa territorial orientadas a expulsar a los colonos fueron consideradas como una propuesta importante. De este debate se pasó a cómo se podrían reforzar otros aspectos de la producción arakmbut. Esto implica considerar la producción no comercial. En primer lugar, varias personas mencionaron que hay especies de vegetales y frutos que ya no se cultivan más en las chacras y que podrían ser

identificadas y reintroducidas de otras áreas. Además, también se han perdido otras especies alternativas de plátanos, yuca y otros cultivos.

La comunidad estuvo de acuerdo con que la protección de la Reserva Comunal Amarakaeri sería un buen comienzo para asegurar el abastecimiento de animales para los cazadores. Quieren explorar formas por las cuales se pueda monitorear y proteger a los animales silvestres de los cazadores no indígenas que matan por deporte o con propósitos comerciales. Igualmente, las existencias de peces necesitan ser monitoreadas y controladas. Varias personas opinaron que los arakmbut deberían dejar de vender barbasco a los andinos, lo cual solo los alienta a pescar en los ríos comunales.

Los arakmbut compran muchos cultivos de los colonos que ellos mismos podrían plantar si conocieran los suelos adecuados y cómo protegerlos de los depredadores. En particular, los arakmbuts expresaron su interés en tomates, cebollas, zanahorias y arroz. La idea predominante en las reuniones fue complementar el trabajo del oro para que hubiese una diversificación de la economía arakmbut que les permitiera volverse más autosuficientes. Sin embargo, cada familia necesita algo de dinero para sobrevivir, y la entrada necesaria que procede de la comercialización es particularmente difícil en Madre de Dios. Sin embargo, los arakmbut se dan cuenta de que los mercados están disponibles, pero que antes de incursionar en productos comerciales necesitan más experiencia. Varias personas mencionaron que la comunidad quería el conocimiento y la experiencia para controlar, hasta donde fuera posible, las fluctuaciones de los mercados para que así en un nivel local fuese más fácil tomar nota de las variaciones en las demandas y cambios del abastecimiento. Los arakmbut preferirían dirigir sus compras y ventas a mercados locales, como Boca Colorado, antes que a centros más distantes, como Puerto Maldonado o Cuzco.

El resultado claro de la discusión con los arakmbut fue que ellos querían combinar una producción de subsistencia más eficiente con la diversificación de productos comerciales que los pueda llevar a un espectro económico más amplio. En este sentido, una reducción en el precio de algún producto puede ser compensada promoviendo otro. La comunidad en general trabajaría inicialmente como

familias o grupos de vecinos y parientes cercanos, con la posibilidad de formar alianzas a un nivel más amplio. Los aramkbut de San José y de otras partes consideran que el desarrollo de la comunidad debería iniciarse con la subsistencia y autosuficiencia. Solamente cuando la comunidad tuviese una base segura de producción, el proceso de comercialización comenzaría a tener sentido. Sin embargo, la premisa de todo esto es la defensa territorial.

Las prioridades dentro de la comunidad son las siguientes: asegurar los derechos territoriales y, a partir de ahí, cimentar la autosuficencia. Lo siguiente es considerar las posibilidades de desarrollo provenientes del Estado, porque, controlando su propio desarrollo, la comunidad puede organizar los servicios disponibles de afuera en coherencia con sus propias necesidades.

Son necesarios tiempo y paciencia considerables para permitir que la comunidad determine qué necesita. El periodo entre 1993 y 1995 albergó varios debates en San José, Puerto Luz, Barranco Chico, Boca Inambari y Shintuya, en los cuales estas ideas fueron organizadas dentro de un mismo esquema. Esta iniciativa de las mismas comunidades demostró que los arakmbut, por primera vez, estaban conceptualizando un proyecto que ellos mismos conducirían, en vez de simplemente recibir limosnas de una agencia foránea.

Por consiguiente, el tema clave en la comunidad no es simplemente conseguir dinero, como aquellos que defienden la comercialización nos harían creer. El tema es asegurar que antes de implementar un proyecto de desarrollo, la comunidad se prepare para tomarlo bajo su responsabilidad. Esto solo puede suceder si hay acuerdo sobre las prioridades. Al final, la conclusión de las reuniones con los arakmbut fue que la única manera en la que un proyecto de desarrollo comunal genuino puede comenzar es mediante un listado de las prioridades y el diseño de estas en un esquema. El resultado es una serie de temas relacionados, en este caso, defensa territorial, producción autosuficiente, reforzamiento cultural y asegurar la disponibilidad de servicios y medios sociales básicos. De esta manera, el autodesarrollo de los arakmbut colma los criterios de Henriksen de ser visto “como un todo”, que cubra muchas áreas diferentes y de ser definido por la misma gente. La conclusión a la

cual llegamos en nuestro debate fue una propuesta para el desarrollo comunal entre las comunidades mineras arakmbut de San José, Puerto Luz, Barranco Chico y Boca Inambari, y de otras comunidades alrededor de la Reserva Comunal.

Trabajar en un proyecto de desarrollo dentro de una comunidad indígena no es simplemente una cuestión económica. Es imposible un trabajo de autodesarrollo sin entender las implicaciones políticas, sociales y económicas de un proyecto. El problema que enfrenta un pueblo como los arakmbut es que, aun cuando necesite reforzar su capacidad de autosuficiencia, tiene gran dificultad para ponerla en práctica. Por consiguiente, el apoyo al desarrollo debería estar orientado a ayudarlos a asumir este reto, y por tanto la presencia de preproyectos de entrenamiento es una condición importante para comenzar este tipo de trabajo de desarrollo en las comunidades arakmbut.

Este capítulo ha tratado sobre las teorías de desarrollo de modernización y dependencia a la luz de las necesidades comunales de pequeña escala en Madre de Dios. Pero ¿es el desarrollo un derecho que los arakmbut deben afirmar? Hasta ahora ellos no han visto desarrollo en este sentido. El 4 de diciembre de 1986, las Naciones Unidas aprobaron la Declaración sobre el Derecho de Desarrollo. Los pueblos indígenas no son mencionados específicamente en esta Declaración. Según su definición, el desarrollo es un concepto abierto que abarca potencialidad:

Desarrollo es un proceso comprensivo económico, social, cultural y político que apunta a la mejoría constante del bienestar de la población entera y de todos los individuos sobre la base de su participación activa, libre y significativa en el desarrollo y en la justa distribución de los beneficios resultantes de este (IWGIA, 1985: 168).

La Declaración está ampliamente orientada hacia los intereses de los Estados y, así, en este contexto, el desarrollo tiene un significado negativo para los pueblos indígenas (Sambo, 1993: 172) […] El derecho al desarrollo no debe tener en cuenta solo los intereses económicos en el sentido de abusar de los derechos de otros.

El desarrollo es una espada de doble filo para los pueblos indígenas; puede ser destructivo o benéfico, por esto es necesaria la

coexistencia de alternativas al desarrollo y de desarrollo alternativo. Hasta que esto sea entendido es improbable que pueblos indígenas como los arakmbut busquen recursos para su “derecho al desarrollo”. Desde la perspectiva de los pueblos indígenas, tanto la modernización como la dependencia son nociones no indígenas de desarrollo. A fin de sobrevivir en el mundo, los pueblos indígenas tienen que balancear las relaciones entre autosuficiencia y fuentes foráneas de desarrollo. La modernización y la dependencia, en efecto, no son opuestas. La una es la descripción de qué es lo que el desarrollo podría ser y la otra es un análisis de sus efectos. Modernización y dependencia están así en el mismo lado del análisis porque una promueve y la otra analiza una relación surgida del Estado y de los mercados. La alternativa está basada en la autosuficiencia a través del control sobre los recursos. Esta supone, a la vez, un desarrollo alternativo y una alternativa al desarrollo.

Cuando los pueblos indígenas controlen su desarrollo, lo foráneo no significará más una amenaza y la autodeterminación se volverá una posibilidad práctica [...]

Notas

* Extractos del capítulo 7 del libro de Andrew Gray, Derechos indígenas y Desarrollo. Autodeterminación en una comunidad amazónica, 2002, Copenhague, International Work Group of Indigenous Affairs (IWGIA) [e. o. Indigenous Rights and Development. Self-Determination in an Amazonian Community, Oxford, Berghahn Books, 1996]. Traducción de Alberto Chirif. Revisión final para esta edición a cargo de Beatriz Pérez Galán.

** Andrew Gray (Cardiff, 1955-1999), antropólogo británico y activista comprometido con la defensa de los derechos de los pueblos indígenas. Fue director de International Working Group of Indigenous Affairs (IWGIA).

1. El conflicto entre las fuerzas del mercado y el Estado se remonta a la Ilustración. Hobbes y Locke debatieron el conflicto entre el

individualismo posesivo basado en las fuerzas del mercado y la santidad de la propiedad, y la necesidad de orden social dentro del Estado (Slater, 1993: 97). La preocupación de estos escritores fue que cuanto más se promueva la libertad individual mayores serán las amenazas del caos, mientras que si el Estado impone demasiado orden las consecuencias chocan contra la libertad individual (Macpherson, 1962). La libertad individual fue así confrontada con la necesidad de una organización sociopolítica coherente. El mismo debate continuó en el siglo XIX bajo la promoción liberal del mercado libre, controlado por un Estado conducido por enfoques legales positivistas, que fue capturado ampliamente por pensadores utilitarios. En el siglo XX, conforme el desarrollo ha asumido cada vez más una perspectiva de crecimiento económico, estos debates han sido llevados dentro de un esquema donde el mercado y el Estado están integrados por fuerzas opuestas de desarrollo (Hettne, 1982: 14).

2. Hettne diferencia las estrategias capitalistas estatales de desarrollo: la industrialización de las economías agrarias en los Estados capitalistas recientemente formados como Rusia, Alemania y Japón en el cambio del siglo; el keynesianismo, que es una característica del capitalismo atrincherado, por el cual el Estado actúa como un regulador del mercado para asegurar estabilidad y crecimiento; y el modelo estatal más extremo en el cual la estructura del Estado reemplaza al mercado, como sucedió en la Unión Soviética y la Europa del Este. Este fue el modelo que Velasco trató de establecer en Perú.

El marcado énfasis en el desarrollo va desde modelos donde el proceso de crecimiento es más gradual, como en Perú de fines de los años setenta e inicio de la siguiente década, bajo los presidentes Morales Bermúdez y Belaúnde, hasta el extremo reciente de la ola neoliberal enclavada en muchos países, particularmente en Perú bajo Fujimori, busca erradicar totalmente la influencia del Estado sobre el mercado. Así, en veinte años, Perú ha cambiado de un extremo de modelo de desarrollo basado en el Estado a otro orientado al mercado.

3. Johan Galtung ha escrito sobre este tema en forma de hipótesis como prioridades para solucionar las necesidades básicas, la

participación local, la creatividad, la diversidad, menos alineación, equilibrio ecológico, justa distribución, solidaridad, evitar la dependencia defensa más fuerte y reunir el centro y la periferia en pie de igualdad (Hettne, 1982: 78).

4. Para agotar el debate véanse Gray (1991), Corry (1993) y CIay (1993).

BIBLIOGRAFÍA

Adams

, W. M. (1995): "Green Development Theory? Environmentalism and sustainable development", en J. Crush (ed.), Power of Development, Londres: Routledge, pp. 87-99.

Cassen

, R. (and associates) (1994): Does Aid Work?, Clarendon Press, Oxford.

Clay

, J. (1993): "Marketing and Human Rights: Lessons from the Cultural Survival Marketing Program", IWGIA Newsletter, nº 3, pp. 4-6.

Corry, S. (1993): "The Rainforest Harvest: Who Reaps the Benefit?", The Ecologist, vol. 23, nº 4, pp. 148-153.

Counsel1

, S. y

Rice

, T. (eds.) (1992): The Rainforest Harvest: Sustainable Strategies for Saving the Tropical Forests?, Friends of the Earth, Londres.

Elkington

J. y

Burke,

T. (1989): The Green Capitalists: How lndustry can make Money-al protect the environment, Victor Gol1ancz, Londres.

Escobar

, A. (1995a): “Imagining a Post-Deve1opment Era”, en J. Crush (ed.), Power of Development, Routledge, Londres, pp. 211-227.

— (1995b): Encountering Development: The Making and Unmaking of the Third World, Princeton University Press, Nueva Jersey.

Gray, A.

(1991): Between the spice of life and the melting pot: Biodiversity conservation and its impact on indigenous peoples, IWGIA Document 70, Copenhague.

— (1995b): “The Fight for Indigenous Rights and the Combating of Social Injustice in the Light of the World Summit for Social Development”, The Indigenous World 1994-1995, Copenhague International World Group for Indigenous Affairs, pp.230-237.

Henriksen

, G. (1989): “Introduction”, en IWGIA (ed.), Indigenous Self-Developmen in the Americas, Proceedings of the IWGIA Symposium a the Congress of Americanists. Ámsterdam 1988, IWGIA Document nº 63, Copenhague.

Hettne

, B. (1982): Development Theory and the Third World, SAREC Reports, Estocolmo.

— (1995): Development Theory and the Three Worlds, Longman Development Series, Harlow.

IWGIA (1985): “Draft Declaration of Principles for Indigenous Rights Presented to the working Group

”

, IWGIA Newsletter, nº 43 y 44, pp. 293-298.

Leys

, C. (1996): The rise and Fall of Development Theory, James Currey, Londres.

Moore

, T. R. (1985b): “Movimientos populares en Madre de Dios y regionalización”, en María Isabel Remy (ed.), Promocion Campesina, Regionalización y Movimientos Sociales, Centro de Estudios Rurales Andinos “Bartolomé de las Casas” y Centro de Estudios y Promoción de Desarrolo (DESCO), Lima.

Nilsson

, M. P. (1920): Primitive Time Reckoning, C. W. K. Gleerup, Lund.

Pacuri

Flores

, F. y

Moore,

T. (1992): Los Conflictos entre Mineros Auríferos y el Pueblo Arakmbut el Madre de Dios, Perú, Centro Eori and FENAMAD, Puerto Maldonado.

Sambo

, D. (1993): The Emerging Indigenous Human Right to Development, IWGIA Yearbook 1992, pp. 167-189.

Schuurman

, F. (ed.) (1993a): New Directions in Development Theory, Zed Books, Londres.

CAPÍTULO 13

Representaciones y relaciones en la construcción del proyecto político y cultural del Proceso de Comunidades Negras en el contexto del conflicto armado en la región del Pacífico Sur colombiano*

Libia Rosario Grueso**

En medio de la selva, los sonidos del tambor y de los cantos se confunden con los sonidos de los grillos y las ranas que exploran el río y las piedras que conducen al mar; es el sonido lejano de la fiesta tradicional en una vereda del Pacífico Sur colombiano que se resiste a olvidar su cultura, que se resiste a callar en medio del conflicto armado por la disputa de sus territorios.

Grueso, noviembre de 2001, "Notas sobre el río"

Como sostiene Mato, "[p]odemos pensar las representaciones sociales como las palabras o imágenes clave dentro de los discursos de los actores sociales […] De este modo orientan y otorgan sentido a las prácticas sociales que esos actores desarrollan en relación con ellas y son modificadas a través de tales prácticas" (Mato, 2001: 133). El mismo autor agrega más adelante que lo más importante es cómo se configuran estas representaciones y el papel que juegan en la formulación de programas de acción (agendas) de ciertos actores sociales y hacen posible el establecimiento de ciertas relaciones transnacionales y a su vez resultan modificadas por su propio desarrollo (2001: 133).

Considerando estas como premisas válidas para el caso de los procesos organizativos de comunidades negras en Colombia y la invitación a un espacio de diálogo en torno al tema de "Políticas de economía, ambiente y sociedad en tiempos de globalización, más allá de los debates sobre la coyuntura en Venezuela"[1] como una oportunidad en la construcción de redes de solidaridad con las luchas por los derechos étnicos, culturales y territoriales de la comunidad negra del Pacífico Sur colombiano, el Proceso de Comunidades Negras (PCN)[2] consideró pertinente la socialización

de su propuesta político-cultural como una construcción histórica y política de un sentido común en torno a la identidad como pueblos negros, a partir de sus prácticas culturales, y el reclamo de esta identidad como derechos de los pueblos afrodescendientes en el territorio-región del Pacífico colombiano.

Esta propuesta de sociedad tiene como base la conservación de los hábitats naturales como espacios vitales en la recreación cultural y construcción de opciones de futuro, basados en su cosmovisión. Este proyecto político-organizativo, sin embargo, atraviesa por una grave crisis por sus contradicciones con los intereses económicos y políticos que se vienen imponiendo sobre la región, incluyendo los intereses del Gobierno y algunos actores representativos del Estado nacional. La comunidad negra, organizada en torno a este proyecto de derechos culturales y territoriales, constituye el sector poblacional con mayor número de personas desplazadas por el conflicto armado y con un número significativo de líderes asesinados.

Han hecho parte importante de este conflicto las representaciones políticas en torno a las que los actores del conflicto armado —paramilitares, guerrillas y fuerzas armadas del Estado— sustentan sus acciones de avasallamiento sobre otras propuestas, líderes y organizaciones que defienden intereses colectivos en torno al territorio y la identidad cultural sobre el Pacífico Sur colombiano.

Las representaciones externas sobre la comunidad

negra del Pacífico como expresión de los intereses

sobre el territorio-región del Pacífico

El tema de las representaciones en tiempos de globalización adquiere relevancia con el contexto del conflicto armado que atraviesa Colombia y en la disputa por los territorios. Estas categorías analíticas son útiles al analizar cómo las representaciones históricamente construidas por la comunidad negra del Pacífico contrastan con las representaciones que desde el Gobierno actual, los grupos económicos y los grupos armados construyen en la actual coyuntura, como justificación a sus políticas y medidas que confrontan los derechos de las comunidades negras.

Las distintas representaciones del movimiento social de comunidades negras están asociadas a los intereses y conflictos por el territorio que estas han poseído tradicionalmente. Para los actores armados de la extrema izquierda, la comunidad negra es parte de la gran masa campesina sin tierra y sin mecanismos de generación de ingresos. Estos sectores se han negado a reconocer en la comunidad negra un grupo poblacional con diferencias culturales significativas que trascienden el mundo de las relaciones económicas. Las categorías culturales no han sido parte de los esquemas de análisis y valoración política de dichas organizaciones. Esta representación aduce la necesidad de "mayores ingresos" y, por ende, termina legitimando grandes inversiones cultural y ambientalmente insostenibles, y cae en los esquemas de sectores de la economía formal e institucional de considerar la "pobreza" como una situación crítica de la comunidad negra, asociada a la carencia de empleo o medios para la producción. De hecho, la comunidad negra del Pacífico ha sido indiferente al discurso y a las propuestas de movilización de la llamada izquierda tradicional.

Los actores asociados a los intereses de las economías extractivas que se imponen sobre la región del Pacífico, como la industria de la pesca, la extracción maderera y la explotación minera del oro, históricamente han establecido con la comunidad negra una relación de sobreexplotación mediante relaciones y mecanismos de vinculación de la mano de obra, sin que medien relaciones obrero-patronales, con esquemas de explotación que recrean formas semiesclavistas mediante figuras de producción a destajo merced a las cuales la población negra extrae la materia prima (pescado, oro o madera) asumiendo todos los riesgos y recibiendo como paga los precios impuestos por el acopiador intermediario. En algunas

ocasiones incluso el producto es cambiado por los alimentos básicos que son vendidos a altos costos. Este sistema semiesclavista es sustentado por los intereses de la economía extractiva en una representación de comunidad negra como pueblos no formados ni calificados en oficios y funciones propias de la relación laboral de patrón-asalariado, y una representación abiertamente racista de subvaloración de los conocimientos y las artes que demuestran los trabajadores negros en el desarrollo de actividades extractivas que requieren una gran destreza y conocimiento del medio.

Los Gobiernos y las entidades del Estado nacional han invisibilizado a la comunidad negra como población diferenciada del resto del país. Esta ha sido representada bajo esquemas racistas como población perezosa y de pocas aspiraciones, por la total ignorancia y desconocimiento del contexto tanto social como cultural de esta comunidad. Se le han atribuido estas valoraciones por su relación particular con el entorno y por sus ritmos de vida asociados a los ritmos naturales, su sentido no de propiedad, sino de uso colectivo del espacio y los recursos naturales de acuerdo con sus conocimientos. Estas representaciones sobre la comunidad negra son las que han justificado la total violación de sus derechos culturales, económicos y sociales al ser sometida a esquemas de desarrollo que no toman en cuenta su visión y contexto sociocultural.

Es frente a estas representaciones que las comunidades negras contraponen una autorrepresentación, sobre la cual sustentan sus derechos, que las posiciona en una situación de tensa contradicción con las visiones de desarrollo, con las relaciones de la economía extractiva y con los intereses externos sobre el territorio. En este sentido, la situación más crítica se ha alcanzado con el Gobierno de Álvaro Uribe Vélez (2003-2007), el cual ha simbolizado la compleja situación del país en dos representaciones polarizadas: la terrorista y la que defiende los intereses del Gobierno central. En este esquema maniqueo todo lo que se sale del control del Gobierno es representado como parte constitutiva del terrorismo. La lucha de las comunidades negras por sus territorios se asocia con el "terrorismo", apoyándose en representaciones de intereses transnacionales, como los que representa el Gobierno de EE UU.

Es con base en estas representaciones que se justifica el desconocimiento de la misma Constitución y sus leyes reglamentarias. El hacer coincidir las representaciones políticas, asociadas a intereses en franco conflicto, sirve de base a una política que, según analistas políticos, sustenta una posición muy cercana al terrorismo de Estado como "respuesta" a la situación de conflicto.

En este escenario las dinámicas organizativas de comunidades negras que defienden derechos étnicos, culturales y territoriales plantean, entre sus estrategias, la construcción de representaciones transnacionales solidarias con sus prácticas y derechos culturales como alternativas justas de sociedad y opciones de futuro, basadas en valores de solidaridad, equidad y justicia favorables a la conservación de la naturaleza como hábitat natural y cultural.

La construcción de un sentido común en torno

a los derechos étnico-territoriales

Desde el siglo XVI, más de quinientos años hasta nuestros días, las comunidades afrocolombianas en el Pacífico Sur han reconstruido, desde sus legados culturales africanos y los valores impuestos por la esclavitud, una visión del mundo que contrasta con otras culturas dominantes en el país. La región del Pacífico colombiano constituye uno de los principales asentamientos de comunidades negras, construido a partir de las cuadrillas de esclavos traídas para la actividad minera, pero también por los guerreros —negros cimarrones— que escaparon a la profundidad de la selva en palenques móviles[3], los cuales transitaron toda la costa pacífica desde Colombia hasta Ecuador en busca de su libertad. Este antecedente tiene un peso significativo en la construcción cultural,

natural y social de la región Pacífico colombiana y su interacción con las dinámicas económicas que en nombre del desarrollo han impuesto sus relaciones e intereses en ella.

En los siglos XVI, XVII y principios del siglo XVIII, esta eco-región cumplió el papel de región suplidora de materia prima; gracias a la mano de obra esclava y a la posterior relación de la fuerza de trabajo con las economías extractivas —siglo XIX, principios del XX —, contribuyó no solo a las primeras formas de acumulación y ganancia del país, sino también al fortalecimiento de las crecientes economías de Europa, principalmente de España y Portugal. Después de la concesión de la "libertad" de esclavos, ya entrados en el siglo XX, la región intensifica con la entrada del ferrocarril y la creación del primer puerto sobre el Pacífico su papel de región subsidiaria y agrega a esta su papel de puerta de entrada al llamado "mar del siglo XXI", por el papel que pretende jugar el país en el nuevo orden económico internacional en torno a la relación de mercado con la fuerte entrada de los países asiáticos a la economía mundial. Sin embargo, y muy rápidamente en comparación con periodos anteriores, el boom de los nuevos paradigmas del desarrollo, basados en la necesidad de conservar las fuentes de riqueza junto al debate mundial por el cambio climático, hacen que aparezca un nuevo significado para la región como mega diversa y de las últimas cinco zonas ricas en biodiversidad del planeta.

Este contexto histórico sirve de marco para explicar el posterior surgimiento de una nueva relación de la región, que parte de las comunidades indígenas y negras tradicionalmente allí asentadas y que reclaman para sí el manejo y uso de la selva húmeda tropical del Pacífico, no solo como hábitat natural de sus culturas, sino como patrimonio cultural a partir del cual pretenden mantener y construir una nueva visión del desarrollo. La apertura política a una nueva Constitución en 199l pareció corresponderse con esa oportunidad al reconocer los derechos étnicos y territoriales a dichas comunidades. Sin embargo, dicho reconocimiento implicó, como en el resto de la sociedad colombiana, el inicio de la más bárbara disputa por el territorio por parte de los intereses que aún mantienen sus dinámicas sobre la región. Con la llegada del conflicto al Pacífico, se hace evidente y explícita la contradicción entre las visiones político culturales, basadas en visiones de vida ancestrales. y la visión de crecimiento económico, basada en el aprovechamiento de recursos y fuerza laboral, dispuesta además a abrirse espacio por la vía de la imposición armada de su proyecto.

En el centro de este panorama histórico está la contradicción sobre

visiones del desarrollo cuyas bases culturales en la comunidad afrocolombiana del Pacífico Sur se sustentan en profundas rupturas con la base del pensamiento económico y político de Occidente.

Las bases culturales para una visión

sobre el desarrollo

La cosmovisión de las comunidades afrocolombianas del Pacífico Sur, especialmente en las zonas rurales y semirurales, representa rupturas sustanciales en los conceptos del dinero, del tiempo, de la vida y de la muerte, del espacio y de la propiedad. En consecuencia, representa una ruptura con el pensamiento occidental y con el modelo social que este impulsa. El valor de acumulación es algo externo a la dinámica de la mayoría de las comunidades afrocolombianas. Para la comunidad afro, en su cotidianidad, el dinero tiene su mayor valor en la facilitación del intercambio entre productos y actividades. El principal valor de acumulación sigue siendo representado por la abundancia de recursos y servicios ambientales. Una mujer solicitante de un crédito, cuya actividad consiste en la recolección y venta de moluscos, de las conocidas como "concheras" en la región, decía que no entendía por qué el banco —entidad financiera— no entendía —a su vez— que su fiador era el manglar, que si lo supiera no estaría pidiéndole que otra persona fuera su respaldo: "Solo mire cuánta concha hay en el manglar para que sepa que le puedo pagar". Aun así, el sentido de propiedad es también simbólico, basado en el uso y manejo del espacio y del recurso. No existe una posesión demarcada (cercada), el espacio se usa y mantiene sus condiciones esenciales, el "colino"[4] representa la finca que se distribuye como espacios a lo largo del río, según el uso que pueda darse en cada escala del territorio.

Las dinámicas productivas asociadas a los servicios y unidades

ambientales constituyen el patrón fundamental en la construcción del territorio. Los oficios demarcan el ámbito espacial de la actividad y estas, a su vez, configuran el territorio, cuya cartografía sigue los mapas eco-sistémicos. Así configurados la tierra y el territorio no constituyen un bien capital, son espacios de uso intercambiable y transitorio según los usos que requiera la familia extensa a lo largo de ríos y piedemontes. Se concluye, con base en lo anterior, que el concepto de territorio recoge en una ecuación dos conceptos: el de cultura y biodiversidad: territorio = cultura + medio natural. Sobre estas bases culturales se construye el pensamiento político de nuevas perspectivas organizativas que basan sus luchas no en la igualdad de derechos civiles, sino en el derecho a la diferencia para plantear desde allí alternativas de sociedad y desarrollo.

La discusión sobre el desarrollo

Los planes de desarrollo implementados en el Pacífico, como el Plan de Desarrollo para la Costa Pacífica (PLADEICOP), 1973-1997, intentan una transformación cultural para poder abrir paso a la articulación de la comunidad negra a las dinámicas de mercado que se venían fortaleciendo en el país. En nombre del desarrollo se impulsa la conformación de estructuras económicas no funcionales en el contexto cultural afrodescendiente del Pacífico que se enfrentan a la resistencia al cambio en estas comunidades, en las que, sin embargo, logran incidir creando diferencias generacionales. Esta resistencia, que en sus primeras manifestaciones no tiene un sentido consciente de su capacidad, se convierte como ya se explicó en la base de propuestas políticas basadas en la identidad cultural y los derechos territoriales.

Las contradicciones con las visiones externas del desarrollo, incluyendo dentro de estas las del Estado, tienen como centro el manejo de la naturaleza como mercancía y no como recurso, la continuidad de las relaciones semiesclavistas en las que la población afro es vinculada a la actividad extractiva, sin alcanzar a cumplir

con las características de una relación obrero-patronal, mostrando niveles máximos de explotación y ganancia para las empresas como las de la industria de explotación maderera, minera y pesquera.

El “desarrollo” ha sido uno de los problemas centrales para las comunidades negras en el Pacífico. Tradicionalmente, ha conducido a la presión sobre los recursos desde intereses económicos externos y a la imposición de culturas homogenizantes para las comunidades tradicionalmente asentadas.

El tema del desarrollo sostenible aparece en la región “agenciado” por intereses de nuevo orden que logran generar alianzas en torno a la conservación, pero que no dejan de ser concepciones externas ya recreadas por las culturas tradicionales. Un sector del movimiento social de comunidades negras demuestra que el concepto de biodiversidad y la concepción de manejo del espacio desde lo cultural hacen parte de las prácticas y valores socioculturales de las comunidades tradicionalmente asentadas y que el concepto de conservación debe revisarse en función de estos contextos sociopolíticos y culturales.

A partir de lo anterior se consideran dos aspectos centrales en la configuración de los discursos y debates sobre el desarrollo:

a) El territorio como hábitat natural y cultural constituye, a su vez, una estrategia efectiva para la conservación de ecosistemas, especies y paisajes de la selva húmeda y tropical del Pacífico. Esto pone en contraposición abierta el proyecto político organizativo con los intereses externos que se concretan en megaproyectos y planes de “desarrollo” y ordenamientos del territorio en función de los centros económicos externos al territorio-región del Pacífico.

b) Las apuestas por un proyecto de vida, alegría y libertad, en resistencia frente a la homogenización del desarrollo y el conflicto, trascienden los derechos de las comunidades afrocolombianas por ser, junto con la indígena, las únicas propuestas para el Pacífico basadas en la conservación de la naturaleza y garantía de supervivencia para una de las cinco regiones más diversas del planeta.

Territorios de vida, alegría y libertad:

una representación política y cultural como opción frente al conflicto

Retomando nuevamente a Mato (2001) para valorar la construcción de una propuesta política, Territorios de vida, alegría y libertad, basada en representaciones sociales específicas, interesa puntualizar las reflexiones del autor donde plantea que "dichas representaciones dependen de las peculiaridades de la experiencia social de los actores y que a su vez estas experiencias dependen de las representaciones que moldean la forma de interpretar y simbolizar las interacciones con otros actores sociales" (2001: 134), para concluir que lo único significativo que se puede estudiar son procesos o dinámicas y no objetos o resultados. Con base en estos planteamientos, se pretende mostrar en este segmento la compleja relación de representaciones basadas en la concepción del desarrollo e identidad y prácticas culturales de la comunidad negra, y los avances y limitaciones que alcanza dicha representación en el marco del conflicto armado, de acuerdo con el papel y el impacto que los actores del conflicto ejercen sobre los territorios colectivos de las comunidades negras y sus procesos organizativos. Una mirada sobre estos escenarios y relaciones da cuenta de la dimensión simbólica de un proyecto basado en la alegría y la libertad.

No siempre las relaciones entre actores locales en la producción de representaciones sociales políticamente significativas contribuyen de manera positiva al reconocimiento de los derechos de la comunidad negra en Colombia.

Estas relaciones forzadamente establecidas por los actores armados vinculados al conflicto han limitado significativamente el avance

del proyecto político organizativo de la comunidad negra en torno a sus derechos. Sobre esta experiencia, la representación que tiene la comunidad negra sobre el conflicto está mediada por sus representaciones —ya descritas— en torno al tema del desarrollo y a su propia propuesta organizativa. La siguiente cita sirve de introducción al tema de representaciones sobre el conflicto y resume la interpretación que los grupos étnicos —incluyendo de manera importante a las comunidades negras del Pacífico Sur— han construido en el debate sobre su situación y sus alternativas:

La paz no debe reducirse a la finalización de la confrontación armada, es decir, a un asunto meramente militar. El fin del conflicto armado debe abrir nuevos caminos a la democracia, la justicia social y la superación de la impunidad.

La resistencia a la guerra es un proyecto de esperanza para la sociedad colombiana que contribuye desde lo local a la construcción de la paz y a la defensa de los derechos de todos y todas. La insurgencia, el paramilitarismo y el Estado y sus Fuerzas Armadas deben respetar la decisión de las comunidades indígenas, negras, gitanas y raizales de mantenerse al margen de la confrontación, respetar su autonomía, territorios y autoridades. Esta resistencia a la guerra se ha extendido a sectores del campesinado, pobladores urbanos, movimientos de jóvenes y de mujeres, lo que expresa la voluntad colectiva contra la guerra y a favor de la paz (Congreso Nacional de Paz y País, 2002).

Las relaciones y las representaciones políticas

sobre el conflicto armado y los derechos

étnico-territoriales

El avance del conflicto armado en la región del Pacífico colombiano en los últimos años, y su coincidencia con las zonas de reciente titulación colectiva a las comunidades afrocolombianas allí asentadas durante más de quinientos años, confirma, según algunos analistas políticos, la hipótesis de que el reconocimiento del derecho al territorio ha sido el factor más importante en la generación de una reacción violenta por parte de actores externos que se han disputado esta región y que representan intereses económicos de explotación irracional, prácticas no sostenibles e inequidad.

Así, las relaciones que configuran el proyecto político y cultural de la comunidad negra y que constituyen un factor relevante y en contradicción con los intereses de los actores generadores del conflicto se pueden centrar en las siguientes relaciones:

• La relación cultura-territorio es una relación esencial a la conservación; de ahí que las organizaciones étnico-territoriales negras e indígenas hayan sustentado la existencia de la selva húmeda del Pacífico como un patrimonio cultural de grupos étnicos[5], y el bosque como parte del territorio colectivo reconocido por la Ley 70 de 1993[6] a los afrodescendientes del Pacifico.

• La relación entre territorios de grupos étnicos y áreas geoestratégicas en estado de conservación. Desde el punto de vista del Proceso de Comunidades Negras (PCN) es esta relación uno de los factores causales de la ampliación del escenario del conflicto al Pacífico y la explicación a la presión que ejercen los actores armados sobre la población negra del Pacífico.

• La relación entre la presencia de actores externos y las áreas de interés económico —áreas de megaproyectos tales como el canal Atrato—, Truando en el Chocó o zonas aptas para la expansión de la agroindustria aceitera de la palma africana en Nariño. Estos intereses económicos sobre la región, tanto de la economía formal como para la producción y el tráfico de productos de la economía ilegal, constituyen la principal disputa por territorios estratégicos,

lo que se puede referenciar por la presencia de grupos armados fuera de la ley en zonas de interés estratégico.

La preponderancia de uno u otro actor armado tiene que ver con sus intereses económicos pudiendo diferenciarse dos tipos de presencia:

a) La presencia de grupos paramilitares que coincide con áreas donde se traslapan megaproyectos y titulación colectiva: hoy los escenarios de desplazamientos forzados son fundamentalmente aquellas áreas donde se iniciaron los procesos de titulación (véanse cuadros nº 1 y nº 2) y en las cuales se proyectan grandes obras de infraestructura económica.

Los mayores desplazamientos forzados han ocurrido en territorios de afrodescendientes, entre ellos el Urabá, Norte y Sur del Cauca, Chocó, Buenaventura, la costa del departamento de Nariño, el sur de Bolívar y los Montes de María. Para la Red de Solidaridad Social, que coordina la intervención gubernamental en materia de desplazamiento, el 30 por ciento de los desplazados del segundo semestre de 2000 eran afrodescendientes y el Pacífico la zona de mayor impacto (Rasero, 2003).

Según el informe preparado para la Comisión de Veeduría de Hechos de posible Violación de Derechos Humanos y Derecho Internacional Humanitario:

A medida en que avanza la titulación colectiva, se vislumbra la agudización del conflicto armado en esos sitios estratégicos. En marzo de 1997, cuando a las comunidades del Río Truandó y Cacarica, en el Chocó, por ejemplo, se les otorgó sus títulos colectivos en más de 70.000 hectáreas, ya buena parte de la población, unas seis comunidades, habían sido forzadamente desplazadas y sus líderes asesinados (2002: 31).

Cuadro 1

Títulos comunidades negras en 2003

Departamento	Municipios	Número Títulos	Hectáreas	%	Número de habi
Antioquia	5	5	221.109	5,72	9.802
Chocó	17	46	2.664.115	69,30	118.416
Risaralda	1	1	4.802	0,12	2.725
Cauca	2	7	332.323	8,60	15.250
Valle	1	10	182.076	4,70	13.579
Nariño	9	14	436.845	11,30	32.035
Total	35	83	3.841.270	100,00	191.807

Fuente: Instituto Colombiano para la Reforma Agraria, INCORA (2003).

Las cifras sobre desplazamiento en Colombia aún no son exactas y provienen de diversas fuentes (CINEP, CODHES, Red de Solidaridad, Iglesia). En los últimos 15 años (1985-2000) se han desplazado violentamente unas 2.160.000 personas, según el Comité de Atención a los Derechos Humanos y al Desplazamiento Forzado (CODHES). Desde agosto de 1998, unas 800.000. En el año 2000 se registraron 317 desplazamientos[7], la cifra más alta desde 1985. En el primer trimestre de 2001, hubo 91.166 desplazados, lo que registra un ascenso del 35 por ciento. El Chocó ocupaba en 2001 el quinto lugar como departamento expulsar de desplazados(as), con una cifra que alcanzaba las 30.0000 personas, según CODHES.

En 1998, después del otorgamiento de 800.000 hectáreas a través de la titulación colectiva de sus tierras a más de 45.000 campesinos, agrupados en 120 Consejos Comunitarios que integran la organización étnica Asociación Campesina Integral del Medio Atrato, ACIA, comienzan a registrarse en la parte media del río Atrato —departamento del Chocó— graves acciones de guerra, desarrolladas por los actores armados para ejercer el control territorial sobre la zona mediante bloqueos económicos, tomas de poblaciones y masacres en centros urbanos como Bojayá, Vigía del Fuerte, Bagadó y Lloró. El cierre del río Atrato, así como desplazamientos forzados y asesinatos selectivos, hicieron parte de estas acciones (Comisión Técnica de Veeduría sobre Violación de Derechos en Comunidades Afrodescendientes, 2002).

Cuadro 2

Megaproyectos y/o programas en marcha sobre el Pacífico que ocupan espacios importantes de población afrocolombiana y se traslapan con procesos de titulación colectiva

Departamento	Área	Megaproyecto
Chocó, Valle del Cauca	Anden Pacífico	Exploración minera- hi
Cauca, Nariño		

drocarl

Chocó, Valle	Sur Norte Occidente	Vía panamericana red vial
Chocó	Urabá Chocoano	Canal interoceánico
Chocó	Bajo Baudo	Gran muelle interoceánico
Valle del Cauca	Bahía Málaga	Terminal de combustibles, Ba
Cauca	Vertiente Cauca	Red de proyectos hidroeléctri
Nariño	Nariño	Plantación agroindustrial de P

Fuente: Cuadro elaborado basándose en información del Proyecto Biopacífi

Estos megaproyectos han sido impulsados desde los últimos Gobiernos en el marco de las dinámicas de globalización económica para la región del Pacífico, región que ha sido identificada como la puerta al "mar del siglo XXI", haciendo referencia a las relaciones económicas con los países asiáticos y EE UU. Su impulso ha significado el desconocimiento de los derechos territoriales de las comunidades negras e indígenas allí asentadas durante los últimos quinientos años, pues dichos territorios fueron considerados baldíos hasta la promulgación de las normas que dieron desarrollo a los derechos indígenas, y a la Constitución de 1991 que reconoció los derechos ancestrales de las comunidades negras.

Las grandes inversiones de capital proyectadas en estas obras, cuyos voceros fundamentales han sido los mismos Gobiernos centrales, han visto con recelo los avances normativos a favor de las comunidades que han ocupado dichos territorios. En reiteradas ocasiones tanto funcionarios como gerentes privados de estos capitales han señalado a la Ley 70/93 como una medida que es contraria a sus intereses.

b) La presencia de grupos insurgentes —guerrilla— que coincide con centros de operaciones de economías extractivas: se ha atribuido este fenómeno a la práctica de estos actores armados de aplicar el llamado "impuesto de guerra", vulgarmente llamado "vacuna", en los centros de economías extractivas como la maderera, la de la pesca industrial y la minera, incluyendo áreas de cultivos ilícitos y de la agroindustria. Así, la presencia de estos actores armados contribuye a la agudización del conflicto que por sí mismas han generado estas dinámicas económicas por su carácter extractivo y no sostenible, alejadas del contexto sociocultural de la región y sobreexplotadoras de la fuerza laboral de la población local.

El desplazamiento forzado como resultado

de la intervención de actores armados

en los territorios ancestrales del Pacífico

Tanto el informe de la Oficina del Alto Comisionado de Naciones Unidas para Colombia como los de otros organismos de vigilancia de los Derechos Humanos señalan a la población afroamericana como la más afectada por el conflicto armado. Las cifras sobre desplazamientos forzados, las incursiones y masacres en caseríos son el referente de esta situación. Le siguen en orden de importancia cuantitativa las comunidades rurales en todo el país y, en tercer lugar, las comunidades indígenas. Considerando las proporciones poblacionales, según las cuales la comunidad negra constituye el 23 por ciento de la población, las comunidades campesinas, el 42, y las indígenas, el 1,4 por ciento, el impacto afecta en orden inverso a estas poblaciones y de manera crítica a las comunidades indígenas y afrocolombianas.

Cuadro 3

Datos aproximados

sobre desplazamiento forzado (al primer trimestre de 2002)

Total de población desplazada	2.387.000
Afrocolombianos	1.500.000
Campesinos	557.000
Indígenas	250.000
Otros	80.000

Fuente: CODHES, Comité de Atención a los Derechos Humanos y al Desplaz

Cuadro 4

Actores generadores del desplazamiento forzado en comunidades afrocolombianas:

Paramilitares	55,26%
Insurgencia	19,30%
Desconocidos	14,00%
Fuerzas militares	3,51%
Otros	9,00%

Fuente: CODHES y AFRODES (Asociación Afrocolombiana de Desplazados),

Contrasta con los datos anteriores el origen del desplazamiento; los actores armados, quienes representan los diversos intereses del conflicto, son los principales causantes del desplazamiento.

Territorios de vida, alegría y libertad:

una representación social y política como propuesta de vida frente al conflicto

La propuesta de territorios de vida, alegría y libertad está orientada a la búsqueda de una perspectiva propia de futuro, basada en la sostenibilidad tanto ambiental como cultural de las dinámicas de vida de las comunidades negras, y sustentada en un proyecto político de reconocimiento de derechos culturales y fundamentales. Se considera parte de un proyecto histórico libertario que empieza en el cimarronaje, que se sostiene bajo formas de resistencia cultural a los modelos homogeneizantes de sociedad basados en el mercado.

Se parte también de considerar que el conflicto armado es un conflicto que afecta de manera directa a las comunidades, pero que es agenciado por actores e intereses que son externos a sus dinámicas. Es un conflicto cuyos actores en confrontación tienen en común el desconocimiento del proyecto de vida y político de las comunidades negras del Pacífico.

Es una perspectiva en construcción que reconoce las inequidades y exclusiones sociales de las que históricamente ha sido víctima la población afrocolombiana, que reclama sus derechos desde la diferencia, que plantea opciones de sociedad que aportan al

conjunto de la nación, pero que es vulnerable y que reclama la autonomía en medio del conflicto como garantía de sus propuestas.

Son parte del desarrollo de esta perspectiva las siguientes representaciones, instrumentos y estrategias:

a) El proyecto de vida, una representación basada en valores y prácticas culturales: del proyecto de vida basado en prácticas y valores propios de su cosmovisión dependen, en última instancia, la conservación de los recursos y diversas formas de vida que garantizan la calidad de los hábitats y la oferta ambiental necesaria para el bienestar de la comunidad. El autosustento depende de los satisfactores del bienestar social comunitario[8], resultantes de la relación entre la oferta ambiental y el conocimiento o prácticas tradicionales de uso del territorio y sus recursos naturales; de estos indicadores depende, a su vez, el grado de dependencia o autonomía de la comunidad.

b) La construcción del territorio-región como estrategia para la conservación: la consolidación del territorio-región del Pacífico como una unidad ecológica y sociocultural es la alternativa más viable y segura para la conservación, uso y manejo de la biodiversidad. Esta opción solo es posible según los planteamientos del PCN, si se reconocen de manera plena y efectiva los derechos culturales y territoriales de los pueblos negros e indígenas que ancestralmente habitan este territorio-región, y si se potencializa su capacidad social de organización y cohesión política para decidir de acuerdo con su cosmovisión su propia opción de desarrollo.

c) Representaciones sobre el territorio, la autonomía y gobernabilidad: el derecho al territorio, entendido como el derecho a un espacio para la recreación y reproducción de la identidad cultural, constituye para las comunidades afrocolombianas del Pacífico un derecho humano fundamental. Esta concepción del territorio como espacio de vida, donde se reproducen

conocimientos, relaciones sociales y económicas que dependen de la estrecha relación con la oferta ambiental, es la base del proyecto político organizativo (véase gráfico “Desarrollo integral de la comunidad negra y conservación de la naturaleza”). Podríamos decir que es la representación social y cultural sobre la cual descansan todas las demás representaciones construidas como estrategias de defensa de la territorialidad y la identidad cultural.

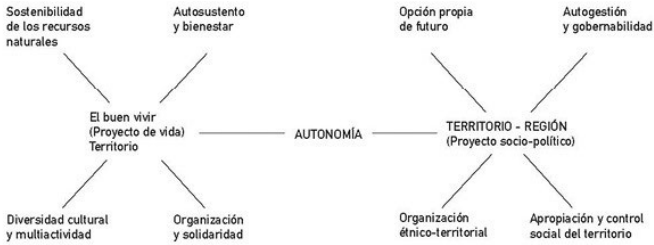
El proyecto de autonomía de las organizaciones étnico-territoriales de la comunidad negra en el Pacífico Sur se sustenta en la necesidad de garantías para mantener, recrear y desarrollar la identidad cultural a través de sus prácticas espirituales, sociales y económicas en sus territorios. Su validez se sustenta en la posibilidad de construir alternativas de sociedad que tengan como base la conservación del entorno natural y los valores culturales que reconocen la solidaridad y el respeto por las diferentes formas de vida.

d) El plan de manejo como herramienta para la apropiación y la gobernabilidad:

[...] el plan de manejo es parte del plan de vida; las comunidades negras han manejado el territorio de acuerdo con sus prácticas culturales y ese manejo les ha permitido mantenerse y también a la misma naturaleza. Las comunidades han tenido su propio manejo, ahora se habla de planes de manejo como algo nuevo, pero se debe tener en cuenta que hemos hecho un buen manejo desde las prácticas tradicionales (opinión de un miembro de ACAPA, organización étnico-territorial del BajoPatía, Nariño, 1999. En informe técnico de trabajo proyecto FES-CTDEAL, 2000).

ESQUEMA

DESARROLLO INTEGRAL DE LA COMUNIDAD NEGRA Y CONSERVACIÓN DE LA NATURALEZA



FUENTE: GRUESO (2001) "SISTEMATIZACIÓN DE LA PROPUESTA POLÍTICA DEL PCN".

F

La administración del territorio exige al Consejo Comunitario, como responsable del título colectivo, velar por el uso y sostenibilidad de los recursos incluidos dentro del territorio. De ahí que los procesos organizativos hayan optado por herramientas del campo ambiental para el cumplimiento de esta función. El plan de uso y manejo es uno de los ejercicios readaptado a los parámetros culturales del territorio colectivo. Generalmente, este instrumento se aplica sectorialmente, los planes de uso y manejo se hacen de manera específica para bosques, para cultivos, para especies animales, etc. El PCN, en su concepción integral del territorio, ha desarrollado una propuesta de uso y manejo desde las prácticas tradicionales de uso en la que, por ejemplo, la extracción de la madera se distribuye por todo el territorio desde las zonas heredadas por los carteros[9] que, a su vez, se intercalan en el entresaque[10] de la madera. Los permisos otorgados según los planes de manejo institucional se hacen desde un solo frente dentro del territorio, lo que genera extracción rasa del recurso natural y una pérdida sistemática de las condiciones naturales que le dan soporte al proyecto de vida.

Las innovaciones culturales a los planes de uso y manejo de los recursos, según las prácticas de aprovechamiento, se convierten en garantías para la defensa del territorio. Los reglamentos de uso y manejo resultantes del Plan son mecanismos de administración y gobierno dentro del territorio colectivo. El uso del territorio se valora y define en el Consejo Comunitario a partir de estas herramientas, haciendo efectiva la autogobernabilidad en los marcos de la Ley 70/93.

e) La construcción de redes sociales y políticas como estrategia de

resistencia al desplazamiento, y la defensa del territorio como espacio de vida, alegría y libertad: las tendencias cada vez más fuertes de transformación del Estado colombiano en un Estado mínimo[11], en el cual las garantías al ciudadano y a los grupos con derechos especiales reconocidos por la Constitución y la Ley van desapareciendo paulatinamente en medio del caos económico, la corrupción y la violencia, han obligado a los sectores más organizados a buscar la sostenibilidad y la viabilidad de sus propuestas de sociedad y cultura por otros medios, amparados en la legalidad y la legitimidad de los derechos reconocidos. Las organizaciones étnico-territoriales de comunidades negras, como el PCN, han puesto su empeño en un trabajo social y político que busca concretar el desarrollo de iniciativas sociales y económicas en armonía con el medio natural, basadas en los valores y prácticas tradicionales a partir de su trabajo organizativo interno y la construcción de redes de apoyo con actores externos.

En este sentido las redes que se han conformado con actores sociales externos se han consolidado en el intercambio y construcción de representaciones sociales y políticas en torno a la defensa de lo propio y a la negación a la homogeneización y mercantilización de las relaciones y los recursos naturales. Un escenario importante en esta construcción ha sido la participación del PCN en la Acción Global de los Pueblos contra el "libre comercio" (AGP), cuyo propósito ha sido la movilización, la protesta, la denuncia y la acción conjunta de organizaciones de base a escala internacional contra las decisiones de la Organización Mundial del Comercio (OMC) que van en contra de la autonomía alimentaria y los derechos de las comunidades y pueblos de origen, incluso de los derechos ya reconocidos en las constituciones nacionales.

La promoción de la solidaridad y la cooperación técnica y económica de otros actores sociales, como las ONG, ha sido una forma de avanzar en dichos propósitos. Esta estrategia ha sido posible no solo por la legitimidad y legalidad de las propuestas del PCN, sino también por cuanto su proyecto social y político ha contribuido y busca mantener la conservación de una de las cinco áreas más ricas en diversidad biológica y recursos naturales del planeta. Esta propuesta la comparten actores sociales y políticos que, a escala mundial, se plantean la búsqueda de opciones de sociedad basadas en valores y prácticas sociales que promueven el bienestar colectivo y el respeto por la vida, y comparten con el PCN representaciones comunes en la

defensa de valores que contribuyan a la conservación de la naturaleza.

En esta línea de trabajo también se ha tenido el apoyo de algunas entidades del Estado vinculadas al desarrollo de propuestas sociales y a la defensa de los derechos humanos fundamentales. Con ellos se han venido desarrollando iniciativas de fortalecimiento organizativo, legalización del territorio mediante la titulación colectiva de tierras de comunidades negras y el desarrollo y recuperación de prácticas productivas tradicionales para la resistencia al desplazamiento, la defensa de los derechos humanos fundamentales y del territorio.

El trabajo que se ha venido desarrollando hacia adentro, en la construcción de las redes y tejidos internos que configuran el proyecto político organizativo, ha hecho avances significativos "atribuidos también a la influencia de las relaciones con las redes externas" en el reconocimiento de la participación efectiva de la mujer en la apropiación del territorio, a través de su papel en las actividades productivas como en el fortalecimiento de los grupos de base comunitarios en instancias organizativas de derechos de comunidades negras. Como resultado, el proyecto ha contribuido a la vinculación de jóvenes en la construcción del proyecto de vida de la comunidad a través de su participación directa y masiva en la recuperación de las prácticas productivas tradicionales para la autonomía alimentaria, contribuyendo de esta manera a ofrecer una alternativa de acción a los jóvenes, distinta a la vinculación al conflicto armado y al cultivo de plantas con fines ilícitos (coca).

Los logros alcanzados han motivado a otras comunidades y organizaciones vinculadas al PCN a gestionar y apoyarse en la solidaridad y la cooperación para alcanzar propósitos que no solo aportan a la comunidad afrocolombiana, sino al conjunto social del país y del resto del mundo.

NOTaS

* Libia Grueso (2005): "Representaciones y relaciones en la

construcción del proyecto político y cultural del Proceso de Comunidades Negras en el contexto del conflicto armado en la región del Pacífico Sur colombiano", en Daniel Mato (coord.), Políticas de economía, ambiente y sociedad en tiempos de globalización, Caracas: Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Central de Venezuela, pp. 53-70.

** Colombiana afrodescendiente, graduada en trabajo social y especialista en Educación Ambiental y Estudios Políticos. Cofundadora del Proceso de Comunidades Negras (PCN) que se creó con el fin de promover el reconocimiento oficial de los derechos de la población afrodescendiente. Su trabajo de investigación y asesoría en el campo medioambiental en Colombia ha sido reconocido con el Premio Ambiental Goldman en Sudamérica (2004), considerado el Premio Nobel Ambiental. Correo electrónico: libiasuroccidente@yahoo.com

1. Evento organizado por el Programa Cultura, Comunicación y Transformaciones Sociales, CIPOST, FaCES, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 14 y 15 de mayo de 2004, en el cual se presentó una versión preliminar del presente texto.

2. Dinámica organizativa que agrupa más de ciento veinte organizaciones étnico-culturales y territoriales de comunidades negras en Colombia, asociadas a asentamientos tradicionalmente constituidos en ríos y valles interandinos y que hacen parte de un sector del Movimiento Social Afrocolombiano, centra su accionar en los derechos culturales y territoriales reconocidos en la Constitución Nacional de 1991.

3. Palenques: formas político militares constituidas por negros cimarrones escapados de los esclavistas, generalmente asociadas a áreas selváticas defendidas como fuertes. Se tiene, sin embargo, referencia de palenques móviles que se desplazaban por diversos territorios de los cuales tenían control militar.

4. "El Colino" es el término empleado por la comunidad para referirse a los espacios de cultivo reconocidos, como la finca tradicional del Pacifico. En esta, los cultivos no están en espacios continuos, sino que se ubican en diferentes partes del territorio alrededor del río, dependiendo de los suelos; así, una familia tiene

su finca ubicada en distintas partes de acuerdo con el tipo de cultivos que tenga. El colino es un espacio no cercado y su uso se hace entre todos los miembros de la familia, quienes heredan el uso, pero no tienen un título de propiedad sobre la tierra. El colino hace parte del territorio colectivo comunitario de acuerdo con los derechos obtenidos por las comunidades negras en la Ley 70/93.

5. Acuerdo de Perico Negro: acuerdo suscrito en 1986 entre entidades del Ministerio del Ambiente en representación del Estado colombiano y organizaciones de comunidades negras e indígenas del Pacífico en Puerto Tejada, Cauca. Asistieron organizaciones étnico-territoriales de todo el Pacifico colombiano, entre ellas, la OREWA, OIA, ORIES, PCN y la Mesa de Trabajo del Chocó.

6. La Ley 70/93 reglamenta el artículo transitorio 55 de la nueva Constitución colombiana de 1991, que reconoce por primera vez los derechos culturales y territoriales a las comunidades negras como grupo étnico. Esta reforma constitucional obedece a las presiones populares y a la decisión del Gobierno de dar una salida a la crisis política del Estado y la falta de gobernabilidad.

7. Cada desplazamiento representa un promedio de sesenta a ciento veinte familias de seis miembros cada una.

8. Satisfactores de bienestar social: categoría conceptual aplicada en Trabajo Social, como indicadores de bienestar, se refiere a los elementos y recursos que satisfacen necesidades sociales de una comunidad, generalmente comunidades rurales o grupos culturales con una visión particular sobre el bienestar.

9. Según los oficios y artes tradicionales entre las comunidades afrodescendientes o comunidades negras del Pacífico Sur, el cortero es aquella persona que dedica su trabajo al corte y procesamiento de la madera; es un oficio de gran labor y esfuerzo muy dentro del bosque.

10. Entresaque es un término utilizado por los “tuqueros” o cortadores de madera para referirse al corte de árboles de manera selectiva en medio del bosque, dejando aquellos árboles que no sean de interés del cortero de madera.

11. El Estado mínimo como categoría política hace referencia a la transición del Estado a un Estado neoliberal, en el cual la tarea central del Estado es autotransformarse despojándose de la mayoría de sus responsabilidades sociales mediante su transferencia al sector privado y el manejo de estas obligaciones como actividades de oferta y demanda de mercado.

BIBLIOGRAFÍA

Comisión de Veedurfa de Hechos de posible Violación de Derechos Humanos y Derecho Internacional Humanitario (2002): Informe sobre desplazamiento forzado interno, violaciones al Derecho Internacional Humanitario y situación de personas afrocolombianas en las cárceles-Resumen ejecutivo. Bogotá, junio.

Comisión técnica de Veeduría sobre Violación de Derechos en Comunidades Afrodescendientes

(2002): Informe ejecutivo. Bogotá, junio.

Comité de Atención a los Derechos Humanos y al Desplazamiento Forzado

, CODHES (2001-2002): Informe sobre violación de Derechos Humanos en Colombia. Bogotá.

C

ongreso Nacional de Paz

y

País

(2002): Documentos finales. Bogotá, junío.

Grueso,

Libía (2001): El proceso organizativo de comunidades negras en el Pacifico Sur colombiano, Tesis de maestría. Universidad Javeriana, Santiago de Cali.

Mato

, Daniel (2001): Producción transnacional de representaciones sociales y transformaciones sociales en tiempos de globalización, en Daniel Mato (comp.), Estudios latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, CLACSO, Buenos Aires, pp. 127- 159.

Proceso de Comunidades Negras,

PCN (1998-2003): Notas de archivo sobre discusiones y reuniones internas, trabajo no publicado, Buenaventura, Colombia.

Proyecto F

ES-CIDEAL (2000): Apoyo al fortalecimiento organizativo para la productividad y el desarrollo social y económico de las comunidades negras en el Pacífico Sur de Colombia. Cali, diciembre.

Rosero,

Carlos (2003): Alcances, limitaciones y posibilidades de la Resistencia Civil, Asuntos Indígenas, Revista IWGIA (4): 50-55 (International Working Group for Indigenous Affairs), Copenhague.

capítulo 14

Más allá del Tercer Mundo:

globalidad imperial, colonialidad global y movimientos sociales antiglobalización*

ARTURO ESCOBAR**

"Más allá del Tercer Mundo" indica tanto el final de una era y modalidad de pensamiento como el nacimiento de nuevos retos, sueños y posibilidades reales. Ambas observaciones, sin embargo, pueden ser apasionadamente discutidas. De un lado, ¿qué es lo que realmente ha terminado? Asumiendo que el horizonte histórico que finalmente ha concluido es el de las luchas anticoloniales en el Tercer Mundo, ¿cómo entender los otros, tal vez menos inasibles, aspectos del tercermundismo? Por ejemplo, ¿cómo comprender la tremenda solidaridad internacional, que suscitó entre las gentes explotadas, sus apasionados llamados por justicia o sus elocuentes demandas por un nuevo orden económico internacional? Y ¿es la centralidad de lo político, en la cual este espíritu se basó, una cosa del pasado? ¿Todos estos rasgos son ineluctablemente dejados atrás por la apisonadora de la historia moderna capitalista? Para comenzar, muchas de las condiciones que dieron origen al tercer-mundismo no han desaparecido. Hoy el mundo es confrontado por un sistema capitalista —un imperio global liderado por EE UU— que parece más inhumano que nunca; el poder de este imperio hace que el fuerte clamor por la justicia de los líderes de Bandung aparezca hoy para nosotros como tímido. Más aún, la inhumanidad del imperio liderado por EE UU continúa siendo más patentemente visible en lo que hasta hace poco fuera denominado como el Tercer Mundo. Así, puede ser argumentado que la necesidad por una solidaridad internacional es más grande ahora que nunca, aunque en nuevas formas, por no hablar acerca de la imperiosa necesidad de resistir el mercado global que demanda, en un tono más irrefutable que en el pasado, que el mundo tiene que ser organizado para su explotación y que no se podrá hacer nada para evitarlo.

De otro lado, si el fin del Tercer Mundo indica algo nuevo, no hay acuerdo sobre su novedad y las necesidades teóricas y políticas que

demanda. Para algunos, un paradigma enteramente nuevo no solo se necesita, sino que ya se encuentra emergiendo. Otros hablan de la necesidad de un nuevo horizonte de significado para las luchas políticas después del ocaso del sueño de la soberanía nacional mediante la revolución popular. Otros argumentan incluso que como la mayoría de las visiones alternativas del pasado reciente —desde la liberaron nacional hasta el socialismo— operaron en un marco modernista, los paradigmas del futuro tienen que distanciarse cuidadosamente de los conceptos modernos. Como reza el dicho: más fácil decirlo que hacerlo. El hecho es que hay muchos buenos análisis del impasse contemporáneo, pero no parecen cristalizar o converger en propuestas compartidas o formulaciones tersas, ni mucho menos definir direcciones claras de la acción política que podrían capturar la imaginación colectiva. David Scott lo planteó fuerte, pero constructivamente, al decir que la situación global actual se asocia a un nuevo espacio-problema al cual ni el tercermundismo ni el consiguiente (en los ochenta y noventa) criticismo poscolonial proveen buenas respuestas; lo que se necesita, afirmaba, es "una nueva conceptualización de las políticas poscoloniales" que permitan imaginar "la unión de la tradición política radical […] en un ethos de respeto agnóstico por pluralizaciones de la diferencia subalterna" (Scott, 1999: 224).

Las conclusiones de Scott tienen resonancia, en mayor o menor medida, en un número de propuestas teórico-políticas recientes, como el "posmodernismo opositor" de Boaventura de Sousa Santos (2003), los llamados a nuevos imaginarios anticapitalistas, como Aníbal Quijano (2002) y Samir Amin (2003), y el énfasis en perspectivas no-eurocéntricas sobre la globalidad del grupo latinoamericano de investigación de modernidad/colonialidad, que será discutido con algún detalle en este capítulo. La noción de diferencia subalterna como una importante fuente para los nuevos paradigmas también resuena constructivamente para quienes abogan por unas epistemologías, economías y ecologías basadas en el lugar (i. e., Harcourt y Escobar, 2002; Gibson-Graham, 2003; McMichael, 2001), y para quienes ven en los movimientos antiglobalización o de justicia global una nueva lógica teórica y política creciente. Un número de observadores, finalmente, encuentran en el movimiento del Foro Social Mundial, a pesar de muchas críticas, una expresión y promulgación de este nuevo paradigma, visión política o imaginario

anticapitalista, incluso si sus contornos son apenas discernibles en el presente (i. e., Santos, 2003; Sen, 2003; Fischer y Ponniah, 2003; Sen et al., 2004).

Este capítulo teje algunos de estos iluminadores planteamientos en un argumento que se centra en los límites de imaginar el "más allá del Tercer Mundo" en el orden del conocimiento y la política que nos dio la noción del Tercer Mundo y sus formaciones sociales asociadas. Mark Berger está en lo cierto cuando dice que las condiciones que vieron la emergencia de los nacionalismos anticoloniales esbozados en el tercermundismo han sido superados, y que sus tropos (visiones románticas de tradiciones precoloniales, utopismo marxista y nociones occidentales de modernización y desarrollo) deben ser descartados.

La pregunta es, entonces, ¿qué lenguajes y visiones serán los apropiados para el actual espacio-problema de la hegemonía capitalista y las luchas contra hegemónicas? ¿Cuál sería el rol, si hay alguno, de lo que ha sido denominado "tradiciones" en este respecto? ¿Pueden ser inventadas nuevas formas de utopismo? ¿Cuál debería ser la contribución de la modernidad occidental en este esfuerzo? A la inversa, ¿en qué punto debemos intentar ir más allá de dicha modernidad? Intentaré demostrar que en los lenguajes de la diferencia subalterna, utopismo crítico y una modernidad reinterpretada (una en la cual la modernidad no es solo "reducida a su tamaño real", sino re-contextualizada para permitir que otras formaciones culturales sean visibles) estaremos en posibilidad de hallar un nuevo marco teórico para imaginar el "más allá del Tercer Mundo" en formas que, al menos, re-elaboren algunas de las trampas modernistas del pasado.

El argumento que puede hacerse al respecto tiene tres componentes, desarrollados en las subsecuentes partes del capítulo:

1. La habilidad de la modernidad para proveer soluciones a los problemas modernos ha sido crecientemente comprometida. En efecto, puede ser argumentado que no existen soluciones modernas a muchos de los problemas de hoy (Santos, 2002; Leff, 1998; Escobar, 2003). Este es claramente el caso, por ejemplo, de los desplazamientos masivos y la destrucción ecológica, pero también de la inhabilidad del desarrollo para satisfacer sus promesas de un

mínimo bienestar a la población del mundo. En la base de esta incapacidad moderna subyace tanto la hipertecnificación de la racionalidad y la hipermercantilización de la vida social —lo que Santos (2002) refiere como la creciente incongruencia entre las funciones de la emancipación social y la regulación social—. El resultado es una globalidad opresiva en la cual múltiples formas de violencia toman crecientemente la función de regulación de la gente y las economías. Este rasgo ha sido central para el enfoque neoliberal del imperio estadounidense (más aún después de la invasión a Irak). Esta tentativa modernista de combatir los síntomas, mas no la causa de las crisis sociales, políticas y ecológicas, resulta en múltiples "pequeñas guerras crueles" (Joxe, 2002) en las cuales el control de territorios, poblaciones y recursos está en juego. Regímenes de inclusión selectiva y de hiperexclusión —de aumentada pobreza para los más y de inusitada riqueza para los menos— operando a través de lógicas espacio-militares, crean una situación de extendido fascismo social. La ampliación de territorios y personas objeto de precarias condiciones de vida bajo el fascismo social sugiere la validez de cierta noción de Tercer Mundo, aunque no reducible a estrictos parámetros geográficos.

En síntesis, la crisis moderna es una crisis de los modelos de pensamiento y las soluciones modernas, al menos bajo la globalización neoliberal (GNL); solo agudizan los problemas. Moverse más allá o por fuera de la modernidad deviene, entonces, en un sine qua non para imaginar el más allá del Tercer Mundo.

2. Si aceptamos que lo que está en juego es el reconocimiento de que no hay soluciones modernas a muchos de los problemas modernos de hoy, ¿dónde buscaremos nuevas ideas? En este plano, resulta crucial cuestionar la idea ampliamente aceptada de que la modernidad es ahora una fuerza universal e inescapable, que la globalización implica la radicalización de la modernidad, y de que en adelante la modernidad está en todas partes. Un fructífero modo de pensar es cuestionar la interpretación de que la modernidad es un fenómeno intraeuropeo. Esta reinterpretación visibiliza el lado oculto de la modernidad, esto es, aquellos conocimientos subalternos y prácticas culturales en el mundo que la modernidad misma ha suprimido, eliminado, invisibilizado y descalificado. Entendido como "colonialidad", este otro lado ha coexistido con la

modernidad desde la conquista de América; es la misma colonialidad del ser, conocimiento y poder que el imperio liderado por EE UU intenta silenciar y contener; la misma colonialidad que se afirma en los bordes del sistema mundo moderno/colonial, y desde el cual los grupos subalternos intentan reconstituir los imaginarios basados en el lugar y los mundos locales. Desde esta perspectiva, la colonialidad es constitutiva de la modernidad, y el "Tercer Mundo" es parte de su lógica clasificatoria. Hoy, una nueva articulación global de la colonialidad está haciendo obsoleto el Tercer Mundo, y nuevas clasificaciones han sido acuñadas para emerger en un mundo nunca más predicado en la existencia de tres mundos.

3. Este análisis sugiere la necesidad de desplazarse de la sociología de las ausencias de los conocimientos subalternos a la política de la emergencia de los movimientos sociales; esto requiere examinar los movimientos sociales contemporáneos desde la diferencia colonial. En sus mejores momentos, los movimientos de hoy, particularmente los movimientos antiglobalización y de justicia global, promueven una nueva lógica de lo social basada en formas autoorganizadas y en gran parte estructuras no-jerárquicas.

Estos movimientos tienden a mostrar propiedades emergentes y un complejo comportamiento adaptativo que los movimientos del pasado, con su inclinación por la centralización y jerarquía, nunca fueron capaces de manifestar.

Esta lógica es parcialmente reforzada por las dinámicas de autoorganización de las nuevas tecnologías de información y comunicación (NTIC), resultando en lo que podría ser denominado "comunidades inteligentes subalternas". Situadas en un lado contrapuesto de las zonas limítrofes moderno/coloniales, estas comunidades articulan prácticas de la diferencia social, económica y ecológica que son útiles para pensar sobre mundos locales y regionales alternativos, e imaginar así el más allá del Tercer Mundo.

Los fracasos de la modernidad y la emergencia

de la globalidad imperial

Lo que estoy intentando argumentar es que para imaginar el más allá del Tercer Mundo necesitamos también imaginar de alguna manera el más allá de la modernidad. De ahí que empezaré por discutir las tendencias dominantes en el estudio de la modernidad desde lo que podríamos llamar "las perspectivas intramodernas" antes de pasar a ofrecer componentes de un marco alternativo. Soy consciente de que la visión de modernidad presentada a continuación es terriblemente parcial y controvertida. La presento solo para resaltar el contraste con los encuadres que buscan ir más allá de la misma. En última instancia, la meta de esta breve digresión es política. Si, como la mayoría de la discusión intramoderna sugiere, la globalización implica la universalización y radicalización de la modernidad, entonces ¿qué nos queda? ¿Una alteridad radical es imposible? De modo más general, ¿que le está sucediendo al desarrollo y la modernidad en tiempos de globalización? ¿Está la modernidad, finalmente, siendo universalizada o ha sido dejada atrás? La pregunta es más conmovedora porque se puede argumentar que el presente es un momento de transición: entre un mundo definido en términos de modernidad y sus corolarios (el desarrollo y la modernización), y la certidumbre por ellos instalada —un mundo que ha operado mayoritariamente bajo la hegemonía europea en los pasados doscientos años, si no más— y una nueva realidad (global) que es aún difícil de asir, pero que, en extremos opuestos, puede ser vista, ya sea como la profundización de la modernidad sobre el mundo, o, al contrario, como una realidad profundamente negociada que comprende múltiples formaciones culturales heterogéneas y, por supuesto, muchos matices entre ellas. Este sentido de transición está bien captado por la pregunta: ¿es la globalización el último estado de la modernidad capitalista o el comienzo de algo nuevo? Como veremos, las perspectivas intramodernas y las no-eurocéntricas ofrecen una respuesta sustantivamente diferente a esta serie de preguntas.

Globalización como radicalización de la modernidad: una visión intramoderna de la modernidad

La idea de un proceso de globalización relativamente singular que emane de unos pocos centros hegemónicos permanece dominante. La raíz de esta idea subyace en la concepción de la modernidad como un fenómeno esencialmente europeo. Desde esta perspectiva, la modernidad puede ser caracterizada de la siguiente manera: históricamente, la modernidad tiene orígenes temporal y espacialmente identificados; el siglo XVII de la Europa del norte, alrededor de los procesos de la Reforma, la Ilustración y la Revolución francesa. Estos procesos cristalizaron al final del siglo XVIII y se consolidaron con la revolución industrial. Sociológicamente, la modernidad es caracterizada por ciertas instituciones, particularmente el Estado-nación, y por algunos rasgos básicos, tales como la reflexividad, la descontextualización de la vida social del contexto local y el distanciamiento espacio/tiempo, dado que relaciones entre "ausentes otros" devienen más importantes que la interacción cara a cara (Giddens, 1990). Culturalmente, la modernidad es caracterizada en términos de la creciente apropiación de las hasta entonces dadas por sentadas competencias culturales, por formas de conocimiento experto asociadas al capital y a los aparatos administrativos del Estado —lo que Habermas (1987) describe como una creciente racionalización del mundo-vida—. Filosóficamente, la modernidad implica la emergencia de la noción de "hombre" como fundamento de todo conocimiento del mundo, separado de lo natural y lo divino (Foucault, 1973; Heidegger, 1977). La modernidad es también vista en términos del triunfo de la metafísica, entendida como una tendencia —extendida desde Platón y algunos presocráticos hasta Descartes y los pensadores modernos, y criticada por Nietzsche y Heidegger, entre otros—, que encuentra en la verdad lógica el fundamento para una teoría racional del mundo compuesto por cosas y seres cognoscibles y controlables. Vattimo (2000) enfatiza la lógica del desarrollo —la creencia en el perpetuo mejoramiento y superación— como crucial para la fundación filosófica del orden moderno.

¿Existe una necesidad lógica para creer que el orden tan esque-

máticamente caracterizado arriba es el único capaz de devenir global? Para la mayoría de los teóricos, en todos los matices del espectro político, este es exactamente el caso.

Giddens (1990) lo ha argumentado enfáticamente: la globalización implica una radicalización y universalización de la modernidad. La modernidad no es solo un puro asunto de Occidente, sino que la modernidad está en todas partes, el triunfo de lo moderno subyace precisamente en haber devenido universal. Esto podría denominarse "el efecto Giddens": desde ahora mismo, la modernidad está en todas partes, hasta el final de los tiempos. No solo la alteridad radical es expulsada por siempre del ámbito de posibilidades, sino que todas las culturas y sociedades del mundo son reducidas a ser la manifestación de la historia y cultura europea. No importa cuán variadamente sea caracterizada, una "modernidad global" ha llegado para quedarse. Investigaciones antropológicas recientes de la modernity at large[1] (Appadurai, 1996) han mostrado que la modernidad debe ser vista como des-territorializada, hibridizada, confrontada, desigual, heterogénea e incluso múltiple. No obstante, en última instancia, estas modernidades terminan siendo una reflexión de un orden eurocentrado bajo el supuesto de que la modernidad está ahora en todas partes, constituyendo un ubicuo e ineluctable hecho social[2]. Esta incapacidad para ir más allá de la modernidad es enigmática y necesita ser cuestionada como parte de cualquier esfuerzo para imaginar un más allá del Tercer Mundo.

Más allá de la modernidad: posmodernismo opositor

Boaventura de Sousa Santos ha argumentado enfáticamente que nos estamos desplazando más allá del paradigma de la modernidad en dos sentidos: epistemológica y sociopolíticamente. Epistemológicamente, este movimiento implica una transición del dominio de la ciencia moderna a un panorama plural de formas de conocimiento. Socialmente, la transición es entre el capitalismo global y las formas emergentes, de las cuales solo tenemos destellos en los movimientos sociales de hoy y en eventos tales como el Foro Social

Mundial. El punto clave de esta transición, en la rigurosa conceptualización de Santos, está en la insostenible tensión entre las funciones centrales de la modernidad de la regulación y la emancipación social, en torno al creciente desbalance entre expectativas y experiencia. Tendiente a garantizar el orden en sociedad, la regulación social comprende una serie de normas, instituciones y prácticas a través de las cuales las expectativas son estabilizadas, basadas en los principios del Estado, el mercado y la comunidad.

La emancipación social reta el orden creado por la regulación en nombre de un ordenamiento diferente; para este fin, ha recurrido a la racionalidad estética, científico-cognitiva y ética. Estas dos tendencias se han vuelto muy contradictorias, derivando en un número de excesos y deficiencias nunca antes tan evidente, en particular con la globalización neoliberal. El manejo de estas contradicciones —principalmente en las manos de la ciencia y la ley—, está él mismo en crisis. El resultado ha sido la hipercientifización de la emancipación (las demandas por una sociedad mejor han sido filtradas a través de la racionalidad de la ciencia), la hipermercantilización de la regulación (la regulación moderna es cedida al mercado, ser libre es aceptar la regulación del mercado) y, más aún, el colapso de la emancipación en la regulación. De ahí la necesidad de una transición paradigmática que nos permita pensar de nuevo sobre la problemática de la regulación y la emancipación social, con la meta última de desoccidentalizar la emancipación social (Santos, 2002: 1-20). Para este fin, es requerido un nuevo enfoque de la teoría social, el "posmodernismo opositor":

Las condiciones que trajeron la crisis de la modernidad no son todavía las condiciones para superar la crisis más allá de la modernidad. De ahí la complejidad de nuestro periodo de transición retratado por la teoría oposicional posmoderna: estamos enfrentando problemas modernos para los cuales no hay soluciones modernas. La búsqueda de una solución posmoderna es lo que denomino posmodernismo opositor [...] Es necesario comenzar desde la disyunción entre la modernidad de los problemas y la posmodernidad de las posibles soluciones, y convertir tales disyunciones en el impulso para fundamentar teorías y prácticas capaces de reinventar la emancipación social a partir de las destruidas promesas de emancipación de modernidad (Santos, 2002: 13-14)[3].

Santos apunta entonces hacia otro paradigma, distinto de la modernidad, incluso si no es aún totalmente visible, que haga plausible la imaginación del más allá de la modernidad. Su lectura de la modernidad distingue entre las posiciones que postulan un final al capitalismo, incluso si es en un largo término, que abogan por prácticas transformativas y aquellas otras que conciben el futuro como una metamorfosis del capitalismo, que favorecen estrategias adaptativas dentro de este (Castells, 1996; Santos, 2002: 165-193). Para este último grupo, uno puede decir que la globalización es el más reciente estado de la modernidad capitalista; para el primero, la globalización es el comienzo de algo nuevo. Como veremos, la perspectiva América Latina de la modernidad/colonialidad sugiere que las prácticas transformadoras están produciéndose ahora, y necesitan ser amplificadas socialmente.

La nueva fase del imperio global y el crecimiento del fascismo social

Para Santos (2002), una de las principales consecuencias del colapso de la emancipación en la regulación es el predominio estructural de la exclusión sobre la inclusión. Ya sea por la exclusión de muchos de quienes estaban anteriormente incluidos, o porque a aquellos que en el pasado eran candidatos a la inclusión se les impide ahora ser incluidos, el problema de la exclusión ha venido a acentuarse terriblemente, con un número creciente de personas arrojadas en un auténtico "estado de naturaleza". El tamaño de la clase excluida varía por supuesto con la centralidad del país en el sistema mundial, pero es particularmente asombrosa en Asia, África y América Latina. El resultado es un nuevo tipo de fascismo social como "un régimen social y civilizatorio" (Santos, 2002: 453). Este régimen, paradójicamente, coexiste con sociedades

democráticas, de ahí su novedad. Este fascismo puede operar de varios modos: en términos de exclusión espacial; territorios disputados por actores armados; el fascismo de la inseguridad y, por supuesto, el mortal fascismo financiero, el cual a veces dicta la marginalización de regiones y países enteros que no cumplen con las condiciones necesitadas por el capital, según el FMI y sus fieles asesores (Santos, 2002: 447-458). Al anterior Tercer Mundo corresponden los más altos niveles de fascismo social de este tipo. Esto es, en suma, el mundo que está siendo creado por la colonización desde arriba o la globalización hegemónica.

Antes de continuar, es importante completar esta escueta re-presentación de la modernidad capitalista global de hoy al examinar la invasión a Irak liderada por EE UU a principios de 2003. Entre otras cosas, este episodio presenta dos aspectos particularmente claros: primero, la voluntad de usar niveles de violencia sin precedentes para aplicar una dominación de escala global; segundo, la unipolaridad del imperio actual. En ascenso desde los años de Thatcher-Reagan, esta unipolaridad ha alcanzado su clímax con el régimen posterior al 11-S, basada en una nueva convergencia de intereses militares, económicos, políticos y religiosos en los EE UU. En la convincente visión de Alain Joxe (2002) de una globalidad imperial, lo que hemos visto desde la Guerra del Golfo es el desarrollo de un imperio que opera crecientemente a través del manejo de una violencia asimétrica y espacializada del control territorial, de las masacres subcontratadas y de las "pequeñas guerras crueles", las cuales en conjunto buscan la imposición del proyecto capitalista neoliberal. En juego está un tipo de regulación que opera mediante la creación de un nuevo horizonte de violencia global. Este imperio regula el desorden a través de medios financieros y militares, empujando el caos hasta sus afueras, creando una paz "predatoria" que beneficia a una casta noble global, dejando incalculable sufrimiento en su camino. Es un imperio que no asume responsabilidad por el bienestar de aquellos sobre los cuales gobierna. Como Joxe ha argumentado:

El mundo está hoy unido por una nueva forma de caos, un caos imperial, dominado por el imperium de los EE UU, aunque no por ellos controlado. Carecemos de palabras para describir este nuevo sistema, mientras estamos rodeados por sus imágenes [...] El mundo dirigido a

través del caos, una doctrina que una escuela racional europea haría difícil de imaginar, necesariamente conduce al debilitamiento de los Estados —incluso en los EE UU— a través de la emergente soberanía de las corporaciones y mercados (2002: 78, 213).

El nuevo imperio opera entonces no tanto a través de conquista, sino a través de la imposición de normas (mercados libres, democracia estilo EE UU, nociones culturales de consumo, entre otros). Lo que anteriormente se denominaba Tercer Mundo constituye el principal teatro de una multiplicidad de pequeñas guerras crueles que, antes que retornos bárbaros, se enlazan a la actual lógica global. Desde Colombia y Centroamérica a Argelia, África subsahariana y el Medio Este, estas guerras se producen en los Estados o regiones, sin amenazar el imperio, pero fomentando condiciones que le son favorables. Para gran parte del anterior Tercer Mundo (y por supuesto para el Tercer Mundo en el centro), se reserva "el caos-mundial" (Joxe, 2002: 107), la esclavitud del mercado libre y el genocidio selectivo. En algunos casos, esto llega a un tipo de "paleo-micro-colonialismo" en regiones, en otros a la balcanización, y algunos a las más brutales guerras internas y el desplazamiento masivo hasta vaciar regiones enteras para el capital transnacional (particularmente en el caso del petróleo, pero también diamantes, madera, agua, recursos genéticos y tierras agrícolas). A menudo estas pequeñas guerras crueles son atizadas por redes de mafia y tienden hacia la globalización macroeconómica. Es claro que el nuevo imperio global[4] articula la "expansión pacífica" de la economía de mercado con la violencia omnipresente de un nuevo régimen de globalidad económica y militar —en otras palabras, la economía global viene siendo sustentada por una organización global de la violencia y viceversa (Joxe, 2002: 200)—. En el lado de la subjetividad, lo que crecientemente se encuentra en los sures (incluyendo el sur en el norte) son "identidades fragmentadas" y transformación de las culturas de la solidaridad en culturas de la destrucción.

El caso colombiano: modernidad, desarrollo

y la lógica del desplazamiento

Colombia ejemplifica la visión de Joxe, y de esta manera creo que en Colombia se presentan situaciones que podrían volverse más comunes en el mundo. A pesar de la complejidad de la situación, es posible realizar unas pocas observaciones generales. Primero, este país representa patrones de exclusión histórica hallados en muchas partes de América Latina, pero raramente tan profundos. Esta situación se ha agravado en los últimos veinte años por los sucesivos regímenes neoliberales, pero existe una larga historia de exclusión, particularmente en la estructura de la propiedad de tierras. Hoy, el 1,1 por ciento de los grandes propietarios controlan el 55 por ciento de toda la tierra cultivable (y alrededor de la tercera parte de esta puede estar asociada con el dinero de la droga). Más del 60 por ciento de la población colombiana tiene un ingreso por debajo de la línea de pobreza; el 25 por ciento vive en pobreza absoluta, esto significa que sus ingresos son inferiores a un dólar al día. La pobreza rural es del 80 por ciento y la pobreza urbana ha alcanzado también altos niveles, con al menos dos consecuencias de particular relevancia: la creación de vastos barrios de pobreza absoluta, con escasa o nula presencia del Estado, los cuales son principalmente gobernados por leyes locales, incluyendo una persistente violencia, y la emergencia de un nuevo grupo de personas conocidas como desechables que son a menudo objeto de "limpiezas sociales" por escuadrones de la muerte de derecha. Desde los años ochenta, mafias de las drogas han adquirido tremenda presencia en todos los planos de la sociedad, impulsadas por el bastante lucrativo negocio internacional. El conflicto armado que afecta actualmente a Colombia es bien conocido. Este conflicto reúne a diferentes actores —principalmente guerrillas de izquierda, el ejército y los grupos paramilitares de derecha— en una compleja disputa militar, territorial y política, que no intento analizar aquí[5]. Es suficiente decir que, desde la perspectiva de la globalidad imperial, estos grupos pueden ser vistos como máquinas más interesadas en su propia sobrevivencia y esfera de influencia que en una solución pacífica al conflicto. Masacres y violaciones a los derechos humanos están al

orden del día por parte de los paramilitares, pero también por las guerrillas, y la población civil es frecuentemente introducida en el conflicto como participantes forzosos o victimas sacrificadas. Las guerrillas no han tenido la voluntad de reconocer y respetar las necesidades autónomas y las estrategias de otras luchas, como aquellas de las gentes negras e indígenas y de los ambientalistas.

Las dinámicas subnacionales de la globalidad imperial son patéticamente ilustradas por la experiencia de la región del Pacífico colombiano. Esta área de bosque húmedo tropical, rica en recursos naturales, ha sido la habitación de cerca de un millón de personas; el 95 por ciento de ellas, afrocolombianas, con cerca de 50.000 indígenas de varios grupos étnicos. En 1991, una nueva Constitución garantizó los derechos territoriales de las comunidades negras. Desde la mitad de los noventa, sin embargo, guerrillas y paramilitares se han estado moviendo progresivamente en la región, para ganar el control de los territorios que son ricos en recursos naturales o sitio de futuros megaproyectos de desarrollo. En muchas comunidades ribereñas, tanto guerrillas como paramilitares, han impulsado a la gente a plantar coca o a salir. El desplazamiento ha alcanzado proporciones increíbles, con muchos cientos de miles de personas desplazadas solo de esta región. En la parte más sur de la región del Pacífico, el desplazamiento ha sido causado en gran parte por los paramilitares pagados por los ricos cultivadores de palma africana, en un intento por expandir sus propiedades e incrementar la producción para los mercados mundiales. Esto se ha hecho en el nombre del desarrollo con recursos provistos por el Plan Colombia[6].

Es poco conocido que Colombia tiene hoy cerca de tres millones de personas desplazadas internamente constituyendo una de las mayores crisis de refugiados en el mundo. Cerca de 400.000 personas fueron desplazadas internamente solo en 2002. Un altísimo porcentaje de los desplazados son afrocolombianos e indígenas, los cuales hacen evidente un aspecto poco discutido de la globalidad imperial, esto es, su dimensión racial y étnica. Un aspecto de esto es que, como ocurre en el Pacífico, las minorías étnicas a menudo habitan los territorios ricos en recursos naturales que son ahora deseados por el capital nacional y transnacional. Más allá de esta observación empírica, subyace el hecho de que la globalidad imperial es referida también a la defensa del privilegio blanco en el mundo.

Por privilegio blanco quiero decir aquí no tanto lo fenotípicamente blanco, sino la defensa de la forma de vida eurocéntrica que ha privilegiado históricamente a los blancos a expensas de la gente no-europea y de color en el mundo en general. Como veremos, esta dimensión de la globalidad imperial es mejor captada por el concepto de colonialidad global.

El caso de Colombia y de su región Pacífica, entonces, refleja tendencias cruciales de la globalidad imperial y la colonialidad global. La primera tendencia es la articulación entre la economía y la violencia armada, particularmente en el aún prominente papel de las guerras nacionales y subnacionales por el control del territorio, la gente y los recursos. Estas guerras contribuyen a la dispersión del fascismo social, definido como la combinación de la exclusión social y política por la cual se produce el incremento de largos sectores de la población viviendo bajo terribles condiciones materiales y a menudo bajo la amenaza de desplazamiento o incluso de muerte. En Colombia, la respuesta del Gobierno ha sido escalar la represión militar, la vigilancia y la paramilitarización dentro de una concepción de "seguridad democrática" que refleja la estrategia global de los EE UU como ha sido visto en el caso iraquí: democracia por la fuerza y sin derecho a disentir. El fascismo social y el fascismo político (redes de informantes pagados, supresión de derechos) confluyen en esta estrategia de mantener un patrón de acumulación del capital que beneficia a un cada vez más estrecho sector de la población mundial.

Segundo, Colombia también muestra que, a pesar de reunir condiciones excelentes para la construcción de una sociedad pacífica y una democracia capitalista (i. e., muy ricas reservas naturales y una amplia y altamente entrenada clase profesional), en la práctica ha sucedido lo contrario en parte porque la guerra local es, al menos parcialmente, un subrogado de los intereses globales (especialmente de los EE UU), en parte porque con una rapaz voracidad la elite nacional rehúsa a entrar en una democracia más significativa, y también porque la lógica de la guerra (incluyendo las mafias de la droga) ha tomado una dinámica de autoperpetuación. Finalmente, y más importante para nuestro argumento, el caso colombiano hace más claro el agotamiento de los modelos modernos. El desarrollo y la modernidad, con seguridad, fueron siempre inherentemente

procesos creadores de desplazamiento.

Lo que se ha vuelto evidente con el exceso de la globalidad imperial es que la brecha entre las tendencias productoras de desplazamiento y los mecanismos preventivos de desplazamiento no solo han crecido, sino que se ha vuelto insostenible —esto es, inmanejable en el marco moderno—[7]. En resumen, mientras que existen rasgos socioeconómicos y políticos que aún podrían hablar legítimamente de un Tercer Mundo (pobreza, exclusión, opresión, desarrollo desigual, imperialismo por supuesto y demás), estos han sido rearticulados de formas que no permiten hablar del Tercer Mundo, sino imaginar un más allá del Tercer Mundo más apropiadamente. Esta articulación debe preservar las condiciones sociales que permitían hablar de un Tercer Mundo en un periodo anterior. Pero ellas tienen que ser reactualizadas a través de conceptos más atinados para las problemáticas contemporáneas. Hasta ahora hemos discutido algunos de estos conceptos, particularmente el de imperialidad global y el de fascismo social. También hemos comenzado la discusión de lo que significaría el pensamiento de más allá de la modernidad. Es tiempo de ampliar esta idea con la introducción del programa de investigación de la modernidad/colonialidad.

Más allá de la modernidad: subalternidad

y la problemática de la colonialidad

El aparente triunfo de la modernidad eurocentrada puede ser visto como una imposición de un designio global por una historia local, de tal modo que ha subalternizado otras historias locales y designios. Si este es el caso, ¿podría uno postular la hipótesis de que alternativas radicales a la modernidad no son una posibilidad histórica cerrada? Y si es así, ¿cómo podríamos articular un proyecto en torno a esta noción?, ¿podría pensarse sobre y, de modo diferente, desde una “exterioridad” al sistema mundo

moderno?, ¿puede uno imaginar alternativas a la totalidad imputada a la modernidad y esbozar no una totalidad diferente hacia diferentes designios globales, sino una red de historias locales/globales construidas desde la perspectiva de una alteridad políticamente enriquecida? Esta es precisamente la posibilidad que puede ser vislumbrada desde el grupo de teóricos latinoamericanos que en la problematización de la modernidad a través de los lentes de la colonialidad cuestionan los orígenes espaciales y temporales de la modernidad, desatando así el potencial radical para pensar desde la diferencia y hacia la constitución de mundos locales y regionales alternativos. En lo que sigue, presentaré sucintamente algunos de los argumentos principales de estos trabajos[8].

La conceptualización de la modernidad/colonialidad se asienta en una serie de operaciones que la distinguen de las teorías establecidas de la modernidad. Estas incluyen:

1) la localización de los orígenes de la modernidad en la conquista de América y el control del Atlántico a partir de 1492, antes que los más comúnmente aceptados límites de la Ilustración o el final del siglo XVIII; 2) la atención al colonialismo, poscolonialismo e imperialismo como constitutivos de la modernidad; esto incluye una determinación de no pasar por alto la economía y sus concomitantes formas de explotación; 3) la adopción de una perspectiva global en la explicación de la modernidad, en lugar de una visión de la modernidad como un fenómeno intraeuropeo; 4) la identificación de la dominación de otros fuera del centro europeo como una necesaria dimensión de la modernidad; 5) una reconceptualización del eurocentrismo como la forma de conocimiento de la modernidad/colonialidad —una representación hegemónica y modo de conocimiento que arguye su propia universalidad, "derivada de la posición europea como centro" (Dussel, 2000: 471; Quijano, 2000: 549)—. En síntesis, hay una relectura del "mito de la modernidad" en términos del lado oculto (la colonialidad) que implica una denuncia del supuesto de que el desarrollo europeo debe ser seguido unilateralmente por cualquier otra cultura, y por la fuerza si es necesario, lo que Dussel (1993, 2000) denominó la "falacia desarrollista". Las conclusiones principales son, primero, que la unidad analítica propia para el examen de la modernidad es la modernidad/colonialidad —en suma, no hay

modernidad sin colonialidad, siendo esta última constitutiva de la primera—. Segundo, el hecho de que la "diferencia colonial" es un espacio epistemológico y político privilegiado. En otras palabras, lo que emerge de este encuadre alternativo es la necesidad de tomar seriamente la fuerza epistemológica de las historias locales y pensar lo teórico a través de la praxis política de los grupos subalternos.

Algunas de las nociones clave que constituyen el cuerpo conceptual de este programa de investigación son, entonces: el sistema mundo moderno colonial como el ensamblaje de procesos y formaciones sociales que acompañan el colonialismo moderno y las modernidades coloniales. La colonialidad del poder (Quijano) es entendida como un modelo hegemónico global de poder instaurado desde la conquista que articula raza y trabajo, espacio y gentes, de acuerdo con las necesidades del capital y para el beneficio de los blancos europeos. La diferencia colonial y la colonialidad global (Mignolo) se refieren al conocimiento y dimensiones culturales del proceso de subalternización efectuado por la colonialidad del poder; la diferencia colonial resalta las diferencias culturales en las estructuras globales del poder existentes actualmente. La colonialidad del ser (Nelson Maldonado-Torres), como la dimensión ontológica de la colonialidad, en ambos lados del encuentro; la colonialidad del ser apunta hacia el "exceso ontológico" que ocurre cuando seres particulares se imponen sobre otros y, además, encara críticamente la efectividad de los discursos con los cuales el otro responde a la supresión como un resultado del encuentro. Eurocentrismo como el modelo de conocimiento que representa la experiencia histórica europea, que ha devenido globalmente hegemónica desde el siglo XVII (Dussel, Quijano); de ahí la posibilidad de pensamiento y epistemologías no-eurocéntricos. Una detenida e iluminadora caracterización de la colonialidad es presentada por Walter Mignolo:

Dado que la modernidad es un proyecto, el proyecto triunfal del Occidente cristiano y secular, la colonialidad es, de un lado, lo que el proyecto de modernidad necesita eliminar y borrar en aras de implantarse a sí misma como modernidad y, del otro lado, es el sitio de enunciación donde la ceguera del proyecto moderno es revelado y, concomitantemente, es también el sitio desde donde los nuevos proyectos comienzan a desplegarse. En otras palabras, la colonialidad es el sitio de enunciación que revela y denuncia la ceguera de la narrativa de la

modernidad desde la perspectiva de la modernidad misma, y es al mismo tiempo la plataforma de la pluriversalidad, de proyectos diversos provenientes de la experiencia de historias locales tocadas por la expansión occidental (como el Foro Social Mundial demuestra); así la colonialidad no es un nuevo universal abstracto (el marxismo está incrustado en la modernidad, bueno, pero miope), sino el lugar donde la diversalidad como proyecto universal puede ser pensado; donde la cuestión de lenguajes y conocimientos devienen cruciales (el árabe, el chino, el aymará, el bengalí, etc.) como el sitio de lo pluriversal —esto es, lo "tradicional" que lo "moderno" está borrando y eliminando (Mignolo, correo electrónico, 31 de mayo de 2003).

La pregunta de si existe o no una "exterioridad" al sistema mundo moderno colonial es de alguna manera peculiar a este grupo, y puede ser fácilmente malentendida. Esta pregunta fue originalmente propuesta por Dussel en su clásico trabajo sobre la filosofía de la liberación (1976) y re-trabajada en los años recientes. De ninguna manera esta exterioridad debe pensarse como un afuera puro no tocado por lo moderno. La noción de exterioridad no implica un afuera ontológico, sino que refiere a un afuera que es precisamente constituido como diferencia por el discurso hegemónico. Con la apelación desde la exterioridad en la cual es localizado, el Otro deviene en la fuente original del discurso ético vis a vis una totalidad hegemónica. Esta interpelación del Otro viene como un desafío ético desde afuera o más allá del marco institucional y normativo del sistema. Esto es precisamente lo que el grueso de los teóricos europeos y euro-americanos parecen poco dispuestos a aceptar; tanto Mignolo como Dussel encuentran acá un límite estricto a la deconstrucción y a las críticas eurocéntricas del eurocentrismo.

La noción de Dussel de transmodernidad indica la posibilidad de un diálogo no-eurocéntrico con la alteridad, un diálogo que permita plenamente "la negación de la negación" por la cual los subalternos otros han sido sujetados. En este sentido son importantes las nociones de pensamiento de frontera, epistemología de frontera y hermenéutica pluritópica de Mignolo. Estas nociones apuntan a la necesidad de "una especie de pensamiento que se mueva a lo largo

de la diversidad de los procesos históricos" (Mignolo, 2001a: 9) y que "enfrente el colonialismo de la epistemología occidental (de la izquierda y de la derecha) desde la perspectiva de las fuerzas epistémicas que han sido convertidas en formas subalternas de conocimiento (tradicional, folclórico, religioso, emocional, etc.)" (2001a: 11). Mientras Mignolo reconoce la continuada importancia de la crítica monotópica de la modernidad por el discurso crítico occidental (crítica desde un único y espacio unificado), sugiere que esta tiene que ser puesta en diálogo con las críticas emergentes desde la diferencia colonial. El resultado es una "hermenéutica pluritópica", que hace posible el pensamiento desde diferentes espacios, que finalmente rompe con el eurocentrismo como la única perspectiva epistemológica (sobre la aplicación de la noción de hermenéutica diatópica a tradiciones culturales inconmensurables, ver también Santos, 2002: 268-274). Que sea claro, sin embargo, que el pensamiento de frontera implica "desplazamiento y partida" (Mignolo, 2000: 308), doble crítica (tanto de Occidente como de las otras tradiciones desde las cuales la crítica es lanzada) y la afirmación positiva de un alternativo ordenamiento de lo real.

El corolario es la necesidad de edificar narrativas desde la perspectiva de la modernidad/colonialidad "dirigidas hacia la búsqueda de una lógica diferente" (Mignolo, 2001a: 22). Este proyecto se refiere a la rearticulación de los designios globales por y desde historias locales, a la articulación entre conocimiento subalterno y hegemónico desde la perspectiva de lo subalterno, y al remapeo de la diferencia colonial hacia una cultura de alcance mundial —tal como en el proyecto zapatista, que remapea el marxismo, el tercermundismo y el indigenismo, sin ser ninguno de ellos, en un excelente ejemplo de pensamiento de frontera—. Mientras "no hay nada afuera de la totalidad […] la totalidad es siempre proyectada desde una historia local dada", por lo que es posible pensar en "otras historias locales produciendo, ya sea totalidades alternativas, o una alternativa a la totalidad" (Mignolo, 2000: 329). Estas alternativas no jugarían en el par "globalización/civilización" inherente a la modernidad/colonialidad, sino que más bien edificarían en la relación "mundialización/cultura" centrada en historias locales en las cuales los designios globales coloniales son necesariamente transformados. La diversidad de la mundialización es contrastada acá con la homogeneidad de la globalización, tendente hacia

múltiples y diversos órdenes sociales —en síntesis, pluriversalidad —. Uno puede decir, con Mignolo (2000: 309), que este enfoque "es ciertamente una teoría desde/del Tercer Mundo, pero no solo para el Tercer Mundo […] La teorización del Tercer Mundo es también para el Primer Mundo en el sentido de que la teoría crítica es subsumida e incorporada en una nueva locación neocultural y epistemológica".

Algunas conclusiones parciales: la colonialidad incorpora el colonialismo y el imperialismo, pero va más allá de ellos; es por esto que la colonialidad no termina con el final del colonialismo (la independencia formal de los Estados-nación), sino que ha sido rearticulada en términos del imaginario de los tres mundos surgido tras la Segunda Guerra Mundial (el cual es a su vez reemplazo de las articulaciones previas en términos de Occidentalismo y Orientalismo). Por lo mismo, el "fin del Tercer Mundo" implica una rearticulación de la colonialidad del poder y del conocimiento. Como hemos visto, esta rearticulación toma la forma tanto de una globalidad imperial (un nuevo enlace entre el poder económico y militar) como de una colonialidad global (emergentes órdenes clasificatorios y formas de alterización que están remplazando el orden de la Guerra Fría). El nuevo régimen de colonialidad es aún difícil de discernir. Raza, clase y etnicidad continuarán siendo importantes, pero reconfiguradas; y recientemente, prominentes áreas de articulación se están generando, tales como la religión (y el género asociado a esta, especialmente en el caso de las sociedades islámicas, como pudimos apreciar en la guerra contra Afganistán). Sin embargo, el más prominente vehículo de la colonialidad hoy parece ser ambiguamente dibujado por la figura del "terrorista". Asociado más usualmente al Medio Oriente, y en consecuencia a los más inmediatos intereses petroleros y estratégicos de los EE UU (vis a vis la Unión Europea y Rusia, de un lado, y China e India, del otro), el imaginario del terrorista puede tener un amplio campo de aplicación (lo ha sido ya a los militantes vascos y a las guerrillas colombianas, por ejemplo). Más aún, después del 11-S todos somos terroristas potenciales, a menos que usted sea estadounidense, blanco, cristiano, conservador y republicano, en realidad o epistemológicamente (esto es, en el modo de pensamiento).

Esto significa que en la búsqueda por superar el mito de la mo-

dernidad, es necesario abandonar la noción del Tercer Mundo como una articulación particular de tal mito. Del mismo modo, la problemática de la emancipación social necesita ser refractada a través de los lentes de la colonialidad. La emancipación (y también la economía), como se mencionó, necesita ser des-occidentalizada. Si el fascismo social ha devenido en condición permanente de la globalidad imperial, la emancipación tiene que enfrentar la colonialidad global. Esto significa concebirla desde la perspectiva de la diferencia colonial. ¿Qué significa la emancipación —o liberación, en el lenguaje preferido de algunos autores de la modernidad/colonialidad— cuando uno la aprecia a través de los lentes de la colonialidad, esto es, más allá de la exclusión definida en términos sociales, económicos y políticos?

Finalmente, si no el Tercer Mundo, ¿entonces qué? Pues "mundos y conocimientos de otro modo" basados en las políticas de la diferencia desde la perspectiva de la colonialidad del poder[9].

Otros mundos son posibles: movimientos sociales, política basada-en-lugar y colonialidad global

"Mundos y conocimientos de otro modo" resalta el doble aspecto del esfuerzo que está en juego: construir políticas a partir de la diferencia colonial, particularmente en el nivel del conocimiento y la cultura, e imaginar y construir mundos verdaderamente diferentes. Como el eslogan del Foro Mundial Social de Porto Alegre lo planteaba: "Otro mundo es posible". En el pensamiento más allá del Tercer Mundo está en juego la habilidad de imaginar tanto "otros mundos" como "mundos de otro modo" —esto es, mundos que sean más justos y sustentables y, al mismo tiempo, mundos que sean definidos mediante principios distintos a aquellos de la modernidad eurocentrada—. Para hacer esto, al menos dos consideraciones son cruciales: ¿cuáles son los sitios de donde provendrán las ideas de estas imaginaciones alternativas y disidentes? Y, ¿cómo son las imaginaciones disidentes puestas en movimiento? Sugiero que una posible, y tal vez privilegiada, manera mediante la cual estas dos cuestiones

pueden ser respondidas es enfocarse en las políticas de la diferencia representada por muchos movimientos sociales contemporáneos, particularmente aquellos más directa y simultáneamente engranados con la globalidad imperial y la globalidad colonial.

La razón para esta creencia es relativamente simple. Primero, como es entendido aquí, "diferencia" no es un rasgo esencialista de las culturas no conquistadas aún por la modernidad, sino más bien la articulación misma de las formas globales de poder con mundos basados-en-lugar; en otras palabras, existen prácticas de diferencia que permanecen en la exterioridad (nuevamente, no afuera) del sistema mundo moderno/colonial, incompletamente conquistadas y transformadas, si así se quiere, y también producidas parcialmente a través de antiguas lógicas basadas-en-lugar, que son irreductibles al capital y a la globalidad imperial. Sugiero que pensemos esta diferencia en términos de diferencia cultural, económica y ecológica, correspondiendo a los procesos de conquista cultural, económica y ecológica por la globalidad imperial (como vimos en el caso del Pacífico colombiano). Segundo, muchos de los movimientos sociales actuales no solo son construidos a partir de estas prácticas de diferencia, sino que llevan a cabo una lógica diferente de política y movilización colectiva. Esta lógica tiene dos dimensiones relacionadas: primero, ellos a menudo implican la producción de unas redes autoorganizativas, no jerárquicas. Segundo, en muchos casos estos movimientos llevan a cabo una política del lugar que contrasta con las políticas grandiosas de la revolución y con las concepciones de políticas antiimperiales que requieren que el imperio sea confrontado en su totalidad (Gibson-Graham, 2003). En otras palabras, me gustaría pensar que estos movimientos sugieren su novedad en dos dimensiones: la de la lógica organizativa misma (autoorganización y complejidad), y la de las bases sociales de la movilización (basadas-en-lugar aunque engranadas con redes transnacionales). Permítanme explicar brevemente estas dos dimensiones antes de formular algunas conclusiones sobre el concepto de Tercer Mundo.

La nueva lógica de los movimientos antiglobalización

Al ser confrontados con fenómenos como el de los recientes movimientos sociales, los teóricos hacen bien en preguntarse si contamos con las herramientas apropiadas para analizarlos. En el caso de los movimientos antiglobalización (MAG), se ha ido evidenciando que las teorías existentes se encuentran en dificultades para explicar las movilizaciones globales de los últimos años (Osterweil, 2003; Escobar, 2000). La búsqueda de nuevas teorías y lenguajes, sin embargo, ha empezado en serio. En el comienzo de la ardua tarea de entender los actuales MAG, he encontrado particularmente útiles las teorías de la complejidad en las ciencias naturales (y, en menor medida, las teorías del ciberespacio). Introduciré acá apenas el mínimo de elementos necesarios para plantear por qué estos movimientos —provisionalmente interpretados mediante los lentes teóricos de la autoorganización— ofrecen tal vez nuestra mejor esperanza de imaginar "mundos y conocimientos de otro modo". En el examen de la reciente ola de protesta global del doble movimiento de la transformación económica y la protección social, McMichael (2001) plantea que, ya que ellos se oponen tanto al proyecto modernista como a su epistemología de mercado, deben también ir más allá del clásico contramovimiento de Polanyi. En otros términos, "un movimiento proteccionista está emergiendo", pero no uno que podría simplemente regular mercados: al contrario, es "uno que cuestiona la epistemología del mercado en el nombre de alternativas derivadas desde y más allá del sistema de mercado (2001: 3). Por esta razón, estos movimientos pueden ser propiamente denominados "antiglobalización", pues implican una negación del proyecto de globalización en términos de la universalización de la modernidad capitalista, al menos en su forma neoliberal (incluso sí, por supuesto, otras etiquetas también hacen sentido).

En los últimos siglos, la modernidad y el capitalismo han organizado la vida económica y social en gran parte en torno a la lógica del orden, la centralización y la construcción jerárquica (esto también aplica en gran parte a los socialismos realmente existentes). En décadas recientes, el ciberespacio (como el universo de redes digitales, interacciones e interfases) y las ciencias de la complejidad, han visibilizado un modelo diferente para la organización de la vida social[10]. En términos de la complejidad en particular, hormigueros, enjambres, ciudades, ciertos mercados, por ejemplo, exhiben lo que los científicos denominan "comportamiento

adaptativo complejo" (miles de invisibles unidades formadas por células singulares ocasionalmente se funden en un enjambre y crean una visible forma amplia. Las colonias de hormigas perduran y se desarrollan sin un planificador central. Mercados medievales enlazaron efectivamente a una multitud de productores y consumidores con precios definidos por ellos mismos en una forma que fue entendida localmente). En este tipo de situación, los comienzos simples conducen a entidades complejas sin la existencia de un plan maestro o una inteligencia central planificadora. Estos procesos se generan de abajo hacia arriba, donde los agentes que trabajan en una escala (local) producen comportamientos y formas de más altas escalas (i. e., las grandes demostraciones antiglobalización de los últimos años). Reglas simples en un nivel dan origen a sofisticación y complejidad en otro nivel de emergencia: las acciones de múltiples agentes que interactúan dinámicamente y siguiendo reglas locales antes que comandos de arriba hacia abajo resultan en comportamientos macro o estructuras. Algunas veces estos sistemas son "adaptativos"; van aprendiendo a lo largo del tiempo y responden de modo más efectivo a los desafíos de su entorno.

Una distinción útil entre diferentes tipos de estructuras de red es aquella entre jerarquías y mallas (meshworks) (De Landa 1997, s. f.). Las jerarquías involucran un alto grado de centralización y control, rangos, planificación abierta, homogeneización, así como metas y reglas de comportamiento que conducen a aquellas metas. Las mallas (meshworks), por el contrario, están basadas en una descentralización de la toma de decisiones, estructuras no-jerárquicas, autoorganización, y heterogeneidad y diversidad —dos filosofías de la vida muy diferentes—. Debería estar claro, sin embargo, que estos dos principios se encuentran mezclados y en operación en la mayoría de los ejemplos de la vida real, y uno puede ser origen del otro. La lógica de la jerarquía y el control, sin embargo, ha tendido a predominar en el capitalismo y militarismo como totalidad. El modelo de la autoorganización, no-jerarquía (o heteroarquía), comportamiento complejo adaptativo, es cercano en espíritu al anarquismo filosófico y al anarco-socialismo y puede proveer guías generales para la interconexión internacionalista. Podría decirse, nuevamente de forma provisional, que este modelo también confronta a la izquierda con una nueva política de la emergencia

que debería ser considerada[11].

La política del lugar como una nueva lógica de lo político

La meta de muchas (no de todas) las luchas antiglobalización puede ser vista como la defensa de concepciones históricas particulares basadas-en-lugar del mundo y de prácticas de producción del mundo —más precisamente, como una defensa de construcciones particulares de lugar, incluyendo la reorganización de lugar que podrían ser consideradas necesarias de acuerdo con las luchas de poder en el lugar—. Estas luchas están basadas en lugares, aunque hayan sido transnacionalizadas (Harcourt y Escobar, 2002). Las políticas de lugar constituyen una forma emergente de política, un nuevo imaginario político en el cual se afirma una lógica de la diferencia y una posibilidad que desarrollan multiplicidad de actores y acciones que operan en el plano de la vida diaria. En esta perspectiva, los lugares son sitios de culturas vivas, economías y medio ambientes antes que nodos de un sistema capitalista global y totalizante. En la conceptualización de Gibson-Graham (2003), estas políticas de lugar —a menudo apoyadas por mujeres, ambientalistas, y aquellos que luchan por formas alternativas de vida—, son una lúcida respuesta al tipo de "políticas del imperio", que es también común en la izquierda y que requiere que el imperio sea confrontado en el mismo plano de totalidad y que, en cuanto tal, devalúa todas las formas de acción localizada, reduciéndolas a acomodación o reformismo. Como nos recuerdan permanentemente, "los lugares nunca son totalmente capitalistas, y en esto subyace su potencial de devenir en algo diferente" (Gibson-Graham, 2003: 15). O, en el lenguaje del proyecto de la modernidad/colonialidad, existe una exterioridad a la globalidad imperial, un resultado tanto de la colonialidad global y de las dinámicas culturales basadas-en lugar que son irreductibles a los términos de la modernidad

capitalista.

La lucha de los movimientos sociales de las comunidades negras del Pacífico colombiano ilustra las políticas de lugar en el contexto de la globalidad imperial. Este movimiento, que emergió a principios de los noventa como respuesta a la profundización del modelo neoliberal y en la estela de la nueva Constitución de 1991 que garantiza los derechos culturales y territoriales de las minorías étnicas tales como las comunidades negras del Pacífico, fue desde el principio mismo concebido como una lucha por la defensa de la diferencia cultural y de los territorios. El movimiento desde entonces ha enfatizado cuatro derechos: a su identidad (de ahí, el derecho de ser diferente); a sus territorios (como el espacio para ejercer la identidad), a su autonomía local y a su propia visión de desarrollo. En el encuentro con los agentes del Estado, expertos, ONG, redes internacionales de la biodiversidad, etc., el movimiento ha desarrollado un singular encuadre de ecología política que articula el proyecto de vida de las comunidades de río —imbuido en las nociones basadas-en-lugar de territorio, sistemas de producción y del ambiente—, con la visión política del movimiento

social, encarnado en una visión del Pacífico como un "territorio-región de grupos étnicos". De esta manera, el movimiento puede legítimamente ser interpretado en términos de la defensa de las prácticas de la diferencia cultural, económica y ecológica. Emergiendo desde la exterioridad del sistema mundo moderno/colonial —en el cual los negros de regiones marginales han estado siempre entre los más excluidos y "olvidados"—, este grupo de activistas puede también ser visto como practicantes de una clase de pensamiento de frontera desde el cual ellos se articulan con sus comunidades, de un lado, y con los agentes de la modernidad, del otro. En la conexión con otros movimientos continentales o globales (i. e., afro-latinoamericanos y movimientos antiglobalización), ellos también vienen siendo parte del movimiento transnacional de redes (meshworks) analizado en esta sección.

Dos aspectos más del movimiento de redes (meshworks) antes de finalizar: primero, al confrontar la globalización neoliberal y la globalidad imperial, los movimientos locales, nacionales y transnacionales pueden ser vistos como que constituyen una forma de

globalización contra-hegemónica (Santos, 2002: 459 y ss.). Estos movimientos no solo retan la racionalidad de la globalización neoliberal en muchos planos, sino que también proponen nuevos horizontes de significado (claramente en casos como el de los zapatistas con su énfasis en la humanidad, dignidad y respeto de la diferencia) y concepciones alternativas de economía, naturaleza y desarrollo, entre otras (como en el caso del movimiento social de comunidades negras en el Pacífico colombiano y muchos otros). La globalización contra-hegemónica es un movimiento tremendamente diverso, y no es este el espacio para analizarlo. Basta decir que a menudo buscan al mismo tiempo metas por la igualdad (y justicia social en general) y la diferencia. Esta lucha por diferencia-en-igualdad e igualdad-en-diferencia es un rasgo de muchos movimientos contemporáneos, que los distinguen de aquellos del reciente pasado.

Pero esto también significa que es una necesidad tremenda, por lo que Santos (2003) ha argüido por una teoría de la traducción que propicie el mutuo entendimiento e inteligibilidad entre los movimientos que confluyen en las redes, pero con cosmovisiones, mundos-vida y concepciones que son a menudo diferentes y extrañas entre sí, si no plenamente inconmensurables. ¿Cómo puede ser promovido el aprendizaje mutuo y la transformación entre las prácticas subalternas? Esto es crecientemente reconocido como un elemento importante para el avance de la globalización contra-hegemónica (por ejemplo, por la red mundial de movimientos sociales que emergió del proceso del Foro Social Mundial). Si es cierto que muchos de los movimientos subalternos de hoy son productores de conocimientos que han sido marginalizados y excluidos, ¿no llegará esto de alguna manera a una situación de "terceros mundos transnacionales de gentes y conocimientos" (Santos, 2002: 234), cuya articulación podría producir nuevos tipos de agencia contrahegemónica? Nunca más concebidos como un rasgo clasificatorio en el orden epistémico moderno, estos "terceros mundos de gentes y conocimientos" podrían funcionar como la base para una teoría de la traducción que, mientras respeta la diversidad y la multiplicidad de los movimientos (aunque cuestionando sus identidades particulares), podría permitir una creciente inteligibilidad de experiencias entre los mundos y conocimientos existentes, haciendo así posible un más alto grado de articulación

de “mundos y conocimientos de otro modo”. Como lo ha planteado Santos:

Tal proceso incluye la articulación de luchas y resistencias, así como la promoción de unas alternativas más comprensivas y consistentes [...] Un esfuerzo enorme de reconocimiento mutuo, diálogo y debate puede ser requerido para realizar la tarea […] Tal tarea implica un amplio ejercicio de traducción que acreciente la inteligibilidad reciproca sin destruir la identidad de lo que es traducido. El punto es crear, en todo movimiento u ONG, en toda práctica o estrategia, en todo discurso o conocimiento, una zona de contacto que puede representar poros y de ahí ser permeable a otras prácticas, estrategias, discursos y conocimientos. El ejercicio de traducción apunta a identificar y potenciar lo que es común en la diversidad de la ruta contrahegemónica (2003: 25).

Conclusión: más allá del Tercer Mundo

Imaginar más allá del Tercer Mundo tiene muchos contextos y significados. He resaltado algunos de ellos, como los siguientes:

1. En términos de contexto, la necesidad de ir más allá del paradigma de la modernidad, en el cual el Tercer Mundo ha funcionado, es el elemento clave en la jerarquía clasificatoria del sistema mundo moderno/colonial. Si aceptamos ya sea la necesidad de ir más allá de la modernidad o el argumento de que estamos realmente en un periodo de transición paradigmática, esto significa que el concepto del Tercer Mundo es algo pasado. Que en paz descanse, y con más tristeza que gloria. En este plano, necesitamos estar perplejos ante lo que parece ser una tremenda inhabilidad de parte de los pensadores eurocéntricos para imaginar un mundo sin y más allá de la modernidad. La modernidad no puede más ser tratada como la Gran Singularidad, el atractor gigante hacia el cual todas las tendencias gravitan ineluctablemente, el camino a ser andado por todas las trayectorias conduciendo a un estado fijo e inevitable.

Antes bien, “la modernidad y sus exterioridades”, si uno así lo desea, deben ser tratados como una verdadera multiplicidad, donde las trayectorias son diversas y pueden conducir a múltiples estados.

2. Es importante empezar a pensar en serio sobre los mecanismos introducidos por el nuevo asalto de la colonialidad del poder y el conocimiento. Hasta ahora, esta rearticulación de la globalidad y la colonialidad es principalmente efectuada a través de discursos y prácticas sobre el terrorismo. Estas no son completamente nuevas, por supuesto; en algunas formas, son edificadas (¡aún!) sobre el régimen de clasificación que emergió en los albores de la modernidad, cuando España expulsó a los moros y judíos de la península y estableció la distinción entre cristianos en Europa y moros en África del Norte y en otras partes. “Más allá del Tercer Mundo” implica entonces que nuevas clasificaciones están emergiendo que no están basadas en una división del mundo en tres. La imaginación más allá del Tercer Mundo puede contribuir en este proceso desde una posición crítica.

3. El análisis arriba realizado también sugiere que las políticas de lugar deberían ser un ingrediente importante de imaginar el más allá del Tercer Mundo (miedos de “localismos”, no obstante, pero por supuesto tomando en consideración los riesgos). Las políticas de lugar son un discurso del deseo y la posibilidad que se construye sobre las prácticas subalternas de la diferencia para la re-construcción de mundos socionaturales alternativos. Las políticas de lugar son un imaginario apropiado para el pensamiento sobre el “espacio problema”, definido por la globalidad imperial y la colonialidad global. Las políticas de lugar también se pueden articular con aquellos movimientos sociales y redes que confrontan la globalización neoliberal. En esta articulación subyace una de las mejores esperanzas para re-imaginar y re-hacer mundos locales y regionales —en breve, para “mundos y conocimientos de otro modo”—. Las políticas de lugar también dan nuevos sentidos a conceptos de globalización contrahegemónica, globalizaciones alternativas o transmodernidad.

4. Ciertas condiciones sociales continúan sugiriendo que el concepto de Tercer Mundo podría ser útil. Y la noción de fascismo social resulta valiosa para pensar sobre este asunto. En este caso, sería necesario hablar de "terceros mundos", los cuales estarían compuestos de un vasto archipiélago de zonas reducidas a precarias condiciones de vida, a menudo (pero no siempre) marcadas por la violencia. Si este escenario es correcto, será crucial hallar formas reales sin antecedentes de pensamiento sobre estos "terceros mundos" y la gente que los habita, que vayan más allá de los predominantes lenguajes patologizados (guetos, potenciales criminales y terroristas, desechables, los pobres absolutos, etc., todos los cuales son siempre completamente racializados). Ellos bien podrían ser la mayoría del mundo, y entonces tendrían que resultar imprescindibles en cualquier intento de hacer del mundo un mejor lugar. ¿Qué clases de lógicas están apareciendo en tales mundos? Estos necesitan ser entendidos en sus propios términos, no como ellos son construidos por la modernidad[12].

Existen por supuesto muchos aspectos importantes para imaginar el "más allá del Tercer Mundo" que han sido dejados fuera, desde el rol del Estado hasta la economía nacional y las políticas de desarrollo. Creo, sin embargo, que el encuadre presentado arriba tiene implicaciones sobre el modo en que estos son pensados. Me gustaría, para terminar, sugerir unas pocas medidas que darían sentido a este respecto, por ejemplo:

1. En el nivel de la globalidad imperial, nuevos tipos de coaliciones, ya sean basadas regionalmente (i. e., los países andinos, África occidental), o interconectados según otros criterios (i. e., tamaño, existencia de amplias elites tecnocráticas y bases económicas y tecnológicas; por ejemplo, una coalición de algunos de los mayores países en el anterior Tercer Mundo, incluso en el plano de elites reformistas vis a vis con los excesos de la globalidad imperial). Por nuevo quiero decir problematizando los ensamblajes existentes definidos en términos de Estado-nación y de economías regionales, por ejemplo. ¿Es impensable imaginar, por ejemplo, una confederación pan-Andina de regiones autónomas, usando

consideraciones culturales-ecológicas, antes que los tradicionales intereses geo-políticos? Esta sería una confederación sin Estados-nación, por supuesto. Dado el rol actual de muchos Estados en la globalidad imperial no es impensable que el anterior Tercer Mundo podría estar mejor en un mundo sin Estados, con la condición de que ambas formas locales/regionales y metanacionales de estructuración y gobierno sean creadas para que eviten las trampas mortales del Estado-nación mientras crean nuevas formas de protección y negociación.

2. Por ahora es claro que la crisis argentina no fue causada por su insuficiente integración a la economía global, sino, al contrario, por un exceso de esta. Incluso si siguiendo el consejo neoliberal de FMI o de economistas de cosecha propia no salvaron este importante país de una profunda crisis, ¿por qué no podemos atrevernos a imaginar lo inimaginable, que Argentina podría tener una mejor oportunidad al colocarse de alguna forma afuera y más allá de la globalidad imperial, antes que permanecer totalmente en ella? ¿Puede una desvinculación parcial —una desconexión selectiva y una rearticulación selectiva— ofrecer una vía alternativa, tal vez en el nivel de las regiones del mundo (i. e., Cono Sur) o de redes de regiones del mundo? Esto significa que podría ser posible repensar la propuesta de desconexión introducida por Samir Amin en los setenta para adecuarse a las nuevas condiciones[13]. No sobra decir que todo parece militar en contra de esta posibilidad. El propósito de una Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA, como es conocida en América Latina y FTAA, como es conocida en Norteamérica) ha sido apoyada con una considerable fuerza por los EE UU y la mayoría de los líderes latinoamericanos. Y cualquier país o región que se atreva a intentar la vía de la autonomía es objeto de la ira del imperio, arriesgándose a la acción militar. Por esto la oposición en contra del ALCA se encuentra indisolublemente asociada a la oposición al militarismo por parte de la mayoría de los activistas de las organizaciones. Estos son solamente dos ejemplos del tipo de pensamiento “macro” que, sin ser aún radical, podría crear mejores condiciones para la lucha en contra de la globalidad imperial y la colonialidad global. Si es enfocado desde esta perspectiva, ellos podrían contribuir en el avance de la idea de que

otros mundos son posibles. Los movimientos sociales de la pasada década son, en efecto, un signo de que esta lucha ya está dándose. Imaginar el "más allá del Tercer Mundo" podría devenir en un imaginario

más integral de estos movimientos; esto involucraría, como hemos visto, la imaginación del más allá de la modernidad y de los regímenes de economía, guerra, colonialidad, explotación de la gente y la naturaleza, y del fascismo social que se han desarrollado en su encarnación global imperial.

NOTAS

* En Más allá del Tercer Mundo. Globalización y Diferencia, 2004, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Universidad del Cauca, pp. 21-46.

** Arturo Escobar, antropólogo colombiano especializado en el estudio de los movimientos sociales, la globalización y el desarrollo. Actualmente es profesor en la Universidad de Carolina del Norte en Chapel Hill.

1. Expresión de Arjun Appadurai traducida al castellano como "modernidad descentrada" (por Fondo de Cultura Económica) o "modernidad desbordada" (por Prometeo Libros) [N. del T.].

2. Creo que una visión eurocentrada de la modernidad está presente en el grueso de sus conceptualizaciones, tanto como en las de globalización, en la mayoría de los campos y en todos los lados del espectro político, incluyendo aquellos trabajos que contribuyen con nuevos elementos a repensar la modernidad (i. e., Hardt y Negri, 2000). En este último caso, su eurocentrismo se manifiesta en su identificación de las fuentes potenciales para la acción radical, y en su creencia de que no hay un afuera de la modernidad (nuevamente, a la Giddens). En otros casos, las nociones eurocéntricas de la modernidad están implícitas en visiones de la globalización, que en otros sentidos son iluminadoras (i. e.,

Wallerstein, 2000).

3. Santos diferencia su posición de quienes piensan que hay mejores soluciones modernas a problemas modernos (Habermas, Giddens) y de aquellos "celebradores posmodernos" (Baudrillard, Lyotard, Derrida), para quienes la falta de soluciones modernas a los problemas modernos no es en sí misma un problema, sino antes bien una solución de cierto tipo.

4. "El Nuevo Orden Mundial de la imperial monarquía estadounidense" (Joxe, 2002: 171).

5. Para un tratamiento reciente de la actual situación en Colombia, véanse Garay (2002); Ahumada et al. (2000); Leal (1999) y el número especial de la Revista Foro (nº 46, enero de 2003).

6. El Plan Colombia es una estrategia multimillonaria que busca el control tanto de la producción de drogas y su tráfico como de la actividad guerrillera. Liderado por los Gobiernos colombiano y estadounidense constituye una estrategia de militarización y control en la totalidad de la región Andina (incluyendo la región Amazónica ligada a los países andinos). Su primera asignación de 1.300 millones de dólares (2000-2002) fue, casi toda, destinada a ayuda militar. Incluso el pequeño porcentaje de los fondos destinados al desarrollo social fue en su mayoría capturado por las ONG apoyadas por grupos capitalistas para extender su control sobre territorios y recursos valiosos, como en el caso de los cultivadores de palma en la región del Pacífico sur. Entre los aspectos más criticados del Plan Colombia por organizaciones colombianas e internacionales están los programas de fumigación indiscriminada, el fomento del incremento de la militarización y el escalamiento del conflicto. Aunque con otro nombre ("Plan Patriota"), esta estrategia es una pieza central de la administración de Uribe (2002-2006).

7. Los movimientos sociales locales en el Pacífico parecen estar claros en esto. Para ellos, el desplazamiento es parte de un concertado contra-ataque sobre los logros territoriales de las comunidades étnicas a través del continente, desde los zapatistas hasta los mapuches. Esto ocurre porque los proyectos socioeconómicos de los actores armados no coinciden con los de las

comunidades étnicas. Esta es la razón por la cual los movimientos sociales enfatizan un principio por el retorno como política general para los grupos desplazados del Pacífico, y la declaración de esta región como un territorio de paz, felicidad y libertad, descartando todas las formas de violencia armada.

8. En el mejor de los casos, esta es una muy sintética presentación de las ideas de este grupo. Este grupo está asociado con el trabajo de unas pocas figuras centrales, principalmente, el filósofo argentino/mexicano Enrique Dussel, el sociólogo peruano Aníbal Quijano y, más recientemente, el argentino/estadounidense semiótico y teórico cultural Walter Mignolo. Sin embargo, hay un creciente número de académicos asociados con el grupo, particularmente en los países andinos y los EE UU. En años recientes, el grupo se ha reunido en torno a numerosos proyectos y lugares en Quito, Ciudad de México y Chapel Hill/Druham y Berkeley en los EE UU. Para las principales ideas presentadas aquí, ver Dussel (1983, 1992, 1993, 1996, 2000); Quijano (1993, 2000); Mignolo (2000, 2001a, 2000b); Lánder (2000); Castro-Gómez (1996); Castro-Gómez y Mendieta (1998); Castro-Gómez (2000); Walsh, Schiwy y Castro-Gómez (2002). Pocos de estos debates han sido traducidos al inglés. Véase Beverly y Oviedo (1993) para algunos de los trabajos de estos autores en inglés. Un volumen en este idioma ha sido recientemente dedicado al trabajo de Dussel (Alcoff y Mendieta, 2000). La revista Nepantla. Views from South, fundada recientemente en la Universidad de Duke, tiene un foco parcial en los trabajos de este grupo. Véase especialmente el vol. 1, nº 3 de 2000. Otro volumen en inglés, por Grosfogel y Saldívar, se encuentra en preparación.

9. Mundos y conocimientos de otro modo (Worlds and knowledges otherwise) es el nuevo subtítulo de la revista Nepantla, publicada en Duke University. Estoy en gran deuda con Walter Mignolo por sus aportes a estos párrafos.

10. Para una mayor explicación de este modelo y para referencias adicionales, ver capítulo 5. Peltonen (2003) hace una aplicación de la complejidad a un movimiento social particular en Finlandia.

11. Una advertencia debe ser tenida en cuenta: a menudo, las minorías étnicas, las mujeres y los pobres son los más marginados

dentro de estas tendencias, especialmente en el nivel de las NTIC. No obstante, estos mismos agentes son muchas veces la avanzada de las luchas por NTIC (véase, por ejemplo, el trabajo de María Suárez con la red de radio e Internet el FIRE, en Costa Rica, 2003; Harcourt (1999) para los usos empoderadores en grupos de mujeres de las ICT; Ribeiro (1998) y Waterman (2003).

12. Charles Price (2002) está intentando una esperanzadora reconceptualización del concepto "lumpenproletariado" para explicar los denominados "garrisons" en las afueras de Kingston; estos son barrios gobernados por jefes a través de un régimen armado que combina particulares modalidades de apoyo a los desempleados, formas reguladas de violencia y poca o ninguna presencia del Estado. Los "garrisons" se han convertido, de esta forma, en enclaves urbanos relativamente autogobernados y autoorganizados.

13. La idea de repensar la propuesta original del profesor Amin en términos de "desarticulación selectiva y selectivo re-engranaje" surgió en una conversación con Ahmad Samattar y Amparo Menéndez-Carrión en Macalaster College en Minnesota (abril de 2002).

Bibliografía

Ahumada

, C. et al. (2000): ¿Qué está pasando en Colombia?, El Áncora Editores, Bogotá.

Alcoff

, L. y

Mendieta

, E. (eds.) (2000): Thinking from the Underside of History. Enrique

Dussel’s Philosophy of Liberation, Rowman and Littelfield, Lanham.

Amin

, S. (1990): Maldevelopment, Zed Books, Londres.

Appadurai

, A. (1996): Modernity at Large, University of Minnesota Press, Minneapolis.

Beverly

, J. y

Oviedo

, J. (eds.) (1993): The Postmodernism Debate in Latin America, Duke University Press, Durham.

Castells

, M. (1996): The Rise of the Network Society, Blackwell, Oxford.

Castro

-

Gómez

, S. (1996): Crítica de la razón latinoamericana, Puvill Libros, Barcelona.

— (ed.) (2000): La restructuración de las ciencias sociales en América Latina, Bogotá, Universidad Javeriana.

Castro

-

Gómez

, S. y

Mendieta

, E. (eds.) (1998): Teorías sin disciplina, latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate, Miguel Ángel Porrúa, México.

De

Landa

, M.(1997): A Thousand Years of Nonlinear History, Zone Books, Nueva York.

Dussel

, E. (1976): Filosofía de la Liberación, Editorial Edicol, México.

— (1983 [1975]): Introducción a la Filosofía de la Liberación, Editorial Nueva América, Bogotá.

— (1992): 1492. El encubrimiento del Otro, Antropos, Bogotá.

— (1993): "Eurocentrism and Modernity", en J. Beverly y J. Oviedo (eds.), The Postmodernism Debate in Latin America, Duke University Press, Durham, pp. 65-76.

— (1996): The Underside of Modernity, Humanities Press, Atlantic Highlands, NJ.

— (2000): "Europe, Modernity, and Eurocentrism", Nepantla, 1(3): 465-478.

Escobar

, A. (2003): "Other Worlds Are (already) Possible: Cyber-Internationalism and Post-Capitalist Cultures", presentado en Cyberspace Panel, Life after Capitalism Programme, World Social Forum, Porto Alegre, 23-28 de enero, en http://www.zmag.org/lac.htm

Foucault

, M. (1973): El orden del discurso, Tusquets Editores, Barcelona.

Gibson

-

Graham

, J. K. (2004): “The Violence of Development: Two political imaginaries”, Development, 47(1): 23-34.

Giddens

, A. (1990): The Consequences of Modernity, Stanford University Press, Stanford.

Habermas

, J. (1987): The Philosophical Discourse of Modernity, MIT Press, Cambridge.

Harcourt

, W. (ed.) (1994): Feminist Perspectives on Sustainable Development, Zed Books, Londres.

Harcourt

, W. y

Escobar

, A. (1999): “On the Social Reappropiation of Nature”, Capitalism, Nature, Socialism.

— (2002): “Lead Article: Women and the Politics of Place”, Development, 45(1): 7-14.

Hardt

, M. y

Negri

, A. (2000): Empire, Harvard University Press, Cambridge.

Heidegger

, M. (1977): “The Age of the World Picture”, en M. Heidegger, The Question Concerning Technology, Harper and Row, Nueva York, pp. 115-154.

Joxe

, A. (2002): Empire of Disorder, Semiotext(e), Nueva York.

Lander

, E. (ed.) (2000): La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales, Clacso, Buenos Aires.

Leal

, F. (ed.) (1999): Los laberintos de la guerra: utopías e incertidumbres sobre la paz, Tercer Mundo, Bogotá.

McMichael

, P. (2001): “Can We Interpret Anti-Globalisation Movements in Polanyian Terms?”, Ithaca Cornell University, manuscrito inédito.

Mignolo

, W. (2000): Local Histories/Global Designs: Coloniality, Subaltern Knowledges and Border Thinking, Princeton University Press, New Jersey.

— (2001a): “Local Histories and Global Designs: An Interview with Walter Mignolo”, Discourse, 22(3): 7-33 y 213.

— (ed.) (2001b): Capitalismo y geopolítica del conocimiento, Ediciones del Signo, Buenos Aires.

Osterweil

, M. (2003): Non Ci Capiamo Questo Movimento! Towards Theoretical and Methodological Approaches Based in an Ethnographic Epistemology, Master’s Thesis, Department of Anthropol-

ogy, University of North Carolina, Chapel Hill.

Quijano

, A. (1993): “Modernity, Identity, and Utopia in Latin America”, en J. Beverly y J. Oviedo, The Postmodernism Debate in Latin America, Duke University Press, Durham, pp. 140-155.

— (2000): “Coloniality of Power, Ethnocentrism, and Latin America”, Nepantla, 1(3): 533-580.

Ribeiro

, G. L. (1998): “Cybercultual Politics: Political Activism at a Distance in a Transnational World”, en S. E. Álvarez; E. Dagnino y A. Escobar (eds.), Cultures of Politics/Politics of Cultures. Revisioning Latin American Social Movements, Westview Press, Boulder, pp. 325-352.

Santos

, B. de S. (2002): Towards a New Legal Common Sense, Butterworth, Londres.

— (2003): “The World Social Forum: Toward a Counter-Hegemonic Globalization”, presentado en el XXIV International Congress, Latin American Studies Association, LASA, Dallas, 27-29 de marzo, en http://www.ces.fe.uc.pt/bss/fsm.php

Scott

, D. (1999): Refashioning Futures. Criticism after Postcoloniality, Princeton University Press, Princeton.

Suárez

, M. (2003): “FIRE’s Internet Radio Station. An Autochthonous Creation by Feminists in Cyberspace”, presentado en el Cyberspace Panel, Life after Capitalism Programme, World Social Forum, Porto Alegre, 23-28 de enero, en http://www.zmag.org/lacsite.htm

Vattimo

, G. (2000): El fin de la modernidad, Gedisa, Barcelona.

Wallerstein

, I. (2000): “Globalization, or the Age of Transition? A Long-Term View of the Trajectory of the World System”, International Sociology, 15(2): 249-265.

Walsh

, C.;

Schiwy

, F. y

Castro

-

Gómez

, S. (eds.) (2002): Interdisciplinar las ciencias sociales, Universidad Andina-Abya Yala, Quito.

Waterman

, P. (2003): “Some Propositions on Cyberspace after Capitalism”, presentado en el Cyberspace Panel, Life after Capitalism Programme, World Social Forum, Porto Alegre, 23-28 de enero, en http://www.zmag.org/lacsite.htm